



*La última*  
**conscubina**

Lesley Downer



Lectulandia

En las montañas del Japón rural de 1861, la piel pálida y las delicadas facciones de Sachi hacen que se sienta diferente. Y lo es. Cuando cumple once años, una princesa imperial se la lleva al palacio de las mujeres del castillo de Edo. Allí, en un ambiente de intrigas y rivalidades, conviven tres mil mujeres y el joven shogun, gobernador de Japón. Sachi será la elegida para convertirse en su concubina.

Sus privilegios, sin embargo, pronto son sólo un recuerdo, ya que al estallar la guerra civil la joven debe huir para salvar su vida. En un Japón en pleno cambio, en el que no hay lugar para la pasión y ni siquiera existe la palabra «amor», Sachi se enamora de un joven guerrero. Pero antes de que pueda imaginar un futuro con él, debe resolver el misterio que subyace en sus orígenes y que amenaza con destruirla.

La última concubina es una intensa mezcla de aventura y romance, el relato de la lucha de una mujer memorable para encontrar su destino.

Basada en hechos históricos y ambientada en una de las eras más turbulentas en la historia de Japón, ésta es una novela mágica y llena de fuerza, que nos abre las puertas a un mundo exótico y desconocido.

«Empezaste la vida como campesina, pero tienes corazón de samurái.»

# Lectulandia

Lesley Downer

## La última concubina

ePUB v1.0

OZN 28.12.11

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

Título: La última concubina  
Autor/es: Lesley Downer  
Traducción: Gemma Rovira Ortega  
Edición: 1ª ed., 1ª imp.  
ISBN: 978-84-322-3176-6  
Fecha Edición: 05/2008  
Publicación: Editorial Seix Barral, S.A.

Si no es a ti,  
¿a quién le enseñaré  
la flor del ciruelo?  
Pues de pétalos y aromas  
sólo sabe quien sabe de verdad.

Ki no Tomonori (Kokinshu I:38)

# **PRIMERA PARTE: LA ALDEA**

# 1. VALLE DEL KISO, 1861

## I

—Shita ni iyo! Shita ni iyo! Shita ni... Shita ni... ¡De rodillas! ¡De rodillas! Agachaos... Agachaos...

El grito llegó flotando por el valle, tan débil que parecía un susurrar de hojas transportado por el viento. En lo alto del desfiladero, donde el camino empezaba a descender hacia la aldea, cuatro niños despeinados, envueltos en kimonos desteñidos y remendados, escuchaban con mucha atención. Era uno de esos días de finales de otoño en que todo parece paralizado, como a la espera de algo. Los pinos que bordeaban el camino estaban asombrosamente quietos, y una suavísima brisa arrastraba, sin llegar a levantarlas, las hojas rojas y doradas, enmohecidas, que formaban pulcros montoncitos en los arceles. Un halcón describía círculos perezosamente, y una bandada de gansos pasó por el cielo. De detrás de una esquina llegaba flotando el familiar olor a humo de leña, mezclado con el olor a estiércol de caballo, a basura y a sopa de miso. De vez en cuando cacareaba un gallo, y los perros de la aldea replicaban con un coro de aullidos. Pero, por lo demás, el valle estaba en silencio. Normalmente, el camino iba lleno de gente, palanquines y caballos hasta donde alcanzaba la vista. Sin embargo, ese día estaba completamente vacío.

Así era como Sachi recordaría siempre ese día, años más tarde: los pinos, altos y oscuros, elevándose infinitamente hacia el cielo; la cúpula celeste, tan azul que parecía lo bastante cercana para tocarla, mucho más cercana que las pálidas montañas que brillaban en el horizonte.

Sachi tenía once años, pero era bajita y delgada. En verano se ponía tan morena como los famosos zainos del Kiso, pero el resto del año tenía la piel asombrosamente traslúcida y pálida, casi tan blanca como el vaho que sacaba por la boca. Muchas veces lamentaba no ser morena y robusta como los otros niños, aunque a ellos eso no parecía importarles. Hasta sus ojos eran diferentes. Los de los demás eran castaños o negros, y los suyos eran de un verde oscuro, tan verdes como los pinos en verano y el

musgo que cubría el suelo del bosque. Pero en el fondo, y pese a saber que eso no estaba bien, le gustaba la blancura de su piel. A veces se arrodillaba frente al desazogado espejo de su madre y contemplaba el reflejo de su pálido rostro. Entonces sacaba el peine que llevaba guardado en la manga. Era su talismán, su amuleto: hermoso, reluciente y centelleante. Siempre le había pertenecido, desde que ella tenía uso de razón, y nadie tenía un peine como el suyo. Despacio, pensativa, se peinaba hasta que le brillaba el cabello, y luego se lo recogía en la nuca con una cinta de crespón rojo.

Un par de veranos atrás habían llegado a la aldea unos actores ambulantes. Montaron un escenario improvisado y, durante unos días, representaron historias de fantasmas que les ponían a todos la piel de gallina. Apiñados unos a otros —acuclillados, paralizados de miedo—, los niños vieron una obra sobre una esposa abandonada que muere de pena. Al final de la representación, la difunta, con la cara muy blanca, aparecía de pronto flotando en el aire ante su esposo infiel. Se peinaba el largo y negro cabello, y al hacerlo iban desprendiéndose mechones. Los niños gritaban tan fuerte que no se oía lo que decían los actores. Desde entonces, cuando los otros niños querían burlarse de Sachi, le decían que ella también debía de ser un fantasma.

Su abuela afirmaba que era una niña «enfermiza». A veces Sachi la oía reprendiendo a su madre.

—Esa hija tuya, Sa —rezongaba—, ¡cómo la malcrías! ¿Cómo quieres que consiga un marido, con lo pálida y enfermiza que está? Y con lo presumida que es. Se pasa el día peinándose. Ningún hombre quiere a una esposa que se pasa la vida delante del espejo. Necesitas una hija con caderas anchas, una buena paridora que sepa trabajar. Si no, tendrás que quedártela.

—Es delicada —replicaba su madre con gentileza, y sus labios dibujaban esa sonrisa cansada y paciente—. No es como los otros niños. Pero al menos es bonita. —Su madre siempre la defendía.

—¿Bonita? —replicaba su abuela—. ¡Vaya! ¿De qué le sirve a la esposa de un campesino ser bonita?

Sachi desplazaba el peso de una pierna a otra mientras se frotaba las manos y se soplaba en ellas. Pese a las numerosas capas de grueso algodón, la chaqueta acolchada que su madre le había conseguido y los pañuelos que llevaba atados en la cabeza, seguía teniendo frío. Lo único que le proporcionaba un poco de calor era el bebé que llevaba atado a la espalda en un canguro. El bebé estaba profundamente dormido, y le colgaba la cabeza como si fuera una muñeca de trapo. Acurrucada junto a Sachi estaba su amiga Mitsu. Las dos eran inseparables desde muy pequeñas. A primera vista, Mitsu era todo lo contrario de Sachi: muy morena y retacona, como un mono, con los ojos pequeños y la nariz chata.



Cuando nació Mitsu, su madre le dijo a la comadrona que la matara. «Mira qué fea es. Nunca encontrará marido —dijo—. Y entonces ¿qué haremos con ella?» La comadrona asintió. Era una petición sensata. A muchos bebés los mataban al nacer. La comadrona escupió en un trozo de papel, le tapó la boca y la nariz a la niña con él, y luego la envolvió fuertemente en unos harapos. Pero cuando creían que ya había muerto, la niña empezó a retorcerse, a aullar y a berrear. Por lo visto, los dioses habían decidido que tenía que vivir. «Y ¿quiénes éramos nosotras para contradecir a los dioses?», decía su madre abriendo las manos, enrojecidas por el trabajo. Al parecer, amaba más a su hija por haber escapado milagrosamente de la muerte. A Mitsu, una niña alegre, realista y maternal, no le preocupaba en absoluto esa historia. Llevaba a una de sus hermanas atada a la espalda, igual que Sachi.

Los sonidos que llegaban desde el otro extremo del valle eran cada vez más fuertes. Las niñas aguzaron el oído y distinguieron pasos, el amortiguado golpeteo de los cascos de caballo, forrados de paja, el sonido de hierro contra hierro y de hierro contra piedra. En medio del alboroto se oyó un coro de voces que al principio era sólo un murmullo, pero que poco a poco fue haciéndose más claro, hasta que las niñas pudieron distinguir cada sílaba, repetida una y otra vez en un sonsonete: «Shita ni iyo! Shita ni iyo! Shita ni... Shita ni...» Los viajeros todavía estaban en el bosque, ocultos bajo el denso follaje que cubría la ladera de la montaña, y sin embargo las voces no cesaban ni un instante. Era como si pretendieran que todo —los altos árboles con sus gruesas copas, las plantas, los lobos, los zorros, los ciervos, los torpes osos negros y los feroces jabalíes con sus afilados colmillos— se pusiera de rodillas.

Genzaburo, el indiscutible líder de los niños, trepó a un árbol y avanzó por una rama hasta quedar precariamente suspendido sobre el camino. Era un niño delgado y nervudo, de brazos y piernas muy largos, con la piel quemada por el sol, casi negra, y una sonrisa pícaro; siempre andaba metido en líos, y solía escaparse para ir a pescar o a nadar en el río cuando tenía que estar trabajando. Era experto en acercarse con sigilo a un caballo y arrancarle unos cuantos pelos de la cola; luego echaba a correr, huyendo del mozo de cuadra. Los pelos grises eran los mejores para pescar, porque los peces no los veían, así que nunca desaprovechaba la oportunidad de arrancarle unos cuantos pelos a un caballo gris que pasara por la aldea. Genzaburo también se había hecho famoso por enfrentarse a un jabalí que un día había irrumpido en la aldea, aterrorizándolos a todos, cuando sólo tenía diez años. Le había dado patadas y puñetazos hasta que la bestia puso pies en polvorosa y regresó al bosque. A veces mostraba, orgulloso, la cicatriz de la herida que le había hecho el jabalí en el brazo. Era su insignia de honor.

Sólo Chobei, el más pequeño del grupo —hermano de Sachi—, un crío mugriento con el pelo de punta, vestido con un grueso kimono marrón, no le prestaba ninguna atención a aquel alboroto que se aproximaba por el valle. Agachado junto al camino,

examinaba un lagarto que había salido de la maleza.

Genzaburo siguió avanzando por la rama, escudriñando la lejanía con los ojos entornados.

—¡Vienen hacia aquí! —gritó—. ¡Vienen hacia aquí!

Sólo un minuto más tarde, todos pudieron ver los primeros estandartes, que sobresalían entre las copas de los árboles: eran rojos, morados y dorados, y se agitaban como pétalos. El sol arrancaba destellos a los extremos de acero de los estandartes y las lanzas. Los niños observaban embelesados, con el corazón acelerado. Todos sabían perfectamente qué significaba «Shita ni iyo». Era la primera lección que habían aprendido. Todos habían notado las grandes y ásperas manos de sus padres sobre sus cabezas, empujándolos hacia abajo para que se arrodillaran hasta tocar el suelo con la cara, y casi podían oír a sus padres gritándoles: «¡Agáchate ahora mismo! ¡Te van a matar!»

Nadie había olvidado el terrible destino de Sohei, el borracho. Unos años atrás, después de beberse unas cuantas tazas de sake, se había cruzado, tambaleándose, con una procesión. Antes de que nadie pudiera apartarlo, un par de samuráis desenvainaron las espadas y lo mataron allí mismo, en medio de la calle. Los aldeanos retiraron el cadáver en silencio, petrificados de miedo. Aquello sirvió para demostrar lo poco que valía una vida. Los samuráis eran sus amos; tenían el poder de matarlos o dejarlos vivir. Así había sido siempre y así seguiría siendo.

Pero los estandartes todavía estaban lejos. Los niños los contemplaban, hechizados, conscientes de que estaban haciendo algo prohibido y muy peligroso.

A lo lejos, unas diminutas figuras vestidas de azul y negro salieron en grupo del bosque. Los niños, haciendo visera con la mano, distinguieron varios batallones de soldados que marchaban en cerrada formación, guerreros a caballo con los cuernos de los cascos destellando y largas hileras de porteadores que transportaban relucientes baúles lacados. Las figuras iban haciéndose más grandes a medida que la columna de soldados se aproximaba. Cada vez se oían mejor el tintineo de los anillos metálicos de los bastones de los guardias, el arrastrar de pies, el crujido de los cascos de caballo y aquel coro amenazador: «Shita ni iyo! Shita ni iyo! Shita ni... Shita ni...»

De pronto se rompió el hechizo. Cogiéndose unos a otros de la mano, muertos de miedo, los niños dieron media vuelta y echaron a correr atropelladamente por la pendiente; los bebés que las niñas llevaban atados a la espalda cabeceaban y botaban.

La montaña que cubría la aldea con su sombra era tan alta y escarpada que los primeros rayos de sol sólo habían empezado a traspasar la gélida atmósfera, aunque ya era la hora del caballo y el sol estaba casi en su cenit. Cuando llegaron al principio de la calle, los niños se pararon para recobrar el aliento. Nunca habían visto la calle tan llena de gente y con tanto trajín. Las destartaladas posadas que la bordeaban parecían tambalearse con tanta aglomeración. Los posaderos habían abierto las

puertas de listones, y de los profundos y oscuros interiores de los establecimientos salían nubes de humo de leña que formaban remolinos. No paraban de entrar y salir grupos de porteadores patizambos, ataviados con chaquetas de algodón acolchadas y leotardos, que sorbían de unos cuencos de gachas de cebada. Los mozos de cuadra forcejeaban con malhumorados caballos del tamaño de ponis para atarles las sillas de montar y ponerles herraduras de paja. Otros hombres que parecían almiarres andantes se abrían paso entre la multitud cargados de enormes capas de paja. Muchos estaban allí plantados, esperando, fumando de sus pipas de boquilla larga. Algunos eran de pueblos vecinos y siempre aparecían cuando se necesitaban porteadores y mozos de cuadra, pero la mayoría eran desconocidos, hombres de manos nudosas provenientes de las aldeas más alejadas de las montañas, y habían caminado un día entero para llegar hasta allí.

De pie en medio del tumulto había un hombre alto con un rostro despejado y sereno y una mata de pelo negro recogido en una cola de caballo. No paraba de dar órdenes, agitando los brazos y mandando a la gente de un sitio para otro. Sachi y los demás se abrieron paso entre el gentío, colándose por debajo de los brazos de la gente, y lo agarraron de las mangas.

—¡Viene la princesa! ¡Viene la princesa! —gritaron a coro.

El hombre les sonrió y les dio unas palmaditas en la cabeza.

—Muy bien, muy bien —dijo—. ¡Volved ahora mismo con vuestras madres!

## II

Jiroemon, el padre de Sachi, era el jefe de la aldea y el responsable de todo cuanto pasaba allí, como lo habían sido otros varones de su familia desde tiempos remotos. Había asumido el cargo diez años atrás, relevando a su anciano padre. En el pasado, la familia había llevado las dos espadas que distinguían a los samuráis, pero siglos atrás les habían retirado ese privilegio, aunque Jiroemon todavía llevaba una espada corta ceremonial que indicaba su estatus superior.

Era un hombre corpulento, al menos comparado con sus vecinos, que eran

retacones y musculosos, verdaderos «monos de montaña» del valle del Kiso. Todavía no debía de haber cumplido los cuarenta —pocos adultos de la aldea sabían con exactitud qué edad tenían—, pero ya tenía la cara surcada de arrugas, pues llevaba varios años haciendo de mediador entre los vecinos y las autoridades. Todo el valle del Kiso pertenecía al señor local, y a los vecinos sólo se les permitía talar una pequeña parte del bosque para su uso particular. Todos los años, los aldeanos, después de que se les acabara la leña, cortaban algunos árboles. Oficialmente, el castigo era «un árbol, una cabeza», aunque Jiroemon siempre hacía cuanto estaba en su mano para conseguir el indulto. A los vecinos no les dejaban olvidar ni por un momento que, a los ojos de sus señores, ellos no valían más que animales.

El principal deber de Jiroemon consistía en asegurarse de que el tráfico fluía con facilidad por el tramo de la ruta Nakasendo —o Camino de la Montaña Interior— que discurría por el valle del Kiso y pasaba por su aldea. Normalmente, el camino iba lleno de viajeros, y estaba adornado con los aires exóticos de lugares lejanos. Grupos de peregrinos avanzaban tranquilamente, ataviados con sus túnicas blancas, aunque la mayoría parecían más interesados en divertirse cuanto pudieran y en ver mundo que en las oraciones y los rezos. Algunos eran comerciantes adinerados acompañados por un séquito de esposas, concubinas y criadas, todas vestidas a la última moda. Otros eran campesinos pobres, y otros, mendigos que dependían de las limosnas. Había convoyes de samuráis que viajaban a caballo o en palanquines, y los mercaderes supervisaban los envíos de cargamentos embalados en baúles que transportaban las caravanas de porteadores. Los poetas ambulantes se quedaban varios días en la aldea para celebrar veladas de poesía, y los estudiantes y los sacerdotes intercambiaban las últimas noticias, controversias y cotilleos de las tres grandes ciudades: Osaka, Kioto y Edo. También había mensajeros, que sólo se detenían el tiempo necesario para cambiar de caballo, y personajes de mirada furtiva —espías o agentes de policía—, que vigilaban a los otros viajeros.

Falta añadir a la lista a los samuráis renegados, rateros, mercachifles, bandidos, jugadores, actores ambulantes, magos, delincuentes y vendedores de aceite de sapo —que, según aseguraban, curaba todo tipo de enfermedad habida y por haber—. Los vecinos de la aldea estaban muy ocupados con tan variopinta muchedumbre. Todas las noches aparecían las geishas, que intentaban atraer a los viajeros. El sonido de la música, las risas y las danzas salía de las posadas, iluminadas con lámparas, e invadía las oscuras calles.

Jiroemon también regentaba una posada, pero la suya era magnífica y lujosa, y era la que tenían designada los daimios que todos los años recorrían la ruta Nakasendo. Fuera de temporada, también podían alojarse en ella funcionarios u otros personajes muy acaudalados.

Los daimios eran los príncipes de las provincias. Cada uno de ellos era el señor de

su pequeño dominio y tenía su propio ejército. Recaudaban impuestos y podían condenar a muerte a sus súbditos. Pero todos le debían tributo al shogun de Edo y estaban obligados a viajar todos los años para rendirle homenaje, dejarse ver en la corte y permanecer varios meses allí. Cada uno tenía dos o tres palacios en la ciudad, donde vivían permanentemente sus mujeres, prisioneras en sus jaulas doradas.

Había treinta y cuatro daimios, de diversas categorías, que utilizaban la ruta Nakasendo. Unos iban en una dirección, y otros, en la opuesta: hacia el este si iban a Edo o hacia el oeste si iban hacia Kioto, la ciudad santa y capital oficial del país, donde vivía recluido el emperador. Iban siempre acompañados por un espectacular séquito, con cientos de ayudantes y guardias. Era un espectáculo impresionante. Los campesinos tenían que apartarse del camino cuando ellos pasaban, o al menos arrodillarse y agachar la cabeza; pero aun así, hacían todo lo posible para ver cuanto pudieran de la procesión.

Todos los viajeros, excepto los palanqueros, llevaban elegantes trajes de seda negra. Algunos iban a caballo, pero la mayoría iban a pie, pegados unos a otros. Los de rango inferior —los que iban armados de picas, y los encargados de transportar los sombreros de paja, las sombrillas y los baúles— ofrecían un gran espectáculo a los acobardados aldeanos: caminaban con arrogancia, con las túnicas remangadas, y como sólo llevaban un taparrabos, exhibían las desnudas nalgas, relucientes bajo la luz del sol. Cada vez que daban un paso, levantaban el talón hasta casi golpearse la nalga con él, y echaban el brazo contrario hacia delante como si nadaran. Hacían girar lo que llevaban en las manos —las picas, los sombreros y las sombrillas—, todos al mismo compás.

Las comitivas siempre hacían un alto en la aldea de Jiroemon para descansar y para cambiar de caballos y de porteadores. Mientras los subordinados realizaban sus tareas, los palanquines en que viajaban el daimio y sus criados seguían hasta la posada de Jiroemon, donde tomaban té o se quedaban a pasar la noche. La mayoría de los daimios habían pasado por la aldea varias veces desde su juventud, y conocían al educado y divertido posadero. Después de consumir un poco de sake, y cuando llegaba el momento de llamar a sus geishas favoritas, algunos hasta se relajaban lo suficiente para charlar un rato con él, aunque nadie olvidaba nunca la enorme diferencia de rango. Jiroemon era muy consciente de que, para ellos, él no era más que un campesino, aunque listo.

Jiroemon había ido un par de veces a Edo, la fabulosa metrópolis de la llanura de Musashi a la que se llegaba tras una caminata de catorce días por las montañas. Volvió a su aldea con noticias asombrosas. Ocho años atrás, cuatro Barcos Negros, unos monstruos recubiertos de hierro, repletos de cañones y que escupían humo y vapor, habían aparecido en el horizonte y habían anclado frente a la costa, cerca de Shimoda. Poco después sucedieron una serie de desastres —violentos terremotos y

maremotos—, y apareció un cometa en el cielo que presagiaba desgracias.

De los barcos desembarcó una delegación de bárbaros. Jiroemon no había llegado a verlos personalmente, pero le habían dicho que tenían la nariz enorme y una piel áspera y pálida cubierta de vello rojizo, y que apestaban a los animales muertos de que se alimentaban. No sólo habían puesto sus impuros pies en la tierra sagrada de Japón, sino que insistían en que tenían intención de quedarse y establecer núcleos comerciales en el país.

Los viajeros que pasaban por la posada de Jiroemon habían dejado muy claro que el país se encontraba en crisis. La primavera anterior, sin ir más lejos, se había extendido por el valle el rumor de que el señor Ii Naosuke, el Gran Consejero e implacable gobernante del país, había sido asesinado frente a la puerta del castillo de Edo, la residencia del shogun. Algunos de los asesinos eran samuráis de Mito, el dominio de uno de los príncipes más poderosos del país, pariente consanguíneo del shogun. Otros eran del salvaje dominio meridional de Satsuma, uno de los enemigos tradicionales del shogun. Para los aldeanos, la vida siempre había sido difícil, cruel e injusta; pero al menos ellos sabían a qué atenerse. Sin embargo, ya no estaban seguros de nada. Vivían con el temor de lo que pudiera ser en el futuro. Los ancianos murmuraban con aire misterioso que el mundo se había quedado estancado en la Era de Mappo, la última era descrita por las escrituras budistas. Quizá se estuviera acercando el final.

### III

El primer año de Bunkyu —el año que quedaría registrado en los libros de historia como 1861— fue extraordinariamente frío. Casi había llegado la época de sembrar la cebada y todavía había carámbanos de hielo colgando de los aleros, y sólo los viajeros más decididos transitaban por el camino, recubierto de nieve. Un día llegó un mensajero, espoleando a su caballo por el barro y la nieve fangosa. Le llevaba a Jiroemon una carta de los comisarios del distrito encargados del transporte.

Jiroemon, atemorizado, rompió el sello, abrió la caja y desenrolló la carta. ¿Qué

otra exigencia podía haberseles ocurrido? La leyó, se rascó la cabeza y la estudió hasta que logró descifrar el complicado lenguaje oficial. Los comisarios querían notificarle al jefe que Su Alteza la princesa Kazu, la hermana pequeña del emperador, iba a pasar por la ruta Nakasendo y por la aldea en el décimo mes de ese mismo año, y lo instaban a iniciar de inmediato los preparativos.

¡Una princesa imperial del rango más elevado, hija del difunto emperador y hermana pequeña del Hijo del Cielo iba a pasar por su aldea! Eso era algo que no había ocurrido jamás. Tropezando y resbalando por los helados caminos, Jiroemon corrió hasta las pequeñas dependencias donde vivía la familia, en un rincón alejado de la magnífica posada donde se hospedaba el daimio. El humo salió formando remolinos cuando abrió la puerta corredera. Estaban todos apiñados alrededor del hogar, esperando a que él regresara.

—En la vida había visto nada parecido, madre —gruñó al irrumpir en la habitación.

Siempre llamaba Kaachan a Otama, su esposa; era el apelativo cariñoso que se usaba en el campo para dirigirse a la madre. Su rostro, por lo general de expresión serena, reflejaba su preocupación; las arrugas de la frente se le marcaban más de lo habitual, y llevaba el negro cabello despeinado.

La abuela de los niños le sirvió un cucharón de gachas, y luego otro. Tenía la cara bronceada y arrugada como una nuez, y caminaba muy encorvada después de toda una vida trabajando duramente.

—El camino va siempre sobrecargado, los pueblos vecinos se niegan a proporcionarnos porteadores... ¡Y ahora esto! —dijo—. ¿Cuántos viajeros calculas que llegan cada día? ¿Mil? Y son muchos más de los que podemos atender. Aquí dice que el séquito de Su Alteza lo componen diez mil, sin contar a los porteadores. Tardarán cuatro o cinco días en pasar todos por aquí. Y nos piden que busquemos dos mil o tres mil porteadores. ¡Dos mil o tres mil! Y quinientos caballos cada día hasta que haya pasado todo el séquito. Seis mil almohadas. Arroz. Carbón. Platos. Y se supone que hemos de alimentar a toda la tropa. ¿Cómo vamos a hacerlo? ¡Es imposible!

Otama era una mujer delgada y de aspecto cansado; un entramado de finas arrugas cubría su rostro, y llevaba el cabello recogido en un sencillo moño. Tenía las manos hinchadas, agrietadas y con suciedad incrustada de tanto limpiar, cocinar, cavar y desherbar, y su espalda empezaba a encorvarse después de años plantando brotes de arroz. Sus padres la habían enviado a casarse con Jiroemon cuando ella era muy joven, más o menos de la edad de Sachi. Le dio a su esposo un hijo tras otro, pero todos murieron, y al final adoptaron a una frágil niña de rostro pálido. La llamaron Sachi, «felicidad», con la esperanza de que al menos ella sobreviviera.

Eso era lo que sabía Sachi. Nunca había preguntado más. Iba siempre tan

ajetreada que no tenía tiempo para plantearse preguntar de dónde había salido ni quiénes eran sus padres. La mitad de los niños de la aldea eran adoptados o pasaban de una familia a otra, dependiendo de qué familia tenía un hijo enfermizo o necesitaba un hijo varón para perpetuar la estirpe, y había gente que no sabía quiénes eran sus verdaderos padres. A nadie le importaba mucho eso. Uno pertenecía a la familia que lo había adoptado.

Unos años más tarde, Otama tuvo un hijo varón, el pequeño Chobei. Chobei sobrevivió, y lo siguieron otros niños. Otama era fuerte, sana, trabajadora, tranquila—todo lo que un hombre como Jiroemon podía pedirle a una esposa—, y él le tenía devoción. Ahora que la abuela estaba vieja y enferma, ella era el puntal de la familia.

Otama observaba atentamente a su esposo mientras él hablaba. Sin decir nada, dejó su cuenco y sus palillos junto al hogar, se arrodilló detrás de Jiroemon y empezó a masajearle los hombros con los pulgares. Él hizo una mueca de dolor cuando su esposa trabajó sobre un nudo particularmente duro.

Al final Otama dijo:

—Supongo que te habrán dicho que esto significa un gran honor y un privilegio. Dudo que veamos ni una sola moneda de cobre ni un solo grano de arroz. Ellos saben muy bien que sólo tenemos un par de cientos de hombres a lo sumo, y unos cincuenta caballos. Aunque recurriéramos a todos los pueblos vecinos, no podríamos reunir tantos.

—En la carta dicen que podríamos tener algún tipo de recompensa económica. Pero no nos garantizan nada, claro.

—Ya encontrarás la manera —repuso ella para tranquilizarlo, y siguió masajeándole los hombros—. Siempre la encuentras.

Normalmente, Sachi no prestaba mucha atención a las conversaciones de los adultos. Siempre hablaban de tareas que había que hacer, de planes, de preocupaciones, de dinero, de cotilleos, de la rutina cotidiana. Se abstraía de todo eso y se perdía en sus propios pensamientos. Pero ese día era diferente. Sus padres siempre habían sido una presencia tranquilizadora que la protegía, la amonestaba y resolvía sus problemas. Sachi daba por hecho que a ellos no los afectaban las preocupaciones ni los temores. Pero entonces comprendió que eran tan débiles e impotentes como ella. Y eso la hizo sentirse asustada y sola.

Al mismo tiempo, sin embargo, estaba extrañamente embelesada. Una princesa iba a pasar por su aldea... Las princesas nunca habían entrado en su imaginación. A veces, Sachi veía a adinerados comerciantes que viajaban con mujeres, y algunas de ellas tenían el cutis casi tan pálido como ella. Quizá la princesa también tuviera la piel tan blanca.

Acarició el peine que llevaba en la manga del kimono, como solía hacer cuando cavilaba sobre algo. Sachi estaba alcanzando la edad adulta, y sabía que en el plazo



de uno o dos años tendría que marcharse de la casa de sus padres. Había visto cómo desaparecían otras niñas. Una se había ido a vivir a la casa de una prima suya para ampliar sus conocimientos sobre el mundo y así convertirse en una esposa más útil; un par habían ido de criadas a la casa de un samurái, y al resto las habían casado. Pronto le llegaría el turno a ella. ¿Qué le depararía el destino? Las palabras de su abuela resonaban en su cabeza: «¿Cómo quieres que consiga un marido, con lo pálida y enfermiza que está? ¿De qué le sirve a la esposa de un campesino ser bonita?» ¿Y si era demasiado menuda y pálida para que otra familia la aceptara como esposa? Quizá cuando todas las otras niñas se marcharan de la casa, ella seguiría viviendo con sus padres; entonces se convertiría en una vergüenza y una carga para ellos, y toda la aldea la compadecería.

Por si eso fuera poco, las geishas de la aldea le gastaban bromas y le decían que debería dedicarse a esa profesión. Le explicaron que ellas se tapaban los bronceados y rústicos rostros con una gruesa capa de pintura blanca, y reían con esa coquetería y esa timidez propias de las geishas. Pero ella ya tenía un rostro blanco como la luna llena, blanco como un capullo de cerezo, y sin necesidad de maquillarse. Además, era guapa, y se estaba volviendo más y más guapa. Cuando Sachi les oía decir esas cosas, se sentía aún más rara. Cuando las oía su madre, componía su cansada sonrisa y, con firmeza, se la llevaba lejos de aquellas mujeres.

La mañana después de que los vecinos se enteraran de que la princesa iba a pasar por la aldea, Sachi ocupó su lugar habitual junto al viejo telar y se puso a enrollar bobinas de algodón que luego le pasaba a su madre, mientras su abuela estaba sentada en un rincón, tan encorvada sobre la rueca que casi la tocaba con la nariz. Al principio, lo único que se oía era el rítmico tableteo de la bobina, que se inclinaba hacia uno y otro lado, el golpeteo del telar y los chirridos y los traqueteos de la rueda; pero al cabo de un rato, Sachi respiró hondo y dijo, vacilante:

—Kaachan. Madre. La princesa... ¿Por qué no me explicas...? ¿Qué clase de...?

Otama había dejado de lanzar la bobina hacia delante y hacia atrás para enrollar un trozo de tela recién tejida. Reflexionó un momento y contestó:

—No lo sé, pequeña Sa. Tu padre dice que va a Edo para casarse con el shogun.

¡Para casarse con el shogun! Parecía uno de esos cuentos que a veces le contaba su abuela. ¿Sería el shogun viejo y feo, arrugado y marchito como el sacerdote de la aldea? ¿O sería joven y lleno de vitalidad? De pronto apareció en su mente la imagen del joven y delgado Genzaburo nadando en el río.

En los días posteriores, los viajeros no pararon de traer rumores. Todas las noches, las lámparas de aceite de la sala común humeaban y ardían con luz parpadeante hasta muy tarde, y la familia tenía que esperar a que Jiroemon regresara a la casa para cenar. Jiroemon llegaba muy cansado y se zampaba unos cuantos cuencos de gachas; luego se limpiaba con una toalla sobre una cacerola de agua

humeante y se tumbaba en las bastas esterillas de paja, junto a los niños. Los aldeanos tenían que pavimentar el tramo del camino que pasaba por la aldea con rocas planas y blancas y ampliarlo uno o dos ri por ambos lados. El camino debía tener doce shaku de ancho, aunque eso significara derribar los muros que había enfrente de las casas.

El día después de que desapareciera la última nieve, Sachi se puso un par de geta —una especie de zuecos—, comprobó que el viejo cubo de madera no tuviera fisuras y bajó a ponerse en la cola del pozo. Como de costumbre, las mujeres que estaban allí charlaban muy emocionadas. Ir a buscar agua era tarea de las mujeres jóvenes. Era la excusa perfecta para escapar de sus malhumoradas suegras y cotillear entre ellas.

—¿Sabéis que sólo tiene quince años? —gorjeó Shigé, la muchacha de la posada del otro lado de la calle—. Me lo ha dicho mi suegro.

Shigé también tenía quince años; era una joven regordeta e infantil, con las mejillas bronceadas y los dientes torcidos. Era la esposa del hijo mayor de la casa, y la madre de su hijo y heredero, y rebosaba autosuficiencia. Genzaburo era el hermano pequeño de su esposo. Sachi se sentía intimidada por ella. No podía imaginar que algún día ella llegara a ser tan madura y tan segura.

—¿De verdad? —preguntó con voz chillona Kumé, la prometida del hijo del fabricante de zuecos. Había nacido con una pierna más corta que la otra y cojeaba, pero sabía hilar un hilo muy fino, como las mujeres más ancianas de la aldea—. Pero ¿sabéis qué me han dicho? Que no quería...

—Es verdad —la interrumpió Shigé—. Lo rechazó varias veces. ¡Imaginaos, una mujer rechazando a su prometido!

Hubo un coro de agudos chillidos de incredulidad.

—Ya estaba prometida —continuó Shigé—. Con un príncipe imperial. Habían concertado la boda cuando ella tenía seis años. Pero ella dijo que prefería hacerse monja que casarse con el shogun.

—Mi suegro dice que es un escándalo enviar tan lejos a una muchacha tan joven —aportó Kumé, que por fin conseguía intervenir—. Edo es una ciudad de soldados. No es un sitio indicado para una joven tan delicadamente educada.

—Qué hermosa debe de ser —susurró Omán, la muchacha de la posada contigua a la de Sachi. Había llegado hacía poco tiempo de un pueblo cercano para casarse, y todavía estaba apagada y lloraba con facilidad—. Dicen que van a traer agua de manantial desde Kioto para bañarla.

—¡No puede ser! —exclamaron las demás, incrédulas, ladeando la cabeza.

—Es verdad —suspiró Omán—. Es demasiado delicada para bañarse con nuestra agua del Kiso. ¡Daría cualquier cosa por verla, aunque sólo fuera un segundo!

Hubo risitas de asombro ante la osadía de ese pensamiento.

—Es verdad —dijeron las más jóvenes asintiendo con la cabeza—. Es una lástima que ninguna de nosotras vaya a ver jamás a una princesa. ¡Nadie tiene ocasión de ver

a una gran dama como ella!

Sachi escuchaba en silencio. Así que la princesa no era mucho mayor que ella. Qué triste debía de sentirse, arrancada de su hogar y obligada a hacer un largo viaje hasta un sitio que no conocía, para casarse con un hombre al que no conocía y con quien no quería casarse. En ese sentido, su vida no era muy diferente de la de los aldeanos más pobres. Sólo que ella se había atrevido a rechazar a su prometido; aunque al final no habían tenido en cuenta su voluntad. Era una de las damas más importantes de la región, y sin embargo tampoco ella podía tomar decisiones sobre su propia vida.

—Seguramente tendrá la piel blanca, más blanca aún que la tuya, pequeña Sa —comentó Omán.

—Quizá se parezca a ti, pequeña Sa —dijo Kumé—. Quizá tenga la cara alargada y la nariz respingona, como tú.

—No seáis tontas —terció Shigé dándose aires de entendida—. La princesa es hermosa. No se parece en nada a ninguna de nosotras.

El año transcurría de festividad en festividad; había días buenos y días malos. En primavera, Sachi se levantaba todas las mañanas antes del amanecer y recorría las laderas más bajas de la montaña recogiendo helechos, brotes de cola de caballo, raíces de bardana y otras raíces y plantas comestibles que crecían allí. Entonces llegó la fiesta de primavera, seguida de la fiesta de las niñas, y a continuación llegó el momento de plantar los brotes de arroz. En verano, los niños estaban muy ocupados trabajando en el camino y en los campos, pero siempre que podían se escabullían e iban al río. Allí, se quitaban la ropa y se zambullían para chapotear alegremente en las frías aguas. Genzaburo organizaba excursiones al bosque para trepar a los árboles y perseguir conejos, zorros y tejones. En el séptimo mes, cuando hacía tanto calor que costaba moverse y todos estaban empapados de sudor, llegó la fiesta del Bon —el día que los antepasados regresaban de entre los muertos— y los aldeanos bailaron hasta muy entrada la noche. Y en otoño, Sachi volvió a subir a las montañas para buscar setas.

Otama limpiaba, lustraba, barría y cocinaba, asegurándose de que la posada estuviera siempre impecable para los huéspedes importantes que pasaban por ella. El telar traqueteaba y la rueca de la abuela chirriaba. Aunque las mujeres realizaban sus tareas cotidianas, todas eran muy conscientes de los denodados esfuerzos de Jiroemon para preparar el paso de la gran procesión. Jiroemon negociaba sin parar con los jefes de pueblos más y más lejanos para asegurarse de que habría suficientes porteadores y caballos. No se trataba de intentarlo: había que conseguirlo.

En el noveno mes, una gran procesión de funcionarios, oficiales, guardias, soldados y pequeños daimios con sus séquitos llegó de improviso. Se dirigían hacia Kioto para recoger a la princesa y escoltarla. Durante días, el camino estuvo muy

transitado. Los portadores, palanqueros y soldados de a pie iban tan apretados unos contra otros que tropezaban y se pisaban. Jiroemon había conseguido más de un millar de portadores de refuerzo, pero tenían demasiado trabajo; todavía faltaban muchos más.

Un día, llegaron unos cuantos palanquines mucho más ornamentados y lujosos que los que solían pasar por la aldea. El rumor se extendió rápidamente y, al poco rato, numerosos aldeanos se apostaron a ambos lados del camino, estirando el cuello para atisbar dentro de los palanquines antes de que los guardias los apartaran a empujones.

—¡Son damas del Gran Interior! —oyó Sachi que Jiroemon le decía a Otama—. Se han detenido para pasar la noche aquí. ¿Qué hago? ¿Salgo a recibirlas? ¡No me han dado ninguna instrucción!

—¿Del Gran Interior? —preguntó Otama.

—Del palacio de las mujeres del castillo de Edo —aclaró Jiroemon con impaciencia.

—¿Unas mujeres tan importantes en el camino? —se extrañó Otama—. ¡Eso es muy raro! ¡Es insólito!

Otama tenía razón. Las únicas mujeres que había visto Sachi eran campesinas o aldeanas que iban en peregrinaje y, a veces, las elegantes esposas de los mercaderes, que regateaban aún más que sus esposos. De vez en cuando llegaba alguna poetisa, pero nunca nadie de un rango superior. El séquito de los daimios lo integraban sólo hombres. Los guardias del puesto de vigilancia de la aldea sabían muy bien que su principal misión consistía en asegurarse de que ninguna gran dama se colara disfrazada, tratando de huir de Edo y volver a su provincia natal. Cualquier otro error por parte de los guardias era excusable, pero ése lo pagaban con la vida.

Siguió habiendo mucho tráfico durante nueve días. Luego hubo un período de calma. Los aldeanos evaluaron los daños. La sala común estaba destrozada, y muchas de las puertas de papel de las posadas se habían desgarrado a causa de las peleas entre samuráis borrachos. Algunos portadores habían recibido palizas, y a dos que habían intentado huir los habían matado. La gente empezó a encontrar cadáveres en las cunetas del camino; los habían apartado sin miramientos para dejar paso a las procesiones. Unos veinte o treinta portadores se habían derrumbado bajo sus cargas y habían muerto. Así eran las cosas; no había nada que hacer. Los aldeanos empezaron a hacer las reparaciones tan deprisa como podían, antes de que llegara la cabalgata de la princesa.

Entonces llegaron los comisarios de transportes; entraron en la aldea en una serie de palanquines escoltados por criados, ayudantes y guardias. Se paseaban arriba y abajo, ufanos, con sus pantalones hakama almidonados y con sus dos espadas colgadas ostentosamente a los costados. Pasaron la noche en la lujosa posada de

Jiroemon, aunque sus propios cocineros les preparaban el té y la cena; eran demasiado importantes para comer siquiera los mejores platos que pudiera ofrecerles Otama.

Dando golpecitos con sus abanicos, trazaron mapas y midieron el camino. Le dijeron a Jiroemon que cuando pasara la cabalgata de la princesa, las mujeres y los niños debían permanecer dentro de las casas con las persianas cerradas, arrodillados y en silencio; cualquiera que estuviera fuera debía postrarse, con la cara en el suelo. Había que atar a los perros y los gatos, no podía haber fuegos encendidos y las pesadas piedras que sujetaban las tejas de los tejados debían ser revisadas para que no hubiera accidentes. Había que interrumpir por completo el tráfico del camino tres días antes y después de que la princesa pasara por él. De pronto, el camino quedó inusualmente desierto.

El primer contingente del convoy de la princesa llegó el vigésimo cuarto día del décimo mes. Durante dos días, hubo una incesante procesión de portadores que avanzaban dando trapiés bajo el peso de cestos y cajas cubiertas con ricos brocados y baúles lacados con incrustaciones de oro. Jiroemon había conseguido reunir un total de 2.277 hombres procedentes de treinta y tres pueblos vecinos. Transportaban el equipaje hasta el siguiente pueblo por el camino, y luego regresaban para coger otra carga.

Habían calculado que la princesa pasaría por la aldea el tercer día. Sachi se levantó mucho antes del amanecer para ayudar a su madre a comprobar que todo estuviera perfecto. Otama puso unas ramas de arce en un jarrón —un detalle elegante que sin duda complacería a los daimios—, mientras Sachi recorría las silenciosas habitaciones como un cangrejo, pasando un paño húmedo por el suelo hasta hacer brillar las esteras de los tatamis, de color claro, y dejar impecables los bordes de seda. Limpiaron los suelos de madera de los pasillos y de la entrada por última vez hasta que no quedó ni una sola mota de polvo en ningún sitio. Entonces Sachi se dirigió a toda prisa a la entrada de la aldea, donde estaban los otros niños, para ver llegar la procesión.

Para cuando los niños fueron a contarle a Jiroemon lo que habían visto, todos habían oído el sonido metálico de los aros de hierro que llevaban los guardias en lo alto de los bastones, el crujido de los pasos, el golpeteo de los cascos de caballo y el interminable grito: «Shita ni iyo! Shita ni iyo! ¡De rodillas! ¡De rodillas!»

—Voy a esconderme debajo de los aleros para ver pasar la procesión —susurró Genzaburo—. ¿Por qué no vienes conmigo, Sa? Será divertido. ¡No se enterará nadie!

Pero Sachi tenía una obligación más acuciante. Siempre que una procesión pasaba por la aldea, Jiroemon tenía que situarse a las puertas para darle la bienvenida al daimio. Luego iba corriendo a la posada y volvía a recibirlo en el porche, donde se detenían los palanquines. Pero la princesa planteaba un problema. En primer lugar,

era una mujer. Y no sólo eso, sino que era la mujer de más alto rango y más importante de la región. Era inconcebible que un hombre, y mucho menos un humilde posadero como él, mirara siquiera a una mujer de tanta categoría. Pero también era inconcebible no darle la bienvenida a la posada. A medida que avanzaba el día, la preocupación de Jiroemon iba en aumento. Los comisarios de transportes no se habían dignado darle ningún consejo. Al final tomó una decisión: recibiría el palanquín de la princesa de la manera habitual, pero acompañado de su esposa y de su hija. Al fin y al cabo, él descendía de una familia de samuráis, y por lo tanto era un poco superior al resto de aldeanos.

Sachi se puso el kimono nuevo de color añil que Otama le estaba reservando para el día de Año Nuevo. Su abuela había hilado el hilo y Otama había tejido la tela, con un dibujo de cuadros claros y oscuros, y le había cosido una bolsita dentro de la manga para meter en ella el amuleto protector de Sachi. Sachi escondió su peine junto con el amuleto y se ciñó un obi de crespón rojo alrededor de la cintura. Entonces ocupó su lugar, de rodillas junto a su madre, junto a la entrada reservada para los huéspedes importantes.

La posada de Jiroemon estaba en medio de la aldea, pero apartada del camino, lejos de todo el ruido y el ajetreo, oculta detrás de un alto muro. Más allá de la entrada había otro muro para proteger a los huéspedes de alto rango de las vulgares miradas de los aldeanos y los viajeros. Sachi oyó pasos avanzando por el camino — hacían que se estremeciera la tierra—, y vio las puntas de las lanzas, los estandartes y las enormes sombrillas rojas desplazándose en majestuosa procesión por encima del muro. Aparte del estruendo de pasos y cascos de caballo, y de los insistentes gritos de «Shita ni iyo! Shita ni iyo! Shita ni... Shita ni...», no se oía nada más. Nadie decía ni una palabra.

De pronto aparecieron unos hombres en el recinto protegido por el muro interior. Sachi se volvió un poco y levantó la cabeza para ver qué estaba pasando. Había una fila de portadores con las nalgas al descubierto y las caras cubiertas de sudor; llevaban cubos de agua, cestos de comida, relucientes baúles lacados y un ornamentado arcón dorado y negro, lo bastante grande para contener una bañera, y se dirigían hacia la puerta trasera. Unos hombres con kimonos cortos, de varias capas, y leotardos, que llevaban sombreros de paja y las dos espadas de los samuráis, tomaron posiciones alrededor del porche, junto a unos palanqueros que transportaban unos bancos relucientes y negros.

Entonces un palanquín se detuvo en el porche de la entrada. De él se apeó una mujer, y deslizó un diminuto pie, y luego el otro, en un par de zuecos que habían colocado en uno de los bancos. Empezaron a llegar más palanquines, de los que salieron otras mujeres que se saludaban con agudos arrullos. Sus ininteligibles voces le recordaron a Sachi el trino y el gorjeo de los pájaros. El porche estaba lleno de

telas delicadas y suaves como pétalos de flor, y vistosas como una pradera en primavera. La atmósfera estaba cargada de aromas, tan dulces e intensos que la niña se mareó un poco. Atrevida, Sachi lo miraba todo una y otra vez. Jamás había visto a criaturas tan exquisitas; parecían salidas de otro mundo, mucho más magnífico que nada que ella hubiera podido imaginar.

Giró la cabeza un poco más y vio un magnífico palanquín que parecía un diminuto palacio móvil; era dorado, con reflejos rojizos, y unas gruesas borlas rojas oscilaban sobre las persianas de las ventanillas; el techo estaba cubierto con un estandarte rojo. Hasta la vara y los entramados de las ventanillas estaban recubiertos de pan de oro. Las paredes estaban decoradas con elaborados dibujos y llevaban grabado un crisantemo, que sin duda debía de ser el emblema imperial. Lo transportaban seis palanquineros, tres delante y tres detrás. Unos guardias desfilaban a su lado, y unos criados le hacían sombra con unas enormes sombrillas rojas. Cuando los palanquineros lo dejaron, con mucho cuidado, sobre el soporte, las mujeres se arrodillaron produciendo un suntuoso susurro de sedas. Jiroemon y Otama permanecieron con la cara pegada al pulimentado suelo de madera, pero Sachi estaba muerta de curiosidad. Levantó brevemente la cabeza. Ésa debía de ser la princesa. Tenía que verla.

Unos miembros del séquito abrieron la puerta corredera del palanquín, y de su oscuro y dorado interior salió una mujer. Las numerosas capas de su kimono, de sutiles tonos de naranja, dorado y verde, se apreciaban en el cuello y en los puños. Llevaba un sombrero de viaje con un tupido velo que le cubría los hombros, pero al bajar del palanquín levantó una blanca mano y se lo apartó de la cara. Sachi tuvo ocasión de ver el rostro de la mujer antes de que el velo volviera a la posición original.

Sachi agachó rápidamente la cabeza. No sabía qué pretendía, ni cómo se atrevía siquiera a pretender algo. Había pensado mucho en la princesa. Esperaba ver algo maravilloso, pero lo que vio la dejó desconcertada y confusa. El rostro que acababa de ver no parecía el de una princesa, o, al menos, no el de las princesas de su imaginación. La mujer iba maquillada como una gran dama, con la cara blanca, los pequeños labios pintados de un rojo intenso y las cejas bien perfiladas en la despejada frente; pero daba la impresión de que se marchitaba bajo sus lujosos kimonos. Lo más extraño era la expresión de su cara: una expresión de puro miedo, como la que Sachi había visto en los ojos de los pollos antes de que los sacrificaran. La niña sintió una profunda inquietud. Había algo que no encajaba.

Hasta los críos como Sachi sabían que los grandes señores y las grandes damas tenían dobles. Siempre había enemigos al acecho capaces de secuestrar e incluso matar a una dama. Quizá esa mujer fuera un doble. O quizá fuera realmente la princesa. Quizá las princesas fueran, en realidad, personas normales y corrientes.

Las mujeres, haciendo frufú con las acampanadas faldas de sus kimonos, acompañaron a la princesa al interior de la posada, deslizándose al lado de Jiroemon, Otama y Sachi, que seguían arrodillados, como si no existieran.

Fueron llegando más palanquines, de los que se apearon otras mujeres. Sólo quedaban unas pocas personas en el porche. Jiroemon y Otama parecían paralizados, con la cara pegada al suelo. Entonces apareció un palanquín más sencillo, con las paredes de madera y con las persianas de bambú recogidas. Sachi estaba maravillada, medio aturdida por aquel espectáculo tan inusual y por la extraña sensación de que había algo que no era como debía ser. Levantó la cabeza y vio bajar del último palanquín a una mujer que por su atuendo, mucho más sencillo que el de las otras mujeres, parecía una criada. Su mirada y la de Sachi se cruzaron brevemente.

Esa mujer no era más que una niña; debía de tener aproximadamente la misma edad que Sachi y que las jóvenes esposas que se reunían en el pozo. No era hermosa, pero su porte tenía algo que atraía la atención de todos. Tenía el rostro ovalado y las mejillas rellenas, como una niña pequeña; los ojos negros, grandes y tristes; la nariz recta; la barbilla puntiaguda; y una boca pequeña fruncida en expresión de aturdida resignación. Su cutis era tan blanco que parecía teñido de azul. Se apeó con torpeza del palanquín y se quedó un momento de pie, como si no supiera qué tenía que hacer a continuación. Las otras mujeres la rodearon y se apresuraron a cubrirle la cabeza con un velo. Daba la impresión de que trataban de fingir indiferencia: miraban hacia otro lado y hablaban entre ellas en voz alta. Pero no lograban disimular la deferencia de sus gestos: se agachaban e inclinaban la cabeza instintivamente, de modo que su cabeza nunca sobrepasara la de aquella mujer.

Sachi estaba embelesada. Aquella joven tenía algo que le resultaba familiar. Le parecía haber visto su rostro en algún sitio, quizá en un sueño. Y la joven, a su vez, se había fijado en Sachi. Algo brilló en sus ojos, como si también ella la hubiera reconocido. Mientras las otras mujeres le arreglaban el velo que le ocultaba la cara, ella le susurró algo a una de ellas. De pronto todas se volvieron y miraron a la niña que estaba arrodillada junto a la puerta, y que tenía la osadía de mirarlas con fijeza. Las mujeres fueron hacia ella, y los guardias que estaban apostados alrededor del porche llevaron la mano al puño de sus espadas. Al oír la conmoción, Jiroemon, horrorizado, levantó la cabeza.

Sachi buscó automáticamente el peine que llevaba escondido en la manga. De pronto recordó el destino de Sohei, el borracho, y el de esos porteadores a los que habían abandonado, muertos, en el camino. Toda su breve vida pasó ante sus ojos en un instante, y pensó en Genzaburo, que estaba escondido en los aleros no lejos de allí, al otro lado de la calle. Sin embargo, había un pensamiento que destacaba entre todos los demás: He visto a la princesa.

Sachi había empezado a comprender por qué el rostro de aquella joven le



resultaba tan familiar: se parecía muchísimo a la cara que ella veía reflejada en el desazogado espejo de su madre. Era una versión de sí misma, sólo que algo mayor.

# **SEGUNDA PARTE: EL PANTANO DE LAS MUJERES**

## 2. CONCHAS DE OLVIDO, 1865

### I

Sachi jugaba a emparejar conchas con la princesa Kazu. Arrodillada enfrente de ella, con las manos entrelazadas sobre el regazo y con la vista fija en el suelo en actitud de modestia, oyó el susurro de la seda cuando la princesa se recogió con languidez la larga manga de la túnica y metió la mano en la caja lacada con incrustaciones de oro que contenía las conchas. La princesa pasó los dedos por las pequeñas y secas conchas, y se oyó un débil repiqueteo. Cogió una y la puso boca arriba sobre el tatami. Sachi se inclinó hacia delante. En el interior de la concha, pintado sobre un fondo de pan de oro, había todo un mundo de nobles y damas en miniatura.

Había otras conchas, boca abajo y ordenadas en hileras, entre las dos mujeres. La princesa cogió una y miró en su interior.

—¿Por qué tengo siempre tan mala suerte? —preguntó arrojando la concha con fastidio—. Si al menos fueran conchas de olvido... Entonces quizá podría olvidar. — Y recitó en voz baja un poema:

*Wasuregai / No reuniré  
hiroi shi mo seji / conchas de olvido,  
shiratama o / sino perlas,  
kouru o dani tno / recuerdos de  
katami to omowan / mi antiguo y precioso enamorado.*

Sachi la miró de soslayo. Pensó en las historias que había oído; decían que habían obligado a la princesa a ir a Edo y a casarse contra su voluntad con el shogun, y que antes de eso había estado comprometida con un príncipe imperial. Pero todo eso había pasado mucho tiempo atrás. ¿Por qué Su Alteza seguía aferrándose al pasado?

¿Por qué Su Alteza estaba siempre tan triste?

La princesa la miraba con expectación. Sachi tenía una mano suspendida sobre las conchas que estaban boca abajo. Escogió una, miró en su interior y dio un gritito; entonces agarró la concha que la princesa acababa de extraer de la caja. Ambas conchas eran idénticas. Sachi se puso a reír, y entonces, al recordar dónde estaba, se ruborizó y se tapó la boca con ambas manos.

—Qué infantil —comentó Tsuguko, la primera dama de honor de la princesa, sonriendo con indulgencia.

Tsuguko era la persona más poderosa del entorno de la princesa, y la máxima autoridad en los importantísimos asuntos del protocolo. Era una mujer alta y aristocrática, con cabello entrecano que le llegaba hasta el suelo. La mayoría de las damas más jóvenes le tenían miedo, pero con aquellas que gozaban del favor de la princesa era la amabilidad en persona.

La princesa también compuso una lánguida sonrisa.

—Podría hechizar a cualquiera con esos ojos verdes —murmuró—. ¡Disfruta tanto con todo! Ojalá todos los días fueran tan apacibles como éste. —Miró a Tsuguko y, en voz baja, agregó—: Nos queda muy poco tiempo.

—La vida humana siempre es incierta, Señora. Pero quizá los dioses nos favorezcan esta vez.

—No si la Retirada se sale con la suya. Sé que goza de la confianza de Su Majestad...

Era el decimoquinto día del quinto mes del primer año de Keio, y las lluvias se estaban retrasando. Cada día hacía más calor, y la atmósfera iba volviéndose más y más húmeda y opresiva. Unas nubes oscuras tapaban el cielo. Habían retirado las puertas de papel que dividían las habitaciones y las puertas de madera que formaban las paredes exteriores de los edificios, convirtiendo todo el inmenso palacio en un laberinto de pabellones conectados entre sí. Pero ni la más leve brisa sacudía las persianas de bambú.

Esa mañana, habían liberado durante unos minutos a Sachi de sus obligaciones. La joven fue corriendo a la galería y contempló los jardines del palacio. El césped, los recortados arbustos y los pinos de puntiagudas hojas se extendían ante ella formando un deslumbrante mosaico de verdes. El elegante lago con sus puentes en forma de media luna estaba tan quieto que parecía un dibujo. Había brotes de bambú asomando en la tierra, y las nudosas ramas se combaban bajo el peso de hojas y capullos nuevos. Sachi aspiró aquel aire húmedo con un tibio aroma a tierra, a hojas y a hierba.

Una cigarra rompió el silencio con su agudo grito, y esa repentina interrupción trasladó a la joven a la ladera de una montaña, entre gruesos árboles. Abajo, en el valle, se apiñaba un puñado de tejados de pizarra reforzados con piedras. Casi podía

oler el humo de leña y el aroma de la sopa de miso. La aldea. El recuerdo era tan claro y diáfano que hizo que le brotaran las lágrimas.

Como hacía todos los días, rememoró aquella fatídica mañana de otoño en que la princesa había pasado por su aldea. Sachi estaba en el vestíbulo de la gran posada, arrodillada en el frío y duro suelo de madera. Las mujeres formaron un corro alrededor de ella, gorjeando sin parar. Sus padres tenían la cabeza agachada, y su madre se enjugaba las lágrimas. Entonces su padre dijo: «Tienes que ir con ellas. Considérate afortunada. No lo olvides nunca. Hagas lo que hagas, no llores. Sé segura de ti misma y haz que estemos orgullosos de ti.»

Antes de darse cuenta, iba por el camino con una dama de honor sujetándole firmemente una mano. Recordaba que había intentado contener las lágrimas, y que no paraba de volverse, tratando de atisbar la aldea, hasta que ésta se perdió de vista. Muchos días más tarde, llegaron a la gran ciudad de Edo, y por fin Sachi vio las blancas murallas del castillo, que tapaban el cielo. Entraron en el castillo, y las puertas se cerraron detrás de ellos.

¡Qué sola se había sentido al principio! Nunca había sospechado que fuera posible estar tan triste. Ni siquiera entendía lo que decían los demás. Había muchas cosas que aprender: a andar y a hablar como una dama, a leer y escribir. Ya habían pasado cuatro inviernos y tres veranos. Pero Sachi pensaba en sus padres todos los días, y se preguntaba cómo estarían y qué harían.

Ocupó su lugar habitual junto a la princesa y empezó a abanicarla, tratando de refrescar al máximo el aire que la rodeaba. Del quemador de incienso que había en el rincón se alzaban unas finas volutas de fragante humo. Al otro lado de los ornamentados biombos dorados que delimitaban la parte de la habitación reservada a la princesa, había varios grupos de damas de honor recostadas, charlando y riendo; sus túnicas se inflaban alrededor de ellas como las hojas en un estanque de nenúfares. Sólo a unas pocas elegidas se les permitía estar detrás de los biombos. Si Sachi no hubiera sido tan joven, podría haberle parecido extraño que precisamente a ella la dejaran estar allí. Pero por alguna razón la princesa le tenía cariño. Decía que su compañía la tranquilizaba.

Sachi miró a la princesa. Sabía que tenía que dirigir siempre la mirada hacia el suelo en actitud de modestia, y sobre todo en presencia de la princesa. Pero había tantas normas, tantas cosas que recordar. Y además, a veces tenía la impresión de que ella era la única persona que de verdad se preocupaba por la princesa Kazu. Para Sachi, la princesa encarnaba la perfección. Su caligrafía era mucho más elegante que la de sus damas de honor, y sus poemas, los más conmovedores; y cuando tocaba el koto, quienes la escuchaban lloraban de emoción. Cuando celebraba la ceremonia del té, sus movimientos eran pura poesía. Sin embargo, tenía algo de criatura salvaje,

atrapada en el tejido de ceremonia y deferencia que la rodeaba. A veces, Sachi creía ver un destello de pánico en sus negros ojos, y la princesa le recordaba a una cierva asustada. Pese a lo joven y lo insignificante que ella era, Sachi sentía el impulso de protegerla.

Oyeron, a lo lejos, unos pasos amortiguados que corrían por el pasillo hacia donde estaban ellas. La puerta de la antecámara se deslizó por sus guías y las tablas del suelo crujieron al arrodillarse el visitante. Luego se oyeron voces y un frufú de seda, y apareció una dama de honor, que se quedó con la cabeza agachada frente al biombo. Tsuguko se inclinó hacia ella con su acostumbrada altivez, y regresó junto a la princesa y le susurró algo al oído.

Sachi oyó lo que le decía: «Se acerca la hora de la visita matutina.»

La princesa se quedó paralizada. Entonces, por algún extraño motivo, miró fijamente a Sachi. Sachi se apresuró a bajar la vista.

La princesa respiró hondo, como si de pronto hubiera recordado qué y quién era. Entonces se volvió hacia Tsuguko y dijo con estudiada calma:

—Di a mis damas de honor que hagan los preparativos.

Sachi recogió las conchas a toda prisa y las guardó en sus cajas, atando con cuidado los cordones con borlas que las sujetaban. Cuando llegó por primera vez al palacio, todo era tan nuevo para ella que apenas se había fijado en dónde estaba ni había reparado en el inmenso lujo que la rodeaba. Ahora, casi cuatro años más tarde, manejaba con reverencia las diminutas conchas pintadas y las cajas octogonales lacadas.

Sólo las damas de más categoría eran admitidas ante la presencia del shogun. La vida del palacio giraba alrededor de él. Cuando el shogun no estaba, era como si la oscuridad lo hubiera invadido todo. Las mujeres que correteaban por el Gran Interior, desde las de los niveles más altos de la jerarquía hasta las de los niveles más bajos — grandes damas, pequeñas damas, ancianas, jóvenes, doncellas, doncellas de doncellas, alabarderas, limpiadoras, encargadas de llevar carbón y agua, hasta las más bajas mandaderas a las que todos llamaban «honorables mocosas»— se quedaban calladas y asustadas. Cuando él regresaba, era como si hubiera salido el sol. Pero la mayoría de las mujeres que dedicaban su vida a servir a ese ser divino no esperaban llegar a verlo nunca.

De hecho, era extraordinario, como Sachi había oído comentar a las ancianas entre ellas, que el shogun se hubiera ausentado. El tercer shogun, el señor Iemitsu, había visitado Kioto en la era Kan'ei, más de doscientos años atrás; pero desde entonces, ningún shogun había salido del castillo. El anterior shogun, el pobre señor Iesada, había nacido, vivido y muerto allí, igual que sus predecesores.

Pues ¿por qué razón iba a querer alguien marcharse de allí? El castillo formaba un mundo aparte. Además del palacio interior, con sus oficinas, sus habitaciones para los

guardias, sus enormes cocinas, comedores y cuartos de baño, sus pequeños palacios para las grandes damas y sus laberintos de habitaciones donde vivían las mujeres, todo rodeado de exquisitos jardines con lagos, riachuelos, cascadas y escenarios para representar obras de teatro y danzas, había también un palacio intermedio —la residencia del shogun cuando no estaba en el palacio interior— y un palacio exterior, donde tenían lugar los asuntos oficiales y donde el gobierno tenía sus oficinas.

Las mujeres, por supuesto, nunca salían del Gran Interior, y en teoría ni siquiera sabían qué pasaba fuera de allí; aunque en la práctica, las noticias y los cotilleos fluían como el aire hasta el palacio interior, de tal forma que, aunque las mujeres nunca lo abandonaran, sabían perfectamente qué estaba pasando en el mundo exterior. Todo eso —el palacio interior, el intermedio y el exterior— constituía la ciudadela principal. Pero también había una segunda ciudadela, donde el heredero —cuando lo había— y su madre tenían su corte; y la ciudadela occidental, donde se suponía que vivían las viudas —las esposas, las consortes y las concubinas— de los shogunes difuntos después de hacer sus votos sagrados. Cada una de esas ciudadelas era una versión más pequeña de la ciudadela principal, y tenía sus propios palacios exterior, intermedio e interior. Dentro de los límites del enorme foso y las altísimas murallas, también estaba la extensión boscosa de los jardines de recreo Fukiage y la colina Momiji, donde las mujeres podían pasear y disfrutar del cambio de las estaciones, y los palacios de las familias Tayasu y Shimizu, parientes consanguíneos de la familia Tokugawa.

De hecho, allí estaba todo lo que una podía desear. Una vez que las mujeres entraban en el castillo, sabían que, a menos que se sintieran muy desgraciadas o se comportaran mal, permanecerían allí el resto de su vida. Se les permitía visitar a sus familias de vez en cuando, desde luego. Sachi sabía que pronto también a ella le permitirían ir a visitar a su familia unos días, aunque su vida en la aldea parecía tan lejana que apenas recordaba a la niña que era cuando vivía allí.

En el pasado, cuando la princesa hacía su desplazamiento diario para ir a saludar al shogun, Sachi siempre se quedaba en las dependencias reales. Pero ese día algo había cambiado. Sachi pensó que debía de tener algo que ver con su edad. Ya había cumplido quince años, era mayor de edad y había empezado a menstruar. Llevaba el pelo recogido en un moño al estilo de las mujeres adultas, y el kimono que vestía la identificaba como doncella de rango inferior. Hasta le habían cambiado el nombre.

En lugar de llamarla Sachi, «felicidad», la llamaban Yuri, «azucena». A ella le gustaba su nuevo nombre, pues la hacía sentirse delicada y femenina, y también importante, parte de un mundo más espléndido que el anterior. Su cuerpo también estaba cambiando: brotaba casi tan deprisa como el bambú en la estación de las lluvias. Se le habían estirado y adelgazado los brazos y las piernas, y tenía que

aplastarse los pequeños y redondos pechos para que cupieran en el kimono. Hasta su cara parecía diferente casi cada vez que se miraba en el espejo.

Quizá fuera ésa la razón por la que, esa mañana, Tsuguko le había ordenado que se preparara para ir a saludar al shogun. Pero ella no era nadie para hacer preguntas. Como le recordaban una y otra vez las mujeres mayores, ella y sus sentimientos no contaban para nada. Pasara lo que pasase, se sintiera como se sintiese, debía esforzarse para ofrecer una apariencia plácida y serena, como la superficie de un estanque que vuelve a quedar lisa después de que alguien le haya arrojado una piedra. La clave consistía en recordar cuál era su lugar, ser obediente y no hacer nada que la pusiera en evidencia o que hiciera que los demás se avergonzaran de ella.

A media mañana, a medida que se acercaba la hora del caballo, las mujeres se prepararon para partir. La princesa se levantó y, sujetando su abanico ceremonial de madera de ciprés a la altura de la cintura, salió deslizándose de sus aposentos. Se movía con tanta delicadeza que el humo que se alzaba en volutas del incensario apenas tembló. Sus anchos pantalones rojos se mecieron, y el dobladillo acolchado de su chaqueta de brocado se desplegó como un abanico detrás de ella. Sus ropas desprendían un sutil perfume que la envolvía. La seguían sus damas, como una interminable procesión de enormes flores, con sus finos kimonos blancos de verano y sus voluminosas faldas de color bermellón. Normalmente, Tsuguko iba a la cabeza de la comitiva, como correspondía a su rango de primera dama de honor; sin embargo, ese día se quedó en la cola del grupo, guiando a Sachi.

Fuera, el pasillo estaba lleno de mujeres arrodilladas. Sin parar de hacer reverencias, las escoltas saludaban a la princesa. Sachi caminaba deprisa dando pasitos muy cortos, procurando no tropezar con los pliegues de tela que se arremolinaban alrededor de sus pies.

Como era más bajita que las demás, casi tenía que correr para alcanzarlas. Tropezó una vez con la cola de su kimono. «Pasos más pequeños —la previno Tsuguko, y le puso un dedo debajo del codo—. Los dedos de los pies hacia dentro. Las manos sobre los muslos, los dedos estirados, los pulgares escondidos. La cabeza agachada. Mira al suelo.»

Precedidas por las escoltas, la princesa y sus damas de honor se deslizaban con una lentitud asombrosa, dando pasos acompasados, por un pasillo tras otro; sus túnicas susurraban suavemente, como las olas que acarician la orilla de un río. El palacio era un laberinto. Sachi correteaba con la mirada fija en las esteras de los tatamis, y se preguntaba cómo encontraría el camino de regreso si la dejaran sola. Levantó la cabeza y vio el largo pasillo, que se perdía en la lejanía, flanqueado por un sinfín de puertas de madera, todas cerradas. Sabía que detrás de esas puertas estaban las abarrotadas habitaciones donde vivían algunos de los cientos de damas de honor y sus doncellas.



Cuando volvió a mirar, estaban bordeando una inmensa sala de audiencias. Gran parte de la estancia estaba a oscuras. En una de las puertas, apenas visibles en la penumbra, había pintadas grullas volando y tortugas nadando; en otra, montañas y cascadas que a Sachi le recordaron a su aldea. Había leopardos y tigres de ojos destellantes ocultos en las sombras, y dragones pintados en los dinteles y en los frisos. El techo, dorado, brillaba. A uno de los lados de la sala había un patio con un pequeño estanque y un diminuto rectángulo de cielo gris. Las rocas estaban salpicadas de flores blancas. Hacía tanto calor que costaba trabajo moverse. La atmósfera estaba cargada de humedad.

—¡Agacha la cabeza! —rugió Tsuguko.

Llegaron a una pasarela que conducía al ala privada del shogun, que se alzaba como un pabellón entre extensiones de césped, sauces, relucientes riachuelos y arriates de lirios morados. Allí esperaba un grupo de mujeres, arrodilladas; al acercarse la princesa, se apartaron sin levantarse. En las primeras filas había siete mujeres de rostro apergaminado, con complicadas pelucas de reluciente pelo negro: eran las veteranas, las concubinas del señor Ienari, el abuelo del actual shogun; ellas decidían todos los detalles de la vida en el palacio de las mujeres. Decían que en otros tiempos habían sido muy bellas, pero a Sachi le parecían feas como dragones escupiendo fuego. Sachi vivía atemorizada por sus afiladas lenguas y sus duros nudillos. ¿Qué dirían y qué harían al ver a una criatura tan humilde como ella que había osado encumbrarse tanto? Cuando Tsuguko la hizo pasar ante las ancianas, Sachi alzó la mirada lo suficiente para ver sus caras, y le sorprendió comprobar que la miraban con gesto amable. Una hasta le sonrió y asintió con la cabeza como infundiéndole ánimo.

Sachi apenas tuvo tiempo de registrar lo extraño de aquella situación, porque la princesa y su séquito habían entrado en un largo y oscuro pasillo. Una de las paredes la formaban unas persianas de juncos decoradas con enormes borlas rojas. Al final del pasillo había una gran puerta de madera.

Se hallaban en el famoso Pasillo de la Campana, el lugar de acceso al palacio de las mujeres desde los palacios intermedio y exterior, que eran el dominio de los hombres. Sólo lo utilizaba el shogun; él era el único hombre que podía entrar en las dependencias de las mujeres. Había unos pocos hombres que trabajaban en las dependencias de las mujeres —sacerdotes enjutos y apergaminados, un par de médicos de rostro liso, los musculosos guardias de las puertas exteriores—, pero ellos no contaban. Para las mujeres, esos hombres no existían.

Junto a la puerta colgaba una gran bola de campanas de cobre que hacían sonar cuando el shogun se disponía a salir; hacerla sonar en cualquier otro momento constituía un grave delito. Había una dama de honor arrodillada a cada lado, junto con un par de sacerdotisas (unas ancianas de manos nudosas, con la cabeza afeitada y

reluciente, que vestían túnicas de sacerdote). La primera vez que las vio, Sachi se llevó una sorpresa, pero ya se había acostumbrado a ellas.

La princesa y su séquito vestían el traje de la corte imperial de Kioto; túnicas blancas, pantalones encarnados y chaquetas de brocado de color bermellón. Pero las aristócratas que llenaban el pasillo lucían las túnicas más fastuosas que Sachi había visto jamás. Algunas tenían bordados dibujos de glicinas y lirios; otras, abanicos de madera de ciprés y carros tirados por bueyes. En algunas, unos paisajes en miniatura pintados con tonos rojos se desenrollaban sobre las curvadas espaldas de las damas. La princesa y sus damas de honor llevaban el largo y liso cabello suelto, hasta el suelo. Pero las cabezas de esas mujeres —que estaban arrodilladas con la frente pegada al suelo— estaban adornadas con gruesos rizos de cabello untado con aceite, y llenas de peinecillos, horquillas y cintas.

La viuda Jitsuse-in, la madre biológica del shogun, estaba arrodillada en el lugar de honor, junto a la puerta. Tenía un rostro cetrino y transido de amargura. Como todas las viudas, llevaba el pelo corto, una sencilla túnica y una cogulla de monja. Sachi la llamaba el Cuervo Viejo. La viuda entraba todos los días en los aposentos de la princesa, con su túnica negra, y encontraba defectos en todas partes. Por mucho que todas intentaran complacerla, ella siempre encontraba algo de qué quejarse.

La princesa ocupó su lugar en el almohadón que había enfrente del de la viuda. Pero cuando todavía estaba metiendo sus faldas bajo las rodillas, una manada de mujeres ataviadas con túnicas ricamente bordadas avanzó lenta y majestuosamente por el pasillo. A la cabeza iba una mujer alta de aspecto imperioso. Iba vestida, como el Cuervo Viejo, con un hábito de monja, pero su túnica era de una seda finísima, de color gris con tintes morados, y su manto estaba astutamente recogido para revelar un atisbo de la suave piel de su cuello, blanca como la nieve. Su porte revelaba que, pese al traje que llevaba, era una princesa.

Sachi alzó la mirada desde el final de la cola y se estremeció. Era la Retirada, la temida viuda Tensho-in. Todas le tenían pavor. Decían que tenía muy mal genio y que era fuerte como un varón. Contaban que en una ocasión, durante un terremoto, había cogido en brazos al anterior shogun, su esposo, y lo había sacado del palacio. Además, las mujeres afirmaban que era una excelente amazona que sabía manejar la alabarda con la misma habilidad que cualquier soldado, y también una experta intérprete de las danzas y los cantos del teatro Noh. Todavía no había cumplido treinta años, y su belleza estaba en pleno esplendor. Se adivinaba una sonrisa de suficiencia en sus labios, brillantes como joyas, y en sus ojos ardía una abrasadora energía.

Pero todas las miradas iban dirigidas hacia la joven que revoloteaba detrás de ella. No era mayor que Sachi, y tenía la nariz respingona y el cutis aceitunado de las muchachas de Edo, muy diferente de la palidez aristocrática de las mujeres de Kioto.

Llevaba el rostro, regordete e infantil, primorosamente maquillado al estilo de Edo, y le brillaban los carnosos labios, pintados de un rojo verdoso conocido como «rojo de bambú fresco». Iba tambaleándose con recato, dando cortos pasitos, con los dedos de los pies hacia dentro; ponía un pie delante del otro con mucho cuidado y mantenía la mirada fija en el suelo. Pero sabía que todas la estaban mirando: la delataba la postura de sus hombros.

Al verla, Sachi dio un grito ahogado. Bajo el maquillaje estaba Fuyu, la estrella indiscutible entre las damas más jóvenes. Sachi ansiaba alcanzar la desenvoltura y el aplomo de aquella muchacha. Cuando estaba Fuyu presente, Sachi se sentía cohibida, consciente de sus humildes orígenes y de su escasa educación. En cuanto a Fuyu, no se molestaba en hablar con Sachi, salvo en las raras ocasiones, durante los ejercicios de alabarda, en que Sachi conseguía asestarle un golpe con su bastón. Entonces Fuyu levantaba la barbilla, la miraba con desdén y, tras dar un resoplido, decía: «Supongo que no está mal... ¡para tratarse de una campesina!» Era la hija de uno de los capitanes de la guardia y, como Sachi, sierva joven. Pese a los aires de importancia que se daba, a ella tampoco le estaba permitido entrar en los aposentos del shogun.

Pero lo que levantó un murmullo de admiración entre todas las presentes fue su espectacular haori, una chaqueta con un bordado espectacular de la ciudad de Edo. Describiendo curvas por el dobladillo acolchado estaba el río Sumida, bordeado de edificios y atravesado por el puente Nihonbashi. La bahía de Edo era una sinuosa curva de color azul a la altura de las caderas. Por la espalda y por las mangas se extendían casas, templos, una pagoda, calles salpicadas de diminutas figuras, nubes de follaje y hasta un resquicio de las torrecillas del castillo de Edo destacadas con hilo de oro. Era una obra de arte, increíblemente costosa, diseñada para atraer todas las miradas.

Mientras sus damas ocupaban sus lugares a lo largo de uno de los lados del pasillo, la Retirada se acercó al Cuervo Viejo y a la princesa e hizo una gran reverencia.

—Saludos, Alteza Imperial —dijo dirigiéndose a la princesa.

Hablaba en voz baja, pero su voz, grave y sonora, llegó hasta el final del pasillo —. Bienvenida. Es un gran honor teneros entre nosotras.

Espero de todo corazón que vuestra salud no se resienta de este tiempo tan caluroso.

El pasillo estaba en silencio; sólo se oía el susurro de los abanicos. Hacía un calor insoportable. Sachi se removi6, inc6moda; notaba las pesadas prendas enganchándose a su húmeda piel. Agachó la cabeza y, asustada, escuchó la respuesta de la princesa.

Como todos los que «vivían por encima de las nubes» —al fin y al cabo, era hija del anterior Hijo del Cielo, y hermana del que reinaba en ese momento— la princesa Kazu esperaba que la trataran con la deferencia que correspondía a su elevado

estatus. Nunca olvidaba, ni por un momento, que había abandonado la elegante vida de que había disfrutado en la corte imperial de Kioto para descender al nivel de esos plebeyos de baja estofa. Sin embargo, lejos de comportarse con el debido respeto y de mostrar su reconocimiento por el sacrificio que había hecho la princesa, la Retirada aprovechaba cualquier ocasión para reafirmar su preeminencia. Como viuda del anterior shogun y madre adoptiva del actual, la Retirada había ostentado poder en el palacio hasta la llegada de la princesa, y estaba decidida a conservar su autoridad.

En la intimidad de los aposentos de la princesa, las aristócratas que habían acompañado a la princesa Kazu desde la capital no sentían otra cosa que desprecio por la Retirada y sus damas de honor. Decían que eran poco refinadas, por no decir absolutamente vulgares. ¿Cómo se atrevían a tratar a la princesa con tan poco respeto? Y respecto a su forma de vestir, de hablar y de comportarse, propia de samuráis, la habrían calificado de lamentable si no la hubieran encontrado tan ridícula. Cuando las damas de la princesa se cruzaban con las de la Retirada en los pasillos, pasaban de largo sin apenas molestarse en hacer una desdeñosa cabezada. Pero entre sus doncellas eran frecuentes las peleas. Se gritaban unas a otras, y a veces hasta se arañaban, se pellizcaban, se mordían y se tiraban del pelo y de la ropa.

Las dos grandes damas hacían todo lo posible por mantenerse alejadas una de otra. Sin embargo, a veces las cosas llegaban a un punto crítico. La princesa era demasiado orgullosa y había recibido una educación demasiado refinada para imponerse y hacer valer sus derechos, pero Sachi sabía el dolor que le causaban esos encuentros.

Cuando llegó al castillo, la princesa había insistido en hablar el dialecto arcaico de la corte imperial. Ése fue el primer idioma que le enseñaron a Sachi. La princesa esperaba que todas las mujeres del palacio adoptaran la lengua y las costumbres de Kioto; ésa había sido una de las condiciones de su boda. Pero en eso, como en muchas otras cosas, se había llevado un desengaño.

Ahora, en lugar de decir «Os agradezco vuestra amabilidad» con acento de Kioto, como habría hecho en el pasado, susurró: «Estoy en deuda con vos, Honorable Retirada.» Tenía una vocecilla aguda y entrecortada, como el trino de un pájaro.

Durante varios minutos, las dos mujeres intercambiaron cumplidos, superándose una a otra en lo florido de su lenguaje y en la extravagancia de sus lisonjas. Entonces la Retirada se irguió y dijo:

—Una vez más, os doy mis más sinceras gracias, Alteza Imperial, por cuidar tan bien de Su Majestad, mi hijo adoptivo. —Miraba con fijeza a la princesa y estiraba los labios para componer la más dulce y venenosa de las sonrisas—. Pero me disgusta comprobar que las escoltas han cometido el error de siempre. Como suelen hacer, os han hecho sentar, erróneamente, en mi lugar. Comprenderéis que, como suegra vuestra y como primera dama de esta casa, yo debo ser la primera en dar la

bienvenida a mi hijo a su hogar. Estoy segura de que me ayudaréis de buen grado a rectificar el error.

Hubo un silencio. Todas contenían la respiración. La princesa Kazu mantenía la vista fija en el suelo, mordiéndose el labio inferior.

—Al contrario, soy yo quien debe expresaros agradecimiento, Tensho-in —murmuró con fría cordialidad—. Me alegro mucho de veros. Pero sabéis muy bien que, como representante del Hijo del Cielo y humilde consorte de Su Majestad, estoy obligada, aunque no lo merezca, a tener precedencia. Confío en que seréis tan amable de permitirme permanecer en el lugar que me corresponde, al menos por esta vez.

—Ya hemos mantenido esta discusión muchas veces, nuera —replicó la Retirada sin alterarse, aunque sus negros ojos despedían fuego—. Habláis de tradición y de formas establecidas de hacer las cosas, pero olvidáis que estamos en el castillo de Edo. Aquí, en Edo, tenemos nuestras propias tradiciones y nuestras propias formas de hacer las cosas, que son las que estableció el primer shogun, Su Venerada Majestad el príncipe Ieyasu, y que llevan siglos en vigor. Sabéis muy bien que soy la viuda de Su Majestad tredécimo shogun, el príncipe Iesada. Como suegra vuestra, me horroriza que se os pueda ocurrir siquiera contradecir mi voluntad. Os empeñáis en conservar vuestro pintoresco título, vuestro peinado y vuestra forma de vestir provincianos. Eso me parece muy bien. Pero cuando nos veamos obligadas a vernos, debéis mostrarme respeto.

Sachi estaba horrorizada, y sentía la humillación de la princesa como si fuera suya. La princesa Kazu no dijo nada más; se retiró y se arrodilló en el suelo, y la Retirada ocupó su lugar en el almohadón.

## II

Sonaron las campanas que había al final del pasillo. Su débil sonido metálico todavía resonaba cuando se oyeron, provenientes de las murallas del castillo, cuatro golpes de tambor, uno tras otro, que señalaban la hora. Las veteranas y las escoltas, las damas de honor y las sacerdotisas se postraron a ambos lados de la puerta.

Sachi también estaba arrodillada, mirando el tatami. Oyó el chirrido de unos cerrojos de hierro al descorrerse y el crujido de la gran puerta al deslizarse y abrirse. Hubo un largo silencio, seguido de un amortiguado tintineo. Entre el murmullo de voces se distinguía el timbre poco familiar de una voz masculina, la primera que Sachi oía desde hacía casi cuatro años. Junto con el murmullo de voces femeninas y el frufú de seda se oía el ruido sordo de unos pasos que avanzaban por las esteras del tatami —unos pasos desenvueltos, indudablemente de varón—, y se percibía el aroma de un exótico y complejo perfume. El tiempo transcurría con dolorosa lentitud. La voz y el aroma se acercaban cada vez más. Cada vez estaban más próximos los cumplidos, las charlas y las risas. Los pasos masculinos avanzaban poco a poco. Entonces se detuvieron, justo delante de Sachi.

—¿De modo que ésta es? —preguntó la voz.

Las palabras sonaban extrañas y arcaicas. Era la primera vez que Sachi oía la formal terminología que sólo podía utilizar el shogun, y tuvo que hacer un esfuerzo para entender qué había dicho.

—Levanta la cabeza, niña —susurró Tsuguko, la primera dama de honor de la princesa, que estaba arrodillada al lado de Sachi—. ¡Saluda a Su Majestad!

Sachi levantó la cabeza lo suficiente para ver un par de medias de seda blanca. Luego la levantó un poco más, y se encontró contemplando un par de ojos castaños e inquisitivos. Bajó rápidamente la cabeza; estaba tan turbada y confundida que le ardían las puntas de las orejas.

Hubo un largo silencio.

—¿Cómo se llama? —preguntó la voz.

Un murmullo parecido al sonido del viento haciendo susurrar un campo de hierba en verano recorrió el pasillo. Tsuguko soltó una risa tintineante.

—Esta humilde niña, Señor, es Yuri, de la casa de Sugi, portaestandartes del daimio de Ogaki —contestó, utilizando el nombre oficial de Sachi—. Es mi protegida.

Sachi todavía temblaba mucho después de que los pasos y el aroma se hubieran alejado y de que oyera cómo las puertas de los aposentos privados del shogun se abrían y se cerraban.

Siguió en silencio a las damas de honor hasta la habitación de la princesa. Su mente era un torbellino. Había violado la norma esencial: había levantado la cabeza y había mirado a un ser aún más elevado que las veteranas, que Tsuguko o que la Retirada: a Su Majestad el shogun, que estaba más cerca de los dioses que de los hombres. El rango de la princesa Kazu era superior al del shogun, desde luego, pero su caso era diferente. Sachi pertenecía a la princesa. La princesa la había escogido y la había mantenido a su lado. ¿Lo habría entendido mal? Seguro que Tsuguko no pretendía que ella cometiera semejante falta de protocolo.

También le había extrañado mucho la juventud de Su Majestad. Siempre había dado por hecho que una persona tan poderosa y tan sabia debía de ser aún más vieja, brusca y temible que esos consejeros que a veces iban al palacio con mensajes para alguna gran dama.

Y luego estaba Fuyu. ¿Qué hacía ella allí, y tan elegantemente vestida? Resultaba todo muy desconcertante. Caminando con paso suave por un pasillo tras otro, liviana como un pájaro, los hombros encorvados en gesto de modestia, como le habían enseñado, Sachi se sentía abrumada por tantas normas y tanto protocolo. Le habría gustado quitarse todas las capas de ropa que llevaba y correr, saltar y dar brincos como hacía antes. Necesitaba hablar con Taki, su amiga. Ella lo entendía todo; ella sabría darle las respuestas.

Tsuguko también guardó silencio hasta que llegaron a los aposentos de la princesa. Una vez allí, llevó a Sachi detrás de los biombos y la hizo arrodillarse enfrente de ella.

—Bueno, querida —dijo—. ¡Qué afortunada eres!

Estaba radiante de felicidad. Sachi nunca la había visto expresar otra cosa que no fuera majestuosidad y altiva condescendencia.

—Lo has hecho muy bien. Tus padres estarán orgullosos de ti.

Sachi, olvidando lo que le habían enseñado, la miró a los ojos, atónita.

—Parece ser que Su Majestad ha aceptado el ofrecimiento de Su Alteza. Habrá que hacer los arreglos de la manera adecuada, desde luego. Su Majestad ha manifestado su deseo, como has oído, y Su Alteza se lo ha concedido. La carta será redactada y enviada al emisario de Su Majestad inmediatamente. Ven a verme esta noche, cuando empiece a ponerse el sol, y yo te instruiré y te prepararé.

—¿Prepararme? ¿Para qué?

—Qué inocente eres —dijo Tsuguko riendo—. Te han ascendido a doncella de rango medio. A petición de Su Majestad, Su Alteza quiere que seas su regalo de despedida y que te conviertas en su concubina.

¡Concubina! Sachi agachó la cabeza y se quedó mirando el tatami.

—Yo no merezco semejante honor —balbuceó.

Entonces empezó a comprender el significado de aquellas palabras, y dio un grito de asombro.

—Señora, eso sería... un honor exagerado. Su Alteza siempre ha sido mucho más amable conmigo de lo que yo merezco. Yo no tengo mayor ambición que servir a Su Alteza. —Hablaba atropelladamente—. Elija a otra, por favor. No me elija a mí, Señora. No me obligue, por favor. Estoy segura de que no lo haré bien. No sabré qué hacer. No estoy preparada. No sé nada, Señora, no sé absolutamente nada.

—¡Niña! No te atrevas a cuestionar nuestra decisión —dijo Tsuguko con severidad. Pero suavizó el tono y agregó—: Ya sé que todavía eres joven y que no

sabes nada del mundo. Pero hasta tú debes de comprender que éste es el mayor honor y la mayor oportunidad que cualquier joven podría tener, sobre todo una niña con tus orígenes. Ha sucedido todo muy deprisa. No he tenido tiempo para enseñarte todo cuanto necesitas saber. Pero eso es bueno. Tu inocencia es tu mayor encanto. Su Majestad partirá mañana hacia Osaka, de modo que aplazaremos las ceremonias formales de la unión hasta su regreso. Si sólo tú puedes complacer a Su Majestad, tendrás un pie afianzado en el dintel del palanquín enjoyado. Créeme, jamás volverá a presentársete una ocasión como ésta.

«Confiamos en ti —añadió con tono severo—. Esta noche irás a los aposentos de Su Majestad.

Sachi todavía estaba arrodillada, muy aturdida, cuando hubo una conmoción junto a la puerta. Era la Retirada. Era la primera vez que se acercaba a las dependencias de la princesa. Las damas de honor se arrodillaron al instante, produciendo un frufú de sedas. Unos segundos más tarde, la Retirada había aparecido por detrás de los biombos. Su hermoso rostro estaba inmóvil, salvo por una vena que latía en su sien. Miró a Tsuguko.

—¡Bueno! —dijo irguiéndose con imperiosidad—. Debes de estar orgullosa de ti misma. Tu señora y tú lo habéis hecho muy bien. ¡Le habéis endilgado a mi hijo esa criatura, esa expósita!

Tsuguko estaba arrodillada. Levantó la cabeza, arqueó las cejas y arrugó la frente componiendo una expresión de fingida humildad.

—¡Qué sorpresa! —dijo—. Nos sentimos muy honradas, Señora, de que honréis nuestros humildes aposentos con su estimada presencia. Muchas gracias por vuestras felicitaciones. No hace falta que os recuerde, por supuesto, que Yuri es la hija adoptiva de la casa de Sugi, portaestandartes del daimio de Ogaki.

—Quizá haya ascendido, pero todos sabemos de dónde ha salido —le espetó la Retirada, cuyas mejillas se habían coloreado—. Es un animal, una campesina analfabeta. La vimos cuando la trajisteis aquí. Ni siquiera sabía hablar como un ser humano.

—Tranquilizaos, Señora. Sabéis muy bien que hemos estado buscando desesperadamente una concubina que le proporcione a Su Majestad un hijo varón. También a vos os preocupaba ese asunto. Sería catastrófico para todos nosotros que el regente, el señor Yoshinobu, estuviera en posición de tomar el poder. Hemos puesto en marcha en repetidas ocasiones el proceso de selección, pero Su Majestad ha rechazado a todas las damas de honor que le hemos presentado. Sin embargo —continuó Tsuguko con voz suave—, por algún extraño motivo le ha gustado esta humilde joven. Deberíamos dar gracias a los dioses.

—Esto es una desgracia para la casa de Tokugawa —afirmó la Retirada con desdén.



—Estoy segura de que no recordáis, mi Señora, que Tama, la madre del quinto shogun y amada consorte del tercer shogun, el príncipe Iemitsu, era hija de un tendero, y que era tan humilde que ni siquiera podía presentarse ante Su Majestad. —Tsuguko hablaba con voz melosa—. Como seguro que recordáis, Tama era una sirvienta en quien se había delegado la tarea de ayudar en el baño de Su Majestad. El sexto shogun, el príncipe Ienobu, era hijo de una plebeya tan humilde que ni siquiera podían concederle el estatus de concubina oficial. Si me permitís tomarme la libertad de recordároslo, a Su Majestad tuvo que criarlo en secreto una sirvienta. Y también está el caso de Raku, la madre del cuarto shogun. Dejadme pensar. ¿No era su padre vendedor de ropa de segunda mano?

—¡Ya basta! ¡Ya basta!

—De todas formas, eso no tiene nada que ver con nosotras, Señora. Vos estabais presente cuando Su Majestad escogió a nuestra candidata y descartó a la vuestra.

—Es un crío —dijo la Retirada entre dientes—. No sabe nada. Lo has embrujado.

—Sabéis muy bien que Su Alteza tiene derecho a regalarle una concubina a Su Majestad. Por lo tanto, no tenéis ningún motivo para quejaros. —Puso las manos sobre la fragante estera de paja de arroz, con los dedos juntos y las yemas de los índices tocándose—. Muchas gracias por dignaros visitarnos —dijo de modo tajante, tocándose las manos con la frente.

—¿Y la habéis instruido en las artes de la alcoba? Me extrañaría. Esa criatura es una palurda. ¡No durará mucho! —Dicho eso, la Retirada salió, indignada, de la habitación.

Cuando la puerta se hubo cerrado y el susurro de pasos se hubo extinguido, Tsuguko se volvió hacia Sachi, y sus aristocráticos rasgos se fruncieron componiendo un gesto de preocupación.

—¡Qué palabras tan crueles y tan desconsideradas! —comentó. Sachi nunca la había oído hablar con tanto sentimiento—. Se espera de todas nosotras que le mostremos respeto a Tensho-in, pero ella se propasa con sus exigencias. Esta vez ha perdido la batalla. No estés triste, querida mía. Aparta de tu mente su mezquindad y su envidia. Cuando Su Alteza te vio por primera vez, supo de inmediato que tú no encajabas allí, en aquel lugar tan rústico. Supo que tu destino era diferente, y que debías estar con nosotras. Su Majestad es joven y bien educado; no le interesa jugar con las mujeres. Tensho-in y las veteranas le asignaron muchas damas hermosas de noble linaje, muy instruidas en las artes de la coquetería, pero él las rechazó a todas. Su Alteza lo conoce bien. Sabe que tú, con tu adorable rostro y tu puro corazón, serías de su gusto. No tengas miedo. Su Alteza y yo tenemos mucha fe en ti.

»Pero ten cuidado. Hasta esta noche, no salgas de las cámaras reales. ¿Quién sabe qué sería capaz de hacer una mujer movida por los celos?

Sachi seguía arrodillada. Había sido objeto de pullas tan despiadadas como las de

la Retirada muchas veces. Había entendido que el palacio de las mujeres era un lugar traicionero donde las mujeres sonreían, pero pronunciaban palabras que cortaban como una daga clavada en el vientre. Aunque oficialmente la hubiera adoptado una familia de samuráis, todos sabían de dónde provenía. Muchas de las damas de la princesa y las damas del palacio de las mujeres estaban presentes cuando Su Alteza la vio y quedó prendada de ella. Para ellas, Sachi era un animalillo salvaje que la princesa, inexplicablemente, había adoptado como mascota. Aunque había aprendido su idioma, sus modales y su forma de andar; aunque trataba con ellas a diario, su mundo siempre le estaría vedado. Eran amables con ella como lo habrían sido con un perro.

Sachi todavía estaba demasiado conmocionada para tomarse en serio aquellas injurias. Las palabras que resonaban en su mente no eran las de la Retirada, sino las de Tsuguko. «Tu adorable rostro y la pureza de tu corazón...» No era así como ella se veía.

¡Si al menos pudiera ver a Su Alteza! ¿Era ésa la razón por la que se la había llevado de la aldea y la había elevado hasta esas alturas? ¿Lo había hecho para que le prestara ese servicio? Sachi estaba convencida de que debía de haber una última cosa que necesitaba saber que lo aclararía todo. Pero la princesa no regresó.

Pese a todo, Sachi sabía cuál era su deber. Pasara lo que pasase, serviría a Su Alteza lo mejor que pudiera. Estaba dispuesta a afrontar cualquier cosa que los dioses le tuvieran preparada.

### III

Sachi fue a la habitación donde dormía con las otras doncellas y se quitó el kimono de etiqueta, colgándolo con cuidado en un colgador. Todavía aturdida, se puso la ropa de sirvienta, cogió su labor y se arrodilló en un rincón. Se quedó allí, con la mirada perdida en el vacío y sin tocar la labor que tenía en el regazo. Entonces oyó un deslizarse de pasos en el pasillo exterior de madera. La puerta se abrió de golpe y por ella entró una joven muy sonriente. Era Taki.

—¿Lo has visto? —preguntó; su voz parecía el chillido de un ratón.

Taki era de Kioto, hija de un samurái venido a menos que servía a Kin, una de las damas de honor de la princesa. Kin la había empleado cuando la niña tenía doce años y se la había llevado a Edo. Sachi y Taki habían llegado al castillo en la misma época.

Taki no era hermosa; de hecho era bastante fea. Tenía el rostro pálido y delgado, picado de viruelas, y unos dientes muy salidos, de conejo. Cuando llegó Sachi, las criadas más jóvenes —y sobre todo las jóvenes de Edo que más tiempo llevaban viviendo en el castillo— se burlaban de ella sin piedad, imitando su acento y riéndose de ella cuando cometía errores de etiqueta. Taki siempre se ponía de su lado, la defendía con fiereza y la ayudaba a aprender a hablar y a comportarse como era debido. Se habían hecho muy amigas, a pesar de que Taki era de un linaje muy superior.

Taki no paraba de dar brincos y palmadas.

—No se habla de otra cosa —dijo con voz chillona—. Están todas muertas de celos. ¡Vas a ser la nueva concubina! Pero cuéntame, ¿lo has visto? ¿Cómo es? ¿Es joven? ¿Es viejo? ¿Es guapo? Me han dicho que es joven y guapo.

Se arrodilló al lado de Sachi, la abrazó y la miró, sonriente, esperando una respuesta.

—Bueno —murmuró Sachi, turbada—, apenas lo he visto. Me ha parecido bastante joven. Y quizá sea guapo.

—Y vas a pasar a ser doncella de rango medio. ¡Debiste de hacer algo muy bueno en tu anterior vida para haber tenido tan buena fortuna! ¡Has subido al palanquín enjoyado! Yo ya sabía que los dioses no podían haberte dado una cara como la tuya por nada.

—Pero ¿qué tiene que hacer una concubina?

—Verás, lo que yo sé es que las doncellas de rango medio tienen tres turnos. Hay un turno de mañana, un turno de tarde y un turno de noche. Tiene que haber sirvientas dispuestas a servir a Su Alteza Imperial en cualquier momento del día o de la noche.

—No te burles de mí. Ya sabes a qué me refiero. ¿Qué pasa con Su Majestad?

—Ah... No lo sé exactamente. Serás su segunda esposa, la reina de todo este palacio. Bueno, eso si tienes un hijo varón, claro. Pero seguro que lo tendrás. Tu familia será rica. Ya no tendrán que preocuparse por nada. Es lo mejor que puede pasarle a una joven. Necesitarás doncellas. Déjame ser tu doncella. Por favor, Sachi, por favor. Pídeselo a Kin.

—Pero... tengo que ir con él esta noche.

—No te preocupes por eso. Ya debes de haber visto libros de alcoba y esos extraños dibujos que tienen algunas damas, esos «dibujos cómicos». Cierra los ojos y aguanta. Seguramente no durará mucho. Hasta puede que sea divertido. Hay gente que dice que es divertido. Vamos, no te escondas aquí. Vamos a reunirnos con las

mujeres.

Acababan de volver a la sala principal cuando Haru, la maestra de Sachi, apareció en la puerta e hizo una reverencia. Sachi se alegró mucho de verla. Corrió a saludarla y, con las prisas, tropezó con las faldas. Las damas de honor y sus doncellas, que llenaban la habitación como una bandada de llamativos pájaros, evitaron mirarla. Sólo una le lanzó una rápida ojeada al pasar Sachi corriendo, y la joven no supo si era de lástima, de envidia o de otra cosa.

Haru saludó a Sachi con una profunda reverencia, hasta tocar el suelo con la cara.

—Mi más sincera enhorabuena —dijo con solemnidad.

Se sentó sobre los talones y la miró; entonces se tapó la boca con una mano y compuso una amplia sonrisa.

—En todo el palacio no se habla de otra cosa —dijo con una risita de deleite.

Sachi le devolvió una temblorosa sonrisa.

Haru tenía un rostro mofletudo que en otros tiempos debía de haber sido atractivo, aunque con los años se había abultado en exceso. Tenía las mejillas llenas y sonrosadas, y sus ojos de felino casi desaparecían cuando sonreía, lo cual sucedía a menudo. Sachi la llamaba «Hermana Mayor», pese a que Haru estaba a punto de cumplir treinta años. Leía mucho y contaba historias divertidas, pero cuando nadie la observaba, su cara se arrugaba y la tristeza se reflejaba en sus facciones. Había pasado la mayor parte de su vida en las dependencias de las mujeres del castillo de Edo, el palacio más opulento de la región; estaba acostumbrada a un lujo inimaginable para los que nunca habían entrado en su recinto, y sin embargo llevaba el sencillo kimono de una doncella de rango inferior y el cabello recogido en un sencillo moño. Nunca había ascendido de categoría, como habían hecho otras mujeres; ella siempre había sido maestra. Quizá por sus numerosos logros, o quizá porque provenía de una parte del país no muy lejana a la región de Sachi y porque entendía el dialecto bárbaro que hablaba la joven cuando llegó al castillo, habían encomendado a Haru la misión de convertir a Sachi en una dama.

Se retiraron al rincón de la gran sala donde solían sentarse. Durante un rato, se esforzaron para concentrarse en sus lecciones, pero Sachi estaba muy distraída pensando en otras cosas. Tenía tanto que aprender todavía; y la única persona a la que se atrevía a preguntar era Haru. Al final hizo acopio de valor.

—¿Has conocido alguna vez a un hombre? —murmuró con un débil susurro.

Haru se inclinó hacia delante. Al oír a Sachi, se tapó la boca con ambas manos, se echó hacia atrás, sentándose sobre los talones, y soltó una carcajada. Las damas que había en la habitación miraron alrededor, sobresaltadas.

—Todas te envidian —dijo Haru sonriendo con tristeza—. Ésa es una experiencia que la mayoría de nosotras nunca vivirá. Yo, desde luego, no.

Hasta Sachi sabía que muy pocas de las tres mil mujeres del palacio serían

elegidas concubinas, y sin embargo todas tenían que permanecer puras durante toda su vida.

—Esa felicidad nos está vedada —añadió Haru—. Aunque una vez conocí a una mujer que gozó brevemente de ella.

—¿Qué le pasó?

—Desapareció. A las mujeres no les está permitido tomar esas decisiones por su cuenta, sobre todo cuando pertenecen al shogun. Era muy hermosa. Se parecía mucho a ti.

Sachi sólo podía pensar en una cosa.

—¿Qué va a pasar? ¿Qué tengo que hacer?

—¿Cómo quieres que yo lo sepa? —respondió Haru con otra carcajada—. Asegúrate de gritar de dolor para que sepan que nunca has estado con ningún hombre. Su Majestad se marcha mañana, pero volverá pronto, y entonces podrás iniciar en serio tu carrera de concubina. Yo puedo enseñarte la teoría de cómo proporcionarle placer a un hombre. He estudiado muchos libros de alcoba. Eres muy joven y tienes muchas probabilidades de dar a luz un hijo varón sano. Lo más importante es que no hagas preguntas, y que hagas exactamente lo que te ordenen. No olvides nunca que ahora eres una mujer noble. Mantén la dignidad a toda costa. Pase lo que pase, nunca reveles tus sentimientos, ni por un instante.

—Pero ¿me dolerá?

—¡No dejes que nadie te oiga decir eso! ¡Éste es el mayor honor al que cualquier mujer puede aspirar! Tienes quince años, Hermana Menor. La mayoría de las jóvenes de tu edad están casadas. Ha llegado el momento de que descubras qué significa dormir con un hombre.

»No me corresponde decir estas cosas —añadió Haru bajando la voz—, pero eres afortunada. Su Majestad es amable y tiene buen corazón. No todos sus predecesores eran así. Y además es joven.

Sachi, nerviosa, acarició las púas de su peine, que llevaba oculto en la cinturilla.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó Haru.

—Nada...

Pero no parecía correcto esconderle algo a Haru, así que Sachi sacó el peine y se lo mostró. La expresión del semblante de Haru cambió de repente.

—¿De dónde lo has sacado? —le espetó.

Desde que llegara al palacio, Sachi había tenido el peine escondido entre los pliegues de su ropa. Ahora lo miró con detenimiento. Era bonito, de carey, con relieves dorados, y con lo que parecía el emblema de una familia noble incrustado en oro. La luz se reflejó en él e iluminó el oscuro rincón de la habitación donde las dos mujeres estaban sentadas.

—Me lo traje de la aldea —contestó Sachi, desconcertada—. Es mi peine de la

suerte. Lo tengo desde que era pequeña.

—Déjame verlo —dijo Haru.

Lo cogió y empezó a darle vueltas en las manos. Sachi la miraba, intrigada. Haru la miró con fijeza, como si intentara descubrir algo en el rostro de su pupila. La alegre sonrisa se había borrado por completo de sus labios. Entonces parpadeó y dio un respingo, como si volviera bruscamente a la realidad. Sachi cogió el peine y se lo guardó en la cinturilla.

—Es un peine fabuloso —dijo Haru sacudiendo la cabeza, como si tratara de recuperar algún remoto recuerdo—. Una excelente obra de artesanía. No sabía que hacían esas cosas en el campo.

## IV

Mucho antes del anochecer, Sachi volvía a estar detrás de los biombos de la parte de la habitación reservada a la princesa, esperando a que Tsuguko le diera instrucciones. Pero la princesa todavía no había regresado. Sachi nunca la había visto ausentarse tanto rato. Sabía que pertenecía a la princesa Kazu y que Su Alteza había decidido regalársela a Su Majestad. Le habría gustado estar segura de que lo que iba a hacer a continuación contribuiría a aliviar la tristeza de la princesa.

—Se acerca la hora.

Sachi siguió a Tsuguko hasta el vestidor principal. Había lámparas de aceite y altas velas iluminando los rincones más oscuros, y proyectaban parpadeantes charcos de luz sobre los pájaros, los árboles y las flores exquisitamente pintados en los biombos de oro. Hasta los artículos más modestos —los espejos redondos en sus soportes; los toalleros; los arcones de maquillaje llenos de cepillos, peines, pinzas y tubos de cosméticos; los lavamanos y los aguamaniles con largos pitorros— estaban lacados con oro y llevaban grabado el emblema imperial. En los colgadores había kimonos con flores de verano bordadas.

Sachi se arrodilló. La doncella encargada del vestidor abrió el pequeño recipiente de hierro que contenía la mezcla de savia de hoja de zumaque, sake y hierro

empleada para ennegrecer los dientes de la princesa. Un olor acre impregnaba la habitación. Con mucho esmero, la criada empezó a pintarle los dientes a Sachi. Sachi se miró en el espejo y vio cómo iban desapareciendo los blancos dientes que tenía desde que era una niña, relucientes como los de una salvaje o un animal. Cuando sonrió, vio la desdentada boca de una mujer adulta, una mujer que ha conocido varón.

La doncella le depiló las cejas, arrancándole hasta el último pelo con unas pinzas. Le puso cera en la cara, le aplicó una capa de maquillaje blanco y se la espolvoreó con polvos. Luego metió los pulgares en un cuenco de polvos de carbón y, con mucho cuidado, le pintó las cejas un dedo más arriba de donde las tenía antes de depilárselas. A continuación, la doncella le perfiló los ojos con un lápiz negro, le puso colorete en las mejillas y, con pasta de alazor rojo, le pintó un diminuto pétalo en cada uno de los labios, convirtiendo su boca en un pequeño y prieto capullo de rosa.

Sachi vio una impecable máscara blanca reflejada en el espejo. Se había convertido en una muñeca, como esas que ponían en las gradas el Día de las Niñas.

Otras doncellas que estaban arrodilladas alrededor de Sachi le dividieron la melena en finos mechones y los alisaron hasta extenderlos en el suelo como un abanico. Le pusieron aceite y le peinaron los mechones uno a uno; entonces le recogieron toda la melena hacia arriba y hacia atrás, apartándosela de la cara, y le hicieron una cola de caballo, negra y brillante como la laca, que sujetaron con cintas. Sachi permanecía inmóvil mientras las criadas le ponían el kimono ceremonial de seda blanca, que parecía un traje de boda o a una mortaja.

Fuera, en el pasillo, todo eran sombras y rincones oscuros. Era la primera vez que Sachi salía de las dependencias de la princesa después del anochecer. Las mujeres que bordeaban el pasillo la miraban con curiosidad y susurraban al verla pasar. Las velas largas y delgadas que llevaban las sirvientas proyectaban una luz parpadeante, y los faroles que ardían por los pasillos chisporroteaban. El humo le producía un cosquilleo en la nariz. Las sombras danzaban por las paredes de madera. Las pulidas tablas del suelo crujían bajo los leves pasos de innumerables pies con suelas acolchadas.

Cuando llegaron al Pasillo de la Campana, Tsuguko se arrodilló ante la puerta de los aposentos del shogun. Tocó el suelo con la frente y anunció:

—Traigo a la humilde Señora de la Alcoba Contigua. Os ruego que la recibáis.

»Hazlo lo mejor que puedas, niña —le susurró a Sachi.

Sachi notó cómo, debajo de su túnica, una gota de sudor resbalaba por su axila y le recorría el costado. Rezó en silencio para que la tela de seda no estuviera manchada ni arrugada. Se sentía tremendamente sola. Costaba creer que todo aquello no fuera un castigo por algún espantoso delito que ella hubiera cometido.

Se encontró en una antecámara iluminada con faroles y enormes y humeantes velas en altos candelabros de oro. La jefa de las siete veteranas, Nakaoka, menuda y

elegante con su lustrosa peluca negra, estaba allí arrodillada. La rodeaban sus sirvientas, quietas y respetuosas.

—Ven aquí, niña —dijo la anciana con dulzura.

En la penumbra, su amarillenta piel y sus descarnadas mejillas le daban el aire sobrenatural de una máscara de demonio.

Como en un sueño, Sachi se quedó inmóvil mientras las sirvientas la desvestían.

—Separa las piernas —le ordenó Nakaoka señalando el futón que había en el suelo, delante de ella.

Sachi se tumbó; se sentía pequeña y vulnerable. La anciana se inclinó hacia delante y empezó a toquetearla. A Sachi el examen se le hizo eterno. Al final, la anciana le introdujo un nudoso dedo. Sachi miró al techo, estudiando el intrincado entramado de bambú.

Las palabras de Haru resonaban en sus oídos. Debía conservar su dignidad como fuera. No debía expresar lo que sentía, por muy grandes que fueran el dolor y la humillación. Sachi se concentró en un recuerdo más feliz, un recuerdo de su vida en la aldea. Pensó en la gran casa de madera con tejado de tejas, en los estridentes chirridos de las cigarras y en las frías aguas del río Kiso. Intentó recordar a la niñita que vivía en la aldea, rodeada de montañas, pero sólo conservaba un impreciso recuerdo. Entonces la vida estaba libre de preocupaciones. Pero habían cambiado a Sachi por completo. Nunca podría volver al Kiso.

Nakaoka asintió.

—Bien —dijo.

Sachi se arrodilló, y las mujeres le soltaron el pelo. Nakaoka se lo examinó minuciosamente, como si buscara algo escondido en él.

—Bien —repitió.

Llevaron a Sachi, desnuda, a un vestidor. Las doncellas se afanaban alrededor de la joven, recogándole el pelo en un moño suelto, sujetándolo con un peinecillo y ayudándola a ponerse una holgada túnica de fino damasco blanco. Nakaoka le ordenó que se arrodillara enfrente de ella.

—Es tu primera vez, niña, así que te explicaré cuáles son tus obligaciones. Presta mucha atención. Chiyo y una de las sacerdotisas estarán cerca, vigilando. Tsuguko y yo estaremos en una habitación adyacente. Permaneceremos despiertas y alerta toda la noche. Nos corresponde escuchar cada palabra que os digáis Su Majestad y tú. Por la mañana, me referirás tu conversación. Recuérdala con cuidado. Chiyo y la sacerdotisa también me la referirán. Los tres relatos deben coincidir. Abstente de pedirle favores a Su Majestad. Y recuerda: asegúrate de que duermes de cara a Su Majestad.



## V

Cuatro golpes de tambor señalaron la hora, y sonaron las campanas del Pasillo de la Campana. Se oyeron unos pasos en el pasillo, acompañados de una carcajada de risa juvenil. La puerta se deslizó sobre sus guías y un aroma almizclado inundó la habitación. Las damas se postraron.

Parecía que el tiempo hubiera quedado en suspenso. Sachi mantenía la cara pegada al suelo. La rozaron unos perfumados ropajes. Oyó un tintineo que indicaba que estaban sirviendo sake, el sordo entrechocar de unas tazas de madera, voces y risas. El olor dulzón a humo de tabaco se mezclaba con el del perfume y con el ruido de las pipas al encenderlas.

—Venid, Señora.

Las doncellas la condujeron al dormitorio del shogun. Sachi vio espléndidos muebles, varias capas de lujosa ropa de cama, destellos rojos y dorados y el brillo de un edredón de seda blanco. A un metro de distancia, a la derecha de la tarima donde estaba la cama del shogun, había otro futón, más pequeño y más delgado, y, al lado, una almohada laqueada, cajas de cosméticos y un kimono de día. Allí era donde dormiría ella tras cumplir con sus deberes. A escasa distancia había dos futones más; el futón que estaba junto al del shogun era para Chiyo, y el otro, para la sacerdotisa.

Sachi se arrodilló y agachó la cabeza. Las criadas se afanaban alrededor del shogun. La joven oyó unos amortiguados ruiditos metálicos cuando, con mucho cuidado, dejaron sus espadas en el soporte, junto a la cabecera de la cama, y el susurro de la seda cuando le quitaron la ropa y le ayudaron a ponerse una túnica de noche.

Por último, el shogun se tumbó en el futón. Había una almohada de madera, acolchada, forrada con seda y adornada con borlas rojas, para apoyar la cabeza. Sin atreverse todavía a mirarlo, Sachi se ciñó la túnica y se sentó al lado del shogun. El futón era tan blando y tan sedoso que tuvo la impresión de que flotaba. Las doncellas apagaron los faroles, dejando sólo uno encendido. Sachi oyó cómo Chiyo y la sacerdotisa ocupaban sus puestos, una a cada lado de la pareja.

Sachi se tumbó en la penumbra, con los ojos cerrados, sin atreverse apenas a respirar. Notaba el calor que desprendía el cuerpo del shogun, como si éste fuera una brasa encendida. El olor de su sudor, mezclado con el de su perfume, era tan intenso que la joven pensó que se asfixiaría. Entonces una mano le abrió la túnica.

—Hermosa —murmuró una voz juvenil.

Hubo un largo silencio. Sachi notaba cómo el shogun la recorría con la mirada. Entonces una mano, suave como una mano de mujer, le acarició el vientre. La joven se estremeció. Ligera como una pluma, la mano le acarició el pecho y describió un

círculo alrededor de uno de sus senos, para luego ahuecarse y sostenerlo brevemente.

—Hermosa —volvió a susurrar la voz.

Muy suavemente, el shogun le acarició un pezón con la yema de los dedos; luego pasó la mano entre sus pechos hasta su ombligo, muy despacio, como si la explorara. Entonces le separó las piernas. Sachi notó el calor de su mano, que le acariciaba la parte interna de un muslo, y luego la del otro. Notaba extrañas sensaciones recorriendo su cuerpo. Pero estaba demasiado asustada para prestar mucha atención; temía lo que pudiera pasar a continuación. Hiciera lo que hiciese el shogun, sabía que tendría que soportarlo.

Notó un delicado pero firme empujón. Obediente, Sachi dejó que el shogun le diera la vuelta y la tumbara boca abajo. El miedo la invadió, borrando todo pensamiento de su mente. La mano le separó mucho las piernas. Había llegado el momento: tenía sobre la espalda todo el peso del cuerpo del shogun. Aplastada, empapada del sudor de él, notó como si la estuvieran desgarrando.

Gritó de dolor y de asombro. Los empujones y los jadeos parecían no terminar nunca. Con la cara pegada a la almohada, Sachi se preguntó cuánto tiempo más podría soportarlo. Pero de pronto sucedió algo extraño. Una sensación desconocida empezó a extenderse por su cuerpo. Primero notó un cosquilleo en el vientre, que ascendió por su espalda. Tuvo la impresión de que sus brazos y sus piernas se habían vuelto líquidos. La sensación se extendió hasta su cuello. No era nada desagradable; de hecho, era deliciosa.

Y de pronto todo desapareció. Sachi olvidó su miedo y su dolor. Sumergiéndose en la sensación, perdida en su aroma, un gemido escapó de sus labios. El shogun también gimió, y dejó caer todo su peso sobre la joven.

Permanecieron un rato en silencio. Sachi recobró los sentidos y notó un inmenso alivio. Todo había terminado; había sobrevivido. Pero no había hecho nada, no había sabido qué hacer. ¿Y si el shogun estaba descontento con ella? ¿Y si ya no quería que fuera su concubina?

El shogun estiró un brazo. Sonó una campana.

—¡Eh! —gritó el shogun.

Al instante apareció una doncella, de rodillas, y encendió una pipa de boquilla larga; se la dio y volvió a apartarse.

Sachi se volvió y lo miró. Bajo la parpadeante luz del farol, su liso torso parecía resplandecer con la palidez de quien nunca ha trabajado en los campos ni caminado siquiera bajo el sol; de quien ha pasado toda su vida protegido de los elementos.

Sachi dirigió la mirada hacia arriba y vio una barbilla nada autoritaria y unos delicados labios con forma de arco, con las comisuras curvadas. A continuación vio la nariz, ligeramente respingona, destacada en una cara ovalada, y por último, un par de estrechos ojos castaños bajo unas delgadas cejas. La blancura de su piel continuaba

hasta la parte superior de la cabeza, afeitada al estilo samurái. El pulcro moño que tenía en la coronilla se había deshecho un poco, y unos mechones de cabello untado con aceite colgaban, sueltos, alrededor de su cara.

El shogun no se parecía a ningún hombre que Sachi hubiera visto hasta entonces. De hecho, no era un hombre, sino casi un dios. Aquél era el shogun, el gobernante de toda la gran nación del Sol Naciente. También era el primer hombre al que Sachi veía desde que entrara en el palacio de las mujeres. A la joven le pareció que encarnaba todas las nobles cualidades que ella pudiera imaginar. Y allí estaba, tumbado a su lado, con la túnica de seda abierta.

El shogun miraba a Sachi con seriedad, estudiando cada curva de su cara. Le acarició una mejilla, la barbilla y la nuca.

—O-yuri-no-kata... —dijo, como si ensayara las sílabas. Tenía una voz clara, ligeramente aguda—. Yuri? —Dio una calada a la pipa; luego la vació, añadió un rollo de tabaco, cogió las pinzas, un trozo de carbón y volvió a aspirar por la pipa.

»¿Quieres ser mi amiga? —preguntó, casi lastimeramente.

Sachi dio un grito ahogado; estaba asustada, y le asombraba que ese grandioso personaje hablara con ella directamente, y con un lenguaje tan corriente. Era consciente de los oídos que, a su lado, se esforzaban por captar cada palabra. ¿Debía contestarle? Respiró hondo.

—Señor... —susurró.

—Llámame Kiku —dijo él—. Así es como me llaman mis mujeres. Kikuchiyo era mi nombre cuando era pequeño.

Sachi sabía que tenía que obedecer, aunque lo que él le estaba ordenando iba contra todas las normas del protocolo.

—Señor... Es decir, Kiku-sama —susurró con nerviosismo, atrancándose con esas sílabas tan íntimas. Se oyó un débil susurro en las sombras—. Debéis saber... que las señoras...

Señaló, desesperada, hacia los bultos de ropa de cama que tenían a ambos lados.

—No te preocupes por ellas —dijo él, sonriendo—. Hay gente observando y escuchando por todas partes. No diré nada que pueda causarte problemas.

»La primera vez que te vi, estabas en los jardines —añadió, risueño—. No lo sabías, ¿verdad? Corrías de un lado para otro, riendo, dando puntapiés a las flores de cerezo caídas, con el pelo suelto. Me pareciste una niñita muy dulce.

Sachi notó que se ruborizaba. No se atrevía a decir nada. El shogun la miró y rió, pero no fue una risa educada y artificial, como la de las damas de la corte cuando sentían vergüenza, sino una risa sincera y alegre.

—Nunca había visto a nadie como tú —prosiguió el shogun poniéndose serio—. Parecías libre y grácil como una cierva. Tienes un rostro perfecto, y una piel tan blanca, tan suave, tan fresca. Como un loto. Tus labios... —Los acarició con un dedo

—. Y tus ojos son verdes, verde oscuro. Como un bosque de pinos en la montaña. Todas mis mujeres son elegidas por su belleza, pero ninguna se parece a ti. Excepto tu señora la princesa Kazu, por supuesto. Sois como dos conchas idénticas. Ella me habló de ti. Y después de verte, seguí viéndote una y otra vez. Estoy convencido de que nuestros destinos están entrelazados.

Sachi permaneció tumbada en silencio. Intentaba no mirar al shogun, pero de vez en cuando no podía evitar que su mirada se desviara tímidamente hacia su rostro.

El shogun hizo una pausa para rellenar la pipa y siguió hablando, como si pensara en voz alta.

—En este mundo todo está en manos de los dioses y de nuestro karma. Nadie puede escoger su destino. Yo soy un prisionero, igual que tú. Me ha tocado ser shogun. Mis predecesores (el señor Ieyoshi y el señor Iesada) pasaron su vida aquí, en el palacio, rodeados de pajes y concubinas. Tocaban música y escribían poesía, organizaban cacerías de ciervos e iban a cazar con halcones. Yo creía que mi vida también iba a ser así.

»Pero todo ha resultado muy diferente. He salido del castillo. He viajado por la ruta Tokaido y he visto los cincuenta y tres famosos paisajes. He estado en la capital y he negociado con el Hijo del Cielo más de una vez. También he visto a mi pueblo, a miles de personas. Nunca había visto a gente así. No son como los samuráis, no ocultan sus sentimientos. Puedes ver su vida reflejada en sus caras. Tú también eres así. Tú traes luz a este tenebroso lugar.

—¡Señor! —dijo Sachi, horrorizada.

Los hombres no debían hablar con tanta sinceridad, ni siquiera a una niña despreciable como ella; y aquél no era un hombre como otro cualquiera, sino el shogun. Las mujeres que estaban escuchando en la oscuridad podían interpretar como una debilidad que el shogun se hubiera interesado, aunque fuera remotamente, por los seres inferiores que transitaban por los caminos; y comparar a Sachi con ellos podía interpretarse como una crítica de sus esfuerzos para convertirla en una dama refinada. El shogun continuó sin inmutarse.

—Ahora mis responsabilidades son aún mayores. Se supone que tengo que ser un verdadero Generalísimo Subyugador de los Bárbaros; no basta con que ostente ese título. Mañana partiré hacia Osaka y dirigiré mis tropas hasta aplastar a los rebeldes Choshu.

Pronunció esas últimas palabras con un gruñido, torciendo la boca como haría un samurái, como si ensayara un papel. Luego rió con esa risa que desarmaba.

—Disfrutemos de mi última noche aquí —dijo—. Quiero hablar de tantas cosas contigo. Cuando regrese, nos conoceremos mejor. Ahora... Déjame mirarte.

Le levantó el cabello, acariciando los lisos y pesados mechones con los dedos. Entonces le quitó la túnica. Ella cerró los ojos al notar su mano sobre el vientre. Sachi

notaba el calor de la piel del shogun y olía su perfume. Él la acarició suavemente, y empezó a deslizar la mano hacia abajo.

—Suave y delicada... como una flor —murmuró.

## VI

Esa noche descargó la lluvia, golpeando los tejados de tejas como un ejército de caballos al galope. Por la mañana, todas las hojas, los pétalos y las briznas de hierba de los jardines aparecieron brillantes de humedad. Dentro del palacio, el shogun y su concubina notaron cómo la humedad había desaparecido de la atmósfera y cómo el cielo se había despejado.

Las criadas que fueron a despertarlos encontraron intacto el pequeño futón que había junto al del shogun. El shogun se había marchado sin hacer ruido antes de romper el alba. Sólo permanecía su aroma.

Las cuatro mujeres que habían pasado la noche vigilando a Sachi —la venerable Nakaoka, Tsuguko, Chiyo y la sacerdotisa de cabeza rapada— esperaban a la joven en la antecámara. Sachi se arrodilló ante ellas. El aire matutino entraba a raudales. La joven, cohibida bajo la atenta mirada de las cuatro mujeres —que parecían halcones observando a un ratón de campo—, intentó arreglarse el despeinado cabello y el maquillaje. Sabía que tendría que repetir al pie de la letra las conversaciones que había mantenido con el shogun, pero las palabras de Su Majestad eran tan valiosas que quería conservarlas para sí, y no recitarlas como si fueran una lección. Miró con timidez a Nakaoka y le sorprendió ver que ella le sonreía.

—Muy bien, querida —dijo Nakaoka reprimiendo un bostezo—. Lo has hecho muy bien. Hemos oído todo cuanto necesitábamos oír.

Un grupo de doncellas le arreglaron el pelo y el maquillaje a Sachi, la ayudaron a ponerse el kimono de diario y la acompañaron por los pasillos hasta las dependencias de la princesa. Sachi iba como aturdida, sin ver apenas adonde la llevaban. Todo había cambiado. Había despertado a un nuevo mundo, pero todavía no entendía qué significaba eso ni en qué se había convertido.

Tsuguko la llevó ante la princesa. La princesa Kazu estaba sentada ante su escritorio. Al verlas entrar, dejó el pincel que tenía en la mano.

—Debes de estar cansada —dijo utilizando las fórmulas con que una señora agradecía algo a una sirvienta—. Me has prestado un buen servicio.

Era la primera vez que hablaba directamente con Sachi. Ésta la miró con vacilación, y sus miradas se encontraron brevemente. La princesa Kazu compuso una sonrisa un tanto triste.

—Me has prestado un gran servicio —continuó—. Debemos rezar a los dioses para que consigas darme un hijo varón. Tsuguko se encargará de que te recompensen adecuadamente.

La princesa siguió escribiendo, y Sachi agachó la cabeza y se retiró sin decir nada. Se percató, demasiado tarde, de que al obedecer las órdenes de la princesa había puesto en peligro el afecto que ésta sentía por ella; pero no había tenido elección.

Sachi todavía seguía reflexionando sobre las palabras de la princesa cuando llegó el emisario del shogun, acompañado por un séquito de sirvientas cargadas de regalos. El shogun había enviado un baúl para guardar kimonos para la princesa, exquisitamente lacado en negro y oro, con un dibujo de lirios y remolinos de agua. Había una caja de cosméticos para Tsuguko y peinecillos y abanicos para las otras damas de honor. Para Sachi había una bolsa de seda que contenía un amuleto.

La princesa aceptó los regalos con gentileza y los dejó a un lado. Entonces cogió un pincel y, con su elegante caligrafía, escribió una nota en un rollo de pergamino.

Cuando el emisario se hubo marchado, Tsuguko se inclinó hacia delante.

—Se acerca la hora, Señora...

—Hoy no me encuentro muy bien. Le he enviado un mensaje a Su Majestad diciéndole que no podré ir a despedirlo. No es necesario molestar a mis damas de honor.

Su cara era una máscara inexpresiva.

A Sachi nunca le había resultado tan difícil adoptar una fachada de decorosa serenidad. Era una injusticia. El shogun acababa de despertar sus sentimientos, y ahora se marchaba. Por otra parte estaba la princesa, su adorada princesa. ¿Por qué desdeñaba a su esposo, negándose a despedirse de él cuando quizá se ausentara durante varios meses? Sachi había abrigado esperanzas de que, ahora que se había convertido en una de las damas de la princesa, podría verlo por última vez.

Abrió lentamente la bolsa del amuleto. Era muy bonita, de seda blanca y con un cordón también de seda. Confiaba en que el shogun hubiera compuesto un poema para ella para conmemorar la noche que habían pasado juntos. Pero lo que encontró era aún más valioso: un amuleto para asegurar el nacimiento de un hijo varón. Se lo guardó en la cinturilla, junto a su daga.

No quería pasar la vergüenza de llorar en público. Sin importarle lo que pudieran pensar las demás, salió precipitadamente a los jardines y se puso a correr a ciegas, pisando los charcos con sus sandalias de madera. Corrió y corrió hasta que los edificios del palacio parecían casas de muñecas a lo lejos. Entonces miró al cielo y dejó que sus lágrimas se mezclaran con la lluvia.

Taki la alcanzó, jadeando. Abrió una sombrilla y tapó a Sachi con ella.

—No te preocupes —dijo. Su chillona voz de ratoncito sirvió a Sachi de consuelo—. Pronto volverá.

### 3. LA SEÑORA DE LA ALCOBA CONTIGUA

#### I

Desde las profundidades del palacio de las mujeres, Sachi oía los gritos y las órdenes que resonaban en las partes más alejadas del castillo y que se filtraban a través de las paredes. Un amenazador estruendo hacía temblar las ventanas y las puertas en los marcos de madera. La joven intentó imaginar qué podían ser esos golpes y ese estrépito: el chirrido de enormes puertas al abrirse y cerrarse, el sonido de inmensos cañones, quizá, arrastrados hasta sus posiciones. Se oían también correteos, y el eco de disparos lejanos. Distinguió el retumbar de tambores de guerra, el melancólico lamento de trompetas de caracola, relinchos y chacolotear de cascos de caballo. Entonces oyó el estruendo de miles de pasos marchando al unísono, alejándose más y más hasta que no se oyó más que un murmullo. Escuchó hasta que hubieron cesado todos los sonidos.

El silencio cubrió el castillo. El shogun se había marchado, con la mitad de su corte y de sus consejeros y con casi todos los regimientos que estaban acuartelados allí.

En las dependencias de la princesa, las mujeres hablaban en voz baja, fingiendo que nada había cambiado. La princesa permanecía oculta tras sus biombos con incrustaciones de oro. En el pasado, Sachi siempre había estado a su lado. Pero ese día, la princesa no la llamó. Sachi, silenciosa, fue a ayudar a Taki y a las otras doncellas, que les desenredaban y les peinaban el cabello, largo hasta el suelo, a las damas de honor. Taki le sonrió.

—O-yuri, la honorable Señora de la Alcoba Contigua —susurró—. Ya no eres una criada. Ven a sentarte aquí.

Sachi se arrodilló y dejó que las doncellas le masajearan los hombros. Le aplicaron más tinte en los dientes y le pintaron las pequeñas y rosadas uñas. Luego le pusieron aceite en el largo y sedoso cabello y se lo peinaron, separando los mechones de cabello a cabello y pasándoles un incensario por debajo para perfumarlos. Le



maquillaron la cara y la ayudaron a ponerse un kimono de fina seda, de color blanco, con una sobrefalda roja.

¡La Señora de la Alcoba Contigua! El día anterior, no se le habría ocurrido siquiera aspirar a ver a un personaje tan importante como el shogun. Ahora, esa experiencia que tanto había temido ya había pasado. Le costaba creer que hubiera pasado de verdad. Mientras las doncellas se afanaban alrededor de ella, Sachi permanecía quieta, como en un sueño. Trató de imaginar la sonrisa de Su Majestad — Kiku-sama—, sus destellantes ojos, su blanca piel, sus manos. Pero la imagen ya había empezado a borrarse. Cuanto más intentaba retenerla, más se escabullía.

Durante todo el día no pararon de entrar y salir damas de honor. A mediodía, llegaron las siete veteranas, como un remolino de seda, y desaparecieron en la sala de audiencias de la princesa. El intenso perfume de sus túnicas impregnaba la atmósfera. De sus diminutas pipas, de boquilla larga, salían bocanadas de humo. Cuando Tsuguko salió de la sala de audiencias, ya empezaba a oscurecer y el sofocante calor se había vuelto soportable. Las damas de honor se apiñaron alrededor de Tsuguko, que se dirigió directamente a Sachi.

—A partir de ahora dormirás en mi cámara —anunció con solemnidad—, no con las doncellas. Si tienes un hijo, se te asignará tu propia habitación, por supuesto, además de cuatro doncellas y tres camareras. Recibirás un salario mensual en arroz y ryos de oro, suficiente para alimentarlas y pagarlas. También recibirás un sobresueldo para ropa y una asignación de aceite de lámpara, pasta de soja, sal y leña para calentar el agua de la bañera. Si tienes un hijo varón, tu familia también recibirá privilegios. A tu padre lo ascenderán y lo recompensarán con un buen estipendio. Yo me aseguraré personalmente de que así sea. Su Majestad también te protegerá y se asegurará de que tu familia recibe el trato que merece.

Después de la cena, mientras las doncellas retiraban las bandejas de platitos, barrían las habitaciones y preparaban las camas, Sachi se sentó y empezó a escribir una carta a sus padres. Desde que llegara al palacio, no había tenido tiempo para escribirles, ni ellos le habían escrito a ella. Sachi sabía que su padre se enorgullecía de su habilidad para hacerlo. Al fin y al cabo, era el jefe de la aldea. Su madre no sabía escribir, pero habría podido recurrir a su esposo o al sacerdote de la aldea, que también era el escribano, para que la ayudaran. Quizá se consideraban demasiado humildes ahora que su hija se había convertido en una gran dama, o quizá ni siquiera sabían con certeza qué había sido de ella.

Sachi cogió un pincel, escogió una sencilla hoja de papel hecho con corteza de morera, se sentó junto a una vela y empezó con toda la sencillez que pudo, trazando las letras con cuidado con su infantil caligrafía.

«Saludos —escribió—. Espero que os cuidéis con este tiempo tan húmedo. Aquí, en los jardines del palacio, los lirios están en flor. Estoy bien. He trabajado mucho y

me he aplicado en mis estudios. Hago todo lo que puedo para que no os avergoncéis de mí. No os preocupéis por mí. Aquí me cuidan bien. Hace poco me han ascendido. Ahora soy doncella de rango medio.»

Pensó en los tejados de tejas de la aldea, y en el sol ascendiendo sobre la montaña, y las lágrimas se acumularon en sus ojos y resbalaron por sus maquilladas mejillas. No fue capaz de decir nada más. Terminó la carta con un saludo formal y se la entregó a Taki. Sachi había pedido que Taki fuera su doncella personal, la dama de honor oficial de la nueva concubina.

Sachi cogió su labor, pero sus pensamientos estaban en otra parte. Repasó una y otra vez todo cuanto había sucedido la noche anterior, intentando recordar las palabras del shogun, sus gestos y sus caricias. Taki estaba sentada a su lado en silencio, muy entretenida con la aguja. Al cabo de un rato, Taki volvió la pequeña y delgada cara hacia Sachi, la miró a los ojos y preguntó con un suave susurro:

—¿Fue terrible? ¿Te dolió? ¿Es... guapo?

Sachi miró alrededor. Las damas de honor charlaban animadamente, entretenidas con sus labores. Hacían todo lo posible por adoptar una actitud distante, pero de vez en cuando una u otra le lanzaba una mirada a Sachi. La joven sabía que se morían de curiosidad. Pensó en el shogun, en sus suaves y blancas manos recorriendo su cuerpo, y por un instante, notó en el estómago un vestigio de las sensaciones que el shogun había despertado en ella. Sintió un arrebató de felicidad al pensar en la noche pasada y en que ese joven —el hombre más importante del reino— sentía cariño por ella. Entonces recordó que el shogun se había marchado —ella no sabía por cuánto tiempo— y la invadió la tristeza.

Miró a Taki y compuso una temblorosa sonrisa. Taki sonrió también: entendía todo lo que Sachi quería decirle.

Las criadas habían trasladado las pertenencias de Sachi a la cámara de Tsuguko y habían preparado dos camas sobre la tarima. Comparada con las abarrotadas habitaciones donde Sachi había dormido hasta entonces, esa habitación parecía tan grande que intimidaba, llena de sombras ocultas y oscuros e impenetrables rincones. Sachi se tumbó en su futón y se sintió pequeña y sola; oía la acompasada respiración de Tsuguko y el ruido que, de vez en cuando, hacían Taki y las otras doncellas al darse la vuelta.

Entonces notó que algo tiraba de una esquina de su colcha. Era Taki. Sin hacer ruido, Taki se metió bajo la colcha y se acurrucó junto a Sachi. Las dos jóvenes se quedaron dormidas, abrazadas con sus delgados y blancos brazos.

Al día siguiente se celebró la ceremonia oficial del nombramiento. Después, Tsuguko sonrió a Sachi y dijo:

—Vamos. Tenemos que hacer las visitas ceremoniales.

Sachi agachó la cabeza y no dijo nada. No había pensado en nada más que en la noche que había pasado con el shogun. Pero entonces comprendió que su nueva vida como Señora de la Alcoba Contigua acababa de empezar.

—Primero le presentaremos nuestros respetos a la Retirada —le explicó Tsuguko—. Recuerda que ayer fue ayer y que hoy es hoy. No tienes nada que temer.

Esa vez, Sachi iba a la cabeza del grupo que avanzaba haciendo frufrú, con pasos deliberadamente lentos, por los oscuros pasillos, escoltada por un grupo de doncellas. La lluvia repiqueteaba en el tejado de tejas de la pasarela que conducía a una parte del palacio donde la joven no había estado nunca. El calor sofocante había remitido un poco, y ya se podía respirar mejor. Recorrieron más pasillos que conducían a los aposentos de la Retirada; las doncellas abrían una puerta corredera tras otra. En cada habitación había un grupo de damas de honor arrodilladas, con la cabeza agachada y con las manos de uñas pintadas posadas sobre el tatami de paja de arroz. La sencilla túnica de Sachi, de estilo imperial, parecía muy pobre comparada con sus ropajes bordados y teñidos de llamativos colores.

En cuanto a las habitaciones, Sachi jamás había visto tanta opulencia. Las cámaras de la Retirada hacían que las de la princesa Kazu parecieran raídas. Hasta las esteras de tatami, con ribetes de oro, eran más finas y blandas que las de las dependencias de la princesa. En las paredes había armarios y estantes llenos de cajas de escritura, utensilios para la ceremonia del té, espejos y cajas de cosméticos de la laca más fina. En los colgadores había kimonos bordados, entre ellos aquel tan espléndido que llevaba puesto Fuyu el día anterior. Los biombos que separaban las habitaciones estaban decorados con paisajes y dibujos de pájaros y flores sobre un fondo de lustroso pan de oro, y las alcobas estaban decoradas con elegantes arreglos florales, pinturas y caligrafías. Hasta las empuñaduras y las vainas de las alabardas de las guardianas estaban adornadas con oro o con madreperla.

Era todo casi demasiado lujoso, demasiado espléndido. Hasta el incienso que perfumaba la atmósfera era demasiado intenso.

La Retirada las esperaba en la habitación más recóndita, rodeada de sirvientas. Fuyu se encontraba entre ellas, arrodillada cerca de la gran dama. Bajo la cogulla, la Retirada llevaba un kimono de seda de color claro con glicinas estampadas, poco adecuado para una mujer que había tomado las órdenes sagradas. Su rostro, perfectamente proporcionado, componía una estudiada, dulce e inocente sonrisa, como si no existiera nada que pudiera proporcionarle más placer que verla. Sachi hizo una reverencia hasta tocar el suelo con la frente. Temblaba de nerviosismo.

—Así que ésta es la nueva concubina —dijo la Retirada con su grave y vibrante voz, inclinando la cabeza con elegancia—. Bienvenida, querida. Los dioses te han sonreído. Te has ganado el favor de mi hijo. Todos rezamos para que le des un heredero.

Sachi creía que la poderosa Retirada la ignoraría y hablaría a Tsuguko, o, como mucho, que se comunicaría a través de su primera dama de honor. Lo que no esperaba, desde luego, era que le hablara directamente a ella. Se postró en silencio. La sonrisa de la Retirada era aún más aterradora que su ceño, y había un claro destello de malicia en aquellos insondables ojos negros.

—Pero temo, Tsuguko, que vuestra protegida no se encuentre cómoda aquí —prosiguió la gran dama con soltura—. Llevamos una vida muy pobre. Ella está acostumbrada a los lujos de los aposentos de Su Alteza Imperial. Lamento tener que privarla de las comodidades de que goza allí.

Sachi, horrorizada, comprendió lo que quería decir. Como concubina del shogun, se había convertido oficialmente en la nuera de la Retirada. Ya era bastante desgracia ser la nuera de una campesina, pero serlo de una mujer como aquélla era mucho peor. Además, era una nuera de estatus muy inferior del de la esposa del shogun, la princesa Kazu. ¿Se vería obligada a vivir en los aposentos de la Retirada y a obedecer todos sus caprichos? Esa idea le daba pavor. Las sirvientas, aduladoras, reían disimuladamente. Entre las risas, Sachi distinguió la burlona risa de Fuyu. La Retirada estaba jugando con ella, como juega un gato con un ratón.

—Esta indigna criatura aprecia mucho vuestra amabilidad y que reconozcáis su nuevo estatus —replicó Tsuguko con aspereza—, pero, como ya sabéis, es propiedad de Su Alteza Imperial. No puedo aprovecharme de vuestra generosidad para imponéroslo. Os estamos infinitamente agradecidas por vuestra condescendencia.

Sachi no se relajó hasta que hubieron salido de la última de las cámaras de la Retirada, haciendo una reverencia tras otra.

—Los aposentos de Tensho-in son magníficos, ¿verdad? —comentó Tsuguko torciendo la aristocrática boca cuando volvieron a estar a salvo en los pasillos—. Casi excesivamente magníficos, podríamos decir. Cuando Su Alteza Imperial llegó aquí para casarse con Su Majestad, Tensho-in se negó a trasladarse a los aposentos de las viudas de la ciudadela occidental. Se empeñó en permanecer en los aposentos designados para la consorte de Su Majestad. Gracias a sus maquinaciones, a Su Alteza le asignaron unos aposentos de doncellas. ¡Aposentos de doncellas! ¡Qué vergüenza! ¿Te imaginas? Por eso nuestras habitaciones son tan humillantemente pequeñas y oscuras. Su Alteza tiene doscientas ochenta damas de honor, y cada una de nosotras tiene a su vez sus doncellas, y tenemos que compartir todas una sola ala pequeña. Quizá ahora empieces a entender el resentimiento que hay entre Tensho-in y Su Alteza.

Sachi nunca la había oído hablar con tanta rabia. Siguieron caminando un rato en silencio.

—Si tienes un hijo, la Retirada te tratará de otra manera —dijo Tsuguko pasados unos minutos—. Pero ahora hemos de ir a visitar a la viuda Honju-in. Seguro que ella

querrá ser amiga tuya.

Los aposentos de Honju-in estaban en la parte interior del palacio, donde sólo de vez en cuando entraba algún rayo de sol. Cuando Sachi se acostumbró a la penumbra, vio que atravesaban un laberinto de habitaciones aún más suntuosas que las de la Retirada. Un ejército de ancianas damas de honor se arrodillaron para saludar a las recién llegadas. Finalmente llegaron a la recóndita habitación donde, en medio de una miríada de tesoros, estaba sentada una menuda pero imperiosa figura, muy erguida, sobre una tarima, con el codo apoyado en un apoyabrazos. Su pequeño y blanco rostro asomaba bajo los pliegues de su casulla, iluminado por el parpadeo del farol que ardía a su lado. Sachi nunca había visto a nadie tan longevo.

—¡Qué cara tan bonita! —dijo Honju-in resollando, y estiró un pequeño dedo para acariciarle la mejilla a Sachi. Su piel era tan frágil como un ala de palomilla, y parecía una membrana tensada sobre los huesos—. Es un alivio para todas nosotras que le hayas gustado a mi nieto. Qué chico tan difícil. Todas confiamos en que le des un hijo varón, y rezamos para que así sea.

Al oír mencionar al shogun, Sachi notó que le ardía la cara, como si Honju-in hubiera descubierto un terrible secreto que ella estuviera ocultando. Horrorizada, mantuvo agachada la cabeza. ¿Por qué esas grandes damas le hablaban directamente y hasta se dignaban tocarla? La joven estaba deseando que terminaran todas aquellas muestras de educación y todo aquel ceremonial. La anciana rió y dijo:

—Cuando yo llegué a este palacio, era muy joven, tan joven como tú, querida. — Su voz crujía como las hojas de otoño al pisarlas—. ¿Sabes qué hacía? Ayudaba en la sala del altar y en las cocinas. Entonces era hermosa. En esa época, el señor Ieyoshi (Toshi-sama, lo llamaba yo) era el heredero al trono. Su padre, el señor Ienari, todavía era shogun; ¡él sí era un hombre de verdad! Sabía hacer niños: tuvo cincuenta y tres hijos. Veamos... Estaba la princesa Toshi (pero eso fue mucho antes de mi época); luego otra hija que sólo vivió tres días...

Enumeró a los cincuenta y tres, uno por uno, ayudándose con los dedos.

—Luego nació la princesa Yasu. Ella fue la última. Entonces el viejo tenía casi sesenta años. ¡Qué hombre! Mujeres, hombres... hasta perros, según decían. Esparcía su semilla por todas partes.

»En fin, un día el señor Ieyoshi me vio. El anciano también se había fijado en mí, pero dejó que se me quedara el señor Ieyoshi. Y eso fue todo. Antes de que me diera cuenta, me había convertido en concubina. En aquella época éramos muchas. Algunas tenían hijos, y otras no. Pero la mayoría de los bebés morían. Yo era joven y fuerte como tú. Me han dicho que eres campesina, así que debes de ser aún más vigorosa que yo.

Soltó una risa jadeante que sonó como un fuelle viejo al abrirse y cerrarse. Entonces miró a Sachi con ojos escrutadores. Sachi se sobresaltó cuando la anciana le

puso una atrofiada mano en el brazo.

—Es muy duro ser concubina, querida —dijo—. Mira qué joven y qué radiante eres, mira cómo brillan tus hermosos ojos. Procura recordar que sólo eres una de tantas; aunque ahora no lo seas, lo serás. Sólo eres un vientre de alquiler. No lo olvides nunca. Ésa es la suerte de las mujeres.

Sachi notó que un escalofrío le recorría la espalda.

—Nunca serás una samurái, pero al menos puedes intentar vivir como si lo fueras. Debes aprender a ocultar tus sentimientos, tanto tu felicidad como tu desdicha; a ocultártelos incluso a ti misma. Aprende a ser fuerte. Pocas personas en el Gran Interior sabrán cómo te sientes. Pero yo sí lo sé. Cuando estés triste, ven a verme.

»Los dioses me favorecieron —prosiguió con aire soñador—. Mi hijo, mi primer hijo, Masanosuke, sobrevivió. Yo tenía quince años. Mis otros hijos varones murieron, y también murieron los hijos varones de las otras mujeres. Pero él sobrevivió. Era un niño adorable, y siguió siendo como un niño toda su vida. Moría mucha gente. Entonces murió el señor Ieyoshi, y Masa pasó a ser shogun. ¡Imagínate! Mi hijo, mi pequeño, se convirtió en el señor Iesada, el tredecimo shogun. Pero mi adorado Masa también murió. ¡Cómo lloré! No hay nada más terrible que asistir al funeral de tu propio hijo.

»He sido muy afortunada. Pero ahora estoy cansada. Han ocurrido demasiadas desgracias. Ahora lo dejo todo en manos de mi nuera. Ella lo dirige todo. Es una mujer fuerte. Si te trata mal, puedes venir a verme. No he olvidado lo que siente una nuera.

—Honju-in todavía tiene mucho poder dentro del palacio —dijo Tsuguko con gravedad cuando salieron de nuevo al pasillo—. Es una suerte que tengas su aprobación. Si los dioses te acompañan y vas con cuidado, tu vida podría parecerse a la de Honju-in. Ser la madre del heredero del shogun y, después, la madre del joven shogun... No hay posición más poderosa que ésa. Me encargaré de que todo el mundo sepa que estás bajo su protección. Debes ser muy precavida. Todas tendrán celos de ti.

Todavía quedaban muchas visitas por hacer. Caminando con majestuosidad de habitación en habitación, Tsuguko guió a Sachi hasta los aposentos de la viuda Jitsusei-in, la madre del shogun. Pero en lugar de mostrar su habitual ceño, el cetrino rostro del Cuervo Viejo, enmarcado en su casulla negra, mostraba una amplia sonrisa.

Después fueron a presentarles sus respetos a las tres damas —la jefa de las veteranas, Nakaoka, Chiyo y la sacerdotisa— que habían vigilado a Sachi la noche que ésta había dormido con Su Majestad. Les dieron las gracias por su ayuda y por su bondad y les ofrecieron generosos regalos. También tuvieron que visitar a las otras seis veteranas, a las sacerdotisas y a todas las damas de rango lo bastante elevado para tener acceso al shogun.

El día llegaba a su fin cuando volvieron, cansadas, a las dependencias de la princesa. Las últimas visitas las habían dejado mareadas —un laberinto de habitaciones, puertas que se abrían, reverencias, rostros sonrientes, coros de saludos, intercambios de cumplidos—. Sachi tenía las piernas tan doloridas como si hubiera escalado varias montañas. Había visto rincones del palacio que ni siquiera imaginaba que existían. Le dolían los músculos de la cara de tanto sonreír.

—De ahora en adelante, verás que las personas que menos lo esperas quieren ser amigas tuyas —le explicó Tsuguko—. Cuídate de quienes esconden su animadversión tras una máscara de bondad. Su Alteza siempre te ha protegido, pero ahora que ha cambiado tu suerte, quizá no pueda seguir haciéndolo. Si quieres seguir con vida, tendrás que entender cómo funcionan las mujeres del palacio. Ha llegado el momento de que nos tomemos en serio tu educación.

Sachi confiaba en que la princesa la llamara cuando volvieran a sus dependencias, pero la princesa Kazu siguió escondida detrás de sus biombos. Quizá estuviera escribiendo poesía, o quizá se hubiera quedado mirando sin ver, a oscuras, como hacía a veces. Sachi se preguntó qué debía de pensar en esos momentos. ¿Lamentaría que su vida no hubiera tomado otro camino? Lo había dejado todo para casarse con el shogun, y ahora él no estaba siquiera allí. Quizá si Sachi le daba un hijo varón a la princesa lograra hacerla más feliz.

Entonces Sachi recordó las palabras de Honju-in: «Sólo eres un vientre de alquiler.» Esas palabras le hicieron estremecerse.

## II

A la mañana siguiente, la redondeada y sonriente cara de Haru asomó por la puerta de las dependencias de la princesa.

—Enhorabuena, Señora —le dijo a Sachi haciendo una profunda reverencia—. ¿Qué se siente al ser la nueva concubina? —Se retiraron al rincón donde hacían sus lecciones.

—¡Ay, Hermana Mayor! —susurró Sachi—. Qué difícil es guardar silencio.

Tengo pensamientos muy extraños. Desde que pasé esa noche con Su Majestad, siento como si flotara de aquí para allá como una brizna de alga. Cuento los días que faltan para que regrese el shogun.

Haru se tapó la boca con la manga y rió hasta que se le encogieron los ojos y desaparecieron entre los pliegues de sus mejillas.

—Es como si te hubieran dado polvos de lagarto asado —dijo—. ¿No lo sabías? Cogen dos lagartos, los dejan copular, y justo cuando sus esencias yin y yang están a punto de derramarse, los separan. Entonces los ponen en hornos separados y los asan. El deseo que sienten el uno por el otro es tan fuerte que el humo de uno busca el humo del otro, por muy alejados que estén los hornos. Luego los muelen hasta obtener polvo. Dicen que es infalible.

—Pobres animales —dijo Sachi tapándose la boca con ambas manos y sin poder contener la risa.

Era un gran alivio poder ser ella misma, aunque sólo fuera un instante. Las damas de honor y las doncellas que estaban en la habitación, charlando y cosiendo, se dieron codazos unas a otras y rieron.

—En mi pueblo había un anciano que vendía víboras asadas con ese fin —dijo Sachi entrecortadamente mientras se secaba las lágrimas con la manga—. Lo llamábamos el Abuelo Víbora. Lo recuerdo como si lo viera. La gente decía que cuando una mujer mordisqueaba un pedacito, no había hombre que estuviera a salvo.

—Esas historias son muy divertidas —dijo Haru adoptando una expresión severa—. Pero no olvides que todos esos sentimientos no son más que eso: tonterías, exactamente lo mismo que si alguien te hubiera dado polvo de lagarto o víbora seca. No tardarán en desaparecer. Ahora eres la primera concubina de Su Majestad, y su segunda esposa. Estás unida a Su Majestad por lazos de fidelidad y deber. Eso es lo que importa. Puedes disfrutar con esos absurdos sentimientos, pero no te dejes llevar por ellos. No permitas que se apoderen de tu vida.

Haru siempre daba sabios consejos. Sin embargo, Sachi no podía evitar pensar que, como su maestra nunca había estado con ningún hombre, ¿qué podía saber ella? Era mejor cambiar de tema. Además, había otras cosas que preocupaban a Sachi.

—Hermana Mayor —dijo—, ¿qué pasará si no me quedo embarazada?

—Rezaremos y haremos ofrendas —respondió Haru—. No podemos hacer nada más. Los dioses decidirán. Ten cuidado —añadió—. Hay mujeres aquí que quieren perjudicarte.

—Necesito saber tantas cosas, Hermana Mayor —insistió Sachi—. ¿Por qué...?

Se interrumpió. Hasta ella entendía que era mejor no preguntar por qué quería alguien hacerle daño. Tendría que ser paciente, esperar y observar.

—Procura no quedarte nunca sola —dijo Haru con mucha seriedad, frunciendo la frente—. Ni un solo instante. Debes estar siempre rodeada de tus mujeres. No toques



nunca la comida hasta que la hayan probado ellas, y aléjate de los pozos y de los lugares altos. Muchas concubinas han perdido la vida. Todas te queremos y te ayudaremos, pero hay otras a las que las consumen los celos.

Sachi miró a Haru con incredulidad. Nunca había visto tan seria a su maestra. Sus palabras le hicieron estremecerse, pero era demasiado pronto para que ella se preocupara por su seguridad. Sólo pensaba en el amable y joven shogun.

—Aquí han pasado muchas cosas horribles desde que llegaron los bárbaros, e incluso antes —dijo Haru—. Los de fuera del palacio ignoran lo que sucede aquí. Te contaré una historia. Pasó justo al principio del reinado del pobre señor Iesada, hará unos diez u once años.

Sachi se inclinó hacia delante, con la barbilla apoyada en ambas manos, apoyando los codos en la mesita que la separaba de Haru, y se esforzó al máximo para apartar al shogun de su pensamiento.

—Fue el año posterior a la muerte del señor Ieyoshi —dijo Haru—. Había tenido veintisiete hijos, pero sólo sobrevivió un hijo varón: el señor Iesada, el hijo de Honju-in, esa adorable anciana a la que visitaste ayer. Por aquel entonces, Honju-in no era tan adorable, te lo aseguro. Y él... ¿cómo puedo decirlo?

Haru echó un vistazo a las damas de honor de la princesa. Estaban todas ocupadas con sus labores, charlando con sus agudas voces de Kioto. Se acercó un poco más a Sachi y bajó la voz.

—Era... ¿cómo podría explicártelo? En fin, no le interesaban las mujeres; seguramente tampoco le interesaban los hombres. Era como un niño pequeño. Sus dos primeras esposas murieron antes de que él se convirtiera en shogun. La primera fue Nobuko. Era la hija de un noble de la corte de Kioto. Cuando tenía veinticinco años, contrajo la viruela y murió. La recuerdo muy bien. Yo era una niña pequeña cuando ella murió; acababa de llegar al palacio. Era una dama muy dulce, y tocaba muy bien el tsutsumi. Él se sentaba a escucharla mientras ella ensayaba. Quizá hasta sintiera cariño por ella, aunque todo el mundo sabía que nunca tendrían hijos.

»La segunda esposa llegó al año siguiente. Era hija del ministro de la Izquierda del palacio imperial de Kioto. Era una muchachita minúscula. Cuando se apeó del palanquín imperial, no era más alta que éste. Tenía una pierna más corta que la otra, y se paseaba cojeando por los pasillos. Nosotras, tapándonos la boca con la mano, decíamos que había subido de un salto al palanquín enjorjado. Pero a Iesada no le importaba. Él seguía jugando a sus juegos y no le prestaba ninguna atención. Duró un año, y entonces murió. La gente empezó a decir que le habían echado una maldición a Su Alteza. "Si quieres morir, cástate con Iesada", decían. Y seguía sin haber heredero.

»Eso no importaba mientras su padre, el señor Ieyoshi, siguiera siendo el shogun. Pero entonces murió Su Majestad. Fue una muerte muy extraña y muy repentina, algo terrible. No murió de muerte natural, eso lo sabíamos todas.

Se detuvo un minuto; se enjugó las lágrimas con la manga y prosiguió:

—El señor Iesada se convirtió en shogun. No tenía esposa, concubinas ni heredero. Cuando venía al palacio de las mujeres, era para visitar a su madre, Honju-in. Era un niño enfermizo (bueno, entonces ya era un hombre, debía de tener trece años; pero seguía pareciendo un niño). Siempre estaba enfermo. Tenía la cara muy pálida, como un fantasma hambriento, y unos grandes ojos de mirada extraviada. Lo que más le gustaba era asar granos de soja, removiéndolos en la sartén con unos palillos de bambú. Tenía una escopeta que le había regalado un comerciante holandés, y perseguía a sus cortesanos con ella. Le divertía verlos correr. O se sentaba y miraba alrededor con gesto abstraído.

»Honju-in era la persona más poderosa del palacio interior. Hasta me atrevería a afirmar que era la persona más poderosa del reino. Cuando los chambelanes tenían una ley que había que firmar, era Honju-in quien le decía a Su Majestad si debía estampar su sello o no. Todo el mundo buscaba su apoyo. No paraban de llegar al castillo rollos de brocado, jarrones, cuencos de té, piezas de laca, pasteles, todo tipo de cosas hermosas. Regalos para Honju-in, regalos para sus damas de honor... ¡Qué bien vivía esa mujer!

»Un día, los guardias estaban haciendo sus rondas matutinas. Estaban revisando las cocheras cuando vieron gotear sangre de uno de los palanquines, y un brazo y una pierna que sobresalían de él. Dentro del palanquín había una mujer envuelta en un tapiz. Cuando la desenrollaron, vieron que estaba completamente desnuda, y muerta. Fuimos todas a mirar, y huimos de allí gritando. Estábamos todas muertas de miedo.

»El cadáver resultó ser de una tal Hitsu, una de las damas de rango más alto del departamento de intendencia. En un sitio como éste no puedes conocer a todo el mundo, como es lógico. La habían apuñalado. Todas pensamos que debían de haberla matado por celos. Hitsu había tenido relaciones con varias damas. Al parecer, una de esas damas, Shiga, estaba enamorada de ella, así que las sospechas cayeron sobre ella.

»Pero entonces se supo que Hitsu había intimado mucho con el señor Iesada. Hitsu tenía acceso a las cocinas, y solía llevarle granos de soja y sentarse a charlar con él mientras él los removía. Había una clase de pescado seco que al señor Iesada le encantaba, y ella solía llevárselo también. Quizá planeara seducirlo. Si se hubiera convertido en la madre de su hijo, habría desbancado a Honju-in. Se habría convertido en el poder detrás del trono.

»No hubo ninguna investigación, por supuesto. Nadie averiguó jamás quién había odiado tanto a Hitsu para matarla, tanto si fue por celos o porque había intentado ascender. Nadie se atrevió a insinuar que pudiera tener algo que ver con Honju-in; y aunque lo hubiera tenido, ella era demasiado poderosa para que se hiciera algo al respecto.

Sachi estaba horrorizada. Le sudaban las manos, que tenía fuertemente entrelazadas. Miró a las damas de honor que había alrededor, y le pareció ver que intercambiaban miradas, conspirando contra ella. Sabía muy bien que bajo su plácida superficie, el palacio de las mujeres era un hervidero de odios y rivalidades. Pero siempre había dado por hecho que esas enemistades nunca afectarían a una persona tan humilde como ella. Ahora su posición había cambiado. Todos debían de estar esperando para ver si sería la madre del heredero del shogun. Sí, tendría que tener mucho cuidado.

De pronto pensó en la Retirada. Ella debía de ser todavía una adolescente —no mucho mayor de lo que era Sachi— cuando llegó al palacio para ser la tercera esposa del señor Iesada. Y había ganado. Lo había sobrevivido y había ocupado el lugar de Honju-in. Pero de todas formas, haber compartido lecho con un personaje tan importante... Ningún mortal podía elegir su destino en este mundo, y menos aún las mujeres, ni siquiera una mujer tan inteligente, fogosa y hermosa como la Retirada. Y luego, al final, verse convertida en viuda, arrojada a la orilla de la vida poco después de cumplir veinte años. Sachi intentó imaginar la tristeza y la decepción que se ocultaban bajo esa fachada de acero. Era algo que hasta entonces nunca se le habría ocurrido pensar. Pero ahora, con el recuerdo de Su Majestad tan presente, todo parecía diferente.

—¿Qué le pasó al señor Ieyoshi? —preguntó con inquietud—. ¿Y al señor Iesada?

Haru frunció la frente y negó con la cabeza.

—Eso te lo contaré otro día —dijo con gravedad.

### III

Sachi estaba tan trastornada que temía no poder concentrarse en sus estudios. Pero mientras copiaba poemas, procurando que su pincel danzara por el papel con la misma fluidez y la misma elegancia con que lo hacía el de Haru, notó que su mente se calmaba como la superficie de un estanque cuando deja de soplar el viento. Iba

muy atrasada respecto a las otras jóvenes damas en casi todo —caligrafía, clásicos chinos, poesía, ceremonia del té, interpretación de las cenizas de incienso y todas las otras artes distinguidas que las mujeres debían dominar—, pero estaba decidida a alcanzarlas tan deprisa como fuera posible.

Por la tarde fue a la sala de entrenamiento. Sus criadas la siguieron y le llevaron el traje. Taki le llevaba la alabarda.

En la sala de entrenamiento había ya unas cuantas jóvenes, ataviadas con el uniforme de las guardianas del palacio. Sachi se puso también la falda abierta, de una tela rígida y negra, y la chaqueta de áspera seda con el emblema de la casa de Tokugawa —tres hojas de malvarrosa— aplicado en la espalda. La tela, áspera, le arañaba la piel. Se puso una gorra negra, rígida, y se la ató firmemente con una cinta blanca.

Era la primera vez que veía a las otras mujeres desde su ascenso. Todas la observaban con curiosidad. Todavía eran niñas, con gruesas cejas negras y dientes blancos. Ella era la única que llevaba las cejas depiladas y los dientes pintados de negro, como las mujeres adultas. Sachi mantenía la cabeza agachada. La timidez le coloreaba las mejillas, pero al mismo tiempo la joven sentía un apacible orgullo.

Sus compañeras de clase la rodearon, inclinaron la cabeza y dijeron «Enhorabuena» a coro. Fuyu se encontraba entre ellas, más hermosa y coqueta que nunca, perfectamente maquillada, con el cabello reluciente, untado con aceite. Hasta compuso una gélida sonrisa cuando, con desdén, dijo: «Enhorabuena.»

La primera tarea consistía en limpiar las esterillas. Mientras las alumnas iban de un lado para otro deslizando paños húmedos por el tatami, Fuyu se coló entre Taki y Sachi y se colocó muy cerca del hombro de Sachi.

—Bueno —dijo con desprecio—, qué sorpresa. Supongo que Su Alteza obligó a Su Majestad a escoger a una de sus mujeres; y la única que tenía la edad adecuada eras tú. ¡Qué suplicio para Su Majestad tener que tocar a una criatura tan despreciable!

Sachi estaba anonadada. Fuyu debía de estar muy alterada para revelar sus sentimientos de esa manera tan grosera y directa. Empezó a andar más deprisa, pero Fuyu aceleró también.

—Si necesitas algo, cualquier cosa, dímelo —dijo Fuyu, jadeando y subiendo el tono de voz—. Debe de costarte comer arroz blanco. Te conseguiré un poco de cebada, o de mijo. O un poco de forraje de los establos. Y deberías dormir allí, por cierto. Te sentirías como en tu casa.

Sachi no dijo nada. Quizá lo que quería Fuyu fuera que se pusiera en ridículo enfadándose. Pero no iba a conseguir nada con sus provocaciones.

Cuando las esterillas quedaron impecables, las alumnas se arrodillaron en un lado de la sala y sacaron las alabardas de sus fundas. Sachi se esforzó para concentrarse en

su arma. El simple hecho de sujetarla la tranquilizaba. La sacó de su funda y examinó la hoja. Era preciosa, de un acero de excelente calidad, elegantemente curvada. El borde convexo era lo bastante afilado para cortar a un hombre por la mitad de un solo golpe, y a lo largo del lado romo había un canal para que se escurriera la sangre. Como las espadas, era lo bastante dura para atravesar una armadura dos veces más gruesa que el dedo de un hombre, pero lo bastante flexible para no romperse; era obra de un fabricante de espadas cuya familia llevaba varias generaciones especializada en ese arte. La larga asta de madera estaba lacada con un dibujo de flores y tenía el emblema de los Tokugawa incrustado en oro. Sachi colocó el borde romo hacia sí y empolvó, limpió y engrasó la hoja. Pasó un paño por la empuñadura, y luego volvió a meter la hoja en su funda y dejó el arma en su bolsa.

A continuación cogió un bastón de entrenamiento de uno de los lados de la sala. Lo puso derecho; el palo era casi dos veces más alto que ella. Era de madera de roble blanco, liviano y liso, con uno de los extremos rematado en punta.

—Hacedlo lo mejor que podáis —gritó la maestra Masa, una mujer nervuda y de pelo canoso. Era casi tan alta y tan delgada como una alabarda, y tenía fama de ser una excelente espadachina—. Vivimos tiempos difíciles. Ahora que Su Majestad se ha ausentado, debemos estar preparadas para defender el castillo. Concentraos y entrenaos bien.

Las alumnas practicaron los diferentes movimientos —golpear, cortar, clavar, rechazar y bloquear—. Luego se pusieron los cascos y la ropa protectora y empezaron a entrenarse. La sala se llenó de los ensordecedores chasquidos de madera contra madera.

Las compañeras de Sachi, que se habían criado en casas de samuráis, habían aprendido a manejar la alabarda cuando eran muy pequeñas, porque tenían que estar preparadas para defender sus casas cuando los hombres se ausentaban. Entre los samuráis, las alabardas —naginata, «espadas de puño largo»— formaban parte del ajuar de las novias. Eran largas y livianas: lo bastante livianas para que las empuñara una mujer, y lo bastante largas para que pudiera darle un buen golpe en las piernas a su oponente antes de que éste pudiera acercarse lo suficiente para agarrarla o golpearla con su espada. Durante muchos años —los reinados de doce generaciones de shogunes, más de lo que nadie podía recordar—, Japón había vivido en paz. Aparte de ahuyentar a algún ladrón o algún bandido de vez en cuando, las mujeres no creían tener que utilizar una alabarda para defenderse. La práctica de la alabarda se había convertido, en gran medida, en una forma de arte marcial, una disciplina del cuerpo y de la mente.

Pero en el palacio de las mujeres, el entrenamiento con la alabarda se tomaba muy en serio. El palacio era la residencia del shogun. Él iba al palacio exterior, donde se reunían los hombres, para ocuparse de los asuntos de Estado, pero el palacio de las

mujeres era donde se relajaba y donde pasaba las noches. Y como es lógico, allí no había guardias varones. Se exigía a todas las mujeres del palacio que dominaran la alabarda, para que pudieran defender al shogun si algún día atacaba algún enemigo. Todo el mundo sabía que las mujeres del palacio del shogun eran excelentes guerreras, y para alcanzar ese nivel de habilidad había que entrenar rigurosamente y practicar a diario.

Sachi había empezado tarde a entrenarse, pero ese día se sentía invencible. Notaba el cuerpo ligero como una pluma. Se lanzó hacia delante, golpeando a su oponente como si manejara una guadaña; luego se apartó antes de asestar una descarga de golpes. Notaba la ligereza del palo que tenía en la mano y cómo el extremo vibraba al cortar el aire.

Pero comparada con Fuyu, Sachi era torpe. Fuyu era la mejor luchadora de la clase. Su palo y ella parecían una misma cosa que fluía con elegancia, sin interrupciones entre los golpes que asestaba. Ofrecía un hermoso espectáculo.

No llevaban mucho rato practicando cuando Fuyu se separó de su pareja de entrenamiento. Sachi vio con el rabillo del ojo cómo Fuyu se le acercaba. Se le plantó firmemente delante y se quedó mirando con fijeza a Sachi; le temblaban los párpados y sus ojos parecían dos delgadas rendijas. Daba la impresión de que había perdido por completo el control de sí misma.

—Qué piel tan blanca y tan bonita tienes —dijo, burlona, con voz temblorosa—. Qué orgullosa estás de tus cejas afeitadas y de tus negros dientes. Te crees que nos engañas, ¿verdad? Sabemos muy bien qué clase de persona eres. Bueno, campesina, vamos a ver cómo peleas.

Fuyu sonrió. Sachi recordó las advertencias de Tsuguko y de Haru. Sabía que Fuyu peleaba mucho mejor que ella. No iba a haber clemencia. Sachi iba a recibir una paliza, sin duda alguna, pero nada habría podido impedir que aceptara el desafío de Fuyu. No había nada peor que ser considerada una cobarde. Sachi se irguió, intentando expresar un desprecio comparable al de Fuyu. Pensó en la mirada serena y en la frescura de la piel del shogun. Iba a demostrarles a todos que era digna de ser su concubina.

Sachi saludó con una cabezada. Entonces se preparó: separó los pies, sujetó el bastón con ambas manos, sin apretarlo, y respiró hondo. «Concéntrate —se dijo—. Busca el equilibrio.»

Un instante más tarde, Fuyu se abalanzó sobre ella, fulminándola con la mirada y con la frente salpicada de sudor. Sachi temblaba como un ratón de campo que ve cómo un halcón se abate sobre él; no podía moverse, no podía escapar. Agitando el bastón y gritando a pleno pulmón, Fuyu intentó darle en el pecho.

Sachi notó la ráfaga de aire al descender el bastón hacia ella. Estaba preparada, con el bastón bien sujeto. Esquivó el golpe, aunque la fuerza de éste la hizo

retroceder un poco y tambalearse. Su bastón todavía temblaba cuando Fuyu giró sobre sí misma y le asestó un golpe tras otro en el pecho, en la cabeza, en las pantorrillas. Sachi saltaba y danzaba, bloqueando y esquivando golpes. Lo único que podía hacer era esquivar el ataque. Intentó golpear a su oponente, pero era inútil.

Entonces Fuyu, jadeando, hizo una pausa lo bastante larga para que Sachi recuperara el equilibrio. Cuando Fuyu volvió a lanzarse contra ella, Sachi estaba preparada. La joven recibió el golpe en el mango del bastón, giró sobre sí misma, de puntillas, y atacó con el extremo de la hoja. Fuyu la obligó a retroceder, golpeándola en el pecho y en las pantorrillas, pegándole en las muñecas, intentando obligarla a soltar el bastón.

Sachi respiraba con dificultad. Perdió momentáneamente la concentración y bajó la guardia. Un fuerte golpe en las costillas la hizo tambalearse y retroceder. Fuyu arremetió contra ella, le dio una tunda con el bastón, asestándole una lluvia de golpes. Entonces se arrodilló y le hincó el bastón en el estómago. Sachi se dobló por la cintura; se le había cortado la respiración. La sala le daba vueltas. Oía el zumbido de su sangre. Fuyu se erguía ante ella, con el rostro lívido y con el bastón en alto.

En la mente de Sachi apareció una imagen del shogun y del hijo que quizá estuviera formándose dentro de ella. De pronto recuperó la concentración. Se incorporó respirando a bocanadas. Las dos jóvenes empezaron a describir círculos, sin dejar de mirarse a los ojos y apuntándose con los bastones. Sachi sólo veía la cara de odio de Fuyu y las paredes de la sala de entrenamiento, que giraban con ella.

Entonces Fuyu dio un paso atrás y levantó el bastón, que descendió hendiendo el aire. Sachi esquivó el golpe. Los dos bastones dieron un fuerte porrazo.

Sachi saltó hacia atrás, giró sobre sí misma y atacó a Fuyu, obligándola a retroceder. Golpeó con un extremo del bastón, y luego con el otro, sin darle tiempo a Fuyu para recuperar el equilibrio. La incredulidad se reflejó fugazmente en el rostro de Fuyu. Sachi había conseguido ponerla a la defensiva. Se había convertido en aire, en fuego, y el bastón formaba parte de su cuerpo, era una extensión de su brazo. Se lanzaba hacia delante y hacia atrás, acompañando los movimientos con el peso del cuerpo, pegando, empujando, intentando romper las defensas de Fuyu.

Fuyu tenía la cara hinchada. Daba la impresión de que fuera a romper a llorar. Perdió la concentración. En ese momento Sachi la golpeó en el brazo. Fuyu gritó, furiosa. Sachi se arrodilló y golpeó a su oponente en las piernas.

Fuyu volvió a atacar. Estaba roja de ira. Golpeó a Sachi en el estómago. Sachi intentó esquivar el golpe, pero se le soltó el bastón de las manos. Perdió el equilibrio, trastabilló un poco y cayó al suelo. Antes de que pudiera levantarse, Fuyu empezó a asestarle un golpe tras otro en la espalda, en las piernas y en los brazos. Entonces tiró el bastón y saltó sobre ella, aporreándola con los puños.

Sachi se retorció e intentaba defenderse con los puños, pero Fuyu la había

inmovilizado. Rodaron por el suelo, dándose puñetazos y patadas y arañándose. Sachi notó cómo las manos de Fuyu se cerraban alrededor de su cuello. Agarró a Fuyu por el pelo y se estremeció de orgullo al ver que le arrancaba un mechón. Fuyu dio un chillido y aflojó un poco las manos. Sachi se incorporó rápidamente, sujetó a Fuyu y se arrodilló encima de ella. Fuyu forcejeaba y chillaba sin cesar. Sachi le agarró un brazo y se lo retorció en la espalda, hasta que Fuyu golpeó el suelo con la mano que tenía libre en señal de sumisión.

La sala estaba en silencio; sólo se oían los jadeos de Sachi y de Fuyu. Una larga sombra se proyectó sobre las dos jóvenes. Masa estaba de pie a su lado, contemplándolas.

—¡Basta! —gritó la maestra—. No traigáis vuestros sentimientos personales a esta sala. Estáis rompiendo la regla principal del código de los samuráis. El entrenamiento debe realizarse con humildad. ¿Me habéis oído?

Sachi se quitó el casco con cuidado. Estaba cubierta de cardenales, pero no le importaba. Le lanzó a Fuyu una mirada de triunfo. Pero sabía que ya tenía una enemiga.

Las mujeres se apiñaron junto a la entrada de la sala y se calzaron las sandalias de madera. Fuyu miraba con odio a Sachi. Tenía la cara, redondeada y con la nariz respingona, húmeda de lágrimas, y los labios apretados. Se agachó y cogió una sandalia con barro incrustado. Antes de que alguien pudiera impedirselo, echó el brazo hacia atrás y pegó a Sachi en un lado de la cabeza con la sandalia.

Tambaleándose de dolor, Sachi se llevó una mano a la cabeza. Una sandalia manchada de barro: no había peor insulto que ése. El dolor no tenía ninguna importancia, lo intolerable era la humillación. Sachi sabía que, en otros tiempos, una samurái se habría suicidado tras ser objeto de semejante ofensa. Pero ella no pensaba hacer eso. Ella no era una samurái, ni lo sería nunca. Practicaría sin descanso hasta poder derrotar a Fuyu con facilidad. Y algún día le devolvería el insulto.

—Al fin y al cabo —dijo Taki con un susurro triunfante al mismo tiempo que rodeaba a Sachi con un delgado brazo—, Su Majestad te escogió a ti, no a Fuyu.

## IV



Unos días después de la partida del shogun, llegaron cartas para la princesa Kazu, para el Cuervo Viejo, su madre, y para la Retirada, su madre adoptiva. También había una carta para Sachi. La joven se la llevó a la habitación que compartía con Tsuguko y la sostuvo largo rato antes de desenrollarla poco a poco. Estaba escrita en una hoja de papel de madera de morera ligeramente perfumada. La caligrafía era exquisita: suave pero apasionada, como Su Majestad. Sachi se lo imaginó sentado en su palanquín, o frente a una mesita en una de las paradas de descanso, manejando el pincel con soltura y elegancia. La mayoría de las mujeres de la clase de los samuráis sólo conocían el alfabeto hiragana, pero Sachi, que se había educado en el palacio de las mujeres, también había empezado a aprender los caracteres chinos de kanji en que estaba escrita la literatura clásica. Todavía no lo dominaba lo suficiente para descifrar todas las palabras de la carta del shogun, pero entendió que en ella describía sus viajes. Terminaba la misiva con un poema en que se refería a unas hermosas flores que había visto y que, según decía, le habían hecho añorar su adorable rostro.

Lo malo era que Sachi tenía que contestar al shogun. La joven había estudiado lo suficiente para reconocer los trazos de una mano diestra. Pero su caligrafía era tan infantil que sin duda le causaría una mala impresión al shogun, y sus composiciones poéticas todavía eran muy elementales.

También recibió una carta de su madre. El sacerdote de la aldea se la había escrito con una caligrafía sencilla y de trazos redondeados. Al desenrollarla, Sachi sintió una profunda nostalgia de su hogar.

«Nos hemos alegrado mucho de saber de ti y te agradecemos que seas tan buena hija —decía Otama—. No sabíamos qué había sido de ti. No nos atrevíamos a escribirte al castillo. Pensábamos que ahora que vives allí te avergonzarías de nosotros. Por favor, cuídate con este tiempo tan húmedo. Nos alegra saber que trabajas mucho. Por favor, asegúrate de no ser una carga para las buenas personas que te han adoptado. Nos enorgullece que te hayan ascendido a doncella de rango medio. Como ya sabes, hay muchos disturbios en el camino, pero no te preocupes por nosotros. Estamos todos bien.»

¿Graves disturbios en el camino? Sachi no estaba enterada de eso. El Nakasendo siempre había estado despejado y en orden, incluso durante las épocas de hambruna y de desórdenes. Su padre se había encargado de eso. Las palabras de su madre resultaban extrañas y preocupantes. Pero había otras cosas más inmediatas en que pensar. Sachi siguió leyendo.

«La pequeña Osama, a la que tú llevabas a la espalda, enfermó del estómago cuando tenía tres años y murió. Ahora tenemos otra hija a la que llamamos Ofuki. De momento, y gracias a los dioses, tiene buena salud. Tu hermano Chobei ha cumplido nueve años, y se ha convertido en un muchacho muy fuerte. Le van muy bien los estudios y ayuda a tu padre en la posada. ¿Te acuerdas de la pequeña Mitsu, esa niña

tan fea de la posada del final de la calle? Se casó con un primo suyo y se fue a vivir a la casa de sus tíos, al otro lado de la montaña. Su primer hijo murió, pero después tuvo un hijo sano.»

Sachi permaneció un rato sentada en silencio. Su imaginación la transportó a la cima de la montaña; volvía a estar con su hermana pequeña a la espalda y con su amiga y su hermano pequeño a su lado, un frío día de otoño en que las nubes surcaban el firmamento. Veía la fila de porteadores saliendo del bosque que había en el extremo más alejado del valle; eran pequeños como insectos, e iban formando un enjambre inmenso. Cómo habían cambiado las cosas desde entonces. Pensó en su hermana y las lágrimas se le desbordaron de los ojos.

Pero había allí alguien más ese día. ¿Qué había sido de Genzaburo, el líder de los niños de la aldea, con sus larguiruchas y bronceadas piernas, su estridente risa y sus travesuras? Había sido como un hermano mayor para Sachi, su compañero de armas. Recordaba las descabelladas aventuras en que los había embarcado, las excursiones al bosque para trepar a los árboles o desenterrar tejones, las excursiones secretas al río. ¿Qué había sido de él?

Sachi preparó un poco de tinta y empezó a redactar su respuesta. El tiempo estaba mejorando, escribió. Por fin habían cesado las lluvias y ya no había tanta humedad. Las hortensias estaban en flor en los jardines del palacio. Preguntó por su abuela, por el posadero de la posada de enfrente y por las mujeres que se reunían en el pozo. Entonces añadió: «Y por cierto, ¿cómo están el posadero de al lado y su familia?» Enrolló la carta, la selló y se la entregó a una de sus criadas.

Entonces se sentó y se puso a pensar en el poema que le enviaría a Su Majestad.

Sachi tenía que aprender a ser una gran dama, hacerse un lugar en la jerarquía del palacio y saber comportarse con las mujeres de rango inferior al suyo. Hasta hacía poco tiempo, ella era casi tan humilde como sus criadas. Ahora tenía que tratarlas como si no existieran.

Exasperada, Tsuguko le decía: «Cuando llames a las honorables mocosas, no digas "Por favor". Tienes que gritarles: "¡Eh, tú! ¡Ven aquí!" No les pidas que hagan algo: se lo ordenas. Ellas no son personas. Ellas no cuentan.»

Sachi estudiaba día y noche, mientras Taki se aprendía de memoria, hasta el último detalle, el programa del shogun: dónde comería ese día, dónde descansaría, dónde se detendría para contemplar un monumento o un paisaje famoso o para hacer ofrendas en un santuario importante.

Todas las mañanas, cuando Sachi se despertaba, Taki anunciaba: «Su Majestad ya debe de estar en el camino.» Cuando los tambores daban la hora, decía con solemnidad: «Cuarta hora. Habrá llegado a Chigasaki y estará comiendo», o «Debe de estar en el templo Sounji de Yumoto, contemplando las hortensias; dicen que están

preciosas en esta época», o «Sexta hora. Estará en la gran posada de Mishima, comiendo anguila para cenar». Entonces sonreía y miraba a Sachi para comprobar si la había impresionado con la amplitud de sus conocimientos.

Sachi le sonreía también. Era consolador saber que en aquel inmenso palacio lleno de mujeres que susurraban y conspiraban a sus espaldas había al menos una persona en la que podía confiar plenamente. Eso le hacía sentirse menos sola.

Los nombres de los lugares no significaban nada para Sachi. Ella sólo sabía que, cada día que pasaba, el shogun estaba un poco más lejos. Ése era el tercer viaje al oeste que hacía en poco más de dos años. Antes, Sachi era demasiado joven y estaba demasiado ocupada en sus cosas para saber nada sobre el shogun y sus actividades. Ahora que se había convertido en su concubina, esperaba con impaciencia cualquier noticia que pudiera llegar. Los mensajeros iban y venían al galope con despachos para las oficinas del gobierno, ubicadas en el palacio exterior, y desde allí, las noticias se filtraban rápidamente en el palacio de las mujeres.

Pero parecía un avance extrañamente lento. En las ocasiones anteriores, el shogun había llegado a la capital, Kioto, un par de semanas después de salir de Edo. Esa vez el viaje iba a durar un mes, con numerosas paradas para descansar y para visitar los lugares de interés que había en la ruta. A Sachi le parecía una forma muy rara de ir a la guerra.

De hecho, le costaba figurarse al shogun luchando. Sachi se lo imaginaba bajando de su palanquín para contemplar un paisaje famoso, para componer un poema, para bromear con sus cortesanos o para cenar en alguna posada rústica, como la que dirigía su padre. Hasta podía imaginárselo a caballo, espléndido con su armadura y su casco, con una máscara de feroces bigotes como las que llevaban los samuráis que pasaban por la aldea. La máscara del shogun debía de ser aún más magnífica e imponente que la de aquellos samuráis. Pero ¿conduciendo a sus tropas a la batalla? Para Sachi, eso era impensable.

A la mañana siguiente, la joven despertó con un dolor sordo en el vientre, como si le hubieran clavado una espada y la hicieran girar lentamente.

—Taki, Taki...

—¿Qué pasa? —preguntó Taki, asustada.

—No sé qué hacer. Tengo la menstruación.

—Entonces es que no estás encinta —dijo Taki.

Sachi se puso a llorar, enjugándose las lágrimas con las mangas. Había decepcionado al shogun, había decepcionado a la princesa, no había conseguido proporcionarle un heredero a la casa de Tokugawa. Recordó su combate con Fuyu y se preguntó si habría sido el golpe que había recibido en el vientre lo que había malogrado su presunto embarazo. Hasta entonces nunca había sabido qué significaba tener enemigos.

Confinada en su cámara, pasó los días sola, con la única compañía de Taki y sus criadas. A veces se paseaba arriba y abajo, y a veces jugueteaba con su labor, incapaz de pensar en otra cosa que en su fracaso en esa tarea tan importante. Apenas se atrevía a mirar el amuleto que le había regalado el shogun, que supuestamente debía garantizar que Sachi se quedara embarazada. Lo escondió en el fondo de un cajón.

—No tiene sentido que te disgustes tanto —dijo Taki el segundo día—. No se puede hacer nada. Todavía eres la concubina de Su Majestad y ambos sois muy jóvenes. Nuestro destino está en manos de los dioses. Ya se presentarán más oportunidades cuando él regrese.

Sachi asintió. Empezaba a notar un extraño alivio. Había soportado una fuerte presión, pero ahora sabía cuál era su posición. Se miró en el espejo y vio su pálido y ovalado rostro. Examinó los suaves contornos, los rasgados ojos verdes, los pequeños y rosados labios. Esa cara era lo único que tenía. Su cara era lo que la había llevado al palacio y al lecho del shogun. ¿Cómo podía ser que ella, una humilde campesina, hubiera nacido con una cara así? Casi parecía que la princesa estuviera allí, escondida detrás del espejo; aunque su cara era una versión más joven, más infantil y despreocupada de la de la princesa.

Sachi sonrió ante el espejo. Tenía que aprender todo lo necesario para hacer feliz a Su Majestad: a cantar, a bailar las elegantes danzas de la corte, a tocar el koto y el shamisen, a escribir con una hermosa caligrafía y a componer ingeniosos poemas, a realizar las diversas variedades de la ceremonia del té y a jugar a los juegos de las mujeres sofisticadas, como el de interpretación de las cenizas de incienso y el de emparejar conchas. Se convertiría en la concubina perfecta.

Cuando terminó su confinamiento, las lluvias habían cesado y había empezado el verano. En las cámaras de la princesa, las damas de honor pasaban el día sin hacer nada, abanicándose con languidez, demasiado cansadas para coser. Durante el día, hasta los insectos y los pájaros estaban callados. Por la noche, los mosquitos zumbaban de forma exasperante en la penumbra. Las cigarras cantaban y las ranas toro de los estanques del palacio croaban como caballos viejos.

Poco después de que Sachi volviera a salir, Tsuguko entró majestuosamente en la habitación que ambas compartían.

—Su Alteza quiere que la atiendas —dijo, sonriente.

Sachi llevaba muchos días sin ver a la princesa Kazu. Rebosante de alegría, siguió a Tsuguko por los aposentos de la princesa. Tímidamente, avanzando a gatas, se acercó hasta el borde de los biombos y miró alrededor. Las paredes, recubiertas de oro, de la cámara interior brillaban bajo la luz de lámparas y velas.

La princesa Kazu estaba arrodillada ante un escritorio bajo, con el pincel suspendido sobre un rollo de papel. El cabello le caía en cascada por la espalda, como

una catarata negra y reluciente, y se enroscaba alrededor de ella en el suelo. Había adelgazado y estaba muy pálida. Bajo el maquillaje blanco, su piel parecía transparente. Su alargada y melancólica cara, la aguileña nariz y la pequeña boca, fruncida como un capullo de rosa, parecían la encarnación de la nobleza. La palidez de su piel la hacía parecer aún más regia, como si verdaderamente viviera por encima de las nubes.

Cuando la princesa miró a Sachi, su rostro se iluminó. Le habló en voz baja a Tsuguko.

—Su Alteza se alegra de verte —le dijo Tsuguko a Sachi—. Lamenta saber que no estás encinta, pero te ruega que no sufras por eso. En el futuro tendrás muchas oportunidades de concebir un hijo. Su Majestad le ha asegurado con frecuencia a Su Alteza que te tiene en gran estima. Ahora sois hermanas. Le gustaría que la atendieras con regularidad, como solías hacer antes.

Emocionada y agradecida, llena del amor y la admiración que siempre había sentido por la princesa, Sachi se sentó a su lado. Cogió un abanico y empezó a abanicarla. Al menos esa parte de su vida estaba recuperando la normalidad.

Pero ¿por qué se había alejado de ella la princesa, si siempre había sido su favorita? Sachi esperó hasta que estuvo a solas con Taki en el pasillo, lejos de oídos indiscretos. Entonces, en voz baja, se lo preguntó.

—Si la princesa Kazu fuera una mujer normal y corriente y no Su Alteza Imperial, sospecharía que estaba celosa —replicó Taki con firmeza.

—¡No debes decir eso! —la reprendió Sachi, horrorizada por la insinuación de que la princesa pudiera tener otra cosa que no fueran los más elevados sentimientos.

—Si hubieras concebido un hijo, habrías tenido precedencia sobre ella. Eso te habría dado poder en el palacio. Ahora todas pueden relajarse, al menos hasta que regrese Su Majestad.

—No está bien que especulemos sobre los sentimientos de Su Alteza —dijo Sachi con severidad—. Pero es posible que... —Miró alrededor para comprobar que no las oía nadie—. A lo mejor estaba triste porque no pudo despedirse de Su Majestad. Quizá al verme se acordaba de él.

—¿No crees que a veces debe de cansarse de vivir por encima de las nubes? Quizá sienta deseos de correr y saltar y reír, como haces tú. Quizá al verte se percate de lo aburrida que es su vida. Quizá por eso no quería verte.

Sachi le cogió una delgada mano a Taki y la entrelazó con la suya.

—Es terrible decir eso —dijo componiendo una tierna sonrisa—. Su Alteza no es como nosotras. En fin, intento mejorar mi comportamiento. Ahora soy una mujer adulta. —Pero en el fondo se preguntaba si Taki tendría razón—. Me he fijado —prosiguió en voz baja— en que la Retirada y Honju-in estaban rodeadas de sus damas de honor. No estaban ocultas detrás de biombos.

—Claro que no —repuso Taki, impaciente—. Ellas son grandes damas, pero no pertenecen a la realeza. La princesa, en cambio, sí tiene sangre real. Así es como funcionan las cosas en la corte imperial. Sólo las mujeres de más alto rango pueden presentarse ante ella, o aquellas que gozan de su favor especial, como tú. Yo sé que nunca la veré.

—No me gustaría ser una gran dama como ella —susurró Sachi—. Me alegro de contar con tu ayuda.

Unos días más tarde llegó otra carta de la aldea de Sachi, mucho más larga que la anterior. En ella Otama decía que todos los miembros de la familia estaban bien. «Todos te echamos mucho de menos, pero nos alegra que te hayas convertido en una dama elegante. Gracias por acordarte de nosotros.

»Aquí vivimos tiempos difíciles —añadía—. Se habla de caos en la capital. Los enfrentamientos todavía no han llegado hasta aquí, pero el camino está menos vigilado. Han pasado muchas cosas que no puedo explicarte por carta. ¿Te acuerdas de Genzaburo, el joven hijo de la posada de enfrente? Se había convertido en un apuesto joven. Su padre tenía grandes esperanzas depositadas en él. Pero cuando llegaron las fuerzas rebeldes de Mito, todas esas conversaciones sobre política le hicieron perder la cabeza. Oyó decir que hasta los campesinos podían unirse a la milicia, y le pidió permiso a su padre para ir a defender a su señor. Su padre no se lo dio, y un buen día, Genzaburo desapareció. Al menos fue él quien se marchó, y no su hermano mayor, Ichiro. Al menos Ichiro es un hijo consciente de sus deberes. Se ha quedado aquí para ocuparse de su familia.»

Esas palabras se fundieron en un amasijo. De modo que Genzaburo había ido a luchar. Sachi no se atrevía ni a pensar qué podía haber sido de él. Y todo eso de los enfrentamientos...

Sachi recordaba que, cuando llegó al palacio, había oído un gemido sobrenatural. Era un sonido tan distinto de cualquier sonido humano que pensó que debía de ser el fantasma de alguna concubina que se había consumido hasta morir, vieja y despreciada por todos. Taki le había contado que era una de las damas de honor de la princesa, cuyo hermano había muerto en una batalla en la capital. Después, de vez en cuando, oía llantos, a veces provenientes de las cámaras de la princesa, y a veces flotando por los pasillos desde algún rincón alejado del palacio.

En una ocasión había visto llorar a la princesa detrás de sus biombos. Fue el verano anterior, en el momento de más calor. Habían llegado muchos mensajeros. La princesa, muy trastornada, había ordenado a Tsuguko que le enviara a los mensajeros directamente a ella cuando llegaran, y que llamara a los sacerdotes para que organizaran oraciones y ceremonias para ahuyentar la mala fortuna.

A Sachi le habría gustado tener más información sobre lo que estaba ocurriendo.

A veces, el repique de las campanas de alerta flotaba más allá de los muros del castillo, y Sachi oía gritos y cañonazos, como si rodaran piedras por una ladera. Una vez, después de partir el shogun, había oído aullidos a lo lejos, como si hubiera una manada de lobos rondando cerca de allí. Más tarde, las ancianas le contaron que habían oído decir que había un motín en la ciudad, pero que no había por qué preocuparse porque la situación estaba controlada. El otoño anterior, se habían oído unos fuertes estruendos más allá del foso. Las delgadas paredes del palacio de las mujeres se sacudieron tan violentamente que todas pensaron que había habido un terremoto. Resultó que estaban derribando viga a viga el palacio del señor de Choshu.

¿Cuándo pensaba Su Majestad atacar al señor de Choshu? Y ¿cuándo pensaba regresar? Eso era lo que todo el mundo se preguntaba. Pero pasaban los días y aparentemente no sucedía nada.

## V

Llegó el otoño. Los árboles del palacio se cubrieron de rojo, naranja y amarillo. Todas las mañanas, las doncellas de Sachi le llevaban cinco kimonos de seda de diferentes tonos de granate y verde, y la joven se los ponía uno encima de otro. Las noches eran cada vez más largas. Anochecía tan pronto que las sirvientas tenían que empezar a encender las lámparas a media tarde.

Al menos en la superficie, la vida en el palacio continuaba como siempre. De vez en cuando llegaban cartas del shogun, escritas con su hermosa caligrafía. Estaba en el castillo de Osaka. Las hojas de arce que había en los jardines —le escribía en una carta a Sachi— estaban especialmente bonitas ese año. También le decía, empleando fórmulas convencionales, que la echaba de menos, pero no hablaba de lo que estaba pasando ni mencionaba cuándo pensaba volver a Edo.

Sachi se emocionaba cuando llegaba una carta del shogun, y le alegraba saber que le pertenecía. Hacía todo lo posible por mantener vivos sus recuerdos. Pero la intensidad de sus sentimientos había disminuido. Hasta que el shogun regresara —cuando fuera que regresara—, se concentraría en aprender cuanto pudiera sobre esa

extraña nueva vida que llevaba.

En ciertos aspectos era como vivir en una prisión, aunque opulenta. Ahora que Sachi se había convertido en una gran dama, debía permanecer encerrada en sus habitaciones. Taki se había convertido en su mediadora, como Tsuguko lo era de la princesa. A veces jugaba a emparejar conchas o cartas con sus criadas. De vez en cuando, las damas de honor la invitaban a la ceremonia del té o a sesiones de interpretación de las cenizas de incienso. Y muchas veces iba a sentarse con la princesa, que la ayudaba con sus composiciones poéticas.

Los cambios de estación se celebraban con fiestas. Pero el séptimo mes, cuando las mujeres del palacio celebraron la Fiesta de los Difuntos, Sachi descubrió que era demasiado importante para participar en los bailes. Tuvo que quedarse sentada con recato, mirando desde detrás de su abanico, mientras las damas de rango inferior y las sirvientas correteaban por las verandas y por los jardines del palacio con sus kimonos de verano, agitando sus abanicos y dando palmadas al compás de las flautas y los tambores. Ése era el precio que tenía que pagar por haber ascendido a semejantes alturas.

Pese a todo, Sachi se conformaba. La única persona que habría podido alterar su paz era Fuyu, pero desde su combate en la sala de entrenamiento, Sachi había hecho todo lo posible por evitarla. A veces coincidían en las clases de música o de baile, o en una clase de ceremonia del té o del incienso; pero cuando eso sucedía, Sachi siempre agachaba la cabeza, con escrupulosa cortesía, y seguía su camino. Nunca iba a las clases de alabarda a la misma hora que Fuyu. Y nunca veía a la Retirada.

Era temprano. Se oyeron pasos por el pasillo que conducía a las habitaciones que Sachi compartía con Tsuguko. La puerta se abrió de golpe y por ella asomó la delgada cara de Taki.

—¡Hoy vamos a buscar setas! —anunció la joven con su aguda vocecilla, radiante de alegría.

A Sachi le encantaba ir a buscar setas. Esperó, impaciente, a que las doncellas acabaran de peinarle y perfumarle el cabello. Luego la maquillaron y la envolvieron en kimonos, colocando las múltiples capas de modo que los diferentes colores se vieran en el cuello y en los puños. Encima le pusieron una gruesa chaqueta acolchada, con hojas de otoño rojas y doradas bordadas en el bajo. Envuelta en tantas capas de ropa, Sachi parecía una enorme flor de múltiples pétalos.

Taki la precedió al exterior. Provistas de sendos cestos de bambú, las dos jóvenes despistaron a las otras criadas de Sachi y, riendo, echaron a correr. La parte ornamentada de los jardines era el lugar perfecto para jugar al escondite. Olvidando por completo que era una gran dama, Sachi se agachó detrás de una gran roca recubierta de musgo y líquen y esperó a que Taki la encontrara. Se deslizaron por los senderos que serpenteaban entre rocas, estanques, puentes y pabellones, haciendo



crujir las hojas rojas, marrones y doradas de los arces.

Taki, que había crecido entre los hermosos jardines de Kioto, le había enseñado a Sachi los nombres de todas las rocas, estanques, puentes y pabellones y lo que representaban.

—Éste es el Puente de los Ocho Giros —dijo con solemnidad cuando subían por un puente curvado, tendido sobre un riachuelo bordeado con guijarros blancos.

Sus negros ojos destellaban, y su pálido y poco agraciado rostro se había sonrosado. Su grueso cabello colgaba hasta el suelo recogido en una larga cola de caballo negra, atado aquí y allá con cintas. Se había arremangado el kimono, y una pierna blanca y delgada asomaba de forma poco decorosa.

—No, no lo es —rió Sachi—. Es el Puente de la Media Luna. Y eso de ahí es el Estanque del Loto —dijo señalando el lago de aguas verdosas que tenían delante, donde unas tortugas se apiñaban en las rocas y donde estaban amarradas unas barcas rojas lacadas.

Sachi vio su reflejo en el agua: una dama de la corte con voluminosos ropajes y con el cabello pulcramente recogido. Enmarcada por el reluciente cabello estaba la misma cara ovalada que la miraba desde el espejo de su madre en la aldea. Vio sus ojos, rasgados e inclinados hacia arriba, de un verde reluciente. Vio también sus pequeños labios y su curvada nariz. Le sorprendió verse allí; fue como si hubiera visto un fantasma.

—No, es el Lago Oeste, como el Lago Oeste de China —gritó Taki—. Ése es el paso elevado de piedra, ésas son las rocas de la Tortuga y de la Grulla y eso es la Cascada del Hilo Blanco.

Pasearon alrededor del lago, bordearon el Pabellón de la Luna y se sentaron en la veranda de la caseta de Lapislázuli, balanceando las piernas bajo lasacampanadas faldas de sus túnicas. Luego cruzaron un puente hasta otra parte de los jardines, donde las grandes rocas y los plateados arroyos les hicieron imaginar que paseaban entre altas cumbres, vertiginosos desfiladeros y oscuros barrancos de roca.

—¿Y esto? —preguntó Taki mirando de reojo a Sachi.

—Kiso... —contestó Sachi con un hilo de voz, un poco temblorosa en la fría mañana de otoño.

Era asombroso lo mucho que le recordaba a su hogar.

Otras mujeres correteaban por los jardines con sus zuecos de exterior, provistas de cestos de bambú y escudriñando el suelo. De niña, Sachi había disfrutado mucho, todos los otoños, buscando setas en las montañas que rodeaban su aldea. En aquel jardín, sin embargo, las setas asomaban entre las hojas de pino que cubrían el suelo. Era evidente que esas setas las habían puesto allí con mucho cuidado para que las encontraran las mujeres; era imposible que crecieran espontáneamente.

—No veo ninguna —dijo Taki, que empezaba a aburrirse.

—Aquí hay algunas —repuso Sachi cogiendo un par de setas y metiéndolas en su cesto.

Lo importante no era encontrar muchas, sino dejar muchas para que las encontraran las otras mujeres.

Entonces llegó Haru, envuelta en tantas capas de ropa que parecía una gran bola de masa de albóndiga. Tenía las mejillas aún más sonrosadas de lo habitual a causa del frío, y los párpados muy apretados. Puso el enorme matsutaké marrón, de sombrerete plano, que tenía en la mano hacia arriba, de modo que sobresaliera el grueso tallo.

—Mirad lo que he encontrado —dijo, y miró en el cesto de Sachi, vacío—. Tendrás que esmerarte más. —Se tapó la boca y rió—. ¿Nunca has oído el poema sobre la novia que no sabía acariciar el tallo de una seta? Esto es lo más cerca que estaremos nosotras de ser una novia. ¡Todas menos tú, por supuesto, mi querida Señora de la Alcoba Contigua! ¡Tú sí podrías hablarnos de tallos de seta!

Sachi y Taki se miraron. Todos los años, Haru hacía la misma broma, pero ese año Sachi la entendió por primera vez. Las niñas, muy turbadas, se taparon la cara con las manos y rieron.

Entonces Sachi oyó un crujir de hojas de pino. Se acercaba alguien entre los árboles. Una joven con el atuendo de las doncellas de rango inferior iba tambaleándose hacia ellas, cabizbaja y mordiéndose el labio. Su hermoso rostro, en el que destacaba una nariz respingona, estaba pálido y demacrado, y tenía los ojos hinchados. Se le había corrido el maquillaje, y llevaba el pelo recogido de cualquier manera. También los kimonos los llevaba desarreglados. Y lo más raro de todo era que iba sola.

Era Fuyu.

Sachi miró rápidamente alrededor, preguntándose cómo podían escapar. Pero Fuyu ya las había alcanzado. Bajó brevemente la mirada y luego la dirigió hacia Sachi, como si un insólito arrebató de timidez se hubiera apoderado de ella.

—Eres tú —dijo con voz apagada.

Sachi no soportaba mirarla. No había olvidado el salvaje ataque de Fuyu en la sala de entrenamiento, ni el golpe que le había dado con la sandalia.

—Has tenido suerte, campesina —dijo Fuyu atropelladamente—. Tu estrella ha ascendido y la mía ha descendido. Debe de haber algún destino que nos une.

Sachi frunció el entrecejo. ¿Era un juego? ¿Estaba burlándose Fuyu de ella? No sabía qué contestar. Taki la había agarrado por la manga y tiraba de ella.

—Ya sé que me odias, pero necesitaba verte —balbuceó Fuyu frotándose los ojos con la manga—. Ahora entiendo cosas que antes no comprendía. No importa lo que te cuenten de mí. Es una lástima que no hayamos podido hablar.

Por un instante miró a Sachi con fijeza, y ésta vio en sus ojos un atisbo del mismo

miedo que veía a veces en los ojos de la princesa, que parecían los de un ciervo atrapado en una trampa. Entonces Fuyu se dio la vuelta y se alejó corriendo, como si no supiera dónde estaba.

Taki y Sachi se miraron y rieron con nerviosismo. Era una risa de perplejidad, no de diversión. De pronto el día parecía haberse vuelto más frío y más oscuro.

Un par de días más tarde, Taki irrumpió en la habitación donde cosía Sachi.

—¿Lo has oído? —preguntó respirando entrecortadamente.

—Claro que no —respondió Sachi fingiendo enfado—. Últimamente no oigo nada a menos que tú me lo cuentes.

—Vamos a dar un paseo —propuso Taki.

Se pusieron otro kimono encima del que llevaban y salieron a los jardines. Era una fría mañana de otoño y el sol proyectaba una pálida luz sobre las rocas, los estanques y los pinos. Las dos jóvenes se dirigieron al Pabellón de Lapislázuli, lo más lejos posible de oídos curiosos, y se apiñaron en un rincón resguardado de la veranda.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Sachi, sonriente y expectante.

—Se trata de Fuyu —dijo Taki—. Se ha escapado. En el palacio no se habla de otra cosa.

Sachi estuvo a punto de reír de alivio. ¿Sería cierto? ¿De verdad había huido su rival? ¿Podría pasear por los jardines e ir a las clases de alabarda sin miedo de encontrársela? Sin embargo, en cierto modo la noticia no la había sorprendido. La última vez que había visto a Fuyu, ésta parecía casi un fantasma, como si ya no perteneciera al mundo de los vivos.

—Fue ayer, cuando Onkyo-in fue a rezar a las tumbas de los shogunes —explicó Taki—. Fuyu iba en su séquito. Cuando llegó la hora de volver, se percataron de que faltaba Fuyu. Al final tuvieron que regresar al palacio sin ella.

—¿Onkyo-in...?

—Todo el mundo la llama Shiga. Era la concubina del difunto señor Iesada, ya sabes, el hijo de Honju-in, el que... Se llamaba Shiga antes de tomar los hábitos.

Sachi aspiró entre los dientes y se ciñó el acolchado kimono. El viento agitó las delgadas paredes de la caseta. Una garza real, asustada, se alzó del extremo opuesto del estanque y se alejó volando, lanzando destellos con sus blancas alas. Sachi ya había oído hablar de Shiga, pero no recordaba por qué ni qué había hecho. Sin embargo, tenía la impresión de que, fuera lo que fuese, no era nada bueno.

—Quizá Fuyu se perdiera —dijo despacio—. Estuvo muy rara el otro día. En la ciudad hay muchos peligros. Quizá la secuestraran.

—Le dijo a Yano, una de las doncellas de la Retirada, que iba a intentar escapar. A veces recibía cartas escritas por un hombre. Cuando te eligieron a ti en lugar de a ella para ser la nueva Señora de la Alcoba Contigua, se trastornó un poco. Algunas

doncellas dicen que es posible que hubiera quedado embarazada.

—¡No!

—Salía a menudo del castillo con Onkyo-in. Si deseas mucho algo y no te importan las consecuencias, siempre encuentras oportunidades. Quizá ella pensara así. Quizá entrara alguien en el castillo en uno de esos grandes baúles. No sería la primera vez que pasa.

—Y ¿la están buscando?

—Seguramente se marchará a su casa. O la policía del palacio la encontrará y la llevará a su casa. No me extrañaría que dentro de poco oyéramos que de pronto había enfermado y había muerto. Eso fue lo que pasó con una dama de honor que huyó hace unos años.

Sachi dio un grito ahogado. Confiaba en no tener la culpa de lo ocurrido. Lo había deseado tanto que quizá había hecho que pasara. Pero ella sólo había deseado que Fuyu se marchara; nunca había deseado su muerte. Ni siquiera Fuyu merecía ese destino.

—¿No la traerán? —preguntó, anonadada.

Taki negó con la cabeza.

—Siempre me olvido de que no eres una samurái. Claro que no la traerán. Las mujeres no pueden hacer lo que se les antoje. Las samurái lo sabemos. Y Fuyu pertenece al palacio del shogun, igual que nosotras. Toda su familia tendrá graves problemas. Su padre tendrá que encargarse de ella inmediatamente.

Sachi asintió con la cabeza. Ya recordaba por qué había oído hablar de Shiga. Haru la había mencionado cuando le había contado la historia del cadáver hallado en el palanquín. Shiga había sido amante de Hitsu, y quizá había sido ella quien la había traicionado o incluso matado.

La desaparición de Fuyu debería haberla aliviado. Significaba que Sachi podía pasear a su antojo sin tropezar con ella y sin pensar más en ella. Pero la verdad era que Sachi pensaba más que nunca en Fuyu. Su desaparición estaba rodeada de un inquietante misterio, como la historia que Haru le había contado sobre Shiga y Hitsu.

Sachi empezaba a comprender que había algo que no iba bien. Todo el mundo parecía saber algo que ella ignoraba, pero nadie le contaba nada. Por lo visto creían que Sachi no era más que una niña y que no lo entendería. ¿O intentaban ocultarle algo? Oyó pasos en el pasillo: no era un lento y digno deslizar, sino pasos que corrían de un lado para otro, asustados. Entonces se oyeron voces; pero al darse cuenta de que Sachi estaba allí, se callaron. Era como si hubiera perdido de repente la inocencia de la infancia. De pronto percibía el destello de miedo de todas las miradas. Quizá estuviera siempre allí, pero ella no lo había visto hasta entonces.

Llegó la noticia de que el shogun por fin estaba concentrando sus tropas y

preparándose para marchar sobre Choshu. Un día, Tsuguko abrió bruscamente la puerta de las habitaciones de Sachi. Ésta nunca la había visto tan agitada.

—Su Alteza requiere urgentemente tu presencia —dijo respirando con dificultad—. No es necesario que lleves a tus sirvientas. Dile sólo a tu dama de honor que te acompañe.

Guió a Sachi y a Taki por los pasillos; caminaba tan deprisa que las jóvenes casi tenían que correr para alcanzarla. Llegaron a la sala de audiencias privada de la princesa. Ésta ocupaba su lugar habitual en la tarima, con los biombos delante. Normalmente, sus damas de honor la habrían acompañado, pero ese día la gran cámara estaba vacía.

Tsuguko indicó a Sachi un sitio oscuro, en la parte trasera de la tarima, donde no podrían verle la cara.

—No es necesario que hables —le dijo—, pero la princesa quiere que estés presente.

Sachi todavía se estaba poniendo bien los faldones de la túnica cuando se abrieron las puertas que había al fondo de la cámara. Había allí dos hombres esperando, arrodillados. Llevaban el traje de ceremonia, con varias capas de kimonos negros y unos hakama, los amplios pantalones plisados. No llevaban espadas. Se inclinaron ambos a la vez y se deslizaron hacia delante hasta llegar junto a la tarima. Cada uno dejó un pequeño abanico en el suelo; luego volvieron a postrarse y permanecieron arrodillados con la frente apoyada en las manos.

Sachi, estupefacta, contemplaba las brillantes calvas y los moños untados con pomada de los samuráis. Con excepción de Su Majestad, aquéllos eran los primeros hombres que veía desde que llegara al palacio de las mujeres. Hasta su olor —el olor de sus cuerpos, de su perfume, de su pomada— le resultaba extraño.

—Su Alteza Imperial ha decidido que la honorable Señora de la Alcoba Contigua asista a esta reunión —anunció Tsuguko.

Tras una respetuosa pausa, uno de los hombres levantó la cabeza y habló, manteniendo los ojos fijos en el suelo.

—Tadamasa Oguri, señor de Bungo, magistrado de la ciudad, comisario del tesoro y comisario del ejército y de la armada, a vuestro servicio —dijo con una voz débil pero tersa—. Me alegro de que Su Alteza Imperial goce de buena salud. Os ruego clemencia por haber irrumpido de esta forma tan indecorosa en vuestras dependencias privadas. Os ruego también que me perdonéis por presentarme ante vos sin mis criados. Como Su Alteza ya sabe, he venido en secreto.

Volvió a inclinar la cabeza.

Al principio Sachi también mantenía la mirada fija en el suelo en actitud de modestia. Pero entonces, al recordar que aquellos hombres no podían verle la cara, los miró con curiosidad.

El que estaba hablando tenía la piel del color del papel de vitela y los fruncidos labios y la refinada expresión de un cortesano. Las manos que tenía apoyadas en el tatami eran pequeñas y suaves como las manos de una mujer, y llevaba las uñas muy bien cortadas. Le recordó al sacerdote de su aldea, un individuo pálido y erudito que pasaba los días en las oscuras profundidades del templo, inclinado sobre los sutras, leyendo, escribiendo y recitando.

El otro individuo tenía unos hombros anchos y musculosos y unas enormes muñecas. Tenía la cabeza bronceada y curtida. Cuando levantó la cabeza, Sachi le vio la cara, morena, picada de viruelas, con la mandíbula cuadrada y con una boca torcida en una extraña mueca. El otro parecía un zorro, y ése, un halcón.

—Tadanaka Mizuno, gobernador de Tosa, señor del castillo de Shingu e hijo de Tadahira Mizuno, chambelán de la casa de Kii. Es para mí un honor ofreceros mis servicios, Alteza —gruñó—. Como Su Alteza ya sabe, mi familia ha tenido el privilegio de servir a Su Majestad y a sus antepasados durante muchas generaciones.

Pegó la cara al suelo.

El otro individuo volvió a tomar la palabra. Sachi intentó concentrarse en lo que decía, pero no tardó en desistir. Cuando llegó al palacio, había aprendido el ceceante dialecto de Kioto que hablaban la princesa y sus damas, y el habla de Edo, más llana, que empleaban la Retirada y las otras damas. Pero éstos eran los idiomas de las mujeres. Sachi nunca había conocido a ningún samurái, y tampoco les había oído hablar. El habla de aquel individuo estaba llena de sonidos ásperos y guturales, y era tremendamente enrevesada, adornada con complicadas locuciones y fórmulas.

El otro hombre miraba al suelo, y su moño cabeceaba cada vez que asentía ligeramente con la cabeza. Parecía que tuviera un tic nervioso. De vez en cuando, llevaba el brazo derecho hacia atrás como si fuera a desenvainar una espada imaginaria, y luego lo dejaba otra vez en el suelo.

Entonces la princesa le susurró algo a Tsuguko. Ésta se acercó hasta el borde del biombo y se dirigió a los dos hombres.

—¿Cuánto tiempo lleva enfermo? —preguntó con la voz atezada por el miedo.

Sachi dio un respingo. De pronto prestó mucha atención.

Oguri se acercó más al biombo y se inclinó hacia delante.

—Señora —dijo con tono confidencial—, estamos muy preocupados.

—¿Está recibiendo la atención adecuada?

Era la voz de la princesa, un suave y aflautado gorjeo parecido al canto de un pájaro. Al oírla, todos los que estaban presentes en la sala se postraron precipitadamente.

—Alteza, he venido porque quería asegurarme de que oíais la verdad antes de que llegaran rumores. No prestéis atención a lo que os digan otros. Los médicos más eminentes, tanto especialistas en medicina occidental como en medicina china, lo

atienden día y noche. Rezamos por su recuperación. Pero se trata de una enfermedad grave. Tiene calambres en el estómago, y una grave hinchazón en las piernas y en las ingles. Vomita con frecuencia. Le cuesta mucho orinar. Le han dado zarzaparrilla hervida y le han hecho baños de vapor. También...

Sachi se tapó las orejas con ambas manos. No soportaba oír ni una palabra más. No podía ser cierto.

—Dime, Oguri —dijo la princesa con voz temblorosa—. Esa enfermedad... ¿es natural?

Oguri aspiró entre los dientes. El silbido resonó en la silenciosa estancia. Mizuno dio una sacudida con el brazo derecho.

—Veréis... —empezó Oguri.

—Entiendo. Entonces no hay esperanzas. Debemos... Debemos.»

Detrás de los biombos, la princesa se había inclinado hacia delante, tapándose la cara con ambas manos. Las lágrimas resbalaban entre sus dedos, formando una mancha de humedad en el tatami.

Tsuguko terminó la frase de la princesa:

—Debemos rezar y hacer ofrendas.

Al día siguiente, la noticia se había extendido por todo el palacio, y todo el mundo rezaba por la rápida recuperación del shogun. Había velas encendidas ante todos los altares, y las nubes de incienso ascendían en espiral hacia el cielo. Los sacerdotes recitaban sutras y hacían sonar campanas ante los altares, abarrotados de ofrendas. Los mensajeros iban al galope a las filiales del santuario de Kurume Suitengu y del santuario Kompira Daigongen, los santuarios de los dos grandes dioses de la curación, para encargar oraciones y comprar amuletos que luego enviaban a toda prisa a Osaka. Las mujeres murmuraban plegarias mientras realizaban sus tareas. Las caras que se veían por los pasillos estaban hinchadas de tanto llorar.

Sachi pasaba las horas en su habitación, con la labor en el regazo, intentando concentrarse. A cada momento enviaba a Taki a ver si había noticias. El shogun ya debía de estar recuperándose. Pensaba en el atractivo y fuerte joven con quien había yacido. Imaginaba su nacarada piel, su traviesa sonrisa, sus brillantes ojos. Era inconcebible que no fuera a librarse pronto del mal que lo afligía.

Sachi hacía todo lo posible para no pensar en lo que había oído en la cámara de la princesa, pero no era fácil olvidarlo. ¿Que su enfermedad no era natural? Sachi había oído muchos rumores de lo que les había pasado a anteriores shogunes, y esa idea le producía un miedo insoportable. Ni siquiera se atrevía a pensar que pudiera pasarle algo malo a Su Majestad. Temía que si lo pensaba pudiera sucederle. Se decía una y otra vez que el shogun pronto se recuperaría.

Pasaban los días, y el shogun no mejoraba. Sachi le rezó al buda Amida, suplicándole que no se llevara a Su Majestad al Paraíso Occidental y que lo dejara con ella. Ofreció tres años de su vida a cambio de que él pudiera gozar de tres años de vida más. Rezó a los dioses de los árboles y las montañas que la habían vigilado a ella cuando vivía en la aldea. Envolvió el amuleto que le había regalado el shogun con papel bendecido por un sacerdote y se deshizo de él, con la esperanza de alejar la mala suerte del shogun.

La princesa la llamaba a menudo. Sachi nunca la había visto tan angustiada.

—Si al menos me hubiera despedido de él —susurraba una y otra vez retorciéndose las manos.

Hasta que un día llegó una carta escrita con una caligrafía desconocida. La firma tenía unos trazos tan temblorosos que resultaba casi imposible descifrarla. Parecía escrita por una persona muy anciana. Sachi sintió un escalofrío, como si le pasaran un dedo helado por la espalda, al reconocer la caligrafía de Su Majestad.

«Por lo visto, el señor Amida me llama —había escrito el shogun—. No volveré a verte. Te recuerdo con mucho cariño. Eres joven e inocente. Tienes toda la vida por delante. No llores por mí. La vida es dura. Aprende a ser fuerte y resistente como el bambú, que se dobla pero no se rompe, por muy fuerte que sople el viento. Reza para que volvamos a encontrarnos en el Paraíso Occidental.»

Sachi intentó captar el significado de las palabras del shogun. Pensó en el delicado y distinguido joven que había conocido, revivió cada momento que habían pasado juntos. Quería gritar que no pensaba aceptarlo, que no podía ser cierto, que no podía soportarlo. Entonces, poco a poco, recibió todo el impacto de la carta. Salió corriendo a los jardines, donde nadie podría verla ni oírla, y lloró y se lamentó de aquella injusticia. Eran ambos muy jóvenes. ¿Qué iba a ser de ella sin el shogun? ¿Qué iba a ser de todos? Sin él, estaban perdidos. Sachi se sentía al borde de un abismo, aferrándose con todas sus fuerzas. No se atrevía a mirar hacia abajo, porque si lo hacía se precipitaría eternamente.

Más tarde, ese mismo día, llegó Haru, como siempre, con un poema para que Sachi lo copiara.

—Ya tengo un poema —dijo, y lo leyó en voz alta:

*Yugure wa / A la hora del ocaso*

*Kumo no hatate ni / las nubes se alinean como estandartes.*

*Mono zo omou / Y pienso:*

*Amatsu sora naru / esto es lo que significa amar*

*Hito wo kou to te / a uno que vive más allá de mi mundo.*

—¿Te acuerdas? —preguntó—. Me dijiste que «uno que vive más allá de mi



mundo» significa «uno que tiene un rango muy superior». Pero quizá signifique «uno que no vive en este mundo».

Arrodillada ante su mesita, Sachi copió el poema, procurando que sus pinceladas resultaran tan elocuentes que la próxima vez que escribiera a Su Majestad, él quedara seducido por la pasión y la madurez de su caligrafía.

Entonces se oyeron unos pasitos por el pasillo. Era Taki. Anunció, casi sin aliento, que habían llegado dos palanquines de mujeres a la entrada. De ellos se habían apeado Oguri y Mizuno, y habían entrado a escondidas en el castillo con una misión secreta. Sachi debía presentarse de inmediato ante la princesa.

Sachi cerró los ojos y se quedó muy quieta. Notaba que se le venía encima un maremoto.

Limpió con cuidado la moleta y lavó los pinceles. Guardó la barra de tinta en su caja y puso unos sujetapapeles sobre la hoja para que la tinta se secase. Un único pensamiento batía contra los bordes de su mente.

—Claro —dijo—. Voy ahora mismo. Gracias por avisarme.

No hacía falta que lo preguntara, porque ya lo sabía. El shogun había muerto.

## 4. LA HUIDA

### I

Sachi arrastraba los pies por el sendero de tierra, con la lánguida mirada clavada en los pequeños zuecos de madera que asomaban, primero uno y luego otro, debajo de las faldas de sus gruesos kimonos de invierno. Los árboles, sin hojas, suspiraban azotados por un viento helado, y las nudosas ramas oscilaban como esqueléticos brazos, destacadas contra el frío azul del cielo.

Taki correteaba detrás de ella, y la acolchada orilla de su gruesa túnica exterior levantaba las hojas secas del suelo. Llegaron al Puente de la Media Luna y subieron a él. El agua del Estanque del Loto estaba turbia. La lustrosa laca roja de las barcas de recreo había perdido el color y el brillo.

—Mira esas tortugas —dijo Taki alegremente, señalando una roca donde había tres o cuatro tortugas del mismo color que la piedra, inmóviles—. ¡Pobrecillas! Dentro de poco el lago se helará por completo.

Sachi levantó la cabeza e intentó sonreír. Le habría gustado detener el torbellino de ideas y recuerdos que invadía su mente. Las lágrimas se desbordaron de sus ojos y resbalaron por sus mejillas. Desde la muerte del shogun, no había pasado nada bueno. Era como si hubiera caído una maldición sobre el palacio. Los jardineros todavía cuidaban los jardines, las doncellas de rango inferior cocinaban, barrían y quitaban el polvo; las damas de honor se peinaban, se maquillaban, cosían y practicaban con la alabarda. Pero ya no había ilusión. El shogun había sido el corazón y el alma del palacio. Sin él, parecía una cáscara seca, una crisálida abandonada después de que la mariposa se ha marchado volando. Ya no había alegría. Nadie tenía ganas de representar obras de teatro ni de organizar bailes ni juegos de máscaras ahora que él no podía verlos.

Las mujeres habían empezado a presentar excusas; decían que tenían un familiar enfermo, se marchaban del palacio y no regresaban.

Había transcurrido más de un año desde la muerte del shogun. Sachi tenía

diecisiete años, era más alta y más esbelta, aunque cuando se miraba en el espejo todavía veía la cara redondeada y de suaves facciones de una niña. Tenía la piel más blanca que nunca, blanca como una flor de cerezo de las montañas, blanca como la luna, más blanca incluso que la de las orgullosas aristócratas que la rodeaban. Su pequeña nariz describía una delicada curva, y sus labios eran rojos y carnosos. Sus ojos todavía eran de color verde oscuro, como los bosques de pinos de Kiso, pero había tristeza en ellos. A veces, cuando se miraba en el espejo, le parecía ver reflejada a la princesa tal como la vio por primera vez, en la posada.

El reluciente y negro cabello de Sachi, como el de la princesa, ya no caía en cascada hasta el suelo, sino que le llegaba sólo hasta los hombros. Ambas habían tomado los hábitos, como hacían las viudas de los grandes señores. Sachi había adoptado un nombre budista: era la Retirada Shoko-in. Pero ¿cómo podía ser una Retirada, si apenas había empezado a vivir?

No había momento del día en que Sachi no pensara en el shogun. A veces veía su rostro con tanta claridad que parecía que estuviera allí. Imaginaba su sonrisa, la suave piel de sus manos, su liso y blanco torso, y sentía el calor de su cuerpo. Entonces recordaba que estaba muerto, y la sacudía un fuerte sollozo. Cuando salía de sus habitaciones, se cubría la cabeza con una casulla. Llevaba ropa sencilla y, al menos en teoría, pasaba el día rezando. Su mundo se había reducido tanto que ya no quedaba casi nada.

Cuando cerraba los ojos e intentaba dormir, veía la cara embalsamada del shogun tal como la había visto en la capilla ardiente: pintada de blanco, con las cejas perfiladas y las mejillas y los labios teñidos de rojo. Parecía tan pequeño y encogido; no se parecía en nada al joven noble que ella recordaba. Sachi reconstruía una y otra vez ese día en la gran sala, arrodillada junto a su féretro y rodeada de cientos de damas de honor, todas vestidas de blanco. Oía el murmullo de los sacerdotes recitando oraciones y olía el incienso y el aroma de miles de crisantemos blancos. El shogun era tan joven... ¡Qué forma de morir!

—¿Por qué, Taki? ¿Por qué? —se lamentaba.

—Si te hubieras educado entre samuráis sabrías que no te corresponde hacer preguntas —respondió Taki cogiéndola por el brazo y apretándoselo—. Tienes que aguantar, eso es todo.

Oyeron pasos a lo lejos: el taconear de unos zuecos de madera acercándose por el sendero. Percibieron un olorcillo almizclado y se volvieron. Tsuguko caminaba deprisa hacia ellas. Llevaba el entrecano cabello recogido en una larga cola que oscilaba a su espalda. Las dos jóvenes bajaron con premura del puente para reunirse con ella.

—Te estaba buscando —dijo Tsuguko.

Sachi comprendió, por la agitación con que sujetaba su abanico, que había

ocurrido algo terrible. Fuera cual fuese la noticia, sin duda debía de ser sumamente urgente para que una gran dama como ella fuera corriendo por los jardines.

—Su Majestad el shogun... —dijo Tsuguko.

Se detuvo un momento, como si no pudiera articular las palabras, y arrugó la frente.

Su Majestad el shogun... No el señor Iemochi, por supuesto; no el joven shogun cuya muerte tanto habían llorado, sino el nuevo shogun, el señor Yoshinobu, primo del difunto shogun. Con sólo pensar en él, Sachi notaba como si unos dedos helados se cerraran alrededor de su corazón. Ella, como todas las mujeres del palacio, tenía serias sospechas sobre el señor Yoshinobu. Nunca lo había visto; de hecho no lo había visto nadie, porque él nunca había visitado siquiera el palacio. Tenía su residencia en Osaka desde mucho antes de morir Iemochi. Como príncipe regente, había gobernado con eficacia el país durante el reinado del señor Iemochi, porque Su Majestad era muy joven. Y había tomado las riendas del poder por completo tras la muerte de Su Majestad: ahora era el jefe de la casa de Tokugawa y, por lo tanto, el shogun. No había habido ningún otro candidato. El señor Iemochi no había tenido heredero. Sachi todavía sentía una punzada de dolor cada vez que lo pensaba. Si ella no hubiera fracasado en eso, si le hubiera dado un heredero, ¿quién sabía qué podía haber pasado?

Sachi contemplaba el frío rostro de Tsuguko. Las ráfagas de viento agitaban las mangas de los kimonos de las mujeres, expandiendo su perfume, y le alborotaban el corto cabello a Sachi. Las nubes cruzaban raudas el firmamento, y unas hojas amarillas caían revoloteando.

—El señor Yoshinobu... —dijo Tsuguko— ha abdicado. Ya no hay shogun.

Sachi y Taki la miraron perplejas, con los ojos como platos, intentando asimilar la gravedad de lo que Tsuguko acababa de decir.

—Pero... Pero... ¡Si acababa de convertirse en shogun! —balbuceó Sachi.

Jamás había dicho ni una sola palabra de lo que había oído en la cámara de la princesa: los detalles de la enfermedad del shogun, su espantosa muerte. Aun así, todas las mujeres daban por hecho que lo habían envenenado. Lo más probable era que hubieran puesto veneno en su pincel de escribir, porque todo el mundo conocía la costumbre del shogun de lamer la punta cuando escribía. Según los informes oficiales, Su Majestad había muerto de un infarto tras sufrir beriberi. Las mujeres no se lo creían. ¡Beriberi! El anterior shogun también había muerto de beriberi, igual que el anterior. Pero nadie daba crédito a esa versión. Además, era demasiado evidente quién podía beneficiarse de su muerte. Pero eso significaría...

—¿Insinuáis que aceptó el título... para luego abdicar? Pero... Pero... ¿por qué?

—La casa de Tokugawa lleva catorce generaciones gobernando este país, y siempre le ha procurado paz y prosperidad —dijo Tsuguko con voz comedida. Lo

único que delataba su indignación era la aspereza de su voz—. Ahora el señor Yoshinobu va a echarlo todo a perder. Piensa devolverle el poder al emperador.

Además de un nuevo shogun, también había un nuevo emperador. El anterior emperador había muerto repentinamente a principios de ese año. Sachi miró con temor a Tsuguko, y luego a Taki. Ella no sabía nada del emperador, salvo que era el hermano de la princesa Kazu. Tsuguko y Taki eran de Kioto, donde el emperador tenía su corte. Se habían trasladado a Edo con la princesa, y habían llorado y llevado luto durante meses después de su muerte.

El emperador: Tenno-sama, el Hijo del Cielo. Sachi se había enterado de que existía un emperador cuando llegó al palacio de las mujeres. El emperador vivía recluido en su palacio de Kioto y nunca salía de allí. Decían que era sagrado y puro, un ser divino que tenía una conexión especial con los dioses y que realizaba rituales para asegurar que las cosechas fueran ricas y que el género humano prosperara.

El nuevo emperador, su hijo, sólo tenía quince años. Parecía improbable que a alguien tan joven pudiera interesarle ostentar el poder.

Tsuguko dejó caer los hombros, como si todo el peso del mundo se hubiera desplomado sobre ellos.

—Aquí, en el palacio, llevamos una vida maravillosa —dijo dando un suspiro—, lejos del mundo exterior. Pero hasta tú, pese a lo joven que eres, sabrás pronto la verdad. Desde hace años hay terribles batallas en Kioto, prácticamente desde que la princesa se marchó de allí. En Kioto todo el mundo teme por su vida. Nadie sabe qué pasará. Todos los días hay escaramuzas, asesinatos, atentados, a veces batallas campales. Ha ardidado gran parte de la ciudad, y hasta han atacado el palacio imperial.

—Han sido los ronin —dijo Taki con el ceño fruncido—. Los ronin del sur.

Sachi dio un grito ahogado. Ronin. Sabía quiénes eran: samuráis sin amo, hombres que llevaban las dos espadas, pero que habían abandonado su clan y no le rendían cuentas a nadie. No tenían señor al que dar explicaciones, ni nadie que se responsabilizara de sus actos. Eran hombres sin nombre, sin cara, salvajes que actuaban fuera de la ley, conscientes de que con sus actos no podían perjudicar a su clan. Lejos de formar un ejército organizado, cometían actos de violencia a diestro y siniestro, violando, saqueando y asesinando. Empuñaban sus dos espadas sin reserva. Para ellos, el único límite era la muerte.

—Su Majestad me habló de... de los rebeldes de Choshu —susurró Sachi—. Dijo que iba a sofocar su levantamiento.

Tsuguko asintió con la cabeza.

—Es cierto —afirmó—. El origen de todos los problemas que hay en Kioto está en los clanes de los dominios del sur: Choshu, Satsuma, Tosa y los otros grandes dominios del sudoeste. Sus señores se han levantado contra los Tokugawa e intentan arrebatárles el poder. Los señores del norte son leales e intentan contenerlos y

mantener la paz, pero los del sur son ricos y poderosos, y los bárbaros ingleses los han armado.

—Pero ¿por qué quiere el shogun, el señor Yoshinobu, entregarle el poder al emperador? —preguntó Sachi.

—Los señores del sur tienen pensadores muy listos que han extendido la idea de que el shogun recibe su poder del emperador, y de que generaciones atrás el emperador delegó en el shogun para que gobernara como representante suyo —explicó Tsuguko.

—Pues yo me crié en Kioto y nunca oí decir nada parecido —masculló Taki.

—Dicen que ya ha llegado el momento de que el shogun devuelva ese poder —prosiguió Tsuguko con aspereza—. Eso no es más que un pretexto, por supuesto. El anterior emperador, el hermano de Su Alteza, no quería saber nada de esas exigencias. Quizá fuera por ese motivo por lo que... En fin, el caso es que murió. Su hijo es muy joven y fácil de manipular. Es un títere. De lo que se trata es de saber quién va a mover los hilos. En la corte del emperador hay hombres poderosos que están aliados con los señores del sur.

»Pero el señor Yoshinobu también es muy inteligente. Ha entrado en un complicado juego. Y aunque ha abdicado como shogun, sigue siendo el jefe de la casa de Tokugawa. Eso nada puede cambiarlo. Los clanes del norte apoyan incondicionalmente a los Tokugawa y pelearán hasta la muerte por ellos. Y todo el mundo sigue venerando al señor Yoshinobu, haga lo que haga. Lo que importa es lo que representa, no lo que es.

»Lo más alarmante es que el enemigo se acerca. Incluso aquí, en Edo, hay bandas de ronin del sur. Recorren la ciudad haciendo estragos en nuestras calles, saqueando, incendiando casas y matando a cualquiera que sea sospechoso de apoyar al shogun. Los habitantes de Edo no se atreven a salir de sus casas.

»Los disturbios se oyen desde aquí, desde el palacio; debes de haberlos oído. Aquí estamos a salvo, pero no por mucho tiempo. No sabemos qué va a pasar, ni hasta cuándo podremos seguir llevando esta vida. Tarde o temprano, los sureños intentarán tomar el castillo. Es inevitable. El castillo es el último bastión de los Tokugawa. Es posible que también intenten capturar a la princesa y a la Retirada y retenerlas como rehenes. Debemos estar preparadas.

Sachi estaba como petrificada; se sentía como una de las rocas del jardín. Había pasado tantos años aprendiendo las normas y las tradiciones de las mujeres del palacio, haciendo todo lo posible para formar parte de esa antigua forma de vida. Había creído que nada podría cambiarla, pero ahora se precipitaba hacia un terrible final. La oscuridad rodeaba su frágil mundo y amenazaba con engullirla en cualquier momento.

—Yo daría mi vida por la princesa —dijo en voz baja—. Vos ya lo sabéis.

—Prepárate —repuso Tsuguko—. El momento podría llegar antes de lo que pensamos.

## II

Sachi oyó, a lo lejos, el tañido de las campanas que anunciaban los incendios. Al principio sonaban débilmente, pero se fueron intensificando. Alguien la estaba sacudiendo.

—¡Despierta! ¡Despierta! —Era la voz de Taki.

Las campanas sonaban también fuera de su sueño, y no lejos, en la ciudad, sino allí mismo, en el castillo. Sachi despertó de golpe. Apartó el edredón y se puso a temblar cuando el gélido aire traspasó su túnica. Por todas partes había mujeres poniéndose en pie. Pesadas prendas rozaban la puerta, cerrada, y se oían susurros apremiantes. Todavía era de noche. Había faroles encendidos por toda la habitación. Sin tiempo para esperar a que Taki la ayudara a vestirse, Sachi agarró la primera túnica que encontró, se la puso y se tapó con la casulla. Deslizó su daga en el obi y escondió su peine, su espejo, sus amuletos y su pañuelo dentro de la manga.

Taki estaba enrollando algunos de los kimonos bordados más valiosos y liando con ellos los libros de poesía preferidos de Sachi. Incluso en el castillo, con sus macizas murallas de piedra, sus gruesas paredes enyesadas y sus robustas vigas y pilares de madera, el fuego representaba un peligro real. Unos años atrás, había ardido el segundo de los tres palacios fortificados que había en los terrenos del castillo. Había muerto mucha gente, y muchas partes del palacio habían quedado destruidas por dentro.

Sachi echó un rápido vistazo alrededor por si había algo que quisiera llevarse y vio un polvoriento fardo en un rincón: era el que se había llevado de la aldea. Por alguna extraña razón, de pronto aquella tela vieja y hecha jirones parecía mucho más valiosa que todo el oro y los brocados que la joven había acumulado en los años que llevaba en el palacio. Se lo puso bajo el brazo y cogió la bolsa de seda que contenía su alabarda del soporte de la pared.

De pronto se produjo un silencio. Dejaron de oírse pasos arriba y abajo, como si las mujeres que avanzaban a empellones se hubieran petrificado. Entonces se oyó un susurro parecido al del viento acariciando un campo de hierba crecida: el sonido de muchas mujeres conteniendo la respiración a la vez. Se abrió la puerta de la habitación de Sachi. Plantada en el umbral, entre las sombras, había una pequeña figura. Una pálida cara brillaba en la oscuridad, medio escondida entre los pliegues de la casulla con que se cubría la cabeza.

Era la princesa. Irrumpió sin esperar a que la anunciaran, y se quedó muy quieta en medio de la habitación. La envolvía un sutil aroma de perfume almizclado. Jadeaba, y tenía los puños tan apretados que se le habían puesto los nudillos blancos. Tsuguko y un grupo de damas de honor entraron en la habitación detrás de ella. Sorprendidas, Sachi y sus criadas soltaron sus fardos, se arrodillaron y pegaron la frente al tatami.

—Mi señora Shoko-in —dijo la princesa dirigiéndose a Sachi por su nombre formal.

Sachi levantó la vista. Era la primera vez que la veía sin maquillaje. Con los ojos sin perfilar y con el cabello sin peinar parecía una niña. Tenía la piel tan transparente que no parecía humana; no parecía una criatura de este mundo. Pero había algo más. Había un brillo en sus ojos, una adusta determinación que Sachi nunca había visto hasta entonces.

—Señora Shoko-in —dijo la princesa respirando hondo—. Niña. Ya han llegado. Han entrado. Los ronin del sur han incendiado el palacio. Ahora aprovecharán el caos para buscarme y secuestrarme.

—¿Aquí, en el palacio? ¿Los ronin? —balbuceó Sachi, horrorizada, intentando entender lo que estaba diciendo la princesa—. Pero... ¿cómo es posible? ¿Cómo han podido entrar?

¿Ronin dentro del castillo? Era inconcebible. Se suponía que el castillo era inexpugnable, y el palacio de las mujeres estaba en lo más recóndito de sus terrenos. Los ronin habrían tenido que cruzar fosos, escalar inmensas murallas, cruzar puentes levadizos y esquivar a pelotones de guardias. Si era cierto, significaba que había caído el último bastión. Era para eso para lo que las mujeres llevaban toda la vida entrenándose: para defender su mundo de los enemigos, costara lo que costase.

—Tengo mis espías —añadió la princesa—. Hemos de darnos prisa.

Tsuguko estaba detrás de ella. Le brillaban los ojos. Parecía que hubiera aumentado de estatura. La invadía una emoción serena; estaba ansiosa por tomar el mando. Levantó una mano para indicar a Sachi que debía escuchar.

—Ha llegado tu hora —dijo la princesa Kazu—. Voy a pedirte un favor, el mayor favor que nadie podría pedirte. Coge mi palanquín y sal del castillo. He dado órdenes a mis guardias. Debes engañar a mis enemigos y alejarlos del palacio.



—Tú eres la única que puede hacerlo —intervino Tsuguko—. Ya lo sabes. Ésta es tu oportunidad para saldar tu deuda con Su Alteza.

Las campanas no paraban de sonar. Se oían pasos corriendo por el pasillo, tras la puerta cerrada. Empezaba a filtrarse humo en la habitación. Las damas de honor de la princesa miraban alrededor con nerviosismo.

Sachi sabía muy bien que ésa era una misión desesperada. Si hacía de señuelo para el enemigo, lo más probable era que muriese. Pero debía obedecer a la princesa. No le faltaban razones para sacrificarse por ella. Era ésta quien la había sacado de la aldea y la había instalado en una vida de lujos y privilegios, y quien se la había regalado al shogun como concubina. Sachi siempre había sabido que podía llegar un día en que se le pidiera que saldara esa deuda.

También había razones prácticas para elegirla a ella. Los ronin no sabían qué aspecto tenía la princesa. Nadie la había visto, aparte de sus damas de honor más cercanas y sus parientes de Kioto. Pero todo el mundo sabía que era una aristócrata de fina nariz con un cutis blanquísimo y que, como viuda de Su Majestad, debía de haber tomado los hábitos. Sachi se parecía mucho a Su Alteza, y también ella era monja; llevaba el pelo corto y cubierto con una casulla. Era una copia perfecta de la princesa.

Pero partir en un palanquín, sin guardias ni séquito... Nadie creería jamás que una princesa viajara de esa forma. Era un plan descabellado, pensado en un momento de pánico. Aun así, le habían encomendado una misión a Sachi, y ella tenía que cumplirla lo mejor que pudiera. Si ardía en su corazón una chispa de miedo, debía apagarla.

Respiró hondo.

—He contraído una deuda infinita con Su Alteza —dijo con voz serena pero firme—. Nunca podré saldarla. Haré cualquier cosa que me pida Su Alteza. Agradezco que me brinde la oportunidad de demostrarle mi lealtad.

—El mundo se ha sumido en la oscuridad —dijo la princesa—. Nuestros amigos se han convertido en nuestros enemigos, y nuestros enemigos, en nuestros amigos. El señor Yoshinobu nos ha traicionado, como ya sabes, y ha abdicado. Ya no hay shogun. Los señores del sur controlan a mi pobre sobrino, el emperador. Nuestras vidas han dejado de tener valor. Ya estamos muertas. Pase lo que pase, debemos servir a la casa de Tokugawa. Como tía del Hijo del Cielo y viuda del difunto shogun, puedo ser un rehén valioso. Es indispensable que permanezca aquí, en el castillo.

Sachi se esforzaba por entender lo que estaba pasando. En realidad, lo único que comprendía era la intensidad del dolor de la princesa. La princesa Kazu se había visto obligada a dejarlo todo para casarse contra su voluntad, y ahora la familia imperial y los Tokugawa estaban enfrentados. Parecía que lo único que podía hacer era cumplir su deber. Ella pertenecía a la familia Tokugawa, y seguiría perteneciendo a ella hasta

el final.

—Estoy dispuesta a dar mi vida cuando se me pida —dijo Sachi—. Será un honor sustituirlos en el palanquín imperial. No os decepcionaré.

La princesa tenía lágrimas en los ojos.

—Has sido como una hermana para mí —dijo con voz débil—. Sin ti, mi vida será más triste. Que los dioses te protejan. Rezaré para que volvamos a encontrarnos cuando lleguen tiempos mejores.

Agachó la cabeza y añadió:

—Hazlo lo mejor que puedas.

Tsuguko esperó a que la princesa y sus damas de honor salieran de la habitación, y entonces se dirigió a Sachi.

—Date prisa —dijo—. No hay tiempo que perder. —Abrió la puerta corredera.

Sachi agarró su fardo y su alabarda. El corazón le latía de forma extraña. No sentía ningún miedo, sino emoción. Era como si hubiera despertado de un largo sueño. Casi había olvidado lo que era sentirse viva.

El pasillo estaba abarrotado de mujeres que llevaban fardos, velas y farolillos de papel. Bajo la luz parpadeante, parecían un ejército de fantasmas, pálidos y demacrados, con extraños atuendos compuestos sin pensar. Iban despeinadas y el miedo se reflejaba en sus caras. Algunas daban empujones y lloraban de pánico. Pero la mayoría avanzaba en un inquietante silencio.

Cuando aparecieron Tsuguko y Sachi, las mujeres se pararon y se apartaron respetuosamente.

—¡Dejad paso! —bramó Tsuguko.

Empezó a abrirse camino entre la muchedumbre, alejándose de los jardines y dirigiéndose hacia la zona del palacio de donde provenía el humo. Pero había demasiada gente, así que se metió en una de las grandes salas de audiencias. Sachi la siguió restregándose los ojos. El humo se arremolinaba alrededor de ellas. Cuando se detuvo para recobrar el aliento, vio el pequeño y pálido rostro, la barbilla puntiaguda y los grandes ojos de Taki detrás de ella.

—Vuelve, Taki —susurró—. No tienes que venir conmigo.

Tsuguko se dio rápidamente la vuelta.

—Vete —rugió—. Ahora mismo. La Señora de la Alcoba Contigua irá sola. Vuelve a los jardines con las otras doncellas.

Taki no dijo nada, pero se pegó a ellas, obstinada.

—Vete —le gritó Tsuguko, furiosa—. ¿Cómo te atreves a desobedecer mis órdenes?

No había tiempo para discutir. Siguieron corriendo. Cuando llegaron al ala donde estaban las cocinas y las oficinas, el humo era tan denso que apenas veían nada. Avanzaron a tientas, dando traspiés y tapándose la cara con las mangas. Finalmente

llegaron al gran vestíbulo. Las puertas estaban abiertas. Se detuvieron, jadeando, y notaron cómo el frío aire del amanecer les llenaba los pulmones.

### III

La luna brillaba en el horizonte como un enorme espejo redondo y proyectaba una luz deslavazada. Pasaban hordas de hombres a toda velocidad, echando vaho por la boca. La mayoría llevaban el uniforme de los guardias de los palacios intermedio y exterior. Algunos eran bomberos de la ciudad, tipos enjutos con chaquetas marrones de piel y gruesas capuchas que les protegían la cabeza y los hombros. Corrían como una invasión de cucarachas gigantes. Algunos llevaban bombas y barriles de agua cargados con varas sobre los hombros; otros, escalerillas de bambú y largos palos con ganchos en el extremo. Los oficiales, con túnicas de brocado, dirigían las operaciones agitando sus bastones.

—Tápate bien la cara con la casulla —le dijo Tsuguko a Sachi—. Y no digas nada.

Sachi se calzó unas botas de paja y siguió a Tsuguko por la pasarela cubierta, ciñéndose la túnica. Taki las seguía, jadeando.

Había fuego por todas partes. Las paredes, enyesadas, y los tejados de tejas grises resplandecían con una luz fantasmagórica cuando las llamas estallaban en las ventanas y pasaban de un edificio a otro con un estruendo ensordecedor. Los bomberos trepaban por las escalerillas de bambú y corrían por los tejados, arrancando tejas y rodándolos con chorros de agua. Abajo, las mujeres seguían huyendo del palacio en llamas.

Sachi se quedó un momento quieta, contemplando el edificio que había sido su hogar durante tantos años. Le habría gustado pensar que lo que estaba viendo era un sueño. Pero el frío le indicaba claramente que no lo era. Se estremeció. Ni todas las capas de seda acolchada que llevaba eran suficientes para protegerla.

Había grupos de damas de honor apiñadas junto a las puertas de los cobertizos de los palanquines. Contemplaron a Sachi con envidia cuando los guardias la saludaron

y la acompañaron a las cocheras imperiales.

El palanquín de la princesa estaba abierto. Sachi lo miró y de pronto lo reconoció. Era el mismo palanquín que había visto años atrás, cuando la princesa Kazu llegó con su séquito a la aldea. Todo era tal como ella lo recordaba: las paredes rojas lacadas, con adornos de oro y con el crisantemo imperial; los ornamentos de oro del techo y las cortinas de bambú con gruesas borlas rojas. Era evidente que si la princesa hubiera intentado escapar no lo habría hecho en un vehículo tan llamativo.

De pronto Sachi recordó a la mujer que se había apeado de ese lujoso vehículo aquel día, en la aldea, y cómo miraba alrededor, aterrada. Ya entonces, Sachi sospechó que aquella mujer era una doble de la princesa, y que por eso tenía tanto miedo. Ahora le había llegado el turno a Sachi. Pero ella era una samurái, una guerrera. Ella no tendría miedo, y si lo tenía, nadie lo notaría.

Subió al palanquín, dobló las piernas bajo el cuerpo y se metió los faldones bajo las rodillas. Fuera había mucho alboroto.

—¡Dejadme pasar! —Era la chillona vocecilla de Taki—. ¡Soltadme!

—¡Criatura estúpida! ¡Lo estás estropeando todo! —bramó Tsuguko con su imperiosa voz.

De pronto Sachi vio la cabecita de Taki. Había una firme determinación en sus grandes ojos, ligeramente saltones. Se agarró a la puerta del palanquín con los huesudos brazos, como si intentara trepar a su interior. Sachi dio un grito ahogado. Por un momento, se sintió tan invadida de asombro y de alegría que no pudo moverse. Entonces, con el corazón desbocado, le cogió un brazo a Taki y tiró de ella. Tsuguko gritó, enfurecida. Unos musculosos brazos rodearon a Taki y tiraron de ella.

A Sachi le brotaron lágrimas de disgusto y frustración. Intentó controlar sus emociones. Si Taki la hubiera acompañado, se habría sentido capaz de soportar cualquier cosa. Ahora no tenía más remedio que soportarlo ella sola.

La puerta se cerró de golpe. Los palanquineros asieron la vara, dieron un gruñido y se cargaron el palanquín sobre los hombros.

De pronto a oscuras, Sachi notó cómo se elevaba la caja del palanquín. Perdió el equilibrio y cayó contra una de las paredes. Era la primera vez que subía a uno de esos vehículos, y el extraño y repentino movimiento la había pillado desprevenida. Era como estar en una barca, en un mar muy picado; recordó las barcas que navegaban por el río Kiso y en los transbordadores que había cogido con el séquito de la princesa cuando se dirigían a Edo. ¿Quién habría podido pensar, ni siquiera una hora antes, que fuera a acabar en un lugar tan extraordinario?

La joven oía el chacoloteo de cascos y el crujido de pies recubiertos de paja. Levantó un poco las tiras de la cortina de bambú. La pálida luz del amanecer iba venciendo la oscuridad, bruñendo el pan de oro del interior de las paredes y dibujando el contorno de su blanca y pequeña mano. Sachi se encontraba en un

palacio móvil en miniatura, pintado con rocas ornamentales, un serpenteante arroyo y cerezos en flor.

Vio las enormes siluetas de unos guerreros a caballo y de unos guardias que corrían a pie detrás de ellos. Su palanquín formaba parte de un convoy; estaban bordeando el muro interior de las dependencias de las mujeres, y se dirigían a buen paso hacia la entrada principal del castillo. En todos los años que Sachi había pasado encerrada en el palacio, nunca había traspasado esa puerta. Detrás de ella rugían las llamas, y se oía el estruendo de la mampostería al caer. Sachi no soportaba pensar en la princesa y en las otras mujeres. Y Taki... ¿Qué había sido de ella?

De pronto se sumergieron en la oscuridad del portal. Pasaron entre dos altas puertas de madera reforzadas con barras de hierro y enormes cerrojos. Al otro lado continuaban los jardines. Bordearon zonas ajardinadas, estanques ornamentales, pabellones solitarios y bosquecillos de criptomeras. Los pinos estaban apuntalados para soportar el invierno, y tenían las ramas fuertemente atadas con cuerdas.

Tras largo rato llegaron ante otro portal, muy fortificado; tenía unos enormes muros inclinados, contruidos con bloques de granito, y tejados de tejas con delfines dorados en lo alto. Los guardias apostados a ambos lados de la puerta agacharon la cabeza al pasar el palanquín. Más allá había un largo puente. Los primeros rayos de sol brillaban en las verdes aguas de un ancho foso, donde nadaba una pareja de patos. Sachi se dio la vuelta con la esperanza de ver el castillo por última vez, pero éste quedaba oculto tras una nube de pinos negros y tras los gigantescos bloques de granito de las murallas. Una lengua de fuego lamía el firmamento donde antes estaba el palacio de las mujeres.

Se hallaban en una ancha avenida bordeada de imponentes muros, detrás de los que se alzaban unos enormes tejados de tejas. La calle estaba llena de hombres que caminaban, corrían o circulaban en sillas de manos. Eran criaturas extrañas, como las que Sachi había visto años atrás marchando por el camino que atravesaba su aldea. Algunos iban encorvados y tenían las manos nudosas; otros eran fornidos y musculosos. Unos caminaban con aire arrogante, como los samuráis, y otros, sigilosamente, como los chonin. Incluso dentro del palanquín, Sachi percibía el olor de sus cuerpos. Parecía increíble que esos seres fueran humanos.

Pero ¿por qué no se habían arrodillado? Algunos observaban el palanquín con insolencia y se agachaban para escudriñar el interior. Sachi era consciente de lo sospechoso que resultaba el palanquín: era un blanco móvil que parecía proclamar que en su interior viajaba una dama rica y aristocrática. El corazón empezó a latirle más deprisa. ¿Eran imaginaciones suyas, o había hostilidad en la mirada de esos hombres? Hasta le parecía que los palanquineros la zarandeaban sin miramientos, como si supieran que no transportaban a nadie importante.

Dando brincos en su cajita, Sachi se sentía como esos prisioneros a los que había

visto pasar por su aldea, transportados en jaulas de mimbre. Cerró de golpe la cortina de la ventana. Las sacudidas del palanquín la mareaban y le producían sueño, pero Sachi no se atrevía a cerrar los ojos. Si los sureños habían penetrado lo suficiente en el interior de los terrenos del castillo para prenderle fuego al palacio de las mujeres, no podían estar muy lejos de allí. Sachi tenía que mantenerse alerta. Si tenía que pasar algo, sería ahora que estaban fuera de las murallas del castillo. Se enderezó, se alisó las faldas del kimono e intentó poner en orden sus ideas.

¿De verdad se había perdido todo: los tesoros, los valiosos kimonos y las exquisitas piezas de laca? ¿Qué había sido de las mujeres, de la Retirada, con sus doscientas ochenta damas de honor, cada una con su séquito de doncellas, y de la anciana Honju-in y sus numerosas y decrepitas damas de honor? Sachi siempre había creído que su hogar era su aldea, pero se equivocaba. Su hogar era el palacio, y todas esas mujeres —algunas más bondadosas que otras— se habían convertido en su familia.

Desde la muerte del shogun, la vida había dejado de tener sentido para Sachi. Ahora tenía una misión: hacer de señuelo, engañar a los sureños y alejarlos del castillo para que la persiguieran a ella en lugar de a la princesa. La joven sabía que su vida no tenía ningún valor. Las mujeres estaban en este mundo para obedecer, sin cuestionar y sin pensar. Eso era lo que ella tenía que hacer: dejar de pensar. Murmuró el poema elegíaco que el poeta Narihira había compuesto en la era Heian:

*Tsui ni yuku / Que es un camino  
Michi to wa kanete / que algún día todos recorreremos  
Kikishikado / ya lo había oído decir,  
Kino kyo to wa / pero nunca pensé que hoy  
Omowazarishi o / traería ese lejano mañana.*

Sachi palpó la empuñadura de la daga que llevaba firmemente sujeta en el obi y acarició sus sedosos hilos. En el palacio le habían enseñado que debía estar preparada en todo momento para proteger a su señor, o incluso para quitarse la vida de modo que no pudiera capturarla el enemigo. Pero el privilegio del suicidio no era para ella. Si se quitaba la vida, habría fracasado en su misión. La princesa se quedaría sin doble.

Estaba serena mentalmente, pero su cuerpo reaccionaba al miedo. El corazón le latía tan deprisa que apenas podía respirar. Notaba un fuerte dolor en el vientre, como si le estuvieran clavando un cuchillo, y ese dolor la consumía. Sachi detestaba la vergüenza y la ignominia de esa sensación. Necesitaba sofocar su miedo. Aunque había ascendido en la jerarquía del palacio, las aristócratas seguían susurrando que ella no era más que una campesina. Ahora tenía la oportunidad de demostrar su valía:

cuando llegara el momento, les demostraría a todos de qué era capaz la concubina del señor Iemochi.

Intentó respirar más despacio. Necesitaba pensar, concentrarse, prepararse. ¿La tomarían como rehén? ¿Qué debía de sentirse al morir? La suya era una historia sin final.

Acabó pensando en Su Majestad, como solía hacer. Recordó los días y meses de tristeza: los treinta días del duelo, los meses de restricciones rituales, los cantos ante su tablilla funeraria en los días siete, catorce, veintiuno, treinta y cinco, cuarenta y nueve y cien después del funeral. Sachi había rezado día y noche para que el shogun volviera a nacer, a salvo, en el Paraíso Occidental. Y allí estaba ahora, con diecisiete años, convertida en viuda y en monja, aprisionada en aquella diminuta caja, precipitándose hacia un destino inimaginable.

Estaba completamente sola, sin nadie que la ayudara ni le indicara qué debía hacer. Si se presentaba alguna decisión importante, tendría que tomarla ella sola.

## IV

Sachi no sabía cuánto tiempo llevaban viajando cuando, de pronto, hubo un tumulto. Oyó arrastrar de pasos, y luego gritos. Apartó un poco las tablillas de la cortina y miró con cautela.

Se encontraban en un estrecho callejón, entre altas paredes. La joven entrevió una amenazadora figura en las sombras, y luego otra, y otra. Iban cubiertas con gruesas capas de ropa acolchada. Sachi vio dos espadas, una larga y otra corta, asomando por debajo de las capas. Dos espadas: eso significaba que pertenecían a la clase de los samuráis. Pero no vestían como samuráis. Llevaban la cara tapada con pañuelos; lo único que se les veía eran los ojos, relumbrantes. Eran ronin, probablemente del sur, y llenaban el callejón.

Uno de los individuos dio un salto hacia delante. Se oyó un desgarrador y gutural gemido, hubo un destello azulado, y luego se oyó algo parecido a la hoja de una espada clavándose en la carne.

Sachi dio un grito ahogado y salió despedida hacia delante cuando el palanquín se detuvo bruscamente. Oyó el chirrido de las espadas al salir de sus vainas y el entrecocar de una hoja contra otra. El silbido de las espadas, los golpes del acero contra el acero y los gritos cada vez se oían más cerca, hasta llegar justo frente al palanquín y formar un fuerte estruendo. Sachi asió su daga e, impotente, permaneció sentada en el frágil palanquín, obligándose a no pensar y a estar preparada. La sangre susurraba tan fuerte en sus oídos que casi no oía nada más. El palanquín se balanceaba y daba fuertes sacudidas; la joven se zarandó y cayó al suelo, magullada. Oyó el retumbar de unos pasos que se alejaban.

Entonces oyó unas ásperas voces que gritaban en un dialecto cantarín. Sachi no entendía lo que decían, pero reconoció el acento. Era una versión masculina y basta del cadencioso lenguaje que empleaban las damas de la Retirada para hablar entre ellas. Eso demostraba que estaba en lo cierto: esos hombres eran sureños.

Jadeando, Sachi se levantó del suelo. Se sentó muy tiesa, se alisó las faldas, se arregló el cuello, se puso bien la casulla y asió la empuñadura de su daga. Había llegado el momento. Tendría que soportar la humillación de la captura. Pero pensaba oponer resistencia: eso no podían impedirselo.

Se quedó muy quieta, intentando no moverse, casi sin respirar. No se oía nada. De pronto, una mano sacudió la puerta del palanquín.

Entonces la joven oyó algo inesperado: cascos de caballos que se acercaban por detrás. Debían de ser más rebeldes sureños. Se oyó una fuerte explosión que retumbó en sus oídos. Conocía ese ruido: lo había oído sonar al otro lado de las murallas del castillo, pero nunca tan cerca. Eran disparos de mosquete. Hubo otra descarga, y luego otra. Oyó gruñidos y gritos, el chirrido del acero contra los huesos y los golpes de los cuerpos al caer al suelo. A continuación se hizo un silencio sepulcral, interrumpido por el solitario trino de un pájaro. Soplaban un viento frío.

Sachi respiró hondo. El corazón le latía tan fuerte que no podía creer que los hombres que estaban fuera no lo oyeran. Se irguió con orgullo, con la mano sobre la daga. Estaba dispuesta a demostrarles que una muchacha de diecisiete años —y, además, campesina, por si no lo sabían— podía ser tan valiente o más que cualquier samurái.

Oyó una voz de hombre. Estaba muy cerca, al otro lado de las delgadas paredes de madera del palanquín. Era una voz cultivada, aunque con un leve deje rural. Hablaba con tanta claridad y con tanta educación que Sachi podía entender casi todo lo que decía. Dio su nombre —Toranosuké de la familia Matsunobe— y el de su dominio, Kano. Por lo visto le estaba pidiendo que se identificara.

¡Kano! Sachi se quedó paralizada. Kano estaba cerca de Kioto y de su aldea. Pero no sabía cuál era su filiación política, ni si esos hombres eran partidarios del norte o del sur. Fuera como fuese, tenía que convencerlos de que era la princesa. ¿Qué habría



hecho la princesa en una situación así? ¿Se habría dirigido a ellos? ¿Habría abierto la puerta del palanquín? Seguro que no. La princesa no se habría dejado ver por ningún hombre.

El silencio se prolongaba interminablemente. Entonces Sachi oyó una voz de mujer, fina y aguda como el chillido de un ratón.

—¡Deteneos, señor!

Sachi estuvo a punto de gritar de sorpresa. ¡Taki! ¿Qué demonios estaba haciendo allí? Pero el horror substituyó rápidamente al alivio inicial. Aunque eso significara faltar a la promesa que le había hecho a la princesa, saltaría del palanquín y lucharía al lado de su dama de honor. Haría cualquier cosa para impedir que le hicieran daño a Taki.

—Soy Takiko, de la casa imperial, servidora del shogun y escolta de la dama que viaja en ese palanquín —dijo la voz con claridad—. Si queréis hablar con ella, podéis hacerlo a través de mí.

Un instante más tarde, los grandes ojos de Taki aparecieron al otro lado de la cortina.

—¿Estás bien? —susurró.

—Me alegro mucho de verte, Taki. ¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Ya te lo contaré más tarde. Nos han atacado los sureños. Entonces han aparecido estos otros tipos y los han rechazado. Los sureños deben de haber ido a buscar refuerzos.

—Pero ¿quiénes son? ¿Quiénes son esos hombres?

—No estoy segura. Voy a hablar con ellos.

Sachi oyó la clara voz de Taki, y una voz masculina que le contestaba. Entonces Taki volvió junto a la ventana.

—Son de Kano. Dicen que están en nuestro bando. Quieren que vayamos con ellos.

—Así que nos están secuestrando.

—Dicen que no pueden arriesgarse a que la princesa caiga en manos de los sureños, y que eso será lo que pasará si nos dejan aquí. Además, no puedes abandonar tu misión y volver al palacio.

—Pero ¿cómo sabemos que son lo que dicen que son?

—Tendremos que confiar en ellos. No tenemos alternativa. Han matado a nuestros guardias, y nuestros palanqueros y nuestro séquito han huido.

—¿Que han huido? dijo Sachi con desprecio.

—Nos han traicionado. Hay rebeldes sureños por todas partes. Tenemos que seguir fingiendo. Si los sureños piensan que la princesa ha huido a las montañas, nos seguirán a nosotras y no irán al palacio. Ése es nuestro deber. Estos hombres tienen un carro de equipaje y porteadores.

—Pero ¿quiénes son? —insistió Sachi.

—Ronin.

Ronin. Sachi nunca se había encontrado cara a cara con esas criaturas. Los ronin eran unos seres temerarios y peligrosos que no tenían que rendirle cuentas a nadie. Seguramente cambiaban de bando según como soplaran los vientos. Pero Sachi y Taki estaban en sus manos. No tenían más remedio que aceptar su palabra.

—Quieren verte —dijo Taki—. Quieren asegurarse de que no hay ningún hombre en el palanquín. Voy a abrir la puerta. No digas nada. Sólo agacha la cabeza. Luego volveré a cerrarla.

Sachi se tapó con la casulla al mismo tiempo que se abría la puerta. La luz del sol inundó, deslumbrante, el interior del palanquín. Sachi se irguió con toda la dignidad de que fue capaz y dio una breve cabezada, como había visto hacer a la princesa. Fuera se destacaban tres siluetas. Dos estaban montadas a caballo, y la otra de pie, sujetando las riendas de su montura. Tenían las coronillas hirsutas y sin rasurar. Ni siquiera llevaban moño. El otro llevaba el pelo suelto y desmelenado, y los otros dos, recogido de cualquier manera en una cola de caballo. Sachi jamás había visto a unos hombres tan salvajes y desaliñados.

Un poco más allá había unos palanquines volcados, y cuerpos tirados por el suelo de los que todavía brotaba sangre. Algunos se retorcían. La tierra estaba tan mojada que parecía que hubiera llovido; pero los charcos eran de un rojo repugnante, y ya empezaban a congelarse por los bordes. Había extraños objetos esparcidos que parecían rocas. Sachi contuvo un grito al reparar en que esos objetos tenían pelo, orejas y caras. Un desagradable olor impregnaba la atmósfera: la mezcla de olor a sangre, a carne y a excrementos humanos. Cuando el hedor alcanzó el palanquín, Sachi contuvo una arcada y se ciñó más la casulla.

Entonces se cerró la puerta.

Sachi intentó no pensar en lo que acababa de ver, pero la imagen se había grabado en sus retinas. No dejaba de representarse aquella espeluznante escena y los terroríficos gritos y gemidos que había oído. Se estremeció, horrorizada. Esos hombres habían muerto como samuráis: unos, intentando capturarla; otros, para protegerla. Entre ellos estaban los guardias y los palanquineros que habían viajado con ella, y sin embargo, una vez muertos eran todos iguales.

Pero al menos tenía a Taki. Sabiendo que ella estaba cerca, Sachi ya no estaba tan dispuesta a morir. La próxima vez que le pidieran que entregara la vida, pelearía, y duro.

Quizá logran escapar. Pero ¿adónde podían ir? El palacio de las mujeres había quedado reducido a cenizas. Sólo quedaba un lugar seguro: la aldea. Por un instante, Sachi se imaginó en la casa con tejado de tejas, con el río fluyendo más abajo y la

montaña alzándose detrás. Esa imagen era algo a lo que aferrarse, algo real en medio de toda aquella locura. Si sobrevivía, si salía con vida de aquella caja, encontraría el camino para llegar hasta allí.

Se oía barullo a lo lejos. De pronto todos los sentidos de Sachi se pusieron en alerta. Aguzó mucho el oído. Los sureños... Pero el ruido no provenía de detrás de donde estaban, sino de más adelante. Además, si los sureños atacaban, se les acercarían sigilosamente.

Se oía un febril repicar de campanillas y gongs, silbidos de silbatos y golpes de tambor. Sachi miró a través de las tablillas de la cortina de bambú. Se habían alejado de las anchas avenidas donde estaban las mansiones de los daimios y circulaban por callejones bordeados de viviendas y tiendas destartaladas. Un torrente de gente, doblada bajo el peso de enormes fardos atados a la espalda, corría en la misma dirección que ellos.

El ruido era cada vez más intenso. Al principio, Sachi no distinguió las palabras, pero poco a poco empezó a entenderlas. La gente cantaba: «Ee ja naika? Ee ja naika? ¿A quién le importa un comino? ¿A quién le importa un comino?»

Después venían unos versos que no tenían ningún sentido, sobre «mariposas que venían volando del oeste». La melodía era tan pegadiza que al poco rato Sachi se sorprendió tarareándola. Pese a todo, tenía que sonreír. No había oído ese tipo de lenguaje desde que saliera de su aldea.

El convoy se detuvo. La calle que tenían delante estaba tan abarrotada de gente que era imposible pasar. La multitud se retiró un momento, como sorprendida por la intrusión del palanquín imperial, y a continuación se cerró alrededor de él. Había individuos con trajes de color rojo intenso y con farolillos rojos en la cabeza, hombres que daban brincos ataviados con kimonos de mujer y mujeres con chaquetas happi y mallas de hombre. Algunos hombres, y también algunas mujeres, se habían quitado la ropa y retozaban medio desnudos, exhibiendo la curtida piel, reluciente de sudor. Se abrieron paso hasta el palanquín de Sachi y escudriñaron el interior a través de la cortina.

—¡Eh, señora! ¡Venga a bailar! —gritaban—. ¡Venga a bailar! ¿A quién le importa un comino? ¿A quién le importa un comino?

Algunos tenían cuencos de sake, trozos de pescado y pastelillos de arroz, y los acercaban a la cortina. Sachi se encogió y arrugó la nariz para protegerse del pestazo a sudor, a comida y a sake, y de las miradas de los curiosos. En la aldea había habido muchos festejos, y también en el palacio habían representado las danzas de verano para recibir a los espíritus de los difuntos. Pero aquellas danzas tenían un desenfreno, una desesperación, que ella desconocía. El viento hacía volar pedazos de papel parecidos a los amuletos que vendían en los templos. La gente los perseguía e intentaba hacerse con ellos.

—¡Deprisa! ¡Continuad! —bramó el ronin que cabalgaba junto al palanquín.

—¡Despejad el camino! —gritaron los guardias abriéndose paso a empujones.

La multitud seguía bailando, agitando los brazos y balanceándose al unísono, cantando a pleno pulmón.

Cuando el convoy llegó al puesto fronterizo que señalaba los límites de la ciudad, encontró las puertas abiertas de par en par. Los centinelas los dejaron pasar sin molestarse siquiera en inclinarse ante ellos. Parecía que el mundo se hubiera vuelto loco.

Poco a poco fueron dejando atrás los olores y el tumulto de la ciudad. El cielo, de un azul asombroso, se abría sobre sus cabezas. Los árboles proyectaban sombras alargadas. Los campos, marrones y reseco, se extendían hasta el horizonte, fundiéndose con las montañas, que brillaban bajo la pálida luz del sol invernal. Sachi empezó a relajarse. Allí fuera, entre los campos, no había donde esconderse. Si los sureños los perseguían, no tardarían en verlos. Aspiró un aire frío y limpio.

—¿A quién le importa un comino? ¿A quién le importa un comino? —murmuraba para sí.

Era una cantinela curiosamente reconfortante.

El palanquín no se detuvo hasta haberse alejado mucho de la ciudad. Taki fue a la puerta para ayudar a Sachi a descender. Ésta contempló su pequeña, delgada y decidida cara, su puntiaguda barbilla y sus grandes y fieros ojos. Veía en ella algo nuevo, como si también hubiera despertado a la vida, como si se sintiera a gusto allí fuera, en el gran mundo. Taki le había salvado la vida. De no haber sido por ella, quizá hubiera muerto. Se lanzó a sus brazos.

—¡No sabes cuánto me alegro de verte! —dijo con lágrimas en los ojos—. Has arriesgado la vida para venir conmigo.

Taki la abrazó.

—Soy tu doncella —dijo riendo y encogiéndose de hombros—. Sólo cumplía mi deber.

Se encontraban en una pequeña posada que no se parecía en nada a la clase de establecimiento donde se hospedaría una princesa. No había ni rastro de los ronin ni de nadie más; eso parecía indicar que al menos les inspiraba cierto respeto su posición.

Una mujer bajita y encorvada, con la cara redonda y risueña, las acompañó, haciendo muchas reverencias, a una destartalada habitación. Hacía años que Sachi no estaba en un lugar como aquél. Examinó las bastas paredes, las gastadas esteras que cubrían el suelo de madera y los parches de las puertas de papel. El olor a leña, a tabaco y a comida le recordó su casa y la aldea. Se sentó con Taki mientras la mujer les servía unos humeantes cuencos de fideos de alforfón. Unas horas atrás, Sachi creía que jamás volvería a comer. Estaba muerta de hambre.

—¿Cómo has podido soportarlo, Taki? —dijo—. Lo has visto todo. Estabas en medio. ¿No has tenido miedo?

Taki puso cara de desconcierto, y luego sonrió con orgullo.

—¿Lo dices en broma? —repuso—. Eran nuestros enemigos. Me he alegrado de que los mataran. Me encantaría ver sus cabezas clavadas en las puertas del castillo.

Sachi se terminó la sopa. Resultaba extraño oírle decir esas cosas a Taki. Pero ella era una samurái. Sachi tenía que aprender a ser como su doncella, y a permanecer serena y tranquila incluso en medio de la batalla. Ahora que estaban solas, lejos del castillo, era aún más necesario.

—Bueno —dijo por fin—, al menos estamos a salvo.

—No del todo —replicó Taki.

—Tienes razón —concedió Sachi—. Pero hemos dejado atrás a los sureños, de momento. El problema es que no sabemos qué nos espera más adelante. Y esos hombres... ¿quiénes son? ¿Cómo sabemos que están en nuestro bando? Ni siquiera tienen un señor ante quien responder. ¿Cómo sabemos que no van a tomarnos como rehenes?

—Ten cuidado con lo que dices —la previno Taki—. Hay espías por todas partes. No podemos hacer nada. Hemos de limitarnos a obedecer.

—¿A obedecer a quién? —preguntó Sachi—. Se suponía que teníamos que alejar a los sureños del castillo; mejor dicho, eso fue lo que me pidieron a mí que hiciera. ¡Tú ya has desobedecido! Te ordenaron que no me acompañaras.

Sachi sonrió a su amiga. Taki picoteaba sus fideos. Seguramente era la primera vez que probaba la comida de campesinos. Las voluminosas faldas de su túnica de cortesana casi llenaban la desnuda y pequeña habitación. Era una auténtica samurái, una auténtica dama de la corte.

—Pero me alegro de que lo hicieras, Taki. Me alegro mucho.

—Tsuguko comprendió que necesitabas una acompañante —dijo Taki con su habitual naturalidad—. Hasta al sureño más ignorante le extrañaría que una princesa viajara sin una acompañante, por muchos criados que llevara.

—Falta mucho para llegar a Kano —murmuró Sachi.

—Sería una locura que intentáramos llegar hasta allí —dijo Taki—. No me explico qué piensan hacer esos tipos.

Las dos mujeres se miraron.

—Pero no tenemos alternativa —observó Sachi—. No puedo revelar que no soy la princesa hasta saber que ella está a salvo. Y tampoco puedo regresar al castillo. Me han encomendado una misión y tengo que realizarla. Quizá los sureños vieran cómo el palanquín imperial salía de la ciudad. En este mismo momento podrían estar persiguiéndonos.

Se oyó un ruido sordo, y la pesada puerta de madera crujió en sus guías. Las

mujeres dieron un respingo y se miraron. Sachi se tapó rápidamente la cara con la cogulla al abrirse la puerta. El hombre al que había visto sujetando las riendas del caballo entró en la habitación deslizándose sobre las rodillas.

Llevaba en las manos dos alabardas en sendas fundas de seda con elaborados bordados. Sin apartar la vista de las bastas esteras de paja, las empujó hacia las mujeres.

—Tomad —dijo con una voz ronca que delataba su juventud.

Sachi, atónita, se quedó mirando la exquisita seda de las fundas. Olvidando que estaba haciéndose pasar por la princesa, dejó que se le resbalara la cogulla y estiró un brazo para tocar con una blanca y pequeña mano el duro acero que se ocultaba bajo aquella delicada funda.

Entonces miró al hombre. Apenas podía decirse que fuera un hombre. Todavía tenía el flequillo largo, como los niños, aunque lo llevaba suelto y enmarañado en lugar de pulcramente untado con aceite. Bajo el despeinado cabello y la polvorienta ropa de viaje, no era más que un crío. Tenía un rostro tan hermoso, con los pómulos tan redondeados y lisos, que podría haber pasado por una niña de no ser por los pelos que le crecían sobre el labio. Tenía las puntas de las orejas rojas.

—Nos habéis protegido muy bien —dijo Sachi, y notó cómo sus labios componían una fugaz sonrisa.

Provista de aquella alabarda podía enfrentarse a cualquier enemigo.

El joven se ruborizó aún más. Inspiró hondo y, con voz temblorosa, balbuceó:

—Dominio de Kano. Casa de Sato. Tatsuemón de nombre. A vuestro servicio.

Una tabla crujió al otro lado de la puerta.

—Mis amos —tartamudeó—. Si sus señorías... Si sus honorables damas... Si me lo permitís...

Sachi comprendió con asombro que aquel hombre que en realidad no era más que un niño, y que acababa de blandir su espada en una brutal batalla, le tenía más miedo a ella del que ella le tenía a él. Entonces recordó el aspecto que debían de ofrecer Taki y ella, con su blanco cutis y su cara de rasgos delicados, con sus magníficos kimonos de brocado, esparciendo perfume a su paso. Hasta su túnica de monja debía de resultar sumamente lujosa. Si aquel muchacho la había tomado por una princesa imperial, debía de pensar que estaba muy por encima de las nubes. Aquellos hombres se arriesgaban a ser ejecutados por el mero hecho de atreverse a respirar el mismo aire que unos seres tan superiores.

Taki miró con altanería al joven y dio una cabezada mientras Sachi volvía a taparse la cara con la casulla. Se abrió la puerta y entraron dos hombres. Uno de ellos se les acercó, arrastrándose, mientras que el otro permaneció arrodillado junto a la puerta.

Aquéllos sí eran hombres. Hombres de verdad, y no niños como el joven

Tatsuemon. Sachi sintió un momento de puro pánico. Hacía años que no estaba ante esos seres tan exóticos y peligrosos. Los envolvía un débil olor salado, mezclado con el olor a humo de tabaco. ¿Y Taki? ¿Habría hablado ella alguna vez con un hombre desde que, de niña, jugaba con sus hermanos?

Taki rompió el silencio.

—¿Cómo os atrevéis a presentaros ante nosotras sin pedir permiso? —preguntó empleando el lenguaje con que las damas de la corte se dirigían a los plebeyos—. Podríamos haceros ejecutar como a criminales, negándoos el privilegio del suicidio, por vuestra indecorosa conducta.

—Nuestra ofensa es imperdonable —murmuró el primer hombre al mismo tiempo que se inclinaba hasta tocar la raída estera con la frente. Era la voz que Sachi había oído fuera del palanquín, suave y culta pese a la áspera entonación de samurái—. Lamentamos haberos molestado. Toranosuké de los Matsunobe, a vuestro servicio —añadió haciendo una reverencia.

—Shinzaemon de los Nakayama, dominio de Kano —gruñó el segundo.

—¿Adónde nos lleváis? —les espetó Taki.

—Lo lamentamos mucho —respondió el primero—. Tuvimos que tomar una decisión rápida. La seguridad de Su Alteza es lo primordial. Circula el rumor de que los sureños la están buscando y de que están decididos a capturarla. No podemos permitir que eso ocurra. Tenemos asuntos urgentes que atender en Kano y os llevamos allí. Os buscaremos un lugar seguro donde podáis esconderos hasta que haya pasado el peligro. Nos comprometemos a procuraros seguridad y bienestar. Os protegeremos con nuestras vidas si es necesario.

—¿Y si no queremos ir con vosotros? Kano está cerca de Kioto, ¿no? Tengo entendido que aquello es un avispero.

—Nos responsabilizamos de vosotras —dijo el hombre—. Nuestros destinos se han unido.

Sachi lo miró por debajo de la casulla. El hombre vestía como un samurái, con varias capas de gruesas prendas de abrigo. Pero su cabello era largo y no estaba untado con aceite, sino recogido en una reluciente y negra cola y atado con un grueso cordón morado. Resultaba extraño que tuviera tanto cabello, porque los samuráis se afeitaban la parte superior de la cabeza. Las manos que tenía apoyadas en las ásperas esteras de paja eran suaves, demasiado suaves para tratarse de un soldado. No parecía la clase de persona capaz de provocar el caos que ella había presenciado desde el palanquín.

El otro hombre permanecía arrodillado en silencio. De pronto levantó la cabeza, y por un momento sus miradas se cruzaron. Sachi jamás había visto una cara parecida: tersa, con pómulos prominentes y unos ojos de mirada penetrante, cuyos extremos se inclinaban hacia arriba, como los de un gato. Tenía una cicatriz en la mejilla. Tenía

una mata de pelo, tupida como la cola de un zorro, y unas manos grandes y fuertes, manos de espadachín. Sachi sintió un estremecimiento de algo semejante al miedo y desvió rápidamente la mirada.

—Estamos en guerra —dijo el hombre—. Todos tenemos que sufrir. No hay mucho tiempo. Si no queréis venir con nosotros, os dejaremos aquí.

—No te precipites, Shin —masculló el primero. Resultaba extraño, y hasta emocionante, hallarse en compañía de tres hombres después de tanto tiempo, y oírles hablar entre ellos con sus ásperos modos—. No podemos hacer eso. Nuestro deber es proteger a la princesa.

—También tenemos otros deberes. Hablando perdemos el tiempo. Rápido. Díselo. El primero se volvió de nuevo hacia las mujeres.

—Me temo que sus señorías tendrán que soportar aún mayores molestias —dijo—. Estamos llamando demasiado la atención. Debéis dejar vuestros palanquines. Esta gente os los guardará. Podéis confiar en ellos.

—¿Qué? —exclamó Taki—. Y ¿cómo vamos a viajar? ¿No pretenderéis...?

No terminó la frase. El hombre hizo una reverencia. Taki estaba indignada. Miró a Sachi, que dio una cabezada. No podían hacer nada. Además, pese a lo lujoso que era, estaba empezando a odiar el palanquín imperial. El hombre aspiró entre los dientes como disculpándose.

—Y... Disculpad nuestra tosquedad, pero... Vuestra ropa. Hemos hablado con la dueña de la posada. Ella os proporcionará otra. Transportaremos vuestras prendas con el debido cuidado.

De la calle llegaba una cantinela: Ee ja naika? Ee ja naika? ¿A quién le importa un comino? ¿A quién le importa un comino?

## V

Sachi ya llevaba el pelo corto, y no le costó trabajo hacerse la clase de moño que llevaban las chonin, las mujeres de la ciudad. Pero a Taki la melena le llegaba hasta el suelo. Con gran ingeniosidad, y sin parar de admirar su belleza, la dueña de la posada



se lo peinó, se lo retorció, se lo enrolló, y le aplicó aceite hasta conseguir un peinado a la moda de las chonin. Taki enrolló cuidadosamente sus valiosos kimonos de seda y los envolvió para que los cargaran en los caballos de carga. Una campesina convertida en concubina haciéndose pasar por una princesa disfrazada de chonin, pensó Sachi. Podía ser cualquier cosa; bastaba con que se cambiara de ropa.

En el campo de batalla, rodeada de montones de cadáveres, hablando con unos salvajes que amenazaban con hacerlas prisioneras, Taki no había tenido miedo. Sin embargo, parecía desconcertada —incluso horrorizada— por la repentina decadencia de su estatus. Ella provenía de una familia de alcurnia; no tenía nada en común con esos rudos soldados ni con los chonin. Sí, era la doncella de una dama, pero del palacio más magnífico del país. Jamás había llevado otra cosa que no fueran prendas de la seda más fina. Estaba acostumbrada a ponerse un kimono limpio y unos calcetines blancos —los tabi— nuevos todos los días. Acarició las prendas de áspero algodón con consternación.

—Vestidas así, los sureños nunca nos encontrarán —dijo Sachi—. Ni siquiera se fijarán en nosotras. Piensa en Zeami, tu autor favorito —añadió tratando de consolarla. A Taki le encantaba recitar los versos de ese gran autor teatral—. «Si se esconde, es una flor. Si no se esconde, no es una flor.» Eres como una flor, una flor única. O un cuenco de té coreano. O un pabellón. Sí, eres como un Pabellón del Té: muy sencillo y normal, sin lujo ni esplendor, y por ello más bonito.

—Sí, pero los Pabellones del Té están en el jardín de las residencias de los nobles, y no en las calles, invadidos por los plebeyos —se lamentó Taki—. ¡Huele tan mal! ¡Y este vestido raspa!

Sachi miró a su amiga y sonrió. Eran unas chonin un poco raras, desde luego. El pálido rostro de Taki, con su puntiaguda barbilla, sus grandes ojos y sus altaneras cejas, quedaba extraño enmarcado por aquel peinado de mujer de ciudad, decorado con peinecillos y horquillas. Su delgado cuerpo, normalmente oculto bajo las acampanadas faldas de los trajes de la corte, parecía desgarrado y torpe con esos otros kimonos, mucho más sencillos.

Sachi giró sobre sí misma haciendo ondear la pesada orilla acolchada de su kimono externo alrededor de los tobillos. El negro de sus dientes estaba empezando a borrarse, y tenía una mancha difuminada sobre los ojos, donde le estaban volviendo a crecer las cejas. Su cara en forma de semilla de melón, su pequeña y arqueada nariz y sus sonrosados labios parecían aún más bonitos sin la gruesa capa de maquillaje. Y sin las capas de pesadas sedas ya no parecía una gran flor que pasaba lentamente. Podía levantarse las faldas del kimono y patinar, saltar o correr. Y su delicado cuello, del que estaba muy orgullosa, destacaba mucho más con el escote de la espalda.

Sin embargo, era una suerte que fuera invierno. Ambas tendrían que cubrirse bien la cabeza y la cara para que no se notara que no eran chonin.

Cuando el pequeño grupo emprendió de nuevo la marcha, Toranosuké —el más atractivo y refinado de los dos ronin— cabalgaba en cabeza, y Tatsuemón, el joven de lisas mejillas, sujetaba las riendas de su caballo. Las dos mujeres caminaban a cierta distancia, flanqueadas por los criados, que iban armados de espadas y bastones. Detrás iban los porteadores y los mozos de cuadra, que guiaban los caballos de carga alquilados. El segundo hombre cabalgaba cerrando la comitiva, y sus espadas hacían un ruido metálico al entrechocar.

El camino serpenteaba por la llanura entre desiertos arrozales. Daba la impresión de que evitaban el camino principal y viajaban por pequeños caminos secundarios. Repartidas por el camino había lomas coronadas con unos escuálidos abetos que señalaban la distancia de Edo: cada vez que pasaban al lado de una de esas lomas sabían que habían recorrido otros pocos ri. ¿Qué debía de estar pasando en el castillo? Todo el país estaba sumido en el caos, y allí estaban ellas, en un lugar remoto, dirigiéndose a una ciudad de la que no sabían nada, sin posibilidades de escapar y sin ningún sitio adonde ir si pudieran huir. Nadie sabía que estaban allí. Nadie iría a rescatarlas. Su único consuelo era que los guardias eran sus defensores, no sus enemigos. O, al menos, eso parecía.

De momento, los caminos eran llanos y estaban bien pavimentados, aunque a lo lejos veían alzarse las montañas. Aun así, las mujeres ya empezaban a cansarse. Taki jamás había ido a ningún sitio a pie, y Sachi había olvidado lo que significaba viajar todo el día por un camino. Ambas estaban deseando parar a descansar, pero no dijeron nada.

Un viento cortante azotaba la llanura. Siguieron adelante con obstinación, agachando la cabeza contra el vendaval. Por el cielo pasaban bandadas de gansos. De vez en cuando encontraban unos pequeños puestos donde ofrecían té y tentempiés. Los puesteros, al verlos, salían corriendo y les suplicaban que pararan y les compraran algo.

El convoy llevaba un ritmo brioso. A veces una aldea asomaba, como una isla en un lóbrego mar de color marrón, rompiendo la monotonía. El humo se arremolinaba alrededor de los tejados de paja ocultos detrás de arboledas y bosquecillos de reseo bambú. El viento sonaba al meterse por los tallos de arroz secos. Vieron pasar a granjeros tirando de sus carros, y a ancianas patizambas, tan encorvadas que parecía que rozaran el suelo con la nariz. Aunque en Edo había mucha agitación, en el campo la vida continuaba como si no pasara nada. También encontraron a refugiados de Edo que avanzaban pesadamente, arrastrando carros en los que llevaban sus pertenencias. De vez en cuando se oía aquella cantinela en la lejanía: «¿A quién le importa un camino?»

—No puedo creerlo —gruñó Talo—. En público, donde puede vernos cualquiera; sin una sola criada, disfrazadas de chonin... Si me viera mi madre, se echaría a llorar.

—Nadie nos mira —dijo Sachi, admirada—. Hemos desaparecido. —Le gustaba la sensación de ser invisible.

Al cabo de un rato, Taki se animó.

—Para ser samuráis sin amo, esos tipos son muy civilizados —comentó—. El que va delante parece muy culto. Y la posadera, esa campesina, ¡era casi humana!

—¡Chsss! —dijo Sachi.

Le producían una extraña fascinación esos seres desconocidos que desprendían un olor raro y ligeramente repelente. Pese a ser humanos, eran de un estatus muy inferior al suyo, hasta tal punto que el hecho de que ella fuera una mujer y ellos hombres dejaba de parecer relevante. Sabía que a Taki, una samurái de alto rango y una dama de la corte, debían de parecerle muy inferiores a ella, criaturas sin ningún valor. Taki apenas se había relacionado con varones, con excepción de sus parientes y algún que otro mercader de seda. Y éstos no eran hombres normales y corrientes, sino ronin, y estaban mucho más allá de los límites de la sociedad civilizada. Las dos mujeres caminaban como en sueños; estaban viviendo una pesadilla de la que, con suerte, pronto despertarían para encontrarse cómodamente instaladas en el palacio de las mujeres.

Pero Sachi no podía ver las cosas de la misma manera. Ella no era samurái. Con aquella sencilla ropa tejida en casa, notaba cómo se retrotraía a su antigua vida. El roce del áspero algodón le resultaba familiar y la transportaba a esos lejanos días en que deambulaba por el bosque con Genzaburo. Todo cuanto conocía estaba llegando a su fin, como había ocurrido cuando se la llevaron de la aldea. Quizá la vida fuera así. Podía terminarse en cualquier momento, como los delicados capullos rosados del cerezo, que florecían y caían el mismo día de primavera. Por eso eran tan conmovedores y hermosos.

Cada vez le costaba más mantener el engaño de que era la princesa. Cuando iba balanceándose en el palanquín, no le habían pedido que interpretara ningún papel. Pero en el camino, a la vista de todos, la tarea parecía imposible. Aun así, tenía que intentarlo.

Al menos todos eran viajeros. El viaje eliminaba las barreras, aunque sólo fuera temporalmente. «Los viajes son la vida», murmuró recordando las palabras de Basho. El anciano poeta había pasado toda su vida deambulando de un sitio a otro, intercambiando poemas con los poetas locales que iba encontrando. Sachi pensó en el shogun y en las cartas que le había enviado, en las que describía los lugares que había visto por el camino cuando viajaba a Osaka. Ella había pasado toda su vida en la aldea, o confinada en el palacio. Ciertamente, el palacio era un mundo en sí mismo, pero a ella estaba empezando a gustarle estar lejos de él. Ella no era como Taki. Se encontraba a gusto allí, entre esos campos, y no en una lujosa casa de muñecas llena de mujeres que hablaban en susurros.

Al cabo de un rato, el joven Tatsuemon retrocedió un poco.

—Mi amo os invita a montar en su caballo, Señoría —dijo con un hilo de voz, agachando la cabeza y mirando a Sachi con sus grandes y tímidos ojos.

—Eso es impensable. Las damas no montan a caballo.

—Mi amo me ha prevenido que me contestaríais eso, pero me ha ordenado que insista. A nadie le importa ya. ¿Estáis segura de que no queréis montar?

Sachi le sonrió. Era un muchacho muy atractivo. Parecía salido de una de las novelas de Saikaku, donde unos hermosos pajes cautivaban con su belleza a otros pajes o a sus amos samuráis.

—¿Estás al servicio del maestro Toranosuké? —le preguntó.

—Sí, Honorable Señora —contestó él ruborizándose hasta las raíces del flequillo.

—¿Cuánto tiempo llevas a su servicio?

—Los tres emprendimos el viaje cuando empezaron los disturbios —respondió el joven.

Fijó la vista en el suelo y no volvió a levantarla, y, turbado, se quedó rezagado procurando no caminar al lado de las mujeres. Sachi jamás había imaginado que algún día caminaría de otro modo que no fuera detrás de un varón, dejando una distancia de tres pasos.

—Dile a tu amo que nos gustaría hablar con él —dijo.

Taki la miró y frunció el entrecejo, pero Sachi no le hizo caso.

Toranosuké alcanzó a las mujeres, pero se quedó un par de pasos detrás de ellas.

—Maestro Toranosuké —dijo Sachi al cabo de un rato—. Esa canción... ¿No cantaban algo sobre las mariposas del oeste? —Cuando pronunció esa palabra, de pronto lo entendió: mariposa.

Cho cho. Claro. Era una canción sobre el dominio sureño de Choshu.

—Cho es Choshu, Honorable Señora —explicó él amablemente—. Choshu está en el sudoeste. Lo que quieren decir es que los clanes de Choshu están en camino.

—¿Es eso cierto? ¿Están en camino?

—No temáis, Honorable Señora. Los derrotaremos, por supuesto. Pero son buenos guerreros y tienen armas extranjeras. Nos hemos encontrado con ellos muchas veces en las calles de Kioto. Y ahora se han aliado con el clan Satsuma...

—¿En Kioto? ¿Estuvisteis allí? —intervino Taki con voz crispada.

Claro, Taki era de Kioto. Su familia estaba allí. Era su hogar, y también el de la princesa. Era la ciudad imperial, la ciudad del emperador.

—Sí, Señora.

—Nos dijeron que hubo un incendio —farfulló Taki—. Que la ciudad fue presa de las llamas. Y que los Choshu atacaron el palacio imperial.

Se oyó un gruñido. Era el otro hombre, el que iba detrás. Sachi se volvió y lo miró; él desvió la mirada, casi a regañadientes. De modo que la estaba observando.

Claro, tenía que protegerla. Pero... ¿Eran imaginaciones suyas o había algo extraño en su mirada? Quizá lo contrariara tener que llevar con ellos a unas mujeres débiles que les harían avanzar más despacio. Quizá fuera la forma en que llevaba esas prendas a las que no estaba acostumbrada, o su forma de andar, dando pasitos como las damas de la corte en lugar de andar como un pato sobre unas piernas arqueadas como las campesinas. Sin duda alguna, una verdadera princesa preferiría morir que pisar el mismo suelo que una compañía de samuráis, y ronin por si fuera poco.

Sachi siguió caminando, consciente de que aquel hombre no dejaba de mirarla.

## VI

Esa noche se detuvieron en una posada. Sachi y Taki estaban agotadas; les dolían las piernas y tenían ampollas en los pies. Después de bañarse y comer, se dejaron caer en sus aterciopelados futones. Oyeron voces en la habitación de al lado. Los hombres intercambiaban poemas: uno recitaba unos versos, y el otro continuaba. Entonces sonaron las notas de una flauta, infinitamente tristes, y voces masculinas que cantaban en voz baja. Era una de esas cancioncillas melancólicas que cantan los viajeros sobre la nostalgia que sentían de sus hogares.

Cuanto más se alejaban de Edo, más irregulares eran los campos de arroz, y más descuidados estaban. Se alzaban colinas cubiertas de una maraña de árboles; parecían jorobas de dragones enterrados tiempo atrás que ahora surgieran del suelo. El pequeño grupo se relajó un tanto, aunque no podían olvidar que era posible que los sureños les siguieran la pista.

En una aldea consiguieron contratar una silla de manos y palanqueros para llevar a Sachi y a Taki hasta la siguiente. Las mujeres se turnaron para montar en la silla de manos, envueltas en tantas capas de ropa como pudieron encontrar. Ya no les importaba su aspecto. La silla era pequeña —mucho más pequeña que un palanquín—, y hacía mucho frío, pero ellas preferían eso a andar. Tenían los delicados pies llenos de ampollas y en carne viva. Hasta Taki había dejado de preocuparse por el decoro y, de vez en cuando, montaba en uno de los caballos. El negro de los dientes

de Sachi ya se había desteñido, y la joven volvía a tener los clientes blancos de una niña, como Taki. También le estaban creciendo las cejas, y hada ya horas que no se ponía la casulla.

Pero a medida que avanzaban, Taki estaba más y más callada. Sachi imaginó que debía de estar desesperada por averiguar qué había pasado en la capital, donde vivía su familia y donde ella se había criado, pero que no quería hablar con unos hombres como aquéllos. Al final la venció la curiosidad.

—Buen hombre —dijo.

Resultaba difícil adoptar un aire digno cuando ibas dando tumbos en una silla de manos, vestida como una plebeya, pero Taki lo logró.

Toranosuké había esperado educadamente a que Taki se dirigiera a él. La joven habló sin mucho entusiasmo del tiempo y de los famosos templos que habían dejado atrás, y abordó el asunto que en realidad le interesaba.

—¿Qué dicen en Kioto sobre Su Excelencia y...?

A principios de ese año, sólo cinco meses después de la muerte del shogun, las mujeres habían oído extraños y terribles rumores sobre el emperador, el hermano de la princesa Kazu. Por lo visto, uno de sus pajes había tenido la viruela. El único que se había contagiado de todo el inmenso palacio imperial era el emperador. Tenía treinta y cinco años y era un hombre sano y robusto. Lo habían tratado los mejores médicos y parecía que se estaba recuperando bien. Pero de pronto su estado había empezado a empeorar. Al día siguiente, llegó la noticia de que había muerto. Su hijo, el príncipe Mutsuhito —el sobrino de la princesa—, había sido proclamado Hijo del Cielo. En público, la princesa siempre había mantenido una fachada de estoica serenidad. Pero Sachi no había olvidado sus convulsivos sollozos detrás de los biombos.

Se produjo un largo silencio.

—Mi Señora —dijo Toranosuké—, todo el mundo sabe que a Su Excelencia lo asesinaron...

Las mujeres se estremecieron. Sus sospechas se habían confirmado.

—... los cortesanos que se aliaron con los clanes del sur. Su Excelencia era un hombre de opiniones y principios severos. Ahora ya pueden hacer lo que quieran. El joven Hijo del Cielo sólo tiene quince años, y les resultará fácil controlarlo.

—Recuerdo a Su Excelencia —le susurró Taki a Sachi enjugándose las lágrimas—. Me presentaron en la corte antes de que abandonáramos Kioto.

Se oyó una voz detrás del convoy.

—Nosotros somos leales sirvientes de los Tokugawa. Llevamos años luchando. Defendimos el palacio imperial cuando lo atacaron los sureños e intentaron capturar al Hijo del Cielo. Abandonamos nuestros hogares cuando todavía éramos unos críos para pelear. Entregamos nuestra sangre. La mayoría de nuestros camaradas han

muerto. Y ¿por qué? Ahora el shogun ha abdicado. ¿Por qué? Que nos lo digan. ¿Por qué?

Sachi y Taki se volvieron, asombradas. Era el otro ronin, Shinzaemon.

Se quedaron todos callados. Todos tenían la impresión de haber hablado demasiado. Cuando los hombres volvieron a hablar, fue para decirles a las mujeres los nombres de los templos por los que pasaban y de las montañas que se elevaban en el horizonte. A veces cantaban o recitaban poemas. Pero nadie volvió a mencionar al emperador, al shogun ni la guerra.

El camino empezó a ascender por las montañas, y el paisaje cada vez era más escarpado. Subieron penosamente una montaña tras otra. Cada vez que llegaban, jadeando, a la cumbre de una montaña veían otra, aún más alta, alzándose ante ellos, cubierta de un bosque impenetrable. Sachi estaba agotada, pero también llena de júbilo, y gozaba respirando el aire del campo. El viento silbaba entre la larga hierba. Cada vez caminaban más deprisa, soplando en los dedos, cruzando los brazos sobre el pecho y metiendo las manos en las axilas para mantenerlas calientes.

El camino era más y más empinado, pero los viajeros no se atrevían a reducir el paso ni a descansar. Necesitaban llegar a Kano. Pero ¿qué encontrarían cuando llegaran allí? Sachi no quería ni pensarlo.

Llevaban diez días viajando cuando salieron de un bosque en lo alto de una montaña. Ante ellos, esparcidos por una lejana pradera, estaban los tejados grises y las sinuosas murallas de Kano. Al acercarse más vieron el castillo, que dominaba la ciudad con sus almenas y sus tejados de tejas, con delfines dorados en los extremos de las vigas; relucía bajo el sol como una miniatura del castillo de Edo, magnífico e imponente. Los hombres aceleraron el paso. Emocionados, les hablaron a las mujeres del famoso río de la ciudad, el Nagara, y de las deliciosas truchas que se pescaban en él.

Pero cuando traspusieron el enorme portal y entraron en las estrechas calles encontraron mansiones de samuráis abandonadas, con las puertas cerradas y trancadas, tan oscuras y tenebrosas que se diría que estaban habitadas por fantasmas. Kano parecía una ciudad fantasma. Los hombres se quedaron callados. Durante su ausencia había pasado algo muy extraño y muy malo allí.

Por fin llegaron a una gran mansión de aspecto ruinoso. Una mujer salió precipitadamente, secándose las manos en el delantal. Tenía una cara redonda, tierna y amable, con carnosas mejillas y generosos y sonrientes labios. Les hizo una reverencia tras otra para darles la bienvenida, sonriendo como una madre que recibe a los viajeros que regresan.

—Debéis de estar muy cansados. Por favor. Mi morada es muy humilde, pero pasad, por favor, y descansad.

Sachi y Taki se habían quitado las sandalias de paja y los tabi, y se estaban

limpiando los pies en el umbral cuando llegó un mensajero; la reluciente caja negra que llevaba sobre los hombros se balanceaba hacia uno y otro lado. Toranosuké cogió la caja, la abrió, leyó el mensaje y se lo pasó a Shinzaemon.

—Es de nuestros camaradas de Edo —dijo Toranosuké.

Las mujeres permanecieron calladas. Estaban ansiosas por saber más, pero no se atrevían a preguntar.

—Dicen que hubo un incendio en el palacio de las mujeres —continuó—, y que quedó completamente destruido. La mansión principal del clan Satsuma ardió el día siguiente, como represalia. Los sureños que le prendieron fuego al palacio han sido apresados. Confesaron que su intención era capturar a la princesa Kazu, pero fracasaron. Su Alteza y la Retirada lograron escapar.

—Benditos sean los dioses —susurró Sachi.

Los hombres la miraron. Hubo un largo silencio.

—Has sido muy valiente ocupando el lugar de la princesa —dijo Shinzaemon. Sachi nunca le había oído hablar con una voz tan suave—. Arriesgaste tu vida. Ya no tienes que ocultar tu rostro. Dinos, ¿cómo te llamas?

Sachi no contestó de inmediato. ¿Cómo se llamaba? ¿Era la Retirada Shoko-in, Yuriko o...?

—Sachi —contestó con vacilación. Y entonces lo repitió con firmeza—: Me llamo Sachi.

Volvió a notar los ojos de Shinzaemon escrutándola. Hasta ese momento sólo se había fijado en su enmarañado cabello y en sus fieros ojos, pero entonces reparó también en su despejada frente y en sus carnosos labios. Shinzaemon sonreía.



# TERCERA PARTE: EL CAMINO

## 5. LA CIUDAD FANTASMA

### I

La princesa estaba a salvo.

Sachi apenas había tenido tiempo de asimilar la noticia cuando empezó a salir gente de la casa para recibir a los recién llegados. Taki y ella quedaron olvidadas en medio del clamor.

—¿De verdad eres tú, Shin, bajo esa mata de pelo? —preguntó la mujer de la cara redonda.

Le hincó un dedo en las costillas, riendo y llorando a la vez. Shinzaemon sonrió y se ruborizó intensamente, como un crío, antes de volver a componer su ceñuda expresión de samurái.

Sachi estaba aturdida por el cansancio, y tenía la inquietante sensación de que había algo que no encajaba. Pese a la calurosa bienvenida, todos parecían tensos y alerta. De vez en cuando alguien miraba alrededor con nerviosismo. ¿Eran imaginaciones suyas, o la sombra del miedo se había reflejado en el rostro de aquella mujer? Casi de inmediato había desaparecido, y todos volvían a charlar animadamente.

—Fuera de aquí —dijo la mujer—. Todos adentro, deprisa.

Sachi creyó detectar un deje de apremio, casi de pánico, en su voz, pero lo atribuyó al cansancio y decidió que sólo eran imaginaciones suyas.

Una doncella acompañó a Sachi y a Taki al interior de la casa. Alumbrando el camino con una vela, las guió por un laberinto de oscuras habitaciones hasta una estancia de techo alto, situada en la parte trasera de la casa. Saludó con una reverencia y cerró la puerta corredera. Sus pasos se extinguieron poco a poco en el silencio.

Sachi y Taki, pequeñas y perdidas en aquella habitación tan grande, se acurrucaron junto a las brasas, casi apagadas, del hogar. Los tatamis estaban gastados; las puertas de papel, remendadas y vueltas a remendar. Sólo había un farol que daba

una luz tenue. Estaban solas, sin ni una sola criada que las atendiera.

Sachi pensaba en la expresión de temor de aquella mujer.

—Taki —dijo—, ¿has notado algo raro?

—Parecían un poco nerviosos —respondió Taki—. Al fin y al cabo, esos hombres son ronin. Abandonar el clan es un delito. Se considera traición. Si llaman mucho la atención, van a tener problemas.

Sachi asintió. Debían de tener buenos motivos para regresar.

—Volvemos a estar solas —murmuró—. Me estaba acostumbrando a ellos. Empezaban a parecerme de la familia, casi hermanos. Sin ellos me siento sola. ¿Verdad que es extraño?

Todavía notaba la mirada de Shinzaemon grabada en ella. ¿Eran eso también imaginaciones, o se había dado él la vuelta para mirarla por última vez cuando su familia se lo llevó?

—¿Cómo se atrevía a mirarte de esa forma? —dijo Taki con desdén, como si pudiera leerle el pensamiento a Sachi—. ¿Acaso creía que estabas a la venta, como una prostituta o una geisha? Por muy ronin que sea, no puede comportarse así con una dama de la corte. ¡Qué insolente! ¿Es que no tiene modales? Me alegro de que se haya marchado. Ya sé que es leal al shogun, pero eso es lo único bueno que tiene.

La indignación de Taki hizo sonreír a Sachi. Tenía razón. Con ese pelo, Shinzaemon parecía un animal salvaje, un oso o un lobo. No podía parecerse menos al único hombre que ella había conocido y al que había querido: el amable y noble Kiku-sama.

Eso sí era un hombre: culto, delicado, sensible. ¡Ojalá hubiera sobrevivido! Sachi habría sido su concubina toda su vida, la venerada segunda esposa. ¿Qué había dicho él? «Sé como el bambú. Deja que el viento te doble, pero no te rompas nunca.» Iba a tener que ser fuerte. Pero pensar en él y en todo ese hermoso y frágil mundo que se había perdido hizo que se le anegaran los ojos en lágrimas.

—Somos exiliadas —suspiró—. Estamos abandonadas a nuestra suerte.

Pensó en el príncipe de aquella historia, Genji el Reluciente, que tocaba la flauta, compungido, mientras las olas rompían en la orilla en la lejana Suma, a centenares de ri de la corte. «Sus mangas como las grises olas del mar», murmuró. Casi había olvidado los tiempos en que era una mimada concubina, sin nada que hacer todo el día más que leer poesía y practicar el canto y la danza, rodeada de un séquito de doncellas y criadas dispuestas a servirla en todo momento. Era como si esa vida no hubiera existido jamás.

Y allí estaba, en Kano, un lugar espantoso, desolado y azotado por el viento. Hasta la habitación olía a viejo. El frío y la humedad le roían los huesos. Por muchas prendas que se pusiera, una encima de otra, y por mucho que se acercara al fuego, no lograba entrar en calor. Le castañeaban los dientes. Tenía los pies helados bajo los

delgados tabi de algodón.

—Al menos sabemos que Su Alteza está a salvo —dijo Taki acercando sus delgadas manos al fuego—, y tú has cumplido tu misión. Ya no tienes que hacerte pasar por la princesa. Supongo que deberíamos volver a Edo e informar de lo ocurrido. Deben de estar esperándonos.

Taki tenía razón. Sachi era libre. No tenía que quedarse en aquella espantosa ciudad ni un solo minuto más. Pero Edo estaba llena de rebeldes sureños, como les había dicho Tsuguko. Y los caminos eran peligrosos; no podían ir hasta allí solas. Además, estaba cansada. Y Taki tampoco parecía dispuesta a dar media vuelta y volver enseguida. Ahora que estaba fuera del palacio, todo parecía diferente.

—Su Alteza ni siquiera sabe que estoy viva —susurró Sachi—. Ella me ordenó marchar. No le debo tributo a nadie más, sólo a ella. Y ahora esos lazos se han roto. Mi destino está en mis propias manos.

Hizo una pausa para respirar, asombrada de sus propias palabras, tan rebeldes. En el palacio había aprendido a decir siempre lo que era adecuado. Sabía qué tenía que decir, incluso sentir, en cada momento del día. Pero ahora las cosas habían cambiado.

Taki la miró con sus grandes ojos.

—No digas eso —dijo con severidad. La samurái que llevaba dentro afloraba en su chillona voz—. Estás olvidando cuál es tu deber. En este sitio horrible no hacemos nada. Esto es el fin del mundo. No podemos estar en deuda con gente así. Tenemos que volver a Edo, con los nuestros.

—Pero cuando la princesa me ordenó marchar, rompí mis lazos con ella —argumentó Sachi—. Tú también desobedeciste cuando me seguiste. Esos hombres prometieron protegernos, y ahora han desaparecido. Espero que vuelvan pronto.

Sachi nunca había visto a Taki tan preocupada como en ese momento. La ansiedad se reflejaba en su demacrada cara.

—No podemos quedarnos aquí —masculló Taki mirando con fijeza el raído tatami—. Somos demasiado sospechosas. Nuestro aspecto, nuestra forma de hablar... Todo. Pero tampoco podemos marcharnos solas. Somos mujeres, y estamos casi en Año Nuevo. El tiempo va a empeorar. Encontraremos todas las posadas cerradas. Y aunque consiguiéramos volver a Edo, ¿qué íbamos a hacer una vez allí? Ya vimos lo que pasaba en las calles.

—Hemos de esperar y averiguar qué está sucediendo en Edo —dijo Sachi con firmeza.

Alguien había entrado sus fardos y los había amontonado pulcramente en el pasillo que discurría por uno de los lados de la estancia. Hasta la cortesana de inferior categoría habría tenido al menos un baúl, y con toda seguridad, un séquito de soldados, doncellas, criadas, cocineras, sirvientes encargados de llevar los zapatos,

porteadores encargados de transportar la bañera, y cantidades ingentes de equipaje. Pero lo único que ellas tenían era un triste montón de cosas envueltas en unos rectángulos de seda basta.

—Tendremos que vender un vestido para pagar nuestra manutención —dijo Taki con melancolía—. Ni siquiera recuerdo qué ropa cogí.

Revolviendo en el montón, Sachi dio con el harapiento fardo que se había llevado de su pueblo. Estaba frío y húmedo. Se lo acercó a la nariz y cerró los ojos, aspirando los débiles y sencillos olores a humo de leña, miso y estiércol: los olores de su aldea, de su hogar. Eso la transportó al día en que la princesa había llegado allí. Recordaba que su madre se había dado la vuelta, que las lágrimas resbalaban por sus mejillas y que se las había secado con el dorso de las manos. Pero había otro olor mezclado con los olores de la aldea, un olor misterioso y sutil, parecido al elegante perfume de algunos nobles o algunas grandes damas.

Tiró del nudo del envoltorio de seda. La tela estaba medio podrida, y se desgarró antes de que Sachi la hubiera desanudado.

Dentro había un grueso rollo de brocado. Sachi lo miró, atónita. Aquello no era suyo; no lo había visto nunca. Lo sacudió un poco. Quizá hubiera algo dentro. Despacio, como un gran tronco descendiendo por el río Kiso, el brocado rodó sobre el tatami, desenrollándose.

Era una prenda del color del cielo un reluciente día de invierno, y tenía bordadas hojas y flores diminutas: delicados capullos morados de ciruelo, racimos de puntiagudas hojas de bambú y pinchudas ramitas de pino. Al desplegarse, iluminó la lóbrega habitación como si hubiera entrado en ella la luz del sol.

—Pino, bambú y cerezo —exclamó Taki—. ¡Es un traje de Año Nuevo!

Una muñeca de trapo cayó rodando de entre sus pliegues.

—¡La pequeña Semilla! —gritó Sachi, y agarró la muñeca, desteñida y gastada, hecha con dos bolsas de crespón rojo cosidas, rellenas de granos de soja; la más pequeña representaba la cabeza, y la más grande, el cuerpo.

Esa muñeca había sido el juguete favorito de Sachi. La abrazó y notó su blando peso en las manos. También había unas pocas sartas de monedas de cobre, atadas con hebras de cáñamo. Para cualquiera que viviera en el palacio, no tenían prácticamente ningún valor; sin embargo, ella sabía cuánto tenía que haberse sacrificado su madre para reunirías.

Taki estaba examinando la prenda de brocado.

—¡Qué brocado tan fino! —dijo pasando los delgados dedos por la tela—. ¡Es una túnica de cortesana! Debe de estar quebradiza después de tantos años.

La extendió sobre el raído tatami. Los grupos de hojas y flores formaban un paisaje. En uno de los hombros, la barandilla de un pabellón asomaba por detrás de las hojas. En las caderas había una valla de bambú con una rústica verja, y, debajo,

una cortina ondulada por una brisa imaginaria. Un arroyo plateado discurría por la espalda del vestido. Cerca del dobladillo había un carruaje como los de los nobles del período Heian. Los arreos estaban enroscados en el suelo, como si los bueyes se hubieran soltado aprovechando la ausencia de su amo, que quizá estuviera visitando a la dama imaginaria que vivía en aquel jardín.

—Es un michiyuki —murmuró Sachi—. Un abrigo largo. ¡Es un tesoro! ¡Lleva años en ese fardo, y nunca lo habíamos abierto!

Lo cogió con cuidado, temiendo que se despedazara al tocarlo. Se levantó, se lo echó sobre los hombros y se lo ató por la cintura con el gastado obi de algodón. Las dos capas de tela cayeron en cascada desde sus caderas, y la cola se arremolinó a sus pies.

Sachi se había transformado: ya no era una trotamundos con un andrajoso kimono de chonin, sino una dama de la corte más elegante de la tierra. Se deslizó por la habitación abriendo las faldas para mostrar el forro. Luego estiró ambos brazos y dio unos pasitos. La pesada tela oscilaba y brillaba, susurrando al rozar el gastado tatami.

—«Es la capa de plumas de un ángel» —cantó Taki con voz débil.

Era cierto. Parecía la capa de ángel que encontraba el pescador en la obra de teatro Noh.

—«Una capa que no podría llevar ningún mortal» —recitó Sachi recordando el siguiente verso.

¿Cómo era la historia? ¿No decía que sin su túnica de plumas el ángel no podría regresar al cielo? Suplicaba y rogaba, y al final el pescador cedía. Pero primero insistía en que el ángel bailara para él.

Por un instante, Sachi se encontró de nuevo en el palacio, una calurosa noche de verano. La atmósfera estaba cargada de incienso y del perfume de las flores. Las cigarras entonaban su estridente canto. Unas brillantes antorchas chisporroteaban y crepitaban, iluminando los jardines con sus enormes llamas amarillas. Bajo la atenta mirada de las damas, Sachi bailaba con unos movimientos tan lentos que eran casi imperceptibles, olvidándose de todo, concentrada en aquella apasionada historia y en las sensaciones de su cuerpo, que realizaba medidos movimientos. Las cantantes cantaban al son de los tambores. El recuerdo era tan vívido que le brotaron lágrimas de los ojos. Volver al sombrío presente supuso un duro golpe.

¿De dónde había salido aquel michiyuki? Tenía algo siniestro. Era demasiado bonito, demasiado seductor, como si perteneciera a una de esas mujeres de los cuentos de hadas que resultaban no ser mujeres sino zorros, o llevar cientos de años muertas.

—Pruébate —dijo Sachi desprendiéndose rápidamente de él.

—No puedo —dijo Taki—. Es un traje de concubina. Tienes que ponértelo tú.

—Pero ¿no lo entiendes? No es mío. No sé cómo ha ido a parar a mi fardo.

Levantó el cuello del michiyuki. Bordado en la parte de atrás del cuello había un emblema de seis lados con un dibujo de tres hojas estrechas. Había otro emblema en cada uno de los hombros.

—Ese emblema... —dijo Sachi—. ¿No lo has visto en algún sitio?

Taki ladeó la cabeza.

—Sí —contestó—. Pero no recuerdo dónde.

—No es mío —dijo Sachi con ímpetu—. Tenemos que deshacernos de él. Tenemos que averiguar de dónde ha salido y devolverlo.

Pero ¿cómo iban a hacer eso? Estaban a la deriva, perdidas en una ciudad que no conocían y sobre la que no sabían nada. Se miraron, impotentes.

Acababan de guardar los trajes cuando oyeron unos pasos que se acercaban a la habitación. Se abrió la puerta y apareció una cara sonriente. Era la mujer que había salido a recibirlos.

—¡Qué maleducados somos! ¡Os hemos dejado solas mucho rato! —exclamó al entrar arrodillada—. Debéis de estar congeladas. Por favor, bebed un poco de té y probad estos encurtidos. Los he preparado yo misma.

Tenía una voz áspera que recordaba al graznido de un cuervo, y hablaba con el mismo tono cantarín de Kano que los tres ronin.

Se presentó diciendo ser la tía de Shinzaemon, de la familia Sato. Sachi se fijó en sus destacados pómulos y en su directa mirada, que recordaban los de Shinzaemon, y enseguida sintió simpatía por ella. Era una mujer enérgica y práctica, con mucho sentido común. Pese a ser una samurái y una mujer de rango elevado, llevaba el cabello recogido en un sencillo moño y un poco alborotado, como si se lo peinara ella misma. Hacía mucho tiempo que Sachi no se encontraba ante alguien tan tranquilizador y maternal. Aquella mujer irradiaba serenidad y eficacia; parecía que nada pudiera sorprenderla, que estuviera acostumbrada a que aparecieran misteriosas damas que viajaban disfrazadas y se alojaban en sus habitaciones de invitados.

—Bienvenidas, señoras. Quedaos con nosotros el tiempo que queráis, por favor —dijo tía Sato inclinando la cabeza y sonriendo—. Mi sobrino, Shinzaemon, me ha pedido que me ocupe de vosotras. Haré todo lo posible para protegeros y para procuraros cuanto necesitéis para estar cómodas. —Y añadió—: Últimamente la situación es muy inestable en esta región. Será mejor que no salgáis de la casa y sus jardines. Estoy segura de que lo comprenderéis.

Sachi miró a Taki. Tenía razón: iban a tener que ser prudentes.

## II

Había mucha actividad en la casa. Las mujeres barrían, limpiaban y fregaban frenéticamente, como si creyeran que podrían ahuyentar la mala suerte del año anterior si frotaban lo suficiente. El polvo brillaba en el aire cuando levantaban los tatamis y los apoyaban contra las paredes para que se airearan, para luego volverlos a colocar en sus marcos con un ruido sordo. Terminaba el año viejo —el tercer año de Keio—, y empezaba un nuevo año, pero nadie se atrevía a predecir qué les traería.

Sachi y Taki se retiraron a su habitación, desde donde oían todo aquel ajetreo. Sachi apartó las persianas de madera para que la luz del sol inundara la sombría habitación. Salió a la galería.

—¡Ven a ver esto! —exclamó.

Fuera había un pequeño jardín de té. En otros tiempos debía de haber sido precioso, pero los sinuosos senderos, el estanque, las rocas cuidadosamente colocadas y la pequeña colina artificial habían desaparecido casi por completo bajo un manto de malas hierbas y musgo, y el desmoronadizo farol de piedra se había caído y estaba tirado en el suelo. Todo el jardín estaba espolvoreado de nieve.

—Qué bonito, ¿verdad? —comentó Sachi—. Wabi, ¿no crees?

—En el palacio nunca hubo un ejemplo tan perfecto —coincidió Taki.

Sachi había aprendido de sus maestras a reconocer el wabi —la belleza de la pobreza— y el sabi —la pátina de antigüedad que confería belleza a un cuenco de té o a una tetera de hierro—. Al principio, esos conceptos no tenían ningún sentido para ella. En el pueblo todo era viejo y pobre, pero nadie lo consideraba bello. Sin embargo, tras acostumbrarse a los lujos del palacio, comprendía lo relajantes que resultaban esas cosas tan sencillas. Aquel jardín era obra de la naturaleza y del tiempo, y no de los hombres. Y eso lo hacía aún más bello.

Las dos mujeres se echaron unas colchas sobre los hombros y se acurrucaron una junto a otra en silencio, empapándose de la melancolía de aquel paisaje que parecía reflejar todo lo ocurrido desde que abandonaran el palacio de las mujeres.

Había pasado un día entero y seguía sin haber señales de los ronin. Sachi y Taki habían empezado a aceptar que iban a quedarse un tiempo en aquella gran casa. Era un edificio lúgubre e intimidante, pero ya se estaban acostumbrando al crujir de las vigas y a los gélidos vientos que silbaban a través de las persianas y hacían vibrar las puertas de papel. Cuando paseaban por los jardines, ya no les sorprendía ver la hierba que crecía entre las tejas del tejadillo de la puerta principal, ni se sobresaltaban al ver pasar un zorro o un tejón entre la maleza.

Para Taki, que sólo conocía la vida de los samuráis de clase alta, Kano era una ciudad espantosamente provinciana. Allí se sentía desterrada, aislada de la



civilización. Como los fantasmas hambrientos, ambas estaban exiliadas de todos y de todo lo que les importaba. Echaban de menos el castillo —las magníficas habitaciones abarrotadas de mujeres, el bullicio y el cuchicheo constantes, el esplendor de las paredes con incrustaciones de oro y los techos labrados, los jardines de recreo, los pabellones de contemplación de la luna—. Y el espacio: el palacio de las mujeres tenía las dimensiones de una ciudad pequeña.

Al anochecer, la redonda y sencilla cara de tía Sato volvió a asomar por la puerta. La seguía una doncella que se tambaleaba bajo un montón de kimonos.

—Son unos míseros obsequios, pero os ruego que los aceptéis —dijo con su áspera voz, tapándose la boca mientras sonreía e inclinaba la cabeza—. Kimonos nuevos para el Año Nuevo.

Taki acarició la tela. Eran unos kimonos de algodón hilado a mano, de color marrón, añil, gris y azul grisáceo. Eran los kimonos más sencillos y más feos que había visto jamás. Hasta los bastos vestidos de chonin que llevaban puestos eran más elegantes.

—Esta noche vamos a ir a rezar —explicó tía Sato. Su amable rostro había mudado la expresión. Sus ojos denotaban fiereza, y apretaba la mandíbula en un gesto de tenacidad y determinación—. No podemos dejar de ir a rezar la víspera de Año Nuevo, pase lo que pase. No podemos escondernos aquí eternamente. La vida debe continuar. Será mejor que os vistáis como todo el mundo para no llamar la atención.

Tía Sato miró a las dos jóvenes como si quisiera asegurarse de que la habían entendido. Sachi recordó el miedo que había visto reflejarse fugazmente en su cara la primera vez que se vieron. Creía que habían sido imaginaciones suyas, pero ahora comprendía que no.

Sachi se probó un sencillo kimono de color gris. Era del estilo de los de los samuráis, pero no muy diferente de los que llevaba en la aldea, sólo que estaba nuevo en lugar de viejo y raído. Giró sobre sí misma, deleitándose con esa recién descubierta libertad. Le gustaba esa nueva personalidad suya, modesta. Con su sencillo peinado, sin adornos, con la cara sin maquillar y los dientes sin pintar, se sentía lozana como una niña. Se vio en el espejo: ni siquiera con ese sencillo kimono la habrían tomado por una esposa samurái.

Tía Sato la miró de arriba abajo.

—No sé qué hacíais en Edo —dijo—, pero por aquí no podéis pasearos, a vuestra edad, con los dientes sin pintar. Tanto si estáis casadas como si sois solteras, resultaría extraño. Ahora mismo os envío a la doncella.

Esa noche, un tanto cohibidas con sus burdos kimonos, Sachi y Taki salieron de su habitación. En medio de la gran sala había un hogar con un fuego encendido. El humo flotaba como una neblina y hacía que se les pusieran los ojos llorosos.

Unos hombres con haori y pantalones plisados hakama daban vueltas alrededor del hogar, soplándose en las manos y frotándose las. Llevaban la parte superior de la cabeza afeitada y moños untados con aceite, como los samuráis. No se veía por allí a ningún greñado ronin. Las mujeres iban vestidas con prendas de color marrón, gris y añil, de modo que Sachi y Taki no desentonaban en absoluto. Todo el mundo parecía extrañamente apagado. Hablaban en voz baja, como si no pasara nada, pero de vez en cuando unas miradas se encontraban, y de pronto se producía un silencio. Sólo los niños, con kimonos limpios de fiesta, correteaban y gritaban, excitados. Sus gritos resonaban al rebotar en las negras vigas del techo.

En el palacio, un grupo como aquél habría emanado nubes de perfume, pues cada persona habría llevado su mezcla particular. Pero allí sólo olía a algodón recién lavado, al aroma de camelia de la pomada con que los hombres se untaban el moño y a humo de leña.

El día de Año Nuevo del año anterior había sido muy diferente. Taki le había preparado a Sachi un kimono nuevo de seda blanca con capullos de ciruelo, bambú y pino bordados con hilo de plata, y con grullas y tortugas, que simbolizaban la longevidad, en la espalda. Habían pasado la mañana visitando a las viudas; por la tarde le habían hecho compañía a la princesa, con la que habían escrito poemas y habían echado una partida tras otra del juego de las cartas de poesía. Y allí estaban, en aquella deprimente ciudad, bajo una misteriosa amenaza. ¿Dónde estaba la princesa? ¿Qué hacía? Sachi respiró hondo. Era mejor no pensar en esas cosas; era mejor no pensar en nada.

A la hora de la rata, el momento más oscuro de la noche, sonó la primera campanada en un templo cercano. Todos guardaron silencio. Los niños empezaron a contar: «Uno. Dos. Tres.» Habían llegado a ciento ocho cuando las campanas dejaron de tocar. Los adultos volvieron a mirarse unos a otros. Hubo una larga pausa. Uno a uno, fueron desfilando hacia la entrada lateral de la casa. Sachi y Taki siguieron a tía Sato. Se pusieron unas chaquetas acolchadas y se taparon la cabeza y la cara con pañuelos, de modo que sólo se les vieran los ojos.

Fuera, el estrecho callejón serpenteaba entre sólidas paredes de tierra coronadas con tejas de arcilla. La gente iba haciendo ruido con los zuecos de madera; todos caminaban en la misma dirección. El humo que salía de sus faroles se mezclaba con el vaho que echaban por la boca.

Aquí y allá resplandecía una mancha de luz amarillenta, rompiendo la línea del muro, y un enorme portal surgía en la oscuridad, señalando la entrada de una mansión samurái. Fuera había faroles encendidos. De los aleros colgaba una cuerda sagrada con una corona de helechos y una naranja, y a ambos lados de los postes del portal había sendas tinajas con tallos de bambú y ramas de pino.

Llegaron a un portal que estaba cerrado y con el cerrojo echado, en el que no

había faroles encendidos ni objetos decorativos. Se habían formado montones de hojas secas en los rincones, como si nadie hubiera entrado por él desde hacía meses. Reinaba un silencio sepulcral. Pasaron todos mirando al suelo, como si mirar aquello pudiera acarrearles también a ellos ese espantoso destino.

Una niña de carita redonda como la luna y ojos enormes e inocentes iba trotando al lado de Sachi. Llevaba dos coletas en lo alto de la cabeza que se agitaban como alas de mariposa. Detrás de ella iba una mujer menuda y de aspecto nervioso, cabizbaja y con los hombros caídos. Sachi la había visto andar por la casa como un fantasma; daba la impresión de que no se sentía cómoda allí y de que no quería que la viera nadie. Pensó que debía de ser la maestra de los niños.

De pronto la niña rompió el silencio.

—Hahane! ¡Madre! —dijo—. ¿Cuándo volveremos a casa? ¡Quiero volver a casa!

Tiró de la manga de la chaqueta de Sachi y añadió con desparpajo:

—Ésa es nuestra casa. ¿Lo ves? En la puerta pone Miyabe. Así es como nos llamamos. Pronto volveremos a casa.

—Yu-chan —dijo la mujer con ternura. Hacía mucho tiempo que Sachi no estaba con niños y que no oía ese término afectivo para dirigirse a las niñas pequeñas, chan—. Cállate, pequeña Yu. No molestes a nuestra venerable huésped.

La mujer se enderezó y levantó la cabeza, revelando un rostro refinado y hermoso, con pequeñas mejillas y unos grandes y tristes ojos.

—Es verdad —agregó en voz baja pero con claridad, con una voz orgullosa y desafiante—. Lo sabe todo el mundo. Es nuestra casa. Es... —Hizo una pausa—. Era nuestra casa.

—Tonterías, prima —dijo tía Sato volviéndose y cogiéndola por el brazo—. No digas esas cosas.

Poco después pasaron al lado de otro portal cerrado y sin iluminar. Se habían desprendido algunas tejas del tejado, que estaban tiradas en la calle, y había agujeros en las paredes de barro y paja. Donde deberían haber estado los edificios anexos sólo había espacios vacíos. Más allá se veía la oscura silueta de una mansión, silenciosa y vacía, fantasmagórica. Vieron otra casa parecida, y otra, y otra. La mitad de las casas de esa calle estaban a oscuras y cerradas. Eran como ojos ciegos, como agujeros en una dentadura sana. Sachi miraba alrededor, horrorizada, y se preguntaba qué terrible desgracia habría sucedido allí.

Los jardines del santuario de Hachiman, el dios de la guerra, estaban abarrotados de gente. Había mucho humo y succulentos aromas que provenían de unos pequeños puestos donde unos individuos corpulentos, con los hombros tatuados y pañuelos anudados en la cabeza, preparaban fideos de Año Nuevo y bolas de arroz, pulpo y calamares, pregonando sus productos a voz en cuello. Los juerguistas reían, gritaban

y se daban empujones, recibiendo el Año Nuevo con una taza tras otra de humeante sake. Unos perros escuálidos circulaban entre la gente, olfateando en busca de comida.

—Toda esta gente me pone nerviosa —dijo Taki arrugando la nariz y retirándose, asqueada, mientras un grupo de chonin borrachos pasaba a su lado tambaleándose—. Ya sé que son gente del campo, pero aun así, que los samuráis se mezclen con plebeyos como éstos... ¡Hasta las mujeres samurái! Nunca había visto nada parecido. ¿Es que no tienen sentido del decoro?

Sachi también buscaba entre los jueguistas preguntándose si vería a algún greñado ronin. Necesitaba saber qué estaba pasando en Edo. Pero no veía a los tres hombres por ninguna parte. Eso no la sorprendió: habría sido una temeridad que unos forajidos como ellos se hubieran dejado ver en público.

Los niños habían formado un corro alrededor de tía Sato. Le tiraban de las manos, de las faldas, de cualquier parte de su cuerpo que pudieran alcanzar.

—¡Abuelita, abuelita! ¡Danos dinero! —gritaban—. Queremos ir a rezar por la victoria.

Subieron corriendo la empinada escalera de piedra que conducía al santuario y se metieron por la enorme puerta de madera, perdiéndose de vista. Volvieron al cabo de un rato; cada uno llevaba en la mano una flecha con plumas blancas en la punta.

—Para que tengamos buena suerte —dijo con solemnidad un niño de cara regordeta, agitando su flecha por encima de la cabeza.

—Y para que consigamos la victoria —dijo Yuki agitando sus dos coletas.

—Lo que necesitamos no es la victoria, sino la paz —murmuró tía Sato meneando la cabeza.

Echó un vistazo a la multitud; la expresión de su cara era tensa y crispada. La madre de Yuki dio una pequeña cabezada.

### III

A la mañana siguiente, la primera del Año Nuevo, Sachi y Taki se reunieron con

los demás en la gran sala. Había hombres y mujeres, adultos y niños. Durante unos días, las fronteras que los separaban a unos de otros desaparecerían.

Los hombres estaban repantigados por ahí como si se encontraran en su casa; de sus gruesos trajes de color índigo asomaban unas piernas peludas, y fumaban una pipa de tabaco tras otra. Habían dejado sus espadas largas en la puerta, pero todavía llevaban la espada corta en la cinturilla. Estaban relajados, pero atentos.

Alguien sacó una baraja de cartas de poesía. Tía Sato las dejó a un lado, frunciendo el entrecejo, y dijo:

—Prima, ¿no me dijiste que tenías una baraja buena?

La madre de Yuki estaba arrodillada en un rincón. Se levantó de un brinco, como un conejo asustado, y salió corriendo; volvió con dos barajas de cartas. Tía Sato repartió una baraja poniendo las cartas boca arriba sobre el tatami, mientras la doncella colocaba unas largas velas en el centro. Todos, se acercaron a mirar. Las cartas eran de un papel muy bonito: granulado, grueso y rígido. En cada una había dos versos escritos con una caligrafía de trazos asombrosamente firmes y elegantes.

—¡Un maestro calígrafo! —murmuró Sachi.

—Es la caligrafía de mi padre —dijo la pequeña Yuki con orgullo mirando a Sachi con sus enormes e inocentes ojos.

Con su kimono de llamativos colores, con largas y anchas mangas, parecía más que nunca una mariposa.

—El padre de Yu-chan es un calígrafo muy famoso —explicó tía Sato.

Hubo un largo silencio. Al ver que los demás agachaban la cabeza y que su semblante se ensombrecía, Sachi no se atrevió a preguntar por qué no participaba él en aquella reunión. Yuki se le arrimó y, en voz baja, dijo:

—¿Conoces «Cien poemas de cien poetas»? Es mi juego favorito.

Tío Sato, el esposo de tía Sato, se sentó con las piernas cruzadas. Su enorme barriga sobresalía tanto que casi le tapaba la cinturilla. Tenía la cabeza muy redonda y una reluciente calva, y lo observaba todo atentamente con unos ojillos escondidos entre los gruesos párpados.

Le lanzó una sonrisa a la pequeña Yuki, cogió la segunda baraja, la barajó y escogió una carta. Parecía muy pequeña en su enorme mano. Recitó, con voz grave, los primeros versos de un poema:

*Si sólo para soñar  
una noche de primavera  
hago de tu brazo mi almohada...*

Todos se inclinaron hacia delante, examinando las cartas dispuestas en pulcras hileras sobre el tatami. Yuki estiró un bracito y cogió una carta.

—¡Suo! —chilló—. ¡Es Suo!

Leyó en voz alta los dos últimos versos con su aflautada voz:

*Cómo me arrepentiré  
de haber manchado mi nombre.*

Cuando Yuki hubo pronunciado las últimas sílabas, la habitación volvió a sumirse en el silencio, y sus palabras quedaron suspendidas en el aire. Los adultos, turbados, miraban fijamente el tatami. Sachi miró alrededor y se preguntó si ese poema tendría alguna relación con lo que le había pasado a la familia de Yuki.

De pronto todos empezaron a hablar otra vez, casi con demasiada premura. Como si quisiera disimular la turbación general, tío Sato puso la carta que sujetaba en la manita de Yuki. La niña se la mostró a Sachi.

Debajo del poema había un diminuto retrato de la poetisa Suo. Era una dama con cara de muñeca del período Heian; estaba lánguidamente reclinada, con la pequeña cabeza asomando de su túnica de doce capas, de llamativos colores. Su cara era una mancha blanca con dos puntos que representaban los ojos y una boca. Pero las cejas, en la parte alta de la frente, le daban una expresión de desdén. La lujosa túnica y el aire de melancólica resignación le recordaron a Sachi, inevitablemente, a la princesa Kazu. La princesa y sus damas —y también Sachi— solían vestir así. Sachi recordó las discusiones que había tenido con la Retirada y sus damas, que vestían a la florida moda de Edo. Hasta hacía poco, la forma de vestir de unas y otras parecía muy importante, pero ya no. El palacio se había incendiado. Sachi necesitaba saber dónde estaba la princesa y cómo estaba celebrando el Año Nuevo.

Yuki la miraba con interés.

—¿Tú te vestías así cuando vivías en Edo? —preguntó.

—No —mintió Sachi tragando saliva. Le temblaba la voz. Intentó sonreír y añadió—: Me vestía más o menos como aquí.

Nadie debía saber nada sobre el palacio ni sobre la vida que llevaban allí. Ése era su secreto, y debían guardarlo con celo.

Tío Sato cogió otra carta y leyó la primera mitad del poema con su grave voz. Antes incluso de que hubiera terminado, Yuki había dado un grito y había cogido la carta donde estaba escrita la segunda mitad. Leyó los versos, triunfante. Taki también estaba inclinada sobre las cartas, con un brazo estirado; se tomaba el juego tan en serio como Yuki. Al poco rato, ambas tenían un montoncito de cartas a su lado.

Cuando sólo quedaban unas pocas cartas por emparejar, se oyeron ruidos al otro lado de la entrada lateral. La pesada puerta de madera se abrió de par en par y entró una fría ráfaga de viento que hizo parpadear la llama de las velas. Los criados corrieron a coger los mantos y las espadas de los recién llegados.

La gran sala se llenó de gente. Estaban todos arrodillados, saludándose con reverencias.

—Son mi hermano y su familia —dijo tía Sato, sonriente, con la elegancia propia de una buena anfitriona. Pero Sachi no pudo evitar detectar un deje de tensión en su voz—. Ya conoces a Shinzaemon, claro.

Sachi levantó su abanico para taparse la cara y mirar, curiosa, desde detrás de él. No había olvidado la sonrisa de Shinzaemon. El joven estaba más acicalado. Llevaba el enmarañado cabello recogido en una cola de caballo, y tenía las bronceadas mejillas recién afeitadas. Sin su caballo y su larga espada, parecía incómodo y fuera de lugar. Se quedó allí plantado, con el ceño fruncido, como si hubiera preferido estar en otro sitio.

Tía Sato presentó a Sachi y a Taki al padre de Shinzaemon —un individuo corpulento y de aspecto severo—, a su madre —menuda y de voz suave—, a su hermano mayor —un joven con gafas— y a su esposa. Sachi nunca había pensado que un personaje rebelde como él pudiera tener una familia respetable y educada, pero la tenía.

Shinzaemon fue el siguiente en ser presentado. Sachi estaba de rodillas junto a Taki, con la vista clavada en el suelo. Quería levantar la cabeza para ver esos ojos que la habían mirado con tanta insolencia, para ver si había una chispa en ellos, para saber si también ahora la miraba. Le habría gustado decirle: «Prometiste que nos protegerías, pero no hemos vuelto a verte.»

Pero no lo dijo, por supuesto. Mantuvo la cabeza agachada y murmuró educadamente:

—Gracias por protegernos.

Taki se tapó la cara con las manos y no dijo nada.

—Lo siento —murmuró él—. Me gustaría poder hacer algo más por vosotras.

Esa formalidad no encajaba con él. De pronto hubo un gran alboroto, y los hijos de tía Sato se apiñaron alrededor de Shinzaemon.

—¡Primo Shin! —gritó una voz atronadora. Era Gennosuke, el hermano mayor—. ¡Cuánto tiempo sin verte!

—¿Dónde has estado? —preguntó otro—. ¿Qué ha pasado con tu pelo? ¿Es así como se peinan en Edo?

—Ya va siendo hora de que te lo cortes —gritó el que había hablado primero—. Te necesitamos aquí. Nosotros también luchamos, ¿sabes? ¿Qué hay de ese duelo que me prometiste?

—Cuando quieras —contestó Shinzaemon con su áspera voz—. No tienes ninguna posibilidad.

Todos rieron.

—Ya veo que no has cambiado —dijo la segunda voz.

—Por aquí —dijo tío Sato, poniéndose trabajosamente en pie, y condujo a los hombres a sus dependencias.

Mientras las doncellas preparaban sake y comida para los invitados, las mujeres recogieron las cartas para echar otra partida. Los niños pronto se concentraron en el juego.

La menuda y regordeta madre de Shinzaemon entabló conversación con las recién llegadas. Parecía mentira que aquella mujer de hermoso rostro fuera la madre de Shinzaemon. Como todos los habitantes de aquella extraña ciudad, la angustia se reflejaba en su mirada.

Tía Sato se arrodilló a su lado.

—Tu hijo ha crecido —comentó.

Sachi se inclinó sobre las cartas, fingiendo interesarse por el juego, pero no podía dejar de escuchar. Estaba muerta de curiosidad.

—Ya no es un crío —dijo la madre de Shinzaemon, que tenía un fuerte acento de Kano. Parecía triste y resignada—. Ha manchado de sangre su espada.

—¿Cuánto tiempo ha pasado ya? ¿Tres años? ¿Cuatro?

—Fue antes de que empezara a haber problemas. Pensábamos que no regresaría nunca. Al menos no ha hecho caer en desgracia a la familia. Su padre lo ha reprendido severamente, pero no hay forma de hacerlo entrar en razón. No quiere escuchar a su padre, y mucho menos a mí.

—En este mundo no hay sitio para los que no se adaptan —dijo tía Sato sacudiendo la cabeza—. El martillo aplasta el clavo que sobresale.

Sachi había oído ese proverbio un millar de veces, pero ese día las palabras le produjeron una profunda aprensión. Sin duda alguna, un ronin era un clavo que sobresale.

—Siempre fue un luchador. Se pasaba el día practicando con la espada en lugar de leer libros —dijo su madre dando un suspiro.

—Es un buen espadachín —replicó tía Sato con firmeza—. Uno de los mejores.

—Necesitamos a hombres como él —admitió su madre—. Si sobrevivimos, ya habrá tiempo más tarde para los libros. Me estremece pensar qué pasará ahora, ahora que el señor...

Tía Sato le puso una mano sobre la rodilla para prevenirla; ambas miraron a la madre de Yuki —estaba arrodillada en un rincón, retorciéndose las manos y contemplando las cartas, pensativa— y se callaron.

Sachi no era la única que había escuchado esa conversación. Taki también lo había oído todo. Sachi se inclinó hacia ella y le susurró:

—Tengo que hablar con Shinzaemon antes de que se marche. Necesito saber qué está pasando en Edo. Esos tres nos han traído, y tienen que ayudarnos a salir. No podemos quedarnos aquí para siempre.



Taki arqueó las cejas y la miró con gesto burlón. Sus grandes ojos expresaban desaprobación. Sachi sabía muy bien que una dama como ella no debía hablar con un hombre. En todo caso, era Taki quien debía dirigirse a él. Pero a Sachi no le importaba.

Las doncellas estaban cerrando las persianas y encendiendo las lámparas, y las mujeres ya se habían cansado de jugar con las cartas de poesía. De pronto se oyeron unos fuertes gritos.

—¡Mocoso insolente! ¿Dónde está tu sentido del deber? —Era tío Sato—. Si no fueras el hijo de mi hermano, desenfundaría ahora mismo mi espada.

—Iré al norte cuando lo estime conveniente, y no antes —contestó la voz de Shinzaemon—. Tengo un trabajo que hacer aquí. Me gustaría haber regresado antes.

Sachi se puso en pie y corrió hacia el vestíbulo. Shinzaemon, enfurecido, estaba poniéndose la larga espada en el cinto y echándose un manto sobre los hombros.

—Maestro Shinzaemon —dijo con voz débil.

Él se dio la vuelta, sorprendido.

—Disculpadme —dijo ella—. Os agradecería mucho que nos hicierais una visita cuando tengáis noticias. Necesitamos saber si la situación se ha calmado en Edo. Eso nos ayudaría mucho.

Shinzaemon se paró en seco. Miró a Sachi con fijeza, recorriendo su cara y su pelo con la mirada, deteniéndose en cada una de sus facciones: la pequeña nariz, los rosados labios, el blanco cutis, los verdes ojos.

Sachi hizo un esfuerzo y rompió el hechizo bajando la vista y mordiéndose el labio.

—Por supuesto —dijo él, y dio una brusca cabezada—. Así lo haré.

Entonces se abrió la puerta y Shinzaemon salió a la oscura calle.

## IV

Al principio, Sachi y Taki escuchaban, esperanzadas, por si oían a tía Sato o a la doncella correteando por la casa para anunciar que Shinzaemon o Toranosuké estaban

en el vestíbulo. Cada vez que se abrían las puertas, levantaban la cabeza, expectantes. Pero siempre resultaba que iban a llevarles la comida, a hacerles la cama o a invitarlas a la gran sala para charlar con las otras mujeres.

Poco a poco iban acostumbrándose a su nueva vida. Sus espléndidos kimonos — el único recuerdo que tenían de la vida que habían llevado en el palacio— estaban guardados en hatillos, acumulando polvo. Sachi intentaba no pensar en esa otra extraña prenda que se había llevado, sin saberlo, de su aldea. Pero cuando veía con el rabillo del ojo el pañuelo de seda con que estaba envuelta, creía verla relucir en el interior, como una brasa. Ciertamente parecía la capa de un ángel. Era demasiado bonita. La asustaba, como si estuviera encantada.

Para entretenerse, le enseñaba a Yuki poemas de la Nueva colección de poemas clásicos y modernos. La enseñaba como la princesa la había enseñado a ella, haciéndole recitar los poemas una y otra vez hasta que pudiera hacerlo sin pensar. Estaba asombrada de lo rápido que aprendía la pequeña. A Yuki le gustaban sobre todo los poemas del monje Saigyō. «Son tan trágicos —decía—. Me ponen muy triste.»

Además, Sachi, como hacía la princesa, escribía todos los poemas con su mejor caligrafía para que la niña los copiara. En el palacio no sólo había aprendido el hiragana, el silabario que todas las mujeres necesitaban dominar, sino también los caracteres chinos en que estaba escrita la literatura clásica. Empezó a enseñárselos también a Yuki, pese a que tía Sato argumentaba que si la niña recibía una educación demasiado buena, nadie querría casarse con ella.

—¿Dónde está tu esposo? —le preguntó un día Yuki con su habitual franqueza—. ¿Se ha ido, como mi padre?

—No tengo esposo —respondió Sachi, desprevenida.

—¿Por eso no tienes hijos? —insistió Yuki.

Tenía razón. Era inusual que una mujer madura como Sachi no tuviera hijos, y más aún que todavía no se hubiera casado. Sachi tenía dieciocho años. Como todos los demás, había añadido un año a su edad el día de Año Nuevo.

—No puedo casarme —explicó Sachi con dulzura—. Estoy demasiado lejos de mi casa. Cuando vuelva con mi familia, mi padre buscará una casamentera.

—Pero entonces serás demasiado vieja —objetó Yuki.

Sachi asintió. Esas palabras le produjeron un profundo desasosiego.

Pero ¿dónde estaba su hogar? En este mundo, todos tenían un hogar. Pero Taki y ella eran como hierbas flotando en un estanque, separadas de sus raíces, o como fantasmas celosos, suspendidos entre un mundo y el siguiente. Necesitaban volver al palacio de Edo o con sus familias. No podían seguir escondiéndose, viviendo sólo a medias para siempre, por muy amables que fueran sus anfitriones.

Todos los días —a veces con Taki, a veces sola—, Sachi cogía una colcha y salía

a la galería. Se sentaba y contemplaba el jardín, meditando sobre el extraño destino que las había llevado a Taki y a ella allí, e intentando imaginar qué les depararía el futuro.

## V

Poco después de los festejos de Año Nuevo, cuando estaban retirando las decoraciones para quemarlas, el cielo se cubrió de nubes grises. Empezaron a caer unos enormes copos blancos, lentamente al principio, y cada vez más deprisa. Esa tarde, cuando Sachi salió a la galería, los árboles, las rocas y el farol de piedra caído componían un misterioso paisaje de fantasmagóricas y blancas figuras, cubierto por una gruesa capa de nieve. Se tapó con una colcha y se sumergió en aquella quietud.

De pronto se oyó un ruido. Sachi se sobresaltó. Debía de ser el crujido de los tallos de bambú al doblarse bajo el peso de la nieve. O quizá fuera un animal, o un espíritu. Nadie iba nunca a esa parte de los jardines. Aquél era su escondite secreto; suyo y de Taki.

—Señora —susurró una voz—, no tengáis miedo.

Una figura surgió de las sombras junto a la casa; iba tan abrigada que sólo se le veían los ojos. Fue hacia ella haciendo crujir la nieve, dejando un rastro de huellas con la marca de la trama de sus botas de paja. Siguió a lo largo de la valla de mimbre hasta que estuvo tan cerca de ella que Sachi veía el vaho que echaba por la boca. Reconoció de inmediato aquellos penetrantes ojos negros y aquella grave voz. Era Shinzaemon.

Sachi se enderezó y se ciñó la colcha.

—Esto es muy indecoroso, señor. —Habló en voz baja, mirando nerviosa por encima del hombro.

Quizá Taki estuviera en la habitación que tenía a sus espaldas y pudiera hacerles de carabina. Pero la habitación estaba vacía. Sachi no supo decidir si se alegraba o se lamentaba de que Taki no se encontrara allí.

—Necesito veros a solas —murmuró él con apremio—. Hay espías por todas

partes.

Se quedó un momento allí plantado, trasladando el peso del cuerpo de una pierna a otra, mirando al suelo, con una mano en el puño de la espada. Ahora que no había nadie alrededor, parecía menos seguro de sí mismo. El que estuvieran allí un hombre y una mujer, solos, era una situación inconcebible. Era algo completamente insólito. Hasta cuando Sachi se había acostado con el shogun había habido damas de honor en la habitación.

—Le estamos muy agradecidas a vuestra familia, señor —balbuceó Sachi, sin saber muy bien qué decir.

—Lo siento —replicó él—. No debí traerlos aquí. Fue un error, un terrible error. Prometí protegerlos, pero he fracasado. Pensé que esta casa podría ser un refugio. Pero me equivocaba. Aquí no estáis a salvo; nadie lo está. El daimio... Todos nosotros somos leales a los Tokugawa. Pero el daimio actual...

Bajó un poco más la voz y miró alrededor, como si incluso en aquel jardín, tapiado, sobre el que caían unos gruesos copos de nieve, pudiera haber alguien escuchando. Sachi se inclinó hacia delante y aguzó el oído. Estaban tan cerca que notaba el calor de su cuerpo y veía cómo su aliento movía el pañuelo que le tapaba la cara. Al respirar, percibía un débil olor a sudor, mezclado con olor a humo de tabaco y a polvo. Ese olor tan primitivo, tan natural, tenía algo que le produjo un escalofrío.

—El actual daimio es... un hombre sin honor. Se negó a enviar tropas cuando el shogun se lo pidió. Ha estado esperando para ver de dónde vendría el viento. Quiere asegurarse de que está en el bando ganador. Mi primo era... es uno de sus consejeros. Ha hecho cuanto ha podido para persuadirlo de que lo correcto es apoyar al shogun, pero entre los consejeros del daimio hay hombres muy poderosos que son partidarios del sur.

Su primo... ¿Cómo podía ser...?

—¿Por eso habéis venido? ¿Para ayudar a vuestro primo?

—Fui estúpido. Nosotros somos ronin. Aquí hay hombres que nos matarían si pudieran. Pero Toranosuké, Tatsuemon y yo decidimos volver.

—Así que veníais hacia aquí...

—... cuando nos encontramos con vuestro palanquín. —Asintió con la cabeza—. Como servidores de Su Majestad, era nuestro deber protegerlas. Pero también necesitábamos volver aquí cuanto antes. Creíamos que éste todavía sería un refugio seguro para vosotras, pero...

Bajó la mirada y frunció el entrecejo. Más allá de los aleros, caía una densa cortina de nieve.

—Vuestro primo... —dijo Sachi con un hilo de voz; de pronto lo entendió y le dio un escalofrío—. El padre de Yuki...

Sintió una punzada de dolor al imaginar la radiante y esperanzada cara de la

niñita. No se atrevía a hacer más preguntas.

Los oscuros ojos de Shinzaemon se entrecerraron.

—Crecimos juntos. Es como un hermano para mí. Es un buen hombre, un hombre de honor.

—Y ahora...

—Está en la cárcel. —Sachi se sobresaltó—. El daimio decidió apoyar a los sureños. Mi primo ha sido condenado a muerte. He intentado liberarlo. Todos los días voy a las puertas de la cárcel. Creo que todavía hay esperanzas.

—Fue por culpa nuestra —dijo Sachi, horrorizada—; por culpa nuestra tuvisteis que viajar más despacio y no llegasteis aquí a tiempo.

Él sacudió la cabeza.

—Habríamos llegado demasiado tarde de todas formas —murmuró—. El daimio ha dado carta blanca a los sureños. Ha habido una purga. Los ronin del sur ejecutan a cualquier sospechoso de apoyar al norte. Además, aprovechan la situación para resolver viejas rencillas. Muchos han sido encarcelados o asesinados; familias enteras han sido eliminadas y sus nombres han sido tachados del registro. Hasta ahora han dejado en paz a mi familia, pero nadie sabe cuándo les llegará el momento.

Hizo una pausa, como si ordenara sus ideas.

—Como damas de la corte de Su Majestad, corréis un grave peligro aquí. Fuimos nosotros quienes os trajimos, y es nuestra responsabilidad que no sufráis daño alguno. No salgáis de la casa bajo ningún concepto. Nos marcharemos tan pronto como podamos.

Impresionada por sus palabras, Sachi miró con fijeza la única parte del cuerpo de Shinzaemon que veía: sus ojos. Una fuerte mano reposaba en el puño de la espada. Incluso allí estaba preparado para cualquier eventualidad. El dorso de su manto estaba espolvoreado de nieve. Detrás de él, el jardín relucía, blanco y fantasmagórico. Las ramas de los árboles y los altos tallos de bambú oscilaban y se doblaban bajo el peso de la nieve.

Hubo un largo silencio.

—No sé nada de vos —dijo Shinzaemon—. Y no soy nadie para hacer preguntas. Sólo sé que sois una dama del palacio del shogun. Cuando tuvimos el privilegio de proporcionaros ayuda, viajabais en el palanquín imperial. Como leales servidores de Su Majestad, nuestro deber es protegeros por todos los medios que tengamos a nuestro alcance.

Sachi asintió. Se sentía como en trance.

—Una vez que salgamos de aquí, nuestro destino estará en nuestras propias manos —dijo recordando quién y qué era—. No os sintáis en la obligación de ayudarnos. Pero os agradeceremos que nos aconsejéis acerca del estado de los caminos.

—No puedo dejaros marchar solas —insistió él—. Es demasiado peligroso. Os escoltaremos hasta donde queráis ir.

Shinzaemon mudó la expresión, y Sachi se percató de que la miraba abiertamente, incluso sonriendo. Debería haberse enojado por su atrevimiento, pero en lugar de eso se derritió bajo su mirada.

—Vuestros ojos... —murmuró él—. Son finos como las hojas de miscantus, y... verdes. Verde oscuro. Perdonadme, sólo soy un tosco ronin. Jamás pensé que llegaría a ver a alguien tan... Jamás imaginé que conocería a alguien... —Miró al suelo e hizo unas marcas en la nieve con la punta de su bota de paja.

«Perdonadme —murmuró—. No soy nadie para hablarle así a alguien como vos. Pero aquí estamos. Debe de ser el destino. Él nos ha unido. El karma nos ata.

Frunció el entrecejo, como si supiera que había ido demasiado lejos.

—Tengo que marcharme —gruñó, y se dio la vuelta con brusquedad, como si algo tirara de él contra su voluntad—. Volveremos a vernos aquí.

## VI

Se acercaba la fiesta del setsubun, la celebración que señala el primer día de la primavera, cuando se lanzan granos de soja. Tía Sato abrió de par en par las puertas de la habitación de Sachi y Taki. Las dos jóvenes, que estaban leyendo juntas, levantaron la cabeza, sobresaltadas. Tía Sato estaba sin aliento, y llevaba el pelo más alborotado de lo habitual.

—Han venido Shinzaemon y el maestro Toranosuké, señoras —anunció entre jadeos—. Quieren veros. Dicen que es urgente. Si queréis, puedo llevarles un mensaje, o puedo hacerlos de carabina.

Sachi dijo con firmeza:

—Los recibiremos. Quédese aquí, por favor.

Los dos hombres y el joven Tatsuemon esperaban en el vestíbulo; las espadas asomaban por debajo de sus gruesos mantos de invierno. Tío Sato estaba con ellos; llevaba unos impecables pantalones hakama, tenía la redonda cabeza

inmaculadamente afeitada y el pelo untado con aceite y recogido en un rígido moño, como correspondía a un elegante e íntegro samurái. Comparados con él, los tres ronin, con la cabeza sin afeitar y con las lustrosas colas de caballo atadas con cordón morado, parecían unos salvajes.

Todos estaban ceñudos. Pero no era el típico gesto de los samuráis. Se apreciaba en sus miradas algo que inquietó a Sachi.

Toranosuké dio un paso adelante y saludó con una inclinación de cabeza. Sachi había olvidado que debajo de aquella barba incipiente se escondía un hombre atractivo de delicadas facciones.

—¿Qué noticias tenéis? —preguntó la joven, eludiendo el intercambio de cumplidos de rigor—. ¿Cómo están las cosas en Edo?

—Le ruego que nos disculpéis por nuestra rudeza —dijo Toranosuké lentamente—. Tenemos informes, pero las noticias son confusas. Es posible que haya habido una batalla al sur de Kioto.

—¿Al sur de Kioto? —repitió Sachi con un grito ahogado.

—Cerca de las ciudades de Toba y Fushimi. Todavía no tenemos muchos detalles. Nos han dicho que los enfrentamientos duraron tres días. Hubo cientos de muertos y heridos. Los batallones del norte lucharon con valentía, pero... Es posible que haya habido insubordinación. Nuestros hombres...

Tres días de enfrentamientos. Y por su tono de voz, parecía que los norteños habían sido derrotados.

Sachi miró a Shinzaemon, temiendo que él hiciera algún gesto que delatara su secreta entrevista, pero él seguía ceñudo.

—¿Queréis saber qué nos han contado? —gruñó interviniendo en la conversación.

Empleaba el basto lenguaje de los hombres, el dialecto de Kano. Resultaba extraño —y extraordinario— tener acceso al mundo de los hombres, estar presente mientras ellos hablaban de guerra y de política, asuntos sobre los que las mujeres, normalmente, nunca oían hablar. Por un instante Sachi sintió una secreta emoción, como una niña que escucha la conversación de los adultos.

—Os lo contaré —prosiguió él—. El tercer día, nuestros hombres se retiraron al castillo de Osaka para reagruparse. Se reunieron en la gran sala y suplicaron al señor Yoshinobu que dirigiera personalmente las tropas en la batalla. —Sachi sabía que el señor Yoshinobu había abdicado de su cargo de shogun; ya no gobernaba todo el país. Pero seguía siendo el jefe de la casa de Tokugawa y el señor feudal de los clanes del norte, que peleaban para contener el avance de los sureños—. Sabían que si él se ponía al mando serían invencibles —continuó Shinzaemon—. La mitad de esos hombres resultaron gravemente heridos. Algunos habían perdido algún miembro. Pero todos estaban deseando volver al campo de batalla y liquidar a los traidores sureños de una vez por todas.

—Basta, Shin —bramó Toranosuké—. ¡Recuerda dónde estás!

—Déjame terminar —gruñó Shinzaemon—. El señor Yoshinobu juró que se pondría a la cabeza del ejército al día siguiente. Y entonces... —Hizo una pausa, y sus labios compusieron una mueca de desprecio—, entonces huyó con unos cuantos de sus consejeros. Por lo visto, había un paso secreto que conducía al puerto. Cuando llegaron allí, ni siquiera encontraron su barco, así que se escondieron en un acorazado extranjero.

Tenía el rostro colorado, como si fuera a estallar de rabia e indignación.

—¿Un acorazado extranjero? —preguntó Sachi con voz temblorosa.

—Un barco americano. Zarparon hacia Edo al día siguiente.

—¡Ha huido! —dijo Sachi.

Era espantoso, pero encajaba. Estaban hablando del hombre que le había arrebatado el trono a su amado shogun, el hombre que lo había deseado tanto que no había vacilado en ordenar el envenenamiento de su predecesor. ¿Lo tendría todo planeado desde mucho antes?

Sachi creía que sólo lo había pensado, pero lo había dicho en voz alta. Shinzaemon la miró.

—Huyó, sí —dijo asintiendo con la cabeza—. ¡Qué vergüenza!

—¡Basta! —gritó tío Sato. Tenía una mano en el puño de la espada—. ¿Es que no tienes lealtad? Todo eso son sólo rumores. ¿Cómo te atreves a explicarlo como si fuera una certeza?

—Quizá haya una explicación —terció Toranosuké tratando de calmarlos a ambos—. Dicen que el señor Yoshinobu planea librar una última batalla en Edo.

—Está en Edo ahora —dijo Shinzaemon con desdén—. Ya lo sabes, has visto los informes. Y tú también, tío Sato. Todo el mundo se burla de él. «Ha vuelto corriendo porque le da miedo luchar, y ha dejado a sus hombres en la estacada.»

Tío Sato estaba a punto de estallar.

—¿Y tú te crees lo que dicen esos plebeyos? ¿Te atreves a adivinar las intenciones del señor Yoshinobu?

—Él tampoco es nuestro amigo, tío Sato. Lo sabes muy bien —replicó Shinzaemon—. Pero pelearé hasta la muerte por él. Sé cuál es mi deber.

—Así que han derrotado a los norteños... —dijo Sachi.

Necesitaba convencerse de ello. Quizá si repetía muchas veces esas palabras comprendería por fin qué significaban.

—Eso significa que los sureños controlan Kioto. Y todo el sudoeste —dijo Shinzaemon.

Hubo un largo silencio.

—¿Y Edo...? —dijo Sachi.

—Edo está sumido en un caos absoluto —dijo Toranosuké—. No hay nadie que



imponga orden. Hay ladrones y bandidos por todas partes.

—Los soldados del señor Yoshinobu están viniendo a montones desde Osaka y lo saquean todo a su paso porque no les han pagado —continuó Shinzaemon.

—Los sureños han distribuido panfletos en los que dicen que va a haber guerra y que la gente debería abandonar la ciudad —dijo Toranosuké—. Los habitantes huyen al campo con sus pertenencias; las calles están llenas noche y día.

—¿Y el castillo? —preguntaron Sachi y Taki al unísono.

Ante los ojos de Sachi pasó una imagen del palacio, de las mujeres y de la princesa, su amada princesa.

—Que nosotros sepamos, sus ocupantes están a salvo.

—¿Tenéis informes?

—La verdad es que no, no tenemos informes. Pero si fuera de otro modo, nos habríamos enterado.

—Los sureños estarán planeando su avance —dijo Shinzaemon—. Tienen buenos generales y armas inglesas. Si toman Edo, tendrán el país dominado.

—Y en Kano nadie va a impedirselo —gruñó tío Sato—. No si el daimio se sale con la suya. Lo único que podemos hacer es dirigirnos hacia el norte e intentar frenar su avance.

Miró a las mujeres como si acabara de percatarse de su presencia.

—Ya sé que sólo somos estúpidas mujeres —dijo tía Sato—, pero nosotras también podemos luchar. No lo olvidéis.

—Ese señor Yoshinobu es escurridizo como una anguila —dijo Shinzaemon—. Nadie sabe a quién apoya realmente ni qué hará a continuación.

Cuando los hombres se hubieron marchado, Taki se quedó a hablar con tía Sato. Llegaban mensajeros. En la gran sala todo el mundo hablaba a gritos y discutía acaloradamente.

Sachi volvió a su habitación, cogió una colcha y salió a la galería. Entre la nieve, que había empezado a derretirse, asomaban pedazos de musgo y el contorno de las piedras del sendero. El farol caído todavía estaba cubierto de nieve, y se apreciaban las diminutas huellas de los pájaros que habían pasado por encima. Un cuervo graznó y se posó aparatadamente en un árbol, derramando una lluvia de nieve entre las ramas. Sachi se sentó y contempló las fantasmagóricas siluetas de los árboles mientras el cielo iba oscureciéndose a medida que caía la noche.

Oyó un débil ruido. Una figura, con la cabeza y la cara envueltas en un pañuelo, caminaba con brío bordeando la casa. Se dirigió hacia Sachi haciendo crujir la nieve; se movía con la agilidad de un gato. De debajo de su manto asomaban dos espadas. El hombre se acercó a la galería. Sachi, consternada, notó que se le aceleraba el pulso y que el rubor teñía sus mejillas. Apoyó las yemas de los dedos en la pulida madera

de la barandilla y agachó la cabeza.

—Maestro Shinzaemon —murmuró bruscamente, desconcertada por su propia confusión.

—Disculpadme por entrometerme —dijo él en voz baja.

Sachi notó, aliviada, que se le enfriaban las mejillas.

—Hemos de prepararnos para partir de inmediato, Señora —dijo él. Sus negros ojos destellaban sobre los pliegues de la tela que le tapaba la cara, y tenía las cejas fruncidas—. Estamos en guerra, Señora. Los sureños están concentrando sus ejércitos. El pueblo de Edo se prepara para un asedio. El señor Yoshinobu... Ya conocéis su decisión, Señora, y la confusión en que nos ha dejado a nosotros y a nuestra causa. Disculpad mi franqueza, Señora. Ya sé que pertenecéis a la corte de Su Majestad, pero... El señor Yoshinobu se ha propuesto destruirnos. Está haciendo todo lo posible para que dejemos de defendernos de los sureños, que son sus enemigos. No sabemos qué hacer, Señora. Nadie entiende a qué juega. Pero nuestro honor nos obliga a luchar para defender a los Tokugawa.

Sachi asintió, pensativa, aunque apenas prestaba atención a lo que Shinzaemon estaba diciendo. Esa voz, tan áspera y fiera, tan grave y vibrante, tan diferente de una voz de mujer, la llenaba de un secreto placer y hacía que se le acelerara el pulso. Todos los demás se comportaban como debían y decían lo que debían, pero él no. A él no parecía importarle lo que pensara la gente.

—Decidme la verdad —dijo Sachi inclinándose hacia él—. ¿Qué os han contado?

—Dicen que los sureños controlan al joven emperador y que dictan edictos en su nombre. Según cuentan, el último día de la batalla desfilaron bajo el estandarte imperial, y se hacían llamar «ejército imperial». Han tildado al señor Yoshinobu de traidor y de enemigo del emperador. Por eso él se negó a luchar. Pero a nosotros no nos importa lo que haga el señor Yoshinobu. Nosotros hemos jurado lealtad a los Tokugawa. Los defenderemos pase lo que pase.

—Los sureños son más indeseables de lo que yo imaginaba —susurró Sachi.

—Cuando era joven, estaba convencido de que serviría ciegamente a mi señor hasta el día de mi muerte —prosiguió Shinzaemon—. Pero ahora ni siquiera sabemos quiénes son nuestros líderes. ¿Cómo podemos ser servidores leales?

—¿Qué me proponéis, señor? —preguntó ella bajando la mirada.

El corazón le latía con fuerza. Intentó controlar su voz, hablar con firmeza, con ímpetu, como debía hablar una dama de su posición.

—De momento los caminos están tranquilos, Señora —contestó él—. En Edo no hay más problemas que en otros sitios. El castillo se aseguró después del incendio; se reforzaron sus defensas. Ahora es inexpugnable; hay tantos soldados dentro que se ha convertido en la mayor fortaleza del país. Si hay algún lugar seguro, es el castillo de Edo. Mis camaradas y yo estamos cansados de esperar. Necesitamos volver al frente.

Cuanto antes podamos eliminar a unos cuantos sureños, mejor. Hemos decidido ir a Edo para unirnos a la resistencia. Si queréis volver allí, os escoltaremos.

»Me crié aquí, en Kano —continuó, como si hablara solo—. Solía venir a este jardín para practicar con la espada con mis primos. Es extraño volver.

Escudriñó el rostro de Sachi, acariciándola con la mirada como si quisiera retener su imagen para siempre. Ella sonrió. Parecía que estuvieran caminando otra vez por las montañas, como hermano y hermana. Pero no. No era nada de eso; no eran hermano y hermana.

Shinzaemon miró al suelo. Se agachó y le acercó algo a Sachi. Ella tendió una mano, sin pensar lo que hacía, y lo cogió. Sus manos se rozaron un instante. Sachi notó el tacto de la áspera piel del espadachín. Entonces él se dio la vuelta y se alejó rápidamente.

Sachi tenía en la mano una diminuta flor blanca. Era una orquídea silvestre.

## 6. LAS PUERTAS DE LA CÁRCEL

### I

La nieve se estaba derritiendo, y empezaban a aparecer puntiagudas hojas de bambú y parches de oscuro musgo. Aquí y allá, las orquídeas silvestres brillaban como pequeñas y blancas estrellas. En el ciruelo, los capullos se estaban hinchando, y unas pocas flores de cinco pétalos, de color berenjena, refulgían ya en las retorcidas ramas.

Desde el día que mantuvo aquella conversación con Shinzaemon en la galería, Sachi tenía el equipaje preparado y estaba lista para partir. Taki le había pedido a tía Sato que le llevara el menos valioso de sus trajes a un comerciante para venderlo o, como mínimo, empeñarlo. Pero tía Sato se negó a hacerlo. Dijo que ella les prestaría dinero; al fin y al cabo, iban a irse con Shinzaemon, y él era de la familia. Ya le devolverían el dinero cuando todo hubiera vuelto a la normalidad. Pero no habían vuelto a saber nada de Shinzaemon. El silencio era cada vez más alarmante.

En la casa, la vida continuaba como siempre. Pero algo había cambiado. Quizá que la gente andaba más deprisa, o que hablaba en voz más baja, o que se sobresaltaba cada vez que se abría la puerta principal. O que todo el mundo parecía estar muy atento, como si fuera a suceder algo espantoso. Hasta la maternal tía Sato parecía inquieta.

Pero había otra cosa que ocupaba el pensamiento de Sachi. Una y otra vez metía una mano en la manga del kimono y sacaba la orquídea silvestre que le había regalado Shinzaemon. La había guardado allí para no perderla. La miró, mustia sobre la palma de su mano. Recordó cómo la había mirado Shinzaemon; él debía de saber que era inaceptable comportarse de esa forma con una mujer respetable, y más aún con una mujer de su rango. Sachi debería estar indignada, pero no lo estaba. Cada palabra que él había pronunciado resonaba en su mente como una campana al dar las horas. Cuando cerraba los ojos, veía su cara.

Sachi sabía muy bien que ninguna mujer decente debía estar a solas con un

hombre; y mucho menos ella, que estaba comprometida con el difunto shogun para el resto de sus días. Había hecho votos sagrados. Habría sido descabellado imaginar que pudiera desobedecer a sus superiores o tomar otro camino que no fuera el que le habían marcado. Ese otro camino sólo podía conducirla al desastre.

Y sin embargo... Estaban en guerra. Las cosas eran diferentes. Nadie sabía quién era ella. Y ¿quién sabía si cada uno de ellos viviría o moriría? Sachi suspiró. Le habría gustado poder ver a Shinzaemon una sola vez más para preguntarle qué había querido decir.

Se acercaba la hora de la serpiente y las doncellas ya se habían llevado las bandejas del desayuno, pero Yuki todavía no había aparecido para tomar su clase de poesía. Desde que había despertado, Sachi tenía la sensación de que algo iba mal. En lugar de los rutinarios ruidos domésticos de todas las mañanas, Sachi oía correteos, ruidos metálicos y gritos.

Sonó un melancólico lamento; provenía de las criptomeras que crecían junto a la mansión. Sachi se sobresaltó. Parecía el gemido de una caracola llamando a los soldados a la guerra, y por un instante la joven creyó estar de nuevo en Edo. Pero sólo era el ululato de un búho.

Entonces se abrió la puerta. Yuki entró y se arrodilló. Saludó a Sachi con una cabezada, y sus coletas se desplazaron hacia delante.

—Lo siento —susurró.

—¿Qué pasa? —preguntó Sachi.

La niña tenía los ojos muy abiertos y la miraba con fijeza. Estaba pálida y ojerosa como un fantasma.

—Mi madre... ha desaparecido. Se ha ido a casa, estoy segura. No me dejan ir a buscarla. ¡Ayúdame, por favor!

Intentaba mantener la compostura propia de una samurái, mordiéndose los labios para que no le temblaran. Las últimas palabras que dijo fueron casi un sollozo.

Sachi la miró, horrorizada. ¿Qué podía significar que se había ido a casa? Entonces recordó la casa abandonada que habían visto el día de Año Nuevo. Le cogió una mano a la niña y se la apretó.

—¿Qué te hace pensar que se ha ido a casa, Yu-chan? —preguntó con apremio.

—Lo sé. Esta mañana...

Tía Sato había seguido a la niña. Su rostro, impenetrable como una máscara, parecía labrado en piedra.

—Basta, Yu-chan —dijo con aspereza—. Ten paciencia. Tu madre volverá.

Tenía los labios fuertemente apretados y sus oscuros ojos parecían opacos. Ya no era la risueña tía Sato que Sachi conocía.

—Tengo que encontrarla —dijo la niña con fiereza—. Iré yo sola, no me importa. Sachi la miró y dijo:

—Yo te acompañaré.

En silencio, Sachi y Yuki se pusieron ropa de abrigo y se calzaron unos zuecos. Era la primera vez que Sachi salía a la calle desde Año Nuevo. La nieve, al fundirse, había cubierto las calles de barro. Había nieve sucia amontonada junto a las paredes. La niña arrastró a Sachi tirándole de la mano. Pasaron ante un gran portal con tejadillo, donde un par de criados montaban guardia, y luego por otro. Entonces llegaron a un portal con un letrero de madera que rezaba «Miyabe». No estaba muy lejos, pero las casas eran tan grandes y los muros tan largos que parecía que hubieran caminado muchísimo.

La noche de Año Nuevo, el portal estaba cerrado y con el cerrojo echado. Ahora estaba abierto de par en par. La niña le soltó la mano a Sachi y echó a correr antes de que pudiera impedirselo.

Sachi la siguió. En lugar de una pulcra extensión de grava, como en la casa de Sato, los jardines eran una jungla de árboles y arbustos abandonados, medio enterrados bajo la nieve. Sachi vio a la niña correr entre la maraña de plantas que había a uno de los lados de la casa y la siguió tan aprisa como pudo, tropezando con ramas, pasando entre arbustos y trepando por rocas. Las ramas se le enganchaban en la ropa, como si intentaran retenerla. De los árboles caían lluvias de nieve que le empapaban la ropa.

—¡Yu-chan! —gritó—. ¡Espérame!

Pero Yuki ya había desaparecido por la puerta lateral.

La puerta estaba medio podrida, y se habían desprendido algunas tablas. Sachi apretó los puños hasta que se le clavaron las uñas en las palmas, respiró hondo y fue detrás de Yuki.

Las persianas estaban cerradas. En la oscuridad, Sachi oía los pasos de la niña y su aflautada voz gritando: «Hahaue! Hahaue! ¡Madre! ¡Madre!» Corrió tras ella, levantando nubes de polvo del enmohecido tatami. Había montones de hojas secas que le rozaban los pies, y las telarañas estiraban sus tentáculos y se le enganchaban en la cara y en las manos. Todo estaba impregnado de un olor a moho y a humedad.

Sachi se paró para escuchar. Ya no oía la voz ni los pasos de la niña.

A lo lejos se veía un destello de luz. Sachi miró alrededor, temerosa, como si esperara ver el fantasma de una mujer deslizándose como el humo, gimiendo y arrancándose mechones de negro cabello. Se suponía que era una samurái y que no le temía a ningún enemigo mortal. Pero un lugar como aquél no podían habitarlo mortales.

—¿Yu-chan? —Oyó su propia voz temblando en el silencio.

Fue de puntillas hacia la habitación más alejada. Las persianas estaban abiertas. A través de las puertas de papel vio que la habitación estaba inundada de luz. Unas cortinas de seda, blancas como la nieve recién caída, ondeaban en el umbral.

Volvió a mirar. Había una mancha roja en las cortinas. En medio de la habitación había una figura vestida de blanco. La madre de Yuki estaba medio arrodillada y medio tumbada boca abajo. Su negro cabello, suelto, estaba esparcido por el suelo, y junto a él, Sachi vio una daga manchada de sangre en el suelo.

Yuki estaba abrazada a su madre, aferrada a ella como si no pensara soltarla nunca. Reinaba un silencio sepulcral. Un olor empalagoso impregnaba la atmósfera.

Pese a su entrenamiento de samurái, Sachi sintió una sacudida de horror, como si le hubiera caído un rayo. Tragó saliva y giró la cabeza; cerró los ojos y respiró hondo.

Imaginó a la madre de Yuki barriendo aquella habitación hasta dejarla inmaculada, limpiando meticulosamente el altar, extendiendo la seda sobre el tatami y rezando por última vez. Debía de haber serenado su mente, debía de haber envuelto el puño de la daga, con mucho cuidado, con un trozo de papel; debía de haberse arrodillado y haberse atado los tobillos para asegurarse de que conservaría la dignidad incluso después de muerta. Se habría clavado la daga en el cuello con precisión y economía de movimientos, con modestia y en silencio, sin alborotos, con una especie de sereno júbilo. Era un suicidio de libro, una muerte de la que estar orgullosa.

Sachi sintió una profunda admiración, casi envidia. Sabía, porque era una samurái, que debía estar preparada para morir en cualquier momento. Conocía el procedimiento. Confiaba en que, cuando llegara su hora, también ella pudiera morir así.

Sin embargo, al ver aquel cuerpo sin vida sintió un horror que ningún razonamiento podía paliar. Ver a aquella mujer dulce y encantadora reducida a una masa inerte le produjo náuseas.

Se fijó en un daguerrotipo que había en el altar, a uno de los lados de la habitación. En el palacio había algunos retratos, pero no esperaba ver uno en un sitio tan destartado y remoto como aquél. Era una imagen de dos personas: un hombre y una mujer de pie, lado a lado, muy erguidos, mirando al frente con fijeza. La mujer era la madre de Yuki. Miró al hombre. ¡No podía ser! ¿Era... Shinzaemon? Llevaba la cabeza afeitada y el cabello untado con aceite y recogido en un moño, a la moda de los samuráis, pero Sachi reconoció los marcados pómulos, los fieros ojos y el cuadrado mentón. Sorprendida, se acercó a mirar. Pero no, no era Shinzaemon, aunque el hombre del retrato se parecía mucho a él.

Junto al retrato había dos rollos de papel atados con cintas. Uno estaba dirigido a tío Sato, y el otro, a Yuki. Sachi los cogió, y la nota para Yuki se abrió. Era muy breve.

«Hija mía —había escrito su madre—, debes ser valiente. Cuando seas mayor lo entenderás. No puedo soportar la vergüenza de la muerte de tu padre. Me corresponde estar a su lado. Sé una verdadera samurái y lleva el apellido Miyabe con orgullo.»

Despacio, arrastrando los pies, volvieron a la mansión de los Sato. Iban cubiertas de polvo, telarañas, sangre y mugre. Shinzaemon las esperaba en el vestíbulo. Estaba cabizbajo, con los anchos hombros caídos, y tenía los ojos sin brillo.

Al verlas se enderezó. Miró a la niña y dijo:

—Lo siento.

Yuki lo miró. Le temblaba la barbilla y tenía los ojos llenos de lágrimas, pero su rostro parecía de piedra. Sachi se percató de que la pequeña estaba haciendo todo lo posible para no mostrar su debilidad y no llorar, a pesar de todo.

Sachi nunca había visto a Shinzaemon comportarse con tanta amabilidad. Le habría gustado cogerle una mano y decirle: «No es culpa tuya. Hiciste cuanto pudiste.»

Sus miradas se encontraron. Él era tan valiente, tan fuerte. Si había alguien que sabía qué hacer, era él. Sachi tendría que depositar en él su fe.

—Todo ha terminado —dijo Shinzaemon—. Los sureños se han puesto en marcha, y el daimio de Kano está decidido a demostrarles su lealtad. Como damas de la corte del shogun, corréis un grave peligro. Nosotros también. Nos vamos inmediatamente.

—Tengo que preparar el funeral de mi madre —dijo Yuki con frenesí. Eran las primeras palabras que pronunciaba desde que habían vuelto de la casa de su familia—. Debo ocuparme de sus cenizas y rezar por su espíritu. Soy la única superviviente de la casa de Miyabe. —Miró alrededor, como si hubiera olvidado algo. Tenía el ceño fruncido y los ojos rojos e hinchados. De pronto le cambió la expresión, y sus facciones se relajaron—. Tengo que vengar a mi padre —dijo con firmeza.

—Si te quedas aquí, te matarán —dijo Shinzaemon—. La casa de Miyabe ya no existe. Terminó cuando arrestaron a tu padre. Ya no hay casa, ni estipendio, ni nada. Prometí a tu padre que me encargaría de ti. Debes venir con nosotros.

## II

Partieron al despuntar el alba. La noche anterior se habían despedido y habían



dado las gracias, y era más seguro emprender el viaje sin mucha ceremonia. Todos sabían que las posibilidades de que volvieran a encontrarse en esa vida eran escasas.

Al cerrar la puerta por última vez, Sachi sintió una punzada de tristeza. Si bien la habitación que habían ocupado en la casa de tía Sato era pequeña y fría, había sido para ellas una especie de hogar.

Soplaba la fría brisa del amanecer. Las mujeres se ciñeron las prendas de abrigo. Iban vestidas de la forma más discreta posible, con sencillas ropas de chonin. Se habían calado bien los sombreros de viaje de paja para esconder su pálido cutis y sus facciones aristocráticas. Sólo se llevaron unas pocas mudas de ropa y una túnica cada una para venderlas si necesitaban dinero. Sachi también se había llevado el misterioso michiyuki de brocado. Pusieron sus alabardas en unas cajas. Los hombres iban a caballo, con sus dos espadas en el cinto. Pero no llevaban emblema. No había nada que indicara a qué clan pertenecían ni a quién eran leales.

El plan consistía en evitar la ruta Tokaido, la ruta principal para llegar a Edo. Los sureños enviarían sus ejércitos por ese camino y estaría lleno de soldados. Los hombres decidieron ir por caminos secundarios, más tranquilos, hasta que se hubieran alejado de Kano, y entonces conectar con la ruta Nakasendo. Era un camino mucho más largo que atravesaba terreno montañoso muy escarpado, pero habría menos posibilidades de encontrarse con tropas sureñas. Todos los integrantes del grupo sabían que iban a pasar por territorio hostil, y que se meterían en la boca del dragón. Algunos de los dominios por los que tenían que pasar eran presuntamente amigos, pero ya nadie podía estar seguro de en qué bando estaba cada cual. Los clanes cambiaban de filiación con la misma facilidad con que cambiaba el tiempo.

Se dirigieron hacia el noreste de la ciudad, la dirección de donde provenían los espíritus malignos, donde estaban los terrenos de ejecuciones y la prisión. Shinzaemon y Toranosuké habían buscado porteadores, palanqueros y caballos de carga para los primeros ri, hasta que llegaran al siguiente pueblo de posta, y un par de literas cubiertas, que apenas merecían que las llamaran palanquines, para llevar a las mujeres. Eran unos vehículos endebles con delgadas paredes de paja entretejida y con cortinas de juncos que tapaban los agujeros cuadrados que servían de ventanas. Sachi y la pequeña Yuki se balanceaban en silencio, abrazadas. Iban como atontadas, oyendo el crujido de la vara y el chapoteo de las sandalias de paja de los palanqueros caminando por el barro. El viento silbaba al introducirse entre las paredes de paja y entre las capas de ropa acolchada de sus prendas de algodón.

Yuki levantó una de las cortinas y vio pasar la ciudad. Todavía no había salido el sol, pero las calles ya estaban muy concurridas. Al principio circularon entre los altos muros de tierra que bordeaban los sombreados callejones de los barrios de samuráis. Al cabo de un rato empezaron a filtrarse en la litera los acres olores a humo de leña y a comida. Oían cacareos de gallo y ladridos de perro. Cuando pasaron por el barrio de

los artesanos, los oyeron tallar, labrar, cepillar y cincelar, y distinguieron el olor a laca caliente.

Entonces les llegó otro olor, que fue filtrándose lenta pero implacablemente, hasta envolverlo todo como la niebla. Era tan extraño y desagradable que Sachi retrocedió de miedo. Hacía muchos años que no lo olía, y sin embargo lo reconoció de inmediato. Era como si volviera a ser una niña y estuviera en su aldea jugando con los otros niños. Recordó que algunos eran más pequeños y estaban raquíticos y desnutridos; tenían la piel bronceada y siempre mugrienta. Sus raídas ropas y sus extraños y anchos sombreros estaban impregnados de ese mismo olor nauseabundo. Sachi oyó la voz de su madre resonando en sus oídos: «Ese olor... Hueles a ese olor. Has vuelto a jugar con los parias. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo? Son impuros. Sus padres conviven con los muertos. Las personas decentes no se acercan a ellos.» Ella también había aprendido a rehuir a los que realizaban los trabajos que la gente decente rechazaba: curtir pieles, deshacerse de las carcasas de los animales y ejecutar a los condenados.

Taki iba en la segunda litera. Seguro que alguien como ella, que había llevado siempre una vida tan protegida, nunca se había acercado a gente como aquélla. Sachi sabía que debía de estar horrorizada, muerta de miedo de contaminarse.

Yuki estaba apoyada en la pared de la litera. De pronto se enderezó y chilló:

—¡Alto! ¡Alto!

Al instante, Shinzaemon bramó: «¡Alto!» Los palanquineros bajaron la litera al suelo. Yuki ya estaba apeándose de ella.

Sachi se inclinó hacia delante, y luego se echó hacia atrás tapándose la cara con el velo. El hedor era insoportable. Olía a carne putrefacta, el olor del osario. A través de la puerta de la litera, abierta, vio un par de enormes puertas de madera. Clavadas en unas tablas sujetadas por unos postes había una hilera de extraños objetos redondos. Algunos tenían pelo, largo y enmarañado, como el de los fantasmas. Otros, aunque despeinados, todavía tenían el pelo recogido en un moño de samurái. Tenían los ojos cerrados y las mandíbulas flojas. Eran cabezas humanas. Un líquido oscuro goteaba todavía de alguno de los cuellos cortados.

Las caras eran de color gris y estaban inmóviles, como figuras de arcilla; pero, pese a estar muertos, aquellos cadáveres tenían nobleza. Bajo cada uno de ellos había una tabla de madera donde estaba inscrito su nombre, su edad, su lugar de nacimiento y su crimen. Ignorando las náuseas, Sachi intentó discernir cuál de ellos tenía algún parecido con el rostro que había visto en el daguerrotipo. ¡Qué vergüenza! Aquélla era una muerte terrible para un samurái.

Yuki, con su pequeño kimono de niña y con sus dos coletas, y el corpulento y musculoso Shinzaemon, con su mata de cabello recogido en una cola de caballo, se quedaron plantados lado a lado, contemplando las cabezas.

Finalmente Yuki asintió y dijo:

—No se parece mucho a Padre.

Hubo un largo silencio.

—Un día os vengaré —añadió la niña.

Su aflautada voz era dulce pero feroz.

—Se nota que eres hija de un samurái —le dijo Shinzaemon—. Tu padre estaría orgulloso de ti.

### III

No había tiempo que perder. Avanzaban en silencio; Yuki iba sentada con la vista al frente, y con el semblante tan inexpresivo como el de los desdichados que habían visto en las puertas de la cárcel. Sachi la abrazó; temía que la niña no volviera a hablar nunca.

Shinzaemon y Toranosuké cabalgaban juntos, hablando en voz baja. Sachi alcanzó a oír algunas palabras que arrastró el viento.

—Un control. Podrían ser sureños.

Sachi levantó la cortina y miró afuera. Iban balanceándose por una calle estrecha, bordeada por altos muros de tierra. Al final había una inmensa puerta de madera. Sachi bajó la cortina y permaneció callada, sin atreverse apenas a respirar. Sabía que tío Sato había conseguido salvoconductos —una tablilla para cada uno, con la firma y el sello de las autoridades de Kano—. Pero ¿estaría atendido el control por la vieja guardia, leal al shogun, o la habrían reemplazado los sureños? Si los guardias eran sureños, lo más probable era que los arrestaran y los escoltaran de nuevo hasta Kano. Sachi se dio cuenta, presa del pánico, de que podían acabar junto al padre de Yuki en las puertas de la prisión.

Se oyó crujir de pies sobre la grava cubierta de nieve helada, y entrecocar de espadas y rifles; los soldados habían rodeado las literas. Sachi oyó a Shinzaemon y a Toranosuké desmontando de sus monturas. A lo lejos se oía el golpeteo de cascos de caballos acercándose.

—¿Eres tú, Aoyama? ¿Va todo bien?

Shinzaemon conocía a los guardias. Eran camaradas. Sachi dio un suspiro de alivio.

—¡Vaya! ¡Pero si son Shin y Tora! ¿Adónde vais?

—Al interior —respondió Toranosuké con aire despreocupado.

—¿Viajáis con mujeres? Muy listos. Nadie sospechará que sois ronin si ven que lleváis mujeres. Entonces ¿no vais a Aizu?

—Tendréis que esperar un poco —gruñó otra voz—. Se acerca una milicia.

Un escuadrón de caballería pasó al trote por las grandes puertas de madera. Varios de los jinetes llevaban armadura completa, visible bajo las chaquetas de seda de llamativos colores. La luz invernal se reflejaba en las vainas de sus espadas, en sus pendones y en sus lanzas. Algunos llevaban yelmo con feroces cuernos, y tenían la cara tapada por unas máscaras de hierro con bigotes. Expulsaban pequeñas nubes de vaho, como si fueran dragones, y unos mechones de pelo blanco y negro les colgaban hasta la cintura. Eran como demonios de una pesadilla.

Eran soldados que se dirigían al frente. Pero ¿en qué bando estaban? Sachi supuso que debían estar escoltando a algún personaje noble y poderoso, pero no había palanquín, sólo un grupo de jinetes apiñados en el centro. La retaguardia la formaban una hilera de caballos de carga con enormes fardos y una tropa de jóvenes y desgarrados campesinos, de brazos musculosos y bronceados y de rostro curtido, armados con unos rifles que le recordaron el viejo mosquete que guardaba su padre para proteger la aldea de los bandidos.

—Shin. Tora —dijo uno de los soldados. Llevaba un reluciente peto, y tenía la mirada fogosa y las lisas mejillas de un adolescente. Al parecer, también eran amigos, hombres de Kano, y estaban en el bando del norte—. ¿Adónde vais? ¿No venís a Aizu?

—Hay una fuerza de pacificación que va hacia Kioto —gritó otro—. Si pensáis tomar el camino de la Montaña Interior, será mejor que os deis prisa si no queréis que se os echen encima. Venid con nosotros y uníos a la resistencia. Vamos a refugiarnos en Aizu. Libraremos una gran batalla. Acabaremos con esos traidores sureños. ¡Será una victoria gloriosa!

Cuando toda la procesión —guerreros, criados, estandartes, mozos, sirvientes, portadores y caballos de carga— hubo pasado por las puertas del extremo más alejado del puesto de control, Shinzaemon y Toranosuké entregaron sus salvoconductos para que los examinaran. Cuando por fin recibieron la autorización para pasar, Sachi le dio un poco de dinero a Tatsuemon, el joven paje de Toranosuké, para que se lo diera como propina a los guardias.

Casi habían cruzado las enormes puertas cuando un guardia de mirada de lince bramó:

—¿Chonin, dices? ¿Con esa piel? ¡Yo no creo que sean chonin!

Debía de haber visto la pequeña y blanca mano de Sachi apartando la delgada cortina de la litera. Sachi asió la daga que llevaba escondida en la faja.

—Hemos tenido espías de Edo por aquí; buscaban a unas damas del shogun. Dicen que se han perdido —dijo el guardia.

—No sé nada —murmuró Toranosuké—. Éstas son nuestras primas de Edo.

—Nuestros permisos están en regla —añadió Shinzaemon—. Meteos en vuestros asuntos. Por aquí las cosas están cambiando muy deprisa. ¡Nos veremos en el campo de batalla de Aizu!

## IV

Yuki pasó mucho tiempo callada; tenía la carita pálida y tensa, y las coletas, inmóviles en lo alto de la cabeza. Pero entonces debió de darse cuenta de que estaba abandonando su hogar para siempre. Miraba tenazmente por debajo de la cortina a medida que la ciudad de Kano se hacía cada vez más pequeña detrás de ellos. Sachi, aliviada de salir, por fin, de aquella ciudad de fantasmas, ni siquiera quiso mirar.

Los caminos estaban mucho peor que unas semanas atrás, cuando llegaron a Kano. Estaban llenos de roderas y boquetes, y cubiertos de sandalias de paja rotas. Nadie se había molestado siquiera en recoger los excrementos de caballo, que estaban esparcidos por el suelo. Había franjas de miscantus en las cunetas, y ramas rotas en los árboles que marcaban la distancia. Muchos pueblos estaban rodeados por empalizadas improvisadas, y había grupos de granjeros montando guardia, empuñando mosquetes, lanzas de bambú y garrotes.

Al principio avanzaron entre campos de arroz, huertos y montículos de tierra helada de color marrón. Los resecos tallos de arroz perforaban la sucia nieve. Aquí y allá había almiarés medio derrumbados, coronados de nieve. Los árboles bordeaban el camino, y, de vez en cuando, llegaban a una aldea o a un puesto con tejadillo de paja donde ofrecían té y comida. En el horizonte, las montañas asomaban como dientes irregulares.

A mediodía se detuvieron en una posada para descansar. El posadero los miró de arriba abajo.

—Bueno, parecéis una banda de rufianes, pero supongo que como viajáis con mujeres... —dijo antes de dejarlos entrar en su establecimiento.

Por lo visto, a los hombres les beneficiaba viajar con mujeres casi tanto como a ellas. Quizá ésa fuera la razón por la que Shinzaemon había querido llevarlas. Aunque no sabía por qué, esa idea entristeció a Sachi. De todos modos, ya no tenían ocasión de hablar, pues no estaban solos, y las mujeres viajaban escondidas en las literas.

Al principio, Toranosuké y Tatsuemon iban delante y Shinzaemon detrás, pero cuando se hubieron alejado de la ciudad, Toranosuké fue rezagándose hasta colocarse junto a Shinzaemon. De vez en cuando, Sachi oía un fragmento de su conversación. Se dijo que necesitaba saber qué estaba pasando. Pero tenía que admitir que también la reconfortaba oír la grave voz de Shinzaemon.

—El director de esa prisión es un imbécil —dijo éste—. Debí cortarle la cabeza. Pero ya es demasiado tarde. Ya nada le haría cambiar, ni las razones ni los sobornos. Pero seguro que habría encontrado alguna forma de entrar. Debí entrar allí y sacarlo yo mismo. —Sachi dedujo que hablaba del padre de Yuki.

—Hiciste lo que pudiste, Shin —dijo Toranosuké—. Ya tendrás ocasión de vengarte. Vivimos tiempos sangrientos. Limitémonos a hacer todo lo posible para morir en combate y de forma digna.

Hubo un largo silencio. El entrecuchar de espadas, el crujido de las herraduras de paja de los caballos sobre el suelo helado y las rítmicas pisadas de los palanqueros resonaban de forma inquietante en la gélida atmósfera.

—¿Has oído de qué hablaban en el puesto de control? —preguntó de pronto Toranosuké.

—No he podido evitarlo. Ahora ha huido del castillo de Edo.

Sachi estaba adormilada, acurrucada para protegerse del frío, mientras la endeble litera avanzaba lentamente con un balanceo. Pero despertó de golpe cuando oyó que mencionaban el castillo de Edo.

—Buscó refugio en el templo Kanei-ji. Ha tomado las órdenes sagradas.

—¿Las órdenes sagradas? Lo que hace es esconderse. Se ha enterado de que el ejército sureño se ha puesto en marcha y se dirige hacia Edo. ¿Se rendirá antes de que llegue allí! ¿Y dice que es un samurái? ¿Es ése el hombre por el que vamos a dar la vida?

—No tenemos alternativa —le espetó Toranosuké—. Somos servidores de la familia Tokugawa desde hace muchas generaciones. No luchamos por él; luchamos por los Tokugawa y por la causa del norte. Hemos de pensar en nuestro honor, Shin. Tenemos que luchar, ése es nuestro deber. Hasta la muerte. No importa quién sea el

shogun, ni qué haga. Tenemos que plantarles cara a los clanes del sur. Están sedientos de poder. Asesinarán, quemarán y dejarán el país entero reducido a cenizas si creen que ésa es la forma de llegar al poder. Dicen que quieren echar a los extranjeros, pero luchan con armas inglesas. Hay que detenerlos.

Sachi dejó de oír lo que decían; por lo visto, se habían separado un poco del grupo. Entonces el viento volvió a llevarle sus voces.

—¿Sabes que los sureños se hacen llamar ejército imperial? —dijo Shinzaemon con su grave voz—. Ahora nos dicen que el emperador es nuestro verdadero amo y que todo el que se oponga a él es un traidor.

—Muchos daimios están esperando a ver de dónde sopla el viento. Uno a uno, todos van uniéndose a los sureños. Nadie quiere que lo llamen traidor.

—No hay nada que hacer. ¡Si cumplimos nuestro deber y defendemos a nuestro señor, nos acusan de traidores!

—Eso, si pierden los Tokugawa. Tendremos que hacer todo lo posible para que ganen. Si cae la familia Tokugawa, cae el gobierno. Se derrumba todo. Entonces esos malditos extranjeros introducirán sus ejércitos y tomarán el poder. Son como moscas atraídas por un cadáver.

Sachi intentó entender todo aquello. Si el señor Yoshinobu había huido del castillo y los sureños se estaban acercando, ¿qué podía haberles pasado a la princesa y a la Retirada? Ellas jamás huirían, ni se dejarían capturar con vida. Debían de estar esperando, sacándoles brillo a sus dagas. Y ¿qué había querido decir el guardia del puesto de control cuando había dicho que había espías buscando a las damas del shogun? Eso sólo podía significar que la estaban buscando a ella, a la concubina de su difunta Majestad. Tembló con sólo pensarlo. Entonces recordó el entrenamiento que había recibido. No debía olvidar que era una guerrera, una mujer de hielo y fuego, una consorte de los Tokugawa.

—Y esta estúpida expedición tuya, Shin... —Toranosuké bajó la voz, pero Sachi alcanzó a oír lo que decía—. Desde luego, es un buen subterfugio viajar con mujeres. Pero meternos los tres en las fauces de los sureños... Por el capricho de unas ociosas cortesanas... ¿A qué viene que de repente te interesen tanto las mujeres? Estás perdiendo el juicio. Si te relacionas demasiado con mujeres y niños, acabarás convirtiéndote en una mujer. ¡Hemos de deshacernos de ellas antes de que nos pongamos blandos todos!

Esa noche pararon en una destartalada posada que encontraron en los límites de una aldea. Para cuando las mujeres se apearon de las literas, los hombres habían desaparecido con los porteadores.

Sachi enderezó poco a poco la espalda y estiró las piernas, y entonces se sacudió las faldas del kimono. Estaba dolorida después de un largo día dando sacudidas en la

litera. Se limpió la cara con la manga y se miró en un espejo. Tenía la cara cubierta de mugre. Sus mejillas, suaves como la porcelana, estaban salpicadas de barro, y su negro cabello estaba alborotado y cubierto de polvo.

Taki se estaba frotando el delgado cuello y desperezándose.

—Estoy entumecida —refunfuñó.

Con sus grandes ojos, su puntiaguda barbilla y sus aristocráticas facciones, parecía aún más fuera de lugar en aquel remoto páramo que en Kano. Sachi le sonrió. Sacó un peine de la manga y empezó a peinar a Taki, arreglándole las puntas rebeldes. Sabía que Taki la acompañaría fuera a donde fuese, por lejano y descabellado que fuera su destino. La consolaba saber que tenía una amiga tan leal.

La habitación estaba oscura, húmeda y sucia, y era mucho más pequeña que la habitación donde se habían alojado en Kano. Una anciana posadera les sirvió tordos asados en pinchos, verduras de montaña en conserva y carne de jabalí.

—Nosotros lo llamamos ballena, ballena de montaña —explicó la mujer mientras les servía el jabalí—. Así podemos comerlo y seguir siendo buenos budistas.

Pero las mujeres no tenían hambre, y menos aún para comer aquellos platos tan extraños.

—¿Qué estará pasando en Kano? —preguntó Yuki cuando la posadera se hubo marchado.

Estaba muy seria, y sus ojos tenían una expresión diferente, como si hubiera tenido que crecer de golpe.

Las mujeres permanecieron en silencio mientras arrastraban la comida por los platos. Todas estaban pensando lo mismo.

Para consolarse, sobre todo, Sachi empezó a hablarle a Yuki de su aldea. Le describió el bullicioso río, el sol elevándose sobre las montañas, los tejados de tejas, los bosques donde jugaba de niña. Describió el rostro amable y cansado de su madre, las hábiles y grandes manos de su padre, la gran casa con sus viejos y pulidos suelos de madera. No se había percatado de las ganas que tenía de volver a ver aquellos amados rostros.

De pronto pensó que la aldea debía de estar muy cerca. Estaba en la ruta Nakasendo, en las montañas de Kiso. Cabía la posibilidad de que pasaran por allí.

De pronto lo vio todo con claridad, como si se hubiera levantado la niebla. Al fin y al cabo, ella no quería ir a Edo; al menos, no directamente. Taki, Yuki y ella podían esconderse en la aldea. Allí estarían más seguras que en Edo. A los sureños no se les ocurriría jamás buscarlas en un pueblo tan pequeño como aquél. Podían refugiarse las tres allí hasta que la situación se hubiera calmado.

Era su única oportunidad de ir a su casa. Cuando las cosas se hubieran calmado, volvería al palacio y permanecería encerrada el resto de su vida. Sachi era la concubina del difunto shogun; nunca podría escapar de eso.



Sabía que ir a la aldea era arriesgado. No tenía ni idea de qué había pasado durante su ausencia, ni si seguía estando donde siempre. Ni siquiera sabía exactamente dónde estaba. Sólo sabía que tenía que llegar allí.

## V

En la ciudad de Mitake tomaron la ruta Nakasendo. Ante ellos empezaban a alzarse las montañas.

—A partir de ahora seguiremos a pie —dijo Toranosuké—. Pronto el camino será demasiado empinado para transportar las literas. Y llaman demasiado la atención.

El camino iba derecho hacia las montañas, serpenteando entre desmoronadizos peñascos volcánicos y cumbres rocosas que se alzaban hacia las nubes. Por la tarde llegaron al puesto de control de Hosokute. Había una empalizada alrededor de la ciudad, y guardias apostados en las puertas que controlaban a los viajeros. Veinte soldados armados con rifles fueron hacia ellos haciendo crujir la grava. Las mujeres se habían asegurado de que llevaban la cara bien tapada. Los dejaron pasar sin muchos problemas, pero interrogaron meticulosamente a los hombres.

Sachi estaba de pie a un lado del puesto de control, tratando de no llamar la atención.

—¿De Kano, dices? —oyó decir a un oficial—. Ya sabemos cómo sois los de Kano. Hemos tenido muchos problemas con vosotros. Y esos salvoconductos que lleváis... Supongo que serán auténticos, ¿no?

—Estoy harto de política —gruñó Shinzaemon en su basto dialecto de Kano—. Tenemos que escoltar a estas mujeres. Tienen parientes en el interior. Sólo obedecemos órdenes.

—¿Ah, sí? —dijo el oficial arqueando una ceja—. Será mejor que tengáis cuidado. Las tropas imperiales vienen hacia aquí. Si os encontráis con ellas, más vale que las convenzáis de que estáis en su bando.

—Esos guardias se arriman al sol que más calienta —masculló Shinzaemon cuando hubieron pasado el control—. Me apuesto algo a que hace unos días

defendían al shogun. Y ahora son todos legitimistas imperiales. La próxima vez deberíamos atacarlos antes de que nos interroguen.

Detrás de una hilera de destartaladas posadas, las montañas se alzaban formando una línea de peñascos que destacaba contra el cielo. Taki y Yuki las contemplaron boquiabiertas, pero para Sachi no eran más impresionables que los riscos que se alzaban junto a su aldea. De niña, ella había trepado por cumbres como éstas con la facilidad de un mono de montaña.

El camino ascendía entre bosques de árboles sin hojas junto al risco. Las losas que bordeaban el camino estaban cubiertas de hielo y de nieve. Taki y Yuki avanzaban con dificultad, resbalando continuamente y deteniéndose cada vez con más frecuencia, jadeando, para recobrar el aliento. En el último puesto de control habían comprado botas de paja tejidas especialmente para resistir en la nieve, con púas que los ayudaban a agarrarse al suelo; pero aun así, el camino era traicionero.

Al principio, a Sachi le costaba tanto como a ellas avanzar. Cuando paraba para recobrar el aliento, las veía sentadas en la cuneta, mucho más abajo de donde estaba ella. Toranosuké y Tatsuemon estaban a su lado, pacientes, esperando a que se recuperaran.

¡De nuevo en las montañas, después de tantos años! Se respiraba un aire fresco y limpio. Sachi empezó a sentirse mejor. Caminaba a buen ritmo, notando cómo el frío aire le llenaba los pulmones.

Más adelante iba Shinzaemon, liderando el grupo. Trotando por el empinado camino, con su poblada cabellera y sus negros y amenazadores ojos, parecía un zorro, o un oso. Ya no parecía enjaulado como en el elegante y remilgado mundo de samuráis de Kano. Se encontraba de nuevo en su elemento, dirigiéndose hacia donde estaba la acción.

Sachi aceleró el paso y lo alcanzó. Él la miró, sorprendido; sus sesgados ojos destellaban bajo las espesas cejas. Después de tantos días bajo aquel sol invernal, tenía el rostro muy bronceado. Una barba rala le recubría la barbilla, y su sudor era acre y pungente. No iba perfumado como un cortesano.

Sachi jadeaba, acalorada por el esfuerzo. Cuando miró a Shinzaemon notó cómo se ruborizaba y que le ardían las mejillas.

—Es una larga subida —comentó él mirándola con el entrecejo fruncido, como si la joven fuera una niña traviesa—. Cuatro ri, dijeron en el último puesto de control. Y siempre hacia arriba. No vayas tan deprisa. Tómatelo con calma.

Sachi miró hacia otro lado. Se le erizó el vello de la nuca y sintió algo parecido al pánico en la boca del estómago. El corazón le latía con fuerza, y no sólo debido a la falta de oxígeno del aire.

Estaban los dos solos. Sachi sabía que eso no estaba bien, pero ya era demasiado

tarde para pensar en el decoro. Ésa era la ocasión con que había estado soñando. Había tantas cosas que quería preguntarle. Esa flor... ¿se la había dado sólo porque ella estaba fuera de su alcance, o había algo más?

Levantó la cabeza y miró a Shinzaemon. Él la miraba, como si, de pronto, hubiera comprendido también lo importante que era ese momento. Permanecieron allí de pie, mientras las nubes pasaban a su lado proyectando sombras cambiantes en la montaña.

Shinzaemon le tendió una mano.

—Vamos juntos —dijo por fin.

Era una cuesta muy empinada, pero Sachi apenas veía el camino. Sólo tenía conciencia de la proximidad del cuerpo de Shinzaemon y del sonido de su respiración. Casi oía los latidos del corazón de él en medio del silencio.

Cuanto más ascendían, más nieve había. Soplaban un viento cortante. Sachi tenía los pies helados, pero apenas lo notaba. Se paró y miró en torno a sí. La llanura se extendía allá abajo, inhóspita y marrón, salpicada de manchas de nieve. Había algunas colinas. Más a lo lejos, las cimas de las montañas destellaban, blancas, por encima de las nubes.

—El monte Hakusan —dijo Shinzaemon. Estiró una mano enorme y lo señaló. Tenía la piel dorada, y sus dedos, firmes y fuertes, estaban recubiertos de vello negro—. Y el monte Ibuki. Y allí, ¿ves eso de allí? Es el mar. ¿Y más allá, a lo lejos, eso que brilla? Es Kioto. —Sachi hizo visera con una mano y escudriñó la lejanía.

Al final llegaron a lo alto del puerto de montaña. A escasa distancia de la cima había una casa de té; se refugiaron allí y se calentaron las manos al calor del hogar. El acre humo de madera de pino les impregnaba la nariz. La cabaña estaba llena de viajeros. El fuego chisporroteaba y humeaba, las tazas de té entrechocaban; había mucho bullicio, pero todo parecía muy distante. Por unos instantes, preciosos, Sachi y Shinzaemon eran libres, libres de sus familias, de sus deberes, de sus obligaciones, hasta de las clases sociales. Estaban los dos solos en lo alto de una montaña, con las nubes deslizándose por debajo de ellos.

—¿Dónde aprendiste a andar así? —preguntó Shinzaemon. Ya no fruncía el entrecejo, y una sonrisa iluminaba su cara. En sus ojos había una chispa de temeridad, como si ya nada importara—. En el castillo de Edo no, eso seguro.

—Había olvidado lo viva que me siento en la montaña —dijo Sachi en voz baja.

Él alargó un brazo, le cogió una pequeña mano con la suya, grande y áspera, y la sostuvo como si fuera un valioso tesoro. Ella se quedó callada sintiendo el contacto de su piel. De modo que a él también le habría gustado que las cosas fueran de otra manera. Y también comprendía que nunca podrían serlo.

¿Qué le tenía reservado el futuro a Shinzaemon? La muerte, una muerte gloriosa en el campo de batalla. Y si por casualidad sobrevivía, seguro que sus padres ya le habían planeado una boda. Sachi era una hormiguita en un hormiguero, una abeja

zumbando alrededor de una colmena. Él no podía forjar su propio destino. Había adoptado el papel de ronin, de forajido, pero a fin de cuentas pertenecía a su familia, a su clan, a su ciudad.

Y ella... ¿Dónde estaban su familia, su clan y su ciudad? Sachi podía dibujar la vida de él y los distintos caminos que podía seguir, pero él no sabía nada de ella.

—¿Quién eres, Sachi? —preguntó Shinzaemon.

La miraba con sus sesgados ojos, que parecían traspasarla y ver en su interior. Una sonrisa traviesa danzaba en sus labios. Parecía más animado desde que abandonaran Kano, como si el peso de los terribles sucesos de los últimos días se estuviera levantando poco a poco de sus hombros.

—¿Por qué debería revelártelo? —dijo ella.

El aire de la montaña le producía un ligero mareo. ¿Qué importaba que él supiera su secreto o no? De todos modos lo averiguaría, y muy pronto.

—Cerca de aquí hay una aldea, en la región de Kiso —dijo en voz baja—. Es donde crecí, y donde viven mis padres. La ruta Nakasendo pasa por allí. Vamos a pasar por mi aldea. Taki, Yuki y yo queremos quedarnos. Es donde estaremos más seguras.

Casi de inmediato, Sachi temió haber cometido un grave error, pero ya era demasiado tarde para retirar lo que había dicho. Miró a Shinzaemon y se preguntó cómo reaccionaría un orgulloso samurái como él al enterarse de que ella no era más que una vulgar campesina.

Shinzaemon abrió mucho los ojos.

—¿Una aldea? —murmuró, incrédulo.

—Mis padres son verdaderos samuráis. O mejor dicho, mis padres adoptivos. Pero pasé años sirviendo en el castillo de Edo.

Quería decirle la verdad: que era la hija adoptiva de la casa de Sugi, estandartes del daimio de Ogaki. Pero eso no era todo. Era la Retirada Shoko-in, la amada concubina de su difunta Majestad; pero quizá fuera demasiado peligroso revelar ese secreto.

Shinzaemon la miró como si la estuviera viendo por primera vez. Entonces sus labios compusieron una sonrisa que se ensanchó hasta iluminar toda su cara. Le dio la vuelta a la mano de Sachi y, con dulzura, deslizó sus duros dedos de espadachín por la blanca y suave palma de ella.

—Creía que estabas por encima de las nubes —dijo con un hilo de voz—. Creía que eras una cortesana, que estabas más allá de mi alcance. Creía que sólo podría admirarte desde lejos. ¡Pero no es así! Eres un ser humano, igual que yo. —Se inclinó hacia delante y añadió—: Eres como Momotaro.

Sachi sonrió, indecisa. Momotaro, el pequeño niño melocotón. Su abuela le había contado infinidad de veces la historia del viejo leñador y su esposa, que habían

suplicado a los dioses que les dieran un hijo. Un día, la anciana estaba lavando ropa en el río cuando vio acercarse por el agua un melocotón enorme. Lo abrió, y de su interior salió un precioso bebé.

Quizá Shinzaemon tuviera razón. Quizá fuera como Momotaro. Ella siempre había sabido que era diferente de los demás. Momotaro tampoco se había quedado en su aldea. Había crecido y se había ido a matar ogros. Pero al final de la historia, después de su última aventura, y cuando ya no quedaban ogros, volvía y encontraba al anciano leñador y a su esposa esperándolo, ansiosos por verlo, como debían de estar los padres de Sachi.

Durante años, Sachi había añorado la aldea; ahora empezaba a reconocer el paisaje, y sabía que estaba llegando a su hogar. La noche anterior había estado segura de que eso era lo que quería, pero ya no estaba segura de nada. Cuando abandonara la carretera para quedarse en la aldea, Shinzaemon seguiría su camino hacia Edo y ella nunca volvería a verlo. Justo cuando empezaban a conocerse, tendrían que separarse.

El sol se había ocultado. Una gélida corriente de aire se filtró en la cabaña. Sachi se estremeció.

Shinzaemon le acarició la mejilla con un dedo.

—Como un melocotón —murmuró como si hablara solo.

La miró largo rato. Entonces echó un vistazo alrededor, como si acabara de despertar de un sueño. Su rostro se ensombreció. Soltó la mano de Sachi.

—¿Qué me has hecho? —protestó—. Haces que la vida parezca demasiado valiosa. Tengo que estar preparado para morir. ¿Cómo voy a luchar sintiéndome así?

Por la puerta de la casa de té, Sachi vio llegar a sus amigas por el camino, cubierto de nieve, seguidas por una hilera de portadores con enormes fardos cargados a las espaldas. Shinzaemon le lanzó una penetrante mirada.

—Se supone que soy un hombre y un soldado. Quizá Toranosuké tenga razón. Si te mezclas demasiado con mujeres, te conviertes en una mujer. Tengo que poner fin a este absurdo comportamiento. Si mi padre se enterara, me mataría él mismo.

Sachi tragó saliva. Tenía un nudo en la garganta, y las lágrimas se agolpaban en sus ojos. No merecía unas palabras tan crueles. Respiró hondo varias veces e intentó serenar los latidos de su corazón. Tenía que tranquilizarse para poder presentarse ante Taki y Yuki.

Shinzaemon hacía bien, por supuesto, rechazándola. Era absurdo pensar, ni siquiera un instante, que sus vidas pudieran cambiar. Y las bruscas palabras de Shinzaemon harían más soportable su separación. Era mejor así; era mejor olvidar lo que había pasado.

El descenso del puerto era muy escarpado. Sachi iba con Taki y Yuki; las cogió de la mano y las ayudó a bajar las partes más empinadas del camino. Se avergonzaba de

haberlas dejado solas, de haberse dejado llevar por sus sentimientos. Al fin y al cabo, ya no era una niña. Sabía muy bien que no era libre.

Esperaba que Taki la regañara por haber estado a solas con un hombre. Pero Taki no dijo nada. Ni siquiera parecía haberse fijado en que se había alejado de ellas.

Sachi la miró con fijeza. Había estado tan concentrada en sus propios pensamientos y sentimientos que no le había prestado atención. Taki también parecía estar en un sueño. Le brillaba la cara, y sus enormes ojos lanzaban destellos. Sachi nunca la había visto tan hermosa y tan viva. Los contornos de su rostro parecían más suaves y más femeninos.

Entonces la sorprendió mirando con timidez a Toranosuké, y vio cómo se ruborizaba al acercarse él a ella.

El resto del día caminaron en silencio, evitando la calzada principal siempre que fuera posible. Sachi puso mucho cuidado en no alcanzar nunca a Shinzaemon. A veces, miraba de reojo sus anchas espaldas, que se alejaban por el camino, y se preguntaba si él se volvería para ver si ella lo seguía. Pero Shinzaemon no se volvió ni una sola vez.

Sachi observaba atentamente a Taki, que de vez en cuando miraba de soslayo a Toranosuké y que bajaba los párpados con timidez cuando él estaba cerca. Era muy atractivo; tenía unas facciones muy refinadas y llevaba el cabello recogido en una brillante cola de caballo. Para ser un hombre que había pasado gran parte de su vida en la guerra, tenía una piel muy delicada, no tan bronceada como la de Shinzaemon. Era samurái hasta la médula: musculoso, distinguido y muy cortés. Pero siempre mantenía una distancia indefinible. Había otra cosa que lo convertía en la personificación del espíritu del samurái: Tatsuemon iba siempre a su lado. Por la noche siempre se acostaban juntos.

Sachi no les había prestado mucha atención hasta entonces. No le correspondía hacerlo. Pero ya no podía evitar fijarse en la mirada de adoración con que Tatsuemon contemplaba a su amo.

No era sorprendente. La relación de Toranosuké con Tatsuemon era tan evidente que ni siquiera era digna de mención. Como samurái, Toranosuké vivía rodeado de hombres, y creía que el contacto con mujeres lo volvería blando como una mujer. Taki tenía que saberlo. Quizá sus sentimientos no le permitieran ver lo que para los demás era tan evidente, pensó Sachi. El lazo que unía a Toranosuké y a Tatsuemon no era insólito entre varones. La sociedad lo consentía, porque no amenazaba sus normas. Por muy íntima que fuera su relación, ésta no interferiría en los planes de matrimonio que sus familias hubieran hecho para ellos.

Quienes tenían que verse a escondidas eran Sachi y Shinzaemon. Eran sus sentimientos los que eran intolerables, y no los de Toranosuké y Tatsuemon.

## VI

A la mañana siguiente, el escandaloso cacareo de los gallos despertó a Sachi de sus sueños. Al pasar por una aldea situada en lo alto de una meseta, la brisa le trajo el olor a humo de leña, y oyó el murmullo de un riachuelo que discurría junto al camino. El viento le alborotaba el cabello, la luz del sol hacía brillar las rocas, y Sachi supo que casi había llegado a casa.

Pero ¿por qué parecía la gente tan pobre y harapienta? En una aldea, la gente los persiguió tendiéndoles sombreros de paja que sostenían a modo de cestos, suplicándoles que les arrojaran limosnas. Estaban esqueléticos; tenían la mirada extraviada y las mejillas ennegrecidas y hundidas. De vez en cuando, Sachi oía flautas y tambores. Unas voces tarareaban aquella subversiva cantinela: «¿A quién le importa un comino? ¿A quién le importa un comino?»

Allá donde iban, oían rumores de que los sureños estaban en camino. Shinzaemon, Toranosuké y Tatsuemon tomaron la precaución de disfrazarse de sirvientes. Guardaron sus espadas largas en los baúles que transportaban los portadores, junto con las alabardas de las mujeres; ya sólo llevaban encima las espadas cortas para defenderse.

Una tarde estaban descansando en una posada, calentándose las manos junto al fuego de la chimenea, cuando oyeron la conversación de un par de individuos.

—Cada vez que veo el emblema del shogun se me saltan las lágrimas —dijo uno.

Sachi lo miró de reojo. Era un joven de rostro amable e ingenuo, ojos saltones y expresión seria. Recordaba un poco a un pez globo. Aunque iba vestido como un campesino, no hablaba como tal; en esos días nadie podía estar seguro de quién era qué. En todas las posadas había letreros en los que se prohibía hablar de política. Pero ¿cómo podía imponerse semejante norma?

—Es un poco tarde para hablar así —replicó el otro, algo mayor; tenía el rostro mofletudo y unos pequeños y vigilantes ojos.

Él también iba vestido de campesino, pero sus manos, demasiado regordetas y

limpias, lo delataban.

—¿De verdad crees que este nuevo gobierno va a funcionar? —preguntó el primero—. Con los shogunes, al menos sabíamos lo que podíamos esperar. El país estaba en paz. Podíamos ganarnos el sustento. Esos sureños nos están llevando a la ruina. ¿Qué derecho tienen a darnos órdenes? Sus armas, nada más...

Se interrumpió y miró rápidamente alrededor. La habitación se había quedado en silencio.

—Entonces, ¿en qué bando estás? —le preguntó su interlocutor con un tono ligeramente amenazador, mirándolo con fijeza.

Sachi lo miró y se preguntó si sería un espía en busca de traidores a la causa sureña.

—En el del emperador, por supuesto —se apresuró a responder el joven—. Pero también apoyo al shogun.

—Están pidiendo a gritos la cabeza del señor Yoshinobu —dijo el otro con brusquedad—. Ya lo sabes. Los señores del sur dicen que es un traidor y que habría que ordenarle que se abriera el vientre. Será mejor que tengas cuidado con lo que dices. Lo más seguro es no tener opiniones.

Sachi sintió un intenso escalofrío, como si le hubieran clavado un cuchillo de hielo en el corazón. Si planeaban ejecutar al señor Yoshinobu, también querían exterminar a toda su familia y a todo aquel que tuviera algún vínculo con él. ¿Qué iba a ser de la princesa y de las tres mil mujeres del castillo? Eran todas servidoras y, en la práctica, parientas del shogun. ¿Y qué sería de ella? Como concubina del predecesor del señor Yoshinobu, oficialmente era la suegra del shogun, aunque no lo hubiera conocido.

Por fortuna, sólo Taki sabía quién era Sachi. Los hombres sólo sabían que era una cortesana y una doble de la princesa. Era más importante que nunca que guardara bien su secreto.

A última hora de la tarde, el pequeño grupo subió con trabajo a lo alto de otro puerto de montaña. Una vez allí, se detuvieron, jadeando y secándose el sudor de la frente. Ante ellos se alzaba una cordillera que se extendía hasta el horizonte, cada vez más pálida, hasta desdibujarse por completo.

Sachi había visto brillar algo allá abajo. Escudriñando entre los árboles, no dejaba de mirar hacia allí. Era un río que serpenteaba por el valle, entre riscos irregulares y grises. ¿Sería... el Kiso?

—Taki, Yu-chan —dijo—. ¡Mirad!

Llevaba tanto tiempo lejos del valle que había empezado a preguntarse si todo aquello existía de verdad o si sólo se lo había imaginado. Se quedó de pie escuchando, tratando de distinguir el sonido del río que bajaba por las montañas,



cargado de nieve derretida. Casi notaba el agua en la piel. Imaginó que nadaba en aquellas frías aguas con el joven Genzaburo, el cabecilla de sus aventuras, y con la pequeña y feúcha Mitsu. Éste había ido a luchar, y aquélla ya era madre; no los encontraría en la aldea cuando llegara allí.

Pero había algo más. Del valle que acababan de dejar atrás ascendía, flotando, claro como las campanadas en el aire de la montaña, un ruido parecido a truenos lejanos. Cada vez se oía más fuerte. Le recordó el sonido de las procesiones de los daimios al acercarse a la aldea: el retumbar de muchos pies desfilando. También se oía otro sonido, un rugido discordante, parecido al de un bosque lleno de animales aullando; eran voces, voces de hombre. Si eso que gritaban era una canción, no se parecía a ninguna que Sachi hubiera oído hasta entonces.

En aquel momento los vio. El valle estaba lleno de hombres, a lo largo y a lo ancho. Había hombres desfilando desde la orilla del río hasta el bosque que bordeaba el camino. Sachi nunca había visto a tantos juntos, ni siquiera cuando la espectacular comitiva de la princesa había pasado por su aldea. Avanzaban en enjambre, implacables como una invasión de cucarachas o un gran maremoto, barriendo el valle.

Soldados. Sureños. Hasta vio caballos que arrastraban cañones.

—Escondámonos en el bosque —susurró Toranosuké—. Llegarán aquí en nada. Será mejor que los dejemos pasar. Son unos brutos. No perdonan ni a mujeres ni a niños.

Otros viajeros ya se estaban escondiendo entre los árboles. En un momento, el camino quedó desierto. Sachi, Taki, Yuki y los tres hombres se metieron entre la maleza, tropezando con piedras y rocas y hundiéndose en la nieve hasta que se alejaron lo suficiente del camino. Entonces se agacharon y se pusieron a esperar. El retumbar de los pasos de los soldados y sus cantos dejaron de oírse un rato, cuando llegaron al prado de la montaña, y luego se intensificaron de nuevo hasta que el suelo empezó a temblar.

El ruido de pasos y el golpeteo de cascos, los relinchos de los caballos y el retumbar de las ruedas de los cañones duraron horas. De vez en cuando vislumbraban, entre los árboles, algún estandarte o algún banderín agitado por la brisa. Un enorme tambor marcaba un ritmo atronador. La canción que entonaban los soldados tenía un timbre feroz que no se parecía en nada a las plañideras melodías que las mujeres tocaban con sus shamisen y sus koto, ni con las bulliciosas cancioncillas al son de las que bailaban los juerguistas en las fiestas. Al cabo de un rato, Sachi empezó a distinguir lo que decían:

*Miya-sama, miya-sama...*

*Majestad, majestad, ante vuestro augusto caballo,*

*¿qué es eso que ondea con tanto orgullo?  
Toko ton'yare, ton'yare na!  
¿No veis los estandartes de brocado  
ordenando el castigo para los enemigos de la corte?  
Toko ton'yare, ton'yare na!*

«El castigo para los enemigos de la corte...» ¿Cómo se atrevían a proferir esa amenaza? Allí estaban Taki y ella, miembros de la verdadera corte, obligadas a esconderse entre los arbustos mientras esos salvajes sureños avanzaban con el paso triunfante de los conquistadores, proclamándose los amos. Era una humillación intolerable.

Shinzaemon temblaba de rabia y de odio.

—Basta —murmuró por lo bajo. Había tanto ruido que nadie podía haberlo oído—. Nos estamos volviendo cobardes como mujeres. Dejad que les plante cara a esos sureños. Voy a cortarles el cuello.

—No seas estúpido, Shin —le susurró Toranosuké—. ¿Quieres morir en el camino, como un perro? Tenemos batallas más importantes que librar. Reserva tu muerte para Edo.

El sol se estaba poniendo, y las nubes se habían teñido del color de la sangre antes de que el camino quedara despejado y silencioso. Uno a uno, empezaron a salir viajeros de entre los árboles. Estaban hambrientos y sucios, cubiertos de arañazos y entumecidos después de tanto rato agachados e inmóviles. Sin embargo, sabían que aquello debía de ser sólo la vanguardia. Pronto llegarían más soldados.

En el puesto de control de Shinchaya les dijeron que al día siguiente llegaría otro destacamento. El pequeño grupo pasó deprisa, manteniendo las cabezas agachadas y mirando al suelo. La calzada estaba pisoteada y llena de roderas, y las losas, rotas y levantadas. Algunas posadas tenían las puertas destrozadas. No había comida. Los soldados se lo habían llevado todo. Al final encontraron una donde todavía quedaba un poco de té, y lo bebieron agradecidos.

Al día siguiente se pusieron en marcha mucho antes del amanecer. Querían recorrer todos los ri que pudieran antes de que llegara la siguiente división de soldados. Las mujeres iban delante, seguidas de los porteadores con los baúles. Los hombres cerraban el grupo, para que cualquiera que encontraran creyera que eran los criados.

Estaban en un tramo desierto del camino, en medio del bosque, cuando vieron a una hilera de hombres que ocupaba la calzada. Salieron más de entre los árboles, haciendo crujir las ramas y el suelo con sus sandalias de paja. Debían de ser veinte o treinta; llevaban unos uniformes mugrientos, tenían el cabello crespo y enmarañado y la cara ancha y plana. Algunos iban provistos de espadas, y otros, de rifles. Otros

blandían bastones y garrotes.

«¡Sureños! —pensó Sachi—. ¡Ronin!»

El miedo le comprimía el estómago y enviaba escalofríos por su espalda. El corazón le latía con violencia, y respiraba con dificultad. Buscó la daga que llevaba escondida en la faja y se tapó la cara con el pañuelo. Sabía que Shinzaemon y Toranosuké, y quizá también el joven Tatsuemon, eran expertos espadachines. Había visto la facilidad con que la habían rescatado cuando iba en el palanquín imperial. Pero esa vez sólo contaban con sus espadas cortas, y los superaban mucho en número.

Los sureños cerraron filas hasta bloquear por completo el camino. Uno avanzó hacia Sachi con una sonrisa lasciva en los labios, exhibiendo una boca de dientes torcidos. Emanaba un extraño olor a cuero. Sachi retrocedió sin apartar la vista de él, asqueada. El hombre estaba tan cerca de ella que Sachi veía sus ojos, pequeños y muy juntos, los ásperos pelos de su bigote y los negros agujeros de su chata nariz. El hombre dijo algo con un acento tan cerrado que ella no entendió ni una sola palabra.

Se le acercó un poco más. Hacía mucho ruido al respirar. Otros cinco o seis hombres la rodearon amenazadoramente. Sachi cerró la mano alrededor del puño de la daga. Nunca había tenido que usar un arma de verdad. Sólo había peleado contra mujeres, y con bastones de entrenamiento. Intentó concentrarse y recordar lo que le habían enseñado; pero oía latir su sangre tan fuerte en los oídos que apenas podía pensar.

El hombre le agarró un brazo. Sachi notó sus dedos apretándola como un torno. Sin pensar en lo que hacía, sacó la daga de la faja y se la clavó en el pecho con todas sus fuerzas. Esperaba encontrar alguna resistencia, pero la hoja de la daga entró con la misma facilidad con que un cuchillo cortaba el tofu. Cuando la retiró, un chorro de sangre caliente le manchó el kimono. El hombre le soltó el brazo y abrió la boca. La miró con fijeza, con expresión de sorpresa. Tenía una espuma sanguinolenta en las comisuras de los labios, y se le pusieron los ojos vidriosos. Hizo un ruido parecido a un suspiro y se tambaleó hacia atrás. Se le doblaron las rodillas y cayó al suelo.

Sachi jadeaba. Todo había pasado muy deprisa. Miró alrededor. Ya no sentía pánico, sino una serenidad absoluta; estaba tranquila, dispuesta a todo. Los otros soldados se le acercaban.

De pronto, Shinzaemon apareció a su lado. Se oyó un silbido, y Shinzaemon derribó a dos de los sureños con un solo golpe de espada. Se volvió y miró a Sachi como si quisiera asegurarse de que estaba ilesa. Le centelleaban los ojos.

Shinzaemon se había quitado la manga derecha del kimono para liberar el brazo con que manejaba la espada. Tenía un tatuaje, un dibujo de una flor de cerezo, que le cubría el hombro y el antebrazo. A Sachi le llamó la atención. Los portadores, los palanqueros y los bandidos llevaban tatuajes, pero... ¿un samurái? Sin embargo, no

había tiempo para esas cosas. Toranosuké y Tatsuemon también se habían quitado la parte de arriba de los kimonos y estaban desnudos hasta la cintura. Se colocaron alrededor de las mujeres para protegerlas, sosteniendo las espadas en alto con ambas manos, exhibiendo unos poderosos músculos.

Taki entrecerró los ojos. Había sacado su daga. Yuki miró a Sachi con serenidad. También ella empuñaba una daga. Tenía los grandes ojos muy abiertos.

Los soldados rugieron todos a la vez, como una manada de bestias salvajes, y se abalanzaron sobre el grupo. Shinzaemon se lanzó hacia ellos atacándolos con su espada corta. La blandía a una velocidad vertiginosa, de modo que los soldados no podían reaccionar con sus armas, más largas y difíciles de manejar. Se oyó un fuerte sonido metálico y un roce de metal contra metal cuando paró un golpe; entonces atrapó a su atacante por la muñeca y le golpeó con la espada en el cuello. La cabeza salió despedida, y el cuerpo se derrumbó. Una espada descendió detrás de él. Shinzaemon giró sobre sí mismo, paró el golpe con su espada y, con un ágil movimiento, degolló al soldado. Los tres hombres esquivaban un golpe tras otro, golpeaban, clavaban y cortaban. El ruido que hacían era ensordecedor. Las hojas de las espadas despedían unos deslumbrantes chispazos. Uno de los soldados se tambaleó hacia atrás; le faltaba medio mentón, le colgaba la lengua y sangraba a raudales. Otro tenía un brazo colgando, con los tendones cortados. Los soldados sureños heridos daban gritos y aullidos de dolor.

Uno de los soldados apuntó con su rifle. Sachi no podía lanzar la daga, porque se habría quedado desarmada. Se quitó una horquilla de hierro y, al mismo tiempo que el cabello caía sobre su cara, apuntó y la lanzó. La horquilla describió un arco. Sachi sintió una oleada de satisfacción cuando el soldado soltó su rifle y se tambaleó hacia atrás, llevándose las manos a la cara; la sangre se filtraba entre sus dedos.

Otro soldado echó a correr hacia ella, produciendo una corriente de aire, con la espada en alto. Sachi giró sobre sí misma, paró el golpe con la daga y se la clavó en el cuello a su agresor.

El camino estaba cubierto de sangre; había cuerpos despedazados y desgarrados por el suelo, y miembros seccionados. El resto de los sureños dieron media vuelta y huyeron. Toranosuké levantó su espada y la blandió, golpeando a uno de los soldados en la espalda. Éste vaciló un instante; luego se derrumbó hacia delante produciendo un ruido sordo. Los tres ronin corrieron tras ellos, gritando, abalanzándose sobre los más lentos y acuchillándolos. Les arrebataron las espadas y los rifles. Cuando Toranosuké arrancó su espada de la espalda del soldado caído, la sangre salió a borbotones, como una fuente negra. Los tres ronin se pasearon entre los caídos, cortándoles la cabeza a los cuerpos que todavía se movían.

—El ejército sureño no tardará en llegar —masculló Shinzaemon—. No podemos dejar a ninguno con vida, o nos delatarían.

Rodaban cabezas por todas partes. Había un olor nauseabundo, un hedor a carne, a sangre, a sudor y a excrementos humanos: un olor a matanza.

Otros viajeros que se habían escondido detrás de los árboles contemplaban la escena, horrorizados.

—¡Imbéciles! —gritó uno—. Ahora estamos perdidos.

—¿Quieres que te gobiernen esos canallas sureños? —preguntó otro—. ¡Estamos con vosotros! —le gritó a los ronin.

Sachi limpió su daga con el ensangrentado kimono. Le temblaban las manos. Taki encontró un haori limpio en un fardo y la ayudó a ponérselo. Los tres hombres estaban limpiando sus espadas y poniéndose bien los kimonos. Mientras se limpiaba la cara e intentaba arreglarse el cabello, Sachi notó que Shinzaemon la miraba.

—¡He matado a uno, tío Shin! —gritó Yuki—. Le he clavado la daga en el estómago.

—Bien hecho. Has vengado a tu padre —dijo Shinzaemon.

—Todavía no he terminado —repuso Yuki.

—Así que éstos son los sureños —dijo Sachi—. Son una chusma.

—Son vulgares campesinos —replicó Shinzaemon componiendo una mueca de desdén—. Están muy mal entrenados. Unos matones; muy violentos, sí, pero no saben manejar la espada. Espera a que llegue el verdadero ejército; entonces sí nos vamos a divertir.

Su voz se suavizó cuando dijo:

—Eres una guerrera.

Sachi notó que se sonrojaba de orgullo.

—Nunca había matado a nadie —dijo—. No sabía que algún día tendría que hacerlo.

Había demostrado —y se había demostrado a sí misma— que podía usar cualquier arma que tuviera a mano con la habilidad y la serenidad de una samurái. Miró alrededor y contempló el escenario de la carnicería. La primera vez que había visto cadáveres esparcidos por el suelo había sido cuando Taki había abierto la puerta de su palanquín, el día que conoció a los tres ronin. Esa vez estaba horrorizada y asqueada. Pero ya no sentía más que cansancio y una serena satisfacción. Al fin y al cabo, aquellos hombres eran enemigos. Miró a Taki, que estaba alisándose el cabello como si no hubiera pasado nada fuera de lo normal.

—Tenemos que marcharnos cuanto antes —dijo Toranosuké—. Os llevaremos a la aldea, y entonces nos iremos. Tenemos un trabajo que hacer.

A partir de ese momento, se mantuvieron alejados del camino principal. Tomaron senderos que atravesaban los bosques y que discurrían por los acantilados, y treparon y descendieron por precipicios utilizando unas desvencijadas escalerillas de hierro

mientras el río Kiso pasaba allá abajo. No volvieron a ver a los sureños, pero el estruendo de sus pies resonaba por el valle y sus rudas voces entonaban su canto de victoria.

Taki y Yuki avanzaban con dificultad; tenían las manos arañadas y ensangrentadas. Hasta a los hombres les costaba seguir los estrechos senderos y trepar para atravesar saltos de agua. Sachi, en cambio, estaba acostumbrada a caminar por la montaña, a buscar pequeños senderos para atravesar bosques que parecían impenetrables y a hacer ruidos para ahuyentar jabalíes y osos. Se oía crujir las ramitas, el ruido de las ramas al romperse y rugidos y gruñidos de animales. Pero Sachi no tenía miedo. Los portadores los seguían, ágiles como monos pese a las pesadas cargas que transportaban; ellos también se encontraban cómodos en aquel entorno.

Cuando oscureció, encontraron la cabaña de un ermitaño. Estaba vacía y ruinoso, pero al menos era un lugar seco y seguro, y estaba lejos de los soldados. Retiraron las hojas que se habían acumulado en el suelo, amarillas y enmohecidas; encendieron un fuego y se acurrucaron en el suelo de madera, sin quitarse la ropa de viaje. Aquello era lo más bajo que Sachi había caído desde que abandonara el palacio. Despertó entumecida y sucia, con los músculos doloridos de los esfuerzos del día anterior.

Iban siguiendo el curso del río cuando a Sachi empezó a resultarle familiar el entorno.

—Sé dónde estamos —dijo—. Cuando era pequeña venía a jugar aquí.

Le dio un vuelco el corazón. Aquel pequeño grupo se había convertido en su familia, pero cuando se separaran, no volverían a encontrarse nunca.

Desde el encontronazo con los soldados, algo había cambiado. Había un entendimiento tácito entre ellos. Shinzaemon y Sachi caminaban juntos, mucho más adelantados de los demás. Y sin embargo, hablaban poco.

Entonces llegaron a un pequeño riachuelo que discurría entre rocas cubiertas de musgo. Sachi vaciló y fingió que tenía miedo. Shinzaemon le dio la mano. Después de ayudarla a cruzar el riachuelo, no se la soltó.

Se sentaron juntos en la ladera de una montaña. Abajo, la ruta Nakasendo serpenteaba por la zona umbría de la ladera. Había nieve que todavía no se había fundido. Se oía ladrar a unos perros. Entonces el camino describió una curva, y Sachi atisbó unos pocos tejados cubiertos de bastas tejas grises sujetadas con piedras. Ascendía un olorcillo a humo de leña. Era su aldea.

Shinzaemon le acarició la mejilla y el pelo. Fue una caricia ligera, la caricia de un espadachín.

—Llevo luchando desde que era niño —dijo en voz baja—. Es lo único que sé hacer. Me entrenaba a diario, todo el día. Lo único que quería era llegar a ser un gran espadachín, ser uno con mi espada. Pero ahora el mundo ha cambiado. Parece más

grande. Estaba decidido a morir sirviendo a mi señor, pasara lo que pasase. Tú has despertado mis ganas de vivir.

La miraba a los ojos.

—Esta cara... La recordaré siempre —declaró—. Cuando luche, estarás a mi lado, como lo estuviste ayer. Y cuando muera.

—Rezaré con todas mis fuerzas para que no te maten —dijo ella—. Cuando termine la guerra, ven a buscarme.

Shinzaemon le cogió las manos.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó—. ¿Te quedarás aquí con tu familia?

Esas palabras la conmocionaron. Comprendió que ella tampoco sabía la respuesta. Meneó la cabeza.

—¿Cómo voy a considerarlos mi familia si hemos estado separados tantos años? —susurró—. No soy la misma persona que cuando me marché de aquí. Sé que tarde o temprano tendré que volver al castillo de Edo. Allí es donde me corresponde estar.

Shinzaemon la miró frunciendo ligeramente las pobladas cejas.

—Todavía hay una posibilidad de llegar a Edo —dijo—. ¿Por qué no vienes con nosotros? El ejército sureño llegará en cualquier momento. Es muy peligroso que te quedes aquí.

—Pero estoy tan cerca... —objetó ella—. Tengo que ver a mis padres. No volveré a tener otra oportunidad.

Le dolió pronunciar esas palabras, cuando él estaba a punto de marcharse y ella no volvería a verlo jamás. Pero era lo que tenía que hacer. Se apretó los ojos con la manga. Una mujer como ella, una guerrera, no debía llorar.

El resto del grupo se acercaba con los porteadores. Shinzaemon le sujetó las manos con fuerza.

—Eres un ser de otro reino —dijo—. Si he podido conocerte, ha sido sólo por la guerra. Prometí que te protegería y cumpliré mi promesa. No te dejaré aquí sola. Toranosuké y Tatsuemon pueden hacer lo que quieran. Me quedaré al menos hasta que haya pasado el ejército sureño. Ya los buscaré en Edo dentro de unos días.

Sachi lo miró, asombrada.

—¿Estás diciendo...?

No podía creer lo que acababa de oír. Shinzaemon la miraba a los ojos, y Sachi compuso una temblorosa sonrisa. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas, pero no le importó.

Mientras Shinzaemon le explicaba su decisión a Toranosuké, Sachi observaba atentamente el rostro de Taki, imperturbable como correspondía a una mujer de su posición. Con todo, no apartaba la vista de Toranosuké, como si confiara en que él se quedara también. Pero éste arqueó las cejas, sorprendido, como diciendo que él estaba muy por encima de esos descabellados impulsos.

—¡Estamos en guerra! —dijo—. ¿Lo has olvidado? Precisamente tú, Shin. Jamás habría imaginado que pudieras ablandarte así. Tenía razón. Te has relacionado demasiado con mujeres.

—Dame dos días —dijo Shinzaemon—. Quizá tres. Nos veremos en Edo.

Toranosuké rió y le dio una palmada en el hombro.

—¡No te precipites, Shin! —añadió—. Nada de heroicidades en solitario, ¿de acuerdo?

Sachi comprendió que Toranosuké no había reparado en el interés que Taki sentía por él, y eso le produjo cierta tristeza. Pero ni siquiera esa tristeza podía impedir que la dicha se reflejara en su cara.

Se despidieron todos haciéndose reverencias, dándose las gracias con fórmulas de cortesía y deseándose buena suerte. Mientras se inclinaban una y otra vez, Sachi, Taki y Yuki vieron cómo Toranosuké y Tatsuemon montaban en sus caballos y salían al galope hacia Edo. Shinzaemon sonreía y les decía adiós con la mano.

Las tres mujeres se dieron la mano, y Sachi las guió pendiente abajo, hacia la aldea.



## 7. UNA VOLUTA DE HUMO

### I

Al llegar a la curva donde el camino empezaba a descender, Sachi giró un momento la cabeza y miró hacia atrás. Dio un grito ahogado. El largo camino, bordeado de pinos, se extendía hasta un lejano bosque, y las montañas bordeaban el valle como las murallas de una fortaleza: aquél era el sitio desde donde, con sus amigos —la pequeña Mitsu, el esbelto Genzaburo y su hermano pequeño, Chobei—, habían visto aparecer la comitiva de la princesa. Recordó los primeros gritos que oyeron flotar desde la otra punta del valle, poco más que un susurro en el viento —«Shita ni iyo! Shita ni iyo! ¡Arrodillaos! ¡Arrodillaos!»—, y los estandartes que vieron asomar entre los árboles.

Estaba allí plantada, embelesada, cuando Taki levantó un delgado dedo. Se oía un ruido en la lejanía, un rugido sordo parecido al que Sachi había oído años atrás allí mismo. Parecía el ruido del Kiso bajando lleno, cargado de nieve derretida, pero Sachi sabía que no era eso. Al cabo de un momento, los sonidos se hicieron más definidos: el estruendo de enormes tambores, voces masculinas cantando a voz en cuello una canción de victoria, el estruendo de pasos, el crujir de cientos de sandalias de paja. Era el temido ejército de pacificación. Había más regimientos de zafios sureños marchando desde Kioto hacia la aldea.

No había tiempo que perder. Se volvieron y echaron a correr, resbalando por la helada calzada. Encontraron un letrero de madera donde figuraban los nombres de todas las familias que vivían en la aldea, que señalaba la entrada en la misma. Al lado estaba el barril de agua, con unos cubos amontonados encima, siempre lleno por si se declaraba un incendio. La nieve lo cubría todo y le daba un aspecto fresco y limpio.

Todos aquellos años Sachi se había aferrado al recuerdo de las casitas de madera con sus tejados de tejas grises de pizarra, sujetadas con piedras, tan limpias y tan pulcras, rodeadas de pequeños muros de piedra. Cuando la vida se le hacía insostenible, imaginaba que volvía a estar allí. Y allí estaba.

Pero había algo raro. La aldea siempre había estado abarrotada de viajeros, de mujeres que barrían las calles y de niños que recogían excrementos de caballo y sandalias de paja desechadas. Siempre se oía ruido de pasos, voces, el traqueteo de los telares y las ruelas. La última vez que Sachi estuvo allí, las calles estaban llenas de gente, y todos estaban muy emocionados porque la princesa iba a pasar por la aldea.

Pero ese día estaba silenciosa y desierta. Todavía olía a humo de leña y a sopa de miso, pero ni siquiera se oía cacarear a los gallos. Todas las casas tenían las puertas cerradas.

Sachi, Taki y Yuki se recogieron las faldas del kimono y echaron a correr; los portadores las siguieron. Sachi miró alrededor. Shinzaemon caminaba con aire despreocupado, con las dos espadas firmemente metidas en la faja, con esos andares fluidos típicos de un samurái, como diciendo: «¿Correr? ¿Yo?» Iba quedándose más y más rezagado. Pasaron por delante de la posada de la familia de la pequeña Mitsu y llegaron ante la posada de Genzaburo. Al otro lado de la calle estaba el largo muro de la espléndida posada donde se alojaba el daimio. Era la de la familia de Sachi.

Jadeando, las mujeres entraron por el portal, pasaron bajo las ramas del nudoso cerezo al que Sachi solía trepar de niña y se colaron detrás del macizo muro encalado que ocultaba la posada y a los señores que se alojaban allí de los ojos del pueblo llano. Ante ellos estaban el sombreado patio y el porche de madera donde Sachi se había arrodillado cuando vio por primera vez a la princesa. La posada tenía un aspecto un tanto abandonado y triste, pero estaba todo tal como Sachi lo recordaba: los intrincados jardines, el pozo, el cobertizo de los palanquines, los establos... Pero ¿qué había pasado con la rampa que utilizaban los palanqueros para que los viajeros se apearan de los vehículos? Sachi era la encargada de rastrillarla y mantenerla limpia y perfectamente lisa. Ahora asomaban hierbajos y piedras entre la nieve.

Sachi guió a los demás; rodeó el edificio, se dirigió a las dependencias de la familia y abrió la pesada puerta de madera. El chirrido que hizo al deslizarse por las guías era tan familiar que se estremeció. Vaciló un momento, temiendo lo que iba a encontrar allí dentro. Entonces respiró hondo y entró en el vestíbulo de suelo de tierra. Taki y Yuki se quedaron fuera, tímidas. Shinzaemon acababa de aparecer.

—Deprisa —dijo Sachi.

—Pero si es... una casa de campesinos —dijo Taki—, No puedo entrar en una casa de campesinos. Me... me contaminaría.

Taki tenía los ojos muy abiertos, en un gesto de horror. Rodeada de ronin blandiendo sus espadas no tenía miedo, pero Sachi sabía muy bien que, para Taki, mezclarse con campesinos era como estar rodeada de animales salvajes. Sonrió para tranquilizarla.

—Es mi casa —dijo con dulzura—. No somos campesinos, sino samuráis del

campo. Somos samuráis del campo.

Dentro había humo suspendido en el aire. Unas hojas de pino chisporroteaban y silbaban en el hogar, desprendiendo un fragante olor a madera. La abollada tapa de la tetera de hierro, tiznada, que colgaba sobre el fuego se sacudía ruidosamente.

—¿Hay alguien en casa? —preguntó Sachi.

Su voz sonó débil y aflautada en aquella sala de alto techo. Volvió a llamar.

Apareció una mujer; la oscuridad impedía verle el rostro.

—¿Quién es? —preguntó con voz trémula.

Permaneció allí, con las rodillas dobladas y con una mano en la cadera. Tenía la espalda tan encorvada que la cabeza estaba casi a la misma altura que las rodillas. Tenía el cabello entrecano, y la cara surcada de arrugas. Pero era la misma cara que Sachi había guardado todo ese tiempo en su mente.

—Madre —dijo—. Soy yo. Sa. He vuelto a casa.

Otama se quedó allí plantada, con una mano en la espalda, meciéndose hacia delante y hacia atrás, escudriñándola con sus vidriosos ojos.

—Sa —dijo, maravillada.

Se arrodilló despacio, con mucho dolor, y posó la frente sobre la desteñida estera de paja.

—Levántate, madre —dijo Sachi con lágrimas en los ojos.

—¡Cómo has crecido! —exclamó Otama—. ¡Y cómo hablas! Te has convertido en toda una dama. Entra, de prisa. Los soldados llegarán en cualquier momento.

El acento de Otama era tan hogareño y familiar —como el agua brincando sobre los guijarros— que Sachi sonrió pese a estar llorando. Los cuatro viajeros se desataron las sandalias de paja, se sacudieron el polvo de la ropa, se limpiaron los pies y pisaron las esterillas. Los portadores descargaron el equipaje y lo amontonaron en el suelo de madera del pasillo que discurría junto a las habitaciones. Mientras viajaban, siempre habían parecido unos pocos fardos sin importancia, pero allí, en aquella casa, eran una cantidad impresionante y ocupaban mucho espacio.

A Otama no pareció sorprenderle lo más mínimo que Sachi hubiera llegado con unos amigos. Ésta había olvidado lo sencilla que era la vida en el campo; no estaba complicada con normas, como la vida en la corte o entre samuráis. Entre éstos era impensable que una mujer estuviera a solas con un hombre, pero allí a nadie le importaba: la vida era mucho más fácil y había mucha más libertad. Hombres y mujeres se mezclaban, y no había nada raro en que viajaran juntos. Los padres de Sachi siempre habían sido tolerantes. A Otama ni siquiera le sorprendieron los acompañantes de Sachi: la delgadísima y pálida cortesana, la niña samurái y el greñudo ronin. Por el camino pasaba toda clase de gente.

Entraron correteando dos niños y se quedaron plantados, con la cabeza agachada. El mayor levantó la vista y la miró con unos grandes y serios ojos. Sachi reconoció su

pelo de punta y su redonda e inquisitiva cara.

—¿Te acuerdas de Hermana Mayor, Chobei?

Cuando Sachi lo vio por última vez, Chobei era sólo un niño. Ahora tenía la misma edad que tenía Sachi cuando se fue al palacio. Se lo había imaginado a menudo con su áspero kimono marrón, jugando con un lagarto en el camino, el último día, cuando fueron a contemplar la comitiva de la princesa. Y el bebé que Sachi llevaba a la espalda era la pequeña Osama, que había muerto. Aquella debía de ser Ofuki, que había nacido después de que Sachi se marchara de la aldea.

Sachi se arrodilló y abrazó a los niños, se frotó la nariz contra su áspera y bronceada piel y aspiró los olores campestres a humo de leña y a tierra de su pelo.

—¿Dónde estabas? —preguntó Chobei.

—Muy lejos.

—¿Vas a quedarte aquí?

—Eso espero —respondió Sachi mirando a su madre y sonriendo.

—Quédate, por favor —dijo la pequeña Osama.

Yuki miraba con fijeza a Chobei. Tenían casi la misma edad. Al menos, allí Yuki tendría un compañero de juegos.

—Yo me quedo —dijo Yuki con firmeza.

Asintió con una cabezada, y sus dos coletas se agitaron enérgicamente. Sonreía por primera vez desde que salieran de Kano.

Otama cogió el hervidor de agua, llenó una tetera y puso unas tazas de té alrededor del hogar. Miró a Sachi con gesto anhelante, como si quisiera retenerla allí para siempre; iba a decir algo, pero suspiró, sacudió la cabeza y desvió la mirada.

A lo lejos se oían gritos y ruido de pasos. Otama se sobresaltó y palideció. Aspiró entre los dientes y miró a todos los que estaban en la habitación. El miedo se reflejaba en su mirada.

—Fuera, niños —dijo bruscamente. Se volvió hacia Shinzaemon. El ronin estaba sentado contemplando las brasas; tenía una pequeña pipa de boquilla larga en la mano—. No puedes quedarte aquí —susurró—. Los soldados llegarán en cualquier momento. Buscan a gente como tú. Está muy sucio, pero... será mejor que subas al desván.

—En el desván no voy a servirle de mucho —objetó Shinzaemon.

Los gritos se acercaban.

—Mi madre tiene razón —intervino Sachi—. Irán a por ti. No puedes enfrentarte a todo un ejército. A las mujeres no nos harán nada.

—Deben de haber pasado por el sitio donde nos encontramos a aquellos ronin sureños —terció Taki asintiendo con la cabeza—. Deben de haber encontrado a sus camaradas. Si te encuentran aquí, se desquitarán con nosotros.

—Destrozarán toda la aldea —dijo Sachi, suplicante.

—No pienso dejaros solas.

—Si te matan no podrás protegernos —argumentó Sachi.

—Los soldados interrogan a todos los jóvenes —aportó Otama, angustiada—. Buscan a cualquier sospechoso de estar en el bando norteño.

Shinzaemon suspiró.

—Está bien. Si insistís... —dijo frunciendo el entrecejo.

—No salgáis de aquí hasta que los soldados se hayan marchado —les dijo Otama a las mujeres—. Pase lo que pase, no salgáis.

Sachi cogió una vela y echó a andar sin hacer ruido por la oscura casa, hacia una escalerilla que había en la parte trasera. Le dio un farol y una caja de yesca a Shinzaemon y abrió la trampilla. Éste escudriñó el rostro de Sachi; sus ojos destellaban como los de un gato en la oscuridad. Entonces se dio la vuelta y se metió por la trampilla. Sachi la cerró y escondió la escalerilla. Oyó crujir las tablas del suelo sobre su cabeza.

## II

Mientras Otama iba a preparar la comida para los soldados, Sachi, Taki y Yuki se quedaron en las dependencias de la familia con los niños.

Sachi repasó mentalmente todo lo ocurrido ese día. La decisión de Shinzaemon, el hecho de que estuviera allí con ella, en la aldea... Jamás se habría atrevido a soñar que él hiciera algo tan drástico y maravilloso. Recordaba una y otra vez sus palabras: «Eres un ser de otro reino.» Se miró en el desazogado espejo de metal de su madre. Vio una cara pálida, ovalada, con la barbilla puntiaguda y una boca pequeña de labios carnosos, y unos ojos grandes y separados, de color verde oscuro, con las comisuras inclinadas hacia arriba. En el pasado siempre se miraba en el espejo para ver si iba bien maquillada, pero ahora contemplaba ese rostro como si lo estuviera viendo por primera vez. Se pasó un dedo por la lisa y blanca mejilla y por la pequeña y recta nariz. Ésa era la cara que veía Shinzaemon, la cara que a él le gustaba.

Entonces arrugó la frente y sacudió la cabeza. Necesitaba que Taki le recordara

que estaba jugando con fuego, que cualquier alianza debía ser autorizada por la familia o, en su caso, por la corte del shogun. Si se dejaba llevar por sus emociones, ambos acabarían sin cabeza. Mientras viajaban por el Nakasendo habían podido desobedecer las leyes de la sociedad; pero allí, en la aldea, tendrían que ser mucho más prudentes. En cualquier caso, lo único que había hecho Shinzaemon era conseguir unos días más para estar juntos. En cuanto salieran de la aldea, volverían a Edo, y allí se despedirían, seguramente para siempre. No tenía sentido preocuparse por el futuro, porque no tenían futuro. Sólo tenían el presente.

—Bueno —dijo Taki—, ya volvemos a estar solas.

Ya sólo podía verla Sachi, y su delgada cara se puso mustia. Sus grandes ojos contemplaban, tristes, la lejanía. Sachi se arrodilló detrás de ella y le masajeó los huesudos hombros. Taki dio un gruñido de agradecimiento cuando Sachi trabajó sobre un nudo particularmente rígido.

—Volveremos a verlos en Edo —dijo en voz baja, consciente de que Taki no se había sincerado con ella—. Shinzaemon es muy impulsivo —añadió—. Toranosuké es mucho más formal. Supongo que él también se habría quedado, pero pensó que tenía que llegar a Edo.

—No sé qué me ha pasado —dijo Taki, compungida—. Yo no soy así. —Suspiró, y entonces añadió—: Tendré que esperar a que estos estúpidos sentimientos pasen. Al fin y al cabo, su rango es muy inferior al mío. ¿Qué esperaba? ¿Convertirme en su amante? Soy una cortesana, voy a pasar el resto de mi vida en el palacio de las mujeres, y ya está. Aquí hay mucho humo —murmuró secándose los ojos con la manga.

Sachi sabía que no era el humo lo que estaba haciendo que se le empañaran los ojos. Abrazó a Taki y se acurrucó junto a ella.

Sachi estaba medio dormida cuando la puerta se abrió de golpe. Un soldado irrumpió en la habitación, y luego otro, y otro, hasta que había veinte o treinta apretujados en la habitación. Algunos tenían la cara enrojecida e hinchada, y les apestaba el aliento a sake. Todos empuñaban espadas. Ni siquiera se molestaron en quitarse las sandalias de paja, y pisotearon con ellas el tatami. El olor a comida, a tabaco y a sudor invadió la habitación. Sachi y Taki se enderezaron rápidamente. Llevaron a los niños a un rincón y se agacharon enfrente de ellos para protegerlos, tapándose la cara con las túnicas.

—Esos forajidos... Los tenéis escondidos aquí. Entregadlos y no os pasará nada.

Aquellos sureños parecían perros. Eran musculosos y retacones, tenían la piel áspera y bronceada, y sus ojos parecían rendijas. En lugar de la elegante armadura de los guerreros, llevaban unas estrafalarias prendas negras con las mangas ceñidas, y unos pantalones estrechos que hacían que sus piernas parecieran palos. Algunos

llevaban cintas en las hirsutas cabezas, con un rectángulo de hierro para protegerse la frente. Llevaban la cabeza sin afeitar, y el largo cabello recogido en una cola de caballo. Algunos llevaban pieles de perro sobre los hombros. Se erguían, imponentes, sobre las mujeres, mirándolas acusadoramente.

Sachi los miraba con los ojos como platos, adoptando una expresión de sorpresa e inocencia. Ni siquiera se atrevía a mirar a Taki de reajo. Sabía muy bien que no podían defenderse. Las alabardas estaban fuera de su alcance, con su equipaje, y había demasiados soldados para pelear con horquillas y dagas. Además, estaban los niños. Todo el mundo sabía que los sureños eran unos rufianes muy violentos, sin conciencia ni sentimientos. Tenían fama de malcarados y malhablados, pero también eran valientes hasta la imprudencia. Sólo los dioses sabían de qué eran capaces si los provocaban.

—Han visto a ese alborotador venir hacia aquí —gritó un tipo corpulento, de tez morena, con barba y con la nariz rota—. Se hartó de los suyos en Kioto. Un tipo con un tatuaje en el hombro. Una bestia salvaje. —Miró a las dos jóvenes con recelo, entrecerrando los ojos—. Una banda de norteños ha matado a unos cuantos de los nuestros. Al menos eran veinte, según dijeron los supervivientes. Su cabecilla respondía a esa descripción.

Sachi no pudo evitar sentir cierta satisfacción. ¿Al menos veinte? Se alegraba de haber causado esa impresión.

—Si tenéis a algún fugitivo escondido aquí, entregadlo y no os haremos daño.

Sachi estaba a punto de contestar cuando uno de los soldados levantó su rifle y golpeó la puerta de un armario con la culata. Los otros lo imitaron, abriendo grandes agujeros en las puertas de papel. Entonces se oyó un ruido de astillas rotas: otro había clavado su lanza en el techo. Los soldados empezaron a clavar sus bayonetas y sus lanzas en el techo, gritando: «Atraparemos a ese canalla. Seguro que está ahí arriba.» Empezó a caer polvo, y todos empezaron a toser. Las mujeres se encogieron, asustadas por el ruido y la confusión.

A Sachi le latía tan fuerte el corazón que temió que lo oyeran los soldados. Miró a hurtadillas, sin atreverse a penas a respirar y temiendo ver sangre en la hoja de una lanza. Desesperada, rezó a los dioses, suplicándoles que Shinzaemon se hubiera quedado donde ella lo había dejado, al fondo de la casa, y para que se le hubiera ocurrido tumbarse sobre una de las gruesas y pesadas vigas.

El entramado de bambú del techo colgaba hecho tiras. Sachi se tapó la cara con el pañuelo y agradeció que la habitación estuviera tan oscura que los hombres no pudieran verla con claridad. Respiró hondo, se levantó y se enfrentó a los soldados. Tenía la boca seca. Se convenció de que estaba en la sala de entrenamiento del palacio de las mujeres, enfrentándose a su oponente. Intentó controlar su voz.

—¿Cómo os atrevéis a entrar así en nuestra casa? —dijo. Le salió una voz clara y

firme, como si volviera a estar en el palacio de las mujeres, dando órdenes a las sirvientas. Temía haber perdido el acento del dialecto de Kiso, pero entonó las palabras perfectamente—. Aquí no hay nadie —continuó en un tono sereno pero autoritario, adquiriendo confianza a medida que hablaba—. Deberíais avergonzaros. Ésta es la casa de Jiroemon, el jefe de esta aldea. No somos campesinos a los que podáis mangonear. ¿Cómo os atrevéis a destrozar así nuestra casa?

Se produjo un silencio. Los soldados miraban a Sachi, boquiabiertos.

—Aquí no hay nadie aparte de las mujeres —dijo con firmeza. Estaba muy tranquila—. No tenemos nada que esconder. ¿No me creéis? Os lo demostraré. Venid.

Los guió por todas las habitaciones, abriendo una puerta tras otra, y abriendo los armarios donde se guardaba la ropa de cama. Cuidó de que los soldados no se acercaran al oscuro rincón donde estaba la escalerilla que conducía al desván.

—¿Lo veis? —dijo abriendo la última puerta—. Aquí no hay nadie. Sólo nosotras.

—Esa mujer tiene agallas —murmuró un soldado por lo bajo.

—Sí —coincidieron los otros—. Quizá sea una muchacha de campo, pero tiene el corazón de una samurái. Tendríamos que dejar tranquilas a esas mujeres.

Uno a uno, los soldados guardaron las espadas en sus vainas. Algunos parecían un poco avergonzados. Se dirigían en masa hacia la puerta cuando el de la barba se volvió.

—Un último vistazo —gruñó, entrecerrando los ojos y mirándola con desconfianza.

Sachi se alegró de haberse tapado la cara con el pañuelo. El soldado entró de nuevo con otros dos, y alumbraron todos los rincones oscuros con sus faroles. Sachi siguió el ruido de sus sandalias de paja por el tatami, temiendo que en cualquier momento encontraran la escalerilla, miraran hacia arriba y vieran la trampilla del techo. Le pareció oír un débil crujido en el desván, y confió en que los sureños no lo hubieran oído.

Tenía que hacer algo. Se quitó el pañuelo de la cara, fingiendo que se le había caído y que volvía a anudárselo.

—¡Eh, mirad! —gritó un soldado, y le arrancó el pañuelo de la cara—. ¡Qué belleza!

De pronto, el soldado la agarró por los hombros y la empujó contra una pared. Sachi contuvo la respiración. Parecía mentira que un hombre pudiera ser tan bruto, aunque fuera sureño. El soldado tenía la cara picada de viruelas, la barbilla hirsuta y unos ojillos porcinos. Le apestaba el aliento.

Los otros formaron un corro alrededor de ella, mirándola con lascivia. Sachi pensó que, al fin y al cabo, para ellos sólo era una campesina. Podían hacerle lo que quisieran con total impunidad.



—Ésta es para mí —dijo el de la cara marcada, rociándola de saliva—. Botín de guerra. Ven con nosotros, muchacha. ¡Somos los conquistadores!

Sachi intentó apartar al soldado al mismo tiempo que buscaba su horquilla. Por un instante se olvidó de todo; sólo era consciente del repugnante y sudoroso cuerpo de aquel hombre inmovilizándola contra la pared. Pensaba sacarle los ojos, aunque los soldados los mataran a todos.

Y entonces se quedó quieta. Recordó, con horror, que allí fuera había todo un ejército. No podía defenderse, porque si lo hacía, los sureños destrozarían la aldea. Bastaba con mirar a esos brutos, con su pestilente olor y su bronceada cara, para comprender que los matarían a todos.

El tipo le estaba arrancando la ropa a Sachi cuando Taki se levantó y fulminó con la mirada a los soldados. Sus enormes ojos echaban chispas, y ni siquiera trató de disimular su refinado acento de Kioto. Con su chillona voz, y con un tono de profundo desdén, dijo:

—¿Qué sois, hombres o animales? —Su voz se alzó sobre el alboroto—. Deberíais avergonzaros. Somos súbditos leales del emperador, pero no estamos dispuestos a que nos gobiernen unas bestias salvajes. ¡Así que éstos son los sureños! Irrumpís en la casa, asustáis a los niños. No sé a quién ni qué andáis buscando, pero no están aquí. ¿Es que no lo veis? Ya habéis causado bastante daño. ¡Sois peores que animales!

Los hombres se callaron. Algunos arrastraban los pies y miraban al suelo. El soldado de la barba había vuelto para ver qué pasaba. Se abrió paso a empujones entre el grupo de soldados, agarró al de la cara marcada por los hombros y lo apartó de un empujón. El tipo se tambaleó y cayó al suelo.

—¿Quieres que te corten la cabeza? —rugió el de la barba—. Ya has oído lo que ha dicho el comandante. Deja a esas mujeres en paz. Tenemos que ganarnos a los lugareños, no aterrorizarlos. Aquí no hay nadie. Vámonos.

—Volveré —dijo el de la cara marcada mirando con lascivia a Sachi.

Salieron todos afuera, pero seguían mirando alrededor con recelo y murmurando por lo bajo.

Se cerró la puerta y la habitación volvió a quedar en silencio. Sachi y Taki se miraron; ambas estaban temblando. Sachi pensó que acababa de volver a la aldea y ya había puesto a su familia en peligro.

—Será mejor que comprobemos si Shinzaemon sigue ahí arriba —dijo Taki—. Estoy segura de que volverán. ¿No me dijiste que aquí estaríamos a salvo? Pues no lo estamos.

Más tarde volvió Otama.

—Esos oficiales... —suspiró—. Piden sake, más sake, comida, más comida. Y

¿nos pagan? No. Pero ¿qué podemos hacer? Pero bueno, ahora ya roncan.

Miró alrededor inquisitivamente. Sachi y Taki habían hecho todo lo posible para poner orden, pero había agujeros en las puertas del armario y el techo estaba hecho jirones. Otama sacudió la cabeza cansinamente y frunció los labios.

—¿Y vuestro amigo?

Sachi miró hacia arriba.

Otama fue a la cocina, levantó la trampilla del suelo y sacó un cuenco de granos de alforfón.

—Esto es lo único que me queda —dijo.

Puso leña bajo un cazo enorme, coció el alforfón y preparó con él unas gachas marrones. Sirvió un poco en un par de cuencos, cortó un rábano en conserva, puso unos trozos en dos platos y los colocó en una bandeja con dos pares de palillos. Se enderezó lentamente, con una mano en la espalda.

Sachi la miraba, intrigada. Entendía lo de los dos cuencos, porque Shinzaemon podía estar muy hambriento. Pero ¿dos pares de palillos? Otama le sonrió con dulzura, pero no dijo nada.

—Dámelo a mí —dijo Sachi.

Cogió la bandeja y una lámpara y fue hacia el fondo de la oscura casa. Puso la escalerilla en su sitio, dio unos golpecitos en la trampilla del techo y, con cuidado, la levantó un poco.

—¡Shin-kun! —llamó.

Abrió del todo la trampilla. Sosteniendo la lámpara sobre su cabeza, subió unos peldaños más y se asomó al desván.

En aquella enorme estancia, abarrotada de trastos y con las paredes inclinadas, distinguió la parte inferior de las tejas del tejado, pulcramente superpuestas unas a otras. Cuando era pequeña jugaba al escondite allí. La luz de la lámpara alumbraba herramientas de trabajo rotas, montones de cuerda y cajas viejas, y proyectaba alargadas sombras. Hacía un frío glacial. Levantó un poco más la lámpara.

Shinzaemon estaba sentado con las piernas cruzadas en medio del polvoriento suelo, envuelto en una colcha. A su lado había una espada fuera de la vaina. Sachi contuvo las lágrimas cuando lo vio mirándola. Tenía la cara negra de polvo y mugre.

—Estás ileso —dijo ella con voz ronca—. ¡He pasado tanto miedo!

—He oído a esos sureños irrumpiendo ahí abajo —dijo él—. Lo has hecho muy bien. Si hubieras gritado, habría salido de aquí y les habría cortado la cabeza a todos.

—Me alegro de que no lo hayas hecho. Si hubieran descubierto quién eres, nos habrían matado a todos. No sabía que tu tatuaje y tú fuerais tan famosos.

Se oyó un ruido, un débil susurro. Otros dientes brillaron en la oscuridad. Había alguien más en el desván, acucillado junto a Shinzaemon: un joven alto, delgado y desgarrado. Sachi lo miró y dio un grito ahogado. Era más alto y más musculoso que

la última vez que lo había visto, y le habían crecido unos pelos negros y duros en el bigote, pero era fácil reconocer la sonrisa pícara y el cabello hirsuto y desgredado. Sachi casi lo vio trepando sin miedo por una rama poco firme o nadando como un pez en el río.

—¡Genzaburo! —exclamó—. ¡Gen! ¿Qué haces aquí?

—Reconocería esa piel tan blanca en cualquier sitio —dijo él.

Todavía tenía una voz aguda e infantil. Sonrió a Sachi como un duendecillo travieso.

—Bueno, no me sorprende lo más mínimo —replicó Sachi sacudiendo la cabeza, encantada—. ¿Qué demonios has hecho todo este tiempo?

—Sobrevivir —contestó Genzaburo—. Aquí arriba hemos estado muy distraídos. Aparecían hojas de lanza por todas partes. Era como estar en medio de una carga con bayonetas. Las hemos sorteado como hemos podido, hasta que hemos encontrado un par de vigas y nos hemos subido a ellas. Shinzaemon quería bajar y cargárselos a todos. He tenido que sujetarlo.

Shinzaemon miraba a Sachi.

—¿Esperas que me quede aquí arriba y te deje encargarte tú sola de esos brutos? —gruñó.

Bajo la luz de la lámpara, los dos jóvenes podrían haber sido tomados por hermanos. Parecía mentira que hubiera hecho falta todo un escuadrón de soldados sureños para hacerlos salir de allí.

Más tarde, después de reparar los daños lo mejor que pudieron, y cuando ya habían puesto los futones en el suelo, Otama le susurró a Sachi:

—He oído a esos sureños hablando de no sé qué bandido. ¿Se referían a tu amigo?

—Sólo son exageraciones. Mi amigo vino con nosotras para protegernos.

—No hace falta que me des explicaciones. Eres nuestra Sa. Eso es lo único que necesitamos saber. Y ese Genzaburo... —añadió componiendo una sonrisa—. Lleva tiempo recorriendo el bosque, enfrentándose él solo a los sureños. No sé a cuántos ha matado ya. Pero... tenemos que proteger a los nuestros.

Sachi miró a su madre. El pelo se le había quedado fino y escaso; tenía los nudillos hinchados y la cara arrugada, pero irradiaba serenidad, bondad y fortaleza. A Sachi la enfurecía pensar que, después de tantos años de duro trabajo, su madre tuviera que aguantar a aquellos burdos sureños que iban pavoneándose y destrozando todo lo que Otama había construido con tanto sufrimiento.

—Entonces, ¿esos oficiales sureños utilizan nuestra posada?

—No podemos negarnos. Notificaron a tu padre que vendrían. Nos ordenaron preparar camas y comida. La casa se estaba cayendo. Habíamos dejado de utilizarla

como posada, porque ya no pasaban procesiones por la aldea. ¿Cuándo fue eso? ¿Hace cuatro años? ¿Cinco? Ya no venía nadie a hospedarse aquí. Los viajeros corrientes no podían permitírselo. De pronto teníamos veinte habitaciones que mantener y ningún huésped. He barrido y limpiado mucho, pero la posada está muy abandonada.

»¿Recuerdas cómo frotábamos el tatami juntas y cómo poníamos flores en los jarrones cuando iban a venir los señores? A ti se te daba muy bien lo de arreglar las flores, Sa. Y te gustaba hacerlo. ¿Y te acuerdas de padre aquí sentado, charlando con los señores? Eran tan nobles, tan circunspectos. Pasaban por nuestra aldea el mismo día, todos los años, sin falta. Sabían exactamente cuántos hombres traerían, cuánta comida necesitarían, cuántas camas. Estaba todo preparado, todo organizado y planeado. Y nos pagaban por ello, lo suficiente para ir tirando...

Hubo un largo silencio. Al final, Otama dijo:

—Hemos pasado hambre, Sa. Las cosechas han sido pésimas todos los años desde que te fuiste.

Hubo otro silencio. Sachi tenía la impresión de que Otama estaba callando algo.

Más tarde, esa noche, se abrió la puerta y apareció un hombre. Se tumbó en el tatami junto a los demás. Sachi sabía que era su padre, pero era demasiado tarde para hablar. Por la mañana, cuando la joven despertó, su padre se había marchado con Shinzaemon y Genzaburo.

A la luz del día, Sachi comprobó que los sureños habían dejado la aldea destrozada. Había antorchas consumidas por la calle. Los terraplenes de las alcantarillas no habían soportado el paso de tantos hombres y caballos, y se habían derrumbado. El suelo era una ciénaga de nieve pisoteada y sucia, y carros que arrastraban los cañones habían dejado profundas roderas. Los niños barrían los excrementos de caballo y las sandalias y las herraduras de paja.

Sachi fue a ayudar a su madre a poner orden. Vigilaba constantemente por si aparecía el soldado de la cara picada de viruelas. De pie bajo el sol matutino, no pudo evitar fijarse en lo abandonada y lúgubre que estaba la aldea. Era más pobre y más pequeña de como ella la recordaba. La aldea entera habría cabido dentro de la residencia de los Sato en Kano, y la ciudad de Kano entera habría cabido, a su vez, dentro de las murallas del castillo de Edo.

El castillo de Edo. Sachi sintió una oleada de nostalgia. De pronto comprendió que ya no pertenecía a la aldea. Ya no era la niña inocente que jugaba alegremente, para la que la aldea era el mundo. Dio un suspiro y se obligó a regresar al presente, y siguió arreglando el camino con el resto de aldeanos.

Todos hablaban mientras trabajaban. Por lo visto habían violado a la hija de un vigilante del lugar que había ido a lavar al arroyo. Un soldado sureño no había podido

resistirse a la belleza de la joven. Lo habían apresado y lo habían ejecutado. Los lugareños llevaron su cabeza en un cubo. Iban a clavarla en una estaca de bambú y la exhibirían a las puertas de la aldea durante tres días, junto con un letrado donde se describirían el delito y el castigo. Era un castigo extremadamente severo para algo que, normalmente, ni siquiera se consideraba un delito. Al fin y al cabo, la víctima sólo era una mujer, una campesina. Sin duda la idea era demostrar a los aldeanos que bajo el nuevo régimen iban a estar protegidos.

Sachi sintió cierta satisfacción, mezclada con tristeza. Quizá fuera el soldado de la cara marcada.

Ya se había extendido la noticia de su regreso. Muchos aldeanos fueron a saludarla y a ver de cerca a esa niña que había desaparecido hacía más de seis años y que había regresado convertida en una gran dama.

—¿Cómo estás, Sa? ¿Te acuerdas de mí? —Era una mujer con una boca desproporcionadamente grande para su cara, llena de dientes torcidos. Llevaba un bebé atado a la espalda y un par de críos colgando de su andrajosa y remendada ropa—. ¡Soy yo, Shigé!

La hermosa y alegre Shigé, esposa del hermano de Genzaburo. En otros tiempos había sido la reina de la aldea. Ahora tenía el rostro carnosos, las mejillas curtidas por el sol, la frente arrugada, y ya se le estaba empezando a encorvar la espalda. ¿Cómo podía haber envejecido tanto y tan deprisa?

Kumé, la esposa tullida del hijo del fabricante de zuecos, se le acercó cojeando. Ella también se había convertido en una anciana. Sólo Omán, la joven de la posada contigua a la de Sachi, conservaba algo de su belleza juvenil. Todavía tenía el rostro suave y redondeado, pero ella también parecía cansada. Tenía las manos hinchadas y agrietadas, y las mejillas cubiertas de venas rojas.

Sachi las miró a todas; ellas sonreían y reían. No hacía falta que dijeran nada. Sachi sabía muy bien qué clase de vida habían llevado en esos seis años desde que ella las viera por última vez. Habían tenido un hijo todos los años. Algunos habían muerto; a los demás los habían criado. Habían atendido a los huéspedes de sus posadas; habían cocinado, limpiado, llevado agua del pozo, lavado ropa en el río, atendido sus huertos. ¿Y ella? ¿Qué había hecho ella? Esas mujeres no podían ni imaginárselo.

—¡Qué joven estás! —exclamó Shigé—. ¡Pareces la princesa de un cuento de hadas!

—Cuando pasaba gente por la aldea, siempre preguntábamos cómo iban las cosas en Edo. Queríamos asegurarnos de que estabas bien —dijo Omán—. Estábamos preocupadas por ti, porque nos llegaban malas noticias de allí. Pero aquí también hemos tenido problemas.

No le preguntaron nada más de lo que había hecho ni lo que había sido. Quizá

ellas también temieran asomarse al profundo abismo que las separaba. Sachi pensó en Urashima, el joven y atractivo pescador del cuento de hadas, que se enamoró de la hija del rey dragón. Había desperdiciado tres años en su palacio bajo el mar, bailando, dándose festines y haciendo el amor. Cuando volvió a su aldea, todo había cambiado. Al final encontró a una anciana que recordaba haber oído hablar, cuando era pequeña, de un hombre que había desaparecido en el mar. No habían pasado tres años, sino trescientos.

Sachi había estado fuera demasiado tiempo. Habían pasado demasiadas cosas en las vidas de todos. Se habían distanciados tanto que ya no podían salvar la brecha que los separaba. Siempre había deseado volver, como Urashima, pero ya era demasiado tarde. La aldea había sido como un ancla para ella, el sitio que siempre podría llamar su hogar. Pero ya no era el sitio que ella recordaba. Sachi era Urashima.

La historia terminaba mal. La hija del rey dragón le había dado a Urashima una caja y le había advertido que no debía abrirla bajo ningún concepto, pasara lo que pasara. Sentado en la playa, desconsolado, él pensó que ese regalo era lo único que le quedaba, y decidió abrirla. Una voluta de humo salió formando una espiral. Eran aquellos trescientos años. Se le puso el pelo blanco, y su cuerpo se desmenuzó. En sólo unos instantes, no quedaba de él más que un montoncito de polvo.

### III

Cuando Sachi regresó a la casa, su padre, Jiroemon, estaba sentado con las piernas cruzadas junto al fuego. Shinzaemon y Genzaburo estaban con él. De sus pequeñas pipas de boquilla larga salían volutas de humo. Se miraban unos a otros con gravedad por encima de las brasas.

—Conque lo han declarado traidor, ¿no? —dijo Jiroemon—. No tardarán mucho en pedir su cabeza.

—Ya lo han hecho —gruñó Shinzaemon. Sachi se quedó en el umbral. Debían de estar hablando del shogun retirado, el señor Yoshinobu. Se quedó inmóvil, escuchando la grave voz de Shinzaemon. Le encantaba cómo hablaba cuando creía

que no había mujeres cerca, el burdo lenguaje de hombres que empleaba, la aspereza con que pronunciaba las sílabas—. Tienen ejércitos en las tres rutas principales, cerniéndose sobre Edo —iba diciendo—. A medida que avanzan, van apoderándose de los dominios que encuentran. Todos los señores se están pronunciando a favor del sur. Temen que si no lo hacen los declararán traidores.

Al ver a Sachi, interrumpieron su conversación.

—He vuelto —se limitó a decir.

Taki estaba arrodillada y en silencio en un rincón alejado de la habitación. Otama le había dado una labor para que cosiera, porque la joven había dicho que sólo se sentía cómoda con una aguja en las manos.

Esa mañana, cuando se hubieron marchado los últimos soldados, Taki había ido a sentarse en la posada. Decía que se sentía más cómoda en esas grandes habitaciones con su tatami con reborde dorado, por muy viejo y gastado que estuviera. También había ido a visitar el jardín. Pero no quería salir y mezclarse con los aldeanos. Sachi lo entendía. Taki era una cortesana, y estaba acostumbrada a vivir recluida en oscuros interiores.

Taki se deslizó hacia delante y, sin decir nada, se unió al grupo. Preparó una tetera y le sirvió una taza a cada uno. Luego se sentó.

Jiroemon hizo una reverencia, como si lo desconcertara que una cortesana le preparara el té. Entonces miró a Sachi y dijo:

—Me alegro de verte, hija mía. Mi pequeña princesa.

Removió las brasas y puso otro taco de tabaco en el pequeño cuenco de su pipa. Al menos él no había cambiado. Estaba algo más viejo, más rígido, más lento. Su mata de pelo, recogida en una cola de caballo, tenía mechones de canas. Pero seguía siendo el padre alto y digno de confianza que ella recordaba, y su voz seguía siendo grave y tranquilizadora, como antaño. Sachi miró su enorme mano, las uñas ennegrecidas y partidas, y recordó lo segura que se sentía de pequeña cuando él la cogía en brazos.

—Vivimos tiempos difíciles —dijo Jiroemon lentamente—. Muy difíciles. Yo sabía que las cosas estaban cambiando, pero nunca pensé que cambiarían tanto. Hemos pasado hambre, unos años más que otros. El precio del arroz se ha disparado. Y también nuestros impuestos. La mitad de los jóvenes se han ido a luchar. La mayoría no han vuelto. Hago cuanto puedo para mantener el orden, pero es muy difícil.

Miró a Shinzaemon y a Genzaburo.

—Algunos de nuestros jóvenes regresan, y cuando llegan aquí aún nos causan más problemas —añadió chascando la lengua—. Y otros jóvenes aparecen arrastrando sus propios problemas. Genzaburo ha estado fuera mucho tiempo. ¡Sólo los dioses saben qué ha estado haciendo!

—Me escapé —dijo Genzaburo con su pícaro sonrisa—. Entré en la milicia. No quería ser posadero el resto de mi vida, ni talar árboles, para entregarlo todo en impuestos al señor de turno. Antes tenías que ser samurái para entrar, pero ahora aceptan a cualquiera, incluso a los campesinos. Ahora peleo mejor que un samurái.

—¿Ah, sí? —gruñó Shinzaemon mirándolo de reojo—. Eso ya lo veremos.

—Sé montar a caballo. Luché en Kioto. He visto mundo.

—Y Shin —dijo Jiroemon—. Es toda una leyenda por aquí. Jamás pensamos que te conoceríamos.

—Gen y yo nos conocimos en Kioto —explicó Shinzaemon—. Peleamos hombro con hombro varias veces. Me llevé una gran sorpresa cuando lo encontré en el desván. Pero me temo que ninguno de los dos resultó muy útil anoche.

—¿Y tú, Sa? —dijo Genzaburo—. La aldea estaba vacía sin ti. ¡Qué guapa estás! ¡Quién lo habría dicho! Nuestra pequeña Sa. Eres como un personaje de cuento.

Sachi bajó la mirada y se ruborizó. Sabía que Shinzaemon la estaba mirando. La voz de Genzaburo tenía un deje nostálgico, como si el joven fuera consciente de que Sachi ya no era la misma de antes.

—Yo también he vuelto a casa —dijo.

Jiroemon la miró con gesto grave.

—Aquí no tenemos gran cosa que ofrecerte, hija mía. —Se dio la vuelta y se quedó contemplando el fuego, como si quisiera evitar la mirada de Sachi—. Ahora eres una dama refinada. Ya no eres como nosotros. Somos gente humilde, no podemos darte las cosas a que tú estás acostumbrada. Quédate todo el tiempo que quieras, pero cuando termine esta guerra, debes volver con tu padre.

Las últimas palabras fueron como un suspiro.

Sachi estaba sirviendo el té. Dejó de hacerlo y bajó el brazo, despacio. Pensó que debía de haber oído mal. Miró a su padre sin comprender.

—¿Con mi padre? —preguntó.

—¿No te lo ha contado madre? —Jiroemon estaba llevándose la taza a los labios; la dejó junto al fuego sin haber probado el té.

Otama acababa de entrar. Dobló trabajosamente las piernas y se arrodilló. A Sachi le partía el corazón ver lo encorvada que tenía la espalda. Otama se inclinó hacia delante, hasta que su cabeza quedó muy cerca de la de Sachi.

—Tu padre pasó por la aldea —susurró—. Hace sólo unos días. Debí decírtelo anoche, pero fui incapaz porque hacía muy poco tiempo que habías vuelto.

Esas palabras sacudieron a Sachi como un golpe. Todo empezó a dar vueltas alrededor de ella. Shinzaemon contemplaba las brasas y escuchaba atentamente. Genzaburo trazaba círculos en el tatami con un delgado y bronceado dedo. De pronto Sachi se dio cuenta de que hacía mucho frío.

Había humo suspendido en el aire, ascendiendo lentamente hacia las ennegrecidas



vigas. El humo del tabaco se mezclaba con el olor a madera de las piñas que ardían en el hogar. La vieja casa crujía.

—¿Mi padre? Pero... Pero si mi padre eres tú —balbuceó Sachi.

—Tu verdadero padre —dijo Jiroemon.

Sachi clavó la mirada en las brasas. Todos esos años que había pasado en el palacio —en medio del caos y la desesperación, con la amenaza de la guerra y el horror de la muerte de Su Majestad—, siempre había podido recordar la aldea, evocar momentos de una infancia feliz. Quizá tuviera un recuerdo más idílico de lo que lo era en realidad, pero se había aferrado a él como a un amuleto, algo sólido y real en medio de tantos cambios.

Taki había dejado de coser. Miraba a Sachi con fijeza, con el delgado rostro ladeado, como si pudiera ver algo que ella no veía.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Sachi con enojo, conteniendo las lágrimas—. Tú eres mi padre. —Miró a Jiroemon y añadió—: ¡No necesito a ningún otro padre! —Oía su propia voz rompiendo el silencio, resonando en las altas vigas de la habitación.

Saber que era adoptada no suponía ninguna sorpresa; la mitad de los niños de la aldea eran adoptados. Las familias se pasaban los hijos entre ellas, a quien más necesitara un hijo o una hija. Pero todos sabían quiénes eran sus verdaderos padres. Tenían obligaciones filiales hacia ellos, así como hacia sus padres adoptivos. Sachi era la única que nunca había sabido quiénes eran sus verdaderos padres. Siempre había supuesto que habían muerto cuando ella era un bebé, y eso había hecho que fuera aún más fiel a Jiroemon y a Otama. Ellos eran los únicos padres que había tenido.

Se tapó las orejas con las manos. No quería seguir escuchando.

Pero no podía borrar de su mente esos insistentes pensamientos que llevaban tanto tiempo acosándola. Su aspecto, esa piel tan blanca sobre la que todos hacían comentarios. El michiyuki que se había llevado del palacio en llamas, y luego de Kano. Quizá tuviera alguna relación. El fardo que lo contenía estaba amontonado en el pasillo junto con el resto de su equipaje. Ni siquiera se había molestado en deshacerlo. Casi lo veía brillar, irradiando calor, como si fuera a quemar el fino pañuelo de seda que lo envolvía.

—El michiyuki —dijo con un hilo de voz—. Ese abrigo de brocado que me diste cuando me marché al palacio.

—Es tuyo —dijo Otama—. Venías envuelto en él. ¿No es así, padre?

Jiroemon le dio una calada a la pipa, y luego la golpeó en el borde del hogar, lanzando una lluvia de chispas.

—Dijo que se llamaba Daisuké —explicó—. Era un pariente lejano. De una rama de la familia que se había ido a vivir a Edo un par de generaciones atrás. Jamás

habíamos sabido nada de ellos.

—Eras una cosita diminuta, perfecta —dijo Otama sonriendo con nostalgia—. Como una niña de un cuento que nos hubieran dado para que te cuidáramos. Y qué piel tenías: blanca y suave como la seda. Tu padre llegó a pie por las montañas; te llevaba envuelta en ese abrigo. ¿Te imaginas? Un hombre recorriendo las montañas con una recién nacida. Dijo que había encontrado nodrizas por el camino.

Se interrumpió y atizó las relumbrantes brasas de la chimenea mientras se enjuaga las lágrimas con la manga.

—Pero... ¿y mi madre? —preguntó Sachi—. Mi verdadera madre. ¿Dónde estaba ella? —Hablaba con una vocecilla aguda y jadeante, como una niña que se hubiera perdido.

—Nos dijo: «Ya sé que este bebé sólo es una niña inútil sin ningún valor. Lo último que necesitáis es otra boca que alimentar, y para colmo una niña. Ya sé que debí matarla. Pero no pude. Es muy valiosa para mí. Es lo único que me queda.» Ésas fueron sus palabras, las recuerdo muy bien. «Es lo único que me queda. Por caridad, hacedme este privilegio. Este bebé. Por favor, cuidádmelo.»

—Tenía mucha prisa, ¿verdad, madre? —dijo Jiroemon.

—Era un chonin, un verdadero dandi. Llevaba un traje muy elegante. Y era muy atractivo, todo un caballero. Nunca habíamos visto nada parecido en esta aldea. Y el michiyuki...

—Dijo que iba a Osaka a buscar trabajo. Y que volvería a recogerte cuando lo hubiera encontrado. Pero pasaron las semanas, los meses y los años, y nunca volvió.

—Creímos que había muerto —murmuró Otama—. Es terrible decirlo, pero... esperábamos que no volviera nunca. Tú eras nuestra pequeña princesa. Queríamos conservarte. Todavía queremos conservarte.

Sachi se tapó los ojos con la manga. La conmovía saber cuánto la habían querido sus padres. Pero todavía había una pregunta que la intrigaba.

—¿Y mi madre? —susurró—. ¿No sabéis...? ¿Nadie sabe...?

Otama y Jiroemon se miraron.

—Ese peine que tienes, ese que tanto quieres —dijo Otama—. También nos lo dio tu padre. Es de tu madre. Dijo que un día, si querías saber quién era ella, podías enseñar el emblema. Que alguien lo reconociera.

Sachi metió una mano en la manga, tocó su peine y pasó los dedos por las púas. Acarició el misterioso emblema que tenía grabado. Cerró la mano alrededor de él y lo apretó tanto que notó los dientes clavándose en su palma. Era el único lazo que tenía con su madre.

Otama inspiró hondo.

—Y hace sólo unos días, volvió a aparecer.

Una lágrima resbaló por su ajado rostro. Tenía la mirada fija en el fuego, como si

supiera que si le decía eso a Sachi la perdería.

—Después de tantos años. ¿No es así, padre?

—Se hospedó en nuestra posada —dijo Jiroemon dando un suspiro y asintiendo con la cabeza—. Imagínate. Antes se hospedaban grandes señores. Ahora, nuestro primo Daisuké, tu padre.

—Deberías haberlo visto —dijo Otama meneando la cabeza, maravillada—. ¡Qué ropa llevaba! Uno de esos trajes que dicen que llevan los extranjeros. ¡Y el pelo! Llevaba un peinado que yo no había visto nunca. Muy corto. Todavía es atractivo. Un poco mayor; había engordado un poco, pero seguía siendo muy apuesto.

—Iba buscándote —dijo Jiroemon—. Le dije que la princesa se te había llevado, que llevábamos años sin verte. Nos dijo que iba a Edo y que te buscaría allí.

Shinzaemon se echó hacia atrás sobre los talones, produciendo un susurro. Tenía la vista fija en el tatami y fruncía el entrecejo. Sachi lo miró, desconcertada. Él había visto algo que ella todavía no entendía.

—¿No me habéis dicho que era un chonin? —preguntó en voz baja—. ¿Cómo es posible que se hospedara en nuestra posada?

En su posada sólo se hospedaban los daimios. A nadie más le estaba permitido hacerlo; al menos, ésas eran las normas cuando ella era niña.

—Bueno, ya sabes cómo funcionan las cosas hoy en día —dijo Jiroemon evitando mirar a su hija—. Todo está patas arriba. Tu padre es ahora un hombre importante.

Hubo un largo silencio.

—Iba con los sureños —murmuró Jiroemon por fin, sin apartar la mirada de las brasas—. Con un general. Ahora es un hombre importante.

Así que era eso lo que Shinzaemon había intuido. Un sureño... Si su padre hubiera resultado ser un criminal; si hubiera resultado ser un gángster o un jugador, Sachi habría podido encajarlo. Pero saber que viajaba a Edo con los conquistadores sureños...

—Debisteis de cruzaros en el camino —susurró Otama.

—Si es un sureño, no es mi padre. —Las palabras salieron de su boca antes de que Sachi pudiera impedirlo.

—¡No digas eso! —la reprendió Otama—. Es tu verdadero padre. Si quiere que vuelvas con él, tenemos que ceder. Es tu familia. No tiene más hijos; no tiene más heredero que tú. Tu deber es ir con él. No tiene nada que ver con lo que quieras o no quieras.

—Los sureños llevan el estandarte de brocado. Ahora se hacen llamar ejército imperial —añadió Jiroemon—. Controlan el sur. Hasta una niña como tú debe de saberlo. Y seguramente tomarán Edo. Dicen que el shogun ha huido. Sus seguidores siguen luchando, pero no pueden hacer gran cosa sin un líder. Nos guste o no, la guerra casi ha terminado. Así es como lo vemos en la aldea. Quizá resulte ventajoso

para ti que tu padre esté con los sureños. Ya lo verás.

—Danos una oportunidad —masculló Shinzaemon—. La guerra todavía no ha terminado; no mientras yo siga con vida.

Genzaburo le dio un codazo.

—A los de nuestra clase no nos corresponde preocuparnos por la política —le dijo Otama con firmeza a Sachi—. Tu padre te buscará un buen esposo. Lo mejor que puedes hacer es irte con él.

Sachi asintió en silencio. Aunque los otros no lo supieran, ella tenía otros lazos que la ataban mucho más fuerte que cualquier obligación hacia ese padre desconocido que la había abandonado tantos años atrás. Estaba ligada a Su Majestad, el difunto shogun. Pertenece a su familia para siempre, y fuera cual fuese su destino, era también el suyo.

## IV

Sachi se quedó sentada contemplando el fuego hasta mucho después de que se hubieran marchado todos. Genzaburo y Shinzaemon habían salido a patrullar, por si se acercaban más soldados sureños. Genzaburo quería enseñarle la aldea a su compañero de armas y practicar un poco con la espada. Sólo Taki seguía allí, arrodillada en un rincón de la habitación, cosiendo en silencio.

Sachi intentaba asimilar todo lo que había oído. Creía que volvía a casa, y de pronto tenía la sensación de haber perdido a sus padres; y en cuanto a la aldea, parecía haberse desmoronado y haber quedado reducida a polvo, como Urashima. Y ¿qué había ganado? Un padre arrogante, un sureño; y una madre que apenas existía.

El michiyuki, que cuando lo vio por primera vez parecía brillar con una luz sobrenatural, ya no era más que un fardo andrajoso, amontonado en el pasillo con el resto de su equipaje. Fue a buscarlo, lo llevó a la habitación y empezó a desatar el nudo. Tenía los ojos empañados y apenas veía. Quizá también aquella prenda de brocado desaparecería en una nube de humo y se la llevaría lejos. Casi deseaba que sucediera.

Pero cuanto más peleaba con el nudo, más prieto estaba. De pronto, los hilos cedieron y el michiyuki salió de su envoltorio.

Al desplegarse, el michiyuki llenó la habitación de su misterioso olor a seda. Era precioso: azul cielo, con hojas de ciruelo, de bambú y de pino bordadas —los símbolos del Año Nuevo—, y fino y suave como el pétalo de una flor. Sachi sacudió la tela, impaciente. Le dio vueltas, sin apenas ver el paisaje trazado a lo largo de la orilla. Estaba tan confusa que no distinguía la parte de arriba de la de abajo. Al final encontró lo que buscaba: el emblema bordado en la parte de atrás del cuello y en los hombros.

Se metió una mano en la manga y sacó su precioso peine de carey. Miró el emblema de oro grabado en uno de los bordes, y comprobó que era igual que el emblema del michiyuki. Eso significaba que tanto el michiyuki como el peine habían pertenecido a su madre. Sachi tenía la mirada fija en el emblema, como si éste pudiera revelar su secreto. Lo más frustrante era que le resultaba familiar.

Taki se le acercó, se arrodilló a su lado y la abrazó suavemente.

—Lo sé —dijo—. He oído lo que te han contado tus padres. No me sorprende. Sabía que tú no tenías nada que ver con un sitio como éste. Ellos son buenas personas, pero no son de tu casta. Con ellos sólo tienes un lejano parentesco.

—Este emblema... es de mi madre. Si pudiera identificarlo, quizá lograra encontrar a su familia. Y también a ella.

Taki cogió la tela y la acarició con aire pensativo. Luego examinó el peine y negó con la cabeza.

—Lo he visto en algún sitio, pero no recuerdo dónde —comentó.

Se quedaron calladas observando el michiyuki y el peine.

—Bueno —dijo Taki al fin—, una cosa sí puedo decirte. Esto es un abrigo de concubina. Sólo a las concubinas del shogun les está permitido llevar esta clase de prendas. Diría que es de la corte del duodécimo shogun, el señor Ieyoshi. Tiene sentido, ¿no? ¿No naciste tú alrededor de esas fechas?

—No sé cuándo nací. Lo único que sé es que fue en el año del perro.

—Tienes dieciocho años, ¿no? Igual que yo. Ese año era perro de hierro. Su Majestad todavía debía de estar en el trono.

—Así que es un abrigo de concubina de cuando nací... —dijo Sachi.

—Debe de serlo. Por eso llegaste aquí envuelta en él.

—Pero ¿no lo ves, Taki? ¿No te das cuenta de lo que eso significa? Si éste era el abrigo de mi madre, ella... debía de ser concubina. O al menos debía de serlo cuando yo nací. ¡Debía de ser una de las concubinas del señor Ieyoshi!

—Eso es imposible —dijo Taki con rotundidad—. ¿No dijeron tus padres que tu verdadero padre era un chonin?

Las jóvenes se miraron. Una concubina del shogun no podía haber tenido una

aventura con nadie, y menos aún con un chonin de baja estofa. Era inconcebible. Habría sido una terrible infracción del deber, un delito espantoso.

—Quizá el hombre que te trajo aquí no fuera tu padre —especuló Taki—. Quizá le ordenaran decir que lo era. Quizá fuera un mensajero, un criado...

—O quizá mi madre no fuera concubina. Quizá alguien le diera el michiyuki... —susurró Sachi.

Volvió a coger la prenda y enterró la cara en ella. Olía a mujer. ¿Qué le decía ese olor? Olía a almizcle, a aloe, a ajeno, a incienso; mezclado con humo de leña de las noches que su padre había pasado viajando.

Extendió el michiyuki sobre sus rodillas. Era exquisitamente fino y suave. Los hilos dorados y plateados del brocado se habían endurecido con el tiempo, y crujieron cuando les pasó los dedos por encima. En el dobladillo, un carruaje de noble, con los arreos enrollados en el suelo, como si los bueyes se hubieran soltado y se hubieran marchado; en las faldas, un portal con tejadillo de paja, con las cuerdas de la cortina oscilando, como si alguien acabara de pasar por él, y una verja rústica en una valla de bambú; y a lo largo de la costura de la manga, la barandilla de un pabellón con vistas a un riachuelo... Sólo una mujer hermosa podía haber llevado semejante prenda.

¿Y si fuera cierto?, pensó Sachi. ¿Y si su madre había sido una concubina y su padre un chonin? Eso explicaría por qué su madre no había podido quedarse con ella, por qué la habían llevado a la aldea. Quizá habían tenido que llevarla al campo para que nadie se enterara del delito de su madre. Pero ¿qué clase de mujer sería capaz de hacer eso? Sólo una que se había dejado llevar por una pasión tan arrolladora que ya no le importaba su deber. Y qué secreto había tenido que esconder.

Sachi dio un grito ahogado y se enderezó. Pensó en Shinzaemon y notó cómo la sangre le coloreaba las mejillas. Ella había estado a punto de cometer el mismo delito. No le había entregado su cuerpo a otro hombre, pero le había dejado entrar en su corazón. ¿Habría heredado el carácter imprudente de su madre?, se preguntó. ¿Corría por sus venas la misma sangre temeraria?

Ese pensamiento la horrorizó por unos instantes. Quizá el michiyuki le había revelado su secreto como advertencia. Si Sachi pudiera encontrar a su verdadera madre, quizá comprendiera los irreflexivos impulsos que la movían también a ella.

Miró a Taki, que la miraba con fijeza, con los ojos muy abiertos. Sachi comprendió que estaba pensando lo mismo que ella.

—Mi madre podría estar todavía en el palacio de las mujeres —susurró—. Eso explicaría por qué aquí nadie sabe nada de ella.

—Cuando murió Su Majestad, la habrían llevado a Ninomaru, la segunda ciudadela, donde viven las viudas —dijo Taki, pensativa—. Como a Honju-in.

Sachi recordó a la anciana, marchita y reseca como una hoja de otoño. Era ella quien le había dicho: «Sólo eres un vientre de alquiler.» Sachi y Taki no habían

conocido a las otras concubinas del señor Ieyoshi. Sólo Honju-in había tenido el honor de darle un hijo varón, y sólo ella había ejercido poder en el palacio. Las demás habían tomado los hábitos.

—Tengo que encontrar a mi madre, Taki —dijo Sachi.

—En ese caso, hemos de volver inmediatamente a Edo —replicó Taki—. Los sureños se dirigen a la ciudad, y sin duda tomarán el castillo. Quizá las mujeres ya se hayan marchado, y no habrá forma de encontrarla.

—Tengo que intentarlo.

Pero en cuanto Sachi volviera a Edo, tendría que despedirse de Shinzaemon. Cuanto más retrasara su partida, más tiempo podrían estar juntos. Aunque tenían que ocultar sus sentimientos, a Sachi le gustaba saber que Shinzaemon estaba allí, notar su presencia, mirarlo de vez en cuando: sus grandes manos, su delicada nariz, su rebelde mata de pelo. Sachi podía pasar un poco más cerca de él de lo que era estrictamente correcto, y notar el calor de su cuerpo y oler su olor salado. A veces sus manos se rozaban, o notaba los ojos de él fijos en ella. Pero cuando llegaran a Edo, todo eso habría terminado. Shinzaemon entraría en la milicia y lo más probable era que lo mataran. Eso era lo que él mismo esperaba.

Sin embargo, Sachi sabía que no podía retenerlo mucho más tiempo. Shinzaemon era demasiado rebelde para quedarse en una aldea perdida en las montañas, y para dejar que su vida girara en torno a una mujer; aunque Sachi sospechaba que también él, consciente de que podía morir pronto, quería aprovechar todo el placer que pudieran aportarle esos últimos momentos.

Habían envuelto el michiyuki cuando se abrió la puerta exterior. Entró una corriente de aire helado, y con ella Shinzaemon y Genzaburo. Cerraron la puerta y se quedaron de pie en la entrada; tenían las mejillas coloradas, como si hubieran estado practicando con las espadas.

—Bueno, hoy la suerte ha estado de su parte —dijo Genzaburo arqueando las cejas al mismo tiempo que se quitaba los zapatos y se limpiaba los pies antes de pisar el tatami.

—Pero tú te has defendido bien —dijo Sachi sonriéndole.

Genzaburo era como un hermano para ella, un personaje de su infancia, impetuoso y despreocupado. A ella siempre había algo que la preocupaba, mientras que él, pasara lo que pasase, siempre mantenía una actitud optimista.

Genzaburo asintió y dijo:

—No te preocupes por lo de ese tipo que dijo ser tu padre. A mí me adoptaron tres veces. Tengo cuatro padres y seguramente mi verdadera madre es esa anciana arrugada que regenta la Casa de las Orquídeas. Es cuestión de suerte. Tus padres te quieren. Aquí siempre tendrás un hogar.

—Ya lo sé —repuso ella—. Pero ya no pertenezco a este lugar. He pasado

demasiado tiempo lejos.

Sachi miraba a Shinzaemon, que estaba dejando su espada larga en el estante. Se percató de que él quería decir algo.

—Tenemos noticias —comentó en voz baja—. Ha salido otro destacamento de sureños de Kioto. Tengo que marcharme antes de que lleguen aquí. De momento el camino estará tranquilo. Quizá sea mi última oportunidad hasta dentro de un tiempo.

Había llegado el instante que Sachi tanto había temido. Pero sabía que ya estaba preparada para marcharse. Tenía que volver a Edo, al palacio, con la princesa, y... quizá con su madre.

—Ya llevo mucho tiempo limpiando mis espadas —dijo Shinzaemon con la mirada clavada en el suelo, arrastrando los pies. Sachi reconoció su gesto de determinación—. Ahora ya están afiladas. Tengo que volver al camino y ayudar con la defensa. Si quieres quedarte más tiempo aquí, puedes irte con Gen. Él saldrá dentro de unos días. Pero creo que deberías venir conmigo.

Shinzaemon habló con indiferencia, como si no le importara si Sachi se iba con él o con Genzaburo, pero ella sabía que le estaba pidiendo que tomara una decisión.

—Así... que te marchas a Edo —dijo.

Al avispero. Shinzaemon asintió.

A Taki le brillaban los ojos. Su cara había cobrado vida. Era evidente dónde prefería estar.

—¿Tú qué opinas, Taki? —dijo Sachi—. Quizá haya llegado el momento de regresar a Edo. Nos llevaremos las alabardas. Yuki se quedará en la aldea; aquí estará a salvo. Una niña sería un estorbo, y necesitamos viajar deprisa.

—Es una buena decisión —dijo Taki, radiante—. Pero tendremos que ir con cuidado. El Nakasendo estará lleno de sureños, gente como ese repugnante soldado de la cara marcada.

Sachi miró a Shinzaemon y sonrió.

—Taki y yo vamos contigo —dijo.



## 8. EN EL AVISPERO

### I

Jiroemon dio un suspiro cuando Sachi fue a decirle que se marchaba; luego sonrió con resignación, como si supiera que era inevitable, y asintió con su enorme cabeza.

—A Edo, ¿no? —dijo—. Si no tuviera una posada de que cuidarme y una aldea que vigilar, me iría contigo. El camino es largo —añadió, y dio una calada a su pipa—. Ochenta y un ri. Entre siete y diez días de viaje, calculo; quizá un poco más. Depende de la nieve que encontréis en los puertos de montaña. Déjame darte un consejo. La gente suele ir demasiado deprisa al principio. Ve despacio y camina a un ritmo constante, y cuídate los pies. Así aguantarán hasta el final. Y asegúrate de que llegas a una posada todas las tardes, antes del anochecer. No conviene seguir caminando después del ocaso. Ese Shin... Es buen chico, y valiente. Él cuidará de ti. Y recuerda, cuando llegues a Edo, busca a tu padre. Él debe de estar buscándote a ti.

Sachi asintió.

—Siempre sabré que tengo un padre aquí —dijo enjugándose las lágrimas con la manga.

Se marcharon al día siguiente. Otama se levantó antes del amanecer y fue al bosque a recoger helechos y tallos de cola de caballo para prepararles la comida. Se secaba las lágrimas con la manga mientras iba poniendo la comida en unas cajas de madera lacada; eso iba a ser lo último que podría hacer por su hija. Sachi también lloraba. Era cruel haber vuelto a casa por un tiempo tan breve y marcharse otra vez en busca de una madre que quizá no fuera más que un fantasma.

Pero ahora que había decidido irse, sabía que era lo mejor para todos. Tenía que buscar a su madre; Taki estaba completamente fuera de lugar en la aldea, y ansiosa por volver a Edo, donde, aunque no pudiera ver a Toranosuké, al menos estaría un poco más cerca de él; y en cuanto a Shinzaemon, Sachi sabía que tenía que irse. De todas formas, su intención era quedarse sólo un par de días en la aldea. Por mucho que les doliera, tenían que marcharse.

Yuki asintió con serenidad cuando Sachi le dijo que debía quedarse en la aldea. Allí había encontrado un nuevo hogar. Chobei y ella se habían hecho amigos, y Otama y Jiroemon estaban dispuestos a reemplazar a los padres que la niña había perdido. Sin embargo, Yuki era una niña guerrera. Sachi sabía que no aguantaría mucho en la aldea, y le aseguró que cuando las cosas se hubieran calmado un poco, volvería a buscarla y podría marcharse con ella.

Sachi sólo se llevó el michiyuki. Dejó el resto de sus pertenencias, y dio instrucciones a su familia para que empeñaran sus túnicas si necesitaban dinero.

Los tres viajeros llevaban tan poco equipaje que sólo alquilaron un par de caballos de carga. Se pusieron mantos, leotardos y unos anchos sombreros de paja de viaje. Sachi y Taki llevaban sus alabardas a modo de cayados. Jiroemon, Otama, Yuki y los niños los acompañaron hasta las puertas de la aldea y les hicieron reverencias y ademanes hasta que se perdieron de vista. Gen también fue a despedirlos; sonreía y gritaba: «¡Nos veremos en Edo!» El olor a humo de leña y a sopa de miso, los ladridos de los perros y los cacareos de los gallos se perdieron en la lejanía. La aldea iba haciéndose cada vez más pequeña a sus espaldas, y Sachi oía la voz de Otama, cada vez más débil: «Vuelve pronto», y el eco de la voz de Jiroemon, más grave. Con lágrimas en los ojos, murmuró el haiku que Basho había escrito cuando estuvo en Kiso, aunque en otra estación:

*Okuraretsu / Primero me dicen adiós,  
Okuritsu hate wa / luego digo yo adiós, y entonces...  
Kiso no aki / otoño en Kiso.*

La vida no era más que una serie de despedidas; conocías a personas, te encariñabas con ellas, y luego tenías que separarte de ellas. Y al final de ese viaje habría otra despedida, cuando Shinzaemon entrara en la milicia. Dio un suspiro y apartó esa idea de su mente.

Incluso allí, en las montañas, donde la nieve no había hecho más que empezar a fundirse, ya brotaban las flores en algunos cerezos. La primavera anterior, Sachi estaba en el castillo. Recordó que salía a los jardines con las otras mujeres para admirar las frágiles flores; se les empañaban los ojos al pensar en la brevedad de su belleza y en la fugacidad de la vida. ¿De verdad había pasado un año entero?

Mientras se alejaban de la aldea, oían correr el agua y vieron el río Kiso destellando a lo lejos. El camino se adentraba, serpenteando, en el bosque, entre cipreses y pinos y bosquecillos de susurrante bambú. La calzada estaba pavimentada, y había escalones tallados en las cuestas. Caminaban despacio y a un ritmo constante, como les había aconsejado Jiroemon. Se habían atado campanillas en los tobillos para asustar a los osos negros que vivían en las montañas. Cuando encontraban arroyos,

saltaban de piedra en piedra o de roca en roca. A lo lejos oían las campanillas de las recuas de caballos de carga que avanzaban por el fondo del valle, y los pasos de bueyes que arrastraban carros cargados de arroz, paja o sal.

Era reconfortante estar de nuevo en marcha. A veces Shinzaemon se adelantaba, y a veces se quedaba en la cola del grupo, vigilando a los porteadores y los caballos de carga. Sachi observaba tímidamente sus anchas espaldas y su rebelde cabello, y escuchaba el crujido de sus sandalias de paja en el suelo de tierra, y su grave voz cuando gritaba a los porteadores. Le habría gustado poder detener el tiempo, convertir cada instante en una hora.

Estaban en medio de las montañas, en un tramo poco frecuentado de la ruta Nakasendo, avanzando por un denso bosque, cuando Sachi oyó unas voces ásperas. Estaban rodeados de altos árboles que impedían ver el camino con sus gruesos troncos. Cerró una mano alrededor del puño de su alabarda. Unos hombres salieron de detrás de los árboles, blandiendo bastones y hoces. Eran bandidos.

Uno se abalanzó sobre Sachi, y pegó su cara a la de ella.

—Peaje —gruñó, y tendió una negra mano con la palma hacia arriba. Hablaba en el dialecto del Kiso—. Mil mon de cobre.

El tipo tenía una cara delgada y puntiaguda, de rata. Su boca era un agujero con unos pocos dientes amarillos, rodeados de raigones renegridos. Llevaba la ropa sucia y hecha jirones, pero tenía unos brazos musculosos y unos pequeños y destellantes ojos. Llevaba el pelo recogido en un moño grasiento. Sachi había oído hablar de tipos como aquél; eran delincuentes que merodeaban por los salones de juego de las partes más pobres de la ciudad. En circunstancias normales, sus caminos nunca se habrían cruzado. ¿Dónde estaban los oficiales que vigilaban el camino? Por lo visto, el orden que todos habían dado siempre por hecho se había derrumbado por completo. Sachi retrocedió, asqueada, pero el hombre fue tras ella.

—No, mejor aún —dijo el individuo señalando los caballos con la cabeza—. Nos llevaremos eso.

Algunos de los hombres ya estaban sujetando las riendas de los caballos de carga. ¡Iban a llevarse el michiyuki!

Sachi miró alrededor, desesperada. Eran unos diez, quizá veinte bandidos contra ella, Taki y Shinzaemon. Estaba a punto de sacar la funda de la alabarda cuando el hombre la agarró por las muñecas y se las apretó con fuerza con sus huesudas manos. Era canijo, pero muy fuerte. Sachi forcejeó con fiereza; sus ojos se llenaron de lágrimas de frustración.

De pronto se oyó un silbido, como si alguien aspirara entre los dientes. Unas ásperas voces exclamaron: «Hora!», y después se produjo un silencio. Los bandidos se habían quedado inmóviles. Sachi los miró, desconcertada. Tenían la boca abierta y los ojos como platos.

Sachi se dio la vuelta. Shinzaemon iba a la cola del grupo. Se había quitado la manga derecha del kimono para liberar el brazo con que manejaba la espada, revelando su musculoso hombro y el tatuaje de la flor de cerezo. Algunos de los bandidos y los mozos que llevaban los caballos de carga tenían tatuajes que les cubrían la piel desde el codo hasta la rodilla y hasta el cuello: preciosas escenas de guerreros, geishas y actores de kabuki, exquisitamente dibujados y coloreados. El de Shinzaemon era muy diferente: era sencillo y sin pretensiones.

Tenía la espada en la mano. Miró a los bandidos y frunció ligeramente el entrecejo; entonces esbozó una sonrisa, como si nada pudiera divertirlo más que enfrentarse a aquellos tipos.

De pronto los bandidos se arrodillaron en la calzada y empezaron a golpearse la cabeza contra el suelo.

—Perdónanos, amo, perdónanos —farfullaban—. Lo sentimos mucho, amo. Ten piedad de nosotros.

La sonrisa de Shinzaemon se ensanchó. Le lanzó una mirada de nostalgia a su espada y entonces, lenta y deliberadamente, la guardó en su vaina. Volvió a cubrirse el hombro con la manga del kimono e hizo una seña con la barbilla. Los bandidos dieron media vuelta y huyeron corriendo hacia el bosque.

Sachi estaba perpleja. El tatuaje de Shinzaemon no había tenido el mismo efecto sobre los soldados sureños cuando se los habían encontrado. Había muchas cosas de él que no sabía: qué había sido, qué había hecho en el pasado.

—Bueno —dijo Taki en voz baja cuando se pusieron de nuevo en marcha—. Ha habido suerte. Al menos no tenemos que preocuparnos por los bandidos con Shin a nuestro lado.

Esa noche, en el puesto de control, se hospedaron en una sencilla posada, la clase de establecimiento donde paraban los viajeros corrientes, esos por los que ellos se hacían pasar. Hombres y mujeres dormían juntos en la misma habitación, y hasta tenían que prepararse ellos las camas.

Después de instalar a Taki, Sachi y Shinzaemon se sentaron fuera, en un banco. Las estrellas brillaban en el negro firmamento. Estaba tan oscuro que ni siquiera veían la silueta de las montañas. Se oía el agua correr por las alcantarillas, y de vez en cuando, el correteo de algún animal por la maleza del bosque que había detrás.

Sachi dio una calada a su pipa. Como a todas las mujeres del palacio, le gustaba fumar de vez en cuando. Las brasas relucían, rojas, y las chispas iluminaban la oscuridad. Estaban sentados uno al lado del otro, pero sin tocarse.

—Nunca había visto brillar tanto las estrellas —dijo Shinzaemon en voz baja—. Nunca pensé que estaría en un sitio como éste... con alguien como tú.

Se quedaron allí hasta altas horas de la noche. Sachi le habló a Shinzaemon de su

infancia en la aldea: de cómo nadaba en el río, de esa vez que Genzaburo peleó con un jabalí, del paso de las estaciones en las montañas, de las procesiones que pasaban por la aldea y de los daimios que se hospedaban en la posada. Al final le habló de la princesa; le contó que su comitiva era tan larga que había tardado cuatro días en pasar, y que se había llevado a Sachi y había ordenado que la llevaran al castillo de Edo. Pero se detuvo ahí: no le habló del palacio ni del shogun, y él tampoco le preguntó nada.

—Yo también pasé mucho tiempo en las montañas —dijo Shinzaemon—. Cuando era niño, salía con los cazadores de osos. Era muy pendenciero. Mis padres siempre estaban enfadados conmigo. Pero entonces encontré algo útil que hacer con mi espada.

—¿Y ese tatuaje? —preguntó Sachi con timidez—. ¿Me vas a hablar de él?

—Siempre quise mejorar con la espada, sobre todo cuando empezó a haber revueltas. Pasé un año en la Academia Militar de Edo. Entonces oí hablar de un maestro que era el último defensor de la técnica «mano del Buda». En esa época ya estaba retirado. Pasé una temporada con él en la tierra de las nieves. Era un gran maestro. Una vez iniciados, los discípulos podíamos llevar una flor de cerezo tatuada en el hombro. Por lo visto, todos los bandidos del centro de Japón conocen ese tatuaje. Desde entonces, nunca he tenido problemas con ellos. Es a mi maestro a quien temen, no a mí. O quizá teman a la mano del Buda. Quizá prefieran no averiguar en qué consiste esa técnica secreta.

Sachi lo oyó chascar la lengua en la oscuridad.

No hablaron del futuro. Cada día que pasaba estaban más cerca de Edo y del momento en que deberían separarse.

Caminaban día tras día, diminutos bajo los peñascos, como figuras de un dibujo a tinta. A veces el camino se llenaba de gente, y otras veces, el grupo caminaba solo. Superaron puertos de montaña nevados, contemplando, impresionados, los picos que se alzaban sobre ellos. Rezaban en los santuarios que había en las cumbres, suplicando a los dioses que los protegieran. A veces subían cuevas entre árboles que se alzaban hacia el cielo, con un follaje tan denso que el camino quedaba oscuro como la noche. Treparon por rocas, pasaron por puentes endebles que oscilaban sobre barrancos que daban mareo, vadearon cascadas y arroyos y buscaron el camino por extensiones de hielo y nieve. A veces, en los sitios donde la nieve se había fundido, tenían que avanzar con el barro hasta las rodillas.

Formaban parte de la interminable procesión que transitaba la ruta Nakasendo. Avanzaban con dificultad, parándose de vez en cuando para ajustarse los cordones de las sandalias de paja y frotarse las doloridas piernas. Llevaban las sandalias de recambio colgadas del cinturón, y tiraban las viejas cuando se rompían. Cuando

llovía o hacía frío, se ponían abrigos de paja y seguían caminando como pequeños pajares móviles. Cuando el sol abrasaba, se protegían con los sombreros de paja. Nadie que las viera con su sucia ropa de viaje habría podido imaginar que eran cortesanas.

Todas las mañanas, Sachi se ponía un par de sandalias nuevas, se remangaba las faldas del kimono, cogía su alabarda y se ponía en marcha, muy decidida. Se sentía más fuerte a medida que pasaban los días, aunque tenía los pies rozados y doloridos, por muchas veces que se cambiara las sandalias de paja.

Taki también caminaba con decisión, como una muchacha del campo. Tenía color en las mejillas, antes pálidas, y sus grandes ojos destellaban. Ya no protestaba por el frío ni por lo duro que era el camino. Sachi veía que estaba emocionada, pues sabía que iba hacia Edo, hacia su casa.

Ella sabía que también debería estar emocionada. Volvía al palacio, donde estaba la princesa; se repetía una y otra vez que volvía al lugar donde encontraría a su madre. Sin embargo, cada día que pasaba sabía que estaba más cerca del momento en que tendría que despedirse de Shinzaemon.

Por las noches, él y Sachi se sentaban juntos. A veces hablaban; otras, no. Comentaban los incidentes del día, o hablaban de su infancia, de libros que habían leído y de la música y la poesía que les gustaba. A veces sus manos se rozaban. Ambos eran conscientes de que lo que estaban haciendo era incorrecto, pero allí, en el camino, nadie sabía quiénes eran. Además, se dirigían a la guerra. Shinzaemon suponía que moriría, y Sachi no tenía ni idea de qué sería de ella.

Siete días después de abandonar la aldea, superaron el puerto de Usui, el último de los cuatro grandes puertos de montaña de la ruta Nakasendo. Era una cuesta larga y dura. Ya en lo alto, respirando aquel aire enrarecido, contemplaron la llanura de Kanto. Más allá estaba Edo. Unas cumbres oscuras se alzaban a lo lejos, bordeando la llanura como las almenas de una fortaleza. Shinzaemon señaló las angulosas formas del monte Miyogi, el monte Haruna y el monte Akagi. Más hacia el sur, reluciendo en el horizonte, se distinguía una silueta fantasmal: el cono perfecto del monte Fuji. Rezaron en el santuario Rumano, en lo alto del puerto, y emprendieron la marcha por el resbaladizo y traicionero suelo de pizarra de la cresta, hasta descender al puesto de control de Sakamoto. A medida que descendían, iban notando el aumento de la temperatura. Iban del invierno hacia la primavera.

Al día siguiente, por la noche, llegaron a la ciudadela de Takasaki. Se marcharon antes del amanecer. A las puertas de la ciudad había cadáveres atados a unas cruces; era una advertencia para los descontrolados que pretendieran aprovecharse del caos reinante para asaltar a los viajeros. Las montañas se alzaban, imponentes, a sus espaldas, monstruosas siluetas destacadas contra el oscuro firmamento. A partir de

ese momento, caminarían por las llanuras.

Hacia la hora del caballo, cuando el sol estaba en el cenit, llegaron a un río demasiado ancho y rápido para vadearlo.

—El río Toné —dijo Shinzaemon—. Cuando lo hayamos cruzado, estaremos en el último tramo del trayecto.

El río bajaba muy lleno, pues había recibido la nieve del deshielo. Las casas que había al otro lado parecían pintadas en un paisaje. La gente que estaba en la orilla escudriñaba las aguas, impaciente. Un viejo transbordador zigzagueaba precariamente hacia ellos, impulsado por un barquero calvo con una larga pértiga de bambú; en la popa iba otro individuo, acuclillado, que dirigía el timón. El viento agitaba los juncos que crecían al borde del agua.

Un anciano de manos nudosas, que llevaba un cinturón lleno de monedas atado a la cintura, gruñó algo en un dialecto tan tosco que Sachi no entendió ni una sola palabra.

—¿Qué? Eso es diez veces la tarifa normal —le gritó Shinzaemon—. ¡Sinvergüenza! ¡Avaro! El país está en llamas y lo único que te interesa es cuánto dinero puedes sacar, ¿no?

—Lo siento, señor —dijo el anciano. Sachi estaba acostumbrándose al acento—. Ésa es la tarifa, señor. O lo tomáis, o lo dejáis. O cruzáis por vuestra cuenta.

La barca se acercó crujiendo y gruñendo; iba tan cargada que parecía que fuera a hundirse bajo el peso de tanta gente y tanta mercancía. El barquero apoyaba todo el peso de su cuerpo en la pértiga, y cada vez que se daba impulso estaba a punto de caer al agua. En la popa había un grupo de porteadores. Estaban de pie, con aire desvalido, alrededor de unas cajas fuertes; no llevaban más ropa que un taparrabos, y estaban pálidos y temblorosos. En la proa había unos cuantos personajes bien alimentados que parecían los amos de los porteadores. Tenían un aire sospechoso. De vez en cuando miraban por encima del hombro, como si los estuvieran siguiendo. Sachi, con la cara bien tapada con el pañuelo, los miró con curiosidad.

Parecían comerciantes de Edo, como esos que llevaban los rollos de seda al palacio. Vestían trajes costosos de telas suntuosas, sencillas por fuera, pero con lustrosos forros que se veían en el cuello y en los puños. Mas esos presuntos comerciantes tenían algo raro. Los hombres que estaban agrupados alrededor de ellos llevaban dos espadas que asomaban por debajo de sus capas de chonin, y daba la impresión de que protegían a los tres que estaban en el centro, cuyas caras quedaban ocultas bajo sus sombreros de viaje.

La proa del transbordador llegó a la orilla del río levantando mucha agua, y los viajeros desembarcaron; pasaron tan cerca de Sachi que la joven habría podido tocarlos. Al pasar el primero de los hombres a su lado, el viento agitó las mangas de su traje, y Sachi percibió un débil perfume. La joven cerró los ojos e inhaló. Era una

mezcla de flores de ciruelo, suave y dulzón; un perfume de invierno con una pizca de camelia. «Ese hombre no es ningún comerciante», pensó Sachi. Las fragancias tan sofisticadas como ésta no estaban al alcance de los comerciantes, y además, ni siquiera se les permitía utilizarlas. Y había algo que le resultaba familiar. Un lejano recuerdo se agitó en su mente.

Por un instante volvía a estar en el palacio, deslizándose por las grandes estancias con sus techos artesonados y sus paredes doradas y relucientes, y con el dobladillo acolchado de la cola de su traje susurrando tras ella. Las mujeres con que se cruzaba hablaban y reían, y cada una llevaba un perfume distinto. Sachi y Taki caminaban deprisa detrás de Tsuguko, cuyo largo y entrecano cabello rozaba el suelo. Pero ¿adónde iban y por qué? Sachi intentó recordarlo. Ese perfume le producía una terrible aprensión.

Abrió los ojos. Miró hacia abajo y le vio una mano a aquel hombre. Era blanca, suave y carnosa, y llevaba las uñas arregladas, como una mujer. De pronto Sachi dio un respingo. Había olido ese perfume en el tatami de la sala de audiencias de la princesa. Era un olor tan abrumador que le produjo mareo. Una sedosa voz de hombre resonaba en sus oídos; susurraba, utilizando el enrevesado lenguaje de la corte, que Su Majestad el shogun estaba gravemente enfermo.

Su Majestad el shogun. Sachi vio su liso y pálido torso, su infantil sonrisa. Había pensado que, con el tiempo, el dolor se haría menos intenso, pero notó cómo las lágrimas se agolpaban en sus ojos. Entonces vio a la princesa llorando detrás de sus biombos y la oyó preguntar: «Oguri. Oguri. La enfermedad del shogun... ¿es natural?» Oguri. Así se llamaba.

Sachi cometió la temeridad de levantar la cabeza. Aquel rostro blando y blancuzco, con la mirada furtiva del eterno cortesano, era inconfundible. Sus miradas se cruzaron un instante, pero la de él no reflejó nada. Aquel día, en la sala de audiencias, Sachi estaba escondida, de modo que él no la había visto.

Lo siguió otro hombre más joven. Era un niño todavía; no debía de ser mayor que Tatsuemon. Luego pasó el tercero. Sachi estaba tan concentrada en sus recuerdos —la había conmovido tanto volver a ver a Oguri—, que dejó que se le cayera el pañuelo de la cara. Sabía que su blanca piel, su delicada nariz y sus ojos verde oscuro llamaban la atención, y era importante que no atrajera miradas curiosas. Pero todos estaban muy ocupados con sus asuntos, así que nadie lo notaría. Además, esos hombres no la habían visto nunca. Sachi no significaba nada para ellos.

Reconoció el curtido rostro de halcón que vio pasar ante ella: un rostro moreno, de gruesos carrillos, picado de viruelas y con una mueca en la boca. El hombre llevaba un moño de samurái, duro y reluciente, en lo alto de la bronceada cabeza. Era Mizuno, el hombre que acompañaba a Oguri aquel aciago día.

Sus ojos se encontraron, y la sorpresa se reflejó en el rostro de él. Abrió la boca,



de labios carnosos, y miró hacia atrás como si hubiera visto un fantasma.

—¡Vete! ¡Vete! ¡Déjame en paz! —gritó sacudiendo un brazo, un extraño tic que Sachi recordaba muy bien; al oírlo, los guardias buscaron el puño de sus espadas.

El tipo tenía los ojos fuera de las órbitas, y la boca muy abierta, como si profiriera un silencioso grito.

Oguri se dio la vuelta y lo fulminó con la mirada.

—Silencio —dijo en voz baja—. ¿Quieres que nos maten a todos?

Los hombres se abrieron paso entre la multitud; los guardaespaldas apartaron a la gente a empujones para abrirles el camino hasta que subieron a los palanquines. Mizuno todavía giraba la cabeza y miraba fijamente a Sachi. Ella los vio alejarse del río, hacia las montañas, seguidos por un largo séquito de porteadores que se tambaleaban bajo el peso de las cajas fuertes. Cada caja la llevaban entre cuatro hombres.

Taki estaba de pie detrás de Sachi.

—Esos hombres... ¿Los has visto? —murmuró—. ¿No era...?

Pero Sachi todavía no daba crédito a lo que acababa de ver, y estaba perpleja ante el comportamiento de Mizuno. ¿La habría visto aquel día en el palacio? No, imposible. Era imposible que la hubiera reconocido. Pero no se habían visto en ninguna otra ocasión. Ésa había sido la única vez que Sachi había visto hombres en el palacio de las mujeres. Y encontrarlos allí, en el camino... Se preguntó qué podía haber provocado que Mizuno reaccionara de esa forma.

—La situación debe de estar muy mal en Edo si hasta ellos se marchan —susurró Taki—. Y ¿cómo interpretas la forma en que te ha mirado?

Sachi sacudió la cabeza.

—Supongo que no están acostumbrados a ver mujeres viajando con tanta libertad —contestó.

Se ruborizó intensamente; estaba avergonzada de haber sido tan estúpida como para llamar la atención de aquel tipo dejando que se le cayera el velo. No podía volver a cometer una torpeza así.

Cuando cruzó el río en dirección a Edo, el transbordador iba casi vacío. Aparte de Sachi, Taki, Shinzaemon y sus porteadores, sólo había un par de campesinos. El río iba muy lleno y al barquero le costaba trabajo agarrarse a su pértiga mientras el oleaje sacudía la barca. Sachi, Taki y Shinzaemon se zarandeaban bruscamente, un frío viento les sacudía las delgadas prendas de algodón. La espuma, helada, los rociaba y les lastimaba la cara. Las gaviotas los sobrevolaban, y los gansos salvajes no paraban de graznar.

La orilla del lado de Edo estaba abarrotada de viajeros con cara de susto, cargados de equipaje. Se daban empujones y codazos para apartarse unos a otros, al mismo

tiempo que gritaban: «¡Mi anciana madre está enferma, tiene que pasar primero!», o «¡Nosotros hemos llegado antes y tenemos prisa!». Los barqueros los apartaban a empujones, berreando: «¡Volveos! ¡La barca está llena!» Había gente aferrada a los costados de la barca y amontonada en la proa. Cuando zarpó, el transbordador tenía la línea de flotación peligrosamente alta.

Los tres viajeros atravesaron bosques y páramos y pasaron entre campos de arroz de color marrón, arados y listos para la siembra. Los templos y las aldeas sobresalían como islas en un mar de color verde, y las tiendas y los puestos salpicaban el camino. Las nubes se perseguían por el cielo. Sólo quedaban veinte ri para llegar a Edo: un par de días más de viaje.

Shinzaemon redujo el paso y se colocó al lado de Sachi. De vez en cuando, ella lo miraba —su ancha nariz, su revuelto cabello, sus grandes manos, sus pómulos— e intentaba grabar esa imagen en la mente, consciente del poco tiempo que les quedaba.

Cuanto más se acercaban a Edo, más refugiados encontraban; se arrastraban trabajosamente, serios, tirando de carros donde se amontonaban sus pertenencias. El camino estaba lleno de refugiados. Había largas comitivas de palanquines y literas que avanzaban al trote, precedidas de criados y seguidas de hileras de caballos de carga y porteadores que transportaban cestos y baúles colgados de dos varas. Detrás iban otros más pobres, encorvados bajo bultos de ropa y futones, adelantando a carros tirados por adormilados bueyes. Había monjes con la cabeza afeitada, monjas que murmuraban oraciones y mendigos esqueléticos y harapientos que pedían limosna a gritos. También había grupos de peregrinos que iban chismorreando como si nada hubiera cambiado.

Algunos tarareaban aquella enloquecedora, desafiante e insistente cantinela: «Ee ja nai ka? Ee ja nai ka? ¿A quién le importa un comino? ¿A quién le importa un comino?» Al oírla, otros se enganchaban, y al poco rato todos cantaban, algunos por lo bajo y otros a voz en cuello. Cuanto más repetían aquella frase sin sentido, más salvaje se volvía su mirada. Algunos hasta empezaron a saltar y cantar. Todo se desmoronaba, y la canción parecía querer decir: ¿qué otra cosa podemos hacer que alzar los brazos y bailar?

Sachi y Taki escrutaban los rostros, inexpresivos y agotados, de los viajeros, y se preguntaban si habría entre ellos alguna mujer del palacio. De vez en cuando se oía un grito de advertencia a lo lejos. La gente se apartaba y un palanquín pasaba a toda velocidad; los palanquineros levantaban polvo con sus sandalias de paja.

Sachi y sus acompañantes eran los únicos que iban hacia Edo. Todos los demás huían de la ciudad.

En Honjo cruzaron el río Kanna por un largo puente y descansaron en una casa de té del otro lado. Había allí un grupo de hombres sentados, fumando unas pequeñas pipas. Iban vestidos de chonin, pero hablaban como samuráis. Todo el mundo parecía

ir disfrazado.

—¿Hacia dónde vais? —preguntó uno.

Era un individuo menudo con cara de ratón —el falso moño se le había caído un poco—; parecía que hubiera pasado toda la vida encorvado sobre libros de contabilidad en uno de los miserables bloques de viviendas donde vivían los samuráis de rango inferior. Sachi tuvo la impresión de que aquel hombre no sabría qué hacer si algún día se encontraba en medio de una pelea.

Shinzaemon dio una calada de su pipa y señaló con la cabeza hacia el sur, hacia Edo.

El hombre aspiró entre los dientes produciendo un agudo silbido.

—Yo en tu lugar no iría allí —murmuró parpadeando detrás de las gafas y mirando por encima del hombro—. Se están yendo todos. Es una ciudad muerta. Los sureños están a las puertas. Tienen un puesto de control en Itabashi e interrogan a todo el mundo. Dicen que también hay sureños en Shinagawa. Controlan la ruta Nakasendo y la ruta Tokaido. La ciudad está sitiada. Te aconsejo que des media vuelta.

—Sólo somos mujeres —intervino Sachi. Hablaba en el dialecto del Kiso para que no se notara que era una cortesana—. No nos molestarán.

—No podéis ir por la calle como si tal cosa —insistió el hombre, nervioso, dando sorbitos de té—. Es demasiado peligroso. Se han marchado casi todos los samuráis y no hay nadie que mantenga el orden. La ciudad está llena de bandidos y delincuentes. Es una batalla campal.

—La mayoría de esos delincuentes son sureños —terció otro hombre que también parecía un samurái disfrazado—. No hacen más que armar líos.

Sachi estaba deseando preguntarles qué había pasado con el castillo. Pero la gente normal y corriente como ellos no sabía nada del castillo ni de sus habitantes. Lo único que podía hacer era prestar mucha atención y confiar en oír alguna noticia.

El camino serpenteaba entre pantanales, campos de arroz y franjas de alazor, casi en flor, que se extendían hasta las lejanas montañas. Había casas de té con tejado de paja, puestos donde vendían alimentos —estaban situados a intervalos regulares para que los viajeros pudieran descansar— y bosquecillos de cerezos.

Iban caminando a contracorriente cuando vieron, más adelante, a un grupo de sureños. Era fácil distinguirlos: eran tipos retacones y musculosos, con los ojos estrechos y la cara curtida, ataviados con esos extraños uniformes negros y ceñidos. Algunos llevaban cascos cónicos; otros, cintas de pelo blancas. Parecían un puñado de matones que se hubieran separado del ejército y se dedicaran a molestar a los norteños que huían de Edo.

Estaban en medio de la calzada, ocupándola por completo, esperando en actitud agresiva. Sachi comprendió que no tenían más remedio que intentar pasar por en

medio de ellos. Caminaba deprisa, cabizbaja, sin levantar la vista del suelo, con la esperanza de que, si imaginaba que era invisible, se volvería invisible. Estaba justo en medio del grupo de soldados cuando alzó la vista y miró a través del velo de su sombrero. Dio un respingo. No podía ser... Desesperada, rezó para que no lo fuera. Conocía esa cara marcada y de piel morena.

En el mismo instante, el soldado se inclinó hacia delante mirando fijamente a Sachi. Una mano mugrienta le arrancó el sombrero. Sachi intentó agarrarlo, pero no pudo.

—¡Vaya, vaya! ¡Pero si es...! —gritó el soldado—. ¡Esa campesina! ¡Esa preciosa campesina de piel blanca!

Asió a Sachi por la ropa y tiró de ella. Forcejeó, pero el hombre era demasiado fuerte.

—¿Te acuerdas de mí? —le preguntó el soldado, sonriendo y frotando su grasienta cara contra la de ella mientras la miraba con unos ojos pequeños y muy juntos.

Apeataba a suciedad y a sudor. Sachi apartó la cara, asqueada. Sabía que los campesinos eran blanco legítimo, y más aún si eran mujeres. Los samuráis podían cortarle la cabeza a un campesino con impunidad, aunque Sachi no estaba segura de que ese tipo fuera un samurái. De todas formas, estaban en guerra, y los soldados hacían lo que se les antojaba. Los viajeros reducían el paso y se volvían para mirar. Sachi sabía muy bien que a ninguno de ellos se le ocurriría arriesgar la vida para defenderla.

—No —masculló la joven tratando de apartar al soldado.

Estaba aterrada, pero no por lo que pudiera pasarle a ella, sino a Shinzaemon; miró alrededor para ver qué hacían Taki y él. Sabía que esos hombres lo andaban buscando la noche que irrumpieron en la casa de sus padres.

El corazón le latía con fuerza. Le dio un empujón en el pecho al soldado, con todas sus fuerzas. El tipo la soltó y dio unos pasos hacia atrás, tambaleándose.

—Basta —murmuró otro soldado—. Marchémonos o nos meteremos en un lío.

Pero el tipo de la cara marcada miraba a Sachi con sus brillantes ojos. Tenía una mano en el puño de la espada.

—Disculpémos —dijo ella en el dialecto del Kiso—. No queremos causarles problemas. Por favor, déjenos pasar.

Los soldados vacilaron unos instantes. Sachi dio unos cuantos pasos más entre el gentío, seguida de Taki y Shinzaemon. Los viajeros habían formado un corro, y observaban la escena manteniéndose a una distancia prudencial. De los tejados de los puestos que bordeaban la carretera ascendían volutas de humo. Los cerezos estaban cubiertos de capullos rosados. Todo parecía muy claro y definido, como si Sachi lo estuviera viendo por última vez. Estaba preparada para lo que pudiera pasar.

Uno de los soldados se le acercó, cerrándole el paso.

—¡Eh! ¿Qué hace una campesina con un arma así? —rugió—. Eso va contra la ley. Entrégnosla y te dejaremos seguir tu camino.

Entonces el tipo de la cara marcada bramó:

—¡Espera!

Estaba mirando a Shinzaemon.

—Ése de ahí. Lo he visto en algún sitio. ¿No es el que mató a nuestros camaradas en el Kiso? Ese... forajido. ¿Y solo? ¡Tú, enséñanos el hombro!

Los soldados se volvieron, asintiendo con la cabeza. Shinzaemon se había parado en seco. Los miró a todos haciendo una mueca de desdén. Juntó las cejas, concentrado. Sachi comprendió que Shinzaemon estaba calculando sus posibilidades. Quince, quizá veinte, contra uno. Pero tenía que proteger a dos mujeres, de modo que no podía arriesgarse. Tenía que salir vivo, costara lo que costase.

«Ha vivido hasta ahora —se dijo Sachi—. No va a morir todavía, ni nosotras tampoco.»

Tenía la alabarda en la mano. Hasta ese momento la había utilizado como cayado. En un abrir y cerrar de ojos la sacó de la funda. El sol se reflejó en la hoja. Sachi imaginó que volvía a estar en la sala de entrenamiento del palacio. Oía la grave voz de Masa exhortándolas a no pensar, a vaciar su mente, a dejar que sus cuerpos se movieran. La alabarda pesaba más que un bastón de entrenamiento. Cuando Sachi la blandió, la alabarda adquirió impulso por sí misma. Con ella en la mano, se sentía alta, fuerte y segura.

Miró a Taki. Nunca le había visto brillar tanto los ojos. Ella también había desenfundado la alabarda. Ninguna de las dos había tenido ocasión de pelear con ellas. Había llegado el momento de poner a prueba todos esos años de entrenamiento.

Si morían, pensó Sachi, morirían los tres juntos. Se enderezó. Estaba preparada.

De improviso, un par de soldados blandieron sus espadas y se lanzaron sobre Shinzaemon. Pero él era más rápido: dio un grito y esquivó los golpes. Una mano salió volando por los aires. Los dos hombres se tambalearon, retrocediendo. Uno todavía se sujetaba un brazo, y del extremo brotaba la sangre.

Shinzaemon siguió mirando a los soldados mientras limpiaba la sangre de la hoja de su espada.

Otros soldados blandieron sus espadas. Las hojas destellaban al sol. Se oía arrastrar de pies. El metal golpeaba contra el metal produciendo un ruido ensordecedor. Entonces se oyeron chillidos y gruñidos. Los hombres de los uniformes negros se retiraban, chorreando sangre. A uno le salía de un brazo; otro tenía la mandíbula colgando. Uno se apretaba el estómago, de donde se le derramaban las tripas.

Shinzaemon seguía en pie. Taki corrió a su lado, balanceando su alabarda. Sachi

la siguió.

—No son campesinas —oyó decir a uno de los sureños.

Sabía que tan pronto como cogieran sus armas resultaría evidente que no eran campesinas. Sólo las mujeres samurái llevaban alabardas y podían pelear como ellas. Y ellas no eran simples samuráis, sino mujeres de la corte, entrenadas para defender al shogun.

El tipo de la cara marcada había visto su ocasión. Enarbolando la espada, se colocó enfrente de Sachi. Ésta levantó la alabarda.

—No hagas ninguna tontería —dijo el soldado con sorna—. Sólo conseguirías hacerte daño.

Empezó a describir un círculo alrededor de Sachi, manteniéndose a una distancia prudente de la alabarda de la joven. Ella estaba plantada, lista para atacar, apuntándolo con la alabarda. Fue girando sobre sí misma, siguiendo la trayectoria de su oponente. Necesitaba mantenerlo apartado de sí. Si se le acercaba demasiado, él tenía las de ganar. El corazón le latía muy deprisa, pero mantenía la mente concentrada y la respiración acompasada.

—No quiero estropear tu bonita cara —gritó el hombre por encima del estruendo de las espadas—. Baja el arma y no te haré nada.

Sachi no dijo nada. Sujetaba la alabarda con ambas manos, atenta a cada movimiento de su oponente. Si se le acercaba un poco más, sería suyo.

Siguieron avanzando y retrocediendo, como si danzaran. El soldado, con una sonrisa en los labios, dio un paso hacia ella; levantó la espada, y Sachi vio un destello. Dio un grito, se lanzó hacia delante y atacó, cortándole la tela del pantalón y la espinilla. Levantó el arma y giró sobre sí misma, preparada para asestar otro golpe. Él saltó hacia atrás, gritando y haciendo una mueca de dolor. Una mancha empezó a extenderse en la negra pernera de su pantalón.

—Ahora me has hecho enfadar —rugió el tipo.

Se le oscureció y se le hinchó la cara, como si fuera un sapo, y se abalanzó sobre Sachi, enarbolando la espada con ambas manos. Pero la alabarda era más larga.

Sachi estaba serena, equilibrada, esperando. El hombre alzó la espada. Ella se lanzó hacia delante y paró el golpe con la hoja de la alabarda. Se oyó un ruido desgarrador. La fuerza del golpe hizo retroceder a Sachi varios pasos. Resbaló, y puso una mano para enderezarse. Cuando miró hacia arriba, vio la espada cortando el aire hacia ella. Antes de tener tiempo para respirar, había levantado la alabarda y había parado el golpe. Hizo girar la hoja. Notó el silbido del aire, percibió el acre olor de aquel hombre, que se tambaleó torpemente hacia delante, desequilibrado por su propio impulso.

Sachi se puso en pie de un brinco y giró sobre sí misma, apuntando a su oponente en el pecho con la alabarda. Se le había soltado el pelo, y le tapaba la cara. No sentía

miedo, sólo una especie de euforia salvaje.

Con el rabillo del ojo veía a Shinzaemon peleando como un loco, golpeando, acuchillando, parando golpes, clavándoles la punta de la espada en el pecho a sus atacantes y cortándoles la cara. Taki estaba a su lado, atacando con su alabarda mientras los cuerpos de los sureños se amontonaban en un ensangrentado montón enfrente de ellos. Pero la avalancha los estaba obligando a retroceder. Sachi tenía que acabar de prisa con aquél para ir a ayudarlos.

El hombre se puso en pie, rugiendo como una bestia herida. Arremetió contra Sachi. La joven vio el odio reflejado en sus pequeños y negros ojos. El fragor del combate —los golpes metálicos, los gritos de guerra de Shinzaemon, los aullidos de dolor— se apagaron, y se produjo un silencio aterrador. Estaban ellos dos solos en el mundo. Su alabarda se había convertido en una prolongación de su cuerpo.

Se concentró en los ojos de su oponente. Él esgrimió la espada. Sachi saltó hacia atrás, y la espada se estrelló contra la hoja de su alabarda. Entonces ella se lanzó hacia delante e hincó una rodilla en el suelo.

La joven blandió la alabarda con decisión, apuntando al soldado en el cuello. Notó el peso de la hoja, el impulso, y oyó el silbido que produjo al describir un arco en el aire.

De pronto, la cabeza del soldado salió despedida hacia arriba. Sachi, asombrada, miró la alabarda. La hoja había cortado el musculoso cuello del hombre con la misma suavidad con que un cuchillo atraviesa el agua.

El cuerpo sin cabeza siguió tambaleándose mientras del cuello salía un chorro de sangre; entonces cayó hacia un lado y se derrumbó. La cabeza rodó por el suelo y cayó a la alcantarilla. El agua se dividió y pasó a ambos lados, tiñéndose de rojo.

Sachi salió de su trance y fue corriendo a entrar en la refriega. Vio que habían herido a Shinzaemon. El joven peleaba con la mano izquierda, y le sangraba el brazo derecho. Los sureños caían uno tras otro, pero seguían incorporándose otros al ataque.

De pronto se oyó un estruendo ensordecedor. Sachi se sobresaltó y miró alrededor. Conocía ese ruido, aunque nunca lo había oído tan cerca. Era un disparo. Todos se quedaron paralizados. Entonces sonó otro disparo.

La mitad de los sureños estaban tendidos en el suelo, gimiendo o chillando de dolor. Algunos estaban callados. Taki y Shinzaemon estaban inclinados sobre sus armas, secándose la sangre y el sudor de la frente. Tenían la ropa hecha jirones y el pelo alborotado; pero sólo Shinzaemon estaba herido, y la herida no parecía grave.

Sachi corrió hacia Shinzaemon.

—Estoy bien —dijo él haciendo una mueca mientras se arrancaba un trozo de las faldas del kimono para vendarse la herida—. Sólo es una cicatriz más.

Los viajeros estaban de pie, a cierta distancia, observando, perplejos. Al oír los

disparos, todos se habían quedado callados. Entonces empezaron a chillar y a correr en todas direcciones.

En medio del tumulto, nadie se había fijado en que habían llegado unos palanquines, acompañados de una escolta de samuráis. Dos figuras saltaron y se metieron entre la multitud, sosteniendo en alto sus rifles. De los cañones salía humo.

Pero ¿qué eran, hombres u ogros? Tenían dos ojos, dos orejas y dos manos, pero eran enormes y muy corpulentos, como gigantes. Sus hombros y sus cabezas sobresalían entre la masa de gente. Tenían la cara curtida y con las facciones muy marcadas, no lisa y redonda, y la nariz monstruosamente grande. ¿Serían tengu, los duendes de nariz larga que vivían en las montañas? Pero los tengu tenían la cara roja. Esas criaturas eran terriblemente pálidas, como fantasmas. Uno tenía el pelo del color de los tallos de arroz en otoño, mientras que el de otro era del color de la tierra. Y llevaban una ropa muy extravagante que Sachi no había visto jamás hasta entonces.

La multitud se apartó al irrumpir esas criaturas. Algunos se arrodillaron y pusieron la cabeza en el suelo. Otros se quedaron plantados, como hechizados, con la boca abierta. Algunas mujeres huyeron gritando.

El tipo de la cabeza de color paja no hizo ningún caso. Caminó derecho hacia el centro de la pelea, pasando por encima de los sureños heridos. Desprendía un olor fétido que lo envolvía como la niebla. Era el olor a carne de los parias.

Claro. No eran tengu, sino algo mucho más espeluznante y extraño. Eran tojin, extranjeros. Sachi había oído hablar de los «bárbaros apestosos», pero no conocía a nadie que hubiera visto uno. Que ella supiera, estaban confinados en una pequeña aldea de las afueras de Edo llamada Yokohama, en un puerto cercano a Osaka y en un puñado de puertos más. Sachi había visto los grabados de Yokohama que representaban a esas exóticas criaturas con sus temibles narices, sus extraños trajes y sus extraordinarias viviendas. En el palacio de las mujeres había muchos de esos grabados. También había oído decir —era un rumor muy extendido— que la causa original del levantamiento de los sureños era que ningún shogun había logrado echar a los bárbaros. Al menos, ése había sido el pretexto.

El extranjero abrió la boca y gritó. Sachi se irguió y lo miró a los ojos. Ella no pensaba huir, ni ponerse a chillar. No debía olvidar que era la Retirada Shoko-in, la concubina de Su difunta Majestad. Señaló el arma que el hombre llevaba en la mano. ¿Qué pensaba hacer con ella? ¿Pensaba matarlos a todos?

El hombre la miró con sus extraños ojos, muy claros, y Sachi se sintió incómoda. Le habría gustado poder ocultar su cara, pero había perdido el sombrero y el velo. El extranjero volvió a hablar. Su voz era tan sonora que Sachi se sobresaltó. Para su sorpresa, vio que lo entendía. Hablaba una versión un tanto afectada de su lengua, aunque con un acento extraño.

—No se preocupe, señora. Sólo he disparado al aire. ¿Puedo ayudarla? ¿Se



encuentra bien?

Entonces les gritó a los sureños:

—¿Qué es esto? ¿Atacáis a mujeres? ¿Todos vosotros contra un solo hombre? ¡Qué vergüenza!

Los pocos sureños que todavía se tenían en pie miraron al suelo, ceñudos. Estaban magullados y ensangrentados, jadeaban y tenían los negros uniformes desgarrados y el pelo alborotado.

—Ese hombre es un forajido —gruñó uno señalando a Shinzaemon.

—Eso no es cierto —protestó Sachi con fiereza. Tenía que pensar deprisa—. Es mi... guardaespaldas. Nos estaba protegiendo a mí y a mi doncella. A mi... amiga.

Los soldados sureños se susurraban cosas al oído. Todavía tenían las espadas en la mano, y les temblaban los dedos alrededor de la empuñadura.

—¡Bárbaros entrometidos! —dijo uno por lo bajo—. ¡Nos las pagaréis! ¡Esperad y veréis!

—Veo que habéis olvidado la proclama del emperador —dijo el extranjero sin alterarse. Todavía tenía el rifle en la mano. Estaba nuevo y reluciente, y no se parecía a los anticuados mosquetes de los aldeanos del valle del Kiso—. Se acabó eso de matar extranjeros. Vosotros los sureños os llamáis hombres del emperador. ¿No tenéis ningún respeto por el decreto de Su Excelencia?

Se volvió hacia Sachi.

—Señora —dijo—, ¿van ustedes a Edo? Nosotros también. Los escoltaremos a usted, a su amiga y a su guardaespaldas. Viajen con nosotros. Nuestros guardias los protegerán. No tema.

Sachi, perpleja, lo miró fijamente. ¿Viajar con unas criaturas salvajes e impredecibles como ésas? No sabía nada de ellos. A la gente normal, la gente de su país, podía leerle el rostro; podía descifrar sus sentimientos, aunque estuvieran ocultos bajo las fórmulas que prescribía el decoro. Pero no había forma de saber qué estaban pensando esos bárbaros. Era la idea más descabellada que jamás había oído.

Y sin embargo... Estaban en guerra. Ya habían comprobado que era peligroso transitar el Nakasendo, y Edo era aún más peligroso. Los bárbaros tenían rifles y una escolta de samuráis provistos de espadas y bastones; aunque Sachi tampoco sabía quiénes eran esos samuráis. ¿En qué bando estaban? ¿Bajo las órdenes de quién? Debían de ser espías, encargados de vigilar a los bárbaros. Si Sachi y sus acompañantes decidían aceptar su ofrecimiento, tendrían que vigilar lo que decían.

Pero aunque Shinzaemon podía pelear como un demonio, estaba solo. Lo más importante ahora era terminar el viaje y llegar a Edo —donde estaba la princesa, y quizá también su madre— antes de que los sureños cerraran por completo la ciudad.

Sachi miró a Taki, que estaba limpiando la hoja de su alabarda con las faldas del kimono. Se le había soltado el pelo y lo tenía completamente enmarañado. Su

delgado rostro estaba manchado de sangre sureña, pero sus enormes ojos tenían un brillo intenso y triunfante. Taki miró a Sachi, arqueó las cejas y ladeó la cabeza como diciendo: «Haz lo que quieras. Las cosas ya no pueden empeorar.»

Shinzaemon había envainado la espada y estaba rompiendo un trozo de tela de algodón para hacerse un cabestrillo. Miró a Sachi, encogió los anchos hombros y murmuró:

—¿Qué otra cosa podemos hacer?

Sachi suspiró e inclinó la cabeza.

—Gracias —dijo.

El bárbaro se quitó el sombrero e hizo una rígida reverencia.

—Me llamo Edwards —se presentó—. Edowadzu.

Sachi intentó pronunciar las sílabas.

—Edo-wadzu. —Como Edo, la ciudad de Edo.

Jamás había oído un nombre tan extraño.

El hombre del pelo de color tierra se les acercó.

—Satow. A su servicio. Vengan con nosotros, por favor.

## II

Los dos gigantes iban en unos desgarrados palanquines, contruidos especialmente para ellos para que les cupieran las largas piernas, y transportados por seis palanquineros cada uno. Los seguían sus sirvientes, que iban en dos palanquines normales, y una comitiva de porteadores con sus pertenencias. Sachi, Taki y Shinzaemon iban a pie detrás, con sus caballos de carga. La escolta de samuráis marchaba delante y detrás. La multitud avanzaba en la dirección opuesta —criados samuráis de las casas de los daimios que desfilaban con denuedo; comerciantes seguidos de interminables comitivas de porteadores que transportaban su equipaje en cestos; mendigos y hombres de aspecto amenazador, quizá militares, que se tapaban la cara con los sombreros de paja—. Pero viajando en compañía de aquellos extranjeros y sus guardias, Sachi, Taki y Shinzaemon se sentían seguros al fin.

La siguiente ciudad que encontraron estaba abarrotada de gente. La multitud que llenaba las calles avanzaba a empujones, gritando «Tojin! Tojin! ¡Extranjeros! ¡Extranjeros!». Sachi distinguió otros gritos: «¡Estúpidos bárbaros! ¡Echemos a los bárbaros! ¡Fuera de aquí!» Confiaba en que los extranjeros no pudieran entenderlos. La gente los miraba, intrigada; se apartaban unos a otros a codazos y estiraban el cuello para mirar dentro de los palanquines. Los samuráis los apartaban empujándolos con sus bastones y gritaban: «¡Arrodillaos! ¡Arrodillaos!» Nadie les prestaba la más mínima atención a Sachi, Taki y Shinzaemon. Todos estaban demasiado entretenidos tratando de ver a los tojin.

El camino seguía serpenteando, siguiendo el trazado de un río, entre campos de arroz bordeados de cerezos que empezaban a florecer; unas neblinosas montañas se alzaban en la lejanía. Cuando salieron de la ciudad, los palanquineros dejaron los vehículos en el suelo y los extranjeros se apearon, gruñendo y estirando las largas piernas. Qué criaturas más extrañas, pensó Sachi. ¿Cómo podían estar tan incómodos viajando en unos palanquines tan lujosos? En lugar de sandalias, sus palanquineros les llevaron unas botas enormes y relucientes que olían a piel de animal. Los extranjeros se las pusieron dando suspiros de alivio y siguieron a pie.

Sachi, Taki y Shinzaemon se mantenían a cierta distancia. Taki, normalmente tan temeraria, parecía tenerles un miedo atroz a esos monstruos. Shinzaemon había viajado mucho, y se había cruzado otras veces con criaturas como aquéllas. Sin duda debía de odiarlos como el que más, y le habría encantado liquidarlos, pero también era consciente de que atacar a extranjeros no sólo iba en contra del decreto del emperador, sino también de la política del shogun retirado, su amo. Tenía que ser cortés con ellos, sintiera lo que sintiese. Sachi comprendió, por su ceñuda expresión, por su forma de andar y por cómo tamborileaba con los dedos en el puño de su espada, que estaba haciendo un esfuerzo ímprobo. Y por si fuera poco, tenía que soportar la humillación de hacerse pasar por un vulgar guardaespaldas. No era de extrañar que adoptara una actitud huraña.

Al cabo de un rato, el extranjero del pelo de color paja se rezagó un poco.

—¿Puedo andar con usted? —le preguntó a Sachi.

Sachi tuvo que contener la risa. El tipo era horroroso. Tenía pelo en la cara, como los temibles bigotes de los cascos de los samuráis. Y su olor... Además, que una samurái caminara junto a un hombre que ni siquiera era miembro de su familia (como de hecho lo era Shinzaemon) era absolutamente inadecuado. Pero era sólo un bárbaro, reflexionó Sachi, y a un bárbaro no se lo podía considerar un hombre. En realidad era como caminar con un oso o con un mono.

Sachi miró hacia atrás. Shinzaemon iba andando como si no le prestara atención a nada, pero ella sabía que lo veía y lo oía todo.

—¿A qué sitio se dirigen de Edo? —preguntó el bárbaro con atrevimiento,

mirando a Sachi.

Le sorprendió y le asustó la franqueza de la pregunta. La gente normal no hacía preguntas directas, y menos aún en tiempos como aquéllos, cuando nadie sabía en qué bando estaba quién.

—¿Ha estado en Edo alguna vez? —preguntó la joven con la esperanza de que a él se le escapara alguna pista.

—Vivimos allí —contestó él—. Tenemos una casa. Una casa pequeña junto a un templo. En una colina.

Sachi había pensado que aquel hombre debía de ser mayor, por el pelo que tenía en la cara y por su extraña piel, de textura basta. Pero su voz era muy juvenil; no podía ser mucho mayor que ella. ¿Dónde estaban sus padres? ¿Qué hacía tan lejos de su casa, viajando por un país extranjero que estaba al borde de la guerra?

—Todo el mundo se marcha de Edo, y nosotros vamos hacia allí —comentó el bárbaro, como si contestara la pregunta que Sachi no había formulado, y sonrió mostrando los dientes—. Dicen que va a haber una batalla terrible, pero no parece preocupada. ¡Nunca había visto pelear a una mujer como lo ha hecho usted!

Agitaba las manos mientras hablaba. Eran unas manos grandes y fuertes, más grandes incluso que las manos de espadachín de Shinzaemon. ¡Y qué color! Blancas como la cera. El vello, claro, que tenía en los dedos brillaba como hilos de oro bajo la luz del sol. Quizá no fuera tan monstruoso. No era de la misma raza que ella, desde luego, pero al fin y al cabo parecía humano.

Sachi había oído decir que los bárbaros eran brutos e incivilizados, que no tenían modales, que se ponían agresivos cuando se emborrachaban, que se peleaban y violaban a las mujeres. Pero desde cerca no parecían tan malos. Le costaba creer que estuviera caminando y hablando con unas criaturas como éstas. Si el país no hubiera estado en guerra, si la joven no hubiera estado angustiada por lo que pudiera pasar cuando llegaran a Edo, quizá habría sido emocionante, una experiencia agradable, algo que habría podido contarles a sus nietos.

Shinzaemon no le quitaba los ojos de encima. Sachi era consciente de que, aunque ella pensara que aquel extranjero no era más que un bárbaro, Shinzaemon no olvidaba que era un hombre. También percibía la desaprobación de Taki. Pero al fin y al cabo, ella era la señora y Taki la doncella, y Sachi tenía que ser educada con sus anfitriones. Y lo cierto era que se estaba divirtiendo hablando con esa enorme y torpe criatura.

El tipo le contó que trabajaba para la Delegación británica, aunque no especificó dónde habían estado ni cuál era el motivo de su viaje. Sin duda debían de tener una misión secreta.

—Hemos vivido grandes aventuras —añadió el extranjero—. Hemos visto cosas preciosas. ¡El monte Fuji! ¿Viene usted de allí? ¿Ha pasado por el puerto Shiojiri y ha

visto el monte Fuji en el horizonte? Jamás había visto nada tan hermoso. ¡Y nos hizo un tiempo estupendo!

—Su país... —murmuró ella con vacilación— también debe de ser bonito.

El extranjero le explicó que venía de una pequeña isla, muy lejana. Había tardado dos meses en llegar a Japón. Su país lo gobernaba una emperatriz que vivía en un palacio casi tan espléndido como el castillo de Edo, aunque no tan grande. El país se llamaba Inglaterra.

—¿Su país lo gobierna una mujer? —preguntó Sachi, incrédula.

Hasta ese momento, se había creído todo lo que el hombre le había contado. Pero un país gobernado por una mujer... Eso no podía ser cierto. Quizá aquel tipo no hablara su idioma tan bien como ella había creído. O quizá todo lo que le había contado eran sólo historias.

Había dicho que venían de Inglaterra. Si eran ingleses, debían de estar en el bando de los sureños. ¿De verdad creía ese tal Edwards que Sachi no era más que una civil que había sido atacada por unos ronin? Claro que no. Al fin y al cabo, él había visto a los soldados sureños muertos y heridos esparcidos por el camino. Había pasado por encima de ellos. Quizá sospechara que era una dama de la corte del shogun y una figura destacada del bando norteño a la que los sureños darían cualquier cosa por capturar. Tendría que ser muy prudente.

Al atardecer vieron luces centellear a lo lejos; había tantas que parecía que las estrellas se hubieran caído del cielo. Había una densa nube de humo sobre las montañas que casi oscurecía el cielo.

—Fogatas —dijo Shinzaemon—. Nos estamos acercando. Ese mono... Habla como si creyera que es un ser humano —añadió con un gruñido—. ¿Cómo puedes hablar con él? Es inglés. Ya sabes en qué bando están los ingleses. ¿Qué hace viajando por el país? Debe de ser un espía. Esos extranjeros son todos espías.

—No te enfades, y menos ahora que estamos a punto de separarnos —le suplicó Sachi—. Ya sabes que tengo que ser cortés. Somos sus huéspedes.

—Podríamos haber continuado perfectamente nosotros solos —protestó Shinzaemon—. Mucho mejor, de hecho. Yo habría podido protegeros.

—Todavía tenemos que pasar por el puesto de control de Itabashi, y Edo estará invadida de sureños. Así creerán que formamos parte del séquito de los extranjeros. Es el disfraz perfecto. ¿No lo ves? Podrás echar un vistazo a las fuerzas sureñas. Podrás informar a la milicia de muchas cosas: cuántos son, qué armas tienen...

—Supongo que tienes razón —admitió Shinzaemon a regañadientes—. Quizá vea algo útil.

Al día siguiente, cuando llegaron al puesto de control de Urawa, había estandartes rojos ondeando frente a las puertas, con una cruz blanca dentro de un círculo. Al verlos, a Sachi le dio un vuelco el corazón. Era el emblema de Shimazu, el más implacable de los caudillos sureños. Eso significaba que era verdad que el enemigo estaba a las puertas de Edo. También había otros estandartes: rojos, con el crisantemo dorado del emperador. Sachi había oído rumores de que los sureños se hacían llamar ejército imperial, y allí estaba la prueba.

El camino estaba atestado de soldados enemigos e iban a tener que pasar entre ellos. Sachi bajó la alabarda, con la esperanza de que, con tanta aglomeración, los soldados creyeran que sólo era un bastón. Pasó entre el gentío con la cabeza agachada, sin separarse de los extranjeros. Taki y Shinzaemon iban detrás de ella. Sachi caminaba lenta y pausadamente, colocando los pies con cuidado, como si pisara cáscaras de huevo, concentrándose en cada paso que daba e intentando que ni el más leve temblor de sus labios o sus manos delatara el miedo que la atenazaba. El corazón le latía muy deprisa. Miles de soldados, todos dirigiéndose al mismo sitio, esperando la orden de entrar en la ciudad. Y eso sólo era el principio. Sachi rezó a los dioses para que hubiera un ejército tan formidable como aquél esperando para rechazarlos cuando llegaran allí.

Por la noche llegaron a Itabashi —«puente de madera»—, el último puesto de control del Nakasendo. Casi habían llegado a Edo. Sólo faltaban dos ri para llegar al centro, donde se erguía el castillo. Bordeando el camino había antorchas encendidas, y fogatas en las colinas de los alrededores.

Mucho antes de entrar en Itabashi, oyeron gritos y risas y el tañido de los shamisens. Las posadas y las hosterías estaban llenas a rebosar. Había faroles encendidos enfrente de todas las casas. Los soldados enemigos pululaban por las calles, bebiendo sake de unos frascos de bambú, hablando y riendo a carcajadas con su grosero acento. Había muchas geishas y prostitutas que agarraban a los hombres que pasaban con aire arrogante e intentaban llevárselos a sus establecimientos. Los porteadores, los criados y los mozos de cuadra iban a la caza de clientes. Hasta los mendigos sonreían, encantados con tanta juerga. ¿Con lo cerca que estaban de Edo, la ciudad del shogun, y se recreaban sin reparo con los enemigos! ¿No le importaba a nadie en qué bando estuvieran esos soldados, o sólo les interesaban sus monederos? Sachi imaginaba a qué se debía. Todos sabían que se acercaba el final, de modo que ¿qué más daba ya? Al menos querían divertirse.

Habían llegado al último puesto de control antes de llegar a Edo. Sachi y sus acompañantes iban cabizbajos, pero cuando los guardias vieron los palanquines de los bárbaros, se arrodillaron e hicieron señas al grupo para que pasara. Al pasar por la puerta, de pronto Sachi se percató de lo cansada que estaba. Tenía los pies hinchados

y rozados, y las piernas le pesaban tanto que creía que jamás podría volver a andar. El dedo pequeño del pie derecho le dolía muchísimo; debía de tener otra ampolla. Tendría que vendárselo y cambiarse las sandalias.

Entonces levantó la cabeza. Entre las casas que bordeaban la calle atisbo unos campos de arroz salpicados de granjas, y más allá... Tejados, tejados de tejas, un gran océano de tejados brillando bajo la luz del atardecer, extendiéndose hasta donde alcanzaba la vista. Edo.

Por un instante, la ciudad le pareció tan hermosa como el Paraíso Occidental, como si el buda Amida esperara allí para recibirlos. En la parte oriental de la ciudad, más oscura, las luces centelleaban y unas volutas de humo ascendían en espiral, como si ardieran un millar de quemadores de incienso. Entre los tejados había manchas de color rosa que quizá fueran cerezos. Y había también zonas oscuras: los bosques y los anchos tejados de las residencias de los daimios. ¿Eran imaginaciones suyas o veía, justo en el centro, las almenas, los jardines y los bosques del castillo?

Shinzaemon contemplaba la ciudad. Sachi vio en su rostro el anhelo de llegar allí, de reunirse con sus camaradas, de prepararse para la guerra. Entonces Shinzaemon se volvió. Sus ojos se encontraron, y se sostuvieron la mirada. Taki contemplaba la ciudad con expresión de aturdimiento y alivio.

Pero no tardaron en percatarse de que algo no iba bien. En cuanto se pusieron de nuevo en marcha, cansados y doloridos, vieron que las tiendas y los puestos estaban destrozados, y que habían entrado en los almacenes. Las puertas y las ventanas estaban rotas. Había persianas arrancadas, astillas de madera, ábacos y rollos de seda tirados por el suelo, y barriles de arroz volcados. Las tiendas que se habían librado del ataque estaban cerradas a cal y canto. Caminaron en silencio. Sachi no se atrevía siquiera a expresar con palabras lo que estaba pensando: si aquello estaba así, ¿cómo estaría Edo?

Shinzaemon iba andando detrás de ella. Estaban ya dentro de la ciudad cuando la alcanzó. Miró a los guardias samuráis para comprobar que no pudieran oírlo, y dijo:

—Yo estaré allí. —La calle se desviaba hacia la izquierda, entre tiendas ruinosas, hacia el templo Kanei-ji—. La milicia está alojada allí, en el monte Ueno. Primero os acompañaré hasta el castillo.

Sachi se quedó sin habla. Se le llenaron los ojos de lágrimas. No soportaba la idea de perder a Shinzaemon.

Poco después cruzaron el foso exterior. A la derecha estaba el barrio de los samuráis, con sus anchas avenidas y los altos muros que ocultaban los palacios de los daimios; a la izquierda, el laberinto de estrechos callejones donde vivían los chonin. Sachi se fijó en que los canales, que estaban llenos de gente y de barcas cuando los vio por última vez, se encontraban vacíos. Un silencio terrible lo dominaba todo,

como si una plaga mortal se hubiera apoderado de la ciudad. Los olores de la vida cotidiana habían desaparecido, y sólo se percibía un débil olor a polvo. Algunos daimios hasta se habían llevado sus palacios con ellos. El pequeño convoy pasó por el enorme portal, que estaba abierto. Al otro lado de los muros Sachi no veía sino una gran extensión cubierta de arena, sin ningún edificio. ¿Cómo podía haber cambiado todo tan deprisa? El día que salió de allí en el palanquín imperial, la ciudad era un sitio ruidoso y lleno de vida. Ahora parecía un cementerio habitado por fantasmas. Intentó no pensar en lo que podía haberles pasado al castillo y a las mujeres del palacio.

Cruzaron otro foso, y luego otro. Estaba anocheciendo cuando llegaron al puente Hirakawa. Al otro lado había un inmenso portal de madera, reforzado con bandas de hierro: era la puerta Tsubone, o «Puerta de las Damas del Shogun», por donde se accedía a las dependencias de las mujeres del castillo de Edo. El portal estaba alojado en un liso muro de granito que se alzaba hacia el oscuro cielo. Sachi le dio la mano a Taki, y ambas se quedaron quietas contemplándolo. Un rayo de sol brillaba en las quietas aguas del foso.

Sachi cerró los ojos. Por un instante, le pareció que regresaba al pasado: vio las estancias con sus paredes doradas y relucientes, con pinos, grullas y pájaros pintados; los exquisitos techos artesonados; los suntuosos kimonos. Hasta las doncellas llevaban kimonos magníficos, mucho más elegantes que los que había visto ella desde que saliera del palacio. Mientras vivía allí, había olvidado ese otro mundo donde había gente pobre, donde a veces no tenían nada para comer. Pero ahora era el palacio lo que parecía un sueño, tan irreal como el palacio submarino de la hija del rey dragón que debía de haberle parecido al pobre Urashima.

Sachi había visto el palacio en llamas. Pero sólo había ardido una parte de una de las ciudadelas del enorme complejo del castillo. En el resto, la vida debía de continuar como siempre. Seguramente las mujeres se habrían trasladado a otra parte del castillo.

¿Y su madre? Apretó el fardo que contenía el michiyuki e intentó imaginarse a la mujer que lo había llevado. ¿También ella era sólo un sueño?

Había llegado el momento que Sachi tanto temía. Había intentado no pensar en él, con la esperanza de que no llegara nunca. Pero ya no podía seguir evitándolo.

Ella y Shinzaemon se quedaron de pie al final del puente. Los extranjeros estaban allí cerca, pero eso no les importó. Había patos nadando en las turbias aguas del foso. La luna, pálida, había aparecido ya en el cielo, aunque el sol todavía no se había ocultado.

Shinzaemon le cogió una mano a Sachi. La de él, grande, envolvió la de ella, pequeña y blanca, y la apretó con fuerza. Sachi notó las durezas que le había hecho en la palma el puño de la espada. Notaba la aspereza de su palma en la de ella, olía el



débil olor a sal de su piel, notaba el calor de su cuerpo. Las lágrimas brotaron en sus ojos, pero las contuvo. Quería suplicarle que se quedara, pero sabía que no podía hacerlo. Dejó vagar la mirada por sus delicadas facciones, por sus carnosos labios.

—Entonces ¿estarás donde me has dicho? —susurró—. ¿En el monte Ueno?

—Con la milicia shogitai. Los sureños todavía tienen que conquistar Edo. Si logramos mantener en la ciudad a los Tokugawa, quizá podamos devolverlos al poder.

Se miraron.

—No te olvidaré mientras viva —dijo él en voz baja—. Jamás imaginé que pudiera haber en el mundo alguien como tú, ni que el mundo pudiera ser tan rico y lleno de color. Haces que me resulte muy difícil aceptar que podría morir. No, no que podría: que debo morir.

—Rezaré con todas mis fuerzas para que no te maten —dijo ella—. Cuando termine la guerra, ven a buscarme.

Sachi sabía qué tenía que hacer. Se metió una mano en la manga, donde llevaba el peine, ese precioso peine que atesoraba desde niña, y se lo dio a Shinzaemon. El emblema de oro que tenía incrustado destellaba bajo los rayos del sol poniente, y las sombras de los dos jóvenes se dibujaban en el suelo.

—Esto es lo más valioso que tengo —dijo Sachi—. Es mi amuleto. Lo tengo desde que era niña. Te protegerá. Cuando lo mires, piensa en mí.

—No puedo llevármelo —replicó él—. Sé que significa mucho para ti.

—Te devolveré a mí —insistió Sachi—. Te protegerá mejor que cualquier otro talismán, mejor que cualquier armadura. Ya me lo devolverás cuando volvamos a vernos.

Se lo puso en las manos, dejando que las suyas, suaves, reposaran un momento en las de él, musculosas y duras. Shinzaemon se lo llevó a la frente, en un gesto formal de agradecimiento; luego dio una cabezada y se guardó el peine en la manga. Se quedaron un rato callados.

De pronto a Sachi se le ocurrió una idea. Impulsivamente, dijo:

—Ven a verme una última vez, te lo suplico. Encontrémonos aquí, en la Puerta Tsubone, mañana al anochecer.

Ya mientras lo decía comprendió que era una idea descabellada. En el pasado, habría sido impensable escabullirse del palacio para ir a reunirse con un hombre. No había motivo para pensar que las cosas hubieran cambiado mucho. Cuando hubiera traspuesto el portal, volvería a ser la Retirada Señora de la Alcoba Contigua. ¿Y él? Un soldado no podía salir de su cuartel cuando se le antojara.

Pero Sachi estaba decidida, pese a todo.

—Te estaré esperando —dijo.

Shinzaemon desvió la mirada. Inspiró hondo y dijo:

—Haré todo lo que pueda.

Sachi suponía que Taki la regañaría. Casi oía su voz diciendo: «Recuerda quién eres. Recuerda cuál es tu sitio.»

Pero Taki no dijo nada. Miraba a Shinzaemon. También ella tenía lágrimas en los ojos. De pronto Sachi se percató de que Taki también estaba triste, profunda y desesperadamente triste. Estaba más lejos que nunca de Toranosuké. Yendo a Edo no se había acercado a él. Ella también había disfrutado de la sensación de libertad del camino, y parecía un poco impresionada por tener que entrar de nuevo en la prisión del palacio.

—Yo también quiero pedirte una cosa —dijo Taki tímidamente, con una débil vocecilla—. Ya sé que es una locura, pero...

Cogió un amuleto que llevaba en la manga. Sachi lo reconoció: era el amuleto que Taki se había llevado con ella de Kioto. Se lo puso en la mano a Shinzaemon y dijo:

—Dale esto al maestro Toranosuké, por favor. Dile que rezaré por él. Y también por Tatsuemon.

Shinzaemon se lo llevó a la frente y dijo:

—Se lo diré. Y me aseguraré de que Toranosuké lo reciba.

El sol se había ocultado detrás de las enormes murallas del castillo. Sachi y Shinzaemon seguían allí plantados, mirándose a los ojos.

—Tenemos que irnos —dijo Taki débilmente.

Sachi sabía qué había que hacer, qué habría hecho la esposa de un soldado. Sonrió y dio una cabezada con toda la valentía de que fue capaz.

—¡Hazlo lo mejor que puedas! —dijo con firmeza.

Se volvieron hacia el castillo. Sachi titubeó. Sabía que en cuanto cruzara el puente, volvería a entrar en ese otro mundo, un mundo donde no estaba Shinzaemon. Sintió que su corazón moría un poco. Reconoció esa sensación: era la misma que había sentido justo antes de oír que el joven shogun había muerto.

La brisa agitó las aguas del foso, y las algas ondularon. Al otro lado, las murallas se erguían imponentes, aparentemente inexpugnables.

—Es casi de noche —susurró Taki—. ¿Y si no podemos entrar? ¿Cómo vamos a convencer a los guardias de que somos quienes somos?

Taki tenía razón. Con su harapienta ropa y su sucia cara, Taki parecía una campesina o una mendiga, pero ni remotamente habrían podido tomarla por una cortesana. Sachi se dio cuenta de que ella no tenía mejor aspecto. Llevaban tanto tiempo viajando y habían vivido tantas aventuras que se habían transformado por completo.

Las murallas del castillo se destacaban contra el crepúsculo. Pero faltaba algo.

—Mira —susurró Sachi—. No hay humo. Es la hora de la cena, pero no se ve humo.

El portal de madera, con sus barras de hierro y sus enormes cerrojos, estaba cerrado a cal y canto. Sachi creía que al menos habría un batallón de vigilantes montando guardia fuera. Pero no se veía a nadie. Junto al portal, en uno de los lados de la muralla, había una portezuela. La golpeó con los nudillos, y luego le dio un empujón. Ésta se abrió con un crujido.

Los extranjeros y Shinzaemon esperaban al otro lado del foso, en la oscuridad.

Sachi tragó saliva, giró la cabeza, compuso una sonrisa y agitó una mano. Las lágrimas casi le impedían ver. Entonces Taki y ella entraron por la portezuela, que se cerró tras ellas.

# **CUARTA PARTE: LA CIUDAD EN RUINAS**

## 9. EL SECRETO DEL «MICHİYUKI»

### I

La oscuridad era tan impenetrable que parecía que hubieran caído a un pozo. Sólo se distinguía el cielo, un pequeño cuadrado de azul intenso sobre sus cabezas. Las estrellas iban saliendo de una en una. Un búho ululó a lo lejos. Ese sonido todavía resonaba alrededor de las almenas cuando se oyó un áspero graznido muy cerca de Sachi, y un cuervo echó a volar agitando sus enormes alas. La joven dio unos pasos hacia atrás, estremecida. Los cuervos eran pájaros de mal agüero, presagio de muerte.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, vio dónde estaban: en el recinto que separaba las puertas exteriores y las interiores del cuartel de Tsubone. Había estado allí antes, cuando llegó con el séquito de la princesa y cuando salió del castillo en el palanquín imperial.

Por fin se encontraba donde había decidido que le correspondía estar, y donde quizá estuviera también su madre; pero en lo único que podía pensar era en que Shinzaemon se había ido. Era como si se lo hubieran arrancado todo y lo único que quedara de ella fuera una cáscara vacía que deambulaba como un fantasma.

Entonces oyó el chirrido de unas puertas al abrirse y vio unas luces que parecían luciérnagas. Se oyeron pasos de pies calzados con sandalias de paja sobre las losas del suelo. Unos hombres provistos de faroles las rodearon. Se oyeron gritos.

—¡Eh! ¿Qué es esto? ¿Quién hay ahí?

—¡Alto! ¿Adónde creéis que vais?

—¡Son intrusos! ¡Espías que intentan colarse!

Apareció un bosque de picas y lanzas que las apuntaban al cuello.

Sachi se quedó inmóvil. Pese a que Taki y ella iban vestidas como las campesinas, tenían que encontrar la forma de convencer a los soldados de que eran cortesanas con pleno derecho a estar allí. Lo mejor que podían hacer era comportarse de acuerdo con su rango, con un frío desdén. Los soldados eran como perros, se dijo Sachi, y olían el miedo.

—Taki —susurró—. Di algo. —Como la Retirada Shoko-in, ella no debía dirigirse a esas criaturas inferiores.

Taki se irguió.

—Soy Tayiko, dama de honor de la Retirada Shoko-in —chilló con altanería, empleando el lenguaje con que las cortesanas se dirigían a los sirvientes—. Hemos vuelto al palacio. Escoltadnos hasta Su Alteza.

Hubo un largo silencio, y luego un coro de susurros; los soldados se apartaron, aspirando entre los dientes y murmurando entre ellos. Un anciano salió de la oscuridad.

—Perdonadme —dijo con voz ronca.

Levantó el farol para iluminar la cara de Sachi. Ella giró la cabeza, deslumbrada, pero mantuvo una expresión fría e imperturbable. El hombre escudriñó su rostro; entonces dobló las arqueadas piernas y pegó la curtida cara al suelo.

—¡Honorable Señora! —Hacía una eternidad que nadie la llamaba así—. Haced que nos corten la cabeza por nuestra impertinencia, Señora.

Sachi dedujo que el soldado debía de haberla visto desde lejos cuando subió al palanquín imperial en que salió del palacio. Si no, ¿cómo era posible que un miembro de la guardia exterior la conociera?

Los otros soldados, tropezando unos con otros, se arrodillaron y posaron la cabeza en el suelo. Sachi contempló con alivio las encorvadas espaldas y los moños que temblaban en lo alto de sus relucientes y rasuradas cabezas.

El anciano lloriqueaba y se enjugaba las lágrimas.

—Señora —balbuceó—, ¿de verdad sois vos? Os hemos echado de menos.

Sachi sabía que debía mostrarse indignada por la osadía de aquel hombre, pero todavía era la hija del jefe de la aldea. Todavía no había vuelto a ponerse el traje de concubina. Había hablado con tantas personas de tantas castas diferentes; se había hecho pasar por tantos tipos de persona. Ahora, por fin, había vuelto. Debería haberse sentido complacida, pero lo único que sentía era aturdimiento.

—Pero... Señora, perdonadme —gimoteó el anciano—. Perdonadme por hablar. Pero... desde que la Señora se marchó... Desde el incendio... Ahora ya no hay nada aquí, Señora.

—¿Nada? ¿Y las damas? ¿Y Su Alteza?

—Os escoltaremos hasta las dependencias de Su Alteza, Señora —intervino otro soldado.

—¿Cómo os atrevéis a contaminar los oídos de mi Señora con vuestras voces? —les espetó Taki—. Llevadnos allí inmediatamente.

Los soldados, sosteniendo en alto los faroles, las condujeron a los jardines del palacio. Éstos siempre habían estado perfectamente cuidados, pero ahora la hierba crecía entre las losas del suelo y la hiedra trepaba por las paredes. Los árboles

extendían unas ramas larguísimas que amenazaban con tragárselos a todos.

Subieron por un sinuoso sendero bordeado de matas de rododendro y llegaron a un espacio abierto.

Ante ellos estaban las paredes exteriores de una enorme ruina que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Los enormes bloques de piedra estaban ennegrecidos y resquebrajados. Más allá, las carbonizadas vigas apuntaban al cielo como las lanzas de un ejército de fantasmas. Unas vigas enormes habían caído al suelo. Había montoncitos de tejas, fundidas unas a otras. La débil luz de la luna se reflejaba en trozos de artesanado y en fragmentos de biombos de oro que se habían salvado milagrosamente del incendio. Un olor acre lo impregnaba todo: el olor a madera quemada. El olor a muerte.

—No miréis, Señora. No miréis —dijo el anciano instándola a continuar.

Pero ¿cómo no iba a mirar? Pasaron al lado de los restos de la gran sala donde Sachi se había refugiado con Tsuguko y Taki esa terrible noche, antes de salir precipitadamente bajo la nevada. El techo se había derrumbado y había vigas caídas atravesadas en la entrada. Sachi todavía veía la cortina de humo y las llamas saltando de un tejado a otro, y oía el espantoso rugido que hacían al devorarlo todo a su paso.

—Buscamos por todas partes —balbuceó el anciano—. Enterramos a los muertos. Pero para entonces... para entonces...

Los muertos. Sachi se tapó los ojos con las mangas, y la asaltaron los recuerdos.

Unas caras flotaban ante ella. Su Alteza; al menos ella seguía con vida, o eso le habían dicho. La imponente Tsuguko. Haru, la querida Haru, su maestra. Las damas de honor de Sachi y sus doncellas y sirvientas. La temible Retirada y su séquito de grandes damas. La anciana Honju-in y su séquito. La marchita madre de la princesa, el Cuervo Viejo. Nakaoka y las otras ancianas. Las sacerdotisas. ¿Qué había sido de todas ellas?

¿Y de todas las demás, de todos los miles de mujeres que vivían en el palacio, desde las damas de honor de rango más elevado, con derecho a atender a Su Majestad, hasta las de rango inferior? ¿De las administradoras, negociadoras, contadoras, costureras, mandaderas, cocineras, cantantes, bailarinas, músicas, pinches de cocina, limpiadoras, vigilantas, escribas; de las doncellas encargadas del tabaco, del agua de manos, de sofocar incendios, de dar las horas, de cuidar los altares, del baño; de las doncellas de doncellas, doncellas de doncellas de doncellas? ¿Qué se había hecho de todas ellas?

Una brisa helada agitó las cenizas e hizo ondear la miserable tela de algodón del traje de Sachi. La joven se estremeció. En aquellas ruinas parecía oírse los lamentos de todas las mujeres que habían perecido en el incendio. Ellas habían dado la vida para servir a un hombre al que la mayoría ni siquiera llegaría a ver jamás. ¡Y qué forma tan terrible de morir! ¡Quemadas en un incendio!

Sachi y Taki siguieron caminando a trompicones por los interminables jardines; cruzaron arroyos y puentes, bordearon los lagos, con sus barcas de recreo lacadas subidas a las orillas; pasaron por jardines llenos de maleza y de pabellones por cuyos tejados trepaba el musgo y con agujeros en las paredes. Mucho más tarde, tras cruzar otro foso, vieron unos tejados y unas persianas de madera.

—La segunda ciudadela —susurró Taki.

Era el Ninomaru, la segunda ciudadela, donde vivían las viudas de los anteriores shogunes. ¿Seguiría la madre de Sachi allí? Había ido hasta Edo para buscarla, pero ahora la idea de conocerla la llenaba de temor.

Bordearon un edificio tras otro hasta que llegaron al palacio de las mujeres de Ninomaru. Unas guardianas las escoltaron hasta el interior y las guiaron por un laberinto de estancias y pasillos. En algunas habitaciones había velas que daban una luz temblorosa; en otras, tuvieron que andar a tientas en la oscuridad, con sólo el débil resplandor de los faroles de las guardianas oscilando delante de ellas para alumbrarles el camino.

Sachi esperaba abrir una puerta y encontrar una habitación llena de mujeres con los faldones extendidos ante ellas, como nenúfares, cosiendo o peinándose unas a otras. Pero todo estaba en silencio. No se oían voces ni risas, ni frufrúes de seda, ni entrechocar de platos, ni cantos ni acordes de koto. El único sonido era el susurro de sus propios pasos deslizándose por los suelos de madera y por los tatamis.

Todo olía a moho. Sachi vio telarañas en las vigas y en los rincones de los techos, y enroscadas alrededor de los estantes ornamentales. Eso quería decir que hasta las «mocosas» —las niñas que desempeñaban las tareas más sencillas, unas crías insignificantes que para una noble como ella ni siquiera existían— se habían marchado.

En un rincón de una de las estancias, Sachi distinguió, en la penumbra, una masa encorvada y pinchuda que parecía un monstruoso erizo. Las guardianas la hicieron pasar deprisa. Entonces Sachi vio otro bulto detrás de una puerta. Era un montón de broza. En todas las cámaras había montones de broza y hierba seca escondidos en los rincones oscuros. Sachi supo instintivamente para qué eran, y esa idea le heló la sangre. Así que ése era el destino que los dioses querían que compartiera con las otras mujeres del palacio. Al final llegaron ante unas puertas cerradas, de las que colgaban unas borlas rojas gigantescas. Las guardianas se arrodillaron y entonaron: «La Retirada Shoko-in.»

Se abrió una puerta. Al otro lado había una mujer arrodillada, con la cabeza sobre el tatami. Sachi dio un grito ahogado. Conocía esa espalda rolliza y ese grueso pelo recogido en un sencillo moño. Todas las mañanas, cuando vivía en el palacio, esa cabeza había estado allí, haciéndole una reverencia en la puerta de su habitación. Al verla, el palacio dejó de parecer un lugar tan extraño. Al menos estaba en casa.



La mujer levantó la cabeza. Se tapó la boca con una mano y sonrió hasta que sus ojos desaparecieron entre los pliegues de sus redondas y sonrosadas mejillas. Las lágrimas resbalaban por su regordeta cara.

—¡Nunca pensé...! —exclamó—. ¡Nunca pensé...! ¡Honorable Señora! ¡Nunca pensé que volvería a veros!

—¡Haru! ¡Hermana Mayor!

—Bienvenida a casa. ¡Bienvenida a casa!

Haru, que se había hecho cargo de Sachi cuando, asustada y cohibida, había llegado de la aldea, y que la había convertido en una dama; que le había enseñado a hablar como una dama de la corte del shogun, a deslizarse dando lentos y pudorosos pasitos en lugar de dar grandes zancadas como una campesina; a escribir, a comer con educación, a cantar, a bailar; que se lo había explicado todo y la había corregido con amabilidad. El día que ordenaron a Sachi presentarse en la cámara de Su Majestad, fue quien le dijo qué tenía que hacer, y que no tuviera miedo. Haru, con sus historias y sus chistes: el cuento del cadáver en el palanquín, los chismes sobre los polvos de lagarto asado y los tallos de setas...

Sachi intentó decir algo, pero las lágrimas resbalaban por sus mejillas. Taki también lloraba.

La joven se enjugó las lágrimas con la manga y se arrodilló. Le cogió ambas manos a Haru y se las apretó con fuerza. Necesitaba estar segura de que se encontraba ante una mujer de carne y hueso, y no ante un fantasma. Escudriñó su rostro. Haru tenía arrugas en la frente y canas en el pelo. Sus ojos todavía chispeaban cuando reía, pero se apreciaba en ellos una nueva tristeza.

—Hermana Mayor. Doy gracias a los dioses. Sobreviviste al incendio.

—Sí, los dioses me protegieron —dijo Haru sonriendo—. Y a ti también.

—¿Dónde están todas, Hermana Mayor? ¿Dónde está Su Alteza? ¿Dónde están las damas?

Pero Haru no contestó. Miraba a Sachi con extrañeza, como si ella también estuviera viendo un fantasma.

—¡Jamás pensé! —volvió a decir—. Pareces una...

Sachi sabía qué debía parecer: una salvaje, o una loca, con el cabello enmarañado y los dientes blancos, y con aquella holgada ropa de campesina.

Haru sacudió la cabeza.

—Debo de estar envejeciendo —dijo—. Venid, tenéis que bañaros y cambiaros. Informaré a Su Alteza de vuestra llegada. Pero... ¿cómo habéis llegado aquí? ¿Cómo habéis podido atravesar la ciudad? Me han dicho que las calles están llenas de bandidos sureños y que toda la población ha huido. No debisteis venir. Aquí no hay nada, sólo muerte, para todas nosotras.

Pero no todas se habían marchado. Todavía quedaban suficientes sirvientas para

que las grandes bañeras se desbordaran de agua caliente. Sachi pensó que, de no haber sido así, habría sido el final. Sentadas lado a lado en unos pequeños taburetes de madera, junto a las bañeras, Taki y ella se turnaron para frotarse la espalda; ya no había doncellas encargadas del baño, y de cualquier forma, Sachi estaba acostumbrada a hacerlo todo con Taki.

—Métete conmigo en el agua, Taki —dijo.

Después de quitarse de encima el polvo del camino, tan concienzudamente como pudieron, se metieron en el agua caliente, se sumergieron hasta el cuello y se quedaron un rato allí sentadas, sintiendo cómo las iba abandonando el cansancio acumulado durante el viaje. Sachi agradecía el vapor que formaba remolinos alrededor, porque ocultaba sus lágrimas. Aquel lúgubre y resonante palacio no era el hogar que ella recordaba. Había pensado que, aunque el resto del mundo hubiera cambiado, dentro de los muros del castillo encontraría un refugio. Pero se había equivocado.

Shinzaemon... Shinzaemon... ¡Habría dado cualquier cosa por que Shinzaemon estuviera allí con ella! Era como si le faltara algo, una parte de sí misma. Sin él, el mundo era un lugar desolado. Nunca había sentido una tristeza tan profunda.

Intentó figurarse su cara: sus rasgados ojos, sus pobladas cejas, su ancha nariz, sus carnosos labios. Rememoró cada día, cada momento que habían pasado juntos, todas las cosas que Shinzaemon había dicho y había hecho: la vez que le dio la orquídea silvestre, el momento en que dijo que la acompañaría a la aldea... Sachi intentó recordar el roce de la palma de su mano y su olor salado. Sabía que no le convenía obsesionarse tanto, pero no se arrepentía en absoluto. Le bastaba recordar a Shinzaemon para sentirse feliz.

El delgado rostro de Taki, de mejillas hundidas, se había puesto colorado a causa del calor. Sachi vio que Taki también estaba llorando.

—Creía que cuando llegáramos al palacio volvería a ser yo misma —confesó Taki sorbiéndose la nariz. Se desplazó un poco, y Sachi notó el calor de su piel al mismo tiempo que el agua, caliente y humeante, formaba ondas—. No sabía que fuera posible sentir algo así por alguien. No sabía que existieran esos sentimientos. Si nos hubiéramos quedado aquí, nada de todo eso habría pasado. Se nos subió a la cabeza tanta libertad. No dejo de repetírmelo. Nos dejamos llevar por nuestras emociones.

Pero ya no eran las mismas, pensó Sachi. Taki nunca había salido de la casa de sus padres ni del palacio de las mujeres. No había conocido otro tipo de vida. Era posible que el viaje y el convivir con hombres se le hubieran subido a la cabeza. Todo era tan nuevo para ella que era lógico que se hubiera embriagado, de modo que no era de extrañar que se hubiera enamorado del apuesto Toranosuké. Sachi, en cambio, había crecido lejos del palacio y siempre había sabido que ése no era el único mundo

que existía.

—Cuando llegamos aquí, pensé que sería como despertar de un sueño —dijo Taki exhalando un suspiro—. Pero no consigo despertar. Tengo la sensación de que el sueño es esto.

—Es como el cuento de Urashima y la hija del rey dragón —replicó Sachi con voz queda—. ¿Qué era real y qué era un sueño: su pueblo, del que se había marchado trescientos años atrás, o el palacio bajo el mar?

Taki murmuró los primeros versos de un poema:

*Kakikurasu / A través de la sombra más negra*  
*Kokoro no yami ni / de la oscuridad del corazón deambulo*  
*Madoiniki / desconcertada*

Sachi lo conocía; era un hermoso poema, escrito cientos de años atrás por el gran poeta y amante Ariwara no Narihira. Parecía estar en perfecta sintonía con sus sentimientos. Olvidando un momento su tristeza, Sachi y Taki recitaron el final juntas, y sus voces resonaron en la gran sala de baños:

*Yume utsutsu to wa / Tú que conoces el mundo del amor, decide:*  
*Yohito sadame yo / ¿es mi amor un sueño, o es real?*

Taki dio un suspiro.

—No tardaremos en despertar —dijo—. No estamos en un cuento de hadas. No somos campesinas ni niñas, y no podemos seguir ciegamente nuestras emociones. Eso sólo lleva al desastre. Cuanto antes volvamos a la realidad, mucho mejor.

Sachi pensó que Taki tenía razón. Sin embargo, no había olvidado que la noche siguiente, Shinzaemon quizá estuviera esperándola en el puente. Después de mañana por la noche, se dijo con firmeza. Entonces habría llegado el momento de contener esos infantiles sentimientos.

Después del baño, se quedó sentada en silencio mientras Taki se afanaba alrededor de ella, tiñéndole los dientes de negro y depilándole las cejas. Antes, cuando se había mirado en el espejo, había visto reflejado el luminoso rostro que veía Shinzaemon. Ahora ese reflejo era pálido y lánguido.

Con mucho cuidado, Taki le maquilló la cara, le aplicó carmín en las mejillas y le perfiló los labios hasta convertirlos en un capullo de rosa; luego dibujó dos alas de palomilla en la frente. A continuación le cepilló el pelo y se lo untó con aceite, hasta que colgó como una reluciente cortina negra. Fue levantando mechones uno a uno y puso debajo un incensario para perfumárselo; por último, le vistió una capa tras otra de kimonos, como correspondía a una viuda que había tomado las órdenes sagradas.

Poco a poco, la pequeña Sachi, la hija del jefe de la aldea, la viajera anónima del Camino de la Montaña Interior, fue desapareciendo. Ante ella, en el espejo, estaba la Retirada Shoko-in, la concubina viuda de Su difunta Majestad, el shogun Iemochi. Taki le hizo los últimos arreglos en las túnicas, doblando y alisando los cuellos hasta que quedaron perfectamente alineados. Cuando Taki la ayudó a ponerse el haori, Sachi adoptó un semblante triste, pues era consciente de las preocupaciones y las responsabilidades que pesaban sobre sus hombros con cada capa de ropa.

Sin embargo, en su interior sabía que ya no era la misma persona. Bajo los polvos blancos había color en sus mejillas, y una nueva luz brillaba en sus ojos. Había visto demasiadas cosas, había estado en demasiados sitios. Sabía qué se esperaba de ella y estaba decidida a cumplir su deber. Sin embargo, había probado la libertad y nunca volvería a ser la de antes.

Sachi fue a las habitaciones de la princesa y se arrodilló frente a la puerta, aterrada de pensar qué encontraría y cómo sería recibida. Respiró hondo y, despacio, abrió la puerta.

Pese al silencio reinante, Sachi imaginaba encontrar una antecámara con biombos dorados a lo largo de las paredes, llena de cajas con incrustaciones de oro sobre estantes lacados, con un montón de damas de honor charlando y riendo, entrando y saliendo con rollos de seda para kimonos, con sus lujosas túnicas de seda haciendo frufú. Pero la habitación estaba casi vacía. Sólo había unos pocos colgadores con unos kimonos aireándose, un solo baúl de kimonos y una caja de cosméticos.

La princesa estaba casi completamente sola. Ni siquiera estaba escondida detrás de un biombo, sino arrodillada frente a una mesita en medio de la habitación, con un pincel en los delgados dedos, escribiendo. Terminó la pincelada que estaba trazando y dejó el pincel. Entonces miró alrededor, inclinó la cabeza y tocó el tatami con las yemas de los dedos.

—Os he causado muchos problemas —murmuró en el lenguaje arcaico de la corte imperial. Su voz no había cambiado: era el mismo susurro de pajarillo que Sachi tan bien conocía—. Debéis de estar cansada. Habéis recorrido un largo camino. Debéis de haber soportado muchas incomodidades.

Compuso su triste y amable sonrisa y pasó a utilizar el lenguaje de las aristócratas de Edo.

—Bienvenida, niña —dijo—. Haru me dijo que habías vuelto. Ven y siéntate a mi lado.

Las lágrimas se agolpaban en los ojos de Sachi. Ver aquella mujer, que siempre había estado rodeada de multitud de damas de honor y que jamás había tenido que hacer nada por sí misma, allí sentada, sola, le partía el corazón.

Sin decir nada, Sachi se arrodilló ante la princesa y la miró a los ojos. Eso

suponía una lamentable violación del protocolo, pero necesitaba ver esa cara que tanto amaba.

Bajo el blanco maquillaje, el cutis de la princesa conservaba su transparente palidez. La delicada y curvada nariz, los enormes y tristes ojos, la diminuta y fruncida boca... Nada había cambiado. Estaba tan delgada que parecía que fuera a desvanecerse en cualquier momento en el mundo de los fantasmas. Se le habían soltado unos mechones de pelo, como si incluso hubiera tenido que peinarse ella misma, lo cual era insólito. Entre las cejas, depiladas, Sachi distinguió una fina arruga, una huella de su sufrimiento.

Pero había algo que sí había cambiado. Estaba más erguida. Había una chispa en sus ojos, como si hubiera encontrado algo por lo que luchar tras tantos años viendo pasar la vida con apatía. Parecía más atrevida, más imperiosa.

—Ven —dijo la princesa con dulzura, y condujo a Sachi a uno de los lados de la habitación.

En el altar había una tablilla funeraria y un pequeño daguerrotipo. ¡Esa imagen! Sachi la recordaba muy bien. La cogió con ambas manos y, con reverencia, se la llevó a la frente. Apenas veía, pues tenía los ojos anegados en lágrimas, que resbalaban por sus mejillas estropeándole el maquillaje. Era Su difunta Majestad. Sachi lo recordaba tan culto, tan maduro; pero entonces ella sólo era una cría. Al mirar el retrato, comprendió que el shogun no era más que un niño vulnerable. Las dos mujeres se arrodillaron juntas y rezaron, pasando sus sartas de cuentas.

—Me alegro de que hayáis conservado este retrato, Alteza —susurró Sachi.

—Me recuerda otros tiempos más felices —replicó la princesa—. Y sin embargo... ¿Fueron felices? Me gustaría haber sido mejor esposa para él.

—Estoy segura de que él... —dijo Sachi, pero se interrumpió.

No le correspondía hablar de esas cosas.

La princesa Kazu se enjugó las lágrimas con la manga.

—Me alegro de que hayas vuelto —dijo—. Tengo muchas cosas que contarte. Han pasado muchas cosas desde que te fuiste.

Se produjo un silencio. Sachi esperó respetuosamente a que la princesa continuara.

—Cumpliste muy bien tu misión.

¿Misión? Sachi había olvidado que tenía una misión.

—Nos dijeron que unos rebeldes habían atacado el palanquín imperial. Decían que me habían secuestrado (a mí o a la Retirada, o a ambas) y que me habían llevado a Satsuma, el bastión de los sureños. Sí, el pueblo estaba furioso. Nadie ponía en duda que habían sido los sureños quienes habían incendiado el castillo. Nuestros hombres quemaron las residencias del clan de los Satsuma y los expulsaron de la ciudad. Más tarde encontraron el palanquín imperial, en algún lugar... en algún lugar,

lejos de la ciudad.

Se miró las delgadas manos, recogidas sobre el regazo, y volvió a levantar la cabeza.

—Creímos que te habíamos perdido —continuó—. Lloramos tu muerte. Creímos que te habías ido para siempre... —Su voz se fue apagando. Echó un vistazo a la habitación y desplegó las manos en un gesto de impotencia—. Nuestra vida ha cambiado. Nuestro mundo ha llegado a su fin. Nunca imaginé que pudiera llegar este momento. ¡Nunca! ¡Jamás!

Asombrada por la intensidad de esas palabras, Sachi levantó la cabeza.

—Te he echado de menos, niña —murmuró la princesa—. Me entristecía haberte enviado a realizar una misión tan peligrosa, sin séquito, sin ni una sola sirvienta. ¿Cómo lograste sobrevivir? Debe de haber sido terrible... Ahí fuera, sin ninguna comodidad. Me complace saber que cumpliste con tu deber. Pero fui cruel. Es imperdonable que te echara de esa forma. Me tranquiliza ver que has vuelto sana y salva.

Sachi la miró, perpleja. La princesa tenía lágrimas en los ojos. El que hubiera pensado en ella, el que hasta hubiera tratado de imaginar qué había sido de la joven, demostraba cuánto había sufrido, cuánto había cambiado.

—Alteza, ya sé que es muy grosero por mi parte, pero... ¿Y las damas? ¿Y Tsuguko?

La princesa siempre había tenido a su primera dama de honor a su lado. Sachi no quería ni pensar qué podía haberle pasado.

—Tsuguko... —dijo la princesa, y su rostro se ensombreció.

Se oyeron unos pasos por el tatami, fuera de la cámara de la princesa. Se abrió la puerta. Fuera había una alta figura arrodillada.

—Disculpad mi grosería, Alteza Imperial. Oí decir que había vuelto. ¡Shoko-in! ¡Mi nuera!

Sachi conocía esa imponente presencia y esa grave y resonante voz. Se inclinó rápidamente y se tapó la cara con ambas manos.

La Retirada llevaba un elegante pero discreto kimono de color gris. Tenía el cabello negro y reluciente, cortado por los hombros. Sus ojos brillaban como piedras preciosas; conservaba intacta su belleza. Sachi recordó a la reina de hielo del cuento popular, que atraía a los hombres con su belleza y los llevaba a las desiertas extensiones heladas, donde los dejaba morir congelados. Era tan perfecta como aterradora. La Retirada miraba a Sachi con una sonrisa meliflua. Ésta se vino abajo. ¿Había ido hasta allí para volver a ser el blanco de los sarcasmos de aquella dama? Se preparó para recibir sus críticas.

—Bienvenida —dijo la Retirada con ternura—. Has hecho un largo viaje. Has demostrado una gran valentía regresando aquí, y una firme lealtad al clan de los

Tokugawa. Te acogemos en nuestros brazos.

La princesa le devolvió el saludo con una cabezada, cuidando de no inclinar la cabeza más que la Retirada. Eso indicaba que las dos mujeres seguían luchando por quién tenía precedencia, pese a que ya sólo quedaban ellas dos.

—Me alegro mucho de verte, por supuesto —dijo la Retirada dirigiéndose a Sachi. La joven inclinó la cabeza. La desconcertaba que la Retirada se mostrara cortés con ella—. Creíamos que habías vuelto con los de tu clase —continuó, articulando cada sílaba con gélida claridad—. No esperábamos volver a verte. ¿Por qué has regresado?

Sachi se estremeció. Esas palabras fueron como una lluvia de aguanieve, y la helaron hasta los huesos. Pero la severidad de la Retirada ya no le afectaba tanto como antes.

—Ya te habrás dado cuenta de que todo ha terminado —prosiguió ésta—. Aquí ya no hay nada. Se acabaron los lujos. Ya sólo hay muerte. No tienes por qué quedarte. Se han marchado todas. Todas excepto nosotras.

Se habían marchado todas... De modo que, aunque su madre hubiera estado allí, también ella... Sachi intentó tragar saliva, pero no pudo.

—Ya no haces nada aquí —añadió la Retirada con socarrona condescendencia—. Eres libre. Te sugiero que te marches mientras puedas.

—Es estupendo que hayas vuelto, querida niña —se apresuró a decir la princesa—. Nos alegramos de verte. Nos alegramos que seas tan leal a nosotros y al clan de los Tokugawa. Nos alegra tener la oportunidad de despedirnos de ti. Pero tienes que marcharte cuanto antes. La Retirada y yo pertenecemos al clan de los Tokugawa. Somos esposas, formamos parte de la familia. Pero tú eres joven. Tienes toda la vida por delante. Fui yo quien te traje aquí; tú no decidiste venir. Ahora es mi obligación liberarte. Debes irte.

Pero la princesa tampoco había podido elegir. Sachi lo sabía muy bien. Aquél no era un mundo en el que las personas pudieran decidir su destino, y menos aún la princesa.

—Y... ¿qué haréis vos? —preguntó con un susurro.

—Nos atacarán en cualquier momento —contestó la princesa. Lo dijo con naturalidad, casi con indiferencia, y Sachi vio que su rostro denotaba serenidad y que le brillaban los ojos. Era como si estuviera hablando de su boda, y no de una cruenta batalla—. La ciudad está sitiada. Dicen que hay cincuenta mil soldados sureños en Shinagawa e Itabashi esperando la orden de atacar. Cuando llegue el momento, nuestros hombres lucharán hasta la muerte. La ciudad arderá. La Retirada y yo nos quedaremos aquí. Es nuestro sitio. Si toman el castillo, será con nosotras dentro. Lo quemaremos y nos mataremos. Vete, niña. Vete ahora mismo.

De modo que ésa era la razón por la que la princesa parecía tan cambiada, tan

viva. Allí estaba el destino que ella tanto ansiaba. Estar presente al final, arder con el mayor castillo del país. Era un destino que había que recibir con gozo.

Por unos instantes, Sachi también se sintió embriagada, arrastrada por la emoción de la princesa. Pero entonces pensó en Shinzaemon. Ya no quería abrazar la muerte como a un amante, como haría una samurái. La princesa y la Retirada no tenían motivos para vivir, para envejecer. Ella sí. En su imaginación ya estaba escabulléndose del condenado castillo. Taki iría con ella. Esperarían en la Puerta Tsubone a que apareciera Shinzaemon. Le suplicaría que huyera con ella. Él se negaría, por descontado; hablaría del honor y del deber, pero ella rebatiría todos sus argumentos: Shinzaemon tenía que protegerla; ése también era su deber. Al final, lo conseguiría. Se imaginaba a los tres saliendo de la ciudad, ingeniándose las para evitar a los soldados, volviendo al Nakasendo, desapareciendo en las montañas.

Pero entonces Sachi recordó que tenía que encontrar a su madre. Necesitaba averiguar qué había sido de ella. ¿Cómo podía irse ahora, si había alguna posibilidad, por pequeña que fuera, de que su madre todavía viviera y estuviera esperándola? De cualquier forma, Sachi no tenía alternativa. Sabía cuál era su deber y qué tenía que decir. Era una guerrera, una samurái, y debía estar dispuesta a morir como haría una samurái, con orgullo y valor. No importaba lo que sintiera, no importaba lo que quisiera hacer; como concubina del difunto shogun, su deber era morir con la princesa y con la Retirada. Era lo menos que podía hacer.

—¡Eso nunca! —dijo con serenidad y firmeza—. Yo también soy una Tokugawa, por humilde que sea. Su Majestad se dignó tomarme como concubina, su única concubina. Compartiré el destino de los Tokugawa, sea el que sea.

La Retirada la traspasó con sus feroces y negros ojos.

—¿Te atreves a llamarte una Tokugawa? —le espetó componiendo una mueca de desprecio—. ¡Olvidas quién eres! Ni siquiera eres una samurái. Eres una campesina. No se te ocurra soñar que puedas seguir nuestro código. Márchate ahora que todavía puedes.

Pero Sachi le había perdido el miedo a la Retirada.

—Honorable Señora —dijo con calma—, soy tan Tokugawa como vos. Yo no elegí el lugar de mi nacimiento, pero puedo elegir el lugar de mi muerte. Mis orígenes no importan; sé cuál es mi deber.

—Te ordeno que te marches, niña —dijo la princesa—. Se está agotando el tiempo. No estás obligada a quedarte. Debes obedecer.

—Nunca. Si morís aquí, yo también moriré.

La Retirada dio un suspiro, y la expresión de su rostro se suavizó. ¿Eran imaginaciones de Sachi, o hasta había una lágrima en esos feroces y negros ojos?

—Tienes una gran fuerza de espíritu —dijo al final la Retirada.

—La Honorable Señora ordenó a nuestras damas de honor que se marcharan —



dijo la princesa—. Les gritó, les dijo que era una orden. Creyó que se quedarían.

—Se llaman samuráis —dijo la Retirada—, y le tienen miedo a la muerte. Pensé que se sentirían orgullosas de quedarse y morir aquí juntas. Pero huyeron todas. —Volvió a hacer una mueca—. Se fueron corriendo con sus familias. En los viejos tiempos, todas se habrían quedado aquí.

La princesa y la Retirada se miraron y sonrieron, triunfantes. Sachi nunca las había visto tan felices y orgullosas, como si hubiera llegado el momento, como si estuvieran a punto de ver cumplido el destino que llevaban tanto tiempo esperando. Ya no eran víctimas a las que habían obligado a casarse contra su voluntad. Sus ojos brillaban como los de unas jovencitas que, temblorosas, esperan a su primer amante, como si tuvieran toda la vida por delante; sin embargo, no era la vida, sino la muerte, lo que anhelaban con tanta impaciencia.

—Los tiempos han cambiado —dijo la princesa—. Ya no estamos en el período de los estados guerreros, cuando la gente podía decidir morir en grupo.

—Me entristece ver cómo los principios caen en decadencia —dijo la Retirada. Miró a los ojos a Sachi, con una sonrisa en los labios—. Empezaste la vida como campesina, pero es verdad que tienes corazón de samurái.

## II

—Después del incendio, la princesa nos pidió a todas que nos marcháramos —explicó Haru—. Era muy peligroso quedarse aquí. La Retirada dijo que era una orden. Aquí, en el castillo, nuestras vidas corren peligro. Nos atacarán en cualquier momento. Los sureños han sitiado la ciudad. Si logran tomar el castillo, habrán tomado el país.

Haru había recogido las bandejas de la cena y estaba arrodillada, dándole vueltas y más vueltas al abanico con sus regordetas manos. Las velas chisporroteaban y crepitaban en los altos candelabros de oro repartidos por la habitación. Las llamas le daban un resplandor amarillento a su cara, y su luz parpadeaba en sus redondeadas mejillas, en las finas arrugas de su frente, en su pequeña nariz y en los relucientes

rizos de su peinado. Los colgadores donde estaban los kimonos proyectaban sombras alargadas. Sachi imaginó que estaba fuera, en los jardines, contemplando la inmensa silueta del castillo, que se erguía ante ella con sólo unas finísimas rendijas de luz contra la oscuridad.

—Pero tú no te marchaste, Hermana Mayor —dijo Sachi—. La princesa te dijo que podías irte, pero tú te quedaste.

—¿Por qué iba a marcharme? —dijo Haru con brusquedad— ¿Adónde? ¿Qué querías que hiciera? —Sachi la miró con gesto de sorpresa. El carnoso rostro de su maestra había cambiado. Sus pequeños ojos se habían abierto más y tenía las cejas juntas, como si algún recuerdo doloroso hubiera aparecido de motu propio en su mente. Tenía la mirada perdida en la lejanía, como si contemplara algún pasado remoto y olvidado—. ¿Volver con una familia y a una región que no conozco? —dijo—. Ese remoto lugar del que procedo no significa nada para mí. Siempre he vivido aquí. Ésta es mi familia, y éste es mi hogar.

—Pero...

Sachi recordó la historia del cadáver aparecido en el palanquín que Haru le había contado, y muchas otras cosas extrañas y terribles que habían ocurrido en el castillo. Haru siempre se quejaba de que aquél era un lugar desgraciado; siempre decía que echaba de menos la compañía de los hombres. Sin embargo, cuando tuvo la oportunidad de salir del castillo, había elegido quedarse.

Haru miraba con fijeza a Sachi. La joven se rebulló y desvió la mirada; de pronto se sentía incómoda.

—¿Y Tsuguko? —preguntó precipitadamente.

Haru regresó de golpe al presente.

—Nadie lo sabe. Tú fuiste la última que la vio. ¿No te llevó ella hasta el palanquín imperial?

Claro. Imaginó a aquella alta figura recorriendo las habitaciones, llenas de humo, rodeada de llamas que crepitaban cada vez con más furia. Era imposible que hubiera vuelto a aquel infierno y que hubiera sobrevivido. Debía de haber perecido allí. Era una buena muerte, una muerte admirable: había muerto cumpliendo con su deber. Aun así, los ojos de Sachi se llenaron de lágrimas. Tsuguko le había enseñado muchas cosas, y siempre la había defendido. ¿Por qué tenía que ser tan triste la vida?

Haru era una mujer alegre y risueña, pero esa noche parecía inquieta. Daba la impresión de que no podía quitarle los ojos de encima. Abrió la boca para decir algo, pero la cerró otra vez; entonces cogió una labor y volvió a dejarla. Sachi se fijó en que Haru también tenía lágrimas en los ojos.

En el rincón estaba el fardo que la joven se había llevado de la aldea. El michiyuki que había dentro parecía relucir, atraer su mirada. Sachi recordó que Haru había creído reconocer el emblema del peine. El mismo emblema estaba bordado en

el michiyuki. Puso el fardo en el suelo, ante ella, y empezó a desatar el nudo. Haru estiró un brazo y le quitó el fardo de las manos.

Sachi observaba con curiosidad.

Haru terminó de deshacer el nudo del fino envoltorio de seda. Allí estaba el michiyuki, doblado, tan brillante que iluminaba los oscuros rincones de la habitación.

Haru dio un grito ahogado y palideció, como si hubiera visto un fantasma. Se quedó contemplando el michiyuki, estiró un tembloroso dedo y lo tocó, como si no pudiera creer que fuera real, como si temiera que se desintegrara. Entonces levantó y sacudió la prenda, que desprendió un débil y añejo olor a almizcle y aloe, a ajeno e incienso. Se llevó la tela a la cara, inspiró hondo y entrecortadamente y rompió a llorar.

Sachi la miró, horrorizada. Haru ni siquiera se había fijado en el emblema; era el propio michiyuki lo que había producido un efecto tan dramático. El miedo le atenazó el estómago a Sachi, se lo apretó como un puño de hierro. Al final hizo un esfuerzo y dijo:

—Tú... lo sabes, Hermana Mayor.

—Ha pasado tanto tiempo. Tantos años. —Haru se enjugó las lágrimas con las mangas y extendió el michiyuki cuidadosamente sobre su regazo—. Eres igual que ella, Hermana Menor —dijo con un áspero susurro—. Siempre lo pensaba, pero no podía creerlo. Me decía que era una coincidencia, que me estaba fallando la memoria. ¿Cómo podía ser verdad?

Sachi puso ambas manos sobre el tatami para serenarse. La verdad sobre su madre —y sobre su identidad— estaba muy cerca, y sin embargo, de pronto Sachi no estaba segura de estar preparada para oírla. Tenía miedo.

—¿A quién me parezco? —susurró—. ¿A quién me parezco, Hermana Mayor?

—Hacía mucho tiempo que no la veía. Y entonces llegaste tú. Al principio no eras más que una cría. Pero luego, a medida que crecías, cada vez te parecías más a ella... Y ahora, ahora que has estado lejos y que vuelvo a verte... Es como si ella hubiera vuelto. Como si volviera a estar aquí.

—Mi madre... —dijo Sachi.

Haru estaba sollozando. Durante un rato no pudo hablar. El perfume del michiyuki impregnaba la habitación. Una vela parpadeó y se apagó. La luz de la luna se filtraba por el fino papel blanco de las ventanas. El castillo, que antaño estuvo lleno de voces, pasos y risas, estaba totalmente silencioso; sólo se oían el silbido del viento en los árboles del jardín, el ululato de un búho y los sollozos de Haru.

—Era tan hermosa, tan hermosa... —dijo con voz entrecortada—. Nadie que la viera podía dejar de amarla. Y tú... Tú eres igual que ella.

—¿Está aquí, Hermana Mayor? —La voz de Sachi sonó estridente en el silencio—. Si pudiera verla aunque sólo fuera una vez...

Volvió la cara hacia ella. Ya no era la Haru gordinflona y vivaracha que Sachi conocía. Bajo la débil luz de las velas, se había encogido y se había convertido en una anciana. Sacudió la cabeza.

—No sé... dónde está —dijo en voz baja—. No he vuelto a verla desde... ese día. Desde el día que naciste.

### III

Sachi despertó mucho después del amanecer e impaciente esperó a que los primeros hilos de luz se filtraran, sesgados, por las persianas de madera. Taki había pasado la noche allí con ella. Sachi la llamó para que abriera las persianas.

Unos gallos cacareaban a lo lejos. Otros les contestaron desde los jardines del palacio. Los pájaros cantaban, los insectos zumbaban, los dulces aromas de la primavera lo invadían todo. Los perros ladraban con desenfreno a medida que la ciudad cobraba vida. Las campanas de los templos tañían y los tambores daban la hora, pero todos esos sonidos eran débiles y escasos, como si la mitad de la población hubiera desaparecido.

Como merecía la concubina del difunto shogun, a Sachi le habían asignado una de las mejores habitaciones del palacio. Puso un espejo en el soporte y, bajo la débil luz que se filtraba en la habitación, contempló el rostro que se reflejaba en la pulida superficie de metal. Estudió el liso y pálido óvalo, la nariz, casi aguileña, los estrechos y sesgados ojos, los pequeños y fruncidos labios. Tuvo la impresión de que faltaba algo, algo que estaba allí pero que ella no podía ver. Porque no sólo se veía a sí misma, sino también a una desconocida: a su madre, devolviéndole la mirada desde algún lugar remoto.

Taki se arrodilló detrás de ella y empezó a peinarla.

—Por lo visto, Haru conoce a tu madre —dijo—, y sin embargo nunca lo había mencionado. Debe de haber pasado algo, algo terrible, para que lllore de esa forma. Ella nunca llora así.

Había tan poco tiempo, y tantas cosas que Sachi necesitaba saber.

Haru esperaba en la antecámara. Bajo la luz del sol, el michiyuki había perdido su brillo. Sachi le pasó los dedos por encima, como si temiera que, si lo guardaba, nunca volvería a verlo, que se rompería su hechizo, que la mujer que había vuelto desaparecería. Miró a Haru.

—Dime su nombre, Hermana Mayor —dijo—. ¿Cómo se llama?

—Te lo diré, Señora. —Sachi frunció el entrecejo. Haru nunca la había llamado «Señora»; siempre la llamaba «Hermana Menor»—. Pero antes te ruego que me hables de este michiyuki. ¿De dónde lo has sacado?

Sachi sonrió.

—Siempre lo tuve, pero no lo sabía —respondió—. Volvimos a la aldea donde yo vivía. Allí me dijeron... Mis padres... Me dijeron que mi padre me llevó a la aldea envuelta en ese michiyuki.

—¡Tu padre! —Haru palideció. Abrió mucho los ojos y se tapó la boca con ambas manos—. ¿Fue... hasta la aldea?

—Es un primo lejano de mis padres. Volvió a pasar por allí hace poco —dijo Sachi tratando de disimular su asombro.

¿Conocía Haru también a su padre?

Haru dio un grito ahogado.

—¿Quieres decir... que está vivo? —preguntó con interés—. ¿Lo viste? —Miraba fijamente a Sachi, sonriendo casi, como si los recuerdos volvieran a despertar.

—No —dijo Sachi—. Pero mis padres sí.

Haru se echó hacia atrás, como si de pronto hubiera recordado quién era y dónde estaba.

—Y ¿estaba... bien? —preguntó con formalidad.

—Sí, está bien. Estaba...

¿Cómo podía decirle que estaba en el bando enemigo?

Pero Haru se había abrazado la cintura y se mecía hacia delante y hacia atrás.

—Daisuké-sama, Daisuké-sama —murmuró, con ojos llorosos—. Habría sido mejor que no lo hubiéramos visto nunca, tu madre y yo. Pero entonces... tú tampoco estarías aquí.

Una doncella entraba y salía de la habitación llevando una bandeja tras otra de platos como los que Sachi no había vuelto a ver desde que saliera del palacio.

—Háblame... de mi madre, Hermana Mayor. ¿Cómo la conociste?

—Tu madre y yo crecimos juntas —dijo Haru—. Mi padre era criado de su padre. Vine al palacio con ella. Era su doncella. Siempre estuvimos juntas, como Taki y tú. Todavía la echo de menos, no sabes cómo.

¡Su doncella! Taki hizo un ruidito de asombro que salió de lo más hondo de su garganta. Hubo un largo silencio.

—¿Cómo se llamaba? —susurró Sachi.

—Okoto —dijo Haru saboreando cada sílaba—. Okoto-no-kata.

Okoto. Una corriente de aire agitó un kimono que estaba en un colgador, en las sombras.

—Era de la casa de Mizuno. Su padre era Tadahira, chambelán de los señores de Kisshu.

Mizuno... ¿No se llamaba así el hombre que había ido al palacio a anunciar que Su Majestad estaba enferma, ese hombre repulsivo que Taki y ella habían visto desembarcando del transbordador hacía sólo unos días? Sachi recordaba su bronceado rostro de halcón; pasó a su lado detrás de Oguri, disfrazado de mercader, con un sombrero de viaje tapándole la cara. Recordó cómo la había mirado y cómo había gritado, como si hubiera visto un fantasma... ¡Debió de ser porque Sachi se parecía a su madre!

Haru cogió el michiyuki, lo sacudió y le pasó la mano hasta que encontró el emblema bordado en el hombro. Sachi lo miró, fascinada. Era el emblema de Mizuno; debería haberlo reconocido.

La joven iba a decir algo, pero entonces notó una delgada mano que le agarraba el brazo. Había olvidado que Taki y ella habían jurado guardar ese secreto. Aparte de la princesa y de Tsuguko, sólo ellas dos sabían que Mizuno había estado en el palacio.

Sachi todavía le oía gritar: «¡Vete! ¡Vete! ¡Déjame en paz!» Si su madre pertenecía a la misma familia que aquel repugnante individuo... ella también. Llevaban la misma sangre en las venas. Esa idea no le hizo ninguna gracia.

—Mi madre era... la nodriza de tu madre —dijo Haru. Estaba tan absorta en su relato que no se había percatado de la reacción de Sachi. Su rostro se había iluminado. Se había transportado a otro tiempo, a otro lugar. Se sentó sobre los talones y las palabras empezaron a salir atropelladamente de sus labios—. Entonces se llamaba Ohiro, la pequeña Ohiro. Ya entonces era encantadora, cuando era pequeñita. Tenía un rostro muy dulce. No era nada tímida, como si ya supiera el gran futuro que la esperaba. Siempre jugábamos juntas. Vivíamos en el castillo Tankaku de Shingu, en el dominio de Kii. Cuando había tormenta, oíamos el mar. Yo me tumbaba en los futones y escuchaba las olas rompiendo contra las rocas bajo las murallas del castillo. A veces todavía las oigo.

«Estudiábamos juntas. Tu madre destacaba en todo lo que hacía: lectura, caligrafía, poesía, ceremonia del té, interpretación de las cenizas de incienso, koto, alabarda... Era muy lista, mucho más lista que yo. Pero rebelde, muy rebelde. Salía a pasear, trepaba a los árboles, escalaba los acantilados. ¡Imagínate! Mi padre siempre decía que tendría que haber sido un niño, que tenía demasiada iniciativa para ser una niña. Ella siempre conseguía lo que se proponía. Sabía conquistar a cualquiera.

»Pero era muy buena conmigo. Me trataba como a una hermana. Todavía éramos unas crías cuando la familia Mizuno recibió la orden de trasladarse a su mansión de

Edo. Ella dijo que sólo iría si yo iba también. Pero no nos quedamos mucho tiempo allí. Un par de años más tarde, ella entró en el palacio, y me llevó como su doncella personal.

»Yo no era mucho mayor que tú cuando llegaste aquí, Señora. ¡El palacio me pareció inmenso! Era como un laberinto, no se acababa nunca. Y las cortesanas, con sus fabulosos kimonos, con sus caras maquilladas... Eran tan majestuosas, tan altivas. Me daban mucho miedo.

Haru suspiró y se enjugó una lágrima.

Sachi estaba medio arrodillada y medio tumbada en el tatami, con la barbilla apoyada en una mano, mirando, embelesada, a Haru, cautivada por su historia, pendiente de cada una de sus palabras. Taki estaba arrodillada a su lado, también muy atenta.

Al menos ya sabía que por sus venas corría sangre noble. Por eso era tan pálida, como un fantasma o una aristócrata, y no morena como las campesinas del valle del Kiso. Y quizá por eso el destino la había llevado al palacio de las mujeres, como había hecho con su madre. Pero había algo más: ella también era obstinada. La sangre de los Mizuno corría por sus venas.

—En esa época, Honju-in era la primera concubina —prosiguió Haru—. Su Majestad la midaidokoro, la esposa de Su Majestad, había muerto hacía tiempo, y Honju-in estaba al mando. Gobernaba este palacio con mano de hierro. Crees que la Retirada es dura, ¿verdad? Pues Honju-in era peor, mucho peor. ¡Qué palizas me daban! Me dejaban cubierta de cardenales. Honju-in era la primera concubina porque era la madre del heredero de Su Majestad. Un desastre de muchacho. Entonces debía de tener veintiún años. Ya te hablé de él. Era débil tanto física como mentalmente. Todos rezaban para que naciera otro hijo varón que pudiera ser el heredero.

»Nada más ver a mi Señora, Su Majestad el shogun Ieyoshi se enamoró de ella. A mí no me sorprendió lo más mínimo. ¿Quién podía resistirse a su belleza? Era tan encantadora, tan brillante, tan radiante... Como tú, Hermana Menor. Igual que tú. Él era viejo y calvo, pero era un buen hombre, muy cariñoso. Tenía muchas concubinas, desde luego. Pero él no era como su padre, no coleccionaba mujeres como otros coleccionan cerámicas. Tenía un corazón tierno. Siempre tenía una favorita. La última había muerto de parto. Decían que el shogun estaba tan triste que no podía dormir, y que se pasaba el día llorando. Entonces llegamos nosotras.

—Y ¿qué pasó?

—Miró a tu madre y preguntó: «¿Cómo se llama?» Yo ni siquiera sabía qué significaba esa pregunta. No entendí que quería que mi Señora fuera su concubina. Ella también estaba asustada, como lo estabas tú cuando Su joven Majestad preguntó cómo te llamabas. Pero tu madre sabía que tenía que obedecer. Así que se convirtió en Okoto, la Señora de la Alcoba Contigua.

»¡Qué vida llevábamos! Vivíamos en unas dependencias magníficas. Yo era la primera dama de honor. Los mercaderes hacían cola ante las puertas del palacio con baúles y cajas llenas de kimonos, obi, ornamentos para el cabello, cosméticos... todo para ella. Los señores, los oficiales, los cortesanos y los mercaderes querían poder contar con su apoyo cuando le presentaran alguna petición a Su Majestad. Sabían que sólo a través de ella podían llegar a Su Majestad. Mi trabajo consistía en clasificar todos los obsequios que le llevaban.

»Había muchas concubinas, pero a Su Majestad sólo le interesaba tu madre. La llamaba todas las noches. El año después de nuestra llegada, tuvo un hijo, el príncipe Tadzuruwaka. Hubo grandes festejos y una ceremonia para nombrarlo heredero de Su Majestad. Pero Su Alteza no vivió mucho tiempo. Murió cuando todavía era un bebé. Entonces mi Señora tuvo una hija, la princesa Shigé, que también murió...

Haru se quedó callada. Sachi miró por encima del hombro. Casi notaba la presencia de su madre, la hermosa Okoto; tenía la impresión de que estaba allí, en la habitación, arrodillada junto a la ventana, con unos relucientes moños untados de aceite, con aquel espléndido michiyuki de brocado de color azul cielo. Quizá esa encantadora y radiante mujer se sintiera atrapada en el palacio. Quizá contemplara los jardines y deseara poder escapar de allí. Quizá recordara el castillo de Tankaku y las olas rompiendo en la orilla. Quizá se sintiera sola pese a todos los regalos que recibía.

—Nadie podría haber imaginado que acabaríamos así —murmuró Haru—. No sabría decir si éramos felices o desgraciadas. No salíamos del palacio. Y tu madre era joven, todavía no había cumplido veinte años. —Se tapó la cara con las manos—. ¡Me esforcé tanto por olvidar! —exclamó de pronto—. Creía que lo había conseguido. Pero entonces apareciste tú.

Miró a Sachi. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

Sachi se inclinó hacia delante, consciente del poco tiempo que le quedaba, del peligro que corrían todas.

—Hermana Mayor —dijo con apremio—, te suplico que me digas una cosa. ¿Quién es mi padre? ¿Cómo... conoció a mi madre?

Las sombras de la habitación se estaban alargando. Las moscas zumbaban. Una reluciente cucaracha negra correteó por una pared. Taki también tenía la mirada extraviada. Sachi se dio cuenta de que estaba pensando, tratando de encajar las piezas del rompecabezas.

Haru contemplaba el michiyuki. Lo cogió con reverencia y se lo acercó a la mejilla. Al tocarlo, ese misterioso e intenso aroma se extendió por la habitación, fluyendo y refluyendo como la marea.

—Tu padre —dijo con voz queda—. Si lo hubieras visto... Quizá entonces lo entenderías. También a él me parece verlo en tu cara.

El padre de Sachi... El hombre que la había llevado a la aldea cuando ella era un



bebé; el hombre que ahora estaba en el bando enemigo.

—Pero, Haru, ¿cómo es posible que conocieras al padre de mi Señora? —preguntó Taki haciéndose eco de los pensamientos de Sachi—. ¡Tú no has salido nunca del palacio!

—Os lo contaré —dijo Haru lentamente—. He guardado el secreto mucho tiempo. Pero ahora todo va a terminar. Ya no importa.

»Era... el año del gallo, el segundo año de Kaei. El año antes de tu nacimiento. Habían venido unos contratistas a calcular el presupuesto de las reparaciones anuales.

Compuso una sonrisa pícara, y sus ojos desaparecieron entre los pliegues de sus rosadas mejillas. Por un instante volvió a ser la Haru de siempre.

—Siempre se armaba mucho jaleo cuando venían hombres al palacio. Las mujeres los espiábamos a través de las celosías. Mi Señora (tu madre) nunca participaba en esas tonterías, por descontado. Al fin y al cabo, ella era la concubina de Su Majestad, tenía que proteger su dignidad. Por aquel tiempo, Su Majestad... ¿Cómo puedo decirlo? Necesitaba un heredero. Él era el shogun, no había que olvidarlo. En fin, que dejó de llamar a tu madre. Mi Señora intentó soportarlo. Siempre había estado llena de vida, pero entonces empezó a ponerse pálida y triste.

»Ese verano, las damas estaban muy excitadas espiando a aquellos hombres que se paseaban por el palacio con herramientas colgadas de los cinturones. La mayoría eran unos tipos muy feos; no se parecían en nada a los samuráis. Iban por el palacio con mucho sigilo, muertos de miedo. Al fin y al cabo, bastaba con que ofendieran a alguien para que les cortaran la cabeza. En circunstancias normales, no les habríamos prestado la más mínima atención a esas criaturas. Pero ¿qué otra ocasión teníamos de ver a un hombre?

»Mi Señora estaba en su habitación, con sus damas de honor, cuando se abrió la puerta y unos contratistas entraron para examinar el techo. Había unas tablillas de bambú que se habían estropeado y se estaban cayendo. Nosotras no deberíamos haber estado en la habitación, pero nadie nos había avisado que iban a venir los contratistas. Mi Señora se levantó enseguida, y salimos todas de allí. Pero me fijé en que mi Señora miraba a uno de los carpinteros, y que él la miraba a ella. Fue sólo un instante, nada indecoroso.

Haru cerró los ojos. Estaba muy lejos, transportada a aquel momento. La habitación estaba en silencio. Sachi estaba como hechizada, tratando de no perderse ni una palabra. Taki le apretaba con fuerza una mano.

—¡Qué apuesto era! —dijo Haru con un hilo de voz—. No se parecía en nada a los otros carpinteros. Parecía uno de esos actores de kabuki que todas admirábamos tanto. No nos dejaban ir al teatro, pero algunas damas habían conseguido escabullirse. Había un actor muy famoso al que todas adorábamos, Sojiro Sawamura. Ese hombre era igual que él. Era Daisuké-sama, tu padre.

»Después, las mujeres estuvimos hablando de él. Pero mi Señora no participó en la conversación. Ella no dijo ni una palabra; era demasiado distinguida. Pero a medida que transcurrían los días, empezó a ponerse pálida. No comía nada. Se quedó muy delgada y tenía ojeras, como si hubiera tomado opio o absenta. Yo temía que estuviera consumiéndose. Decían que era una enfermedad de los ricos. Pero entonces empecé a preguntarme si alguien le habría puesto polvos de lagarto asado en la comida. Eso era lo que parecía: tenía la mirada extraviada, como si su alma hubiera abandonado su cuerpo.

»Hasta que un día tu madre me dijo: "Haru, creo que me han hechizado. Es como un hambre espiritual." Un hambre espiritual, eso fue lo que dijo. "No pienso en nada más, día y noche. Nunca me había sentido así. Me he convertido en un fantasma hambriento. Moriré si no... Tengo que volver a ver a ese hombre."

»Todas anhelamos la compañía de los hombres, pero ¿qué podemos hacer sino aguantarnos? Soportar la soledad, la tristeza, vivir sin que nuestros cuerpos cobren jamás vida. Pero a ella nunca le había importado lo que pensaran los demás. Ella siempre conseguía todo lo que quería. Le pedí a un sacerdote que conocíamos que nos ayudara. Averiguamos cómo se llamaba aquel hombre, y el sacerdote le envió un mensaje. Yo sabía que Daisuké-sama acudiría a la cita. Lo sabía por esa única mirada que les había visto cruzar.

»Nos inventamos una historia. Mi Señora dijo que iba al templo Zojoji a rezar ante las tumbas de los antepasados de Su Majestad. ¿Qué otra razón podía haber para que saliera del palacio? Subimos a los palanquines y salimos con un grupo de damas de honor y de sirvientas. Les habíamos revelado nuestra verdadera intención a un par de damas. Al llegar a Zojoji, ellas se quedaron en los palanquines, y nosotras nos escabullimos. El sacerdote que nos había ayudado había tenido aventuras con algunas damas del palacio. Tenía una habitación secreta en su templo donde se encontraba con ellas. Tu padre nos estaba esperando allí.

Sachi se tapó la boca con las manos. Así que de ahí venía ella, eso era. Un hambre espiritual... Conocía ese sentimiento. Esa misma fiebre corría por sus venas. Pero al menos... Al menos ella no había llegado tan lejos como su madre. Ella no había abandonado el deber ni el honor.

—Después no dijo ni una palabra. Pero aquel encuentro no sació su hambre. De hecho, el hambre se hizo más y más feroz; pensé que la consumiría. Visitaba una y otra vez las tumbas de los antepasados del shogun. Su Majestad debía de pensar que mi Señora se había vuelto muy piadosa de repente, sólo que ya no pensaba en ella. Eso era lo peor. Yo le repetía que debía parar. Pero ella no podía parar. No podía dejar de ver a Daisuké.

»Yo me sentaba allí y les servía sake mientras hablaban. Al cabo de poco tiempo, dejó de importar que él fuera atractivo ni que ella fuera hermosa. Tenían que estar

juntos, sólo eso.

»Mi Señora volvió a engordar. Estaba lozana, exuberante. Le brillaban los ojos, tenía color en las mejillas, reía y hablaba. Cuando estábamos a solas, no paraba de hablarme de él. Yo temía que las mujeres del palacio notaran cómo había cambiado mi Señora. Pronto empecé a oír murmuraciones y chismes. Las otras concubinas estaban celosas porque ella había sido la favorita del shogun. Tenía muchas enemigas.

»Y entonces supimos que estaba embarazada. Pero Su Majestad llevaba meses sin llamarla. Era evidente que iba a tener que deshacerse del niño, pero... no podía. Estábamos en invierno. Mi Señora se ponía capas y capas de kimonos para ocultar la hinchazón de su vientre. Se quedaba en su habitación, salvo cuando iba al templo a ver a tu padre.

»Tuvo el bebé en el templo. Yo la ayudé. Yo ayudé a traerte al mundo. Todavía te recuerdo. Eras una cosita diminuta y arrugada.

Haru miró a Sachi y compuso una sonrisa maternal. Le acarició suavemente una mejilla, como para tranquilizarla y recordarle que no había desaparecido.

—Al principio tus padres se pusieron muy contentos. Te cogían en brazos, te miraban embelesados; no podían dejar de mirarte ni de mirarse el uno al otro. Pero entonces a mi Señora empezó a entrarle pánico. "Hemos de volver al castillo", decía. "Van a venir a buscarnos y van a matar a mi hija." "Tienes que descansar", le decía yo, pero ella tenía mucho miedo.

»Mi Señora empezó a llorar. No soportaba la idea de abandonarte, aunque sólo fuera por unas horas. Sabía que había ido demasiado lejos, que había cometido un delito imperdonable. Llevaba ese michiyuki que ahora tienes tú. Te envolvió con él y escondió el peine entre sus pliegues. "Toma, pequeña", dijo. "Con esto, algún día podrás encontrarme." Y ha funcionado, ¿no? Parece mentira, pero ha funcionado.

Haru se tapó la cara con las mangas. Se abrazó, se meció hacia delante y hacia atrás, y luego inspiró hondo.

—Entonces... te puso en los brazos de tu padre. Entre los dos la llevamos al palanquín, porque ella no podía caminar. Y... volvimos al castillo.

Una rata enorme correteó en un rincón. Las sombras de la habitación cada vez eran más alargadas, y las velas proyectaban una luz amarilla e intensa. Estaba anocheciendo.

—Cuando llegamos aquí había noticias. El hermano de mi Señora estaba enfermo. Muy enfermo.

Sachi se sobresaltó. El hermano de su madre, Mizuno; quizá el mismo Mizuno que ella había visto cruzar el río. Taki la miró frunciendo el entrecejo, advirtiéndole que no debía decir nada.

—Tenía que partir de inmediato hacia la residencia de su familia en Edo —

continuó Haru—. Yo quería acompañarla, pero me pidió que me quedara aquí. "Si no he vuelto mañana", dijo, "dile a Daisuké que no me espere. Lo único que importa es mi hija. Debemos protegerla". Me hizo jurar que guardaría el secreto. "No le cuentes esto a nadie, nunca, salvo a mi hija", dijo. No regresó al día siguiente, ni al próximo. Me escapé del palacio y fui al templo. Daisuké ya se había marchado y te había llevado con él. El sacerdote no sabía adónde había ido.

»Ésa fue la última vez que salí del palacio. Ni siquiera podía llorar, ni contarle a nadie lo que había pasado. Mi vida ya no tenía sentido. Me quedé aquí, haciendo mi trabajo. Me concentré en enseñar a las niñas.

»Y entonces... llegaste tú. No eras más que una cría, pero tenías algo que me recordó a ese bebé. Si esa niña hubiera vivido, pensé, habría tenido la misma edad que tú. Y entonces vi ese peine tuyo. Un peine muy bonito para tratarse de una campesina. Era idéntico al que utilizaba yo para peinar a mi Señora; pasaba horas y horas peinándola. Me dije que algún mercader debía de haberlo dejado en tu aldea, pero aun así me extrañaba. Y ahora... ahora es como si ella hubiera vuelto. Mi querida Señora ha vuelto, está dentro de ti.

Sachi estaba cautivada por la historia de Haru, por su historia. Pero el peine... el peine... Se lo había dado a Shinzaemon, con el que tenía una relación casi tan obsesiva, tan apasionada y peligrosa como la que su madre había tenido con su padre.

De pronto se fijó en la parpadeante luz de las velas y en la oscuridad de fuera. Se sacudió y se puso en pie. Se sentía extrañamente incorpórea, como si no controlara sus extremidades.

—Llevas a tu madre dentro de ti —dijo Haru, y una sonrisa iluminó su rostro.

Por un instante, Sachi no la entendió, pero tenía asuntos más urgentes que atender.

—Vete —dijo Haru—. Vete ya, mi Señora. Vete con él.

## IV

Sachi atravesó los jardines del palacio tan aprisa como pudo. Se había echado una

capa de chonin por encima del traje de cortesana y se había atado un pañuelo en la cabeza. Las faldas se le adherían a las piernas, y la obligaban a caminar dando pasitos. Estaba acalorada y jadeante, empapada de sudor. Oía su respiración en medio del silencio. Se recordó que las cortesanas tenían que deslizarse lentamente, y no correr como campesinas. Ni siquiera se fijó en el barro que se le adhería a las sandalias y le salpicaba la orilla de las faldas. Lo único que sabía era que tenía que llegar a la Puerta Tsubone antes del anochecer.

Los jardines estaban abandonados y cubiertos de maleza, y caían flores de cerezo como copos de nieve. La nieve se adhería a su ropa y se acumulaba en el suelo, obstruyendo el sendero. Sachi pensó en todos esos jóvenes guerreros condenados a morir en la flor de la vida. Pasó tan rápido como pudo, a ciegas, al lado de los edificios del palacio, los riachuelos, los puentes, los pabellones y las calcinadas ruinas del palacio de las mujeres. Oía los pasos de Taki, que iba detrás de ella. El anciano con que habían hablado el día anterior, a su llegada, había aparecido de la nada. Cuando salió la patrulla a cerrarles el paso, él le ordenó que se apartara y les despejó el camino.

Los soldados invadían los jardines. Las mujeres se habían marchado, pero había mucha presencia masculina, regimientos enteros provistos de rifles que hacían todo lo posible para defender el castillo.

La Puerta Tsubone —la Puerta de las Damas del Shogun, la entrada del palacio de las mujeres— estaba fuertemente protegida. Escoltadas por el anciano, las dos mujeres se colaron entre las patrullas y pasaron deprisa por la portezuela que había al lado del portal exterior. Taki se quedó un momento oculta en las sombras mientras Sachi salía al puente. Sabía que le quedaba muy poco tiempo, porque al anochecer cerrarían esa puerta. No quería ni pensar en lo que podía pasarle si quedaba atrapada fuera del castillo de noche y caía en manos de los soldados sureños.

De pie en el puente, sola, al otro lado de las altísimas murallas del castillo, Sachi se sintió de pronto muy pequeña. Había una gran plaza, y, más allá, diminuto en la distancia, un gran muro que rodeaba el palacio de uno de los daimios. Unas amplias avenidas salían desde allí en todas direcciones. Las aguas del foso reflejaban los últimos rayos del sol poniente. Los murciélagos revoloteaban contra la vasta bóveda celeste.

Sachi empezó a percatarse de su imprudencia. Las calles estaban completamente desiertas, y si aparecía algún ladrón, algún bandido o algún sureño, tendría que volver corriendo hasta el portal. No muy lejos de allí se oían gritos, correr de pasos y disparos. Sachi se estremeció de miedo. Asió el puño de su daga, sin atreverse casi a respirar.

La luna ascendía detrás de los árboles como un inmenso y redondo farol; la imagen del conejo machacando arroz para preparar pastelillos mochi se distinguía

claramente en su superficie.

Claro que Shinzaemon no había acudido a la cita. Él era un hombre, un soldado, y no se dejaba llevar por sentimientos estúpidos, y menos aún por algo tan absurdo como la debilidad por una mujer. De cualquier forma, para llegar allí tendría que recorrer esas calles abarrotadas de soldados enemigos. «Debería irme ya —se dijo Sachi con severidad—, y no quedarme aquí como una vulgar meretriz.»

Pero por mucho que se reprendiera a sí misma, no podía evitar sentir un inmenso vacío en su interior. Ahora sabía en qué consistía esa hambre espiritual que había llevado a su madre a la desgracia. Aun así, no le importaba lo imprudente, descabellado o indecoroso que fuera su propósito: esperaría un poco más. Todavía no había oscurecido por completo.

Algo se movió entre los árboles al otro lado del camino. Era un hombre. Bajo la luz de la luna, Sachi vio la cara que tantas veces había imaginado desde que se separaran: la ancha nariz, los carnosos labios, el reluciente cabello, recogido en una cola de caballo. La figura caminó con esa elegancia felina que tan bien conocía, con las dos espadas firmemente sujetas en el cinturón. Sachi permaneció quieta como una estatua, escuchando los fuertes latidos de su corazón, aferrada a la barandilla de madera, lisa, del puente, y sus ojos se encontraron con los de él. La joven intentó no desviar la mirada para no romper el hechizo. Pero no pudo.

Los ojos de él brillaban con intensidad y despreocupación, como si ya nada importara, como si estuviera viendo a la muerte, que le tendía los gélidos brazos. Sachi pensó que se pararía, que hablaría, que diría algo; pero él fue derecho hasta ella.

—Tú —dijo en voz baja.

El sonido de su voz, áspero y tierno, le produjo a Sachi un escalofrío. La abrazó. Ella sintió la firmeza de su cuerpo apretado contra el suyo, aplastándola. Notó su calor, aspiró el olor salado de su sudor.

Shinzaemon hundió la cara en el cabello de Sachi. Entonces le acarició la oreja y la nuca con los labios, con avaricia, como si fuera a comérsela. El tacto de su boca en la piel hizo que se estremeciese. Casi desmayándose, dejó caer su cuerpo contra el de Shinzaemon. No sentía sino un ardiente deseo de fundirse con él.

En algún rincón de su mente sabía que las mujeres decentes no se comportaban así. Quizá las mujeres de las casas de placer sí, pero desde luego no las samuráis, ni las cortesanas. Pero su madre... Sachi tenía que dominarse. No podía repetir el mismo patrón.

—¡Basta! —dijo entre jadeos—. Me voy a... deshonrar.

Shinzaemon inspiró hondo y dio un paso hacia atrás sin apartar la mirada de los ojos de Sachi.

—No tenemos mucho tiempo. He tenido que esquivar a un grupo de soldados

sureños que se dirigían al castillo. Tienes que entrar enseguida. Aquí fuera corres peligro.

Shinzaemon compuso esa sonrisa suya de complicidad. Sachi era consciente de que debía de parecer muy diferente con su túnica de monja, aunque era casi de noche y se había echado una capa por encima. Iba vestida igual que la primera vez que Shinzaemon la vio.

—Creía que no vendrías —susurró la joven.

—No he podido contenerme. No he pensado más que en ti. ¿Cómo voy a ser un buen soldado si tú me conviertes en una mujer?

—Te he echado de menos.

Se quedaron callados un momento, mirándose a los ojos.

—Somos iguales —dijo él—. Tú y yo somos iguales. Todo esto... —Hizo un ademán señalando las murallas, del castillo y las enormes fortificaciones de paredes blancas que se alzaban al otro lado del foso—. Nosotros estamos al margen. Yo voy solo. Tú también. Todavía no sé quién eres, pero eso sí lo sé.

Sachi estuvo tentada de contárselo todo: que era la Retirada Shoko-in, la concubina del difunto shogun, y que había tomado las órdenes sagradas. Que era hija de otra concubina, Okoto. Pero Shinzaemon iba a morir pronto, y ellos no volverían a verse.

—Están todos ávidos de sangre, ávidos de guerra —continuó Shinzaemon—. Sólo yo tengo otra cosa en el pensamiento. Pero... —En la penumbra, Sachi vio cómo le destellaban los ojos—. Así pelearé mejor. Pelearé por ti.

Shinzaemon volvió a abrazarla, y se esfumó todo lo demás. Sólo existían ellos dos, de pie en el puente; la luna brillaba en el cielo y se reflejaba en las aguas del foso. En todo el universo sólo estaban Shinzaemon y ella.

Se acercaban unos pasos. Sachi distinguió unas siluetas que se aproximaban por el camino. Comprendió que la portezuela se cerraría de un momento a otro.

Shinzaemon se sacó algo del cinturón.

—Toma esto —dijo separándose de ella a regañadientes—. Es para ti. Un recuerdo. Es el cierre de mi petaca.

Sachi notó el roce de las ásperas manos de Shinzaemon cuando éste le cerró los dedos alrededor de la pieza de madera. Era pequeña y pesada, como un guijarro, y todavía conservaba el calor de su cuerpo. Se le humedecieron los ojos.

—Tengo que volver —dijo el joven.

—¿Al templo Kanei-ji?

Él asintió.

—En el monte Ueno. El shogun retirado, Yoshinobu, está allí. Somos millares. Tenemos hombres en las montañas tratando de rechazar a los sureños. Estoy impaciente por empezar a cortar carne sureña con mi espada. Devolveremos a Su

Majestad al lugar que le corresponde, en el castillo. ¡Será una gran victoria!

La miró a los ojos.

—Será un honor morir en la batalla por mi señor. Pero si sobrevivo, vendré a buscarte.

Sachi asintió. Le temblaban los labios.

—Estaré esperándote, en este mundo o en el otro —declaró.

La joven se dio la vuelta, a su pesar, y corrió por el puente hasta llegar al portal del castillo. Empujó la portezuela, que se abrió con un chirrido. Giró la cabeza y vio a Shinzaemon —una mera silueta— de pie en el puente, montando guardia. Sachi inclinó la cabeza. Él levantó una mano y se alejó.

Una vez dentro del castillo, Sachi abrió la mano. Taki sostuvo un farol en alto. Shinzaemon le había dado un netsuke, una muletilla de madera, en forma de mono. Su año de nacimiento. Sachi se lo acercó a la nariz. Olía a él, a su cuerpo.

Las lágrimas anegaron sus ojos, se desbordaron y se deslizaron por sus mejillas. Si Shinzaemon le hubiera pedido que huyera con él... ¿Qué habría hecho Sachi? Se dijo que no debía ser tan insensata. Se habían despedido. Habían podido verse una última vez. Ya no había nada que esperar sino la muerte: la de él y la de ella.

## V

Sachi molió un poco más de tinta, mojó el pincel y escribió unos caracteres con trazos elegantes, dejando que el pincel subiera y bajara como un frailecillo. Debería haber estado escribiendo su poema elegiaco, pero los apasionados versos de la poetisa Ono no Komachi, del período Heian, sonaban con insistencia en su pensamiento:

*Yumeji ni wa / Aunque mis pies*

*Ashi mo yasumezu / nunca cesen de correr hacia ti*

*Kayoedo mo / por el camino de los sueños,*

*Utsutsu ni hitote / esas noches de amor no son comparables*

*Mishi goto wa arazu / con un fugaz instante de ti en tu realidad.*



—«Con un fugaz instante de ti en tu realidad»...

Un momento de intimidad. Mientras lo escribía, Sachi creía estar en el puente. Notaba los brazos de Shinzaemon alrededor de su cuerpo, sus músculos apretados contra los de ella; sus labios, ásperos, acariciándole el cuello. El hecho de que quizá no volvieran a verse nunca hacía que todo resultara mucho más doloroso.

Miró a Taki. Habían vivido muchas aventuras juntas. Parecía endeble, y sin embargo era fuerte, indomable, fiable. Era como una hermana para Sachi, lo mismo que Haru había sido para su madre.

Taki la miraba con el entrecejo fruncido.

—Tú no eres ella —dijo con severidad—. No eres tu madre. Eso pasó hace mucho tiempo. Ella era la hija mimada de un samurái. Tú eres diferente. Te criaste en el campo; tus padres eran personas sensatas. No dejes que la historia que te ha contado Haru te confunda.

Entonces sonrió y bajó la mirada.

—Pero ¿quién soy yo para decir eso? —añadió, y se ruborizó—. Mírame. Soy tan insensata como tú. —En voz baja, titubeante, añadió—: ¿Te dio Shin... algún mensaje para mí?

Sachi dio un respingo y respondió:

—Toranosuké te manda saludos y dice que piensa en ti —dijo.

Era mentira, pero necesitaba decirlo. Era lo que necesitaba oír.

Taki asintió, satisfecha. Entonces abrió mucho los ojos, ladeó la cabeza como un pajarillo y contuvo la respiración.

—Escucha —dijo.

A lo lejos se oían pasos. Había gente caminando por las vacías habitaciones; no eran pasitos de mujer, ni zancadas deferentes de cortesano, sino pasos fuertes y decididos, y muchos. También había voces, graves y sonoras. Voces masculinas. Y risas, risas de hombre.

¿Hombres? ¿En el palacio de las mujeres? Eso era... imposible.

Se abrió la puerta. Haru estaba fuera, en el pasillo. La angustia se reflejaba en sus ojos y le temblaban los labios.

—Su Alteza requiere tu presencia de inmediato.

Las mujeres salían de las profundidades del palacio; las más jóvenes parecían flores enormes con sus kimonos de llamativos colores y de amplios faldones; las mayores, hojas de otoño con sus trajes de colores más apagados. Honju-in apareció renqueando, más menuda y apergaminada que nunca. Sólo quedaban dos de sus trescientas damas de honor, todas ancianas. El Cuervo Viejo, la madre de la princesa, también iba arrastrando los pies, acompañada de una sola sirvienta. Sin su pompa y sus lujosos atuendos, parecían sólo ancianas cansadas, de rostro cetrino y surcado de arrugas. Pero en su mirada se adivinaba un fiero gozo, como si ya saborearan una

muerte heroica. Sachi creía que habían quedado menos mujeres en el palacio.

Se dirigieron en grupo hacia la gran sala; las pesadas colas de sus túnicas rozaban los tatamis produciendo un sonido parecido al de las olas rompiendo en una orilla lejana.

La princesa y la Retirada estaban de pie en una tarima, al fondo de la habitación. En la pared, detrás de ellas, un retorcido y nudoso cerezo extendía sus ramas, cubiertas de nubes de capullos rosados. Estaba tan bien pintado que, de no ser por el fondo de reluciente pan de oro, podría haberse confundido por un árbol de verdad. El cerezo era un símbolo de vida, pero en las caras de las mujeres sólo había muerte. Estaban quietas como estatuas, y transmitían una serenidad inquietante.

El silencio se apoderó de la habitación. La Retirada se irguió. Tenía el rostro consumido, y sin embargo sus ojos ardían como brasas. Una vena latía en su cuello.

—Señoras, esto es el final del palacio de las mujeres, de nuestro mundo, de nuestro estilo de vida. Nuestro final. Este magnífico castillo, esta vida de belleza que hemos llevado, estas tradiciones que hemos conservado durante siglos, desde los días del primer shogun, el shogun Ieyasu, han llegado a su fin.

»El castillo de Edo... tiene que rendirse. Nos han dado siete días para evacuarlo. Han llegado los enviados imperiales. Han leído los términos de la rendición en la Gran Sala de Audiencias de la ciudadela principal. Llegarán de un momento a otro para pedir nuestra conformidad.

Se oyeron grititos ahogados y sollozos.

—¿Rendirse? —Era la ronca voz de Honju-in—. ¿Quién ha hablado de rendirse? ¡Tú, nuera! —chilló agitando un dedo y apuntando con él a la Retirada—. Tú deberías de ser la última en aceptar semejante ignominia. ¿Entregarnos al enemigo? ¡Jamás! Nos han traicionado. Pero todavía tenemos tiempo. ¡Hemos de matarnos ahora mismo, Señoras!

La Retirada palideció aún más.

—Por orden de Su Majestad el shogun retirado, Yoshinobu —dijo con voz temblorosa—, se nos ha negado el privilegio del suicidio. No tenemos más remedio que obedecer. Debemos abandonar el castillo sin oponer resistencia.

—¡Como perros, con la cola entre las piernas! —dijo Honju-in con desdén. A su edad, podía decir lo que se le antojara—. Ese farsante ya vuelve a hacer trampas. No me extraña.

Sachi apenas podía respirar. El corazón le latía muy deprisa, tenía un nudo en la garganta y respiraba dando pequeñas boqueadas.

Para Honju-in, la rendición era la máxima desgracia, y morir con honor, lo que anhelaba todo samurái. Pero ésta era vieja. Sachi se daba cuenta de que las cosas habían cambiado. El shogun ya no estaba al mando de sus tropas. Se había rendido y estaba escondido, así que ¿qué sentido tenía que el castillo resistiera? ¿Qué sentido

tenía pelear y morir por un shogun que no estaba dispuesto a morir?

Miró a la princesa, a la Retirada y a las otras mujeres. La princesa estaba blanca como la cera, tan pálida que Sachi pensó que se desmayaría. Les habían arrancado de las manos el glorioso destino que ellas habían previsto. Había desafío en todas las caras, y sin embargo esas mujeres eran la familia del shogun, estaban ligadas a él para siempre y harían cualquier cosa que él les ordenara. En el pasado habían compartido con él su riqueza, su poder y su gloria. Ahora compartirían su desgracia. Preferían morir.

Sachi entendía todo eso. Pero en lo más profundo de su ser sentía otra cosa, algo tan vergonzoso que apenas se atrevía a admitirlo. Era una especie de alivio. Porque no iba a morir.

El ruido de pasos era cada vez más fuerte; de pronto dejó de oírse, y se abrió la puerta.

Las mujeres bajaron la cabeza, todas a la vez, como si temieran que si veían al enemigo, aunque sólo fuera un instante, se convertirían en piedra. Ningún hombre, aparte del shogun, les había visto la cara. Era impensable permitir que esos odiosos intrusos las violaran con sus ojos. No tenían que emitir ni un solo sonido: ni un sollozo, ni un gemido. Al menos conservarían su orgullo. Pero aunque miraban al suelo, tenían el vello de la nuca erizado. Todas estaban decididas a que el arco de su espalda no transmitiera respeto, sino desafío.

Sachi miraba con fijeza al suelo mientras los hombres entraban, arrogantes, hablando con un tono de voz muy alto, inapropiado en una habitación tan silenciosa. Una complicada mezcla de olores entró con ellos. Sachi distinguió un delicado perfume que recordaba el de la corte imperial; eso significaba que entre aquel grupo había enviados imperiales. Pero lo enmascaraban otros olores más primitivos: el hedor a sudor mezclado con humo de tabaco, a cuero, a caballos, a ropa sucia. Era el olor de los samuráis de rango inferior. Sachi arrugó la nariz cuando el penetrante olor del aceite de clavo entró por sus orificios nasales. Era el aceite que se utilizaba para pulir las espadas. ¿Cómo podía ser? Eso debía de significar... ¡Ni unos rufianes como aquéllos podían ser tan ignorantes para entrar armados en el palacio de las mujeres!

Sachi se había mezclado con hombres en sus viajes, pero aquellas mujeres llevaban veinte o treinta años, o incluso más, sin ver a un hombre; y en todo ese tiempo, a los únicos que habían visto eran el shogun, que iba siempre exquisitamente perfumado, y los jóvenes príncipes. Para ellas, el contraste entre esos días de cultura y belleza y la desalentadora realidad del presente debía de resultar casi insoportable.

Una áspera voz gruñó, con un acento del sur tan extravagante que resultaba casi imposible entenderla:

—Bueno, aquí estamos... Señoras.

Las mujeres estaban paralizadas. Se oyeron unos pocos grititos estrangulados,

unas pocas risitas ahogadas. Aquel hombre ni siquiera conocía el lenguaje que había que emplear para dirigirse a las damas de su categoría. Y pensar que éstos iban a ser sus nuevos amos... Fueran o no los vencedores, que unos hombres tan vulgares pusieran un pie dentro del palacio y miraran a las mujeres más poderosas del país, lo bastante hermosas para haber sido elegidas para vivir en el palacio del shogun... Si Sachi no hubiera estado allí, jamás lo habría creído. Antes de esa guerra, los hombres como aquéllos jamás habrían podido soñar con encontrarse en semejante sitio. El que acababa de hablar parecía, incluso, un poco atemorizado, como debía ser.

—A partir de ahora, el castillo de Edo pertenece al emperador... —Era uno de los enviados, y hablaba en el idioma formal de la corte—. El castillo ha de ser entregado a las tropas imperiales. Tomaremos posesión, de él dentro de siete días. Las damas tendrán que marcharse.

—Cuando lleguemos, esperamos encontrarlo vacío —añadió otro—. Las damas recibirán alojamiento adecuado fuera del castillo. Permanecerán recluidas, bajo nuestras órdenes.

—Antes tendrán que matarnos. —La voz de la Retirada era clara y aguda como una astilla de hielo—. Éste es nuestro hogar. Si queréis que nos marchemos tendréis que sacarnos por la fuerza. Nosotras mismas nos quitaremos la vida.

—Disculpadme, Señora. —Era la voz de la princesa. Eligió sus palabras con cuidado, y habló con calma y con dignidad—. Me encargaré personalmente de que se cumplan vuestras órdenes. Me someto a la voluntad de Su Excelencia, mi sobrino, el Hijo del Cielo.

Una garza real graznó en los jardines. El aroma de la primavera se filtraba a través de las gruesas hojas de pan de oro de las paredes, impregnando los más oscuros rincones de la gran sala con el olor a tierra, a hojas húmedas, árboles y plantas en flor. Había sido un día fragante de primavera como aquél cuando Sachi había visto por primera vez a Su Majestad, el difunto shogun, en los jardines. Notó un espasmo en la garganta al recordarlo, y tragó saliva.

Unas ásperas voces masculinas sonaron al otro lado de la habitación.

—Justo a tiempo para ver florecer los cerezos.

—Una suerte, ¿verdad?

Las mujeres estaban arrodilladas, mirando, desafiantes, el tatami. Aquello era un cruel recordatorio de que todo estaba a punto de cambiar. Cuando los capullos de cerezo hubieran florecido, todas se habrían marchado.

Sachi distinguió un débil sollozo entre el murmullo de voces. Se dio la vuelta. Era Haru. ¡Y era una samurái!

Aquellos hombres abarrotaban la gran sala; había más al otro lado de las puertas, que seguían abiertas. Dos enviados ataviados con el traje de ceremonia de la corte se situaron frente a la princesa y la Retirada. Había cuatro o cinco hombres más que

parecían oficiales, quizá generales. Llevaban unos haori espectaculares, de color rojo y dorado, con hombreras almidonadas; pero en lugar del traje formal, debajo llevaban el uniforme negro de los sureños. Eran unos tipos de aspecto feroz, de tez morena y ojos negros; algunos tenían barba y bigote, y el pelo largo y enmarañado como un oso. Otros llevaban el cabello untado de aceite y recogido en una cola de caballo, sujeto con una cinta roja y dorada.

El resto eran soldados ordinarios: corpulentos veteranos de guerra, de piel curtida y mirada implacable, verdaderos profesionales. Algunos sujetaban estandartes rojos con una cruz blanca dentro de un círculo: el emblema de los Satsuma, el más intransigente de los clanes del sur. Tal como a Sachi le había parecido, todos llevaban sus espadas al cinto.

Algunos bostezaban, aburridos. Otros se regodeaban, reprimiendo una sonrisa, como si no pudieran creer la suerte que habían tenido. También parecían un poco abochornados, como niños sorprendidos peleando, robando o huyendo. Se encontraban dentro del palacio prohibido, en el sanctasanctórum, el lugar más secreto, paseando por donde ningún otro hombre había paseado nunca, viendo a unas mujeres que a ningún hombre se le había permitido mirar jamás. ¡Y ni siquiera se habían quitado las espadas! Era indignante.

Haru estaba arrodillada, muy tiesa y con los puños apretados. Tenía los ojos muy abiertos, y las mejillas tan pálidas como la paja de los tatamis. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas. Miraba a alguien con fijeza.

Al fondo de la sala había un hombre de mediana edad; estaba de pie, un poco apartado de los demás. Parecía un oficial. Llevaba el traje formal: unos pantalones hakama negros, de tela rígida, y un haori. Llevaba dos espadas, pero no parecía un samurái. No tenía la cabeza afeitada, ni llevaba moño. Llevaba el grueso cabello, canoso en las sienes, muy corto, al estilo de los extranjeros. Miraba alrededor sin disimular su curiosidad, estudiando las hileras de cabezas agachadas, como si tratara de ver las caras que había debajo de los relucientes peinados adornados con peinecillos y horquillas.

Sachi se fijó en que era un hombre muy apuesto, pese a su edad. Quizá fuera su porte lo que llamaba la atención: emanaba una especie de discreta seguridad. Quizá fuera su rostro, despejado y con unos destacados pómulos, o la intensidad de su mirada, o las arrugas que tenía alrededor de los ojos, o el esbozo de sonrisa que asomaba en sus carnosos y sensuales labios. Para ser un sureño, casi parecía humano.

Sus miradas se encontraron un momento, y el hombre dio un respingo. Sachi vio cómo se le movía la nuez al tragar saliva. El hombre apretó los puños, tan fuerte que se le pusieron los nudillos blancos, y se aferró a la empuñadura de su espada, como si necesitara sujetarse.

Sachi desvió rápidamente la mirada. Era como si hubiera estado intentando abrir

una de esas cajas de secretos que tenían algunas mujeres del palacio. Sólo la propietaria de la caja sabía la secuencia secreta de movimientos, qué pequeño listón de madera había que deslizar primero y cuál a continuación. Algunas de esas cajas, muy bonitas, requerían cien movimientos diferentes para abrirse. Sachi tuvo la impresión de que había averiguado qué pieza tenía que mover, pero no sabía todavía hacia dónde.

Una vez terminadas las formalidades, el hombre se le acercó. Se arrodilló, se sacó el abanico del obi, lo dejó encima del tatami, enfrente de él, e hizo una reverencia.

Sachi sintió un peso en el estómago. De pronto supo exactamente qué iba a decir aquel individuo.

Pronunció las palabras en voz baja, pero con claridad:

—Soy tu padre.

## 10. FLORES QUE CAEN

### I

El silencio parecía haberse apoderado de la gran sala. Se oían voces y risas de hombres a lo lejos. Las mujeres no hacían ningún ruido, sólo algún débil frufrú al mover sus voluminosos faldones:

Sachi miró las manos que reposaban sobre el tatami, enfrente de ella. Eran grandes y musculosas, con uñas grandes y vello negro entre los nudillos. Manos de carpintero, pensó, fascinada. Sin embargo, las manos de un carpintero habrían estado sucias y habrían tenido las uñas rotas y resquebrajadas. Esas manos estaban limpias y perfumadas, y llevaban las uñas muy bien cortadas. Hacía años que no realizaban ningún trabajo.

Así que ése era su padre. Sachi sabía que aquel hombre había preguntado por ella en la aldea cuando había pasado por allí de camino a Edo con el ejército sureño. Pero... ¡un padre! Era un extraño, un chonin, un sureño con un extravagante corte de pelo, un tipo rarísimo.

Se miró las manos, tan pequeñas, delgadas y pálidas. No pensaba mirarlo a él. Pero notaba sus ojos, dirigidos hacia su cara; oía el susurro de su respiración; percibía su penetrante olor a sudor, a tabaco y a especias del sur.

Entonces habló Taki. Parecía saber exactamente lo que sentía Sachi.

—Os equivocáis, Señor —dijo con vehemencia.

—No, no me equivoco —replicó él—. Es mi hija. Mi niña. Lo he sabido enseguida. Eres igual que...

Hablaba con el acento de los chonin de Edo, mezclado con el acento de Osaka, más cerrado. Sachi sabía qué quería decir: igual que su madre.

—He esperado tanto tiempo —continuó él en voz baja—. Muchos años. Creía que no volvería a verte nunca. Y ahora... Encontrarte precisamente aquí, ahora...

Sachi seguía mirándole las manos. Luego se miró las suyas. Había algo en la forma de los dedos. El extremo del dedo corazón de él estaba ligeramente torcido

hacia el dedo, anular. Igual que el de Sachi. La joven desvió la mirada, se concentró y respiró hondo. Tenía que recordar que era una samurái.

—¿Quién se dirige a mí? —preguntó.

No pudo evitar que le temblara la voz. Respiraba dando breves boqueadas.

—Qué grosero soy —murmuró él. Al inclinarse ante ella, Sachi reparó en el corto y canoso pelo—. Permitid que me presente. Me llamo Daisuké, humilde servidor de Su Excelencia el emperador, el Hijo del Cielo. Me han encomendado asegurar el traspaso pacífico del castillo de Edo al mando imperial. A vuestro servicio, Señora. Haré cuanto esté en mi mano para ayudaros, a vos y al resto de las damas.

Sachi no pudo soportarlo más; la curiosidad la venció. Levantó un poco la cabeza y lo miró a través de las pestañas.

Vio que su rostro estaba curtido y surcado de arrugas; tenía los carrillos un poco flojos y bolsas alrededor de los ojos. Sachi veía los poros de su nariz, los gruesos pelos negros de sus cejas. También tenía pelo sobre el labio superior. Daisuké contemplaba la túnica de monja y la casulla de Sachi. La miraba como si no existiera nada más en el mundo, escudriñando su rostro como si quisiera grabar esa imagen en su mente para siempre. No fruncía el entrecejo, como un enemigo, ni se regodeaba con el triunfo, sino que la contemplaba con una mirada emocionada y esperanzada, triste y desesperada al mismo tiempo.

Sus miradas se encontraron un instante. Él tenía unos ojos estrechos, ligeramente hinchados, un poco enrojecidos. Sachi se sobresaltó al comprobar que estaban anegados en lágrimas.

Detrás de él, los pomposos enviados y los generales, con sus relucientes haori rojos y dorados, habían desaparecido. Los soldados de rango inferior daban vueltas formando una masa de uniformes negros y sudados, colas de caballo untadas con pomada y engrasadas culatas de rifle. Intentaban mantener una expresión fría e indiferente, como si fueran soldados profesionales que todos los días irrumpían en castillos conquistados, pero Sachi veía temblar las comisuras de sus bocas y el destello del triunfo en sus ojos.

Las mujeres tenían la cara pegada al suelo, para que los hombres no las vieran, pero Sachi sabía muy bien qué estaban pensando. Para las damas como ellas —las más refinadas del país— ser desalojadas por aquel grupo de campesinos ignorantes era una ignominia insoportable. Algunas volverían con sus familias, pero muchas estaban jurando que se matarían antes de que hubieran transcurrido los siete días.

Se oyó un susurro. Haru avanzó de rodillas. Sus carnosas mejillas estaban más rojas que nunca, y le temblaban los labios.

—Señora —dijo—, conozco a este hombre. Puedo responder por él.

El hombre giró la cabeza.

—Haru —dijo—. ¿De verdad eres tú?



Ella asintió.

Daisuké se volvió hacia Sachi.

—Hija mía —dijo con voz ronca—. Mi Sachi.

La joven lo miró con los ojos muy abiertos. ¡Conocía su nombre, su nombre de la infancia! Ella siempre había creído que ese nombre se lo habían puesto sus padres adoptivos. Daisuké sólo podía conocerlo si... Volvió a mirarlo a los ojos, unos ojos como almendras, suavemente rasgados... No podía negarlo. Había entre ellos una conexión más fuerte incluso que el lazo que unía a los norteños contra los sureños. Un lazo de sangre.

Los últimos soldados estaban saliendo de la gran sala, arrastrando los pies por el exquisito tatami con ribete dorado. Sus voces y sus estridentes risas, los pungentes olores a sudor y a aceite de clavo se perdieron en la distancia.

—Tengo que irme —dijo el hombre sin dejar de mirar a Sachi—. Pero te suplico que me dejes volver. Ya sé que me ves como un enemigo. Dame una oportunidad, una oportunidad para conocerte.

Sachi intentó hablar, pero el temblor se lo impidió.

—Daisuké-sama —dijo Haru—. Vuelve a visitarnos, por favor. Mi Señora también te lo agradecerá, te lo prometo.

Sachi hizo una rígida reverencia. Haru la entendía perfectamente, y sin embargo a la joven le costó trabajo pronunciar las palabras:

—Seréis... bienvenido.

Los ojos de Daisuké se iluminaron.

—Nada me lo impedirá —dijo.

Dio una cabezada y salió precipitadamente de la gran sala.

Las mujeres recorrieron lentamente el laberinto de habitaciones. Durante un rato no se oyó nada salvo el frufú del dobladillo acolchado de sus kimonos arrastrándose por el tatami, y el trino de los pájaros en los jardines. Entonces Haru se volvió hacia Sachi. Se estaba enjugando las lágrimas con la manga.

—¿Qué te dije? —sonreía, compungida—. ¿No es el hombre más apuesto que hayas visto jamás?

—Ten cuidado —dijo Taki con tono cortante—. No te conviene tener trato con personas como él. Es un chonin. No sabe comportarse entre personas de nuestra clase. Persuadió a tu madre, una concubina del shogun, para que descuidara su deber. No olvides eso. No te dejes cautivar por él.

Sachi nunca había oído hablarle con tanto reproche. Ella tampoco estaba segura respecto a ese hombre, pero la actitud de la joven la hizo salir en su defensa.

—¡Taki! —exclamó—. Olvidas que es mi padre.

Taki se mordió el labio inferior. Sachi se sobresaltó al comprender lo que acababa

de decir: había reconocido su relación con él, la había aceptado expresamente.

—No es una buena persona —dijo con obstinación—. Es un traidor. Es un hombre de Edo que está en el bando de los sureños. No sé en qué estarás pensando, Haru-sama. Tú puedes verlo cuando venga al castillo, pero mi Señora no debe volver a hablar con él.

—El destino de mi Señora está entretejido con el de ese hombre —replicó Haru—. Ahora se han encontrado, y eso es sólo el principio.

## II

Tenían siete días para recoger sus cosas y marcharse. Pasados siete días, todo habría terminado.

Sachi estaba arrodillada en una tarima, tocando una melodía con el koto. Las notas resonaban en la vacía estancia. Ni siquiera sabía qué canción estaba tocando. Sus dedos se movían solos por las cuerdas. Estaba muy lejos, fuera del castillo, en lo alto de la colina donde se alojaba la milicia.

Shinzaemon... Ellos dos no eran más que hojas de otoño revoloteando en un tifón, zarandeados por unos acontecimientos que los superaban. Perderlo era como perder un miembro de su cuerpo. Sin él, el mundo era un lugar vacío, un paraje inhóspito. Delante de las demás, la joven ocultaba su dolor, pero tenía que hacer un gran esfuerzo para mostrarse alegre.

Llevaba la muletilla de Shinzaemon escondida en el obi. Cuando estaba sola, la sacaba, se la llevaba a la nariz e inhalaba su olor. El resto del tiempo, la notaba allí, apretada contra su estómago.

Ojalá hubiera alguna forma de enviarle un mensaje, de decirle que habían ocupado el castillo, que ella no iba a morir. Pero ni siquiera podía decirle adónde iban a llevarla, porque no lo sabía.

La voz de Taki interrumpió sus pensamientos.

—Por favor, Señora —dijo—. Toca otra cosa, te lo suplico.

Sachi estaba tocando una de las canciones que cantaban cuando iban a ver

florecer los cerezos. Regresó bruscamente al presente y dejó el koto. El recuerdo de esos momentos felices era insoportable.

El palacio estaba cada vez más desierto. Haru y Taki iban de un lado para otro, presas de pánico, recogiendo cuanto podían. Cogieron un último kimono de su colgador. Era blanco, con un dibujo de aves fénix bordado. Al moverse, la tela desprendía una agradable fragancia, un complejo perfume de ocho o nueve ingredientes diferentes: sándalo, mirra, una pizca de aceite de nardo índico sobre una base de aloe, con una nota de algún ingrediente secreto que sólo conocía la princesa. Ese perfume transportó a Sachi al día en que Su Majestad había hecho su última visita al palacio de las mujeres. Era el traje que llevaba la princesa ese día. Suspirando y enjugándose las lágrimas, las mujeres doblaron aquella hermosa prenda, la envolvieron con papel y la guardaron en el cajón de un baúl.

Se oyeron pasos a lo lejos. Eran los hombres, que se paseaban sin miramientos por todo el palacio. Las mujeres agacharon la cabeza, resignadas. Debían demostrarles su valía a esos intrusos.

Se abrió la puerta y apareció Daisuké. Ese hombre que aseguraba ser... que era... el padre de Sachi. Entró dando zancadas, alto, fornido e imponente, seguido de un grupo de soldados uniformados.

Sachi miró al suelo y se le ocurrió una idea terrible. ¿Y si todo lo que había pasado era culpa suya? Quizá fuera ella, el fruto de la antinatural unión entre una concubina del shogun y un chonin, lo que había llevado la desgracia al palacio. Quizá fuera por su culpa por lo que los bárbaros sureños —unos samuráis de clase inferior y unos chonin tan vulgares que apenas podían considerarse humanos— estaban invadiendo todos los rincones de las magníficas salas como una plaga.

—Tenemos órdenes de registrar las cámaras —dijo Daisuké.

Sachi detectó una nota de disculpa en su voz. ¿Incluso las cámaras de la princesa? No podía ser. Ni siquiera esos groseros sureños podían ignorar las normas del decoro hasta ese punto.

Daisuké dio unas palmadas, y aparecieron unos mercaderes dando tímidas cabezadas. En los viejos tiempos, las sirvientas de las sirvientas habrían salido a las puertas del palacio para atender a semejantes criaturas. Esos hombres jamás habrían podido soñar con poner un pie en el sacrosanto recinto del palacio. Si hubieran pensado siquiera en ello, les habrían cortado la cabeza.

Pero allí estaban, con su atuendo de mercaderes, sosos y torpes, como requerían las normas, pero con un destello de oro en los puños, para recordar que, pese a su gran humildad, eran inmensamente ricos. Entraron temblorosos, de rodillas, rozando el tatami con la nariz, inclinando una y otra vez la cabeza. De vez en cuando se volvían para echarle un vistazo al prohibido interior y a las aún más prohibidas mujeres. Ellas se apartaron y giraron la cabeza, tratando de ocultarles la cara a

aquellos vulgares ojos.

Unas sirvientas iban detrás de los mercaderes con unos rollos de seda.

—Para que vuestros días de reclusión sean más soportables —dijo Daisuké, y les ofreció los regalos a Haru y a Taki.

Una de las sirvientas llevaba una caja de madera de paulownia, exquisitamente tallada, con unas mamparas de papel en unos marcos de madera de palisandro. Dentro había un pajarillo marrón, acurrucado. El pájaro ladeó la cabeza, parpadeó y cantó una lastimera melodía, lenta y dulce, que fue intensificándose hasta convertirse en un apasionado trino. En los jardines, un ruiseñor repitió su canción.

—Es un buen presagio —dijo Daisuké, sonriente—. Los ruiseñores nunca cantan cuando los miran. Pero éste canta para vosotras.

Sachi inclinó la cabeza. La difícil situación de aquel pájaro era un recordatorio de que ella también estaba a punto de perder la libertad. Murmuró un poema:

*Taguinaki Si no fuera por  
Ne nite nakazuba la belleza sin par de su canto,  
Uguisu no el ruiseñor en su jaula  
Ko ni sumu ukime jamás sufriría  
Mizu ya aramashi un destino tan cruel.*

Sachi miró brevemente a su padre. Las bolsas y las arrugas de su rostro le daban un aire bondadoso, pero también había en él algo inquietante. Era su forma de mirarla, pensó Sachi; la ardiente intensidad de su mirada.

Había otros regalos: una urna del mejor té de Uji, cajas de pastelillos de arroz rellenos de mermelada de soja, naranjas de Edo. Sachi había temido la visita de su padre, pues creía que le exigiría algo, que intentaría persuadirla para que hiciera algo. Pero no fue así. Se sentaron y se quedaron callados, fumando de unas pipas de larga boquilla, escuchando la canción del ruiseñor. Poco a poco, Sachi se estaba acostumbrando a la presencia de Daisuké.

Haru, inclinada hacia delante, observaba a Daisuké con ojos relucientes, como si temiera que cuando dejara de mirarlo él desaparecería en las sombras de las que inesperadamente había surgido. De vez en cuando, Taki la miraba con gesto de irritación, pero a Haru no parecía importarle.

—Deben de haber pasado... ¡dieciocho años! —dijo de pronto Haru.

Se tapó la boca con ambas manos y se puso muy colorada, mirando alrededor, como si las palabras hubieran salido de motu propio.

—No eras más que una niña la última vez que te vi —dijo Daisuké con una sonrisa en los labios—. No has cambiado nada.

Haru se ruborizó aún más. Sachi sonrió para sí al imaginársela, con sus rellenas

mejillas y su frente surcada de finas arrugas, años atrás, cuando era una jovencita.

Daisuké contemplaba la lejanía.

—Este palacio... —dijo componiendo una sonrisa irónica—. Ya venía aquí cuando era niño. Trepaba por los tejados, saltaba de uno a otro. Tenía que comprobar el estado de las tejas, de cientos de ellas. Luego estaban las vigas, los pilares, las viguetas, los suelos, los artesonados... Había que revisar muchas cosas. Mi padre estaba muy orgulloso de que nos hubieran contratado a nosotros. Teníamos un letrado fuera de nuestra tienda: «Proveedores del shogun.»

—Nosotras no podíamos veros —dijo Haru, sonriente—. Para nosotras, no existíais. Al menos en teoría.

Un leve y sutil aroma se extendía por la sala, un misterioso y sedoso olor parecido al perfume de una gran dama. Almisclé, aloe, ajeno, incienso... Las llamas de las velas parpadearon, y el polvo formó un espiral en un rincón. ¿Había alguien más allí con ellos? ¿Una hermosa mujer ataviada con un espectacular michiyuki de concubina?

Sachi se quedó quieta, con las manos recogidas sobre el regazo. Había imaginado que Daisuké la acribillaría a preguntas y argumentos, que intentaría conocerla, justificar por qué había tomado el camino que había tomado. Se había jurado a sí misma que no hablaría con él, pero allí sentada, en silencio, empezaron a aflorar preguntas.

—¿Es verdad que me llevaste por las montañas? —susurró con timidez.

A él se le iluminó la cara, como si le sorprendiera y le maravillara que hubiera hablado por fin. Sachi bajó rápidamente la mirada y la fijó en el suelo.

—Eras tan pequeñita, y tan liviana —dijo él con su grave voz—. Tu madre te había envuelto en su michiyuki. Te cogí y te até con un pañuelo a mi espalda. Temía que me interrogaran en el puesto de control. Si hubieran visto el michiyuki, habrían pensado que estaba robando el bebé de algún daimio, porque eras una niña preciosa, con una carita que parecía una perla. Me habrían encarcelado y se te habrían llevado. Al menos lo habrían intentado.

Cerró un momento sus grandes manos. El atisbo de una sonrisa iluminó las comisuras de su boca e hizo brillar sus ojos.

—Y llegaste a mi aldea... —dijo Sachi con un hilo de voz.

El rostro de Daisuké se suavizó.

—No conocía a aquella familia. Sólo sabía que eran parientes míos. Pero me sentí como en mi hogar. Temía que pudieras morir, porque sólo eras una recién nacida, pero ibas muy bien envuelta.

—Está aquí —susurró Haru—. Mi Señora lo ha conservado. El michiyuki de mi Señora, su madre.

Lo había sacado del cajón y lo había extendido a su lado; parecía un pedazo de

cielo, azul y reluciente, y emanaba ese delicado perfume. No había allí ningún fantasma, sólo el michiyuki.

Daisuké arrugó la frente; extendió un brazo y puso una mano —enorme, de carpintero— sobre la delicada tela. La cogió, se la acercó a la mejilla e inhaló su aroma.

—Tú. Tu perfume —murmuró—. Estás aquí con nosotros. No ha pasado un solo día, un solo momento, que no haya pensado en ti, que no haya rezado por ti.

Daisuké miró a Sachi, como si de pronto hubiera recordado que su hija estaba allí, y sonrió. Ella se fijó entonces en que Daisuké tenía una sonrisa muy tranquilizadora. Una sonrisa paternal, pensó, turbada.

—Tu madre era una mujer muy hermosa —dijo él.

—¿Me parezco a ella? —susurró Sachi.

—Os parecéis muchísimo —contestó—. Era muy vital. Y muy valiente. No le importaba nada. Este mundo donde vivía, este palacio lleno de odio, de afectación y de luchas internas era como una prisión para ella. Lo odiaba. Yo quería sacarla de aquí. Si pudiera, te sacaría a ti también. Pero ahora todo ha terminado.

—¿Para quién ha terminado? —preguntó Sachi mirándolo a los ojos—. ¿Para los shogunes? ¿Para los Tokugawa? Os equivocáis. La guerra todavía no ha terminado.

—Es posible. Pero ya no podremos volver nunca a los viejos tiempos en que un hombre podía morir con sólo una palabra de su señor, o matar a otros con impunidad porque era lo que le ordenaba el clan. Ese rígido sistema fue lo que nos separó a tu madre y a mí. Antes de conocernos, yo nunca pensaba en otra cosa que no fuera levantarme por la mañana, hacer mi trabajo y cumplir las órdenes del shogun.

»Ya sabes que éramos de diferentes castas. Lo que hacíamos era un delito. Nuestra única salida era matarnos, morir juntos, como hacían las parejas en las obras de teatro antiguas. Pero yo no soy un samurái. No estoy dispuesto a morir.

Se produjo un silencio. Hasta el ruiseñor había dejado de cantar. Sachi pensó en su madre. Su presencia era casi palpable: su luminosidad, su risa, su misteriosa sonrisa.

—Habláis de ella como si estuviera muerta —balbuceó.

Daisuké miró a Haru. Su cara tenía un aire demacrado a la luz de las velas. La mirada estaba fija en el suelo.

—Decidme, ¿qué hicisteis después de dejar a mi Señora en la aldea?

Todos se volvieron. Era Taki. Era la primera vez que se dirigía a Daisuké.

—Pues... —dijo Daisuké despacio, volviendo al presente. Sus facciones se relajaron—. Fui a Osaka. Me instalé allí. Encontré trabajo. No me costó mucho, porque tenía un oficio. —Miró a Sachi largamente, como si la joven fuera un valioso tesoro—. Quería recuperarte, pero antes tenía que poder mantenerte. Siempre que conseguía reunir algún dinero, se lo enviaba a tus padres. Quería convertirme en un

padre del que pudieras estar orgullosa, y entonces iría a buscarte.

Sachi lo miró. Daisuké tenía lágrimas en los ojos.

—Pasaron los años. Me esforcé para salir adelante. Y entonces llegaron los Barcos Negros.

—Que trajeron a los extranjeros.

Daisuké asintió.

—Que trajeron a los extranjeros, sí.

Sachi recordó que de niña, en la aldea, había oído hablar de esos Barcos Negros que habían anclado, lanzando vapor, frente a la costa de Shimoda, y de los que había desembarcado una delegación de bárbaros de cabello rojo. Era la primera vez que unos bárbaros pisaban suelo japonés, con la excepción de un pequeño grupo de mercaderes holandeses que vivían en una isla frente a la costa de Nagasaki, muy lejos de Edo. Después de eso, nadie había podido ponerles freno. Muchos samuráis se dedicaban a matar a todos los extranjeros que encontraban, aunque muchas veces habían tenido que pagar con su vida. Pero Sachi ya había conocido a unos extranjeros, y había comprobado que en realidad no eran tan terribles.

—Por entonces tenía nuevos amigos —continuó Daisuké—. Buena gente, hombres valerosos. No les importaba a qué casta pertenecía. Samuráis de clase alta, samuráis de clase baja, campesinos, chonin... Había sitio para todos. Pasábamos las noches hablando de política. La mayoría eran del norte, de mucho más allá de Edo. Allí, en el sur, donde el shogun no tiene tanta influencia, hay mucha más libertad.

—Ya sabemos quiénes son esos señores del sur —dijo Sachi con voz débil—. Son los que provocaron los problemas.

—Ellos veían que el país tenía que cambiar, que teníamos a los extranjeros aquí, en nuestro suelo sagrado. Todos opinábamos igual respecto a eso. Leíamos libros, leíamos periódicos. Sabíamos que los extranjeros se habían repartido China e India, y otros países más lejanos. Si tenían ocasión, se apoderarían también de nuestro país, de eso no había duda. Pero el gobierno... este gobierno... —Daisuké hizo un ademán señalando la vacía habitación, las telarañas que brillaban débilmente en los rincones.

Sachi frunció el entrecejo. Por un instante, le pareció verlo todo con los ojos de él: ese mundo de mujeres que vivían entre lujos y privilegios; el inocente y joven shogun, tan débil, tan ignorante, dependiente de sus consejeros... Ahuyentó esa idea de su pensamiento, enojada.

—El gobierno no entendía que estábamos en peligro —prosiguió Daisuké—. O quizá fuera demasiado débil para echarlos. Nosotros comprendimos que había llegado el momento del cambio, el momento de devolverle el poder al emperador. «Restaurar al emperador y expulsar a los bárbaros», ése era nuestro lema. Ésos eran nuestros objetivos.

»De pronto parecía que nosotros (los carpinteros como yo, gente normal y

corriente) podíamos hacer que la situación cambiara. En lugar de limitarnos a ganar dinero, a gastar dinero, a preocuparnos por el dinero, podíamos cambiar el mundo y convertirlo en un lugar mejor. Parecía posible, realmente.

Sachi sacudió la cabeza. Ya sabía que el emperador era un ser sagrado que vivía recluido en Kioto y que estaba en íntima comunión con los dioses para asegurar la prosperidad del país y las buenas cosechas. Pero cuando vivía en la aldea ni siquiera sabía que existía un emperador. Cada daimio —y eran doscientos sesenta— gobernaba su propio dominio; y por encima de todos ellos, manteniendo la paz en todo el territorio del Sol Naciente, estaba el shogun. Siempre había sido así.

Sachi sintió una punzada de dolor al recordar a Tsuguko. Ella les había explicado a Sachi y a Taki cómo los señores sureños —los que estaban más lejos de Edo y del control del shogun— habían hecho circular la teoría de que el emperador, siglos atrás, le había conferido al shogun autoridad para gobernar, y que había que devolverle esa autoridad al emperador. En realidad no pretendían que el emperador gobernara; muy al contrario, estaban decididos a utilizar el nombre del emperador para hacerse ellos con el poder.

Sachi se dijo que Daisuké debía de considerarlas muy crédulas e ingenuas para contarles esas historias. ¿No se daba cuenta de que las mujeres del palacio del shogun sabían tanto de asuntos de Estado como cualquier hombre? Además, debía de ser evidente a quién eran leales.

—¿Devolverle el poder al emperador? —dijo Taki, furiosa—. Querréis decir tomar ellos mismos el poder. Esos amigos vuestros, esos sureños, mataron a Su Excelencia, el anterior emperador. Lo asesinaron. El actual emperador es un niño. También lo mataríais si se negara a hacer lo que queréis. Los sureños son quienes han llevado el país a la guerra.

Lo fulminó con una mirada acusadora.

—Vos estuvisteis en Kioto —le espetó—. ¡Vos peleasteis allí!

Daisuké miró hacia otro lado.

—Hubo una batalla —murmuró—. Y yo participé en ella. Estamos construyendo un nuevo mundo.

Se oyeron pasos a los lejos; eran los soldados, que regresaban. Daisuké se sintió aliviado. Se removió un poco, cambió de postura y adoptó una expresión formal.

—¿Qué va a ser de nosotras? —preguntó Sachi con apremio—. ¿No podéis ayudarnos?

—No tengo ese poder —respondió Daisuké—. Pero te encontraré, estés donde estés, y haré todo lo que pueda por ti. Te protegeré, pase lo que pase. No te he encontrado para volver a perderte.



### III

La puerta del palanquín de Sachi estaba abierta, pero ella todavía no había subido. Estaba intentando grabar la imagen del palacio y los jardines en sus retinas. Tenía la terrible certeza de que una vez que se cerrara la puerta, jamás volvería a verlos.

Bajo el sol primaveral, el palacio parecía más triste y solitario que nunca. Crecía musgo entre las tejas del tejado. Los edificios empezaban a derrumbarse. Entre las piedras de las murallas, cubiertas de musgo, brotaban helechos y cola de caballo. Hacía ya mucho que se habían marchado los jardineros. Las malas hierbas, altas y pálidas, oscilaban al viento. Los juncos oscurecían las plateadas aguas del lago y la hiedra trepaba por los troncos de los árboles y colgaba de las ramas. Olía a tierra húmeda, a hojas y a hierba.

A Sachi le pareció ver un zorro asomando la cabeza por detrás de un arbusto y mirando alrededor. Luego desapareció. Quizá fuera un espíritu de zorro, el fantasma de una de tantas mujeres que habían muerto allí.

Echó un último vistazo y subió al palanquín. La pequeña caja se elevó suavemente, y la joven oyó los gritos de los palanquineros y el crujido de sus sandalias de paja.

Habían transcurrido cinco días desde la llegada de los enviados. El destino de Sachi había sido decretado. Debía trasladarse junto con la princesa, el Cuervo Viejo y sus séquitos a la mansión de la familia Shimizu, y permanecer recluida allí. Ninguna sabía qué iba a ser de ellas.

Sachi no había conseguido enviarle un mensaje a Shinzaemon. Pensaba que habría sido mejor morir, porque así, al menos, habría podido reunirse con él en el otro mundo, como le había prometido.

El interior del palanquín se oscureció cuando pasaron por el portal del castillo. Los pasos de los palanquineros resonaban produciendo un ruido hueco. Sachi oyó gritar a unos guardias. Cuando cruzaron el foso, los pasos produjeron otro sonido diferente. Luego pasaron otra vez por una zona sombreada.

Las puertas hicieron mucho ruido al cerrarse. Sachi oyó unos chirridos, seguidos del golpe seco del enorme cerrojo de madera. Había salido del palacio de las mujeres por última vez.

## IV

Pasó la primavera, y el ruiseñor dejó de cantar. El pajarillo estaba acurrucado en su jaula, una desamparada bola de plumas marrones. Sachi se sentaba a su lado todos los días cuando las sirvientas le daban de comer. Estaba segura de que sus ojos y sus plumas estaban perdiendo brillo. A veces pensaba que le gustaría compartir su destino. Ni siquiera se había molestado en ordenar a las sirvientas que deshicieran su equipaje. Se decía que quería estar preparada para marcharse en cualquier momento, pero la verdad era que estaba tan triste y aletargada que no tenía energías para hacerlo.

Pensaba en la aldea, en Otama y en Jiroemon, los cariñosos y bondadosos padres que la habían criado; y en esos otros padres verdaderos que habían aparecido de improviso: la madre, que quizá fuera ya sólo un fantasma, y el padre, tan real. Si había alguien que podía salvarlas, ése era su padre.

Y en silencio, en secreto, añoraba a Shinzaemon. Al principio le avergonzaba albergar sentimientos tan ardientes. Sabía que las mujeres eran seres sin importancia que estaban obligadas a obedecer a su padre hasta que se casaran, y luego a su esposo, hasta que él muriera; y por último a su hijo. Ése era el orden natural de las cosas. Pero su esposo y amo —Su Majestad el shogun— había muerto, y ella no tenía hijos. En ese caso, en circunstancias normales, una mujer podía regresar con su familia, con sus padres. Pero aquéllas no eran circunstancias normales. Sachi no podía hacer otra cosa que tomar las riendas de su vida y obedecer sus sentimientos, dondequiera que la llevaran. Eso era lo que había hecho su madre. Sin embargo, de momento no importaba lo que Sachi sintiera o pensara. Todo quedaba reducido a ensoñaciones mientras permaneciera enclaustrada en la mansión de los Shimizu.

Los días se sucedían. La princesa se había encerrado en su habitación. Había puesto la tablilla funeraria de Su Majestad y su daguerrotipo —en el que parecía tan infantil y vulnerable— en el altar. Pasaba horas arrodillada, pasando las cuentas de su sarta, murmurando oraciones y meditando en silencio. Al morir el shogun, la princesa había hecho los votos sagrados, y parecía que hubiera decidido llevar a rajatabla una vida de monja.

Llegaron las lluvias, golpeando los tejados como un ejército de caballos. El agua caía en cascada de los aleros y los jardines se inundaron. Hacía un calor insoportable. La fina túnica de verano de Sachi se adhería a su cuerpo como una mortaja. Había moho en todos los rincones, recubriendo los cajones de madera, los arcones y las sandalias de madera que dejaban en el escalón de la galería. Por la noche, las ranas croaban en los estanques y los búhos ululaban en los árboles. Los insectos chocaban contra las pantallas de papel. El abanico de Taki no paraba de agitarse ni un instante

para ahuyentar las moscas que se posaban sobre todas las superficies. Los mosquitos llenaban las sofocantes noches con su incesante zumbido.

Taki había adelgazado y había palidecido aún más. También ella estaba triste y lánguida. Nunca hablaba de Toranosuké, pero Sachi sabía que su incursión en el mundo exterior la había cambiado. Como ella, ya no podía contentarse con una vida de reclusión, por muy mimada que estuviera.

Al final Sachi no pudo soportarlo más. Abrió las pesadas persianas de madera y salió afuera. Iba chapoteando en los charcos, sin importarle mojarse las piernas ni que el barro se le enganchara en las sandalias y se le metiera entre los dedos de los pies. El aire, húmedo y caliente, le llenó los pulmones, y la joven sintió que volvía a la vida. Taki salió detrás de ella, cubriéndole la cabeza con una sombrilla.

Al fondo de los jardines encontraron un muro con unos escalones que ascendían por él. Sachi subió por ellos; Taki la siguió, y ambas llegaron, riendo y jadeando, empapadas de sudor y de lluvia, a un parapeto.

La ciudad se extendía ante ellas, un mar de relucientes tejados que se dilataba hasta donde alcanzaba la vista, salpicado de árboles y zonas verdes. La calima resplandecía sobre las recalentadas y húmedas tejas. El muro descendía hacia las oscuras aguas del foso. Un poco más allá había una puerta que conducía a un puente. Desde el parapeto, veían los tejados y los muros con tejas de las residencias de los daimios y una extensión de hierba salpicada de pinos y cedros. Una casa de té descollaba entre los árboles.

—Goji-in —dijo Taki elevando la voz para hacerse oír por encima del ruido de la lluvia contra su sombrilla—. Los terrenos de caza de Su Majestad, donde venía a entrenar a sus halcones.

Cerca había unas hileras de barracones a los que daban sombra cipreses y cedros. Pero los edificios parecían vacíos; estaban empezando a derrumbarse, y una manada de perros se paseaba entre ellos.

Un río brillaba a lo lejos. Más allá del río, los tejados formaban un revoltijo, pequeños como los rectángulos de un tablero de go, muy apretujados, hasta que desaparecían en el horizonte. Volutas de humo ascendían hacia el cielo y se mezclaban con las nubes. Se veía movimiento, el bullicio de la vida.

—El barrio de los chonin —dijo Sachi—. Al menos allí sigue habiendo vida.

—Supongo que no tienen adónde ir —repuso Taki—. Todos los que podían se han marchado ya de Edo.

Se quedaron allí, contemplando la ciudad, mientras el sol, deslavazado, ascendía por el cielo. Miraban hacia el noreste de la ciudad, la dirección funesta de la «puerta del demonio», de donde provenían los espíritus malignos y donde estaban los terrenos de ejecución. Un par de colinas sobresalían entre el amasijo de tejados. En la ladera de una de ellas se distinguían claramente unos edificios rojos con brillantes tejados

negros.

—¿Eso no es... Kanei-ji? —susurró Sachi.

El templo Kanei-ji, el templo principal de la ciudad, era uno de los más grandes del país, construido para proteger a la población de los espíritus malignos del noreste. Era el templo del clan Tokugawa. En otros tiempos, más apacibles, Sachi había ido allí a rezar ante las tumbas de los antepasados de Su Majestad. Todavía lo recordaba: las grandes salas pintadas de rojo que cubrían toda la cumbre de la colina, de una majestuosidad impresionante. Kanei-ji, en el monte Ueno, donde se había refugiado Yoshinobu, el shogun retirado, y donde estaba alojada la milicia, donde la resistencia había instalado su cuartel general. Shinzaemon estaba allí, en aquella colina. Sachi puso una mano sobre su obi. Notaba la pequeña muletilla en forma de mono que llevaba escondida.

Después de esa jornada, Sachi salía todos los días y contemplaba la ciudad. Imaginaba que cruzaba el puente, que bordeaba los terrenos de caza de Goji-in, que corría por las anchas y vacías avenidas que atravesaban el barrio de los daimios, que cruzaba el río y entraba en el abarrotado laberinto de calles donde vivían los chonin, hasta llegar al monte Ueno. Veía los grandes tejados y las rojas paredes de los edificios que cubrían por completo la colina, bordeando patios llenos de gente y rodeados de bosques. Si se fijaba bien, distinguía algunas figuras merodeando por los jardines. A veces oía disparos de rifle y gritos y aullidos lejanos.

Habría dado cualquier cosa por estar allí con ellos. Las pocas sirvientas y damas de honor de la princesa que quedaban, el mermado séquito del Cuervo Viejo y las damas y las doncellas de la familia Shimizu estaban acostumbradas a vivir encerradas; en el palacio de las mujeres o en la mansión de los Shimizu, no había mucha diferencia. Eso era lo que esas mujeres esperaban de la vida. Sachi y Taki parecían las únicas que no estaban dispuestas a soportar lo que el destino les deparara.

## V

Una mañana, temprano, Sachi estaba sentada con las mujeres que se habían trasladado con ella a la mansión de los Shimizu. Algunas cosían; otras completaban su aseo. Ella intentaba leer, esperando el momento en que todas estuvieran tan concentradas en sus tareas que pudiera escabullirse e ir a su atalaya favorita en el parapeto.

De pronto sonó un fuerte estruendo, parecido a un trueno, justo sobre sus cabezas. Todas se encogieron, asustadas.

Luego se oyó otro, y otro: unas tremendas explosiones sacudían las paredes y las pantallas de papel en sus marcos. Todo temblaba. Las mujeres se miraron, todas con la misma expresión de serena y luminosa alegría, casi con alivio. Eran todas guerreras; sabían qué era aquel ruido y qué significaba. Cañonazos. La ciudad estaba en guerra. La tediosa espera había llegado a su fin.

Era el decimoquinto día del quinto mes. Llevaban más de dos meses recluidas.

Sachi se puso en pie de un brinco y corrió afuera. Llovía copiosamente. Taki fue tras ella tratando de cubrirle la cabeza con la sombrilla. Fueron chapoteando por los jardines hasta el muro y treparon por él casi a ciegas. Sachi tenía las pequeñas manos cubiertas de barro, y las empapadas faldas del kimono se le adherían a los tobillos.

Había nubes bajas sobre la ciudad. A través de la neblina y de la intensa lluvia, Sachi vio unos destellos que iluminaban las colinas. Volutas de humo, más blancas que las nubes, ascendían entre los árboles. Se oían explosiones, detonaciones y estallidos ensordecedores.

—¿Qué pasa, Taki? —preguntó.

Había otras personas en el parapeto, escudriñando entre la lluvia, horrorizadas. Algunas eran mujeres a las que Sachi conocía, y otras, hombres. Pensó que debían de ser los sirvientes y los criados que se habían trasladado allí desde el palacio, o empleados de la familia Shimizu. Al ver a Sachi, todos inclinaron la cabeza. Entre ellos estaba el anciano que las había dejado entrar en el palacio; parecía que hubiera pasado una eternidad desde ese día. Hizo ademán de arrodillarse en el barro, pero Sachi, impaciente, le indicó por señas que se levantara y le preguntó:

—¿Qué está pasando, anciano?

—Tenemos muchos hombres allí, mi Señora —contestó el soldado—. A mí también me gustaría estar allí, pero soy demasiado viejo y no les serviría de nada.

—¿Hombres?

—Guardias del palacio. Se marcharon antes de que tomaran el castillo. Muchos se han unido a la milicia. El resto se marchó al norte para alistarse en el ejército.

—Entonces... es la milicia la que está en la colina —dijo Sachi tratando de dominar el miedo y la emoción que hacían que le temblara la voz.

—Lo están haciendo muy bien —dijo el anciano—. Esos sureños hablan mucho, pero están acorralados. Nuestros hombres controlan la ciudad. Los chonin están de

nuestra parte, y eso ayuda. Hemos estado haciendo escaramuzas, poniéndoles emboscadas a sus patrullas, mermando sus fuerzas, día tras día. Hasta atacamos su cuartel. Es un verdadero alzamiento. Y parece que los sureños se han hartado. Estos días pasados se ha hablado mucho de que van a enviar un ejército y van a acabar con la milicia de una vez por todas. Han repartido panfletos por toda la ciudad aconsejando a los habitantes que se marchen.

Se sacó una hoja de papel arrugada de la manga. Las gotas de lluvia emborronaron la tinta. Sachi la miró e intentó concentrarse, pero el corazón le latía tan deprisa que apenas entendía lo que ponía: «... asesinando a los soldados del gobierno... rebeldes contra el Estado... Ha sido inevitable emplear la fuerza contra ellos.»

De modo que habían decidido atacar a la milicia. Bueno, pues la milicia contraatacaría. Esos cobardes sureños iban a enterarse de quiénes eran los norteños. Echarían a los sureños de Edo y tendrían que volver a sus miserables refugios.

—Nuestros hombres les plantarán cara, por supuesto —dijo la joven.

El anciano aspiró entre los dientes produciendo un largo silbido.

—Bueno —gruñó meneando la cabeza—. Os seré sincero, Señora. La situación no es muy favorable. Los sureños tienen un ejército inmenso; son quizá diez contra uno. Dicen que tienen armas que les han proporcionado los ingleses: grandes cañones, modernos, y buenos rifles. Nosotros también tenemos rifles, pero no tantos, ni tan buenos. Pero nuestros hombres tienen agallas. Lucharán hasta la muerte, de eso no hay duda. Defenderán el honor de Su Majestad el shogun. Podéis confiar en eso, Señora. Morirán con dignidad.

Cañones, rifles. Claro. Los sureños tenían que esconderse detrás de su impresionante armamento extranjero. No habrían tenido ninguna posibilidad en un combate cuerpo a cuerpo. Estaban decididos a destruir a la milicia, a matarlos a todos.

Pese a que Shinzaemon era un excelente espadachín, sus espadas no servirían de nada contra unas armas como éstas. Sachi podía oír su voz: «Espero tener el honor de morir por mi Señor en la batalla.» Todos los días, la joven se había preguntado si estaría vivo o muerto. Agachaba la cabeza y rezaba a los dioses. Como buena samurái, rezaba para que los dioses le concedieran la victoria, pero siempre añadía una oración secreta de su propia cosecha: «Dioses del clan Tokugawa, protegedlo, os lo ruego. Proteged a Shinzaemon.»

Las explosiones parecían provenir de la más pequeña de las dos colinas. A través de la niebla, Sachi veía destellos blancos, de un brillo cegador, y oía el zumbido de los proyectiles. Las explosiones sacudían el cielo. Sachi veía cómo los proyectiles se estrellaban, lanzando maderas y tejas y cuerpos por los aires. Empezaban a verse incendios entre los aglomerados tejados del valle que separaba las dos colinas. Aquí y

allá, lenguas de fuego lamían los edificios rojos del templo del monte Ueno.

Entonces hubo una serie de destellos al pie del monte Ueno, y el cielo se llenó de chisporroteos. Los resplandores y los estallidos parecían un gigantesco e interminable espectáculo de fuegos artificiales. Hechizada, Sachi escuchaba y observaba, mirando con toda la atención de que era capaz. Estaba empapada de la cabeza a los pies, pese a la sombrilla de Taki. A través del rugido de la lluvia oía el golpeteo de los tambores de guerra, el lamento de las trompetas, el lejano clamor del metal contra el metal. Los sureños estaban intentando tomar el monte Ueno. A lo lejos, Sachi distinguió unas figuras: eran hombres peleando, diminutos y lejanos, pero muy bien definidos. Sachi habría dado cualquier cosa por tener su alabarda en las manos, por pelear al lado de la milicia. Pero allí estaba, atrapada, sin nada que hacer más que contemplar, impotente, aquel espectáculo. Miró hacia el portal y hacia el puente, cavilando. Tenía que haber alguna forma de ayudarlos.

Al otro lado del foso, una turba de gente había aparecido de la nada. Llenaban las calles, inmóviles y silenciosos, y miraban hacia donde estaban el humo y el ruido.

La batalla se prolongó todo el día. Las volutas de humo crecieron, hasta que la ladera de la colina se vio envuelta en una blanca y densa cortina, aunque Sachi todavía veía destellos que parecían rayos a través de las nubes. Luego, por la tarde, dejaron de oírse cañonazos. Se produjo un silencio sepulcral. Hasta las chicharras habían interrumpido su estridente canto.

Entonces se alzaron las llamas. El viento las avivaba y hacía que las chispas saltaran como fuegos fatuos, prendiendo fuego a los tejados. Los templos de la ladera y las endeble casas de madera del valle se incendiaron.

Se oyó un rugido, como si un dragón hubiera abierto la boca y hubiera lanzado una lengua de fuego. Desde el parapeto, Sachi vio que las llamas avanzaban hacia ellos; el calor le abrasaba la cara y el humo le producía cosquilleo en la nariz y le llenaba los pulmones. La gente que estaba apiñada en el parapeto empezó a bajar los escalones, tosiendo y asfixiándose, derramando lágrimas, tapándose la boca y la nariz con pañuelos. La ciudad entera estaba en llamas.

Taki la agarró por un brazo e intentó llevársela, pero Sachi se soltó. La pared de fuego avanzó hasta el río, y luego saltó a los terrenos de Goji-in. Pero los amplios y vacíos terrenos actuaron como cortafuegos, y las llamas disminuyeron, dejando chispas que danzaban como luciérnagas y un ardiente mar de cenizas y escombros.

Sachi sabía que tenía que llegar al campo de batalla; necesitaba averiguar qué había pasado, quién había ganado la batalla. Debía de haber allí heridos que necesitaban ayuda. Y muertos, muchos muertos. Sobre todo, necesitaba buscar a Shinzaemon.

Miró hacia abajo y contempló la humeante ciudad. Se pondría ropa sencilla, de chonin, o de samurái. No se llevaría nada con ella, ni siquiera el michiyuki. Sólo un

poco de dinero, o algo que pudiera vender.

El anciano estaba de pie a su lado. Todos los demás se habían ido. Sólo se había quedado Taki, pálida y demacrada; tenía los ojos muy abiertos.

—Señora —dijo el anciano. Tenía el rostro inexpresivo, pero había un atisbo de algo (lástima, quizá comprensión) en sus ojos—. Mañana estaré de guardia.

Sachi lo miró, sorprendida. No podía creer que lo hubiera oído bien.

—¿Mañana? ¿En esta casa?

—Todos los sureños que hay en la ciudad están allí luchando —dijo—. Nos han encargado custodiar esta casa.

—¿Estás diciendo... que aquí no hay guardias sureños?

—No. A una dama refinada como vos no le interesarán esas cosas, por supuesto. Vos ni siquiera saldríais de las dependencias de las mujeres, me imagino. Pero si un par de desconocidas se escapan... Bueno, seguramente yo ni me daría cuenta. Ya no tengo muy buena vista. Y tampoco oigo muy bien.

Sachi esperó a que los primeros rayos de luz atravesaran las persianas, y entonces, sin hacer ruido, se levantó de la cama. Se recogió el cabello en un simple moño y se puso un sencillo kimono de verano de color añil. Era la primera vez desde hacía muchos años que tenía que peinarse y vestirse sola. Casi había olvidado cómo se hacía. Cogió la muletilla de Shinzaemon, que había escondido bajo las sábanas. La cara del mono tallada en la madera la miró con complicidad, como si también pensara que había llegado el momento de marcharse. Sachi se la guardó en el obi, recogió sus escasas pertenencias e hizo un fardo con ellas.

Contempló su alabarda con tristeza. Era demasiado larga y aparatosa. Tendría que dejarla allí. Pero se puso varias horquillas en el pelo y la daga en el obi.

Había planeado escapar sola, pero debería haber previsto que, por muy temprano que se levantara, Taki se despertaría también (aunque se enfadó porque no había tenido tiempo de ayudar a Sachi a vestirse). Y no sólo eso: por lo visto, Haru también había notado que tramaba algo. Al poco rato, las tres estaban al otro lado de las puertas, corriendo por el puente; parecían tres chonin normales y corrientes.

Los muros junto a los que caminaban estaban manchados de hollín; las tejas, chamuscadas y rotas. Unos árboles inmensos, carbonizados, alzaban sus ramas hacia el cielo. Aquí y allá se veían ruinas renegridas; parecía mentira que fueran edificios donde antes vivían seres humanos.

Sachi se volvió hacia sus dos acompañantes. No se había atrevido a decir nada mientras estaban en los jardines de la mansión, por temor a llamar la atención.

—Volved —les dijo en voz baja—. Os libero de vuestras obligaciones. No os necesito. No puedo responsabilizarme de vosotras. Será mejor que os quedéis. Esto...

Hizo un ademán hacia el desolado escenario que se abría ante ellas; el acre olor a



ceniza mojada les producía un cosquilleo en la nariz. Había parado de llover, al menos de momento. El sol apenas había ascendido en el cielo, pero ya hacía mucho calor, y Sachi estaba empapada de sudor. El agua que formaba charcos en la calle se evaporaba rápidamente, formando vaho. El incesante canto de las cigarras hendía el aire.

—Eso tengo que decidirlo yo, Señora —dijo Taki mirándola a los ojos—. Voy con vos. Ya debiste de saber que lo haría.

Tenía los labios y las cejas fruncidos en un gesto de determinación. Se había vestido tan deprisa que llevaba el nudo del obi torcido.

Sachi meneó la cabeza y miró al suelo.

—Ya no soy tu «Señora» —dijo—. ¿No lo entiendes? Ya no soy la Retirada Shoko-in. Soy Sachi. Sachi, sin más.

Haru miraba alrededor con los ojos como platos, mordiéndose los labios. Envuelta en un sencillo kimono de verano, parecía asustada, emocionada y preocupada, todo a la vez, como una cría que se hubiera escapado de casa, o una prisionera que se hubiera librado de una sentencia de muerte. Era la primera vez que salía a la calle desde hacía dieciocho años.

—Estoy unida a ti para siempre —dijo en voz baja—. Eres lo más parecido a una familia que he tenido jamás. Si vas al monte Ueno, yo iré también. No pienso perderte ahora. Además, allí quizá haya hombres que necesiten ayuda. He cogido tela para hacer vendas.

Sachi suspiró y meneó la cabeza. Ya nada importaba. Sabía qué tenía que hacer, y estaba decidida a hacerlo. Si ellas querían acompañarla, no podía impedirselo. Tenía el presentimiento de que iba a haber mucho trabajo que hacer allí. Si Taki y Haru estaban con ella... Tenía que admitir que sería un consuelo.

—Rápido —dijo.

No tardarían mucho en descubrir que no estaba en la mansión. No estaría a salvo hasta que se hubiera perdido en las entrañas de la ciudad.

Fuera de los altos muros, se sintió pequeña y vulnerable, y al principio trató de ocultar su rostro. Pero al poco rato, el horror del espectáculo la abrumó tanto que sólo podía pensar en llegar a la colina.

Sachi había imaginado muchas veces, de pie en lo alto del parapeto, que cruzaba el foso y echaba a andar por la calle. Había calculado que si lo dejaba a sus espaldas y tenía el sol a la derecha, caminaría en la dirección correcta. Pero ya estaba fuera, rodeada de los muros calcinados de las residencias de los daimios, que le impedían ver, y le costaba orientarse. La calle descendía por una colina y subía por otra, discurriendo junto a grandes y silenciosas residencias, hasta que llegó a la orilla de un río. En la otra orilla había un páramo de escombros renegridos, los restos del incendio, y, detrás, la colina que Sachi había contemplado con tanto anhelo.

La lluvia había impedido que el fuego se extendiera demasiado lejos. Aun así, habían desaparecido barrios enteros de la ciudad, consumidos por las llamas o desmantelados por los bomberos. Había unos pocos edificios, sólidos, de paredes de arcilla, que seguían en pie, como dientes sanos en una boca llena de agujeros. La gente barría las cenizas y retiraba los escombros. Habían puesto los cadáveres en hileras; estaban tan calcinados que se habían reducido al tamaño de muñecas. Parecían troncos quemados y no seres humanos.

Las tres mujeres se metieron la orilla del kimono en el obi y avanzaron entre montones de cenizas y maderos. Al poco rato tenían las piernas negras y la ropa salpicada. De vez en cuando, Sachi alcanzaba a ver la colina más allá de un montón de escombros o a través del hueco que habían dejado, las casas al derrumbarse. Pero no tardaron en encontrarse en medio de una multitud, tan densa que aunque hubieran querido ir en otra dirección, no habrían podido.

Mujeres jóvenes y ancianos con bebés atados a la espalda deambulaban como sonámbulos, con la mirada extraviada. A veces se oía llorar, a un bebé. Los vendedores ambulantes anunciaban sus mercancías; vendían comida y se aprovechaban de la catástrofe para obtener un beneficio. Pero la mayor parte de la multitud avanzaba en silencio.

Al acercarse a la colina, Sachi, Taki y Haru oyeron el rítmico e insistente tañido de unas campanillas; era el sonido de las oraciones que ascendían hacia el cielo. Un hedor nauseabundo empezó a extenderse, débil al principio, pero cada vez más intenso. Unos se tapaban la boca con las mangas, mientras que otros sacaban pañuelos y se los ponían sobre la nariz, o se los ataban tapándose la cara. Algunos se paraban de golpe, o se daban la vuelta, pálidos y ojerosos, y echaban a correr. Olía a matadero: a sudor, a sangre, a excrementos, a carne putrefacta; el penetrante olor de la muerte.

Sachi sintió náuseas; cogió su pañuelo y se tapó con él la nariz y la boca. Hubo un momento en que sólo pensaba en huir de allí. No había imaginado que sería así.

Unos soldados de tez morena montaban guardia, armados con rifles. Llevaban el uniforme negro y los altos cascos cónicos de los sureños. Detenían a la multitud, y la hacían dar media vuelta.

—¡Deteneos! —bramaban—. No se puede entrar. Está prohibido.

La gente empujaba contra el cordón, tratando de pasar. Sachi vio que había unos bultos amontonados en el suelo, al pie de la colina. Incluso desde lejos distinguía el negro de su cabello, el blanco de sus caras y los reflejos de sus haori de color azul claro.

Al pie de la colina discurría un riachuelo. Estaba lleno de cadáveres; también había cuerpos colgando de las tres pequeñas pasarelas que lo cruzaban. Más allá, una grieta bordeada de escarpadas paredes rocosas excavada en la ladera de la colina

desparecía, tras doblar una esquina, hacia los terrenos del templo. Había una empalizada que impedía el paso. Era la famosa Puerta Negra. Las enormes puertas dobles colgaban de los goznes; los postes y las vigas transversales estaban destrozados y tenían agujeros de bala. Unos soldados con uniforme negro iban de un lado para otro apartando cadáveres como si fueran leños. Un par de soldados pasaron con un camarada al hombro. También había algunas mujeres que deambulaban en silencio.

La gente empezó a gruñir.

—¡Eh! Allí hay mujeres. Dejadnos pasar a nosotros también.

Un anciano, delgado y encorvado, con unos pocos pelos blancos en la barba, suplicaba a los soldados:

—Habéis ganado, eso ya lo sabemos. Al menos dejad que nos llevemos a nuestros muertos.

—Esos traidores se quedan aquí —le contestó uno de los guardias—. ¿Os habéis creído que podéis rebelaros contra el gobierno? Son traidores al emperador.

—¿Gobierno? —se burló alguien de entre la multitud—. ¡Unos impostores!

Pero el anciano seguía tratando de aplacar a los soldados.

—Tú también tienes padre, joven —dijo con voz ronca—. ¿Cómo crees que se sentiría él si fueras tú el que estuviera allí? Al menos déjame ver si mi hijo está allí.

Los soldados discutieron el asunto. Uno cedió.

—Está bien. Tú, tú y tú. Pero no olvidéis que ayudar a esos criminales está castigado con la muerte.

Sachi, Taki y Haru se colaron con el anciano y unos cuantos más antes de que los soldados volvieran a cerrar filas.

Más allá del cordón, el suelo estaba cubierto de cadáveres. El olor era insoportable. Al principio, Sachi no podía mirar. Pero luego se obligó a hacerlo, y vio que algunos cuerpos estaban destrozados, reducidos a pedazos de carne que ni siquiera parecían humanos. Otros se habían suicidado y yacían con el vientre abierto. Los intestinos salían de las heridas abiertas. Algunos muertos no tenían más de quince o dieciséis años. Había piernas larguiruchas dobladas en ángulos increíbles, delgados brazos retorcidos o rotos. Algunos no eran más que masas ensangrentadas. Unos jóvenes escuálidos que ni siquiera habían acabado de crecer yacían congelados por la muerte.

Horrorizada y mareada, Sachi pasó por encima de hombres que yacían donde habían caído, con la cabeza o el vientre destrozados. Algunos, en un gesto patético, se tapaban con las manos las heridas, de las que colgaban trozos de carne, como si antes de morir hubieran intentado aguantar, detener la hemorragia. Otros parecía que se hubieran dado la vuelta para huir y que les hubieran golpeado por la espalda. Pero la

mayoría estaban tendidos boca arriba. Habían plantado cara al enemigo hasta el final.

Las mujeres se quedaron un momento quietas conteniendo la respiración, abrumadas por aquel horror, preguntándose qué podían hacer, por dónde podían empezar. Los mosquitos las acosaban, picándoles en los brazos y en las piernas; pero estaban tan aturdidas que ni lo notaban.

Los cuervos, con sus grandes picos negros y sus pequeños ojos amarillos, graznaban sin parar en los pinos y en los cerezos. Era un sonido espantoso y amenazador. Algunos pájaros se habían posado sobre los cadáveres y les picoteaban los ojos. También rondaban perros; arrancaban trozos de carne de los cadáveres o les mordisqueaban la cara. Sachi cogió una piedra y se la lanzó a uno; se retiraron, gruñendo, y se quedaron merodeando bajo los árboles, al pie de la ladera. Un perro esquelético pasó corriendo con la panza muy pegada al suelo, con un destello en los ojos. Llevaba una cosa blanca en la boca. Sachi vio, horrorizada, que era una mano.

Un tipo de espaldas anchas estaba atravesado boca abajo en el camino, con la cara en medio de un charco de agua sanguinolenta. Tenía un brazo doblado en un ángulo grotesco, y el otro por encima de la cabeza. Tenía un desgarrón en el haori, azul, y una mancha se extendía por su espalda y teñía la tela de color morado.

Sachi se estremeció y se llevó una mano al cuello. Sintió náuseas, y se recordó por qué estaba allí. Era un hombre corpulento, como Shinzaemon. A Sachi no le habría extrañado que éste hubiera estado en la primera línea cuando atacaron los sureños. Se ató el pañuelo tapándose la cara, se recogió las faldas del kimono y se arremangó.

No eran las manos de Shinzaemon, pero Sachi tenía que asegurarse. Apretando los labios, se agachó y le tocó un hombro con las yemas de los dedos. Estaba duro y frío; no parecía un cuerpo humano. Le puso una mano debajo, con firmeza, y lo levantó. Jamás había pensado que un ser humano pudiera pesar tanto. Consiguió darle la vuelta al cadáver, lo suficiente para verle la ennegrecida e hinchada cara. No era él: se dio cuenta enseguida. Sintió tanto alivio que empezó a darle vueltas la cabeza, y volvió a soltar lentamente el cadáver.

Siguió caminando, dando traspies. Iba abriéndose paso entre los cadáveres cuando pisó algo que parecía una ostra cruda. Era un ojo. Ya ni siquiera sentía asco, ni horror. Tenía la impresión de que ella también era un cadáver.

Alrededor de Sachi, los soldados sureños recogían a sus muertos y a sus heridos y se los llevaban. De repente, una de las chaquetas de color azul claro, medio escondida bajo un montón de cadáveres, dio una sacudida. Hubo un destello de acero: un soldado sureño levantó su espada y la dejó caer, y el movimiento cesó al instante.

Sachi se percató de que la estaban mirando. Aturdida, se ciñó el pañuelo alrededor de la cara. Un par de sucias botas de piel de animal, cubiertas de barro y de sangre, se le plantaron delante. Las mallas de extranjero que salían de las botas

echaban vapor y desprendían un olor rancio a tela sucia y mojada.

—Pierdes el tiempo —gruñó una socarrona voz con acento sureño. Era el colmo del insulto: que esos salvajes se regodearan con la carnicería que habían provocado—. Aquí ya no queda nadie vivo. Ni una cucaracha. Nada.

Una mano la agarró por la manga, y Sachi se encogió. No podía soportarlo. Estaba en un lugar sagrado, rodeada de cadáveres abotargados. Ni el sureño más bruto se atrevería a profanar un sitio como aquél.

—Eh, aquí hay una cara bonita. ¿Qué me dices, Wakamoto? Buena presa, ¿no? ¿Botín de guerra?

Sachi dio un tirón y se soltó. Sabía que era una locura pelear. Como mucho, podría derribar a un soldado antes de que la derribaran a ella o, peor aún, de que se la llevaran como rehén. Pero ya no podía pensar con claridad. Buscó su daga.

Entonces se oyeron unos pasos chapoteando en el barro.

—Dejadlas en paz —bramó otra voz—. Ya hemos hecho nuestro trabajo. Dejad que busquen a sus hombres. Pero estad atentos. Que no se lleven ningún cadáver.

Sachi miró a Taki y a Haru, y sus miradas se cruzaron. Ellas también tenían la mano en el puño de la daga. Sachi estaba tan horrorizada que había olvidado el peligro que corrían. Si esos sureños las arrestaban, descubrirían que eran fugitivas, damas de clase alta del bando de los norteños que habían descatado su sentencia de reclusión. No sólo se exponían a que las devolvieran a la mansión, sino a que las encarcelaran, o incluso a que las ejecutaran.

Con la cabeza agachada, y sin dejar de vigilar a los soldados sureños, reemprendieron su tarea. En silencio, avanzaron por el campo de batalla, inclinándose sobre cualquier cadáver que pareciera remotamente familiar, examinándole la cabeza y las manos, los zuecos y las sandalias, buscando alguna pista. Algunos ya empezaban a hincharse y tenían la cara deforme e irreconocible. Otros no tenían cara o estaban espantosamente desfigurados. A uno de los cuerpos que levantaron se le salieron las vísceras.

El estrecho paso que rodeaba la Puerta Negra estaba lleno de muertos. Muy lentamente, las mujeres avanzaron hasta la cuesta que conducía al templo, que estaba en lo alto de la colina. Había cadáveres por todas partes, tirados en las empinadas cuestas que bordeaban el sendero y despatarrados en el suelo.

Mareada de calor y conmocionada, Sachi estaba mirando un montón de cuerpos cuando vio una cara que creyó reconocer. Sintió una fuerte sacudida. Giró la cabeza y se tambaleó hacia atrás, con una mano en el cuello. Se quedó allí plantada, jadeando, con los puños tan apretados que notaba cómo las uñas se le clavaban en las palmas. Respiró hondo y se obligó a mirar otra vez. El rostro de mejillas hundidas, los enmarañados mechones de pelo negro y tieso, la cinta blanca en la cabeza, los miembros desgarrados... No podía ser otro.

Sachi se arrodilló tratando de controlar las arcadas. Unos fuertes sollozos la hacían temblar de pies a cabeza. Un delgado brazo la apretó con fuerza por los hombros.

—Gen —susurró Taki.

Sachi asintió; se había quedado sin habla. Genzaburo, su amigo de la infancia, que había sobrevivido a tantos apuros y que se había embarcado en tantas descabelladas aventuras. Sachi jamás había visto esa cara sin una pícaro sonrisa en los labios. Ahora estaba inerte y cérea; tenía los ojos opacos y los labios pálidos. Genzaburo parecía muy joven. Estaba tumbado boca arriba, y tenía el torso empapado de sangre. Las moscas zumbaban alrededor de las manchas oscuras y se aglomeraban en sus ojos y en su boca.

—Vienen soldados sureños —susurró Taki tirándole del brazo para que se levantara.

—No podemos dejarlo aquí —gimió Sachi.

—Podéis rezar si queréis, pero no podéis mover los cadáveres —bramó una áspera voz.

Sachi respiró hondo. Estiró un brazo para acariciarle la mejilla. Estaba fría y gomosa. Temblando, horrorizada, ahuyentó las moscas y le cerró los ojos. Se arrodilló, llorando, y rezó una oración.

Taki la cogió del brazo y se lo apretó.

—Era un campesino, pero murió como un samurái —dijo apartándola de allí—. Tuvo una muerte digna.

Cuando llegaron al final de la cuesta, sólo encontraron un mar de barro, lleno de cráteres que indicaban dónde habían caído los proyectiles. Las magníficas paredes rojas con sus relucientes tejados de tejas habían desaparecido por completo. Nada indicaba que allí hubiera habido un templo. Sólo quedaba un edificio en pie, en medio de las ruinas. La gran campana de cobre con su base de piedra, su armazón de madera y su tejado de tejas había sobrevivido milagrosamente. Unos sacerdotes caminaban alrededor haciendo sonar campanas, enviando sus oraciones al cielo: oraciones por el alma de los muertos.

Bajo un sol de mediodía abrasador, Sachi y Taki, empapadas de sudor, circulaban entre los cadáveres tratando de examinarlos. Había muchas mujeres ocupadas en la misma tarea. Nadie decía nada. De vez en cuando, una mujer paraba en seco, se inclinaba para examinar una cara y agachaba la cabeza. Algunas mujeres estaban arrodilladas en silencio, montando guardia junto a un muerto. Los soldados se paseaban a grandes zancadas, asegurándose de que nadie intentara llevarse un cadáver.

Sachi se levantó con dolor. Taki parecía un fantasma; estaba agotada y cubierta de mugre. Tenía la mirada inexpresiva, como si hubiera visto tanto que ya no pudiera

sentir nada; como si hubiera muerto por dentro. Sachi supuso que ella debía de tener el mismo aspecto. De pronto notó cómo le dolía la espalda, y las picaduras de mosquito que tenía en los brazos. Tenía las manos en carne viva, y le sangraban los pies, rozados por la arenilla, las piedras y los trozos de metal que cubrían el suelo.

—No puedo seguir buscando —murmuró—. Gracias por ayudarme.

—No te estaba ayudando —replicó Taki—. He venido porque he querido. Me importan esos hombres. Ya lo sabes. Shinzaemon, Tatsuemon y... y...

Tenía la voz ahogada, y los ojos llorosos. Sachi sabía qué era lo que no se sentía capaz de decir: «... y Toranosuké.» Le rodeó los delgados hombros con un brazo y la abrazó con fuerza.

El tañido de una campana resonó por la cumbre de la colina, monótono. Un sacerdote avanzaba hacia ellas dando traspies; tenía la negra túnica manchada de hollín y de barro. Tenía la cara gris, y la barbilla cubierta de una barba rala. Llevaba un brazo en cabestrillo. Con el otro sujetaba una campanilla. Al llegar a su lado, hizo sonar una vez más la campanilla, y entonces se detuvo.

—¿Buscáis a vuestros muertos?

Sachi y Taki asintieron. Era reconfortante ver a un ser humano que no fuera un enemigo, que hubiera presenciado la batalla y que hubiera sobrevivido.

—Muchos se han ido al norte. Los sureños creen que nos han derrotado, pero los nuestros volverán. Su Reverencia el superior también ha huido.

El sacerdote señaló aquel mar de barro.

—Mirad esto —dijo—. Salvajes. —Escupió en el suelo—. Hasta ayer, esto era el templo Kanei-ji. Ahora los tesoros han desaparecido: las salas, los libros, las bibliotecas, las estatuas... Todo. Al menos Su Reverencia logró huir. Que los dioses y los budas lo protejan.

—¿Estabais vos aquí?

—Sí —afirmó el sacerdote—. Nos defendimos, pero nos acorralaron, y mataron a la mitad de nuestros hombres con sus bombardeos. ¡Y se llaman samuráis! Se esconden detrás de esas armas extranjeras. Ni siquiera puedes verlos, y mucho menos acercarte lo suficiente para clavarles una espada. Luego nos acribillaron a balazos. Conseguimos detenerlos en la Puerta Negra hasta mediada la tarde. Murieron muchos hombres. Si los vuestros estuvieron aquí, puedo aseguraros que lucharon como héroes. Podéis estar orgullosos de ellos.

El sacerdote se alejó, deteniéndose en cada cadáver que encontraba. Las mujeres oían el triste sonido de la campanilla por la cumbre de la colina.

Haru estaba arrodillada a cierta distancia, al borde de la meseta, donde empezaban los bosques. Había encontrado a un soldado herido. Era menudo y endeble, y no aparentaba más de quince años. Sus pantalones plisados y su haori estaban cubiertos de barro, y tenía un brazo torcido en un ángulo extraño. Le

sangraba una herida que tenía en la cabeza.

Pero se movía y gemía débilmente. Tenía los labios agrietados y le ardía la cara, ennegrecida y cubierta de polvo. Haru había desgarrado parte de la tela que se había llevado y le había vendado con ella la cabeza. Lo tenía abrazado y movía la cabeza hacia uno y otro lado, tratando de ahuyentar las moscas que zumbaban alrededor de sus sangrantes heridas.

—Te pondrás bien —le susurraba una y otra vez.

Se volvió hacia Sachi y Taki.

—Necesita agua y ayuda, y rápido. Esos sureños son unos asesinos. Están decapitando a los heridos. —Sus lágrimas caían sobre la ensangrentada cara del soldado—. Estaba aquí, rodeado de cadáveres, esperando a la muerte. Miradlo. Sólo es un niño.

—Si nos descubren vamos a tener problemas —dijo Taki—. Llorar por él es una cosa, y ayudarlo, otra. No olvides que somos fugitivas. Deben de estar buscándonos.

—Pero si lo dejamos aquí morirá —dijo Sachi.

Era como si aquel muchacho representara a toda la milicia. Si al menos podían salvarlo a él, habría valido la pena morir.

—Ojalá tu padre estuviera aquí —dijo Haru mirando a Sachi—. Ahora es cuando lo necesitamos.

Sachi miraba al joven con fijeza. Tenía unas manos delgadas e infantiles, como las manos que le habían dado su alabarda hacía una eternidad. Tenía la cara gris, cubierta de sangre y polvo; una cara redonda, con el flequillo todavía sin cortar... Le dio un vuelco el corazón. De pronto volvía a estar en el camino, caminando hacia Kano, despidiéndose en la aldea cuando él había marchado a caballo, tan valiente, con Toranosuké. Y allí estaba ahora, muriendo ante sus ojos.

¡Tatsu! —dijo con un grito ahogado—. ¡Somos nosotras, Tatsuemon! ¡Sachi y Taki!

Le cogió una mano y se la apretó, frotándole la palma, intentando infundirle un poco de vida, y el muchacho dio un débil gemido. Las mujeres se miraron, angustiadas, unas a otras. Si Tatsuemon estaba allí, Shinzaemon y Toranosuké no podían estar muy lejos. Seguro que habían luchado hombro con hombro. Frenéticas, empezaron a levantar los cadáveres que había alrededor, tratando de darles la vuelta para verles la cara. Pero no encontraron ninguno que se pareciera a ellos.

Del otro lado de la meseta llegaba el sonido de voces sureñas. Oían a los soldados hablando y riendo, chapoteando por el terreno fangoso. Entonces llegó flotando otra voz. El hombre gritaba, furioso, con un acento extraño.

Un extranjero.

Sachi levantó la cabeza y vio acercarse a unos soldados sureños con un grupo de extranjeros. Uno era una criatura de aspecto temible, un verdadero gigante. Destacaba



entre los sureños, e incluso hacía que el otro extranjero pareciera pequeño. Tenían ambos una barba negra y rizada.

Entonces Sachi se fijó en el segundo hombre. ¿No era...? Sí, era el extranjero que las había rescatado cuando las habían atacado los sureños. Recordaba su tez dorada y su reluciente cabello, y cómo había aparecido de pronto, disparando con su rifle, dispersando a los soldados. Recordaba cómo Taki, Shinzaemon y ella habían viajado con él y con su amigo en sus desgarrados palanquines, especialmente diseñados para que les cupieran las largas piernas, y cómo las habían escoltado a Taki y a ella hasta las mismas puertas del palacio.

Sachi sintió un arrebató de júbilo y de alivio. Él las ayudaría. Volvería a rescatarlas.

Pero Sachi estaba cubierta de barro y de sangre. ¿Cómo iba a reconocerla?

Desesperada, intentó recordar su nombre bárbaro mientras el grupo se les acercaba. Tenía la boca seca y la mente en blanco. Tenía que pensar; necesitaba concentrarse. Hizo un esfuerzo tremendo. Su nombre... tenía algo que ver con la ciudad de Edo, ¿no?

Entonces lo recordó. Pronunció las cuatro sílabas con voz ronca:

—Edo... Edowadzu.

Edwards.

¿Qué haría él? Sabía que Sachi pertenecía al palacio. Bastaba con que dijera esa palabra para que la entregaran a los sureños, que la retendrían como rehén, o la ejecutarían. Los extranjeros eran tan ingenuos; no sabían disimular.

Hubo un largo silencio. Sachi oía los latidos de su corazón, notaba los riachuelos de sudor que resbalaban por su frente hasta sus ojos. Los soldados sureños miraban con recelo al pequeño grupo de mujeres, acariciando sus rifles. Entonces Edwards miró a Sachi y a Taki, y abrió mucho los ojos, sorprendido. A Sachi le pareció que las reconocía; entonces juntó las cejas, furioso.

—¡Conque era esto! —gritó—. ¿Qué demonios hacéis aquí?

Rugía de tal modo que hasta los pájaros que estaban posados en los cadáveres echaron a volar agitando sus enormes y negras alas. El extranjero le dijo unas cuantas palabras al otro extranjero; luego se volvió de nuevo hacia las mujeres.

—No puedo creerlo —bramó—. Os pago un salario, vivís en mi casa, y mira cómo me lo pagáis. Ese imbécil, Jiro... ¡Mira que meterse en un lío así! Y vosotras, mujeres, deberíais estar limpiando mi casa y preparándome la comida.

Sachi lo miraba con la boca abierta, tan asombrada que parecía una sirvienta de verdad.

—¿No esperabas encontrarme aquí, verdad? —continuó Edwards—. Vais a venir todos conmigo ahora mismo.

Sachi recobró los sentidos, se arrodilló y tocó el suelo con la frente.

—Os ruego que me perdonéis, amo —gimoteó—. Ahora mismo, amo. Nuestro muchacho, nuestro Jiro...

Taki se arrodilló también encorvando los hombros. No hacía falta que fingiera agotamiento y miedo.

Los sureños, boquiabiertos, hacían ruidos de asombro, roncós e inarticulados. Sachi los oyó murmurarse unos a otros: «¿Su casa? Podría ser. Además, parece que los conoce. Y ellos sabían cómo se llama...»

—Es mi ama de llaves —dijo Edwards con desdén.

—¿Su ama de llaves? —masculló uno.

—Un momento —dijo otro—. Entonces, ¿de dónde ha sacado ese muchacho ese uniforme?

—Bueno, si el extranjero lo dice —gruñó otro.

Todos se volvieron hacia Edwards y dieron una cabezada, componiendo obsequiosas sonrisas.

Sachi estaba tan exhausta que no sabía si sería capaz de ponerse de nuevo en pie. Quería llorar de puro alivio, pero sabía que no habría estado bien que mostrara su debilidad ante los odiosos sureños.

El extranjero alto de cabello negro se había agachado y le había acercado una petaca a los labios a Tatsuemon. Con mucho cuidado, le levantó el brazo herido y le hizo un cabestrillo. Entonces lo levantó sin ningún esfuerzo, como si fuera un crío. Los miembros del muchacho colgaban inertes, como los de una muñeca de trapo.

Las mujeres siguieron a los extranjeros hasta el pie de la colina, esquivando los cadáveres que iban encontrando. Pasaron al lado de esposas —viudas— que, arrodilladas en el barro, montaban guardia junto a sus hombres. Algunas estaban en silencio, con la cabeza agachada. De vez en cuando, un sonido se mezclaba con los graznidos de los cuervos, el zumbido de las moscas y los mosquitos y el monótono canto de las cigarras: un agudo lamento, como el de un animal atrapado en los bosques; un gemido de angustia y desesperación.

Después de trasponer la Puerta Negra y de cruzar el puente, los soldados sureños desaparecieron. Las mujeres, aturdiditas y cubiertas de mugre, miraron a Edwards.

—Gracias —susurró Sachi.

—Éste es el doctor Willis —dijo Edwards—. Él cuidará de su amigo. El muchacho ha tenido suerte. Si hubiera dado la más leve señal de vida, los sureños le habrían cortado la cabeza.

—Mi hospital está lleno de sureños —dijo Willis—. No puedo llevarlo allí. Decapitan a todos los prisioneros. ¿Y si...?

—¿Mi casa? —se anticipó Edwards—. Tengo sitio para él. Al fin y al cabo, es un empleado mío.

—¿Se pondrá bien? —preguntó Sachi.

—No lo sé —respondió el médico—. Tendrá que rezar a sus dioses.

## 11. ANTES DEL ALBA

### I

Sachi volvía a estar en la mansión de los Shimizu. Cuando salió de allí, estaba decidida a no volver jamás, pero al final no había habido otro sitio adonde ir. Estaba dando vueltas en su futón. Hacía un calor insoportable. La cabeza se le resbalaba una y otra vez de la almohada de madera. La apartó y se tumbó sin ella.

Creía estar trasponiendo la Puerta Negra. Sus pies rozaban la gomosa carne de los cadáveres y tenía el repugnante olor a muerte en los labios. Ante sus ojos danzaban imágenes de cuerpos desmembrados, y la del perro con la mano humana en la boca.

Tantos hombres, centenares y centenares, pudriéndose en el suelo... Sachi estaba tan ocupada buscando a Shinzaemon que apenas había pensado en todos esos otros, todos esos cuerpos destrozados y todas esas caras que ella había visto y que no eran los de Shinzaemon. Todos debían de tener esposas, amantes, hijos, padres. Todos debían de haberse despedido con bravatas al partir a caballo con sus camaradas, dispuestos a conquistar la gloria.

Esas esposas y esas amantes debían de haber rezado para volver a ver a sus hombres, pese a que pareciera poco probable. Muchas debían de seguir rezando y confiando. Sachi había visto a unas cuantas en la colina, buscando entre los cadáveres. Pero la mayoría nunca sabría qué había pasado y sus hombres se pudrirían hasta que se los comieran los cuervos y los perros.

Y ¿para qué? Para cumplir su obligación con su señor, el shogun: rechazar a los bárbaros sureños que estaban invadiendo el país. La guerra todavía no había terminado. Habría otros combates, se dijo Sachi, otros campos de batalla tan macabros o peores. Y sin embargo... Era terrible haber luchado con tanta valentía y no poder ser enterrado. Tras haber contemplado ese espectáculo, resultaba muy difícil pensar que uno pudiera morir honrosa y dignamente en la batalla. La guerra no era más que una carnicería, una matanza y un derroche terrible.

Y Genzaburo... Era tan joven y, pese a su espíritu travieso, tan inocente. Él no

estaba firmemente comprometido con el shogun, y sin embargo había luchado en el monte Ueno. Siempre había estado donde podía haber algún peligro o alguna aventura. Sachi recordaba su infancia juntos: esa vez que había peleado con un jabalí, y lo orgulloso que estaba de su cicatriz; cómo nadaba en el río, como un pez, y cómo les arrancaba pelos de la cola a los caballos para hacer sedales; esa vez que fueron juntos a contemplar la comitiva de la princesa. Genzaburo le había dicho a Sachi que fuera a esconderse con él en los aleros, pero ella no había querido, y se la habían llevado a Edo; y cuando volvió a verlo, Sachi ya se había convertido en otra persona.

Recordaba el aire nostálgico con que la había mirado cuando se encontraron en la aldea, unos meses atrás. Él estaba tan vivo entonces; ahora era como si la infancia de Sachi hubiera muerto con él. Habían pasado tantos años juntos, y al final no había podido hacer nada por él, ni siquiera enterrarlo. Se despidió de él mentalmente. Era como el final de un capítulo de su vida.

Cuando consiguió conciliar el sueño, Sachi no vio a Genzaburo, sino a Shinzaemon despatarrado entre los muertos. Tenía los ojos abiertos y la miraba. Le tendía una mano, pero ella pasaba de largo como un fantasma. Sachi oía el rugido de un fuerte viento, veía los espíritus de los guerreros muertos elevándose como columnas de humo, blancos, suspendidos sobre la colina. Oía sus lamentos, notaba su frío aliento. Despertó sobresaltada, estremeciéndose de horror y empapada de sudor.

En la habitación de al lado sonó una campana. Por la rendija que había entre las puertas se filtraba la luz. Haru había permanecido despierta toda la noche. Estaba recitando sutras, rezando a los budas por las almas de los difuntos. Entonces le pidió al buda Amida que salvara a Tatsu.

Sachi se arrodilló, encendió una vela y se puso a rezar también. Primero rezó por Genzaburo, para que su espíritu encontrara la paz, y luego por Shinzaemon y por Toranosuké, para que los dioses los protegieran, donde quiera que estuvieran. Entonces frotó con fuerza las cuentas de su sarta y susurró: «Amados dioses, amados ancestros, buda Amida: dejad a Tatsu aquí, no lo enviéis a reunirse con esos guerreros muertos. Es muy joven. Sólo está empezando a vivir.» Le avergonzaba pensarlo, pero no podía evitarlo: si él sobrevivía, quizá pudiera decirle dónde estaba Shinzaemon, tanto si estaba vivo como si estaba muerto.

«Se han marchado al norte —había dicho el sacerdote—. Muchos se han marchado al norte.» Seguro que Shinzaemon se contaba entre ellos. Algún día regresaría; aparecería en el gran vestíbulo de la mansión, mirándola con sus almendrados ojos, con el pelo enmarañado. Si Sachi lograba aferrarse a esa certeza, quizá se hiciera realidad. Rezó al buda Amida para que lo protegiera.

Por fin llegó la mañana, aún más calurosa y bochornosa que el día anterior. Sachi tenía la ropa adherida al cuerpo, la cara pegajosa de sudor y ni pizca de apetito;

apenas se atrevía a respirar. No podía pensar en otra cosa que en los muertos de la colina y en aquellos que quizá no lo estuvieran: Shinzaemon, Toranosuké... y Tatsuemon. El joven Tatsu.

Taki y Haru habían abierto las puertas de papel que dividían las silenciosas habitaciones. Las estaban quitando de los marcos para convertir las estancias en un gran pabellón abierto y así poder aprovechar la más leve brisa. El canto de las cigarras hendía el estancado aire.

A lo lejos se oía un débil ruido: cascos de caballo subiendo por la colina.

¿Y si eran malas noticias? ¿Y si Tatsu había muerto esa noche? Sachi se quedó un momento paralizada de miedo. Entonces se levantó de un brinco, se recogió las faldas del kimono y echó a correr por las sombrías habitaciones. Taki y Haru la siguieron correteando por el tatami.

Se puso las sandalias casi sin detenerse, y al salir de la sombra del vestíbulo chocó contra una pared de calor. En el patio, la luz era tan intensa que, por un instante, cegó a Sachi. Cada piedra de la grava, cada hoja, cada diminuta pizca de musgo parecían pedir auxilio. Entonces volvió a quedar en la sombra: Taki se le había acercado y la había tapado con una sombrilla.

Sachi se paró en seco y escudriñó aquella luminosidad. Un hombre caminaba a grandes zancadas, cruzando la zona oscura bajo los enormes aleros del portal. El día anterior sólo se había fijado en que le resultaba familiar, en que lo conocía. Pero entonces le impresionó comprobar que era un ser extraordinario. ¡Era un gigante! Cuando el hombre salió a la luz del sol, Sachi vio que sus piernas, sus pies y sus brazos eran enormes. Hasta su nariz, que sobresalía como la de un tengú, proyectaba una larga sombra. El pelo, amarillo como la luz del sol, le crecía en las mejillas y en la barbilla. Llevaba un sombrero —el sombrero más raro que Sachi había visto jamás— negro y cilíndrico, como un tsutsumi, un tambor pequeño.

Y pese a lo extraño que era, no resultaba nada amenazador. Le había salvado la vida, no una sino dos veces. Era como un bodhisattva, un guardián de otro reino.

Sachi escudriñó su rostro, tratando de leer en él, y se le acercó lentamente. La sombrilla que tenía sobre su cabeza tembló: a Taki le temblaba la mano con que la sujetaba.

—¿Cómo está? —preguntó entrecortadamente.

Edwards meneó la cabeza. Frunció la frente hasta que sus cejas se tocaron. Tenía una piel rojiza, oscurecida por el sol. Sachi veía los poros de la piel y el brillo de sus claros ojos.

—Todavía es pronto para decirlo —dijo él—. Está durmiendo. Tiene fiebre.

Al menos estaba vivo. Sachi sintió un alivio inmenso, casi mareo. Las mujeres rodearon a Edwards y lo acibillaron a preguntas. ¿Cuándo despertaría? ¿Había dicho algo? ¿Qué opinaba el doctor Willis?

—El doctor Willis le ha sacado una bala del brazo, pero el hueso ha quedado destrozado —contestó Edwards—. La herida podría estar infectada. El doctor Willis no está seguro de que pueda salvarle el brazo. Quizá tenga que amputárselo.

Sachi dio un grito ahogado y se tapó la boca con ambas manos.

—Estamos en guerra —añadió Edwards—. Muchos hombres pierden brazos y piernas. Quizá sus médicos no hagan esas cosas, pero los nuestros sí. Muchas veces es la única forma de salvar al paciente.

Sachi lo sabía muy bien. Pero también sabía que a veces los pacientes morían después de que les amputaran un miembro.

—Nuestra medicina funciona tan bien como la suya, y en algunos casos, incluso mejor —prosiguió Edwards—. Su amigo está muy grave, y tiene mucha fiebre. El doctor Willis es un famoso cirujano. Ha salvado a muchos hombres.

—Tenemos que ver a Tatsu —dijo Sachi—. Llévenos, por favor.

—Eso es imposible —dijo Edwards—. El doctor Willis dice que el paciente tiene que descansar.

—Pero ¿y si... empeora? Él nos conoce. Será un consuelo para él que estemos allí.

—Hay mujeres en la casa. Vendré a buscarlas con un carruaje cuando el doctor Willis diga que puede recibir visitas.

—¿Un carruaje? —dijo Taki, impresionada—. ¿Como los de los grabados?

—No seas ridícula —dijo Sachi sonriendo—. Iremos andando. En Edo las distancias no son muy grandes.

Edwards volvió a fruncir la frente bajo el ala del sombrero.

—Vivo cerca de Shinagawa, cerca de uno de los terrenos de ejecución. No creo que hayan estado ustedes nunca allí. Es una zona muy peligrosa. Su milicia era la única policía de Edo. Ahora no hay nadie; el ejército sureño no puede mantener el orden. Hay saqueadores que irrumpen en los almacenes y roban arroz, y ladrones y asesinos deambulando por todas partes. La ciudad está sumida en el caos.

—Somos samuráis —replicó Sachi con serenidad—. Estamos entrenadas para luchar. Ayer fuimos andando al monte Ueno. Podemos ir andando a cualquier sitio.

Edwards la miró deteniéndose un poco más de lo necesario.

—Y... ¿qué otras noticias hay? —preguntó Sachi, y sus palabras quedaron suspendidas en el silencio.

—Todo el mundo está esperando a ver qué pasa ahora.

Era evidente que los sureños controlaban la ciudad. Pero los ciudadanos de Edo estaban con los norteños. Pertenecían todos al shogun. Los sureños tendrían que pelear muy duro para derrotarlos.

## II

Unos días más tarde oyeron un retumbar y un traqueteo a lo lejos, chacoloteo de caballos y gritos de voces masculinas. Había mucho ruido, como si un batallón de soldados desfilara hacia las puertas.

Edwards estaba esperando en el patio. Se quitó el sombrero e inclinó la cabeza.

—Es hora de marchar —dijo sonriendo—. Cojan sus sombreros de viaje y átenlos bien.

Tuvieron que abrirse paso por marañas de alta hierba, maleza y matas de campanillas para llegar al portal de la residencia. Los cuclillos cantaban por encima de la incesante estridencia de las cigarras. El amable anciano que había dejado salir a las mujeres el día que fueron al monte Ueno estaba montando guardia, con un palo en la mano. Inclinó la cabeza y sonrió.

Junto a las puertas había un aparato extrañísimo. Sachi se paró y se quedó mirándolo, perpleja. Había visto esos artilugios en los grabados de los extranjeros de Yokohama, pero nunca había pensado que llegaría a ver uno de verdad.

Sintió un miedo supersticioso. Hasta ese día, por esas puertas sólo habían pasado palanquines y caballos, y ahora aparecía aquel aparato extranjero. Eso marcaba el final de algo, algo que era importante para ella.

Parecía un palanquín gigantesco sobre ruedas, o un carro de bueyes como los que utilizaban los campesinos. Dentro había un baúl cubierto con una tela áspera que Sachi nunca había visto antes. Era inmenso. Hasta los caballos que piafaban y resoplaban —unas bestias enormes con largas crines y reluciente pelaje— eran más grandes de lo normal. Sentado en la parte delantera, sujetando las riendas, había otro extranjero de cara peluda. Él también se descubrió y saludó con una cabezada.

También había una compañía de guardias armados con espadas y bastones; eran los mismos hombres que los habían acompañado cuando viajaron con Edwards por el Nakasendo. Los hombres rozaron el suelo con sus sandalias de paja, miraron a Sachi y luego se miraron unos a otros, intercambiando miradas de complicidad. Ella los miró también; le habría gustado saber a quién pertenecían, bajo qué órdenes estaban. Pero ellos desviaron rápidamente la mirada, y sus emblemas no revelaban nada. Sachi tendría que ser muy precavida con lo que decía mientras ellos pudieran oírla.

Taki y Haru estaban de pie a cierta distancia, chillando de emoción.

—Dozo —dijo Edwards—. Por favor, señoras. Siéntense.

—¿No es peligroso? —preguntó Taki, acobardada.

¡Taki, que siempre era tan valiente!

Sachi puso un pie en el peldaño. Estaba a punto de subir cuando Edwards le cogió la mano. Ella se sobresaltó al notar el roce de la áspera mano de Edwards. Antes de



que pudiera retirar la mano, él ya la había levantado y la había subido al coche. Sachi lo miró, desconcertada. ¡Un hombre que se comportaba como un criado!

La joven se sentía muy rara allí sentada, con las piernas colgando en lugar de dobladas bajo el cuerpo. Edwards ayudó también a Haru y a Taki a subir al carruaje, y ellas se apretujaron al lado de Sachi. El carruaje se meció un poco. No era tan estable como un palanquín.

El otro extranjero —Sachi supuso que debía de ser una especie de mozo— dio un grito y agitó las riendas. Se pusieron en marcha con una sacudida; Edwards cabalgaba a su lado, y los guardias corrían detrás, a escasa distancia. Con grandes sacudidas y traqueteos, cruzaron el puente y doblaron la esquina hacia la calle que discurría junto al foso. La calle, de tierra, no estaba hecha para las ruedas de los coches, sino para los pies de los palanqueros.

La ciudad pasaba a una velocidad asombrosa. Taki y Haru se agarraron una a otra, chillando. Sachi hizo todo lo que pudo para permanecer digna y serena, como correspondía a una dama de la corte del shogun, aunque jamás había viajado a aquella velocidad. Los mensajeros, esa clase de personas, podían ir deprisa; quizá los soldados, pero no las damas, y menos aún las damas del shogun, y mucho menos la concubina del shogun.

Pero cuando llevaban un rato dando brincos, Sachi no pudo contener la risa. Cada vez que tomaban una curva, por pequeña que fuera, salía despedida hacia uno u otro lado. Al final se agarró con todas sus fuerzas a Taki y a Haru. Contemplaba el mundo desde su elevada posición, y el viento susurraba entre su cabello. Pensó que los pájaros debían de sentir algo parecido al volar. Más allá de las anchas espaldas del extranjero que iba sentado en la parte delantera, veía las cabezas de los caballos y sus agitadas crines, y oía el golpeteo de sus cascos. Se había puesto un gran sombrero plano de paja para protegerse la cara del sol, y había atado los cordones, dándoles varias vueltas, alrededor de su moño. El sombrero aleteaba de forma alarmante, amenazando con salir volando. Sachi se lo sujetó con una mano.

Entonces se fijó en lo que estaba viendo y dio un grito ahogado de espanto. Al otro lado del agua, el gran muro del foso pasaba a toda velocidad. Había partes que se habían derrumbado por completo, bloques de granito sobresalían del agua, y unas andrajosas figuras que parecían parias se ocultaban en las sombras. Hasta había una desvencijada cabaña en uno de los portales. La calzada, que siempre había estado perfectamente barrida y rastrillada, tenía baches y estaba cubierta de malas hierbas.

Pasaron a toda velocidad al lado de un puente.

—Taki —gritó Sachi por encima del traqueteo y el estruendo, con el viento zumbando en sus oídos—. Mira. Mira ahí detrás.

Acababan de pasar el puente frente a la Puerta de las Damas del Shogun, donde había estado con Shinzaemon al caer la noche, bajo la luna; donde se despidieron.

Habían pasado sesenta y seis días desde entonces, sesenta y seis largos y espantosos días. Era muy duro esperar sin recibir ningún mensaje, sin ninguna señal de que Shinzaemon pensaba en ella o de que estaba siquiera vivo. Intentó imaginar su cara tal como la había visto esa noche, pero ya no podía verla. Sólo quedaba una sombra.

Rememoró los momentos de intimidad: cuando estaban juntos en la montaña, cuando se despidieron en el puente. Aunque Shinzaemon regresara, a lo más que podían aspirar era a seguir viéndose en secreto, persiguiendo una pasión prohibida. Sachi sabía muy bien que un futuro juntos estaba descartado. No podían casarse. La gente no decidía con quién se casaba; el mundo no funcionaba así.

Día tras día, Sachi se había aferrado al recuerdo de Shinzaemon. Ahora se preguntaba si él sentiría lo mismo por ella. En realidad, ¿qué había pasado entre ellos dos?, tenía que preguntarse para ser sincera. No había habido más que unas pocas miradas, y un momento en que ambos se habían dejado llevar por una absurda pasión. Cuanto más lo pensaba, más ridículos parecían sus sentimientos. Pero, aun así, no podía dejar de añorar a Shinzaemon.

Hizo un esfuerzo y volvió al presente.

Iban por la misma calle que Sachi tomaba cuando iba a rezar ante la tumba de Su Majestad. En aquel tiempo, viajaba en una larga procesión de palanquines, de los que el suyo era el más magnífico, acompañada de guardias, sirvientas, porteadores y damas de honor. Recordó que de vez en cuando levantaba las persianas de bambú para ver las murallas del castillo al otro lado del foso. Después de salir de las proximidades de la fortaleza, se alejaron del foso y entraron en uno de los barrios de daimios, donde había unas grandes residencias cercadas por muros.

Lo que veían ahora al pasar eran muros y portales derrumbados. Habían arrancado hasta la última escama de pan de oro, hasta el último emblema de cobre y adorno de bronce que indicaba la grandeza y la riqueza de aquellos señores. Sólo quedaban los esqueletos de los palacios. A través de los agujeros de las paredes, Sachi vio edificios en ruinas, cubiertos de malas hierbas, de los que asomaban vigas calcinadas; parecían madrigueras de zorros y tejones en lugar de viviendas de seres humanos.

De vez en cuando se cruzaban con grupos de hombres de aspecto siniestro que holgazaneaban en la calle o estaban agachados bajo la sombra de un árbol. En una ocasión, Edwards blandió su pistola. Pero siguieron su camino sin incidentes.

Al final vieron un bullicioso camino. Era reconfortante verse rodeado de gente después de pasar por las desiertas calles de los barrios de los daimios.

—Es la ruta Tokaido —gritó Edwards para hacerse oír por encima del chacoloteo de los caballos y de la algarabía.

Era el camino que conducía a Kano y a Kioto, que estaban a varios días de viaje.

La calzada estaba abarrotada de gente que avanzaba pesadamente, empujando carros donde llevaban futones, comida, baúles de kimonos, cofres, platos y cacharros.

Redujeron el paso, bordeando un carro que se había volcado, esparciendo su carga por la calle y cayendo a la alcantarilla. Una mujer, muy joven, miró fijamente a Sachi con gesto inexpresivo. Llevaba a un niño atado a la espalda y a otro colgado de la manga, e iba escarbando por el suelo, recogiendo los kimonos que se habían caído de sus envoltorios y que estaban arrugados en el terreno. Llevaba la ropa sucia y harapienta, y tenía una mueca de miedo y espanto en los labios. Pero bajo esa máscara, tenía un rostro pálido y aristocrático. Quizá fuera la doncella de la mansión de un daimio, o incluso una doncella del palacio de las mujeres. Quizá fuera una samurái cuyo esposo había peleado en la colina, y que no había regresado a su casa.

Sachi reparó en que no había casi ningún hombre joven entre el gentío. Familias de mujeres, niños y ancianos avanzaban con el semblante pálido y vacío. Por lo visto, la población estaba abandonando la asolada ciudad.

En el camino había muchas tiendas y posadas; algunas estaban cerradas, pero en las que estaban abiertas ofrecían té, alojamiento o víveres. Entonces pasaron al lado de un espacio despejado entre las tiendas. Detrás de los edificios brillaba una masa de agua de un azul destellante, que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Sachi nunca había visto una extensión de agua mayor que la del río Kiso. Escudriñó la lejanía tratando de ver la orilla opuesta, pero no vio el perfil borroso de las montañas cubiertas de pinos. No había orilla opuesta. El agua se extendía, reluciente, hasta desaparecer en el cielo.

Aquella masa de agua estaba llena de embarcaciones de diversos tamaños y formas: barcos grandes, barcos pequeños, transbordadores y barcos con altos mástiles y grandes velas que colgaban, lánguidas, como aplastadas por el calor. Eclipsándolos a todos se erguía una inmensa embarcación negra, imponente como una montaña. Sacaba humo por unas altas chimeneas, y tenía unos mástiles que parecían troncos de árbol quemados y renegridos después de un incendio en el bosque. En la cubierta había gente que corría de un lado para otro, y en los costados, varios cañones. Otro barco idéntico navegaba un poco más alejado de la orilla.

Sachi sabía qué eran. Barcos, como los Barcos Negros que habían traído a los extranjeros. Ella los había visto representados en grabados, pero nunca había imaginado que pudieran ser tan inmensos. Parecían ciudades flotantes.

Taki y Haru tenían los ojos y la boca tan abiertos como ella. Se sonrieron unas a otras, nerviosas. Era un espectáculo emocionante. Sin embargo, también era inquietante, como el carruaje que había ido a recogerlas. Sachi nunca había imaginado que en el mundo pudiera haber cosas así.

—¿No saben qué es eso? Es la Bahía de Edo —dijo Edwards, sonriente, al ver las caras de perplejidad de las mujeres—. Ése es el Fujiyama, uno de los acorazados de

su país. El barco que está detrás es de los nuestros.

La casa de Edwards estaba en lo alto de una colina con vistas a la bahía, rodeada de pinos. Sachi había imaginado que viviría en algún lugar extraordinario, pero era una casa normal y corriente, en los terrenos de un templo. El carruaje entró con gran estruendo en los jardines y se detuvo con una fuerte sacudida, levantando mucha grava. Edwards ayudó a bajar a Sachi, y ella lo agradeció. Le temblaban las piernas. Estaba un poco aturdida a causa del agitado trayecto, y cubierta de polvo. Se quedó quieta un momento, recomponiéndose, hasta notar que sus pies volvían a conectar con el suelo.

Estaba impaciente por ver a Tatsuemon; corrió hacia la puerta, pero entonces se paró, porque de pronto la asustó pensar que no sabía qué iba a encontrar allí.

La casa tenía un olor extraño a alcanfor, a enfermería. Tatsuemon estaba tumbado en un futón, recostado sobre unos cojines, y parecía terriblemente joven, delgado y vulnerable. Llevaba un gran vendaje blanco en la cabeza, y vendas en los brazos y las piernas. Uno de los brazos lo llevaba en cabestrillo, pero al menos lo conservaba, pensó Sachi. Tenía la cara, redonda y pequeña, pálida como la cera, y la frente perlada de sudor. Sus ojos parecían enormes sobre las descoloridas mejillas.

Una doncella que estaba sentada a su lado saludó con una inclinación de cabeza y se escabulló.

Tatsuemon miró a Sachi sin comprender; entonces la reconoció, y abrió mucho los ojos. Intentó incorporarse y consiguió dar una cabezada.

—Me alegro mucho de verte, Tatsu —dijo Sachi con voz queda.

—Lo siento, Señora —dijo él con voz ronca—. ¿Fuisteis...? ¿Fuisteis... vos? Edwards-dono dijo que fueron unas damas. Pero no sabía que...

—Fue Hermana Mayor quien te encontró —confirmó Sachi.

Haru había ocupado el lugar de la doncella y le estaba limpiando el sudor de la frente a Tatsuemon con un paño húmedo. Lo miró sonriendo.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Sachi.

Fue a cogerle una mano, pero no lo hizo. Tatsuemon ya no era el hermoso y atractivo joven que había conocido unos meses atrás. Había crecido. Tenía la frente y las mejillas agrietadas y curtidas por el sol, y cuando la miró, Sachi vio un vacío en sus ojos. Parecía que se estuviera distanciando, como si no pudiera impedir ver imágenes que habría preferido olvidar.

—Bien —contestó Tatsuemon con el tono cortado de un soldado. Parecía que no estuviera en aquella fresca habitación, sino en un campo de batalla humeante, bajo la lluvia, informando a su comandante—. Pronto podré levantarme. Tengo que... volver al frente.

Sachi se preguntó dónde habría estado, qué habría hecho, qué habría visto. La

última vez que lo vio, Tatsuemon era sólo un muchacho que seguía obedientemente a Toranosuké, su atractivo e idealista amo. Desde que conociera a Shinzaemon, él sólo había hablado de la guerra, de la gloria de la guerra, de la gloria de la muerte. Sachi también se había dejado seducir por ella, se había dejado llevar por el fervor de Shinzaemon. Pero después había visto todos esos cadáveres. La guerra ya no parecía gloriosa, dijeran lo que dijeren los hombres. La guerra era una carnicería.

—Pero ¿qué hacíais allí? —preguntó Tatsuemon, como si acabara de reparar en lo extraño que era que esas mujeres que había visto por última vez en el lejano valle del Kiso estuvieran deambulando por un campo de batalla en Edo.

—Fueron los cañones —respondió Sachi—. Se oían en toda la ciudad. Parecían truenos. No podía quedarme de brazos cruzados. Allí arriba había mucha gente, muchas mujeres, mirando si había alguien vivo que necesitara ayuda.

Fue lo único que se le ocurrió decir para no preguntar «¿Y Shinzaemon? ¿Dónde está? ¿Qué ha sido de él?». Tuvo que apretar los dientes para no dejar escapar esas palabras.

Tatsuemon volvió a quedarse callado.

—Edwards-dono me dijo —murmuró al cabo de un rato— que los sureños tomaron la colina y destruyeron los templos. —Se quedó con la mirada perdida, como si contemplara un espectáculo doloroso—. Esos sureños son unos cobardes —dijo de pronto—. No pelean cara a cara, como los hombres. Se esconden detrás de sus cañones. Nos bombardearon durante toda la mañana desde el otro lado del valle. Ni siquiera podíamos verlos. El ruido era terrible. Y el ruido de los proyectiles surcando el aire... parecía el rugido de un fantasma. No sabías dónde iban a caer. Los proyectiles se estrellaban contra el suelo y explotaban, abriendo inmensos cráteres, lanzando barro y tierra y carne humana, la carne de los desdichados que estaban allí. Brazos, manos, pies, piernas, vísceras, trozos de hueso saltaban por los aires. Hombres hechos pedazos. Ésa no es forma de morir. ¿Cómo se puede combatir a un enemigo que lucha así?

»El humo... me asfixiaba. Y el hedor, el hedor a sangre, a sesos y a entrañas. En Kioto no me importaba tener que matar. Eran mis enemigos. Estaba orgulloso. Pero aquí era a nuestros hombres a quienes veía morir.

»Estábamos refugiados en los árboles, tratando de apartarnos, tratando de no pisar a los muertos y a los moribundos. Y los gritos de esos hombres. Siempre confías en que cuando te llegue la hora morirás como un samurái, en silencio. Pero no todos morían así.

»Llovía —continuó—. Estábamos calados hasta los huesos. Corríamos en una dirección y luego en otra, resbalando, intentando esquivar los proyectiles.

Su voz se fue apagando. Sachi vio que volvía a tener la frente cubierta de sudor.

—Por la tarde cesaron los bombardeos. Bajamos a la Puerta Negra.

—¿Tú y...? —dijo Taki con un hilo de voz.

Todos estaban pendientes de las palabras de Tatsuemon.

—Tora, Shinzaemon y yo. Conseguimos llegar los tres. Y Gen. Genzaburo, un amigo al que habíamos conocido en Kioto. Shin había vuelto a verlo en el valle del Kiso.

—Lo sé —susurró Sachi.

—Los hombres que estaban en la Puerta Negra necesitaban refuerzos. Los sureños también tenían cañones allí. Estaban decididos a matarnos a todos. Nosotros no parábamos de disparar; nos agachábamos para cargar nuestros rifles, nos levantábamos y disparábamos, como nos habían enseñado a hacer. Al menos podíamos verlos, con sus uniformes negros, y a los de Tosa con sus pelucas rojas. Al menos no teníamos que pelear con un enemigo invisible. El ruido de mi rifle me había dejado sordo; notaba el sabor de la pólvora en la boca.

Apretó los párpados y frunció la frente.

—Defender la Puerta Negra, ésa era la orden. Estábamos los cuatro juntos. Cuando traspasaron nuestras filas, nos agachamos detrás de unas rocas y empezamos a liquidarlos uno a uno.

—¿Con las espadas? —preguntó Taki.

Miraba a Tatsuemon con ojos centelleantes, como si le hubiera gustado estar allí, peleando a su lado; como si al verlo allí se acordara del camino y sintiera una ráfaga de aire fresco después de pasar tanto tiempo recluida en la mansión.

—Teníamos rifles, rifles franceses. Nos habíamos entrenado mucho: practicábamos puntería y aprendíamos a cargar y disparar deprisa. Tora lo hacía muy bien. Nunca fallaba. Cuando un soldado enemigo cargaba contra él, Tora le disparaba en la cara. Shin chillaba como un enloquecido, disparando y clavando su bayoneta. La mitad de los sureños huyeron al verlo. Le vi matar a diez hombres. No, a veinte. Habría estado orgullosa de él.

Tenía la mirada extraviada. Sachi sonrió. Se imaginó a Shinzaemon peleando con arrojo, sin una pizca de miedo.

—Gen también era un terror. Mató a muchos enemigos. Sí, sabíamos usar nuestras armas. Pero teníamos que parar para cargarlas. El enemigo tenía rifles que nunca paraban de disparar. Era como una lluvia de balas. Entonces cargaron contra nosotros; eran una horda. Cada vez que matábamos a uno aparecía otro. No paraban de llegar más hombres. Nos obligaron a subir más y más por la colina. Por el camino perdimos de vista a Gen. No sé qué fue de él.

Sachi se quedó callada. No se sentía capaz de decirle que Genzaburo había muerto.

—Al final nos obligaron a subir a la cima de la colina. Creo que fue entonces cuando... me dieron.

Arrugó la cara.

—Fue un buen combate —murmuró—. Un combate glorioso. Murieron muchos hombres, pero tuvieron una muerte digna. Pero yo... no pude hacer nada. Les fallé a mis camaradas y a mi señor. Estoy avergonzado. Tendría que estar muerto, como todos los demás.

Como todos los demás... A Sachi se le cortó la respiración. Sintió que se asfixiaba. Intentó controlar el temblor de su voz y dijo:

—¿Quieres decir que... Toranosuké y Shinzaemon...?

—Ellos estaban allí cuando... Estábamos todos juntos —dijo, impotente—. No sé qué les pasó.

Todavía había esperanzas. Sachi tenía la boca tan seca que no podía hablar.

—¿No los visteis? —preguntó Tatsuemon—. Cuando me encontrasteis a mí... ¿No estaban ellos allí también?

—No, no estaban allí —susurró Sachi.

No sabía qué decir. No quería que Tatsuemon pensara que sus camaradas se habían ido y lo habían abandonado en el campo de batalla. Pero tampoco quería que creyera que habían muerto.

—Quizá fueron a buscar ayuda —especuló Sachi.

—¿Ayuda? —Tatsuemon compuso una triste sonrisa—. Me dieron por muerto. Fue una masacre.

—Los buscamos —terció Taki—. Recorrimos todo el campo de batalla.

—Deben de estar vivos —dijo Sachi con voz temblorosa. Necesitaba convencerse tanto como él. Inspiró y añadió con firmeza—: Estoy segura.

Tatsuemon asintió.

—Eso es —dijo—. Eso fue lo que pasó. Se marcharon al norte. Siempre decíamos que si lográbamos salir vivos iríamos al norte. Tengo que ir allí. Tengo que encontrarlos.

Sachi cerró los ojos. Volvía a estar en el puente. Notó los brazos de Shinzaemon alrededor de su cuerpo; vio sus ojos, clavados en los de ella. Alguien tan lleno de vida como él no podía estar muerto. Y si Shinzaemon estaba vivo... Sachi tenía que hacerle llegar un mensaje. Tenía que decirle dónde estaba, para que cuando regresara...

Miró a Tatsuemon, se agachó y acercó los labios a su oreja.

—Cuando encuentres a tus camaradas, ¿querrás...? —susurró.

Se miraron a los ojos, y Tatsuemon asintió con la cabeza.

Sachi buscó papel y un pincel y le pidió a Taki que le moliera un poco de tinta. Pensó un rato. Ese poema del poeta Teika, escrito mucho antes de la era Tokugawa, que hablaba de estar juntos, de temer que llegara el amanecer porque el futuro sólo podía traer tristeza... expresaba sus sentimientos a la perfección. Con la caligrafía

más fluida y bonita de que fue capaz, escribió los tres primeros versos:

*Hajime yori / Hace mucho tiempo*  
*Au wa wakare to / aunque sabía que encontrarnos*  
*Kikinagara / sólo podía significar separarnos*

Shinzaemon sabría el final:

*Akatsuki shirade aun así me entregué a ti*  
*Hito o koikeri sin pensar en el amanecer.*

Añadió una breve nota: «En la mansión Shimizu... esperando.»

Releyó lo que había escrito, comprobó que estaba satisfecha con cada trazo del pincel, sopló sobre la tinta y esperó a que se secara. Entonces enrolló la hoja y escribió el nombre de Shinzaemon en la parte exterior. Se la puso en la mano a Tatsuemon y le cerró los dedos.

—No lo olvides —susurró.

### III

Edwards fue a tomar el té con ellas. Estaba de cuclillas en el suelo, incómodo, con las largas piernas dobladas a cada uno de sus lados, como un grillo. Tenía un cuerpo muy anguloso, del que sobresalían los codos y las rodillas; a su lado, el de Sachi era redondeado y compacto. Se inclinó y cogió una taza de la bandeja que sujetaba la doncella. Sachi se fijó en sus enormes y blancas manos, con unos dedos anchos, con los extremos cuadrados, recubiertos de vello rojizo. La taza de porcelana parecía aún más diminuta y frágil en sus manos.

Mientras se tomaba el té, Sachi miraba alrededor, curiosa. La casa del extranjero



era muy peculiar. Tenía tatamis y puertas y ventanas correderas, como cualquier otra, pero estaba llena de extraños objetos: unos recipientes que parecían arcones, puestos de pie, y una mesa tan alta que sólo un gigante podría haber escrito en ella. El tablero de la mesa quedaba a la altura de la cabeza de Sachi, que estaba sentada en el suelo.

En la hornacina, en lugar de una pintura o una caligrafía, había un retrato de una mujer, pintado con una sustancia densa y oleosa. Tenía las mejillas abultadas y unos enormes ojos redondos, como los de Edwards; llevaba un objeto metálico y reluciente en la cabeza que parecía el emblema del casco de un samurái. Llevaba un voluminoso vestido, aún más suntuoso que un kimono de cortesana, pero tenía los brazos y los hombros desnudos. Sachi iba a preguntarle a Edwards si era una cortesana cuando él se fijó en que estaba contemplando el retrato y dijo:

—Es la reina de mi país, la reina Bikutoria.

Sachi dio un suspiro de alivio y se alegró de no haber dicho nada. Qué extraño país, gobernado por una mujer semidesnuda que vestía de una forma tan indecorosa. Entonces percibió un olor empalagoso y picante, muy distinto de los sutiles aromas a que ella estaba acostumbrada, superpuesto a un olor a humedad. La casa estaba impregnada de misteriosos olores extranjeros, y le producía una mezcla de fascinación y repulsión. Lamentaba que Tatsuemon tuviera que estar en un sitio así, y sin embargo también le tenía envidia. Luego estaba el olor que desprendía Edwards, ese penetrante olor corporal, a la carne que comía. Al principio lo había encontrado repugnante, pero ahora lo encontraba excitante. Era un olor agreste, a animal salvaje.

—¿Puedo preguntaros...? —dijo Haru deslizándose hacia delante sobre las rodillas.

Sus pequeños y sesgados ojos estaban muy abiertos, y en su redondeado rostro se reflejaba la curiosidad. Sachi rezó para que no hiciera ninguna pregunta ofensiva. Haru nunca perdía su desenfadado sentido del humor ni su afición a las historias picantes, ni siquiera en los peores momentos. Sachi recordaba una vez, cuando era joven —el día después de dormir con Su Majestad—, en que Haru le había hablado de los polvos de lagarto asado, que despertaban el deseo de cualquiera que los comiera; y esos chistes que hacía sobre los tallos de seta.

—En vuestro país... —susurró Haru tapándose la boca con una mano, y luego con la otra, y con los ojos fijos en el tatami—. ¿Es cierto que tenéis unos monstruos de hierro que corren más que un caballo? He oído decir que pueden recorrer en un día la distancia que un hombre recorrería en siete.

Sachi miró a Tatsuemon. El joven se hallaba lánguidamente recostado, pero Sachi vio que estaba escuchando. Quizá un poco de conversación insulsa lo animara y lo distrajera de sus siniestros pensamientos. Sonrió y meneó la cabeza.

—¡Monstruos de hierro! —exclamó—. ¡Qué cosas dices, Hermana Mayor!

—Pero esos barcos que vimos en la bahía... eran monstruos de hierro —intervino

Taki—. Quizá también haya monstruos de hierro que viajan por tierra.

Las mujeres miraron a Edwards con expectación. El extranjero miraba sin comprender a Haru, con la frente arrugada y las claras cejas juntas. Entonces echó la cabeza hacia atrás y rió mostrando los dientes.

—Es verdad —dijo—. ¿Cómo sabe usted eso, Haruko?

—Una vez vi uno —contestó Haru.

Se ruborizó tanto que le brilló el dorso de las manos; luego bajó las manos al regazo y miró alrededor. Sus labios compusieron una provocativa sonrisa.

—¿Que viste uno?

Sachi y Taki la miraron asombradas. Los redondos ojos de Edwards se redondearon aún más, y sus labios dibujaron una amplia sonrisa.

—Sí —afirmó Haru asintiendo con la cabeza.

Miró alrededor para ver si Tatsuemon estaba escuchando, y entonces hizo una pausa para mantenerlos a todos en suspense.

—Cuéntanoslo, Hermana Mayor —le suplicó Sachi.

El rostro de Haru se ensombreció, como si le produjera dolor recordar el pasado. Respiró hondo.

—Nunca lo olvidaré —dijo en voz baja—. Fue la primera vez que vinieron los extranjeros, hace catorce años. Vinieron al castillo. Eso fue poco después de la muerte del shogun Ieyoshi. Lo había sucedido el shogun Iesada.

Catorce años, pensó Sachi; cuatro años después de su nacimiento, después de que su madre... desapareciera sin dejar rastro.

—Las mujeres estábamos deseando ver a los extranjeros —continuó Haru—. No nos permitían entrar en el palacio de los hombres, desde luego, pero llevaron a los extranjeros al gran patio que había en medio del palacio. Nos sentamos detrás de las celosías para observarlos desde allí. Era la primera vez que los veía.

Miró a Edwards y se le marcaron unos hoyuelos en las rellenas mejillas.

—Nos parecieron espeluznantes —dijo esbozando una sonrisa de arrepentimiento—. Nos alegramos de que no pudieran vernos aunque miraran hacia donde estábamos. Creo que sabían que nos hallábamos allí, aunque permanecíamos calladas como ratones. Entonces fue cuando vimos el monstruo de hierro. Lo habían llevado para regalárselo a Su Majestad. Jamás habíamos visto nada tan grande. Era negro y reluciente, como un enorme tronco de árbol tumbado. Y era de hierro.

Se oyó un susurro. Tatsuemon se había incorporado y estaba inclinado hacia delante; le brillaban los ojos. Miraba a Haru como si no quisiera perderse ni una sola palabra de su relato.

—¡Y qué ruido hacía! Parecía una anciana roncando. Eso fue lo que dijimos todas. Echaba humo, tanto humo como un millar de fogatas o... o como la chimenea del horno de un ceramista, o de un fabricante de espadas. O esos barcos que vimos en

la bahía.

—¿O un cañón? —preguntó Tatsuemon inesperadamente—. ¿Tanto humo como un cañón? ¿Y un estruendo tan fuerte?

—No, no era humo. Era vapor —la corrigió Edwards—. Lo llamamos «máquina de vapor». He oído hablar de ese episodio. La primera delegación americana se lo regaló al shogun. Aunque no creo que le sirviera de mucho. Decían que vivía recluido en ese palacio.

Miró con fijeza a las mujeres. Sachi desvió la mirada.

—Corría por unos raíles de metal; daba vueltas y vueltas. Algunos consejeros se montaron en él. No os lo podéis imaginar: todos esos grandes oficiales con sus túnicas ondeando, dando vueltas y más vueltas. Se agarraban con fuerza, haciendo todo lo posible por aparentar dignidad. —Haru se tapó la boca con ambas manos y rió.

—Era un modelo, una especie de juguete —explicó Edwards—. Las máquinas de vapor de verdad son mucho más grandes. Deberían verlas. En mi país hay muchas. Arrastran unas enormes cajas metálicas, mucho más grandes que palanquines o baúles, llenas de mercancías y de pasajeros. Caben centenares de personas.

Las mujeres lo miraron con los ojos como platos. Era imposible imaginar un mundo tan distinto del suyo. Y sin embargo habían visto los barcos, habían oído los cañones, habían viajado en el coche con ruedas. Reconocían que en el mundo había cosas de las que ellas nunca habían oído hablar.

—Muy pronto tendrán una aquí, se lo prometo. Quizá más de una. Les ha parecido que mi carruaje iba muy deprisa, ¿no es cierto? Pues bien, esas máquinas van mucho más rápido. Podrían recorrer toda la ruta Nakasendo en un solo día.

Sachi se miró las pequeñas y blancas manos, que reposaban una sobre la otra en las faldas de su kimono. No entendía por qué alguien podía querer viajar tan deprisa, sin detenerse a admirar las famosas vistas. Lo interesante era el viaje. Por eso viajaba la gente.

—¿En serio? —dijo con una sonrisa en los labios—. Pero creo que olvidáis todas esas montañas. Me parece que sois un adivino. —No pudo reprimir el impulso de burlarse de él—. No tenéis bastoncillos de adivinación, no recitáis conjuros, ni siquiera nos habéis examinado la cara ni las manos, ni nos habéis pedido unos honorarios. Y sin embargo afirmáis que podéis ver el futuro.

Edwards le devolvió la sonrisa.

—Quizá tenga razón —dijo con picardía—. No podemos detener el progreso; llegará aunque no queramos. Y voy a decirle otra cosa: ya ha llegado un ingeniero de mi país para construir un... un... Cuando ustedes ven hogueras en las colinas, saben que hay un incendio o que se acerca un ejército... ¿no? Es algo parecido. Sirve para transmitir mensajes desde una gran distancia. Pero con mucha más precisión. Usted

pulsa el mensaje aquí, en Edo, y alguien lo recibe en Osaka, por ejemplo, inmediatamente. En el mismo momento.

—Eso parece magia negra —dijo Taki con gesto de desaprobación.

Sachi frunció los labios. Había oído contar historias sobre unos extranjeros que realizaban magia, pero nunca les había prestado mucha atención. Sin embargo, lo que estaba diciendo Edwards sonaba muy siniestro. Podía imaginarse un monstruo de hierro. Tenía algo en común con esos grandes barcos que había visto con sus propios ojos y con los cañonazos que había oído. Pero enviar mensajes sin que nadie los pronunciara o los escribiera en un papel...

—Pero ¿por qué? —preguntó—. Ya tenemos «pies voladores». Tardan tres días en llevar un mensaje a Edo o a Kioto; un día si viajan a caballo. ¿Por qué querríamos que los mensajes llegaran más deprisa?

—Es como los rifles y las espadas —intervino Tatsuemon. Todos se volvieron y lo miraron. Sus mejillas habían recobrado algo de color y volvían a brillarle los ojos—. Con las espadas, gana el mejor. Pero con los rifles... El enemigo puede dispararte sin que llegues a verle la cara. Puedes matar a un hombre y ni siquiera lo sabes. Ya no hay gloria en eso. Al menos, cuando puedes verles la cara sabes que los has matado. Pero el bando que lucha con rifles gana. Vencen a los que luchan con espadas. Por eso necesitamos rifles si queremos derrotarlos. Buenos rifles. Rifles ingleses. Y si ellos tienen esos mensajes mágicos de que habla Edwards-dono, también deberíamos tenerlos. Me gustaría ver esas cosas de que habla. Me gustaría montar en un monstruo de hierro. Eso es lo que más me gustaría.

—Montarás —dijo Edwards—. Los mensajes mágicos llegarán el año que viene. No necesito consultar a los espíritus para asegurártelo. Y después llegará el monstruo de hierro. Pase lo que pase con la guerra, tendrás tu monstruo de hierro.

## IV

Sachi iba todos los días al parapeto y contemplaba el paisaje ennegrecido por el fuego y la lejana colina, y sin embargo, comprobaba que nada cambiaba con el

transcurso de los días. En el pasado, después de un incendio la gente salía enseguida a reparar los daños y empezaba a reconstruir las casas. Pero un terrible letargo se había apoderado de la ciudad. Sachi temía que los bosques y los páramos invadieran Edo, y que pronto no quedara ni rastro de que allí había habido una ciudad. Aislada en un solitario esplendor en la mansión de lo alto de la colina, tenía la impresión de que la vida de toda aquella gran metrópoli se había escurrido junto con la sangre de sus guerreros. También su vida se había limitado, y ya no había nada más que las cuatro paredes que la rodeaban. Sachi y Taki dormían juntas, con las alabardas a mano. Las otras damas de honor, y hasta las invisibles sirvientas que siempre pululaban por la casa, habían desaparecido. Haru se ocupaba de la princesa y de cocinar. A veces oían voces en las zonas más recónditas de la mansión, pero aun así parecía que estuviera habitada por fantasmas.

El anciano las custodiaba. Por la noche oían el tableteo de su látigo de madera. Resonaba, frío y seco, por los silenciosos jardines, para prevenir a cualquier intruso que pudiera querer colarse bajo el edificio y clavar un cuchillo a través de los tatamis.

Todos los días Sachi se preguntaba qué pasaría al día siguiente. Tarde o temprano se les acabarían el dinero y las provisiones. Iban a visitar a Edwards siempre que podían, es decir, siempre que les enviaba el carruaje. Les contaba historias de los extraños países que había visitado y también de su país, donde las mujeres de buena familia no tenían que pasar toda la vida encerradas en sus casas. Aunque no lo dijera, Sachi temía el momento en que Tatsuemon se hubiera recuperado del todo, porque entonces ya no tendrían excusas para ir allí de visita.

Unos días más tarde, Haru llegó, recorriendo las vacías habitaciones de la mansión, con un mensaje: Su Alteza requería la presencia de la Retirada Shoko-in inmediatamente.

Desde que se instalaran en la mansión Shimizu, la princesa no había salido de sus habitaciones. Era como si pensara que ella era la responsable de todo lo que había sucedido; como si la frialdad con que había tratado a Su Majestad fuera lo que había provocado todo aquel desastre.

Sachi estaba ansiosa por verla. De las tres mil mujeres que vivían en la residencia de Su Majestad, sólo quedaban ellas cuatro. Como la princesa estaba recluida, toda la responsabilidad del mantenimiento de la casa recaía sobre los débiles hombros de Sachi. Además, la joven estaba preocupada. Se preguntaba qué querría Su Alteza precisamente ahora.

De las habitaciones de la princesa salía humo de incienso con perfume de sándalo, clavo, canela, jengibre, ámbar gris y otras especias que ardían en su altar budista. Era un olor misterioso, sagrado, intenso; una fragancia misteriosa y sobrecogedora que evocaba la oscuridad y el suntuoso mobiliario de los templos, el

oro de los altares, los rezos de los sacerdotes, el sonido de los tambores, la devoción de millones y millones de fieles y el humo de las piras funerarias. Al aspirarlo, el espíritu de Sachi se serenó, y sus pensamientos se orientaron de nuevo hacia la realidad. Oía el murmullo de una plegaria. Esperó un momento y abrió la puerta corredera.

La princesa había convertido su habitación en un santuario. La tablilla conmemorativa de Su Majestad reposaba sobre el altar, rodeada de ofrendas y de velas en las que ardían altas llamas amarillas. Una pequeña figura estaba arrodillada ante el altar, pasando las cuentas de su sarta.

Sachi se arrodilló junto a la princesa. Sus ojos dieron con el daguerrotipo del amable y joven rostro de Su Majestad. Creyó volver a estar en el palacio de las mujeres, en una habitación llena de biombos dorados e iluminada con enormes velas, con una multitud de sirvientas esperando en las sombras. Las voces y las risas de las mujeres flotaban a través del pan de oro de las paredes y por los artesonados exquisitamente tallados, con grullas y tortugas, pavos reales y dragones. Las acolchadas orillas de los kimonos hacían frufrú al rozar el tatami. Todo lanzaba destellos dorados: las túnicas colgadas en los colgadores lacados, los estantes delicadamente escalonados, las cajas de cosméticos, los juegos de té de porcelana.

Recordó las obras de teatro y las danzas. Y la primera vez que vio a Su Majestad. Había oído su risa y miró a través de la celosía, y entonces lo vio, montado a caballo, con el halcón en la muñeca, rodeado de cortesanos. Entonces sólo era una cría y acababa de llegar al palacio; una doncella de rango inferior que todavía hablaba con acento rústico. Lo había admirado desde lejos: tan esbelto, tan joven, tan apuesto. Recordó la noche que habían pasado juntos: las sábanas de seda, el calor del cuerpo del shogun, su pálido torso y su pícara sonrisa. Ahora Sachi era una gran dama, y una samurái, pero aun así tuvo que tragar saliva para contener las lágrimas.

Pero había otro recuerdo que se enfrentaba con ése y que amenazaba con extinguirlo. Temió que la princesa pudiera leerle el pensamiento y que viera la imagen de Shinzaemon que ocupaba su mente.

Pero la princesa ya no parecía estar en este mundo. Envuelta en la fina seda de su kimono de verano, parecía frágil e incorpórea como un junco. Sachi veía las azules venas y los finos huesos bajo la transparente piel de sus manos, y se fijó en que tenía los ojos grandes y luminosos, como si ya contemplaran el otro mundo. Por muchos golpes que le asestara el destino, llevaba la nobleza en la sangre. Era la hermana del difunto emperador. Eso nadie podía arrebatárselo.

—Fueron tiempos felices —murmuró la princesa. Hacía mucho tiempo que Sachi no oía esa aguda y aflautada vocecilla—. O al menos, cuando pienso en ellos, me parecen felices. Me alegro de verte. Floreces como una campanilla. Yo, en cambio, me estoy apagando.

Sachi clavó los ojos en el tatami y escuchó con reverencia.

—Estoy segura de que oíste los cañones —continuó—. Ya debes de saber que los últimos partidarios de los Tokugawa (la milicia) han sido derrotados o expulsados de Edo. Ahora hay un nuevo gobierno que gobierna en nombre de Su Excelencia el emperador, mi sobrino. —Dio un resoplido, una especie de amarga risa—. Me han notificado sus intenciones. También esta precaria vida que llevamos aquí ha terminado. Tienen que castigar al clan Tokugawa. Van a reducir nuestro estipendio y el de nuestras sirvientas, y van a expulsarnos de Edo. Tenemos que ir a Suruga, donde está exiliado el shogun retirado, el señor Yoshinobu.

Sachi frunció la frente, tratando de asimilar la gravedad de lo que estaba diciendo la princesa. Sin sus estipendios, estaban arruinadas. Tendrían que buscar una forma de ganarse la vida, o morirían. Y lo peor de todo era que iban a exiliarlas a Suruga. Parecía el fin del mundo.

Entonces comprendió las consecuencias de esa sentencia. Si... Cuando... Shinzaemon fuera a buscarla —suponiendo que Tatsuemon lo hubiera encontrado—, esperaría encontrarla en la mansión Shimizu. Y aunque Tatsuemon no lo encontrara, Shinzaemon pensaría que Sachi estaba en Edo. Pero si se marchaba a Suruga, nunca volvería a verlo. Ni a él ni a su padre.

La princesa se había quedado callada. En el pasado, siempre anunciaba las malas noticias con gemidos y lamentos, y en cambio ahora emanaba una serenidad casi sobrenatural. Tal vez esos meses de oraciones y meditación le habían proporcionado una paz interior que le había permitido elevarse sobre los problemas de este mundo.

—Tendrán que vaciarse doce mil casas —continuó la princesa, indignada—. Cien mil personas. El gobierno nos ha dado un mes para recoger nuestras cosas. Cuando nos marchemos, la ciudad quedará vacía. Este gobierno quiere destruir Edo y todo lo que representa.

Sachi sabía cuál era su deber, sabía qué tenía que decir:

—Estoy a las órdenes de Su Alteza. Si así lo deseáis, me iré de Edo cuando le convenga a Su Alteza.

Pero de pronto se apoderó de ella una firme determinación. Se quedaría en Edo, pasara lo que pasase. No le importaba tener que esconderse. No pensaba marcharse y que la enviaran a un lugar desconocido y remoto.

Hubo un largo silencio. La princesa miraba a Sachi como si quisiera grabarse su cara en la memoria. Sachi se preguntó si la rebeldía se reflejaría en su expresión.

—Eres como una hermana para mí —dijo con un hilo de voz—. Mi hermana pequeña. Nunca olvidaré cuando te vi por primera vez en tu aldea. Yo no solía fijarme en la gente del campo. Pero tú... Me miraste con tus grandes ojos, tan vivaracha y tan curiosa, y supe que no tenías ningún miedo. Y tu cara se parecía tanto a la mía... Eras como yo, pero más joven y más feliz.

La princesa se irguió, y sus labios compusieron una sonrisa.

—Cuando me casé con el shogun juré compartir el destino de los Tokugawa —continuó—. El mundo ha avanzado, pero yo no formo parte de él. Nunca podré formar parte de él. Tú eres diferente. Tú nos trajiste alegría a todos. Incluso a Su Majestad, pese a su corta vida: tú lo hiciste feliz. Siempre has cumplido con tu deber. Ahora te libero. Anulo cualquier obligación que hayas podido tener hacia mí. Si quieres desobedecer el edicto, puedes hacerlo. Estoy segura de que encontrarás alguna forma de quedarte aquí, en Edo. Yo me iré al exilio.

Sachi estaba arrodillada, con las manos sobre el tatami. La miró con lágrimas en los ojos. Sus destinos habían estado entrelazados mucho tiempo.

—Es posible que nunca volvamos a vernos —dijo la princesa Kazu—. Aunque me obligaron a marcharme de Kioto y a abandonar a mi familia, siempre te he tenido a ti como hermana. Nunca te olvidaré.



## 12. UNA VISITA AL PRESTAMISTA

### I

Había terminado el verano. Hacía frío y humedad —se acercaba el primer tifón del otoño—, y Sachi estaba muy nerviosa. Temía oír en cualquier momento el ruido de los pasos de los soldados irrumpiendo con órdenes de desalojar la casa. Pero pasaban los días y no sucedía nada. A veces se preguntaba si la princesa se habría equivocado, si no habría ningún decreto o si nadie estaría dispuesto a hacerlo respetar.

Pero cada vez que iban de visita a la casa de Edwards, comprobaban que la ruta Tokaido estaba abarrotada de refugiados. Se veían arrastrados por una inmensa masa de gente de caras grises y transidas que avanzaba dando traspiés, pisándose unos a otros, arrastrando carros cargados de bultos. Todos aquellos refugiados, pensó Sachi con pesar, debían de haber sido burócratas, funcionarios, guardias, empleados, oficiales al mando de uno u otro departamento, subsecretarios de subsecretarios, damas de honor, doncellas, cocineras... Todos debían de haber estado al servicio de alguna rama de la familia Tokugawa. Ninguno había hecho ni más ni menos que lo que se esperaba de un leal servidor. Ahora se habían convertido en traidores, y los echaban del único hogar que habían tenido, condenados para siempre a la desgracia, al exilio y a la pobreza.

Sachi sabía que ellas no podrían eludir el edicto eternamente. En un futuro no muy lejano, también ellas se enfrentarían al destino de esos refugiados anónimos que recorrían la ruta Tokaido.

Precisamente cuando Sachi estaba pensando que la situación no podía empeorar, Haru fue a decirle que la despensa estaba casi vacía. Se habían terminado el arroz, el miso, la sal, las verduras, la leña, el aceite de las lámparas... No quedaba casi nada.

Cuando vivía en el palacio de las mujeres, Sachi siempre había tenido todo lo que necesitaba. Tela, hermosos kimonos, toda clase de cosméticos, juegos o instrumentos musicales que hubieran sido inventados; si le faltaba algo, sólo tenía que dar unas

palrnadas para que apareciera. En cuanto a la comida, nunca había podido terminarse el plato, porque había demasiada. Ni siquiera en la aldea había escaseado nunca la comida; ellos mismos cultivaban sus alimentos. Pero ahora... El miedo la atenazó cuando pensó en los jardines cubiertos de malas hierbas. Los jardineros que cuidaban los huertos debían de haber desaparecido, como todos los demás.

—Y... ¿no tenemos dinero?

En el pasado, ni siquiera había tenido que pensar en el dinero.

—Tenemos dinero —dijo Haru con un deje de reproche en la voz—. Por eso no tienes que preocuparte. ¿Crees que tu padre permitiría que murieras de hambre? ¿Por qué crees que nadie ha venido a atacarnos? Él te protege y nos protege también a nosotras, y se ha asegurado de que tuviéramos dinero.

Sachi la miró, desconcertada. Llevaba meses sin ver a Daisuké, desde que salieran del castillo. Después de la batalla, cuando la ciudad estaba sumida en el caos, él no había ido a verla para tranquilizarla ni para asegurarse de que estaba sana y salva. La joven había pensado que no era muy buen padre, pese a sus halagadoras palabras.

Sin embargo, se había preguntado por qué seguían llevando una vida tan libre de preocupaciones. Aunque los sureños estaban derribando o requisando las casas de los Tokugawa y de sus aliados, ellas no habían tenido que alojar a ningún soldado, ni les habían ordenado marcharse. Por lo visto, Daisuké las había estado protegiendo a distancia.

—Hay que avisar a los mercaderes de arroz —dijo—. ¿Por qué no han venido a proveernos?

No había terminado la frase cuando lo comprendió. No podían avisar a nadie. No tenían sirvientas.

—Ya no vienen —dijo Haru en voz baja.

Sachi la miró con severidad. Haru tenía las mejillas más delgadas y unas marcadas ojeras. Últimamente no se había alimentado bien; reservaba la mitad de su comida para dársela a Sachi. Al pensar en semejante lealtad, a la joven se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Quiero que me des permiso para ir a la ciudad —añadió Haru—. Necesito un nuevo proveedor.

Sachi entrecerró los ojos.

—¿Vas a llevarte dinero?

—Por supuesto.

—La ciudad está sumida en el caos. Iremos juntas, las tres.

—Es demasiado peligroso —argumentó Haru—. Quédate aquí, en la mansión. Iremos Taki y yo. Las damas refinadas no deben deambular por las calles ni ir a sitios donde vive la gente sencilla.

Pero Sachi estaba harta de esconderse. Se asfixiaba en aquellos espacios vacíos,

en esas polvorientas y silenciosas habitaciones, en medio de tanta tristeza y tanta soledad. Necesitaba vida, gente.

—Será menos peligroso si vamos las tres —insistió en un tono de voz que descartaba toda discusión.

Sachi se puso una sencilla túnica de chonin y un haori acolchado de discreto color marrón. Le gustaba el tacto áspero del algodón, al que ya se había acostumbrado. En los barrios de los chonin, la más humilde prenda de seda había sido una invitación para los ladrones. Haru llenó una bolsa con monedas de oro, se la metió dentro del kimono y se ató el obi con un fuerte nudo. Aun así, se notaba el bulto.

En el jardín, unas fuertes ráfagas de viento soplaban entre los campos de juncias. Las mujeres se abrieron paso a través de las marañas de gramilla, helechos y llantén, y bordearon matas de gigantescos miscantus hasta llegar al portal. Sachi se fijó con aprensión en que hasta el puente que cruzaba el foso estaba empezando a desmoronarse.

Para llegar a los barrios de los chonin tenían que pasar por el chamuscado páramo que se extendía entre la mansión y la colina, en la dirección opuesta a la de la ruta que tomaban para ir a la casa de Edwards. Unos enormes y negros cuervos descendieron a las desiertas calles y se posaron en las ruinas de los edificios, desde donde contemplaron a las tres mujeres con sus pequeños y amarillos ojos. Sus estridentes graznidos resonaban entre las ruinas, haciendo que aquel lugar pareciera aún más desolado. La colina se alzaba, silenciosa, en el horizonte. Era la primera vez que estaban en esa parte de la ciudad desde el trágico día de la batalla.

Las mujeres se recogieron las faldas de los kimonos y anduvieron tan deprisa como podían con sus sandalias de madera, con todos los sentidos alerta. Lo único que les faltaba era que les robaran.

Iban caminando en medio del silencio cuando vieron a un grupo de hombres andrajosos que estaban escondidos en las sombras. Al verlas, los hombres salieron y ocuparon la calle por completo. Eran entre diez y veinte, y parecían animales hambrientos. Blandían bastones, palos y tablones de madera que parecían arrancados del palacio en ruinas de algún daimio.

Haru se sujetó fuertemente el obi cruzándose de brazos. Esa vez las mujeres estaban solas. Shinzaemon no estaba allí para defenderlas, ni Edwards, y no parecía probable que ninguno de los dos apareciera de pronto en un sitio tan desolado como aquél.

Uno de los hombres avanzó hasta pegar la nariz a la de Sachi. Apestaba tanto que la joven sintió náuseas; era evidente que llevaba muchos días sin lavarse. Tenía la cara delgada y contrahecha, el pelo recogido en un grasiento moño en lo alto de la cabeza, y mirada de loco. Sonrió. Le faltaban la mitad de los dientes, y el resto eran

unos raigones negros.

—¿Vais solas, elegantes señoras? —balbuceó. Por lo visto, sus túnicas de chonin dejaban mucho que desear como disfraz, pero al menos esos hombres eran demasiado inocentes para sospechar lo valiosa que era Sachi—. Dadnos vuestro dinero y os dejaremos marchar.

Sachi miró en torno a sí. Otro tipo había agarrado a Haru por los brazos e intentaba separárselos del cuerpo. Ésta permanecía de pie con la cabeza ligeramente inclinada y con las puntas de los pies mirando hacia dentro. Su expresión era imperturbable. El hombre la zarandeaba. De pronto se lanzó hacia ella y le asestó un golpe. Haru no mudó la expresión. Esquivó el golpe sin descruzar los brazos; esperó a que su agresor perdiera el equilibrio e hizo un movimiento tan breve que Sachi casi ni lo percibió. La joven sonrió de satisfacción; había olvidado que Haru era una excelente luchadora. El tipo salió despedido hacia delante poniendo cara de estúpido, tropezó y cayó de bruces al suelo. Le temblaron las esqueléticas piernas, y luego quedó allí tumbado, inerte.

Los otros hombres se quedaron boquiabiertos. Miraron, asombrados, a su compañero y se volvieron hacia las tres mujeres con gesto feroz.

—Habéis tenido suerte —gruñó uno—. Pero no volveréis a tenerla.

Cerraron el cerco. Desprendían un olor nauseabundo.

—No tenemos nada de valor —mintió Sachi—. Dejadnos pasar, os lo ruego. No queremos tener problemas.

Asió el puño de la daga. Las tres mujeres estaban de espaldas unas a otras. Haru se sujetaba firmemente el obi con ambas manos.

—Os creéis muy distinguidas, con vuestros aires y vuestra cortesía —dijo con sorna el que había hablado primero. De su desdentada boca salían escupitajos amarillos. Sachi apartó la cara—. Todo vuestro refinamiento no os servirá de nada. Tendremos el dinero y os tendremos a vosotras. ¿De acuerdo, chicos?

Sachi los miró fríamente, calculando sus posibilidades. Los hombres tenían a su favor la fuerza bruta, pero no sabían pelear. Si no hubieran sido tan ignorantes, se lo habrían pensado dos veces antes de atacar a unas mujeres del palacio. Taki, Haru y Sachi no tenían sus alabardas, y los hombres tenían bastones, pero la joven se fijó enseguida en que ellos no sabían siquiera estar de pie. No les costaría mucho utilizar el impulso de sus propios movimientos para derribarlos. Con todo, ellos eran muchos y estaban desesperados, como perros hambrientos.

El hombre le cerró el paso. Sachi intentó pasar a uno de sus lados, y luego al otro, pero él se mantuvo firme.

Aullando como una manada de lobos, aquellos tipos enarbolaron sus bastones decididos a golpear. Con el rabillo del ojo, Sachi vio que un par de bastones se dirigían hacia su cabeza. Se apartó de la trayectoria de uno de ellos, lo agarró y lo

retorció con un rápido movimiento de la muñeca. Se oyó un crujido, y el hombre cayó al suelo. Sachi tuvo el tiempo necesario para apartarse del otro bastón, y el segundo agresor perdió el equilibrio. Se lanzó torpemente hacia ella, tropezó y cayó al suelo con un fuerte golpazo.

Sachi vio descender un tercer bastón; se lo arrebató a su oponente y lo retorció hasta que el hombre se tambaleó hasta una pared y se quedó tumbado donde había caído. No era una alabarda, pero era tan bueno como un bastón de entrenamiento. Sachi empezó a agitarlo, golpeando con él cabezas, pechos y rodillas. Entonces recibió un golpe que ni siquiera había visto venir, en el pecho; cayó al suelo y se le cortó la respiración. Dos de aquellos individuos se abalanzaron sobre ella y la inmovilizaron, apretándola tan fuerte que temió que le rompieran las costillas.

—¡Tengo a una! —gritó una voz—. ¡La otra es la que tiene el dinero! ¡Cogedla!

Sachi forcejeaba intentando soltarse. Consiguió doblar un brazo hasta coger la daga. Con un solo movimiento, liberó el brazo, con la daga en la mano, y se dio la vuelta. Oyó a Haru gritar: «¡Nunca! ¡Soltadme!» El brazo de Sachi se movió por iniciativa propia. Antes de que se diera cuenta de lo que había pasado, el hombre cayó hacia atrás, aullando y tapándose la cara con una mano.

Sachi se puso rápidamente en pie. Haru tenía la ropa desgarrada y la cara magullada. Se le había soltado el obi, pero todavía se sujetaba el estómago con los brazos y lanzaba golpes con los pies y con los hombros. Al volverse Sachi, un hombre le propinó un fuerte golpe en la espalda a Haru. Ésta se tambaleó hacia delante, y por un momento soltó los brazos. El hombre le arrebató la bolsa y echó a correr. Sin pensar, Sachi lanzó su daga, que describió un arco y se le clavó en la espalda, hasta la empuñadura. El hombre cayó al suelo sin gritar siquiera. Sachi saltó por encima de los cuerpos caídos, cogió la bolsa y arrancó la daga. Había varios hombres tendidos en el suelo, tapándose los ojos con las manos; la sangre brotaba entre sus dedos. Taki estaba limpiando una horquilla con las faldas del kimono.

Más atrás había unos cuantos bandidos que todavía estaban en pie, parpadeando como conejos asustados. Sachi se volvió hacia ellos, y al verla, se escabulleron como cucarachas. Jadeando, Sachi le dio la bolsa a Haru, que volvió a guardársela en el kimono y se ató concienzudamente el obi. En silencio, las tres mujeres se alisaron el cabello y se sacudieron los faldones de los kimonos, tratando de desprenderse del hedor de sus agresores. Sachi limpió la daga con su pañuelo y volvió a guardársela en el obi.

A lo lejos, el monte Ueno parecía una apacible loma cubierta de árboles. Los pájaros lo sobrevolaban, y sus agudos trinos resonaban por la pálida cúpula celeste. Las mujeres tomaron otra dirección, hacia el este, donde estaban los barrios de los chonin.

Sachi empezó a oír un murmullo de voces y a oler a comida, a fuego de leña y a

excrementos humanos. No tardaron en llegar a un gran espacio abierto donde juglares, charlatanes, acróbatas y narradores exhibían sus habilidades. Una mujer hacía hacer trucos a su mono. Otra vendía flores. Había puestos donde vendían pulpo asado y tortillas. La gente deambulaba, mirando embobada y aplaudiendo. Unas mujeres ojeras buscaban entre la multitud, ofreciendo su cuerpo. La vida continuaba en una ciudad al borde de la extinción. Todos tenían que sobrevivir.

Unos individuos escuálidos, con ojos hambrientos como ratas, circulaban alrededor del gentío, vigilando a las mujeres. Haru iba con los brazos cruzados a la altura de la cintura. Sachi se ciñó el pañuelo que le tapaba la cara, para que su pálido cutis y sus aristocráticas facciones no llamaran la atención. Era tranquilizador ver a otras mujeres por allí. Algunas eran geishas o prostitutas, pero también había mujeres normales y corrientes que se ocupaban de sus asuntos. Eso hacía más fácil perderse entre la multitud. Pese a la urgencia de su misión, Sachi se encontraba a gusto en la calle, lejos de las viciadas habitaciones de la mansión, en una parte del mundo donde convivían hombres y mujeres.

A ambos lados de la calle había tiendas, pero muchas estaban cegadas con tablones, y en las que estaban abiertas había pocas mercancías y pocos clientes. En uno de los establecimientos había un letrero de un mercader de arroz. Las mujeres se asomaron e intentaron abrir la puerta, pero estaba bien cerrada. Los mercaderes de arroz —como todos los que habían podido permitírselo— se habían marchado de la ciudad.

Bajaron por un callejón con viviendas a ambos lados, y luego por otro. Las casas estaban muy apiñadas unas a otras, y no entraba ni un solo rayo de sol. Sachi, Haru y Taki avanzaban en fila india, pegándose a la pared para dejar pasar a la gente que venía en la dirección opuesta. Las alcantarillas iban llenas de agua pestilente, olía a comida podrida y a excrementos humanos, las ratas correteaban, los pájaros gorjeaban en sus jaulas y los insectos zumbaban. Los mendigos, flacos como palillos, sentados en el suelo, tendían sus cuencos y gritaban lastimeramente pidiendo limosna.

Se habían perdido. Sachi no decía nada, pero empezaba a inquietarse. Entonces una joven caminó dándose aires hacia ellas, con unos altos zuecos de madera. Ellas se apartaron para dejarla pasar. La joven las miró y abrió tanto los ojos que parecía que fueran a salirse de las cuencas.

—Hora! —exclamó—. ¿Eres... Haru-sama? Y... ¡Oyuri!

Oyuri. Hacía más de tres años que Sachi no oía ese nombre; entonces el shogun todavía vivía, ella aún era la concubina de Su Majestad, la Señora de la Alcoba Contigua.

Y esa voz, aguda y chillona... La reconoció al instante. Las palabras resonaron en sus oídos: «Sucia campesina. No quiero ni acercarme a ti. ¿Por qué no estás en los

establos con los animales?» Su mente rescató imágenes de una niña altanera de nariz respingona con un precioso kimono con toda la ciudad de Edo representada en un bordado, pavoneándose por el gran pasillo que conducía a la puerta de los aposentos del shogun; de bastones de entrenamiento entrechocando y de la brutal pelea que habían protagonizado en la sala de entrenamiento y que Sachi había ganado, contra todo pronóstico. Entonces vio una mano levantada, oyó el silbido de una sandalia al cortar el aire. Sintió el dolor y la humillación cuando la sandalia la golpeó cerca de la oreja; oyó las risitas, vio una hermosa cara deformada por el odio y los celos...

Fuyu.

Recordó también su último encuentro, cuando Fuyu parecía enloquecida. Después había desaparecido, y nadie sabía qué había sido de ella, aunque algunas mujeres decían que su familia debía de haberla ejecutado. Desde entonces, Sachi no había dejado de preguntarse si todo habría sido culpa suya, si sería ella la responsable del terrible sino de su enemiga.

Y allí estaba, enfrente de ellas. Pero ¿era Fuyu de verdad, o era un espíritu de zorro?

Bajo la gruesa capa de maquillaje, la mujer tenía la nariz respingona y el cutis aceitunado de Fuyu. Todavía conservaba el contorno de ese rostro hermoso en forma de corazón que la hacía destacar entre todas las jóvenes del palacio, pero estaba demacrado y transido. Parecía agotada. Tenía los hombros encorvados, como si estuviera acostumbrada a pedir favores, y el kimono le quedaba muy holgado, como una mortaja. Su mirada denotaba fortaleza; se notaba que Fuyu había tenido que luchar para sobrevivir.

—¿También vosotras por aquí? —gruñó. Le faltaban unos cuantos dientes, y los que conservaba, los tenía negros. Llevaba un kimono de crespón, de una calidad poco acorde con su aspecto, con largas y amplias mangas, como los que llevaban las jovencitas. En el palacio, solía disimular su acento de Edo con la entonación de las samuráis de clase más elevada, pero ahora volvía a hablar con un acento mucho más sencillo—. Creí que con la suerte que tienes te habrías librado. —Miraba a Sachi, y en su voz asomaba el antiguo veneno.

Taki se dio la vuelta con brusquedad. Sachi sabía que su amiga estaba haciendo todo lo posible para ocultar sus sentimientos, como debía hacer una samurái, pero sus delgados hombros temblaban de aversión.

—Todas las grandes damas —continuó Fuyu—. Todas habéis acabado aquí.

—¿Quieres decir... que hay otras mujeres? —preguntó Taki—. ¿Otras damas del palacio?

Sachi pensó en sus damas de honor, en sus doncellas y en sus criadas, todas esas mujeres que habían desaparecido. Creía que habrían regresado con sus familias y que estarían a salvo. ¿Cómo podía ser que hubieran acabado allí?

—Claro. Algunas están en la calle. Otras, en los burdeles y en el Yoshiwara. Ya no son tan distinguidas ni poderosas, desde luego.

—¿Y tú? —preguntó Haru.

—No te lamente por mí —le espetó Fuyu con voz crispada—. Mi amo es prestamista. Él cuida de mí. Cometí un error. Era joven. Pero entonces... —Suavizó la voz y dijo—: Bueno, todo se ha derrumbado, ¿no? Ya no tiene importancia que te nombren concubina del shogun o no. Eso ya no significa nada.

¡La querida de un prestamista! Fuyu se había labrado su propio destino, sin duda, pero por muy mal que se llevaran, era terrible ver lo bajo que había caído. Sachi desconfiaba de Fuyu, pero no podía evitar compadecerse de ella. ¡Cómo había acabado! Fuyu, la estrella del palacio de las mujeres, la candidata preferida de la Retirada para ser la concubina del shogun. Sachi también había descendido mucho desde entonces, pero no tanto como Fuyu.

—Pero ¿qué hacéis aquí? —preguntó Fuyu—. ¿Buscáis un sitio donde alojaros? ¿Trabajo? ¿Buscáis trabajo? Venid. No importa lo que busquéis; mi amo os ayudará.

Sachi miró a Taki y a Haru y asintió con la cabeza. Estaban completamente perdidas y no tenían otra alternativa que seguir a Fuyu. Las guió por el laberinto de callejuelas, y ellas la siguieron, mirando alrededor con desconfianza.

—Quizá quiera vendernos —le dijo Taki a Sachi en voz baja, mirando en torno a sí con sus grandes ojos—. Ahora todo es posible. Fuyu sabe mejor que nadie quién eres y lo que podría conseguir si te entregara a los sureños.

—No digas eso —murmuró Sachi meneando la cabeza.

—Ningún habitante de Edo colaboraría con sus ocupantes —susurró Haru con severidad—. Ni siquiera la pobre Fuyu. Estamos todos juntos en esto.

Doblaron una esquina y fueron a parar a una calle más ancha. Había una barbería, unos baños públicos, un vendedor de verduras y, al lado, una gran tienda con el letrero de un prestamista. Fuyu se metió bajo las cortinas.

—¿Eres tú, Fuyu? —dijo una voz—. ¿Qué haces por ahí habiendo trabajo por hacer?

—Oi! —exclamó otra voz.

Dentro había una nube de humo. Una anciana arrugada, envuelta en una holgada prenda marrón, con el cabello recogido en un moño, estaba sentada, con las delgadas piernas dobladas bajo el cuerpo, fumando una pipa de boquilla larga. Miró a las recién llegadas. Detrás de una reja había un hombre repantigado. Un letrero colgado a sus espaldas advertía que se admitían prendas por un máximo de ocho meses. Ocho meses, pensó Sachi. ¿Quién podía saber qué habría pasado entonces, o dónde estarían todos?

El rostro de Fuyu adoptó una expresión atormentada, como de animal acorralado. Entonces compuso una coqueta sonrisa con los pintados labios.



—Soy yo —dijo con un falsete infantil—. Vengo con unas amigas más. Viejas amigas.

Al ver a las tres mujeres, el hombre se incorporó despacio y le dio unos golpecitos a la pipa. Llevaba el traje arrugado y la cabeza sin afeitar. Entrecerró los ojos y las miró con recelo; entonces sonrió, muy afable, mostrando unos dientes podridos.

—Damas del palacio, ¿no? Pasad, pasad. Nuestra tienda es muy pequeña. ¿Tenéis algo que empeñar?

—No. Buscamos un mercader de arroz —contestó Haru.

—Se os ha acabado la comida, ¿eh? —dijo él frunciendo el entrecejo y acariciando su ábaco—. Sí, son tiempos difíciles. Esta ciudad está acabada. Toda esa gente que vivía del daimio se ha marchado. Han abandonado la ciudad. Nosotros también hemos preparado el equipaje, ¿no es así, Fu-chan?

Fuyu le dijo algo al oído. El prestamista abrió mucho la boca. Dio un grito ahogado, apartó su ábaco y se arrodilló, tocando la esterilla del suelo con la cara.

—¡Cuánto lo siento! ¡Cuánto lo siento! —exclamó con voz amortiguada, frotando la esterilla con los labios—. Perdonadme, Honorable Señora. Honorable Concubina. Gracias por honrar mi humilde tienda con vuestra presencia. Haré todo lo que pueda para ayudaros. Nunca olvidaremos... A Su joven Majestad.

Una gran lágrima cayó sobre la mugrienta estera, y luego otra. El hombre se enjugó los ojos con la mano. La anciana también se había arrodillado.

—Aquí somos todos súbditos leales de Su Excelencia —dijo ella con voz ronca—. Odiamos a esos sureños como el que más. Haremos cuanto podamos. Cuanto podamos.

Sachi no estaba segura de que hablaran con sinceridad, pero no le importaba, siempre que les consiguieran comida. Haru metió una mano en su obi y sacó una moneda de oro.

—Nos gustaría comprar arroz. Podemos dejar un depósito —dijo.

El hombre cogió unas gafas, se acercó la moneda a la cara y la examinó. Se la pasó a la anciana, que la mordió concienzudamente.

—Creíamos que ya no quedaban —dijo, maravillado, y compuso una sonrisa maliciosa—. Disculpádnos, Señora. No sé si esto servirá aquí. Mirad, lleva el sello de los Tokugawa.

Sachi cogió la moneda y la examinó, desconcertada. Sí, llevaba el emblema con la malvarrosa de los Tokugawa.

—Creerán que las hemos robado. Los soldados registran nuestras casas. Los soldados sureños. Dicen que buscan el oro del shogun. Dicen que ha desaparecido.

—No seas necio, Hermano Mayor —le espetó Fuyu—. Lo que buscan son los lingotes. No olvides que yo también vivía en el palacio. Pero nadie cree que estén

allí. Seguro que los escondieron fuera del palacio hace ya mucho tiempo. Hazles este favor a las damas. Puedes fundir las monedas.

—¿No tenéis cobre, Señoras? —preguntó el hombre con una sonrisa obsequiosa—. Aunque sólo sean unos pocos nion. Eso bastaría como depósito. Al fin y al cabo, es para la Honorable Concubina.

Haru metió una mano en el obi y sacó una sarta de monedas de cobre.

—Me ocuparé de todo, Señoras —dijo el prestamista—. Tengo que poner mi grano de arena en memoria de Su joven Majestad.

## II

El prestamista cumplió su palabra. Al día siguiente, Haru informó de que habían llevado a la mansión suficiente arroz, sal, miso, aceite para lámparas, verduras y leña para proveer a las mujeres durante meses.

Unos días más tarde, Sachi estaba escribiendo cuando oyó un frufú de seda. Taki apareció en la puerta, con las manos sobre el tatami y la cabeza, perfectamente peinada, agachada.

—Tenéis visita —anunció con formalidad.

Pasaba algo raro. La voz de Taki era un poco más chillona que de costumbre. Había un deje de histerismo en su voz.

—¿Es Edward-sama?

—No —dijo Taki—. Es vuestro honorable padre, Daisuké-sama.

Sachi dejó el pincel.

—¡Mi padre! Pero... ¿por qué? Ya sé que se ha ocupado de nosotras, pero... No sé si quiero recibirlo.

Dijo esas palabras sin proponérselo.

—Ya sé que es tu padre —dijo Taki adoptando una expresión severa. Juntó las cejas y aspiró entre los dientes produciendo un silbido—. Pero me asusta que lo dejes acercarse demasiado a ti. Él no es como nosotras. No es de la clase de los samuráis. Recuerda lo que le pasó a tu madre.

—Aun así tengo que verlo —murmuró Sachi, casi como si hablara sola—. Tengo que saber más sobre mi madre.

No era que hubiera olvidado a su madre, pero la había escondido —a ella y el misterio de su destino— en lo más recóndito de su mente. Como un fuego sofocado y reducido a cenizas, ahora esas ansias volvieron a prender en ella, más abrasadoras que nunca.

Taki le acercó un espejo. Sachi vio su pálido rostro reflejado en la pulida superficie de bronce. Ya no llevaba el pelo corto, como las viudas, sino largo y enrollado. Recordaba los tiempos en que adoptaba un peinado nuevo cada vez que ascendía de posición, y nuevos kimonos para señalar el paso de los meses. Sonrió con tristeza al pensar en la inocencia de esos tiempos, cuando esas nimiedades parecían emocionantes y muy importantes. Ese mundo había desaparecido para siempre.

Se acarició una mejilla con las yemas de los dedos. Había tristeza en su cara. Parecía más delgada, tenía los pómulos un poco más destacados, y unas débiles ojeras. Todavía no había cumplido diecinueve años, pero era difícil imaginar qué le depararía el futuro. Pero no sólo se veía a sí misma. Se estaba acercando más y más a la edad que tenía su madre cuando conoció a su padre. Resultaba extraño y desconcertante sentirse habitada por su propia madre, una madre a la que ni siquiera había conocido. Cuanto más la castigaba la vida, cuanto más se reflejaba el sufrimiento en su cara, más debía de parecerse a su madre. Sachi decidió recibir a su padre.

Taki iba delante de ella, asegurándose de que todas las puertas estuvieran abiertas, y Sachi fue atravesando una oscura habitación tras otra. La acolchada orilla de su kimono susurraba detrás de ella. En parte no quería llegar a la gran sala, no quería ver a aquel encantador tan poco de fiar, su padre. Pero por otra parte estaba impaciente. Redujo el paso hasta apenas moverse, deslizándose un pie y luego el otro por el tatami, como le habían enseñado a hacer en el palacio, como caminaban las grandes damas. Pero era como si su espíritu corriera delante de ella.

Mucho antes de llegar a la gran sala, olió la leñosa fragancia a humo de tabaco y ese peculiar aroma extranjero que siempre desprendía la ropa de Daisuké. También había otro olor. Sachi se quedó quieta. Olor a almizcle, aloe, ajeno, incienso... La clase de perfume que una cortesana emplearía para perfumar sus túnicas. Aceleró de nuevo el paso.

Entonces oyó unas voces conocidas. Haru ya estaba allí.

—Haru. —Era la grave voz de Daisuké.

Sachi oía cada palabra. Se detuvo y le hizo señas a Taki para que guardara silencio.

—¿Crees que me equivoqué, Haru? ¿Debí esperar en el templo? Esa pregunta me ha atormentado desde entonces. Pensé que lo mejor para ella era que yo desapareciera.

Para ella. Estaban hablando de Okoto, la madre de Sachi. Daisuké hablaba con voz lastimera.

—Necesito saber por qué no regresó. ¿La encerraron? ¿La enviaron al exilio? ¿La obligaron a quitarse la vida? Si supiera que está muerta, al menos podría llorar su muerte. No soporto esta incertidumbre. He tenido que llevarla dentro de mí todos estos años. —Dio un profundo suspiro—. Tú debes de saber qué fue de ella, Haru. Dímelo, por favor. Ya he pagado por mis delitos. Ya he sufrido bastante.

Sachi no se atrevía ni a respirar. Siempre había pensado que su madre podría estar en algún sitio, viva; que sólo se trataba de encontrarla.

—Ahora no, Hermano Mayor —dijo Haru con un hilo de voz—. Mi Señora viene hacia aquí. Llegará en cualquier momento.

Él dio un gruñido.

—Si sigue con vida, sólo dímelo. Sólo una palabra, nada más.

Sachi no lo soportó más y entró en la gran sala.

Las volutas de humo formaban espirales en los haces de luz que entraban por las rendijas de las puertas de papel. El humo se movía como la niebla alrededor de las enormes y negras vigas. Daisuké y Haru estaban sentados uno frente al otro, inclinados hacia delante, separados por la caja de tabaco. Entre ellos dos, reluciendo como un pedazo de cielo, estaba el michiyuki. El michiyuki de la madre de Sachi, pulcramente doblado. Daisuké tenía una gran mano posada encima con suavidad, como si lo acariciara.

Al verla, Daisuké y Haru se sobresaltaron y se echaron hacia atrás, como si los hubieran sorprendido tramando algún terrible crimen. Daisuké quitó la mano de encima del michiyuki. Abrió mucho los ojos y puso cara de asombro. Sachi sabía que él no la estaba viendo a ella, sino a su madre. Entonces Daisuké dejó su pipa, se arrodilló e inclinó la cabeza.

Los anchos hombros y la sólida espalda, el fuerte cuello y la gran cabeza, cubierta de pelo corto y entrecano; las fuertes manos posadas sobre el tatami... Todo en él transmitía fuerza, capacidad, sinceridad, franqueza. Habían pasado varios meses, y sin embargo parecía que no hubiera transcurrido apenas tiempo. Sachi sabía que debía ser precavida: Daisuké era el responsable de la caída en desgracia de su madre, y había luchado en el bando de los sureños. Pero también sabía que había cuidado muy bien de ella, de Haru y de Taki. No pudo evitar sentir alivio y júbilo al pensar que aquel hombre era su padre. Se arrodilló rápidamente.

Daisuké levantó la cabeza y miró largamente a Sachi, como si temiera que si dejaba de mirarla ella volvería a desaparecer. Parecía un poco atribulado, tenía los carrillos un poco más flojos y la arruga que tenía entre las cejas era más profunda, pero seguía pareciendo tan amable y apuesto como siempre.

—Hija —dijo con solemnidad, y sus facciones se relajaron.

Compuso una sonrisa.

Sachi inclinó la cabeza. Le costó reprimir una sonrisa.

—Bienvenido —dijo, un poco tensa.

Sabía que él quería que lo llamara «padre», pero no podía. Todavía no.

—Lo siento —dijo ella. Quería ahorrarse el habitual intercambio de tópicos y cumplidos—. Ya sé que es una grosería, pero... no he podido evitar oír lo que decíais.

Haru estaba arrodillada, tapándose la cara con ambas manos. Los relucientes moños de su peinado temblaban ligeramente.

—Haru —dijo Sachi en voz baja—. Dínoslo, por favor. Te lo suplico. Mi madre...

Hubo un largo silencio. Haru levantó la cabeza. Estaba pálida y le temblaban los labios.

—Si está muerta —insistió Sachi—, necesito saberlo. Soy su hija. Tengo que rezar y hacer ofrendas. Si nadie reza por ella, se convertirá en un fantasma hambriento. Necesito asegurarme de que estará a salvo en el otro mundo.

El rostro de Haru denotaba una profunda angustia. Cerró los ojos. Cuando los abrió, dio la impresión de que contemplaba un pasado que había hecho todo lo posible por olvidar.

—Os lo conté, mi Señora... —susurró.

Pero ¿a qué Señora se estaba dirigiendo? Y ¿qué era lo que le había contado?

—Me contaste que después de mi nacimiento, mi madre regresó al palacio —dijo Sachi—. Entonces recibió la orden de volver a su casa.

Sachi recordaba perfectamente el relato de Haru. Habían ordenado a su madre ir a su casa porque su hermano, Mizuno, estaba gravemente enfermo, en su lecho de agonizante. Eso era lo que había dicho Haru. Y sin embargo... Sachi había visto a Mizuno con sus propios ojos. Jamás olvidaría ese temible rostro de halcón, picado de viruelas, ni esas musculosas manos de espadachín. Quizá hubiera estado al borde de la muerte años atrás, pero desde luego no había muerto.

—Tuvo que ir a la residencia de su familia —dijo Haru—. Dijeron que... que su hermano se estaba muriendo. Tenía que volver a su casa de inmediato. Yo la ayudé a preparar el equipaje. Nunca me había separado de ella, jamás; pero ella me dijo que debía quedarme en el palacio, que debía volver al templo y decirle a Daisuké-sama...

—Esperé, Haru, pero no viniste. —Su voz, ronca, delataba su dolor.

—Pensaba inventarme alguna excusa y salir. Pero entonces... llegó un mensaje.

Haru se tapó la cara con las mangas del kimono. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas. Se las enjugó con el dorso de la mano.

Daisuké se inclinó hacia delante y juntó las pobladas cejas. La miraba con fijeza, como si tratara de penetrar en su alma.

Haru abrió la boca y volvió a cerrarla. Sacudió enérgicamente la cabeza y dejó escapar un par de fuertes sollozos. Sachi puso las blancas y pequeñas manos sobre las

de ella. Haru apretó tanto los párpados que sus ojos casi desaparecieron entre los pliegues de sus carnosas mejillas.

Balbuceó unas palabras. Sachi se le acercó un poco más tratando de entender lo que decía. Taki estaba detrás de ella. Tenía a Daisuké tan cerca que notaba el calor que emanaba su cuerpo. Oía el áspero sonido de su respiración, y olía el aroma de esa extraña fragancia, mezclada con su olor a sudor.

Haru volvió a hablar con un leve susurró. Esa vez Sachi sí entendió sus palabras:

—Decía... que había muerto. Había enfermado y había muerto, repentinamente. Eso era lo que decía el mensaje.

Sachi contuvo la respiración. Al principio no entendió lo que significaban las palabras de Haru. Y entonces lo entendió, después de que un escalofrío se extendiera por todo su cuerpo, hasta las yemas de los dedos y los dedos de los pies. La luz del sol se había ido apagando, y la llama de las velas parpadeó al soplar una leve brisa. Sachi se estremeció.

—Eso no me lo habías dicho, Hermana Mayor —dijo Sachi con aspereza.

Daisuké clavó un enorme puño en el tatami.

—¿Al día siguiente? —rugió—. Eso es imposible. ¿Cómo pudo morir tan de repente?

Haru tenía los hombros caídos.

—Quizá enfermara —dijo esquivando la mirada de Daisuké. Era como si le arrancaran las palabras, como si recitara algo que se había repetido un millón de veces para convencerse de que era verdad, como un conjuro que podía ahuyentar la mala suerte—. Acababa de tener un bebé. Muchas mujeres mueren de parto. Es peligroso cansarse después de dar a luz. Las parteras han de permanecer siete días sentadas para impedir que la sangre les suba a la cabeza. Supongo que eso fue lo que pasó.

Daisuké le lanzó una mirada acusadora.

—¿Tú lo crees, Haru? ¿Crees que eso fue lo que pasó? Estábamos juntos. Yo la vi después de que diera a luz. Estaba bien.

Haru se encogió.

—La familia le ofreció disculpas al shogun por haberlo privado de su concubina —murmuró—. Le enviaron dinero, mucho dinero. Al fin y al cabo, ella era una posesión muy valiosa. Honju-in vio la carta y nos lo contó. Creo que era una advertencia para que no olvidáramos... que lo que mi Señora había hecho era un delito. Para que las demás no cometiéramos el mismo error.

La arruga que Daisuké tenía entre las cejas se marcó aún más. Apretó los enormes puños hasta que se le marcaron las venas. Tenía el vello de los nudillos erizado.

—Así que murió de la noche a la mañana. Y ¿fuiste a la residencia de su familia para el funeral?

—No se anunció su funeral, sólo su defunción. Las mujeres no podíamos salir del castillo por motivos personales. Pero logré escabullirme. No para ir al funeral. Fui al templo. Pero tú ya te habías marchado. Y te habías llevado... a tu hija, mi Señora.

—Y ¿de verdad te creíste que ella había muerto?

—No lo sé —respondió Haru. Entonces abrió mucho los ojos y miró a Daisuké—. No, nunca me lo creí. Cuando las mujeres cometen un delito como el que cometió ella, las familias hacen cosas muy raras. A veces encierran a la mujer para siempre. A veces la ejecutan. Pero muy a menudo no son capaces de hacerlo, así que se inventan alguna historia y la esconden en algún sitio. Quizá la metieran en un convento. Yo no fui a su funeral, no vi el cadáver, no participé en ninguna práctica religiosa. No celebré el séptimo día posterior a su muerte, ni el decimocuarto, ni ningún otro. Para mí, ella sigue viva.

Bajo la luz de las velas, Daisuké parecía viejo y cansado. Clavó los ojos en el tatami. Sus labios dibujaban una mueca de tormento. Cogió el michiyuki y enterró la cara en él. Cuando volvió a dejarlo, el exquisito bordado estaba manchado de lágrimas.

—Al fin y al cabo, para mí ambos habíais muerto, y ahora estáis aquí —dijo Haru con voz queda.

Permanecieron callados un rato, sin atreverse a mirarse, hasta que las brasas empezaron a apagarse y a ponerse grises. Taki llenó una pipa y apretó el tabaco. Cogió unas tenazas, removié las brasas hasta que encontró un carbón encendido, encendió la pipa y se la ofreció a Daisuké. Él cogió la delicada boquilla con sus enormes dedos y, lentamente, como si fuera muy anciano, se la llevó a los labios. Taki preparó una pipa para Sachi, otra para Haru y, por último, una para ella.

—El ruiseñor ha muerto —dijo Sachi contemplando las apagadas brasas. De pronto sintió frío, y sus ojos se llenaron de lágrimas—. Padre, me gustaría que nos hubiéramos encontrado antes.

Sachi apenas recordaba qué significaba tener un padre. Desde que se marchara de la aldea y entrara en el palacio de las mujeres, había vivido rodeada de mujeres. Y de pronto se había encontrado fuera, tomando decisiones y asumiendo responsabilidades. Ahora sabía que alguien velaba por ella.

Ahora entendía muchas cosas: lo difícil que había sido para Daisuké, un funcionario del gobierno imperial, ir a visitarlas a esa casa, dejarse ver entrando en la residencia de unas mujeres que no sólo eran partidarias del clan derrotado de los Tokugawa, sino que pertenecían a la familia del shogun. Lo peligroso que debía de haber sido para él asegurarse de que Sachi estaba protegida; proporcionarle socorro a la familia del enemigo era un delito. Y sin embargo, Daisuké lo había hecho durante meses, sin esperar reconocimiento ni gratitud y sin que Sachi supiera siquiera que lo estaba haciendo. Ahora sabía qué significaba tener un padre. Daisuké había hecho lo

que habría hecho un padre.

Éste asintió con gravedad. Sachi vio que había captado lo que pensaba y lo que sentía.

Sus miradas se encontraron. Él tenía bolsas debajo de los ojos, y arrugas en las comisuras. Tenían forma de almendras amargas, como los ojos que Sachi veía cuando se miraba en el espejo.

Daisuké tomó las pequeñas manos de la joven entre las suyas y las envolvió. Tenía las palmas suaves como la seda; eran manos de funcionario, no de carpintero.

—Hija —dijo Daisuké—, no era mi intención que oyeras estas terribles palabras. Venía a decirte que vuelvo a Osaka. Dicen que Osaka podría convertirse en la nueva capital.

Sachi se puso en tensión.

«¿La capital de qué? —le habría gustado preguntar—. ¿De quién? La guerra todavía no está ganada.» Pero no quería estropear el lazo que acababa de unirlos a su padre y a ella. Era demasiado valioso.

—Me encargaré de que estéis seguras y de que no os , falte de nada —dijo Daisuké—. No habrá visitas de los soldados sureños, ni tendréis problemas con saqueadores ni ladrones. No requisarán la mansión, y nadie tendrá que marcharse. Espero... Creo que tu madre todavía vive. En cuanto pueda, en cuanto termine la guerra y el país vuelva a vivir en paz, la encontraré. Te prometo que la encontraré.



# QUINTA PARTE: LA CAPITAL DEL ESTE

## 13. EL ADVENIMIENTO DEL EMPERADOR

Parecía que nunca fuera a parar de llover. Las hojas de los árboles goteaban en las ramas y también se amontonaban, empapadas, en el suelo. Nunca había habido un año más triste y lúgubre. La ciudad estaba más y más desolada; hasta las orillas del foso del castillo se estaban desmoronando y cayendo al agua. Cada vez que Sachi las veía se habían derrumbado un poco más. Nadie habría sospechado que, sólo unos meses atrás, Edo había sido una ciudad gloriosa.

Y de pronto, un día, los rayos del sol entraron a través de las rendijas de las puertas de madera. El aire estaba limpio y frío. Desde dentro de la sombría mansión, Sachi oyó pasos en las losas del patio.

Le dio un vuelco el corazón. Pensó que debía de ser un mensajero, un «pies voladores» que le traía una carta del norte. Se lo imaginó, delgado y enjuto, plantado ante la puerta con su uniforme negro y su sombrero plano de paja, jadeando y empapado de sudor. El mensajero haría una reverencia, abriría su ornamentada caja lacada y le entregaría un rollo de papel. Al desenrollarlo, ella reconocería la caligrafía. Serían los dos últimos versos del poema que le había enviado a Shinzaemon. Suspiró. Era todo tan caótico que seguramente ya ni siquiera había servicio postal.

Hacía ya mucho tiempo que Tatsuemon se había marchado llevándose el poema de Sachi. Al menos ahora Shinzaemon debía de saber dónde estaba ella. Todos los días, la joven se decía que quizá recibiera una carta suya, pero todos los días se llevaba una decepción.

Recordaba el día que Tatsuemon —tan joven y tan valiente— se había despedido de ellas. Volvía a tener las mejillas rellenas y sonrosadas, y estaba emocionado ante la idea de emprender el camino él solo.

—Estoy impaciente por ver a Tora y a Shin —había dicho.

Sólo tenía un poco de pelusilla encima del labio superior, y todavía no se afeitaba al modo samurái. Seguía llevando el flequillo largo, como los niños. Tenía quince años, edad suficiente para matar y para que lo mataran, como cualquier samurái. Sin embargo, Sachi estaba acongojada. Tatsuemon todavía era un muchacho.

Se preguntó, atemorizada, qué habría sido de él. Los caminos estaban plagados de soldados sureños, y las probabilidades de que Tatsuemon hubiera llegado sano y salvo a su destino eran escasas.

Y aunque Tatsuemon hubiera conseguido encontrar a Shinzaemon y a Toranosuké, seguramente estarían escondidos, sitiados en algún castillo. Le pasó por la cabeza brevemente la idea de que podría estar herido o muerto, pero la ahuyentó en seguida. Pensar en eso era tentar a la suerte.

Pero todo eso no era más que una fantasía. Los pasos que hacían crujir la grava no

eran de un mensajero. Éstos llevaban sandalias de paja o zuecos de madera. Sólo conocía a una persona que caminara con ese paso tan firme y decidido: Edwards, con sus largas piernas y sus botas de piel de animal. Las losas del vestíbulo gimieron cuando entró.

Sachi había pensado que cuando Tatsuemon se marchara no volverían a ver a Edwards. Dejaría de enviarles el carruaje, y esa ventana que había abierto al mundo exterior se cerraría de golpe. Pero se había equivocado. Edwards seguía visitándolas.

La primera vez que lo invitaron a la mansión, Taki se había escandalizado. Pero Sachi le recordó que Edwards era un extranjero, y que en realidad no era un ser humano, de modo que no estaban cometiendo ninguna falta de decoro. En cualquier caso, estaban en deuda con él. Edwards las había rescatado del monte Ueno y se había portado muy bien con Tatsuemon. Prácticamente era de la familia. Además, ellas lo necesitaban. Como trabajaba en la delegación británica, siempre estaba al día de las noticias y las mantenía informadas sobre lo que ocurría en el frente.

Sachi fue a la gran sala. Edwards ya estaba allí, de cuclillas en el tatami, con las rodillas muy prominentes, como las horquillas del peinado de una cortesana. Sachi se fijó en su gran torso bajo la áspera chaqueta de lino, y en sus largas piernas, torpemente dobladas. Edwards ocupaba toda la habitación. Al entrar Sachi, él alzó la mirada. Parecía preocupado; la joven se dio cuenta de que traía malas noticias. Qué raros eran los extranjeros, pensó. Edwards, pese a ser un hombre hecho y derecho, no sabía ocultar sus sentimientos. Lo que estaba pensando en ese momento —ya fuera rabia, miedo o preocupación— estaba escrito en su cara, como si fuera un niño.

Sachi pronunció los saludos y los cumplidos de rigor y recogió las manos sobre el regazo. La sala quedó en silencio.

—Trae noticias —se dijo en voz baja—. Ha pasado algo.

El miedo la atenazaba. Desde hacía un mes, sólo había habido malas noticias para los que anhelaban el regreso del shogun. Los sureños estaban arrasando. Primero habían tomado la ciudad de Nagaoka. La ciudad había quedado reducida a escombros; el castillo, destrozado; y habían muerto la mayoría de sus defensores. Cinco semanas más tarde habían conquistado Yonezawa. Ahora Aizu Wakamatsu estaba sitiada. Wakamatsu era la ciudadela norteña, la capital de la resistencia, la fortaleza más antigua y poderosa del norte del país. Todos los que seguían siendo leales al shogun y a la causa norteña se habían retirado allí, y desde hacía un mes había encarnizados combates. Cada vez que Edwards les llevaba noticias, éstas eran que los atacantes habían penetrado un poco más en la ciudad, tomando un foso tras otro. Según su último informe, habían llegado a las murallas exteriores del castillo. Dijo que el castillo estaba muy fortificado, y que al menos aguantaría un tiempo.

Wakamatsu era la última línea de defensa. Si los sureños la tomaban, quizá unas cuantas bandas de samuráis obstinados huirían más al norte y se atrincherarían allí,

pero básicamente la guerra habría terminado.

Edwards arrugó la frente. Los pelos de sus cejas, de color paja, se juntaron sobre su prominente nariz. Pese a ser grande, era una nariz bonita, pensó Sachi, y de formas delicadas.

Taki encendió una pipa y se la ofreció a Edwards, que la cogió y dio unas chupadas.

—Ha caído Aizu Wakamatsu —dijo con voz bronca—. Lo siento.

Se produjo un silencio.

Aizu Wakamatsu.

Sachi cerró los ojos. Se había preparado para lo peor, pero, aun así, la noticia la conmovió. Ella había confiado en que Wakamatsu resistiría, en que al menos el norte seguiría en manos norteñas. Para Edwards sólo era una noticia, y al menos significaba el final de la guerra. Pero para Sachi era algo personal.

Estaba segura de que Shinzaemon, Toranosuké y Tatsuemon habían estado allí. Sabía que una samurái debía sentirse orgullosa de que los guerreros de su clan pelearan con tanta valentía, y que prefirieran morir en la batalla a volver a casa derrotados. Sospechaba que Taki estaría orgullosa si moría hasta el último hombre. Pero desde que había estado en el monte Ueno todo parecía diferente. Se los imaginaba a los tres apiñados alrededor de una fogata, temblando bajo unas finas sábanas a medida que los días iban haciéndose más fríos. Quizá no tuvieran una fogata, ni sábanas, ni siquiera comida. Sachi siempre había confiado en que los norteños ganarían y en que Shinzaemon regresaría. Pero ahora esa posibilidad parecía sólo un sueño.

—Lo he sabido por el doctor Willis. —Sachi sabía que éste había ido al norte a petición del alto mando sureño, para atender a sus heridos—. Dice que la batalla fue muy encarnizada. Ambos bandos pelearon con valentía, pero el ejército imperial era más numeroso, y sus soldados iban mejor armados.

—¡El ejército imperial! —exclamó Taki con desdén clavando una aguja en su labor, como si asestara un golpe mortal.

El «ejército imperial» no era más que un nombre rimbombante que se habían puesto los sureños.

—Los norteños no tienen muchas posibilidades. Lo único que tienen son sus armas francesas. —Edwards hizo una mueca sarcástica al mencionar a los franceses—. El ejército imperial tiene...

No hacía falta que lo dijera. A los sureños los habían armado los ingleses.

—Supongo que el doctor Willis no habrá visto a ninguno de nuestros hombres —dijo Sachi.

Era una afirmación, no una pregunta. Edwards hizo una mueca y negó con la cabeza. Sachi sabía perfectamente que nunca había heridos norteños, porque los

sureños siempre les cortaban la cabeza. Sabiendo esas cosas, era muy difícil conservar las esperanzas.

—Las tropas norteñas sufrieron numerosas bajas —continuó Edwards—. Y los muertos sufrirán el mismo castigo que... los hombres del monte Ueno. El mando imperial ordenó que no los enterraran.

Sachi pensó en esos hombres que habían muerto tan lejos de sus hogares, y en sus viudas y sus madres, que nunca sabrían qué había sido de ellos. Algunas tardarían meses, y otras, años, en aceptar que su esposo, su amante o su hijo nunca regresaría. Y comprendió que ella era una de esas mujeres.

¿Y si Shinzaemon no volvía nunca? Ya había transcurrido medio año desde la última vez que Sachi lo viera, y desde entonces no había sabido nada de él. ¿Iba a pasar el resto de su vida de luto, esperando eternamente? Intentó imaginarse la vida sin él. Sería más aburrida y más triste, pero continuaría de todos modos. Tendría que continuar. Sin embargo, costaba imaginar qué le depararía el futuro. Todos los lazos que unían a los individuos a la sociedad —los lazos de la familia, del clan, del dominio— parecían ausentes en su vida. Su padre, Daisuké, en realidad no formaba parte de su vida; estaba en Osaka. Sachi incluso había intentado volver a la aldea, pero sabía que tampoco allí tenía ningún vínculo. Creía que pasaría toda la vida en el palacio, pero se había convertido en una refugiada, instalada en la casa de otro. Tendría que empezar desde cero.

—Y los hombres que vuelvan a sus casas —dijo Edwards con brusquedad— no tendrán empleo, ni trabajo, ni dinero. Tendrán que ir al exilio, a Suruga, con el shogun Yoshinobu.

Sachi se sentía abrumada por la tristeza, como si ya nada pudiera hacerla sonreír. La guerra había terminado; los habían derrotado. No podían hacer otra cosa que aguantar. Aceptar, aguantar, sobrevivir. Ya no había nada que esperar.

Hizo un gran esfuerzo y levantó la cabeza.

—¿Y Tatsu? —preguntó.

—No sé nada de él —contestó Edwards—. ¿Cómo va a enviarnos noticias?

—Hasta vos parecéis triste —dijo ella—, y sin embargo, vuestra gente apoya a los sureños.

—Me importa este país —repuso Edwards—. No soporto verlo desgarrado.

A Sachi le sorprendió el fervor de su voz.

—Y usted. Me importa usted —continuó él. De pronto, su tono de voz se había suavizado. Sus ojos, grandes y redondos, revolotearon por la cara de Sachi—. Todos ustedes —se apresuró a añadir.

Pero era demasiado tarde. Sachi había visto cómo la miraba, había percibido el deje de anhelo de su voz. Edwards ya no era un extranjero con la piel y el pelo de otro color y con los ojos de otra forma. Era un hombre. Sachi sintió un escalofrío y un

cosquilleo en el estómago. Bajó la mirada.

—Al menos habrá paz —dijo él rompiendo el silencio—. La gente podrá reconstruir su vida.

Las mujeres asintieron sin decir nada.

—Tengo otra noticia para ustedes. Una buena noticia.

Una buena noticia. Costaba imaginar que pudiera haber buenas noticias.

—El nuevo gobierno va a instalar su capital en Edo. A partir de ahora, se llamará To-kyo, la Capital del Este.

Pero Edo era Edo. Era la ciudad del shogun. Cambiarle el nombre y convertirla en la capital de los sureños era como... no sólo ocuparla, sino destruirla, convertirla en algo que no era, someter la ciudad y a sus habitantes. Un nuevo nombre eliminaría el alma, la vida y la personalidad de la ciudad.

—¿Cómo va a tener el país una nueva capital? —se extrañó Sachi—. La capital es Kioto.

—Habrá dos capitales —explicó Edwards—. Kioto será la capital occidental, la capital del emperador. Edo será la capital oriental. El gobierno y los negocios estarán en Edo, como hasta ahora. Volverán todos; incluso habrá más gente que antes. La ciudad volverá a estar viva. La reconstruirán. Tendrán que acostumbrarse a llamarla Tokio. Es una gran noticia para Edo. Todo saldrá bien.

Entonces Daisuké también volverá, pensó Sachi. Le escribía de vez en cuando desde Osaka, hablándole de lo que hacía allí, del tiempo, de que estaba muy ocupado y bien de salud, pero nunca le hablaba de la guerra ni de los grandes cambios que estaban transformando su país. Y Sachi tampoco esperaba que lo hiciera.

—La guerra todavía no ha terminado —dijo Taki—. Aquí todos odian a los sureños. Nunca controlarán esta ciudad.

—No, la guerra no ha terminado. Pero terminará pronto —afirmó Edwards.

Entonces cambió de postura, estirando primero una pierna y luego la otra. Sus ceñidos pantalones extranjeros hicieron mucho ruido al rozar el tatami.

—No podemos volver atrás, pero la situación mejorará, de eso no cabe duda. El emperador está por encima de los sureños y de los norteños. Él unirá el país. Ya no habrá diferentes provincias, sino un solo país.

—Usted es extranjero —murmuró Taki—. ¿Qué sabe de nuestro país?

Habían discutido sobre eso muchas veces. Todos sabían que el emperador no era más que un niño, y que los que estaban detrás de él y lo manipulaban eran sureños. Eran ellos los que iban a gobernar, no el emperador. Taki frunció el entrecejo y siguió cosiendo. Estaba terminando la boca de una manga de un kimono de invierno confeccionado con la tela y el color adecuados para una chonin.

Edwards se inclinó hacia delante. Sus azules ojos destellaban.

—También tengo una noticia que le interesará a usted, Tayiko. ¿Quiere que se la

diga? El emperador...

—¿Qué pasa con Su Excelencia?

—... va a venir a Edo.

—¿Su Excelencia? ¿Aquí? —dijo.

Edwards había logrado por fin atraer su atención. A Taki se le iluminaron los ojos y se le colorearon las mejillas.

—Ya ha salido de Kioto —confirmó Edwards—. Llegará dentro de pocos días. Si quiere, la llevaré a ver cómo entra en la ciudad. Será una procesión espléndida, la más espléndida que usted haya visto jamás. Va a vivir...

Las mujeres susurraron las palabras con incredulidad.

—¿En el castillo de Edo?

La atmósfera de la sala se ensombreció. El shogun había sido expulsado junto con la princesa, Sachi y todos sus miles de damas y cortesanos. Ahora serían el emperador y su corte —su esposa, sus concubinas, sus damas de honor, sus cortesanos, su personal, sus guardias, cocineros, sirvientes, doncellas, doncellas de doncellas, doncellas de doncellas de doncellas— los que ocuparían las suntuosas cámaras recubiertas de pan de oro con sus artesonados y sus techos lacados. Serían ellos los que disfrutarían de las obras de teatro, la música y los concursos de poesía en aquellas opulentas salas; serían ellos los que caminarían por los jardines y pasearían en barca por los lagos, los que admirarían las flores de cerezo en primavera y las hojas de arce en otoño. Vivirían la vida que la princesa, Sachi, Haru y Taki —incluso la pobre Fuyu— creían que iban a vivir siempre. Ése era el golpe más duro.

Por lo visto, Edwards pensaba que se avecinaba un glorioso nuevo mundo. Pero no iba a ser glorioso para todos.

Sin embargo, por mucho que tuvieran que sufrir Sachi y las otras mujeres, no podían hacer otra cosa que venerar al emperador. Resultaba difícil imaginar a Su Excelencia como un ser humano, y mucho menos un ser humano que podía vivir en un palacio o pasear por un jardín. Sachi sabía que el emperador era sobrino de la princesa, y por lo tanto era un ser humano, al menos en cierto sentido. Pero también estaba en contacto con los dioses. Si el país existía, si se sucedían las estaciones y si, año tras año, había una cosecha de arroz, era gracias a él. Los sacerdotes se ocupaban de las personas, velaban por su salud, las protegían de los accidentes y les impartían bendiciones. Su Excelencia se ocupaba del mundo entero.

—Se llamará Castillo de Tokio —continuó Edwards. Le temblaba la voz, porque se daba cuenta del impacto que sus palabras tenían en las mujeres—. Van a repararlo y reconstruirlo.

Taki puso otro taco de tabaco en la pipa de Edwards, la encendió y se la ofreció. Luego encendió pipas para ellas.

A Sachi le costaba aceptar el final de todo lo que ella había conocido y amado.

Había olvidado que todo era pasajero en este mundo fugaz. La riqueza, la felicidad, la salud, la belleza... Podías tenerlo todo, y haberlo perdido todo al día siguiente. La vida no era más que el aleteo de un gorrión, un fugaz parpadeo. Todo cambiaba; todo pasaba. Era una lección que debía procurar tener siempre presente.

Una nube de humo con la dulce fragancia del tabaco fue llenando la gran sala. Edwards contempló las inexpresivas caras que lo rodeaban.

—Me han dicho que esos palacios y esas mansiones tenían hermosos jardines —dijo con dulzura—. El de esta casa aún debe de conservarse.

—Hace mucho tiempo que se marcharon los jardineros —susurró Sachi—. Está muy descuidado.

—¿Les importaría enseñármelo? —dijo Edwards—. Será agradable dar un paseo.

Las tres mujeres se recogieron las faldas de los kimonos y se calzaron zuecos.

Las hojas estaban cambiando de color, y los jardines eran un derroche de tonos cobrizos, dorados, anaranjados y rojos. Edwards iba delante, apartando las goteantes hojas de hierba y los helechos y sujetándolos para que pasaran las mujeres. Sachi iba detrás, pisando con cuidado con sus altos zuecos, de piedra en piedra, tratando de no pisar el barro ni los montones de enmohecidas hojas. Cuando resbalaba en una zona cubierta de musgo húmedo, Edwards le daba la mano para sujetarla. Resultaba desconcertante que un hombre estuviera tan pendiente de sus necesidades. Sachi sabía que los hombres eran los amos, y las mujeres, sus servidoras. Así era como funcionaba el mundo. Los hombres iban delante, y las mujeres los seguían a tres pasos de distancia. Ellos no se preocupaban por si una mujer se mojaba o se ensuciaba la ropa. Al principio, Sachi se sentía un poco incómoda y turbada por el comportamiento de Edwards, tan poco viril; pero al cabo de un rato empezó a encontrar reconfortante su cortesía.

Llegaron al lago. En medio había una isla con un farol de piedra medio oculto entre los árboles. Había una garza real —una mancha blanca— sobre una roca; en otra, un par de tortugas que parecían de piedra; unos patos correteaban por allí; hasta había un embarcadero con unas cuantas barcas amarradas. Sachi creyó estar en el palacio de las mujeres, paseando por el lago en una de aquellas barcas de recreo lacadas de rojo, acariciando el agua con los dedos mientras las intérpretes cantaban y tocaban sus instrumentos. Pero las barcas flotaban en unas aguas verdes y pestilentes, y tenían la pintura descolorida y desconchada.

Miró alrededor. Taki y Haru se habían quedado rezagadas. Sachi estaba a solas con un hombre. Con un extranjero: Edwards. Se detuvo al reparar en lo indecoroso de esa situación. Se disponía a gritarles que se dieran prisa cuando se apoderó de ella una alocada intrepidez. Todo había terminado: los sureños habían ganado la guerra y el país estaba destrozado. Todo lo que siempre habían dado por hecho había demostrado ser tan insustancial como la pelusilla de miscantus que flotaba en el



viento. Ya nada importaba, sólo el presente. Sachi ya no era la concubina del shogun. Era sólo ella misma. Y Shinzaemon... Quizá hubiera llegado el momento de admitir la cruel realidad: lo más probable era que hubiera muerto.

Edwards se había parado. Se quitó el sombrero, alto, negro y ligeramente arrugado. Su desaliño tenía cierto atractivo. Los japoneses, con sus ojos estrechos, entrecerrados, ocultaban su alma en su interior. Pero él, con sus grandes ojos redondos... Veías su alma reflejada en ellos. Se miraron, y Sachi se fijó en el color: eran de un azul asombroso, tan azules como el cielo en verano. El pelo no era de color paja, sino oro, como el hilo de oro. Bajo la luz del sol, formaba un halo alrededor de su cabeza. Su gran nariz y su barbilla, sus ojos, hundidos en la cara, sus pobladas cejas... Ese ser que parecía de otro mundo la tenía hechizada.

Edwards estiró un brazo y rozó la palma de la mano de Sachi. La joven se sobresaltó. Entonces él cerró el pulgar sobre los dedos de ella y le cogió la mano. Sachi miró su pequeña y blanca mano, que reposaba sobre la gran palma de él. Edwards tenía los dedos recubiertos de un vello rubio.

Antes de que pudiera retirar la mano, Edwards se la acercó a la boca. Sachi se puso en tensión, temiendo que se la mordiera. De pronto, la joven notó la humedad y la suavidad de sus labios sobre los dedos. El bigote de Edwards le hizo cosquillas.

Se quedaron quietos un momento: Edwards tenía los labios posados en la mano de Sachi. Entonces ella se soltó. En lo más profundo de su ser, la joven sabía que debería estar conmocionada, horrorizada. Y sin embargo, no lo estaba. Fue una caricia tan íntima, y aun así tan suave. Ella nunca había imaginado que un hombre pudiera comportarse así. Sintió como si una suave brisa apartara las telarañas y la devolviera a la vida.

Sachi se palpó el obi y notó la muletilla de Shinzaemon, y entonces comprendió que lo había traicionado. Shinzaemon la necesitaba. Su deber era esperarlo, estar allí por si algún día él regresaba.

Miró al suelo. Tenía los pies pulcramente colocados lado a lado sobre una de las piedras del sendero, con los dedos tocándose y atravesados por las tiras de seda de los zuecos. Eran los delicados pies de una cortesana. Pero ya no eran puros y blancos como la porcelana, sino marrones, manchados y salpicados de barro. Fue como un presagio. Las ramas de los árboles casi le tocaban la cabeza, las nubes surcaban el cielo y una lluvia de finas y gélidas gotas caía sobre sus hombros y su cabeza.

—Es usted tan hermosa —dijo Edwards. Habló atropelladamente, en voz baja, mirando hacia atrás por si aparecían Taki y Haru—. Si me dejara... Si me aceptara... Yo podría cuidar de usted. Ya sé que soy extranjero, pero podría acostumbrarse a mí. La querré. Usted será mi reina. La llevaré a mi país. Veremos el mundo juntos.

»Me... gusta. Me gustaría saber decírselo en su idioma, pero no hay ninguna palabra para describirlo. No es afecto, como el que siente un hombre por sus padres;

ni respeto, como el que siente un hombre en su país por su esposa; ni deseo, como el que siente un hombre por una cortesana. Es más que todo eso, mucho más. Es el sentimiento que une a un hombre y a una mujer para siempre. En mi país lo llamamos rabu, "amor". Eso es lo que yo siento por usted.

Sachi soltó una risita nerviosa. Los hombres podían hablarle así a una prostituta, pero no era correcto decirle esas cosas a una mujer decente, y menos aún a una mujer de la clase social de Sachi. Había bajado un momento sus defensas, había permitido que Edwards le tocara la mano, y él ya estaba hablando como si fueran a pasar el resto de sus vidas juntos. Edwards llevaba suficiente tiempo en su país para saber que esos asuntos no tenían nada que ver con los sentimientos humanos.

Con todo, eso le hizo preguntarse con quién iba a compartir el resto de su vida. Era una viuda, y normalmente las viudas vivían con sus padres. Nadie podía casarse con una persona de otra clase social, pero ella había sido campesina y se había convertido en la concubina del shogun; ya no sabía a qué clase pertenecía. No obstante, un extranjero estaba al margen de todas las normas y las convenciones que regían la vida normal. Y Sachi tenía que admitir que se había acostumbrado a Edwards y que esperaba con impaciencia sus visitas.

Lo miró tímidamente y se sostuvieron la mirada. Sachi intentó fruncir el entrecejo para mostrar su desagrado, pero en lugar de eso, no pudo evitar sonreír.

Edwards despegó los labios para decir algo más, pero ella levantó una mano. Oyeron voces a sus espaldas. Taki y Haru se acercaban por el sendero.

Al día siguiente se oyeron pasos en el patio. Parecían sandalias de paja. Taki corrió al vestíbulo. Cuando volvió, su sonrisa iluminó la tenebrosa cámara, alumbrando los rincones más oscuros. Se paró en el umbral. Llevaba un rollo de papel en las manos.

Sachi lo desenrolló. Allí, escritos con su varonil caligrafía, estaban los dos últimos versos del poema que ella le había enviado:

*Akatsuki shirade / aun así me entregué a ti  
Hito o koikeri / sin pensar en el amanecer.*

Y una sola palabra: Nantonaku. «De alguna forma.»

—Sin pensar en el amanecer.

El amanecer era el momento en que los amantes debían separarse; eso era lo que significaba el poema. Pero «sin pensar» describía el modo de actuar de Shinzaemon. A él no le importaba lo que los demás pensarán o esperaran. Él ignoraba a los demás, hacía las cosas a su manera. Sachi estaba muy contenta. El amanecer estaba

acercándose, el amanecer de una nueva era. Quizá, como Daisuké siempre prometía, sería una era en que las personas como ellos podrían estar juntos. Quizá fuera cierto que había un futuro para ellos. De alguna forma.

Sachi relejó las palabras de Shinzaemon una y otra vez. Estaba vivo y pensaba en ella. La paciencia de Sachi había recibido su recompensa.

Pero mientras pensaba en Shinzaemon sintió cierta tristeza, y cierta vergüenza, al recordar su encuentro con Edwards del día anterior. Pese a la franqueza de éste, ella nunca podría saber qué pensaba, sentía o veía su alma extranjera. Seguramente sólo está jugando, se dijo. Había oído decir que a los extranjeros les gustaba jugar con las mujeres. Sin embargo, Edwards había sido tan gentil, tan considerado. Nadie la había tratado jamás de esa forma. Sachi había estado preguntándose si debía contarle a Taki lo que había pasado, pero entonces comprendió que no podía.

Poco después oyó un crujido de botas de piel de animal en el patio. Se armó de valor y le dijo a Taki:

—Dile que no me encuentre bien.

Nantonaku. De alguna forma. Pero «de alguna forma» podía significar mucho tiempo.

Al principio, Sachi se sobresaltaba cada vez que oía el más leve ruido en el patio, y enviaba a Taki a ver quién era. Pero pasaban los días y no llegaba ningún mensaje más; no había ni rastro de un guerrero enmarañado con ojos de felino. Sachi se dio cuenta de que había olvidado qué aspecto tenía Shinzaemon. El cabello alborotado, los ojos... Eso sí lo recordaba, porque se los había imaginado infinidad de veces; pero aparte de eso, no estaba segura de reconocerlo cuando lo viera. Quizá Shinzaemon tendría esa mirada ausente que tenía Tatsuemon, como si estuviera viendo escenas horribles. Había pasado meses luchando por lo que ya debía de saber que era una causa perdida. Debía de estar muerto de cansancio, escuálido, hambriento, destrozado, triste, quizá desilusionado y amargado.

Había pasado mucho tiempo. Edwards le había hablado a Sachi de otras formas de ver el mundo, de otras formas de vida...

Edwards. De ahí era de donde provenían todos sus celos. Él la había cambiado, como habían hecho los sureños con Edo al invadirla; la había llenado de incertidumbre y de dudas.

Sachi pensó que Edwards estaría tan avergonzado por lo atrevido de su conducta que no volvería a saber nada de él. Un par de rechazos, y ya estaría. El primer día que fue a visitarla, ella le había enviado un mensaje diciendo que no se encontraba bien. El segundo día le envió el mismo mensaje. Pero aunque se negara a verlo, Sachi no podía evitar rememorar aquel encuentro, y sentía el mismo delicioso escalofrío que le había recorrido la espalda cuando él le acarició la mano con los labios. Entonces Taki

volvió con un gran ramo de flores y hojas de otoño: camelias, crisantemos silvestres, ramas cargadas de hojas de arce de color rojo, naranja y amarillo. Sachi profirió una exclamación, admirada. Taki fue a buscar un jarrón y, juntas, arreglaron las flores.

El tercer día, Edwards le envió un misterioso objeto. Era pequeño, redondo y metálico. Sachi lo examinó, y entonces intentó ponérselo en un dedo. Encajaba a la perfección. Se lo quitó rápidamente. No le pareció correcto ponérselo.

Sachi nunca había visto un comportamiento semejante. Se decía que debería estar enojada, pero lo cierto era que se sentía halagada. Shinzaemon llevaba mucho tiempo lejos. Cuando regresara, suponiendo que regresase, sería como un extraño irrumpiendo en la vida de Sachi. Y Edwards estaba allí mismo. No podía pasar nada si le permitía visitarla otra vez, aunque sólo fuera por Taki y por Haru, porque ellas también disfrutaban de su compañía.

Así que Edwards reanudó sus visitas.

Entre tanto, se acercaba el día de la llegada del emperador a la ciudad.

—Tenemos que llevar ropa nueva para ir a recibirlo —dijo Taki, que estaba muy emocionada.

No sabían qué ponerse. No podían llevar los kimonos de las damas de la corte del shogun, por descontado. El shogun y su familia eran enemigos del Estado, y Sachi temía que si las reconocían acabarían las tres en jaulas de prisioneros y las mandarían a Suruga. Al final decidieron vestirse de chonin acomodadas. Cuando llegaron los mercaderes, Haru encargó rollos de seda de colores y estampados a la moda chonin, y Taki y ella se pusieron a trabajar con las agujas.

Para Sachi era evidente que tampoco podían ir con Edwards. Desfilas en público con un extranjero de tanta estatura, con esa nariz tan prominente, y con su tropa de guardaespaldas habría sido una locura. Tenían que ir solas.

El día antes de la llegada de la procesión, Sachi recibió un mensaje de Daisuké: iba a volver a Edo y las acompañaría.

A la mañana siguiente, temprano, Taki ayudó a Sachi a prepararse. Le tiñó los dientes de negro, le afeitó las cejas y le hizo un peinado de chonin, recogándole el pelo en un lustroso moño y clavándole horquillas y peinecillos. A continuación la ayudó a ponerse los kimonos. La seda, nueva, tenía un tacto frío y crujiente. El kimono exterior, forrado, era de un bonito color rojo, con estampado de hojas de arce en el ruedo. Taki lo había tenido toda la noche cerca de un incensario, y desprendía un elegante olor a almizcle. Taki y Haru también llevaban unos preciosos kimonos nuevos.

Daisuké las esperaba en el patio. Bajo la débil luz de la mañana, irradiaba

dignidad y poder. Llevaba un traje de ceremonia: pantalones hakama negros y un haori con las hombreras almidonadas. Sachi reparó en que había engordado, y la barriga sobresalía por encima de su obi. Hasta llevaba dos espadas en el cinturón. Era un hombre influyente y de rango elevado.

Daisuké había dicho que quería ser un padre del que Sachi pudiera enorgullecerse, y eso lo había conseguido. Sachi lo saludó con serena alegría. Tuvo la impresión, como le pasaba cada vez que él la miraba, de que Daisuké también veía a alguien nuevo en ella.

—Hija —dijo él sonriendo.

—Padre —repuso ella, e inclinó la cabeza.

Al salir de la mansión, Sachi vio que lo habían limpiado y ordenado todo. Habían reconstruido las paredes del foso y las partes del puente que se habían derrumbado. También habían desherbado las calles, y las habían barrido y regado para asentar el polvo. Olía a tierra húmeda y a lluvia.

Las grandes avenidas que discurrían entre los palacios de los daimios ya no estaban desiertas y silenciosas. Estaban llenas de gente que se apresuraba, en un torrente interminable, hacia el castillo. La plaza que había frente al castillo ya estaba abarrotada de hombres y mujeres con sus mejores galas, kimonos de seda de colores rojo y dorado relucientes.

Daisuké iba en cabeza abriéndose paso entre la multitud hacia la Puerta Wadakura, el portal por donde entraría el emperador. Sachi lo seguía de cerca, apretujada entre cuerpos duros y blandos, altos y bajos, ricos y pobres, cuerpos que ofrecían resistencia y cuerpos que se apartaban. Había hombres, mujeres, ancianos, jóvenes, niños y personas que llevaban bebés a la espalda. Escudriñó aquel mar de caras. Se preguntó si vería un rostro conocido, enmarcado por una enmarañada melena, con ojos de felino. De vez en cuando veía a alguien que le recordaba a Shinzaemon; luego volvía a mirar y se daba cuenta de que no era él.

Habían llegado junto a un cordón de soldados cuando Sachi se fijó en una mujer que estaba entre el gentío. Llevaba unos espléndidos kimonos con un gran escote en la espalda que revelaba una sugerente extensión de piel sin maquillar, como las geishas o las prostitutas. Todo el mundo miraba expectante hacia el sitio por donde iba a aparecer el emperador, y sin embargo ella miraba en la dirección opuesta mientras se mordía el labio inferior. Contemplaba el castillo como enajenada, admirando con incredulidad las murallas, las torrecillas y las blancas y altísimas paredes. Una lágrima resbalaba por su maquillada mejilla.

—No fueron tiempos tan maravillosos —dijo Sachi en voz baja.

Pero incluso mientras lo estaba diciendo sabía que no era verdad. Esas puertas también estaban cerradas para ella. Ese mundo frágil y hermoso había desaparecido para siempre, como una valiosa vasija de porcelana que se rompe al caer al suelo.

Daisuké les había conseguido sitio cerca de la puerta, en un recinto reservado a los funcionarios del gobierno, donde estarían protegidas de la aglomeración. Sachi miró a la multitud que tenía delante. Nunca había imaginado que pudiera haber tanta gente en el mundo.

—Míralos —dijo Fuyu secándose los ojos y la nariz con la manga del kimono—. Primero están dispuestos a morir por el shogun, y luego mira, se inclinan ante el emperador. Cuando regresen los hombres de Wakamatsu, volverán a lanzar vítores por el shogun.

A Sachi le dio un vuelco el corazón, y de pronto se le quedó la boca seca. Los hombres. Seguro que Shinzaemon estaba entre ellos.

—¿Van a volver? —preguntó.

—Los que han sobrevivido. Ya vienen hacia aquí. Llegarán dentro de unos días. Nosotros sabemos quiénes son los verdaderos héroes. Les daremos la bienvenida que se merecen.

Se acercaba la hora del caballo, cuando normalmente habría habido miles de fuegos encendidos para preparar la comida. Pero ese día estaba prohibido encender fuego. A lo lejos se oían unos débiles sonidos. Todos guardaban silencio, tratando de atrapar aquella melodía que se acercaba flotando. Era música, una música antigua y de otro mundo. Sachi se estremeció. Parecía que los dioses estuvieran bajando a la tierra.

Por encima de sus cabezas, diminutos a lo lejos, aparecieron unos estandartes que ondeaban lentamente hacia el gentío. Oscilaban de un lado a otro agitados por la brisa. Eran de color rojo oscuro, y llevaban un círculo dorado: el emblema del crisantemo del emperador. La luz del sol destellaba en las puntas de las picas, las lanzas y las alabardas, lanzando deslumbrantes destellos. Sachi entrecerró los ojos y atisbo una masa de altas y negras figuras que avanzaban en solemne procesión: los altos sombreros negros, lacados, de hileras e hileras de cortesanos. Cascos planos, cascos puntiagudos, cascos con cuernos, cascos de todo tipo de formas y colores avanzaban formando bloques compactos. A lo lejos, los techos lacados de los palanquines brillaban bajo el sol..

Sachi recordó las procesiones de los daimios que veía pasar por la aldea, y la magnífica comitiva de la princesa, que se la había llevado al castillo. Pero aquello era todavía más espléndido. Sin embargo, había algo más que era diferente. En todas las procesiones que ella había visto siempre había guardias que gritaban: «Shita ni iyo! Shita ni iyo! ¡De rodillas! ¡De rodillas!» Esos soldados, en cambio, desfilaban en silencio.

La procesión empezó a aparecer entre la multitud. Desde donde estaba, Sachi veía a los músicos golpeando sus tambores y tocando sus flautas, interpretando sus melodías sintoístas. Detrás de ellos iban las picas y los estandartes, con enormes

banderas ondeando sobre sus cabezas. A continuación iban un regimiento tras otro de soldados ataviados con uniformes extranjeros, como si quisieran recordarle a la población conquistada que la antigua era —la era del shogun y de los samuráis— había pasado a la historia y que empezaba una nueva. Algunos llevaban rifles colgados del hombro; otros caminaban erguidos con las espadas colgadas de la cintura. Los portadores, acompañados de los criados, transportaban baúles lacados.

Luego llegaron los señores y los nobles. Algunos iban escondidos en sus palanquines, otros a caballo o a pie, ataviados con amplias túnicas y unos altos sombreros negros que Sachi sólo había visto en los grabados, a la antigua moda de la corte imperial. Desfilando delante, y detrás de ellos había filas de cortesanos y guardias con el traje de la corte, de vivos colores. Había centenares de mozos que sujetaban las riendas de centenares de caballos, y sirvientes que llevaban parasoles, zapatos, la bañera imperial; servidores de todo tipo. Por lo visto, al emperador lo acompañaba la corte al completo, dispuesta a ocupar el inmenso castillo.

Todo parecía extraño: los soldados con sus uniformes extranjeros, los cortesanos con el traje tradicional, que en Edo nadie había visto nunca. Hasta sus caras eran diferentes de las caras de los habitantes de Edo: las de los soldados sureños, toscas y curtidas; las de los aristócratas, de facciones lánguidas y pálidas, con largas narices, pequeñas bocas y despejadas frentes.

Detrás iba un ejército de sacerdotes sintoístas, arrastrando los pies entre la muchedumbre, blandiendo bastones de madera de morera. El emperador estaba en camino; había que purificar a la gente, los edificios, los árboles, el suelo, el aire... todo.

Sachi vio acercarse lentamente un palanquín de ébano y oro, más grande y más espléndido que cualquiera que hubiera visto en su vida. Iba cubierto de cortinas, tenía unos cordones de seda roja en las esquinas y su techo brillaba bajo el sol. Lo sostenían un nutrido grupo de palanquineros, vestidos con amplias túnicas de seda amarilla y tocados con sombreros negros.

En el techo había un fénix de oro, exquisitamente afiligranado. Relucía y destellaba a medida que avanzaba.

Al acercarse el palanquín con el fénix, un profundo silencio descendió sobre la multitud. Cesaron los murmullos y el movimiento, los susurros y los silbidos, y la gente dejó de girar la cabeza para ver mejor. Los niños no hablaban; los bebés no lloraban. Lo único que se oía eran el frufrú de las mangas y las faldas de los palanquineros y el taconeo de sus zuecos negros lacados.

A Sachi se le doblaron las rodillas. Asaltada por una abrumadora admiración, se arrodilló en el suelo y se tapó la cara con las manos. Sólo percibía vagamente el susurro de las túnicas de los palanquineros, el crujido de sus zuecos y el chirrido de los cordones de seda que mantenían firme el palanquín. La atmósfera se impregnó de

una fragancia añeja y sagrada que no remitía al austero credo de los budas sino a los dioses de la naturaleza del sintoísmo; no a la oscuridad sino a la luz; no a la muerte sino a la vida.

Sachi no tenía ninguna duda de que el ser que iba en el palanquín era el hijo de los dioses, el hijo de la diosa del sol. Con el fénix de oro reluciendo en lo alto, y con los palanquineros vestidos de amarillo formando un halo de rayos de sol, era como si éste hubiera descendido a la tierra.

Nadie se atrevió a levantar la cabeza hasta mucho después de que hubiera pasado el palanquín. Sachi miró en torno a sí. Taki y Haru seguían con la nariz pegada al suelo, mientras que alrededor la gente empezaba a ponerse en pie, desconcertada, como si no supiera qué le había sucedido. Los ciudadanos de Edo, prácticos y realistas, parecían molestos de que se los pudiera seducir tan fácilmente. Seguirían despotricando de los bárbaros sureños, pero algo había cambiado. Como había dicho Edwards, no se podía volver atrás.

Los palanquines, los señores, los funcionarios, los cortesanos, los caballos, los mozos, los soldados, los porteadores y sus baúles, los sirvientes, las mujeres, las doncellas y todo lo demás había desaparecido en el castillo de Edo, hasta que no quedó nadie. Sólo que ya no era el castillo de Edo, la sede de Su Majestad el shogun, se recordó Sachi. Era el castillo de Tokio, el palacio imperial, la residencia de Su Excelencia el emperador.

Las altísimas puertas de madera de cedro empezaron a moverse. Sachi las contemplaba, hechizada, ansiosa por ver el castillo por última vez. La invadió una terrible sensación de catástrofe. Escudriñando entre las cabezas de la multitud y las filas de soldados que montaban guardia, fijó la mirada en esa rendija, cada vez más estrecha; pero lo único que vio fue el cuartel del recinto interior. Las enormes piedras de la pared que había detrás del cuartel se oscurecieron a medida que las dos puertas empezaban a cerrarse al mismo tiempo, hasta juntarse con un estruendo. Los muros se estremecieron. El estruendo resonó por toda la plaza.

Una fría ráfaga de viento sopló entre el gentío, haciendo ondear los faldones de los kimonos. Levantó las hojas secas del suelo y formó remolinos de polvo. Sachi se estremeció y se ciñó el haori.

A Daisuké le brillaban los ojos. Para él las puertas no estaban cerradas. Los soldados sureños, los pálidos aristócratas, los cortesanos con sus túnicas amarillas de seda eran su gente, y compartía con ellos la gloria. El triunfo del emperador era también su triunfo.

—Que se queden con el castillo —dijo Fuyu con desdén. Las lágrimas le habían estropeado el maquillaje—. Las calles son nuestras. Que la llamen como quieran: sigue siendo Edo.

La gente se sacudía como si saliera de un trance colectivo; todos miraban



alrededor y se sonreían tímidamente unos a otros. Empezaron a oírse voces, pero muy flojas, como si nadie se atreviera a hablar de lo que acababan de ver. Un niño empezó a parlotear, y poco a poco, la gente regresó a sus casas. La mayoría se dirigieron con sus zuecos o sus sandalias de paja hacia el este de la ciudad.

Fuyu también se recogió las faldas, se despidió con brusquedad y se encaminó, presurosa, hacia el este, oscilando sobre sus altos zuecos; daba la impresión de que temiera contagiarse de la devoción de sus conciudadanos si se quedaba más tiempo allí. Sachi vio desaparecer entre el gentío la espalda de su kimono, con un espléndido estampado. Fuyu parecía menuda y desamparada, pero orgullosa. Sachi se vio a sí misma allí, en los hombros de Fuyu: esa ira, esa negativa a renunciar al pasado, ese orgullo... Quizá lo sintieran todas las mujeres del palacio. Quizá lo llevarían con ellas el resto de sus vidas.

Daisuké guió a Sachi, Taki y Haru desde la plaza, por el borde del foso y hasta el puente que conducía a la mansión. Se detuvo al llegar allí.

—Tengo que irme —dijo—. Debo ocuparme de unos asuntos. Voy a establecerme aquí, en Tokio. En mi casa habría sitio para todos nosotros, y también para las doncellas y los criados. Me encargaré de que todas vosotras tengáis la vida que os merecéis.

Sachi inclinó la cabeza. De repente se sentía tremendamente triste y sola. Cuando «regresaran los hombres de Wakamatsu», ¿estaría Shinzaemon entre ellos? Pero Daisuké ni siquiera sabía que existía Shinzaemon. Era difícil imaginar cómo encajaría él en esa idílica vida que su padre planeaba para ella. Y Edwards, pensó, tampoco iba a encajar fácilmente.

No había nadie de guardia en las puertas exteriores de la mansión. Sachi, Taki y Haru atravesaron en silencio los jardines hacia las enormes puertas interiores, esquivando los montones de hojas secas.

Al fondo del patio había dos hombres. Estaban sentados con las piernas cruzadas en la galería del vestíbulo, sobre un charco de luz. Estaban enfrascados en su conversación, con las cabezas muy juntas. Un haz de luz iluminaba el humo que ascendía en espiral de sus pipas y hacía brillar la cabeza recién afeitada y el moño untado con aceite de uno de ellos. El otro tenía la cabeza cubierta de pelo negro muy corto, como los extranjeros.

El hombre de la cabeza afeitada la levantó al aparecer las mujeres. Se puso en pie de un brinco y corrió hacia ellas, inclinando la cabeza para disculparse. Era el anciano que vigilaba el portal exterior.

—Lo siento mucho —murmuró. Señaló al otro hombre—. Ha venido una visita. Acaba de volver de Wakamatsu.

Sachi asintió. Uno de los suyos había regresado del frente y les llevaba noticias. Era una razón suficientemente buena para que el anciano hubiera abandonado su

puesto. Se volvió para saludar al recién llegado, que bajaba de la galería poniéndose las sandalias de paja. Miraba hacia abajo, pero antes de que levantara la cabeza Sachi lo supo.

Era Shinzaemon.

## 14. EL REGRESO

### I

Shinzaemon miraba a Sachi con expresión firme y serena. Sus ojos —unos ojos rasgados, de felino, en un rostro hermoso— la traspasaban. No era atractivo como un actor de kabuki, como Daisuké; su cara era demasiado feroz, demasiado musculosa, demasiado poderosa. Sachi reconoció su arrogancia, su pausada elegancia, ese aire de estar dispuesto a conquistar el mundo. Aunque hubiera peleado en el bando de los perdedores, estaba orgulloso de sí mismo.

Sachi se dio cuenta de que Shinzaemon había estado viviendo a la intemperie. Tenía la piel muy bronceada, y la ropa gastada y arrugada. Un bigote incipiente asomaba sobre su labio superior.

El espíritu de Sachi corrió hacia él, pero ella no se movió. Se quedó quieta y recatada, como correspondía a una mujer. Se moría de ganas de lanzarse a sus brazos, pero no lo hizo, por supuesto. Bajó la mirada e inclinó la cabeza.

Taki también tenía la cabeza agachada, y se tapaba los ojos con la manga del kimono.

—Shin —dijo—. Debes de estar cansado. Bienvenido a casa. Ha pasado mucho tiempo.

Shinzaemon hizo una solemne reverencia.

—No tengo excusa —dijo— para presentarme así, sin avisar.

Habló con voz grave y sonora. Sachi percibió su olor —ese olor salado a sudor, mezclado con olor a humo de tabaco—. Recordó todas las veces que había notado ese olor: caminando por el Nakasendo con él, en la cima de la montaña, abrazada a él en el puente.

Sachi agachó la cabeza y pronunció las frases oportunas, pero apenas sabía lo que hacía. Estaba esperando el momento en que se quedarían a solas.

Los saludos se prolongaron eternamente. Entonces Taki agarró a Haru por la manga. Despacio, deliberadamente —o eso le pareció a Sachi—, se quitaron primero

una sandalia y luego la otra y subieron al sombrío vestíbulo. Volvieron a saludar con una inclinación y entraron en la casa. Sachi vio cómo sus espaldas desaparecían.

Se estaba poniendo el sol, y el suelo estaba teñido de rojo, plata y oro.

Sachi llevaba mucho tiempo esperando ese momento, pero ahora que había llegado, se sentía tímida como una niña. Mantenía la mirada fija en el suelo. Shinzaemon llevaba los tabi sucios, y las sandalias gastadas y rotas. Había varios nudos en las tiras de las sandalias. El ruedo de la falda de su kimono estaba manchado.

La miraba con fijeza.

—Has venido —susurró ella.

—Nantonaku —repuso él—. De alguna forma.

El día de su último encuentro, ambos pensaron que nunca volverían a verse. Sachi lo miró con timidez y recordó aquel momento. Él también la miraba; escudriñaba su cara como si recordara cada curva, cada línea. Algo en él había cambiado. Sonreía con ironía. Su esquilada cabeza le daba un aire de niño travieso. Sachi nunca había tenido ocasión de verle tan bien la cara, ni siquiera cuando él llevaba el cabello recogido en una cola de caballo.

—¿Qué te parece? —dijo Shinzaemon, risueño, llevándose una mano a la cabeza.

Tenía una arruga en el entrecejo que no estaba allí la última vez que se vieron. Sachi captó un atisbo de la mirada ausente que había visto en los ojos de Tatsuemon, como si Shinzaemon hubiera visto cosas que nunca podría explicarle. Pero ya había transcurrido medio mes desde la batalla. Shinzaemon había sobrevivido. Y había regresado. Quizá fuera el futuro lo que estaba contemplando, y no el pasado.

—Te veo cambiado —dijo ella componiendo una sonrisa—. Llevas un buen disfraz. Nadie te habría reconocido.

—Pero tú sí.

—Sí —afirmó ella con un susurro.

Quería tocarlo, notar la dureza de su cuerpo, la fuerza de sus manos. Pero se contuvo. Cuanto más esperaba, más fuerte era el ansia que sentía.

Shinzaemon metió una mano en la manga de su kimono y sacó un peine. De carey, con reborde de oro, y con un emblema grabado. El peine de la madre de Sachi, su emblema. La joven todavía no sabía qué era cuando se lo dio a Shinzaemon. Ahora sí lo sabía, y eso también la había cambiado a ella.

—Me protegió. Mejor que una armadura. Mejor que un fajín de las mil puntadas.

Sachi tenía tantas cosas que contarle; pero de pronto comprendió que ya tendrían ocasión de hablar más tarde, y eso la llenó de gozo. Tenían toda la vida por delante.

—Ven a ver los jardines —dijo Sachi.

Caminaron entre los senderos cubiertos de maleza. La brisa mecía las matas de miscantus, desprendiendo una lluvia de pelusilla que formaba remolinos por el aire,

como la nieve. Los insectos zumbaban; eran los últimos insectos de la temporada. Los arcos estaban radiantes de color. Sachi lo llevó hasta el parapeto.

Se quedaron de pie, lado a lado, contemplando el Goji-in y las tierras donde antes estaban las residencias de los daimios. Había gente por todas partes, trabajando con afán. A lo lejos, en el barrio de los chonin, se veían innumerables andamiajes de bambú, y la gente pululaba como hormigas, levantando paredes y techos. El martilleo de miles de martillos se extendía, claro y diáfano, por los espacios vacíos.

En medio de tanta actividad se alzaba la colina, silenciosa e inerte. Los pájaros volaban describiendo círculos, puntos negros en el cielo que iba oscureciéndose, y graznaban amenazadoramente.

Estaban tan cerca uno de otro que Sachi notaba el calor del cuerpo de Shinzaemon.

—Venía aquí todos los días —dijo la joven—. Y miraba la colina y me preguntaba si estarías allí. Pensaba que nunca volvería a verte.

—Tatsuemom me contó lo que hiciste...

Sachi recordó lo ocurrido aquel terrible día. Volvió a ver brevemente las espantosas caras, las heridas abiertas y los ojos fijos y abiertos, las moscas, el hedor. Temía encontrar el cadáver de Shinzaemon allí. Y ahora él estaba a su lado, tan cálido, tan vivo. Se le llenaron los ojos de lágrimas, y se los tapó con la manga.

Shinzaemon le cogió la mano y se la sujetó con fuerza. Sachi notó las durezas de la palma de su mano con que manejaba la espada.

Contuvo la respiración, y él la atrajo hacia sí. Sachi notó los duros músculos de sus brazos y su torso. Notaba el latido de su corazón, el subir y bajar de su abdomen al respirar. Shinzaemon le acarició el cabello con los labios. No fue una caricia feroz, como lo había sido antes, sino muy suave. Le mordisqueó las orejas, la nuca, la mejilla, los ojos. Entonces su boca encontró la de ella.

Sachi se echó hacia atrás y lo miró frunciendo el entrecejo. Tenía la absoluta certeza de que quería pasar el resto de su vida con él. Nantonaku. De alguna forma. Jamás había deseado tanto algo.

Shinzaemon, sonriente, se frotó la frente con los dedos.

—Tus ojos —dijo—. Nunca olvidé esos ojos. Esa boca. La curva de tus mejillas. Esa sonrisa.

Trazó una línea por la mejilla de Sachi, alrededor de su barbilla, por su cuello. A ella se le erizó el vello de la nuca. Era como si hasta ese momento no hubiera sabido lo que significaba estar vivo.

—Tú —susurró Shinzaemon.

Otra vez esa palabra.

Bajaron del parapeto y él la tumbó en la hierba. Las capas del kimono de Sachi se inflaron, formando un blando cojín bajo su cuerpo. Estaban rodeados por una

enramada de alta hierba que susurraba y se mecía. La pelusilla le hacía cosquillas en la nariz a Sachi; el olor a tallos secos y flores silvestres la envolvía. Se dejó ir en aquella blandura, se fundió en aquella fragancia. Sabía que allí, en aquel lugar secreto, eran invisibles.

La cara de Shinzaemon estaba oscura contra el cielo. Los últimos rayos de sol le acariciaban el pelo, encendiéndoselo como un halo.

Sachi cerró los ojos, y él acercó los labios a su cuello.

## II

—Estás muy flaco, Shin —dijo Taki—. Se nota que no has comido. Vamos a tener que cebarte.

Un haz de luz atravesaba las puertas de madera, traspasando el aire de la mañana, lleno de brillantes motas de polvo, e iluminando el vapor que ascendía del arroz y de la sopa de miso.

Shinzaemon se sentó, impasible y sereno, mientras Haru y Taki se afanaban alrededor de él llenándole la taza de té, sirviéndole arroz en un cuenco, llevándole platos y más platos de pescado asado y verduras hervidas. La habitación estaba invadida de aromas deliciosos.

Sachi, sentada en silencio, vigilaba que todo estuviera a su gusto, como una buena anfitriona. De vez en cuando, los dos jóvenes se miraban. La dulzura de la noche anterior seguía viva. Bajo su fachada de recato, Sachi ardía de gozo, como si dentro de ella hubieran encendido un fuego que no pudiera apagarse. Notaba la sangre de su madre corriendo por sus venas. Haría lo que había hecho su madre: se aferraría a la vida. Conseguiría lo que quería, fueran cuales fuesen las consecuencias.

Sin embargo, a la luz del día Sachi era más consciente que nunca de lo difícil que eso iba a ser. Ahora tenía un padre, que además era un poderoso funcionario del bando de los sureños. Si bien Daisuké no podía esperar que Sachi lo obedeciera

ciegamente —como había obedecido a Jiroemon, y como obedecería cualquier hija —, un padre era un padre, y Sachi no quería romper con él cuando acababa de encontrarlo.

Ella sabía muy bien que no era libre y que no lo sería nunca. Las mujeres pertenecían a sus familias. Al encontrar a su padre, había encontrado otras cadenas que la ataban. Con la embriaguez del reencuentro con Shinzaemon, había imaginado que las cosas podrían ser diferentes. Pero ahora se daba cuenta de que se había equivocado.

Miró a Shinzaemon, que limpiaba su cuenco con un trozo de rábano, lo llenaba de té y se lo bebía. Era un buen soldado, un ronin. Intentó imaginárselo como un respetable miembro de la sociedad, cumpliendo los deberes del hijo adoptivo de un funcionario del gobierno. Sonrió al pensarlo. Aún más difícil era imaginar a Daisuké aprobando su unión con un rebelde desgreñado que había peleado en el bando de los perdedores; Shinzaemon era un enemigo, un miembro del despreciado ejército norteño.

Pero Daisuké también había sido joven. Él también había estado rabioso, había sido idealista e impetuoso y se había dejado gobernar por la pasión. Quizá cuando viera a Shinzaemon se vería a sí mismo.

Daisuké no tardaría en llegar, igual que Edwards. Sachi se estremeció. Era mejor no pensar en lo que podría pasar entonces.

Taki estaba recogiendo la bandeja del desayuno de Shinzaemon cuando oyeron pasos fuera. Sachi contuvo la respiración. Quizá fuera Daisuké... Entonces oyó el crujir de unas botas de piel de animal acercándose por el patio.

Era Edwards. Sachi notó un espasmo de miedo. Había estado a solas con él y había dejado que le cogiera una mano. Sólo él sabía qué había pasado entre ellos dos. Los extranjeros eran tan francos; era tan fácil saber qué pensaban. Si Edwards insinuaba algo, Shinzaemon...

Las puertas se abrieron y se cerraron, y unos pasos se dirigieron hacia ellos. Sachi oyó la aguda voz de Taki contándole a Edwards que Shinzaemon había regresado.

Los dos jóvenes no se habían visto desde que viajaran juntos por el Nakasendo; Shinzaemon estaba quisquilloso y susceptible, y Sachi notaba sus ojos traspasándola cada vez que hablaba con Edwards. Y éste debía de haber deducido que Shinzaemon no era su guardaespaldas, aunque él también había guardado las distancias.

Sachi recordaba el momento en que se volvió para mirar a Shinzaemon y a Edwards antes de que Taki y ella entraran en los jardines del palacio por la Puerta de las Damas del Shogun. Aún podía verlos en el otro extremo del puente: los dos gigantescos extranjeros y el desgreñado ronin. Pero las cosas habían cambiado mucho desde entonces. Edwards los había rescatado a todos en el monte Ueno y se había portado muy bien con Tatsueemon. Shinzaemon estaba en deuda con él.

Miró a Edwards y vio a un ser humano, y no sólo eso: vio a un hombre. Pero a Shinzaemon todavía debía de parecerle un ser de otro planeta. En cuanto a Edwards, quizá ni siquiera reconociera a Shinzaemon con el pelo tan corto.

Cuando entró pisando fuerte en la gran sala, dio la impresión de que ésta se reducía de tamaño. Al pasar por el haz de luz que atravesaba la estancia, su pelo de color paja brilló como el hilo de oro y Sachi percibió un atisbo de su exótico e intenso olor: a carne, a especias extranjeras, a piel de animal y a otras cosas que no supo identificar. Era un olor que le hacían pensar en puertas abriéndose, en espacios abiertos, en ráfagas de viento. Cuando Edwards estaba cerca, Sachi sabía que existían otros mundos, otras formas de hacer las cosas.

La joven sintió una punzada de tristeza al pensar que ese lazo que la unía con ese otro mundo, más amplio, se había cortado. Y aunque no quisiera admitirlo, lamentaba no volver a ver a Edwards. Ahora comprendía que cuando había disfrutado de la compañía del extranjero lo había hecho para consolarse. Sus atenciones la halagaban, y su romanticismo la conmovía. Sachi creía que Shinzaemon estaba muerto, pero ahora había vuelto y ella sabía que su corazón le pertenecía.

Edwards se sorprendió al ver a Shinzaemon, pero recobró rápidamente la compostura y lo saludó educadamente inclinando la cabeza. Sachi los miró a los dos. Eran el sol y la luna, dos caras de la misma moneda. Uno con el cabello rubio, y el otro, negro. El diplomático cortés y el soldado aguerrido. Ambos formaban parte de mundos sobre los que las mujeres no sabían nada, y sin duda debían de estar ansiosos por hablar de cosas de hombres, discutir sobre política y sobre la guerra. Pero también había una secreta sospecha. Los dos jóvenes debían de estar preguntándose qué relación tenía el otro exactamente con esas mujeres. Con Sachi.

—Entonces Tatsuemon... —dijo Edwards.

—Gracias —dijo Shinzaemon con formalidad—. Tatsuemon está bien. Peleamos juntos en Wakamatsu.

Pronunció ese nombre con una chispa en la mirada, como si quisiera dejar claro que sabía muy bien a qué bando apoyaba el inglés.

Sachi escuchaba con mucha atención. Se moría de ganas de saber qué había hecho Shinzaemon, dónde había estado, todo lo que había pasado desde la última vez que lo viera. Imaginaba relatos de heroicas hazañas, de valientes peleando hasta el final, resistiendo cuando todo parecía perdido. Pero los labios de Shinzaemon estaban fuertemente cerrados, y Sachi no se atrevió a preguntar nada.

—¿Habéis regresado juntos?—preguntó Edwards.

—Tatsuemon se ha marchado al norte —respondió Shinzaemon—. Ha ido a enrolarse en la armada de los Tokugawa. No sé si lo sabe. El almirante Enomoto tomó el mando de los mejores buques de guerra de los Tokugawa y zarpó para Ezo. Va a dirigir la resistencia desde allí. Cuando cayó el castillo, muchos hombres se



dirigieron hacia allí para enrolarse.

Edwards asintió.

—La guerra ha sido dura para los nortños —dijo.

—La guerra todavía no ha terminado —replicó Shinzaemon.

—Pero usted ha vuelto —dijo Edwards.

Lo dijo con educación, pero había un deje de triunfo en su voz, como si hubiera descubierto una grieta en la armadura de Shinzaemon. Como si no pudiera resistirse a la tentación de criticarlo.

Sachi sabía muy bien que Shinzaemon no era ningún cobarde. Debía de tener alguna buena razón para no haber ido al norte con sus camaradas y regresar a Edo. Sabía que ella no era la única razón. Había pasado algo, algo terrible.

Shinzaemon movió ligeramente un hombro, aunque Sachi dudaba que Edwards lo hubiera notado. En otro momento, en otro lugar, habría desenvainado su espada. Pero hizo un gran esfuerzo y permaneció inmóvil como una roca.

Se oyó una voz en el vestíbulo. Daisuké entró tan campante en la gran sala, como si estuviera en su propia casa, sin molestarse a esperar que lo anunciaran. Parecía contento, confiado; era corpulento y atractivo, un hombre que había hecho realidad todos sus sueños. Sólo le faltaba una cosa para ser completamente feliz: encontrar a la madre de Sachi.

Daisuké se paró en seco al ver a Shinzaemon y a Edwards, y los miró arqueando las cejas. La sorpresa se reflejó en su amplio, liso y ligeramente carnoso semblante.

Sachi se adelantó para saludarlo.

—Padre —dijo inclinando la cabeza.

Shinzaemon y Edwards estaban arrodillados. Este último se presentó.

—De modo que está con la Delegación británica —dijo Daisuké—. Conozco a Satow-dono. Ha sido muy generoso con nosotros. Los ingleses han sido muy generosos apoyando nuestra causa. Estoy en deuda con usted por lo bien que ha tratado a mi familia.

Hizo una profunda reverencia. Se estaba mostrando muy cortés. Edwards era un extranjero y un invitado de su país. Sin embargo, Daisuké lo miró con cierto recelo, como preguntándose qué demonios hacía allí.

—Shinzaemon de la casa de Nakamura, dominio de Kano —dijo Shinzaemon con formalidad.

Tenía las grandes manos de espadachín posadas en el tatami, con las yemas de los dedos tocándose, y la cabeza, con su mata de hirsuto pelo negro, inclinada. Sachi nunca lo había visto saludar tan escrupulosamente. Miró a su padre. Una cosa era un extranjero —había que tratar a los extranjeros con educación y respeto—, pero Shinzaemon era un ronin. Lo llevaba escrito en la frente. Era un forajido, un hombre sin amo ni filiaciones que no estaba en deuda con nadie. Daisuké lo vería enseguida.

—Los Nakamura de Kano... —dijo Daisuké con aire pensativo—. Si no recuerdo mal, el señor de Kano se ha pasado hace poco al bando del emperador. En Kano había discrepancias sobre qué bando tomar, ¿verdad?

—No estoy muy al corriente de la política de Kano —respondió Shinzaemon con precipitación. Era evidente que quería evitar verse atrapado en una incómoda discusión sobre política—. Mi padre es un samurái de rango medio y magistrado de la ciudad. Me enviaron a Edo cuando era joven. He pasado casi toda la vida aquí, en diversas mansiones del Estado de Kano.

Sachi miró a uno y luego al otro. Tanto Daisuké como Shinzaemon habían prescindido de su condición social. Daisuké había empezado su carrera como artesano, pero se había convertido en un personaje importante del nuevo gobierno. Shinzaemon había rechazado los privilegios de la clase de los samuráis y había abandonado su clan para perseguir sus propios ideales. Ambos habían dejado a un lado las antiguas restricciones jerárquicas para vivir la vida a su manera. Daisuké no sabía todavía cuánto se parecían.

—Shinzaemon nos protegió en el Nakasendo, padre —dijo Sachi—. Viajamos juntos. Es un gran espadachín.

—Es como un hermano para nosotras —añadió Taki.

—En ese caso, estoy en deuda contigo —dijo Daisuké con gravedad, mirando fijamente a Shinzaemon—. Tenemos que hablar, joven. Necesito saber cuál es tu posición, si estás con nosotros o contra nosotros.

Shinzaemon asintió.

—Me he perdido gran parte de la vida de mi hija —prosiguió Daisuké—. Me alegro mucho de conocer a dos jóvenes que han sido sus protectores.

Sachi dio un suspiro de alivio. Al menos de momento, no habría confrontación. Taki encendió unas pipas y las repartió. Haru fue a buscar té. Shinzaemon y Edwards se retiraron a un rincón de la estancia y fumaron en silencio.

—Tengo que decirte una cosa importante —le dijo Daisuké a Sachi en voz baja—. Creo que te hará feliz. Nada más llegar a Edo, fui a la mansión Mizuno. Era la residencia familiar de tu madre. Quería ver la casa donde ella había vivido y oler el aire que ella había respirado. Estaba en ruinas. Los Mizuno eran aliados de los Tokugawa, y habían huido. Debieron de ser de los primeros en marcharse.

»Desde que te encontré, siempre he soñado que podríamos vivir allí todos juntos. Ahora parece que quizá será posible. Las residencias y los palacios de los antiguos enemigos del país han pasado a control del Estado.

Sachi se removió, nerviosa. Sabía muy bien que «enemigos del país» significaba servidores leales del shogun. Pero no dijo nada. No estaba en posición de discutir.

—Van a destinar esas mansiones a oficinas del gobierno y al alojamiento de los funcionarios del gobierno —continuó Daisuké—. He solicitado la residencia Mizuno.

Sachi notó que la recorría un escalofrío. Siempre había sabido que su padre tenía grandes ambiciones, pero pensar en ocupar la residencia de una familia como los Mizuno... El que fueran parientes suyos no significaba que ella tuviera derechos sobre sus propiedades. Entendía perfectamente que los señores norteños habían huido, que tenían que darles sus tierras a los funcionarios del nuevo gobierno. Pero aun así... Parecía poco propicio. Estaba segura de que si lo hacían, la mala suerte caería sobre todos ellos.

—La familia Mizuno no era excesivamente poderosa —prosiguió Daisuké—, y la residencia no es excesivamente amplia ni bonita. No está mal para una persona de mi rango.

Las rellenas mejillas de Haru palidecieron al oír mencionar a la familia Mizuno.

—Allí hay demasiados fantasmas —susurró—. Demasiados recuerdos. Pero quizá... podríamos llegar a la raíz de lo que le pasó a mi Señora. Quizá la encontraríamos.

—Esa residencia es de Mizuno —dijo Sachi—. No podemos ocuparla por las buenas.

Mizuno. Al pronunciar su nombre, lo vio como si estuviera arrodillado enfrente de ella. Estaba escondida en las sombras, detrás de la princesa. Oguri, con su insulsa cara de cortesano, estaba hablando, y Mizuno levantó la cabeza. Sachi vio su curtido cuero cabelludo, sus feroces ojos, ardientes como brasas; la nariz como un pico de halcón, el cutis picado de viruela, los delgados labios. Esa imagen la hizo estremecerse. Recordó que tenía un tic nervioso. Había dejado su espada en la puerta, pero seguía dando sacudidas con el brazo, como si intentara desenvainarla; como si temiera que lo atacaran incluso en el palacio de las mujeres.

Daisuké frunció el entrecejo y la miró con expresión de curiosidad.

—¿Qué sabes tú de Mizuno? —preguntó—. Está muerto, ¿no es así, Haru? Murió hace mucho tiempo.

—Lo último que oí decir... fue que estaba en su lecho de muerte —susurró Haru con vacilación.

—No está muerto —afirmó Sachi.

Taki y ella habían guardado el secreto hasta ese día. Pero ahora que ya no existían el shogun ni las mujeres del palacio, no tenía sentido que no lo revelaran. Sachi tuvo que controlarse para no gritar.

—Nosotras vimos a Mizuno, ¿verdad, Taki? Fue al palacio con Oguri para decirnos que Su Majestad estaba enfermo.

El golpeteo de una pipa contra la caja de tabaco rompió el silencio. En el rincón de la habitación, los dos jóvenes se rebulleron un poco.

Haru abrió la boca. Levantó una mano y volvió a dejarla caer. Emitió un sonido estrangulado, entre un grito ahogado y un gruñido, y miró a Sachi con perplejidad.

—No... No puede ser él. Es imposible. —Meneó la cabeza—. No puede ser... Mizuno... Tadanaka Mizuno... ¿Estás segura?

—Tadanaka Mizuno —dijo Taki—. Lo recuerdo perfectamente.

—Era una mala persona —masculló Haru—. Un hombre malo. Habría sido mejor que hubiera muerto.

Hubo otro silencio, más largo. El rostro de Daisuké se había llenado de arrugas y se había ensombrecido. Ya no era tan atractivo como un actor de kabuki, sino que se había convertido en una máscara de demonio.

—Entonces... ¡era todo mentira! —gritó, y golpeó el tatami con un enorme puño.

—¿Qué, padre? —susurró Sachi—. ¿Qué era mentira?

Se había puesto el sol. Las velas y las lámparas relucían en los oscuros rincones, y el frío descendió sobre ellos. Del fondo de la habitación llegaba el olor a tabaco, y unas volutas de humo ascendían y se enroscaban alrededor de las vigas del techo. Edwards y Shinzaemon parecían estatuas, con las pipas en la mano.

—Ella me dijo que no había nadie en el mundo a quien le tuviera miedo, excepto a él. —Se volvió para mirar a Haru—. ¿Es verdad lo que... lo que me contó? ¿Qué todo había sido obra de su hermano? ¿Qué él la obligó a entrar en el palacio?

—Yo creía que Mizuno había muerto. —Haru se mecía hacia delante y hacia atrás—. Recuerdo que los oí discutir. «Eres una mujer», dijo Mizuno. Estaba gritando. «¿Cómo te atreves a desobedecerme? Crees que puedes vivir sin nosotros, pero sin nosotros no eres nada. Tienes que hacerlo. Por tu familia.»

—Tú no querías entrar en el palacio —dijo Daisuké en voz baja. Había una presencia con ellos en la habitación. La madre de Sachi. Era como si Daisuké pudiera oír su voz, como si ella le estuviera hablando—. ¿No fue eso lo que me dijiste? Era como entrar en un convento, o en una prisión. Un palacio con tres mil mujeres y un solo hombre, y ancianas observan lo cuanto hacías, esperando que cometieras un error. Coser y arreglarte el pelo todo el día, eso era lo único a lo que podías aspirar. «No estoy hecha para esa vida», decías. «Soy una criatura salvaje. Soy un pájaro. Huiré volando.»

—¿Qué mentira era ésa, padre? ¿Qué era mentira? —insistió Sachi.

—Los Mizuno lo tenían todo —dijo Haru con voz forzada, como si le estuvieran arrancando las palabras contra su voluntad—. Un castillo, un estipendio anual enorme... Pero eran chambelanes. El padre de mi Señora era chambelán de la familia Kisshu, y Tadanaka, el joven señor, no lo soportaba. No soportaba ser el número dos. Se paseaba por la casa gritando y azotando a los criados. Entonces mi Señora, su hermana, se hizo mayor, y él vio una forma de conseguir lo que quería.

»Decidió que tenía que entrar en el castillo de Edo, costara lo que costase. Las mujeres de su estatus entraban como damas de honor de rango inferior. Pero había muy pocas vacantes en ese nivel, y la competencia era muy dura. Las veteranas eran

las encargadas de la selección, y no tenían en cuenta la belleza. Lo importante eran el rango y el estatus, y la antigüedad de tu familia. Era mucho más fácil ingresar en un nivel inferior, así que el joven señor ordenó a mi humilde familia que adoptara a su hermana. ¡Imaginaos lo que eso significaba para ella! Pero ¿qué podía hacer? Así que se convirtió en mi hermana adoptiva, y nos aceptaron a ambas como doncellas de rango inferior.

»Mizuno sabía que sólo tenía que conseguir que mi Señora entrara en el palacio, donde pudiera verla el shogun. Era tan hermosa, tan cautivadora, tan alegre. Mizuno sabía que el shogun se enamoraría de ella en cuanto la viera, y que la nombraría Señora de la Alcoba Contigua. Y ella se llevaría a toda su familia con ella. Nombrarían daimio a su padre, y luego a él. Daimios luciérnaga. Revolotearían siguiendo la luz de la cola del traje de mi Señora. Pero las cosas no resultaron como él esperaba. La clave estaba en que mi Señora le diera un hijo y heredero al shogun. Pero su primer hijo murió, y el segundo...

—Todo empezó a salir mal —intervino Daisuké—. Me contó que Su Majestad dejó de visitarla. Nos conocimos. Y entonces empezó a hinchársele el vientre.

—La gente lo notó —susurró Haru—. Ella tenía enemigos. Muchas mujeres del palacio estaban celosas, y si alguna hubiera dicho algo, habría sido un desastre para toda la familia Mizuno. El joven señor habría tenido que abrirse el vientre y la estirpe familiar se habría extinguido. Él habría querido evitar eso a toda costa.

—Debió de enterarse de nuestra relación —dedujo Daisuké—. Quizá la llamó a su casa para alejarla del palacio antes de que el shogun y sus funcionarios se enteraran.

—¿Era ésa la mentira? —preguntó Sachi—. ¿Que Mizuno estaba en su lecho de muerte?

—Para que volviera a casa. Para ocultar el escándalo.

—Pero ¿qué hizo él entonces? —preguntó Sachi con un hilo de voz—. ¿Qué hizo cuando mi madre llegó a su casa? ¿Dónde está ella?

Daisuké miró a Sachi.

—Si alguien sabe qué fue de tu madre, es él —dijo—. Lo encontraremos, cueste lo que cueste.

La gran sala quedó en un profundo silencio.

Ojalá pudieran encontrar a Mizuno, pensó Sachi. Entonces recordó que lo había vuelto a ver una segunda vez. Le pareció oír el fluir de un río, el murmullo de los refugiados, desesperados por cruzar, los graznidos de los gansos salvajes, el crujido de los pies de los portadores, el estruendo de un transbordador subiendo a la orilla.

—Taki y yo volvimos a verlo hace sólo unos meses —dijo en voz baja—. En Takasaki. Estábamos esperando para cruzar el río. Oguri y él salían de Edo. Shin también estaba allí.

—Y ¡cómo te miró! —dijo Taki.

Sachi vio la oscura cara de Mizuno muy cerca de la suya. Oyó su bronca respiración, notó su aliento en la cara. Le había gritado: «¡Vete! ¡Déjame en paz!» Parecía un enloquecido. Como si hubiera visto un fantasma. Quizá por eso la había mirado de esa forma: no la había visto a ella, sino a su madre.

Shinzaemon habló desde el fondo de la sala. Tenía el rostro encendido y le brillaban los ojos.

—Llevaban unas cajas fuertes —dijo, muy exaltado—. Me llamaron la atención; parecían muy pesadas. Y los portadores no parecían portadores; no llevaban tatuajes. Eran... samuráis. Samuráis a los que les había crecido el pelo. Recuerdo que me pregunté qué andarían tramando.

—Los sureños los estarán buscando; son personajes poderosos —dijo Edwards. También a él le brillaban los azules ojos—. Nunca he oído hablar de Mizuno, pero Oguri era ministro del gobierno del shogun. Las posibilidades de que sobrevivan son escasas; tenemos que encontrarlos cuanto antes. Iré con ustedes. Necesitarán toda la ayuda que puedan conseguir. Puedo proporcionarles caballos y portadores. De todas formas, tengo que realizar una inspección ahora que el país está abierto a los extranjeros. Hasta ahora no podíamos viajar libremente. Para mí será una aventura, y además podría serles útil.

Shinzaemon asintió.

—Sólo puedo ofrecer mi brazo —dijo con voz queda—, pero es un brazo fuerte. Cuando volvía de Wakamatsu pasé por Takasaki. Tomé el camino más largo para esquivar al ejército sureño. Conozco bien el camino. Y creo que sé adónde se dirigían.

—Debemos partir de inmediato —dijo Daisuké tras cavilar unos instantes—. Pronto llegará el invierno, y ya debe de estar nevando en los puertos de montaña más altos. Pero si esperamos hasta la primavera, quizá sea demasiado tarde. Os lo debo a tu madre y a ti, querida hija. No descansaré hasta que sepa dónde está.

## 15. LOS BUSCADORES DE ORO DEL MONTE AKAGI

### I

Cuando se marcharon los hombres, Sachi sacó el michiyuki de su madre. Estaba guardado en el cajón de un arcón, y la frágil tela crujió cuando Sachi lo cogió y lo desdobló con cuidado. Los colores de aquel brocado eran colores del pasado. Sachi lo acarició con la cara y aspiró su sutil y añejo aroma a almizcle, aloe, ajeno y incienso. Quería grabar aquel perfume en su mente, reconocerlo cuando volviera a encontrarlo, como si pudiera reconocer a su madre por su olor.

—Vamos a ir a buscarte —susurró—. Por fin estaremos los tres juntos.

Esa noche, Taki encendió fuego en la chimenea de la habitación principal de la parte de la mansión reservada a la familia, y puso unos cojines alrededor. Entonces Sachi, Haru y ella se envolvieron en varias capas de ropa gruesa. El humo se arremolinaba en la estancia y hacía que les escocieran los ojos y la garganta. El fuego chisporroteaba y escupía chispas sobre el suelo de madera pulida. La tapa del hervidor de agua que colgaba sobre las llamas temblaba ruidosamente, sacudiéndose y echando vapor. Era un sonido hogareño y reconfortante.

Shinzaemon se sentó con ellas, como si ya formara parte de la familia. Estaba apoyado en un codo, un poco separado de las mujeres, con los ojos entrecerrados y una pipa de boquilla larga en la mano. Sachi lo miró, al principio con timidez, pero luego dejando que sus ojos vagaran sin reparo por su cara. Los ángulos de sus facciones, la cuadrada barbilla y los carnosos labios, adquirían relieve bajo la parpadeante luz de las llamas. Shinzaemon estaba tan quieto, tan contenido; como un gato, pensó Sachi. Pero sólo estaba relajado aparentemente. En realidad estaba preparado y alerta, listo para saltar en cualquier momento.

Taki, encorvada sobre su labor, fingía estar concentrada, pero Sachi sabía que estaba deseando hacer un millar de preguntas. No había preguntado por Toranosuké. Al fin y al cabo, si él le hubiera dado un mensaje para ella a Shinzaemon, éste se lo

habría comunicado. Debía de haber decidido guardar un silencio digno. Sin embargo, sus grandes ojos tenían una mirada triste y dolida, y su delgada cara estaba aún más pálida y más demacrada que de costumbre.

Al final Taki estiró un delgado brazo y cogió el atizador. Removió las brasas; entonces levantó la tapa del hervidor y puso agua caliente en una tetera. Llenó una taza, la puso en una bandeja y se la ofreció a Shinzaemon.

—Shin —dijo con tono adulador—. Dices que has oído hablar de Oguri y de Mizuno. ¿Cuándo fue eso? ¿Cuando estabas en el norte?

—En el camino de regreso —contestó Shinzaemon, y volvió a guardar silencio.

—Entonces Tatsu te encontró —insistió Taki con un hilo de voz.

Él rió.

—Fue muy fácil —dijo—. Sabía dónde estábamos peleando.

—¿Os encontrasteis... en Wakamatsu? —preguntó Sachi.

Ella también estaba ansiosa por oír lo que Shinzaemon sabía del paradero de Mizuno. Pero sobre todo quería que le hablara de él —dónde había estado, qué había hecho, qué aventuras había vivido en los meses que habían pasado separados—, y suponía que eso era lo que les interesaba también a Taki y a Haru.

—¿Queréis que os hable de Wakamatsu?

Las mujeres asintieron. Shinzaemon caviló un momento, contemplando el fuego.

—Pasamos un par de meses en el castillo de la Grulla Blanca —dijo despacio, y dio una calada a la pipa—. Teníamos que llegar allí antes de que el ejército sureño controlara los caminos. Nuestra misión, mía y de Toranosuké, consistía en montar guardia en una colina que estaba fuera del recinto principal del castillo. Tatsu se reunió con nosotros. Desde allí veíamos la ciudad. Cuando atacó el enemigo, vimos a los soldados pululando por las calles como una masa de hormigas negras. Decían que eran treinta mil. Y nosotros éramos tres mil. Algunos ancianos, mujeres y niños de la ciudad se habían refugiado en el castillo, y teníamos que protegerlos. Entonces los sureños nos apuntaron con sus cañones y empezaron a bombardearnos, desde la mañana hasta la noche.

Shinzaemon hablaba con su brusca entonación de soldado, y Sachi ya no estaba allí calentándose las manos al fuego, cómoda y a salvo. Estaba a su lado, de pie en las almenas. Veía nubes de humo desplazándose sobre la ciudad. Las calles estaban oscuras como si fuera de noche. Aquí y allá se veían lenguas de fuego y el intenso resplandor de los incendios. Oía el rugido de las llamas, el estruendo de los tejados de tejas al derrumbarse. No se oían gritos ni voces humanas, sino sólo un espeluznante silencio.

—Entonces los soldados enemigos irrumpieron en el castillo. Entraron trepando por la muralla del foso. Parecían cucarachas, una invasión de cucarachas. Nosotros los atacamos, pero seguían llegando más. Muchos caían, pero seguían apareciendo



otros. Llegaron al tercer recinto, y luego al segundo. Ya los distinguíamos claramente: hombres de negro, con uniformes extranjeros de perneras estrechas y cascos relucientes y puntiagudos, hombres con capas de piel de perro y los hombres de Tosa, con sus pelucas de oso, como si fuéramos a creer que eran osos y fuéramos a huir.

Dio un resoplido de burla.

—Resultaba fácil dispararles con el rifle. Yo estaba esperando que se acercaran lo suficiente. Quería bajar allí, donde estaban ellos. Quería ver sus feas caras, hacerles brotar la sangre y cortarles la cabeza. Estaba harto de esperar. Sabía que vosotras queríais que tuviera una muerte gloriosa. Eso es lo que vosotras esperabais de mí: una muerte digna de un samurái.

Les hablaba a las tres, pero sus palabras iban dirigidas a Sachi. Metió una mano en la manga, donde tenía escondido el peine. Su rostro estaba inmóvil, como si estuviera tallado en piedra, pero tenía las mandíbulas apretadas y le temblaba un músculo del cuello.

—Así es como habría sido —masculló—. En los viejos tiempos. Cuando los hombres no combatían con rifles, sino con espadas. Cuando podías ver la cara del hombre que matabas o que te mataba a ti. Cuando peleabas cuerpo a cuerpo y ganaba el mejor.

Shinzaemon tenía el ceño fruncido. Las mujeres lo escuchaban fascinadas.

—Todo ha terminado —dijo con aspereza—. No se trata sólo de que el norte haya perdido y el sur haya ganado. Los viejos tiempos han pasado para siempre. —Meneó la cabeza—. El honor, el deber, la ley de la espada, todo eso... ha terminado.

—Pero... ¿qué pasó? —pregunto Sachi.

Shinzaemon hablaba con tanto apasionamiento que la joven sintió miedo.

—El vigésimo primer día del noveno mes nos tenían acorralados. Llevábamos un mes sitiados y casi nos habíamos quedado sin alimentos y sin munición. Nos bombardearon todo el día. Nosotros contraatacamos, les causamos algunas bajas... Los veíamos caer. También murieron muchos de los nuestros. Aquello apestaba a cadáver; había demasiados muertos para enterrar. El final se acercaba y nos miraba a los ojos.

»Todos sabíamos qué pasaría a continuación. Habría un montón de broza en la ciudadela principal; rechazaríamos al enemigo hasta que nuestro señor se abriera el vientre. Entonces, los que todavía estuvieran vivos le prenderían fuego al castillo y explotaría el polvorín. Vivos o muertos, habíamos cumplido con nuestro deber. Y si moríamos, habríamos muerto con honor.

Taki había dejado su labor. Sachi todavía tenía el entrecejo fruncido, y contemplaba el fuego como si viera arder Wakamatsu.

—Esa noche, todos los que todavía nos teníamos en pie celebramos una fiesta.

Encendimos hogueras, cantamos y bailamos. Queríamos despedirnos a lo grande. Toranosuké representó el Atsumori. Siempre ha sido muy buen bailarín.

Cautivada de nuevo por sus palabras, Sachi vio las caras iluminadas por las hogueras y las antorchas. Oyó las canciones, vio los comedidos pasos de las danzas Noh, el lento ondear de los abanicos. Todos los movimientos eran deliberados y perfectos, como había sido siempre a lo largo de los tiempos: los guerreros solazándose antes de la gran batalla final.

Así que Toranosuké, con su hermoso rostro y su noble porte, había representado el Atsumori, el cuento de un apuesto y joven guerrero que muere en la batalla. Después, su asesino encuentra una flauta de bambú junto a su cadáver y se da cuenta de que ése era el joven cuya música había llegado flotando desde el campamento enemigo la noche anterior. Era una obra conmovedora que expresaba la gloria, el romance y la exquisita tristeza de la muerte de un guerrero; una obra perfecta para un samurái que iba a luchar al día siguiente. Sachi se imaginó a Toranosuké, con el rostro inmóvil como una máscara de teatro Noh, moviendo su abanico mientras bailaba y recitaba con su grave voz:

*Pero la noche del sexto día del segundo mes  
mi padre Tsunemori nos reunió a todos.  
«Mañana —dijo— libraremos nuestra última batalla.  
Esta noche es lo único que nos queda.»  
Cantamos canciones y bailamos.*

Sachi miró a Taki. El semblante de su amiga no había cambiado, pero brillaba una débil luz en sus grandes ojos. Estaba murmurando los mismos versos.

Pero al mismo tiempo que Sachi se figuraba la escena, ésta empezaba a borrarse, como una pintura sobre oro en la que éste empezaba a deslustrarse. Después de haber visto los fastuosos rifles y las hileras de cadáveres, y de haber oído el rugido de los cañones; después de haber visto los grandes buques en el puerto de Edo, y de haber oído hablar de los monstruos de hierro, esa escena que Shinzaemon estaba describiendo no parecía más real que una obra de teatro. La era de los guerreros había sido gloriosa; pero él tenía razón: había terminado. En el nuevo mundo que estaba surgiendo no había sitio para los samuráis.

—Al día siguiente, todos esperábamos la orden. Sabíamos qué orden sería: «Sin rendición. A muerte.» —Shinzaemon agachó la cabeza—. Pero no fue ésa la orden que nos dieron. Fue... «Nos hemos rendido. Entregad las armas.»

Así que era eso lo que había pasado. Sus hombres, los guerreros norteños, se habían rendido. Como alfeñiques. Como mujeres. Como si les importara más su vida que el honor. Los guerreros norteños eran hombres que estaban dispuestos a morir

por su país, su señor o su familia, sin pensar en ellos mismos. Sin su honor, era difícil saber por qué luchaban. Taki y Haru se removieron, incómodas.

—Mientras nosotros luchábamos y moríamos, el señor negociaba a nuestras espaldas. La guarnición entera tuvo que afeitarse la cabeza. —Shinzaemon hizo una mueca y se tiró del pelo—. Un criado salió con un estandarte con dos caracteres escritos: «Ko-fuku.» Rendición. Lo seguía el shogun; se había afeitado la cabeza y llevaba el traje de ceremonia. Ése era el hombre por el que nuestros camaradas habían dado la vida, el hombre por quien estábamos dispuestos a matar y a morir. Ni siquiera había tenido valor suficiente para quitarse la vida.

»Entonces nos dijeron que había que entregar el castillo. Teníamos que salir en fila y rendirnos. Había tantos muertos en el suelo que pisábamos los cadáveres de nuestros camaradas.

»Entonces fue cuando comprendí que no había servido para nada. Algunos soldados desenvainaron las espadas y se abrieron el vientre allí mismo. Los demás íbamos dando traspiés, como si no supiéramos dónde estábamos. Todos lanzaban las armas y salían por el portal principal. Toranosuké, Tatsuemon y yo nos miramos. "No puedo", dije. "Yo tampoco", dijo Toranosuké. Agarramos nuestras espadas y cogimos todos los rifles que encontramos. Entonces nos escabullimos por una puerta trasera. Conseguimos esquivar a los soldados sureños, aunque nos cruzamos con un par de patrullas y hubo un par de escaramuzas. Y llegamos al campo.

»Toranosuké y Tatsu querían ir a Sendai; querían llegar allí antes de que zarpara la flota de los Tokugawa. Estaban decididos a ir al norte y seguir luchando. Pero para mí todo había terminado. Ya no tenía nada por lo que luchar. Así que eché a andar.

Sachi quería ponerle una mano sobre el brazo para que Shinzaemon supiera que ella entendía lo avergonzado y traicionado que se sentía, pero se quedó quieta, contemplando el fuego. Porque Shinzaemon había sobrevivido, y ella se alegraba. Él había peleado sin tregua; había hecho cuanto había podido, y ella estaba orgullosa. Y ahora, en lugar de yacer pudriéndose en un campo del norte, estaba allí con ella. Había vuelto a su lado.

Shinzaemon miró a Sachi, a Taki y a Haru y sonrió, como si se hubiera librado de una pesada carga.

—Me tapé la cabeza hasta que volvió a crecerme el pelo —prosiguió—, y me hice pasar por monje budista. Volví por caminos secundarios y me perdí. Una noche acabé en un pueblo, en las estribaciones del monte Akagi. Parecía un pueblo fantasma. La gente estaba asustada. Nadie quería hablar conmigo. Me pareció reconocer el emblema del portal de una mansión que había en las afueras del pueblo, pero no lograba identificarlo. Al día siguiente llegué al río Toné, al mismo sitio por donde lo habíamos atravesado en primavera. Esta mañana, cuando te he oído hablar con tu padre, he pensado que podría ser el emblema de los Oguri. Quizá ese día,

cuando lo vimos, Oguri huía de Edo y volvía a su casa.

Las mujeres guardaron silencio. El que por casualidad Shinzaemon hubiera visto el emblema de Oguri no parecía una pista muy valiosa.

## II

A la mañana siguiente tomaron la ruta Nakasendo, que serpenteaba majestuosamente por la ciudad y discurría junto al largo muro de la extensa residencia de los señores Maeda. El monte Ueno se alzaba, oscuro y silencioso, a lo lejos.

Daisuké había decidido que viajarían en un convoy de palanquines hasta donde pudieran. Sachi se recostó en los cojines de su vehículo y se preparó para un largo viaje. Las paredes de madera crujían y traqueteaban. El palanquín se balanceó bruscamente al tomar una curva, y la joven se sujetó al cordón para no caerse. Se zarandeaba sin cesar mientras los palanquineros corrían, dando rítmicos y acompasados jadeos. Sachi oía el crujir de sus sandalias de paja golpeando el suelo de tierra, y sus gruñidos y maldiciones cuando remontaban una cuesta.

Pese a estar incómoda, Sachi se alegraba de volver a estar en marcha después de tantos meses escondida en la mansión, esperando a que terminara la guerra y preguntándose si terminaría algún día. Entonces el palanquín dejó de mecerse un momento; Sachi se inclinó hacia delante y separó las tablillas de la persiana de bambú. La ciudad volvía a la vida. Las casas volvían a alzarse sobre sus cenizas. Las tiendas volvían a abrir, y las calles estaban abarrotadas de gente.

Hacia la hora del caballo, cuando el sol alcanzaba el punto más alto en el cielo, llegaron al puesto de control de Itabashi. La última vez que Sachi había pasado por allí, el puesto estaba atestado de soldados. Ahora, al verlos llegar, los guardias les hicieron señas para que pasaran, y ni siquiera tuvieron que parar.

Habían salido de la ciudad, y avanzaban entre huertos de moreras. Las hojas, secas, susurraban en las ramas de los árboles. De vez en cuando olía a estiércol y a excrementos humanos, que los campesinos esparcían por los campos de arroz y por

los huertos para abonarlos. A ratos adelantaban a otros transeúntes que iban más despacio. Sachi oía el chacoloteo de cascos o los pesados pasos de bueyes cargados de arroz, seda, despojos de pescado, sal o tabaco. Entonces los palanqueros aceleraban el paso y los sonidos y los olores iban extinguiéndose.

Sachi intentaba no pensar en lo que encontrarían más adelante. Se alegraba de que Daisuké y Shinzaemon estuvieran con ella, y también Edwards. Era un alivio dejar que ellos se encargaran de todo y tomaran las decisiones. Había empezado una nueva vida; ya no estaba sola.

El segundo día llegaron al río Toné. Los pies de los portadores hicieron crujir la grava; bajaron el palanquín al suelo y Sachi se asomó y estiró las entumecidas piernas. Edwards ya había desmontado de su caballo y estaba junto a la puerta, ofreciéndole una mano para ayudarla a bajar. Sachi rió y le apartó la mano; se alisó las faldas, aliviada de volver a pisar suelo firme. Era agradable respirar el aire otoñal y oír el canto de los pájaros y el susurro del agua que acariciaba la orilla. Las últimas hojas caían flotando, las nubes surcaban el cielo y un par de garzas reales pasaron agitando sus blancas alas.

Shinzaemon ataba los caballos y daba instrucciones a los portadores mientras Taki, Haru y Daisuké se apeaban de sus palanquines. Edwards también fue a ayudar a Taki y a Haru. Ésta fue la última en salir. Estaba pálida y demacrada.

Sachi volvió a recordar las palabras de Haru. Ella era la única que conocía a Mizuno. Parecía algo más que nerviosa; parecía asustada.

Oguri y Mizuno habían cruzado el río por aquel punto; Sachi estaba convencida de que se dirigían hacia las montañas. Pero luego habían desaparecido sin dejar rastro, como si se los hubiera tragado la tierra. Se estremeció y se ciñó los kimonos.

Al otro lado del río, la ruta Nakasendo serpenteaba por una pradera. A lo lejos, Sachi distinguió a personas y varias posadas; luego el camino desaparecía entre un grupo de tejados de paja. Detrás de las montañas, el cielo era del color de una antigua túnica añil, lavada muchas veces hasta quedar casi desteñida. En la orilla del río había campos de arroz. Había destrozados fajos de arroz, atados formando conos; el viento agitaba los desordenados tallos.

Shinzaemon miraba al otro lado del río con el ceño fruncido, como si rebuscara en su memoria. Sus espadas relucían en su costado, y Sachi vio que llevaba también una pistola metida en el cinturón. Shinzaemon se volvió y miró a Daisuké.

—Estaba allí —dijo—. Creo que ése era el pueblo de Oguri.

Daisuké asintió lentamente.

—He estado haciendo indagaciones —dijo—. La familia de Oguri es de esta región. Tienes razón: si encontramos su pueblo, quizá lo encontremos a él. Y quizá pueda decirnos dónde está Mizuno.

—Fue hace seis meses —intervino Taki—. Podríamos estar yendo en la dirección opuesta. Y Oguri y Mizuno estaban en el bando perdedor. Deben de haberse escondido.

—Es la única pista que tenemos —dijo Daisuké. Miró a Shinzaemon y añadió—: ¿Recuerdas cómo se llegaba a ese pueblo?

—No estaba en el Nakasendo. Tenemos que tomar ese sendero que penetra en el bosque —dijo señalando un estrecho camino.

El río fluía perezosamente, gris como el cielo. Un desvencijado transbordador zigzagueaba despacio hacia ellos. Subieron a bordo, dejando los palanquines y los caballos en el pueblo. El anciano barquero, con una chaqueta happi recogida alrededor de los muslos, se apoyó con todo el cuerpo en la vara y estuvo a punto de caer al agua cuando el transbordador se separó de la orilla.

Ya en el otro lado, echaron a andar por oscuros bosques de pinos de hojas oscuras y altísimos cedros. Las hojas de pino crujían bajo sus pies, y la débil luz del sol se filtraba entre las copas de los árboles, cubriendo el sendero de motitas.

Edwards iba en cabeza con Daisuké, hablando con su resonante voz y agitando sus grandes manos. Por lo visto hablaba de la estructura del nuevo gobierno y de cómo ganarse a la población de Edo. Al fin y al cabo, Edwards era un diplomático y un representante del país que había armado a los rebeldes, y Daisuké, un funcionario del nuevo gobierno formado por esos mismos rebeldes. No era de extrañar que tuvieran mucho de qué hablar. Con todo, Sachi sentía cierta aprensión. Se preguntaba si no sería la verdadera intención de Edwards impresionar a su padre; quizá pretendiera pedir su mano. Sería algo inaudito que su padre aceptara a un extranjero como hijo adoptivo; sin embargo, era un hombre muy moderno, y quizá quisiera establecer una alianza con los ingleses.

Miró discretamente a ese ser enorme que caminaba delante de ella con sus botas de piel de animal, apartando la crecida hierba con su fusta y con el rubio cabello brillando bajo el sol. ¿Cómo había podido alentar siquiera un instante sus insinuaciones? ¡Era tan estafalario! Y trataba a las mujeres de una forma muy extraña. Pese a su estatura, no se comportaba como un hombre, sino como un sirviente, y las ayudaba, solícito, como si estuvieran enfermas; y no sólo a ella, sino también a Taki y a Haru.

Después de todo lo que había dicho el día que le cogió la mano a Sachi en el jardín, Edwards no desistiría con facilidad; y seguramente no se había dado cuenta de que hubiera algo entre Sachi y Shinzaemon. ¿Por qué tendría que haberlo notado? Igual que a ella le costaba interpretar su comportamiento, a él, sin duda, debía de costarle interpretar el de Sachi.

Cuando llegaron a lo alto de la cresta, a todos les costaba respirar. Pararon un rato para descansar y para orientarse. Sachi contempló las colinas cubiertas de árboles.

Más allá, las montañas se alzaban pálidas como fantasmas, agrestes y escarpadas.

Shinzaemon estaba detrás de Sachi, tan cerca que ella notaba el calor de su piel y lo oía respirar. La joven se dio la vuelta: Daisuké y Edwards estaban un poco apartados del grupo. Shinzaemon señaló una cima cercana. La manga de su kimono resbaló y Sachi vio los duros músculos de su antebrazo. Tenía la piel suave como la seda, de un color dorado oscuro. Imaginó que la acariciaba.

—El monte Akagi —dijo él—. El pueblo de Oguri está en esas estribaciones. Y esa montaña más alta de allí... Por allí está Wakamatsu.

Sachi hizo visera con una mano. Apenas distinguía una cumbre negra y siniestra entre las montañas que relucían a lo lejos.

Volvieron a tomar el camino que se adentraba en el bosque. Shinzaemon iba al lado de Sachi, y Daisuké iba delante con Haru. Sachi veía sus espaldas alejándose por el sendero: un hombre alto con anchas espaldas, con un sombrero de paja plano colgando a la espalda y con el kimono arremangado revelando unas pantorrillas musculosas; y una mujer menuda y rolliza con un pañuelo en la cabeza, que avanzaba con una pipa de boquilla larga en la mano, dando de vez en cuando una calada. Iban lado a lado, con la cabeza agachada, enfrascados en su conversación. Sachi los observó, asombrada: ni siquiera un campesino o un chonin caminaría al lado de una mujer. Parecía que hubieran olvidado todas las convenciones sociales. Era como si ya no tuvieran tiempo para preocuparse por lo que era correcto y lo que no lo era.

Sachi se preguntó de qué estarían hablando, y si Haru estaría persuadiendo a Daisuké de que aceptara a Shinzaemon como hijo adoptivo, pese a que había luchado en Wakamatsu. O quizá fuera una conversación más íntima. Al fin y al cabo, estaban a punto de encontrar a la mujer que ambos habían amado. Daisuké debía de sentir la misma incertidumbre, la misma esperanza y el mismo miedo que había sentido Sachi cuando esperaba a Shinzaemon. O quizá con los años sus sentimientos se hubieran apagado hasta que ya no quedara nada más que una firme determinación de encontrar la respuesta, fuera cual fuese. Quizá, pensó, la única certeza de la vida fuera la certeza de la incertidumbre. Era importante no olvidar nunca las enseñanzas de Buda: que la vida era sufrimiento.

Sachi oía el crujir de las hojas secas detrás de ellos. Taki y Edwards los seguían. Ella, al menos, iba unos pasos por detrás de él. Sachi oyó la potente voz de Edwards y la aguda risa de Taki. La alivió oír reír otra vez a su amiga; hacía mucho tiempo que no era feliz.

Era muy escandaloso —y emocionante— ir andando al lado de Shinzaemon. Llevaban tanto tiempo sin verse que lo único que Sachi quería era estar con él, aunque sabía muy bien que él también tendría que encontrar alguna forma de impresionar a Daisuké si pretendían pasar el resto de su vida juntos.

Miró la tierra y las piedras del sendero, los montones de enmohecidas hojas y los

grandes árboles que los rodeaban. La colina descendía entre los árboles, cubierta de helechos y hierba. De vez en cuando, Sachi entreveía suaves colinas en la lejanía. Veía sus pequeños pies, con las sandalias de paja, con los dedos vueltos hacia dentro; y veía los de Shinzaemon a su lado, pisando a grandes zancadas.

Shinzaemon daba patadas a las hojas con sus sandalias.

—Wakamatsu —gruñó—. Pensé que después de eso nunca volvería a combatir. Pero si tengo que hacerlo, estoy preparado.

Sachi lo miró y sonrió. Continuaron en silencio. Shinzaemon iba pensativo, con el entrecejo fruncido. Al poco rato alcanzaron a Daisuké.

—Hay una cosa que me preocupa —dijo Shinzaemon—. Esas cajas fuertes que llevaban Oguri y Mizuno. Hacían falta cuatro hombres para cada una, y aun así, se tambaleaban bajo su peso. ¿Cree que podría haber oro dentro? Y esos porteadores... No parecían porteadores. Parecían prisioneros, samuráis que llevaran tanto tiempo encerrados que les hubiera crecido el pelo. Sí. Ahora estoy seguro.

Oro. Sachi recordó que en otro momento habían hablado de oro. Se vio en Edo, en el barrio oriental, en la tienda de un repugnante prestamista. El prestamista con cara de rata y con una sonrisa obsequiosa, el amo de Fuyu. Las miraba con los ojos entrecerrados, rechazando la moneda de oro que le habían ofrecido y mostrándole el sello que llevaba: el emblema con la malvarrosa de los Tokugawa. «Dicen que se ha perdido el oro del shogun», había dicho componiendo una sonrisa.

—Lo que había en esas cajas... —dijo Sachi débilmente—. ¿No podría ser... el oro de los Tokugawa?

Daisuké se paró en seco y se dio un golpe con el puño en la palma de la mano.

—¡Claro! —exclamó. Un pájaro salió volando de los árboles—. El tesoro de los Tokugawa. Creíamos que cuando tomáramos el castillo lo encontraríamos. El oro acumulado durante quince generaciones, desde que los Tokugawa llegaron al poder. Desde entonces hemos ido a trompicones, tratando de formar un gobierno y dirigir el país con un erario en quiebra. ¡Claro! Oguri era el comisario del tesoro. Debía de querer asegurarse de que no dábamos con un solo mon de cobre. Seguramente empezó a sacarlo de Edo en cuanto quedó claro que el shogun estaba en una situación comprometida. ¡Quizá planee financiar una rebelión!

—¿Oro? —preguntó Edwards, y sus azules ojos chispearon—. ¿El tesoro de los Tokugawa? Oímos rumores de eso en la delegación. Bueno, si ese sitio al que vamos es el pueblo de Oguri, quizá tenga usted razón. Sería fantástico encontrar ese oro, y a Mizuno también.

Tenía el entrecejo fruncido, y pisaba fuerte con sus lustrosas botas de piel de animal. Levantó la cabeza, vio que Sachi lo estaba mirando y esbozó una sonrisa de arrepentimiento. Entonces desvió la mirada, como si se hubiera percatado de que entre ellos dos había caído una cortina.



—Robar fondos públicos es un delito —dijo Daisuké con gravedad—. Si los encontramos y resulta que tienen el oro, me aseguraré de que les cortan la cabeza, después de responder mis preguntas. Son unos traidores, eso es lo que son.

Sachi notó que Shinzaemon se erizaba.

—Rebelión. Traición —masculló haciendo una mueca.

Tenía una expresión glacial, y Sachi se dio cuenta de que estaba haciendo un gran esfuerzo para guardar silencio. Imaginaba lo que debía de estar pensando. Si Oguri y Mizuno estaban organizando la resistencia, Shinzaemon tendría que decidir rápidamente en qué bando estaba: si estaba con Daisuké o contra él. Por muy desilusionado que seallase, Sachi dudaba que estuviera dispuesto a traicionar sus principios.

### III

Llegaron al pueblo a última hora de la tarde. Estaba en la ladera de la montaña. Un bosque de cedros se extendía detrás de las casas, proyectando su sombra sobre las paredes de madera y los inclinados tejados de paja de las posadas, y había niebla en las zonas más hundidas.

Para ser un lugar tan remoto, había mucha actividad. Unos individuos de mirada furtiva, sin afeitar y con el grasiento cabello recogido en un moño se paseaban por las calles, mientras unas mujeres apergaminadas, con delantal encima de los kimonos de trabajo, de color añil, iban de un lado para otro, asiéndolos por el brazo y metiéndolos en sus posadas. Sachi dedujo que el negocio no debía de funcionar muy bien si tenían que captar a esa clase de clientes.

Fuera, en la calle, algunos de esos hombres ya habían empezado a beber, yapestaba a brebajes caseros. Sachi oyó fragmentos de conversación: «Me estableceré como mercader, eso es lo que haré.» «Yo no. Me iré al Yoshiwara, donde no se distingue la noche del día. ¡Allí están las mujeres más hermosas de las doscientas sesenta provincias!» «Yo me compraré unas cuantas.» «Yo me lo jugaré a los dados. No habrá quien me pare.» Se preguntó de qué estarían hablando.

Daisuké buscó la mejor posada del pueblo y alquiló una habitación. Era un edificio grande, de madera, con sólidas vigas ennegrecidas por el humo en el vestíbulo, que a Sachi le recordaron la posada donde se había criado. La joven abrió las puertas. Fuera había un pequeño jardín, con un estanque donde nadaban carpas, y unas rocas cubiertas de verde y reluciente musgo.

Después de bañarse, una anciana encorvada entró para preparar la habitación para la cena. Llevaba un kimono de algodón basto, y el cabello sujeto con un cordel de cáñamo. Los miraba con recelo con unos ojitos hundidos en su arrugada cara. Sachi se dio cuenta de lo extravagantes que debían de parecer: tres mujeres de aspecto aristocrático, dos hombres con un corte de pelo excéntrico y un enorme bárbaro de pelo rojizo; y todos ellos hablando con un marcado acento de ciudad. La mujer miró de reojo a Edwards, chascó la lengua y se dio la vuelta, como si la presencia de semejante ser fuera algo en lo que prefería ni pensar.

—Venís de Edo, ¿no? —preguntó. Casi no tenía dientes en la boca, y eso hacía que resultara aún más difícil entender lo que decía con su acento norteño—. Hacía mucho tiempo que no veíamos a gente importante como vosotros. No sé qué hacéis por aquí. Este camino no lleva a ninguna parte. No hay fuentes termales, ni templos famosos.

—Yo vengo de Wakamatsu —declaró Shinzaemon con serenidad—. Mis amigos han venido aquí a reunirse conmigo.

—¿Wakamatsu? —La mujer emitió un sonido de admiración, y la expresión de su arrugado rostro se suavizó. Por un instante, asomó en sus facciones la joven que debía de haber sido en otros tiempos—. Bien hecho —dijo—. Te felicito. Luchasteis como valientes. Aguantasteis. Hicisteis cuanto pudisteis.

Se levantó trabajosamente, salió renqueando de la habitación y regresó con una bandeja llena de platitos diminutos. Se arrodilló y le puso la bandeja delante a Daisuké.

—Nosotros también hemos tenido problemas. El señor...

Sacudió la cabeza y sacó el aire a través de los pocos dientes que le quedaban, produciendo un silbido.

—¿Se refiere...? —Sachi contuvo el aliento.

—Sí, sí. Oguri —dijo la anciana con impaciencia—. Seguro que habréis oído hablar de él. Era un hombre importante; vivía en la ciudad. No se lo veía por aquí muy a menudo. Era buena persona. Si algún vecino del pueblo tenía alguna queja, él lo escuchaba. Mi abuelo era criado de la gran casa, y yo fui la nodriza del señor. Entonces lo enviaron a Edo para convertirlo en guerrero. No volví a verlo nunca. Pero todos sabíamos que se había convertido en un personaje importante. Todos estábamos orgullosos de él.

—Entonces el señor...

La mujer agitó la cabeza.

—No podréis creer lo que pasó —dijo, y se sorbió la nariz—. ¿Cuándo fue? Antes de la siembra. Sí, mucho antes. Habría sido antes de la fiesta de las flores, pero este año no celebramos la fiesta de las flores. ¿Cómo íbamos a celebrarla después de lo que había pasado?

Volvió a salir, y regresó con otra bandeja. Se la puso delante a Edwards. La habitación estaba en silencio. Sachi miró alrededor; todos miraban al suelo. Nadie se atrevía a romper el hechizo preguntando dónde estaba Oguri.

La anciana salió por tercera vez y volvió con otra bandeja de comida. Se la puso delante a Shinzaemon y le sonrió.

—Carne de oso —dijo—. Te he puesto un par de trozos más. Por Wakamatsu. — Su anciano rostro se arrugó como una nuez—. Aquí también vinieron esos soldados sureños —masculló—. Estuvieron aquí mismo, en el pueblo. Unos tipos miserables. Con las piernas torcidas. Y una ropa extraña. No entendía ni una sola palabra de lo que decían. Fueron derechos a buscar al señor. Ni siquiera sabíamos que había regresado. Se dispersaron y registraron todas las casas. Incluso ésta. ¿Habéis visto lo que hicieron?

El entramado de bambú del techo estaba destrozado. Debían de haberlo acuchillado un millar de veces, como si los soldados estuvieran seguros de que su presa estaba escondida allí arriba.

—«No está aquí», les decíamos. «No viene nunca. Está en Edo.» «Sí está aquí», decían ellos. Eso sí lo entendía. Fue antes de la siembra del arroz.

Se detuvo y se enjugó los legañosos ojos con la manga.

—Y resultó que tenían razón. Por lo visto, el señor y ese otro joven señor estaban aquí. Iban a huir, ¡unos hombres orgullosos como ellos! Estaban en la mansión, esperando. Supongo que sabían lo que iba a pasar. Los soldados los arrestaron, y también a los sirvientes del señor, y se los llevaron a la orilla del río. Les cortaron la cabeza allí mismo.

Sachi dio un grito de asombro. La blanda cara de cortesano de Oguri, de color vitela, pasó brevemente ante sus ojos. Vio sus blancas manos, las manos de un hombre que jamás había manejado nada más pesado que un pincel de caligrafía.

La anciana se enjugaba las lágrimas que surcaban sus arrugadas mejillas.

—Clavaron la cabeza del señor en una tabla —continuó con voz temblorosa—. La pasearon por el pueblo, como advertencia. Nosotros pertenecíamos al señor, ellos sabían en qué bando estábamos. Lo vi con mis propios ojos. Era la primera vez que veía la cara del señor desde que era un bebé. Una cara tan noble. La clavaron en el portal de la cárcel, con un letrero: «Traidor al emperador.» Él no era un traidor. Nosotros éramos sus criados. Y estamos orgullosos, muy orgullosos.

Dio un respingo, como si de pronto se hubiera dado cuenta de lo que había dicho,

y miró, nerviosa, en torno a sí. Cerró la boca y salió precipitadamente de la habitación. Volvió a entrar y a salir con el resto de las bandejas, pero no dijo nada más.

Sachi ya no tenía apetito. Sentada en silencio, removiendo las setas y la sopa de pasta de soja, intentaba entender lo que había dicho la anciana.

Fue Edwards quien interrumpió el silencio.

—Entonces, ¿qué fue de Mizuno? —preguntó estirando una pierna y luego la otra, para después doblarlas ambas delante del cuerpo haciendo una mueca de dolor.

—Bueno —repuso Daisuké, pensativo—, sabemos que vino en el transbordador con Oguri. Y si eso que llevaban era el oro de los Tokugawa, él sabe que existe.

—Seguramente también sabe dónde está —dijo Edwards. Sachi vio el mismo destello en sus ojos, la misma mirada de intenso interés, que había visto la primera vez que habían mencionado el oro—. Es más, si Oguri está muerto, Mizuno es el único que lo sabe. Si era el oro de los Tokugawa, esos portadores que ustedes vieron están muertos. Debieron de matarlos en cuanto pusieron el oro donde ellos querían.

Si. Demasiados «si», pensó Sachi. Y sin embargo, no podía evitar sentir una pizca de emoción.

—Oguri y Mizuno debieron de separarse después de deshacerse del oro —especuló Shinzaemon. Se inclinó hacia delante; sus ojos resplandecían—. Debieron de esconderlo en algún sitio, y luego debieron de partir en direcciones opuestas. Oguri sabía que su vida corría peligro. Y Mizuno también. Querrían asegurarse de que al menos uno de ellos sobrevivía, para que el oro no se perdiera para siempre.

—¿Qué le hace pensar que querían compartirlo? —preguntó Edwards—. Quizá ambos querían hacerse con él. Quizá uno de ellos engañó al otro y se lo quedó. Quizá Mizuno traicionó a Oguri y les dijo a los soldados dónde se escondía. El oro hace enloquecer a los hombres. —Tenía la mirada clavada en el tatami—. Y el rabu —añadió—. Pero a veces es mejor, al final, admitir la derrota.

Shinzaemon y Daisuké lo miraron. Sachi confiaba en que sólo ella hubiera entendido de qué estaba hablando el extranjero.

—Ni siquiera sabemos si existe ese oro —terció Taki rompiendo el silencio.

—Entonces, ¿qué hace tanta gente deambulando por el pueblo? —preguntó Shinzaemon—. Se nota que andan buscando algo.

—Pero seguimos sin saber dónde está Mizuno. Ni siquiera sabemos si sigue con vida —objetó Sachi—. ¿Y si hizo lo mismo que Oguri? ¿Y si huyó a su pueblo natal? Está en el otro extremo del país, ¿no fue eso lo que me dijiste, Haru?

—En Shigu, en la región de Kii.

—Si está allí, hemos tomado la dirección opuesta —dijo Taki exhalando un suspiro—. Tendremos que volver a Edo y empezar de nuevo. O desistir.

—Me gustaría averiguar qué está pasando en este pueblo —dijo Shinzaemon—.

Estoy seguro de que tiene alguna relación con Mizuno. Al fin y al cabo, sabemos que estuvo por aquí cerca. ¿Dónde estaba cuando mataron a Oguri? Y ¿qué hizo después?

La anciana entró para llevarse las bandejas, y todos se callaron. Se acercó a Shinzaemon desliziéndose sobre las rodillas para recoger su bandeja; entonces se paró, torció el cuello y lo miró a los ojos.

—Wakamatsu, ¿no? —masculló con su chirriante voz—. Déjame mirarte. Hicisteis un buen trabajo allí. Es la primera vez que veo a uno de vosotros.

Le puso una arrugada mano en la rodilla y acercó más la cara a la de él. Shinzaemon ladeó la cabeza y miró a la anciana con sus sesgados ojos.

—Dime, abuela —dijo—. ¿Qué hacen tantos hombres en la calle, deambulando por el pueblo? Dices que por aquí no hay fuentes termales ni templos, pero algo debe de haber que atraiga a tanta gente.

—Son todos unos haraganes —gruñó la anciana—. Aparecen todas las noches y se hartan de beber. Las geishas y las prostitutas andan muy ocupadas, eso sí. Pero a mí no me gusta. Esto era un lugar tranquilo; nadie venía por aquí. Sólo peregrinos que iban a la montaña. Primero esos rufianes, y ahora vosotros. Hasta un honorable bárbaro —añadió mirando a Edwards con los ojos entrecerrados. Sacudió la cabeza—. Esto es inaudito, desde luego.

Se quedó un momento arrodillada en silencio, meciendo la cabeza. Se le fue hundiendo más y más la barbilla, y Sachi temió que se hubiera quedado dormida. Entonces se enderezó lentamente.

—Todo empezó poco después de la muerte del señor —dijo—. Hacia la época de la siembra. Fueron llegando poco a poco: primero uno, luego otro, y luego más y más. Unos pendencieros: jugadores, yakuza, hasta algunos forajidos. No vienen de día, sólo de noche. A veces hay peleas en las calles. Antes no pasaba esto.

—¿Y nadie sabe por qué vienen ni qué hacen aquí? —insistió Shinzaemon.

—A mí no me interesan esas cosas. No son asunto mío. Ya tengo bastantes preocupaciones. Tendríais que preguntárselo a mi esposo. Él ha ido unas cuantas veces a la montaña a investigar. Dice que allí no hay nada. Si queréis, él puede llevaros.

## IV

El esposo de la anciana apareció a la mañana siguiente, temprano. Parecía aún más anciano que la mujer, como si hubiera vivido varias vidas de lluvia, viento y nieve. Llevaba ropa de montaña: botas de paja y un abrigo de paja, con un sombrero de juncia colgado a la espalda y un bastón en la nudosa mano. Echó a andar, charlando animadamente en su dialecto, casi ininteligible, mientras Sachi y sus acompañantes se apresuraban para alcanzarlo.

Los llevó montaña arriba, hacia el bosque, por un escarpado sendero que parecía trazado recientemente. Al poco rato se hallaron caminando entre una densa masa de árboles recubiertos de enredaderas. Pasaron al lado de un montón de ramas caídas con las que habían construido una cabaña, y luego otra, y otra.

—Algunos de esos tipos viven aquí —explicó el hombre en voz baja.

Entonces oyeron ruido de palas. El sendero llegaba a un claro lleno de agujeros y de montones de tierra que parecían el rastro de un gusano gigantesco. Unos hombres escuálidos cavaban febrilmente. Algunos vestían harapientos pantalones de trabajo de color añil, como los que usaban los campesinos, mientras que otros sólo llevaban un taparrabos, pese a que un viento gélido agitaba las ramas de los árboles y desprendía las hojas. Al ver al anciano, seguido de Sachi y sus acompañantes, levantaron la cabeza. Sachi vio que Shinzaemon y Edwards ponían las manos a la empuñadura de sus pistolas.

Abrieron mucho los ojos al ver a Edwards.

—¿Qué es eso? —murmuró uno—. ¿Un tengü?

Todos se apartaron, boquiabiertos, mostrando las encías.

—No, no es un tengü —dijo otro—. Es uno de esos bárbaros.

Entonces los hombres los rodearon, observándolos con ojos relumbrantes, como lobos.

—Eh, abuelo. ¿Cómo se te ocurre traer a unos extraños aquí? —gruñó un tipo canijo, con la cara delgada y deforme y los ojos bizcos. Se agachó y cogió una piedra—. Largo de aquí —gruñó, y escupió en el suelo—. ¡Maldito samurái!

—Buscaos otro trozo —dijo otro—. Sí, eso es. ¡Largo de aquí!

Pasaron de largo; Shinzaemon le susurró al anciano:

—Buscan oro, ¿verdad?

El hombre entrecerró los ojos, reduciéndolos a unas finas rendijas, y apretó los labios.

—Entonces, ¿no tienen oro para gastar esos que se pasean por el pueblo? —insistió Shinzaemon.

El hombre sonrió.

—Todavía no —dijo, cediendo al fin—. Todavía no han tenido suerte, ya lo habéis visto. Más arriba hay más hombres cavando. Quizá veáis algo interesante allí.

Siguieron ascendiendo; el sendero desapareció por completo y el bosque se cerró alrededor de ellos. Treparon por rocas y árboles caídos, avanzando entre arbustos y montones de hojas y esquivando las nudosas raíces de los árboles. Iban en una especie de penumbra, bajo el toldo que formaban las copas de los árboles.

Más adelante, el bosque terminaba, y se veía luz entre los árboles. Llegaron a un páramo —un extenso campo de pálidos y secos miscantus que se mecían, mucho más altos que ellos, agitados por el viento—. Campos marchitos. Sachi pensó en el poema elegiaco del poeta Basho:

*Tabi ni yande / Enfermo en un viaje  
yume wa karenō / o mis sueños divagan  
kakemeguru / sobre campos resecos.*

El anciano iba delante, al lado de Daisuké; Shinzaemon y Edwards iban detrás. Daisuké y Shinzaemon caminaban al mismo paso, lado a lado, con las cabezas de pelo corto —una entrecana, la otra negra y brillante— muy juntas. Taki y Haru los seguían, con las cintas del pelo blancas cabeceando entre la hierba.

Sachi oyó al anciano:

—En este páramo pasan cosas muy raras. Mi abuelo me contó una historia sobre un viajero. Se perdió aquí arriba una noche. Estaba paseando y se encontró a una mujer. Una mujer muy bella.

Sachi se estremeció. Imaginaba cómo seguía la historia; todas se parecían. La mujer se lleva al viajero a su mansión, que está escondida en el páramo. Al día siguiente, cautivado por su belleza, regresa allí, pero lo único que encuentra en el sitio donde estaba la mansión es una lápida centenaria con el nombre de la joven inscrito en ella. Fantasmas. Sachi no quería oír hablar de fantasmas. Era tentar al destino, sobre todo ahora que estaban buscando a su madre. Se quedó un poco rezagada del grupo.

Pasaba los dedos por la crecida hierba y veía desprenderse la pelusilla y flotar arrastrada por la brisa. El cielo estaba tapado y oscuro, y las nubes lo surcaban raudas. Iba a nevar. Sachi se ciñó la túnica. Oía el susurro de la hierba al acariciarla, y el crujir de sus sandalias de paja en el suelo.

Entonces oyó otro sonido: un golpeteo sordo, y una especie de tamborileo, como si un fantasma llamara con los nudillos desde debajo de la tierra. Se sobresaltó, asaltada por un miedo supersticioso; entonces contuvo la respiración y aguzó el oído. No era ningún fantasma. Era alguien que cavaba: se oía el crujir de la pala cuando la hincaba en el suelo, y el repicar de la tierra cuando la lanzaba; estaba un poco

alejado, entre la hierba. Sachi vio a sus acompañantes más adelante, abriendo un surco en el páramo. Sólo le llevaría un momento echar un vistazo, y entonces podría alcanzarlos.

Avanzaba entre los altos tallos de miscantus, persiguiendo ese sonido, cuando de pronto se encontró al borde de un gran hoyo. Paró en seco. Era ancho y profundo, lo bastante grande para enterrar a un shogun.

Dentro del hoyo había un hombre que cavaba febrilmente; estaba tan enfrascado en su trabajo que no se había percatado de la presencia de Sachi. Jadeando, hincaba la pala en la pared de tierra de la fosa, y lanzaba paletadas de tierra a un lado. Era delgado y andrajoso, y tenía el pelo enmarañado y apelmazado. Tenía la espalda quemada por el sol, y pese al frío que hacía, cubierta de sudor. Sus delgadas clavículas sobresalían como si fueran alas; se las veía moverse bajo la piel, recubierta de suciedad. Llevaba una raída toalla anudada en la cabeza, y los mugrientos pantalones de trabajo terminaban en unos escuálidos tobillos. Apestaba a sudor, a orina y a excrementos humanos.

Pero ¿qué hacía aquel hombre buscando oro tan lejos de donde lo buscaban los demás? Y ¿por qué había decidido cavar precisamente allí, entre toda aquella gran extensión de hierba?

El hombre dio un gruñido que parecía más animal que humano y se llevó una renegrida mano a la espalda. Tenía las uñas gruesas y largas, como zarpas. Se enderezó lentamente y se dio la vuelta.

Era él. La ganchuda nariz, las feroces facciones, el demacrado rostro picado de viruelas... eran inconfundibles. Sachi vi en sus ojos el mismo brillo salvaje que había visto seis meses atrás, en el transbordador.

Al verla, el hombre dio un grito ahogado y retrocedió unos pasos. Abrió mucho los ojos y dejó caer la mandíbula hasta formar un círculo perfecto con la boca.

—Déjame tranquilo —gimoteó.

Su voz era un débil graznido; el viento se llevó sus palabras.

Se quedaron ambos quietos, mirándose con fijeza.

Sachi había imaginado qué le diría, cómo le revelaría su identidad; quizá hasta lo saludaría diciéndole que era su sobrina. Después de todo, eran parientes consanguíneos. Pero no podía moverse ni pronunciar ni una sola palabra. Estaba como hipnotizada, impotente como un ciervo al que el cazador tiene en la mira.

De pronto, la expresión de él pasó del terror al odio y la furia, y Sachi comprendió que estaba en peligro. En un grave peligro. El hombre se lanzó hacia ella; cerró los brazos alrededor de sus piernas al mismo tiempo que se daba impulso para salir de la fosa. Sachi forcejeó con todas sus fuerzas; entonces perdió el equilibrio y se cayó. El hombre se deslizó por la pared de la fosa, arrastrándola.

La joven dio contra el fondo del hoyo; estaba aturdida y sin aliento. Las paredes



de tierra se elevaban alrededor como las paredes de una tumba, y por un instante, el cielo se llenó de estrellas que giraban. Se le habían abierto las faldas del kimono y se le había soltado el pelo. Daba dolorosas boqueadas y trataba de respirar y de mover los miembros. Se palpó los pliegues del kimono buscando su daga. Estaba en las garras de un loco.

Antes de que Sachi pudiera asir su daga, el hombre le pegó la cara al suelo y le puso un pie en la espalda, inmovilizándola. Notó en la boca el sabor a tierra y a sangre. Entonces él la agarró por el pelo, la obligó a arrodillarse y luego a ponerse de pie, y tiró de su cabeza hacia atrás. Le tapaba la cara con un brazo. Sachi notó algo afilado en su cuello.

Intentó gritar, pero sólo consiguió articular un áspero graznido. Le daba vueltas la cabeza. El hombre emanaba un hedor repugnante, y su áspera piel le arañaba la cara. Sachi comprendió que iba a morir, y no gloriosamente, como una samurái, sino allí mismo, en aquella fosa hedionda.

Mizuno jadeaba.

—Mayotta na! murmuró con una voz bronca—. Mayotta na! Te has perdido, ¿eh?

De pronto Sachi lo entendió. Le estaba preguntando si se había perdido por el camino al otro mundo. No era a ella a quien veía, sino a su madre. Al fantasma de su madre, que había regresado para atormentarlo.

—Mayotta na! Mayotta na! Te has perdido. Te has perdido —murmuraba una y otra vez. Era como un exorcismo; debía de pensar que si repetía esas palabras lograría hacerla desaparecer—. Pero estás caliente —dijo. Por un instante pareció recobrar los sentidos, y su rostro reflejó desconcierto—. ¿Cómo has logrado calentarte? Estabas fría cuando te enterré. Fría como la tierra. No quería hacerlo, ya te lo dije. Pero no tuve más remedio. Era mi deber. Y ahora no me dejas en paz. Te has perdido, ¿eh? ¿No encuentras el camino? Has venido a llevarme contigo, ¿no?

Le tapaba la nariz y la boca con un brazo. Sachi jadeaba; olía a suciedad y a sudor, y los duros pelos de la piel de Mizuno le hacían cosquillas en la cara. Quería gritar para que Shinzaemon y Daisuké fueran a rescatarla, pero ellos se habían alejado mucho y no creyó que la oyeran. Quizá nadie la encontraría y se pudriría en aquel hoyo, en medio de la hierba.

Se oyeron voces a lo lejos: «¡Señora! ¡Señora!» Sachi sintió renacer sus esperanzas. Pero las voces fueron debilitándose; no se acercaban, sino que se alejaban.

Forcejeó con todas sus fuerzas intentando soltarse, sin importarle lo que hiciera Mizuno.

—Tengo que terminar el trabajo —gruñó él—. De una vez por todas. Te voy a cortar en pedacitos para que no vuelvas nunca.

Mizuno aflojó un poco, y Sachi aspiró una bocanada de aire que la hizo toser. Al

entrar el aire de nuevo en sus pulmones, su pánico se atenuó un poco. Tenía que pensar; tenía que concentrarse. Mizuno había matado a su madre; de eso ya no tenía ninguna duda. Esa certeza le produjo vértigo. Significaba el fin de todas sus esperanzas, sus anhelos, sus plegarias. Nunca conocería a su madre. Daisuké nunca volvería a verla, ni Haru.

Eso hacía que aún fuera más importante que Sachi sobreviviera; no por ella, sino por Daisuké.

—Me desobedeciste —gritó Mizuno—. Has mancillado el nombre de tu familia. Le has causado vergüenza y desgracia. Voy a destruirte. Voy a destruirte por completo, y nadie sabrá siquiera que exististe.

Estaba repitiendo la conversación que había tenido años atrás con su madre. Desde entonces debía de habérsela repetido una y otra vez.

—¡Hiro! —gritó.

Sachi se sobresaltó. Ohiro. Así se llamaba su madre de niña, antes de entrar en el palacio. Notó que se desvanecía. Era ella, Sachi, quien había cometido ese terrible delito; era ella quien había deshonrado a la familia. Su madre volvía a vivir en ella. ¿Era todo predestinación?, se preguntó. Ella también se había convertido en la concubina del shogun; también lo había traicionado; y también se había dejado llevar por la pasión. Había olvidado que las mujeres debían observar el decoro, y que su único deber era obedecer. Había creído que podría tomar las riendas de su vida, hacer lo que quisiera con impunidad. ¿Era ése su castigo?

—¡Hiro! —gritó una voz. Sachi no sabía si era su hermano o su tío quien hablaba—. Prepárate para morir, Hiro. ¿Tienes algo que decir?

Sachi intentó pensar. Si lo convencía para que la ejecutara observando el procedimiento correcto, tendría que soltarla. Se arrodillaría en el suelo mientras él levantaba la espada con ambas manos y la hacía descender. Habría una milésima de segundo en que Sachi tendría la oportunidad de escapar. Ése había sido el plan de su madre; lo sabía. A ella no le había funcionado, pero Sachi no fallaría.

—Hazlo —dijo con voz cascada. Tenía la boca seca—. Haz... lo que tienes que hacer. Pero... hazlo bien. Eres un samurái, no un asesino. Déjame morir como una samurái, no como una vulgar delincuente. —Respiró y habló tan claramente como pudo—. Concédeme el privilegio de una muerte digna de una samurái.

Sachi estaba lista para escabullirse en cuanto él la soltara. Pero Mizuno la agarró aún más fuerte.

—Esta vez no escaparás —susurró—. Te abrí en canal. Vi brotar tu sangre. Te vi muerta. Pero has vuelto una y otra vez. Eres astuta como un zorro. Volveré a hacerlo, un centenar de veces si es necesario, hasta que estés bien muerta. Hasta que me dejes descansar. Hasta que tenga un poco de paz.

Mizuno le echó lentamente la cabeza hacia atrás. Sachi vio los altos y blancos

macizos de miscantus oscilando al borde de la fosa. Un águila ratonera descendió en picado. Sachi estaba serena. Así que eso sería lo último que vería. Notó los huesos del delgado pecho de Mizuno apretados contra su espalda, su brazo alrededor de la cara. Le temblaban las manos. Sachi notó una punzada cuando la hoja de la daga le arañó la piel. Una gota de algo caliente resbaló por su cuello, enfriándose a medida que descendía hacia su pecho. Cerró los ojos.

De pronto se oyó un susurro, y unos guijarros cayeron a la fosa. Sachi notó que Mizuno se ponía en tensión y levantaba la cabeza, al mismo tiempo que aflojaba el brazo y la presión de la hoja en su cuello se reducía.

Sachi abrió los ojos, y vio aparecer una sombra. Había una silueta destacada contra el cielo gris: una mujer regordeta con un rostro dulce y redondeado y unos ojos sesgados. Estaba bordeada de luz; parecía una presencia celestial más que un ser humano, un bodhisattva que había ido a llevarse a Sachi al Paraíso Occidental.

—Haru.

Al pronunciar ese nombre, Sachi dejó de ser su madre. Volvía a ser ella misma. Sintió tanto alivio que creyó que se desmayaría.

Haru tenía la boca abierta y parecía que los ojos fueran a salirse de las cuencas. Entonces frunció el ceño.

—Hermano Mayor —dijo con aspereza, como si le hablara a un niño travieso—. Tadanaka. Soy yo, Haru. ¿Qué haces aquí?

Sachi notó que el pecho de Mizuno daba una sacudida.

—¡Haru! —exclamó Mizuno.

—Deja ese cuchillo, Hermano Mayor —le ordenó Haru—. Suéltala. No seas estúpido. ¿Qué te pasa? ¿Crees que has visto un fantasma?

Mizuno soltó brevemente a Sachi.

—Pero... Pero... ¡Haru! —balbuceó—. ¿Qué haces aquí? ¿Por qué no estás en el palacio?

Haru descendió a la fosa, provocando una pequeña avalancha de tierra. Se puso bien las faldas del kimono, sin dejar de mirar a Mizuno, paralizándolo con la mirada.

Sachi miraba a Haru, impotente, imaginándose el aspecto que debía de tener: el terror en la mirada, la cara y la ropa cubiertas de tierra, sangre en el cuello, inmovilizada por un enajenado. Tenía el cabello suelto y alborotado, como un fantasma; como el fantasma de su madre.

Haru avanzó despacio hacia ellos. Tenía el brazo estirado y la mano abierta con la palma hacia arriba.

—Dame ese cuchillo —dijo.

Sachi clavó la mirada en la blanda mano de Haru. Sintió como si hubiera estado a punto de ahogarse y como si esa mano fuera a salvarla.

—Ohiro está muerta. Muerta —dijo Haru—. Tenías que castigar a mi Señora por

su delito. Cumpliste con tu deber. Lo hiciste por la familia, por el honor. Hiciste lo que tenías que hacer. Pero todo eso pasó hace mucho tiempo. Ésa no es Ohiro. Enséñame dónde está enterrada y rezaremos juntos por ella. Dejaremos descansar su espíritu, y así no volverá a atormentarte.

Al acercarse Haru, Mizuno volvió a apretar el brazo alrededor de la cara de Sachi.

—No te metas en lo que no te importa —dijo con desdén—. ¡Mujeres! Sois como zorros, no dais más que problemas. Vete de aquí.

—Nadie te culpa —dijo Haru con persuasión—. Suéltala. Dame la daga.

—Ésa que llamas tu Señora desgració a mi familia —dijo Mizuno con voz ronca y temblorosa—. Tengo que ejecutarla, antes de que se enteren en el palacio. Si no lo hago yo, lo hará la policía del shogun. ¿Quieres que derriben las puertas, que ordenen a mi padre y a mis hermanos que se abran el vientre, y todo por una despreciable mujer?

—Eso era antes —dijo una grave voz. Sachi reconoció el acento de Edo mezclado con el de Osaka, y dio un suspiro de alivio. Una figura corpulenta, de hombros anchos, había aparecido al borde de la fosa. Era Daisuké. Bajó de un salto, sin dejar de mirar fijamente a Mizuno, como si acechara a un ciervo—. Pero las cosas han cambiado —dijo con firmeza—. El shogun se ha marchado. Ya no hay palacio, ni shogun, ni policía del shogun. No tienes nada que temer.

Estaba tan cerca que Sachi olía el olor a tabaco mezclado con el débil olor de especias sureñas que su padre siempre desprendía. Miró su despejado y agraciado rostro, con pequeñas bolsas bajo los ojos y con los carrillos un poco caídos. Veía los poros de su piel, los gruesos y negros pelos de sus cejas, los hirsutos pelos de su bigote. Si conseguía no apartar la vista de esa cara, estaría a salvo.

Entonces percibió otro olor. Shinzaemon estaba allí, escondido detrás de Mizuno. Sachi sintió que estaba un poco más cerca de la libertad, cerca de la salvación.

—¿Quién eres? —preguntó Mizuno con voz estridente, cargada de recelo. Apretó más la presa, y Sachi notó la hoja de la daga en el cuello—. ¿Quién eres, y cómo te atreves a inmiscuirte en los asuntos de mi familia? Esto es un asunto privado. ¿Quién eres?

—Ésa no es Ohiro —dijo Daisuké con firmeza y claridad—. No es tu hermana. Tu hermana murió hace mucho tiempo.

—¿Quién eres? —insistió Mizuno.

El semblante de Daisuké se endureció.

—Suéltala —ordenó—. Ésa es la hija de tu hermana. Tu sobrina. No tienes ningún motivo para hacerle daño.

—Mientes —gritó Mizuno—. Conozco a mi hermana.

—Te estoy diciendo la verdad —dijo Daisuké—. Ésa es mi hija. Mi hija. Soy su padre.

Mizuno dio un grito ahogado. De pronto, el brazo con que sujetaba a Sachi desapareció. Apartó a la joven de un empujón; ésta tropezó y cayó al suelo.

Entonces oyó gritar a Mizuno.

—¡Tú!—No parecía una voz humana, sino un aullido animal.

Sachi oyó arrastrar de pasos. Levantó la cabeza, aturdida. Vio un brazo levantado y el destello de una hoja. La daga descendía hacia el cuello de Daisuké; Haru se lanzó entre ellos dos y le sujetó el brazo a Mizuno. El golpe le dio en todo el pecho, justo debajo del hombro izquierdo. Haru cayó hacia atrás, y Mizuno arrancó la daga. La sangre salió a borbotones de la herida. Sachi notó unas gotas calientes en la cara.

—¡Haru! —chilló.

Se oyó un ruido fuera de la fosa. Shinzaemon estaba allí arriba, justo detrás de Mizuno. Edwards estaba a su lado, con el rubio cabello reluciendo al sol, y la carita asustada de Taki asomaba por detrás de él. Se oyó un chasquido: Shinzaemon había amartillado su pistola.

—¡No, Shin! —gritó Daisuké.

Mizuno había bajado el brazo. Miraba fijamente a Haru; tenía los ojos como platos y la boca abierta; jadeaba ruidosamente, intentando respirar.

La sangre salía a raudales de la herida del pecho de Haru. Sachi corrió a su lado. Había olvidado su tormento; había olvidado el barro y la suciedad que la cubrían; lo había olvidado todo menos a Haru. Se arrodilló a su lado, le cogió las manos y se las frotó, y le apoyó la cabeza en el regazo.

—¡Haru! ¡Haru! —gimoteó. Ésta respiraba con dificultad. Sachi veía cómo la vida se le iba escapando—. No te mueras, Haru. No puedes morirte. Te necesito.

Mizuno se dejó caer de rodillas. El brillo salvaje había desaparecido de sus ojos. Parecía desconcertado, como si acabara de despertar de una pesadilla. Entonces apoyó la cara en el suelo, encogió el cuerpo y sus huesudos hombros empezaron a sacudirse.

—Señora —susurró Haru débilmente—. Mi Señora Ohiro. Dinos... dónde está. Por favor... dínoslo, y podré morir en paz.

Mizuno levantó la cabeza. Las lágrimas resbalaban por su cara, abriendo pálidos surcos en sus sucias mejillas; se las enjugó con la mano.

—En el viejo ciruelo de los jardines —dijo—, donde jugábamos al escondite cuando llegamos a Edo. Está allí. La enterré allí.

Haru movió los labios. Se le estaba poniendo la cara azulada. Por la comisura de la boca le salía un hilillo de sangre. Se produjo un silencio; sólo se oían el susurro de la hierba, los trinos de los pájaros y los resuellos de Haru.

Daisuké le cogió una mano, y Sachi vio cómo a ella le cambiaba la cara. Era como si retrocediera en el tiempo. Volvía a tener la cara de una mujer joven, de la joven y fiel doncella de su madre, que también había sido una amiga y mentora —

casi una madre— para Sachi. Haru tenía los ojos fijos en los de Daisuké. Sachi comprendió con una punzada de dolor lo mucho que Daisuké había significado para Haru todos esos años. Él estaba inclinado, con la cara muy cerca de la de ella, sujetándole una mano.

—Vamos a volver a Edo, Haru —susurró Daisuké—. Tú y yo vamos a encontrar a tu Señora Ohiro.

Sachi le acarició la frente, tratando de contener las lágrimas. Haru parecía tranquila. Desvió la mirada hacia Sachi, y ella supo que estaba viendo a su madre. La cara de Sachi fue lo último que vio Haru antes de cerrar los ojos.

Se arrodillaron todos en silencio. Taki lloraba, arrodillada también, al borde de la fosa. Shinzaemon y Edwards estaban a su lado. Mizuno estaba inclinado hacia delante, con la cara pegada al suelo. Todos estaban quietos, llorando la muerte de Haru.

Daisuké meneó la cabeza.

—Lo ha hecho por mí —murmuró—. Esa puñalada era para mí.

Se volvió hacia Mizuno.

—Basta de matar —dijo con voz apagada—. Volvamos a Edo y recemos ante la tumba de tu hermana.

Mizuno levantó la cabeza y se incorporó despacio.

—Queda una cosa por hacer —murmuró, y levantó la daga.

Sachi creyó que iba a abrirse el vientre, pero Mizuno se volvió hacia Daisuké.

—¡Adúltero! —exclamó—. ¡Tú fuiste el culpable de todo! Llevaste a mi familia a la ruina. Mataste a mi hermana.

Sachi lo miró fijamente y comprendió que Mizuno no tenía alternativa. Tenía que cumplir con su deber. Según las leyes del antiguo mundo del que Mizuno formaba parte, Daisuké era un delincuente. El adulterio era un delito castigado con la muerte.

Daisuké se apartó abriendo mucho los ojos. Sachi lo miró y vio un rostro radiante. Su padre tenía un brillo extraño en la mirada. La joven se dio cuenta de que estaba pensando en su madre. Había encontrado la respuesta a la pregunta que lo había atormentado toda la vida. Ya sabía dónde estaba ella; sabía que estaba muerta. Sin ella, el mundo era un lugar desierto, y se alegraba de poder ir a reunirse con su amada. Sus labios dibujaban una sonrisa. No se movió; no se defendió ni intentó escapar. Se quedó esperando.

Los dos hombres se miraron, hipnotizados, y entonces Mizuno blandió la daga.

Pero antes de que la hoja alcanzara el cuello de Daisuké, hubo una fuerte explosión que hizo salir a Sachi despedida hacia atrás. Una nube de humo quedó suspendida sobre la fosa, impregnada de un extraño y acre olor. Sachi reconoció ese olor: era pólvora. Se quedó un momento aturdida por el ruido; luego miró alrededor. Mizuno había caído hacia atrás, contra la pared de la fosa. Su cara, oscura y picada de

viruelas, ofrecía un aspecto más aterrador que nunca; parecía que mirara con fijeza a Sachi, pero se le estaba cayendo la cabeza hacia un lado. Había soltado la daga. Le salían burbujas de sangre por la boca, y la sangre brotaba de su delgado y bronceado pecho.

—Perdóname —dijo Shinzaemon. Parecía un gigante, de pie al borde del hoyo. Tenía la pistola en la mano, y del cañón salía una voluta de humo—. Sólo quería herirlo. Pero estabas demasiado cerca. No podía arriesgarme.

Daisuké levantó la cabeza. Estaba blanco como la cera.

—Creía que había llegado mi hora. Pero me equivocaba. Ése no era mi destino. Estoy en deuda contigo —dijo, y agachó la cabeza.

Sachi intentó levantarse y se dio cuenta de que el temblor se lo impedía. Shinzaemon saltó a la fosa, cogió a Sachi en brazos, con mucho cuidado, y la sacó de allí. Ella apoyó la cabeza sobre su hombro y supo que por fin estaba a salvo.

## EPÍLOGO: EL ÚLTIMO SECRETO

Tokio, 14 de octubre de 1872.

—Hoy tiene que ser todo perfecto —dijo Taki abriendo los cajones de la caja de cosméticos y poniendo pinceles, pinzas, peinecillos y tarros de maquillaje en un pañuelo de seda, en el suelo.

La caja era una de las pocas cosas que Sachi había podido llevarse del palacio. Hasta el mango del más fino pincel era de laca, y llevaba incrustado el emblema de oro de los Tokugawa. Todos los utensilios tenían la débil pero inconfundible fragancia de esos días lejanos.

Taki salió de la habitación haciendo susurrar las faldas de su kimono, y volvió con un pequeño hervidor de hierro con el líquido para teñir los dientes. El amargo olor a hierro, vinagre y savia de zumaque se extendió por la habitación. Taki se arrodilló delante de Sachi.

Sachi contempló el delgado y pálido rostro de su amiga, sus grandes ojos y su puntiaguda barbilla. Taki estaba más delgada que nunca; era una auténtica samurái. A veces, cuando creía que Sachi no la veía, la plácida expresión que tanto le costaba mantener se esfumaba. Sachi sospechaba que pensaba en Toranosuké.

Ni Toranosuké ni Tatsuemon habían vuelto. Ese mismo año había habido una amnistía, y todos los guerreros del norte habían recibido el indulto. Hasta el almirante Enomoto, que había huido al norte con la flota de los Tokugawa, tenía un cargo importante en el gobierno. Si Toranosuké y Tatsuemon pensaban volver, sin duda tenía que ser ahora. Pero nadie sabía qué había sido de ellos. Quizá se hubieran quedado en Ezo; quizá hubieran regresado a Kano; o quizá hubieran muerto. Sachi sabía que muchos no habían vuelto de la guerra y nadie sabía qué les había pasado.

También sabía que Shinzaemon estaba decidido a averiguarlo. No iba a quedarse para siempre en Tokio, convertido en burócrata. No tardaría en marcharse pronto en busca de aventuras. Ella nunca intentaría sofocar su fogoso espíritu.

Porque, pese a todo, seguían juntos. A veces Sachi miraba hacia atrás y pensaba en la suerte que habían tenido.

Después de la muerte de Haru, habían vuelto a Tokio. Estaban convirtiendo las mansiones de los señores derrotados en ministerios del gobierno o en alojamientos para destacados personajes políticos, y poco después de su regreso, Daisuké recibió las tierras de los Mizuno. Enterraron a Haru junto a la madre de Sachi, bajo el gran cerezo del jardín.

Le encargaron al anciano que los había guiado por la montaña que enterrara a Mizuno, y dejaron que siguiera cavando la fosa en el páramo; el hombre estaba convencido de que allí encontraría oro. Edwards también parecía cautivado por el oro de los Tokugawa, y se quedó unos días más en la montaña después de que Sachi,



Daisuké y los demás se marcharan. Pero no era el oro lo que le interesaba; era evidente que por fin había comprendido que Shinzaemon era mucho más que un amigo o un hermano para Sachi y que debía abandonar toda esperanza de mantener una relación íntima con la joven, y mucho menos de casarse con ella. Sachi se alegraba de que fuera así. Sabía muy bien a quién pertenecía su corazón; sabía a quién había pertenecido siempre, desde el día que viera por primera vez a Shinzaemon, el día que huyó del palacio.

Pero también sabía que, como mujer, no podía tomar decisiones respecto a su propia vida, fueran cuales fuesen sus sentimientos. El nuevo gobierno estaba promulgando nuevas leyes, pero éstas no afectaban a un asunto tan personal como aquél. Era evidente que Daisuké necesitaba un heredero; necesitaba adoptar un hijo. Sachi temía que una vez que se hubieran instalado, su padre solicitara los servicios de una alcahueta para concertarle citas con posibles candidatos. Muchos jóvenes ambiciosos que habían luchado en el bando de los sureños estarían dispuestos a convertirse en su esposo y en el sucesor de su padre.

Un día, poco después del funeral de Haru, Sachi estaba sentada con Daisuké en la gran sala. Él fumaba en silencio. La miró y, de pronto, dijo:

—Querida hija, no te busqué para que fueras desgraciada. —Parecía que le hubiera leído el pensamiento—. Tu madre me eligió a mí, y yo a ella —continuó—. No tengo intención de obligarte a casarte con alguien a quien no quieras. Es evidente que quieres a Shinzaemon, y que él te quiere a ti. La guerra ha terminado, él es un joven brillante, y le debo la vida. Si estoy en lo cierto, me alegrará tomarlo como hijo adoptivo.

Se casaron al poco tiempo. Sachi sonrió recordando el día de la boda. Vestía un hermoso kimono, y la llevaron por las calles en un palanquín de boda, rodeada de damas de honor y precedida por unos criados que llevan farolillos, cajas y una lanza, antes de que empezaran las ceremonias, que durarían una semana. Daisuké se había empeñado en alquilar palanquines para que trajeran a Jiroemon, a Otama, a Yuki y a los otros niños de la aldea del valle del Kiso, y los parientes de Shinzaemon también se habían desplazado desde Kano para asistir a la boda. Su severo padre y su dulce madre parecían encantados de tener un vínculo con Daisuké, un miembro importante del nuevo gobierno, y aliviados de ver a su rebelde hijo pequeño convertido, al fin, en una persona respetable. Shinzaemon había adoptado el nombre de la familia, y Sachi y él iniciaron una nueva vida juntos. Adoptaron a Yuki y se la llevaron a vivir con ellos cuando el resto de la familia regresó a la aldea.

Taki estaba concentrada y tenía el entrecejo fruncido. A ambas les encantaba ese ritual diario, que les permitía olvidarse de todo lo demás y concentrarse en esa pequeña pero importante tarea. Primero le depiló las cejas a Sachi. Luego le tiñó los

dientes, le aplicó maquillaje blanco y le dibujó unas alas de palomilla en la frente. A continuación, le cepilló el largo y negro cabello una y otra vez, hasta hacerlo brillar. Una larga melena negra descendía como una cascada por la espalda de Sachi. Taki se la recogió, pero no al estilo marumage de las mujeres adultas, sino en una larga cola, sin apretar, con cintas entrelazadas, como solía llevarlo cuando vivía en el palacio. Por último, le pintó los labios de rojo.

Se oyó un ruido cerca de la puerta, y el pequeño Daisuké entró corriendo. Se sentó en el regazo de Sachi y la abrazó por el cuello.

—¡Yo también! ¡Yo también quiero ir! —gritó.

—Hoy no, Daisuké —dijo Sachi riendo y abrazándolo.

El niño empezó a toquetear los pinceles, los peinecillos y los tarros de maquillaje. Iba a ser tan guapo como su abuelo: tenía la misma cara despejada, los mismos ojos, grandes y negros. Y también era curioso, enérgico y decidido como su abuelo.

Taki había sacado algunos de los trajes de ceremonia que Sachi tenía como miembro del séquito de la princesa. Hacía años que no se los ponía. Taki la ayudó a vestirse los pesados kimonos, uno tras otro, y arregló bien las capas de diferentes colores para que asomaran pulcramente por el cuello y por los puños. Entonces le dio el abanico ceremonial.

Sachi se miró en el espejo. Un escalofrío le recorrió la espalda. Vio a una mujer ataviada con las arcaicas túnicas de la concubina del shogun; una mujer con un pálido óvalo facial, con los ojos separados, rasgados, una boca pequeña de labios carnosos y una nariz aristocrática. Hacía mucho tiempo que no se miraba en el espejo y veía a su madre. Tenía veintidós años, la edad que tenía Okoto cuando conoció al padre de Sachi.

Su reflejo brillaba en el espejo. No estaba segura de quién era esa mujer a la que estaba viendo, si era la Retirada Shoko-in, la concubina viuda de Su difunta Majestad el decimocuarto shogun, u Okoto, la concubina del duodécimo shogun, Ieyoshi. Creía que había superado ya el pasado, pero éste volvía a la vida con una facilidad asombrosa. Bastaba con que se pusiera aquellos kimonos.

—Shinzaemon no me reconocerá —murmuró, intranquila.

Nunca le había hablado de su vida en el palacio de las mujeres. Todas las cortesanas habían prometido, so pena de muerte, no revelar nunca los detalles de su vida allí. Formaba parte de ese antiguo mundo de sombras y oscuridad, donde todos sospechaban de todos y todos tenían secretos. Shinzaemon también conocía ese mundo y lo respetaba, y nunca le había hecho preguntas sobre su pasado. Pero ese día Shinzaemon iba a conocer a la princesa. Ese día, la puerta se abriría un poco. Sachi se preguntó qué sentiría él, y si cambiarían sus sentimientos hacia ella.

Shinzaemon esperaba en la entrada con Daisuké. La expresión de su despejada cara, con los prominentes pómulos y los rasgados ojos de gato, era tan intensa como

siempre; pero el aire de feroz e indómito guerrero había sido reemplazado por un aire de firme e inteligente determinación. Sachi se tranquilizó al verlo. Shinzaemon no vivía en un mundo de fantasmas y espíritus; no vivía en el pasado. Había abrazado el presente sin reservas.

Llevaba un traje formal —pantalones hakama almidonados y chaqueta haori—, elegantemente combinado con unas botas europeas, un bombín y un paraguas, al estilo moderno. Con el pelo corto, cortado a lo jangiri, era la personificación del joven japonés moderno. Últimamente, la gente tarareaba una cancioncilla: «Dale unos golpecitos a un moño y oirás el sonido del pasado; dale unos golpecitos a una cabeza jangiri y oirás "civilización y progreso".» En los últimos tiempos, sólo se hablaba de «civilización y progreso». Sachi no estaba muy segura de qué significaba eso. Pero sí estaba segura de que Shinzaemon era la personificación de esos conceptos.

Daisuké también iba vestido al estilo moderno. Se había retirado un poco, dejando que Shinzaemon asumiera algunos de sus deberes gubernamentales. Tenía las sienes algo más canosas, pero seguía siendo el apuesto hombre por quien Okoto lo había arriesgado todo.

Sachi vio a los dos jóvenes mirándolas a ella y a Taki, que iban hacia ellos con sus vestidos de cortesana, moviéndose muy despacio, haciendo susurrar sus pantalones y con los ruedos acolchados de los kimonos ondeando. Sabía que Shinzaemon nunca las había visto con esos trajes formales; nunca se los habían puesto fuera del palacio. Shinzaemon no dijo nada y se limitó a asentir con la cabeza.

Daisuké había palidecido. Contemplaba a su hija con una mirada extraviada que Sachi no había visto desde el día que había bajado de la montaña. Comprendió que iba vestida tal como debía de ir vestida su madre cuando acudía a sus citas en el templo. Era como si Okoto hubiera regresado del más allá.

Antes de marcharse, pasaron por las tumbas de su madre y de Haru. Sachi puso flores frescas en las vasijas y murmuró un sutra. Pensó en ellas, y sus ojos se anegaron en lágrimas. Le gustaba vivir en la residencia Mizuno, donde había vivido su madre. Daisuké había tomado una decisión acertada al solicitar esa casa.

Shinzaemon y Daisuké se marcharon en un carruaje; Sachi y Taki iban detrás en otro. El anciano guardia estaba en la puerta y los saludó con una cabezada cuando salieron. Su amable y curtida cara, su amplia sonrisa y sus arqueadas piernas siempre hacían sonreír a Sachi. Aquel hombre era un vínculo con el pasado. Las había protegido en el palacio y en la mansión Shimizu. Cuando echaron a los Shimizu, Sachi se lo había llevado a su nueva residencia. Ahora el anciano los protegía allí, aunque era tan viejo y estaba tan débil que en realidad eran ellos quienes lo protegían a él.

Había rickshaws por todas partes; los japoneses los llamaban jinriki-sha, «ruedas

tiradas por humanos». Habían aparecido de la noche a la mañana, como setas. Traqueteaban por las calles, tirados por unos tipos escuálidos y tatuados que gritaban a voz en cuello, avisando a los peatones para que se apartaran de su camino. Sachi recordó lo emocionada que estaba la primera vez que montó en el carruaje de Edwards. Ya se había acostumbrado a ir por la ciudad a toda velocidad. Había muchos vehículos de ruedas en las calles: carruajes, omnibuses tirados por caballos, rickshaws de dos ruedas, rickshaws de cuatro ruedas... Resultaba difícil circular, pues había tráfico en todas direcciones; Sachi pensó que eso debía de ser una señal de civilización y progreso. Otra señal era que habían aparecido extranjeros en masa, y que estaban cambiando el aspecto de la ciudad. Ya habían construido un alto edificio, con una luz destellante en lo alto, en el puerto —lo llamaban «faro»—, y habían instalado un telégrafo, tal como había predicho Edwards cuando les habló de los «mensajes mágicos».

Daisuké miraba alrededor, radiante de alegría. Él lo había visto venir todo. Le encantaba estar a la vanguardia de los cambios, ayudando a diseñar y construir ese nuevo Japón. Sachi estaba orgullosa de su padre.

Una masa de gente caminaba en la misma dirección que Sachi, Daisuké y su grupo. Todos iban espléndidamente vestidos, como cuando fueron a presenciar la majestuosa entrada del emperador en Tokio. Aquel día, estaban nerviosos y resentidos, como si no supieran qué les deparaba el futuro y no les gustara que les impusieran aquel gobierno. Lo único que habían visto era cómo se cerraban las puertas, el final de algo. Nunca se les había ocurrido pensar que esas puertas pudieran estar a punto de abrirse a un nuevo mundo que no se parecía a nada que ellos pudieran haber imaginado.

Ese día, en cambio, la gente estaba alegre y reinaba una atmósfera festiva. Las mujeres iban vestidas como de costumbre, pero los hombres llevaban botas, sombreros o chaquetas europeos con su atuendo habitual, y se veían muchos cortes de pelo jangiri entre otras cabezas peinadas a la moda tradicional, con la cabeza afeitada. Sachi se preguntó si Fuyu estaría por allí. No la había visto desde el día que se encontraron viendo llegar al emperador al castillo. Era como si las mujeres del palacio —tres mil mujeres— se hubieran esfumado.

Iban todos hacia uno de esos espectaculares edificios de diseño occidental que tanto le gustaban a Daisuké. Se trataba, en realidad, de dos edificios de piedra blanca que recordaban las torres gemelas de vigilancia de un castillo, engalanados por dentro y por fuera con banderas y farolillos de colores, como si se celebrara una fiesta. Unos oficiales escoltaron a Daisuké, Shinzaemon, Sachi y Taki hasta el interior. Sachi contempló el espacioso y aireado edificio y se sintió intimidada. Al fondo había un pasillo descubierto, parecido a las pasarelas que conducían de un edificio a otro en el

palacio, o a una versión enorme del hanamichi, el «camino de flores» por el que los actores paseaban entre el público en las funciones de teatro kabuki. Discurría por el medio de una extensión de tierra completamente llana y lisa.

Y allí, plantado al aire libre sobre el camino de hierro por el que viajaría, estaba el imponente monstruo de hierro. Sachi pensó en lo orgullosa y emocionada que habría estado Haru si hubiera podido verlo, y tuvo que contener las lágrimas. Era enorme, y negro, tal como Haru lo había descrito aquel día, años atrás. Se alzaba ante ellos proyectando una enorme sombra —jamás habían visto nada parecido—, escupiendo humo y haciendo mucho ruido.

Caminaban a su lado contemplando las inmensas ruedas y las largas bielas que las enlazaban; entonces se apartaron para admirar la enorme chimenea. Subieron tímidamente los escalones de una de las grandes cajas donde viajaban los pasajeros, y se asomaron al interior. Sachi jamás había imaginado que algo pudiera ser tan grande. Aquello parecía una ciudad en miniatura; era del tamaño de una calle llena de casas. De vez en cuando se oía un fuerte chillido y salía una bocanada de humo de la chimenea.

Los dignatarios que estaban allí reunidos eran casi todos hombres. Sólo habían sido invitadas algunas mujeres de alto rango que tenían algún vínculo especial con el emperador. Muchos de los dignatarios eran extranjeros.

Edwards fue a saludarlos. Se había vuelto más serio desde aquel infortunado viaje a la montaña, y ya no era tan desenfadado y juvenil como antes. Su pelo ya no brillaba como el oro, tenía arrugas en la cara y sus ojos estaban un poco desteñidos, aunque seguían siendo del color del cielo un día despejado. Se sonrieron y se saludaron inclinando la cabeza. Edwards preguntó por el hijo de Sachi, el pequeño Daisuké, y ella preguntó por el doctor Willis. Luego estuvieron recordando los viejos tiempos.

—¿Encontró alguien el oro de los Tokugawa? —preguntó Edwards con su habitual franqueza.

En todos esos años, nadie había sacado a colación ese desagradable recuerdo.

—Creo que si lo hubieran encontrado, nos habríamos enterado. Supongo que ese anciano del pueblo de Oguri seguirá allí arriba, cavando —respondió Daisuké, y compuso una triste sonrisa.

—Nunca he entendido por qué Mizuno no sabía dónde estaba —terció Shinzaemon—. ¿No le dijo el anciano nada cuando estuvo usted allí con él, después de que nosotros nos marcháramos?

—Por lo visto, Oguri y Mizuno se pelearon —explicó Edwards—. Alguien los oyó gritar en el pueblo. Así fue como empezaron los rumores sobre el oro. El anciano cree que Oguri engañó a Mizuno. Encontró un pretexto para alejarlo de allí y se deshizo del oro antes de que regresara. El anciano está convencido de que Mizuno

debía de saber dónde estaba enterrado. En aquel páramo, seguramente. El problema es que enterraron el oro en primavera, y en verano la hierba lo había cubierto todo. No hay nada que ayude a distinguir un punto de otro. La hierba lo cubre todo.

Sachi se estremeció al recordar la fosa. Pensó con añoranza en Haru. Haru había sido la custodia de su historia; sus destinos habían estado entretejidos incluso antes de que naciera Sachi, desde que Haru era niña y se criaba junto a Okoto. Había guardado el secreto mientras había podido. Y al final ese secreto la había enfrentado con Mizuno. A Sachi se le humedecieron los ojos al pensar que Haru ya no estaba allí para compartir con ellos esas maravillosas y nuevas experiencias.

Sin embargo, también entendía que su tío, Mizuno, hubiera hecho lo que hizo. Así habían sido siempre las cosas en los viejos tiempos. Todos sabían qué tenían que hacer, y lo hacían sin pararse a pensar si querían hacerlo ni si tenían derecho a hacerlo. Cumplían con su deber.

Por eso Shinzaemon y Daisuké eran diferentes, y también Sachi. Ellos pensaban por sí mismos.

Sachi miró en torno a sí. Al fondo, separadas de la multitud, había un grupo de mujeres. Iban vestidas igual que Sachi y Taki, con trajes de cortesana. Al mirarlas, Sachi dejó de oír los chillidos metálicos del silbato y los mecánicos resoplidos de la gran locomotora. En medio de aquel grupo había una mujer menuda y delgada, con él negro y reluciente cabello cortado como lo llevaban las viudas y las monjas. Estaba tan quieta que pasaba completamente desapercibida. Miraba al suelo, como si se hubiera retirado tan hondo dentro de sí misma que le causara dolor salir. En medio de la multitud, Sachi no veía nada más que su carita pálida, con unos ojos grandes y etéreos. Se olvidó de todo salvo de aquel amor tan especial que siempre había sentido por la princesa.

Al ver a Sachi, los labios de Kazu dibujaron una dulce sonrisa.

—¡Niña! —dijo—. La Retirada Shoko-in. Cuánto tiempo. ¡Estás preciosa!

También saludó a Taki con alegría.

—Dedico la mayor parte del tiempo a la plegaria y la contemplación —explicó cuando le preguntaron cómo estaba—. Pero mi sobrino el emperador me pidió que saliera aunque sólo fuera por esta vez. Su Majestad ha sido muy bueno conmigo. Me pidió muchas veces que volviera a Kioto, y una vez fui allí de visita. Pero ahora que Su Majestad ha establecido su corte en Tokio, he vuelto aquí. Llevo una vida muy tranquila. La familia Shimizu todavía me acoge; escribo poesía y medito. Estoy contenta.

Sachi se olvidó de todo menos de la luminosa presencia de la princesa. Allí de pie, vestida de cortesana, era como si el tiempo se hubiera detenido, como si siguieran en el palacio.

—¿Y Haru? —preguntó de pronto la princesa mirando alrededor.

Cuando Sachi le dijo que Haru había muerto, la princesa se quedó callada unos instantes, con la cabeza agachada y tapándose los ojos con una mano.

Entonces Sachi vio que Shinzaemon la miraba con sus penetrantes ojos, y se estremeció de miedo. ¿Qué pensaría la princesa cuando descubriera que Sachi se había unido a otro hombre en lugar de pasar el resto de su vida dedicada al recuerdo del shogun, como había hecho ella? ¿No pensaría que Sachi estaba ligada para siempre —aunque sólo fuera por honor— al clan Tokugawa? Ésa había sido la elección de la princesa.

Temblorosa, Sachi le presentó a Shinzaemon.

—Os presento a mi esposo —dijo—. Luchó por los Tokugawa hasta el final.

La princesa no titubeó.

—Bienvenido —dijo—. Me alegro mucho de conoceros. Shoko-in ha sido una leal amiga y hermana para mí durante muchos años. Nos une un lazo que nunca podrá romperse; yo como esposa, y ella como concubina del shogun. Si las cosas hubieran ido de otra forma, Shoko-in se habría convertido en una de las damas más elevadas del país. Estamos ligadas para siempre a los Tokugawa.

»Quizá seamos reliquias del pasado, pero también somos supervivientes. Todos hemos encontrado un lugar en este nuevo mundo. Me satisface bendecir vuestra unión.

La princesa inclinó la cabeza con formalidad ante Shinzaemon.

Era el último secreto, el último misterio. Ahora Shinzaemon sabía que Sachi no sólo había sido una cortesana, sino la última concubina del shogun. Se había levantado el último velo que todavía había entre ellos. En el pasado, Shinzaemon —un ronin de Kano— y Sachi —la concubina del shogun— jamás habrían podido estar juntos. Habían hecho con éxito eso en lo que los padres de ella habían fracasado, y habían conseguido vivir como querían vivir.

Shinzaemon se limitó a asentir en silencio, y Sachi sintió un gran alivio. Entonces la miró y sonrió. Ella vio orgullo, admiración y cariño en sus ojos. No, vio algo más que eso. Años atrás, cuando le cogió la mano en los jardines, Edwards le había enseñado una palabra. No era afecto, como el que siente un hombre por sus padres, había dicho; ni respeto, como el que siente un hombre por su esposa; ni deseo, como el que siente un hombre por una cortesana, sino algo más. Recordó las extrañas sílabas extranjeras: rabu, «amor». Ésa era la única palabra que podía expresar lo que veía en los ojos de su esposo: amor.

Había llegado un joven en un carruaje descubierto, rodeado de una nutrida escolta. Sachi sabía que era la misma persona que iba dentro del carruaje con el fénix que habían visto entrar en el castillo en una gran procesión. Entonces todos creían que morirían con sólo mirarlo. Sachi levantó tímidamente la cabeza. El joven llevaba pantalones tradicionales de color rojo, una túnica blanca y unas botas europeas. Era

muy joven: tenía la misma edad que Su Majestad el shogun cuando Sachi lo conoció. La joven bajó rápidamente la mirada.

La princesa se adelantó e intercambió unas palabras con el joven; luego le hizo señas a Sachi para que se acercara. El joven desprendía una extraordinaria fragancia que no se parecía a nada que Sachi hubiera olido hasta entonces: la legendaria fragancia imperial.

—La Retirada Shoko-in, única concubina del difunto shogun Iemochi —dijo la princesa—. Ha sido mi leal amiga y hermana, una gran fuente de consuelo para mí durante años.

Sachi hizo una profunda reverencia.

—Ah, el shogun Iemochi —dijo el emperador. Tenía una voz juvenil y aflautada, y hablaba un idioma especial que sólo utilizaban los emperadores—. Lo recuerdo bien —dijo—. Era un hombre muy cortés. Es una tragedia que muriera tan joven. Mi difunto padre le tenía mucho cariño. Ha habido tantas muertes, tanta desdicha. Afortunadamente, ahora avanzamos juntos. Ha sido un placer conocerla, Señora.

Entonces el emperador siguió andando. Pronunció un discurso mientras la locomotora expulsaba nubes de vapor; luego, él y otros dignatarios subieron al tren. Sachi, Shinzaemon, Daisuké y Taki vieron subir también a la princesa.

Se oyó un silbido, las enormes ruedas se pusieron en movimiento, al principio despacio, y luego cada vez más deprisa. El tren arrancó, retumbando, y se perdió en la lejanía.



## EPÍLOGO

Mientras me documentaba para escribir *La última concubina*, encontré una referencia al oro perdido de los Tokugawa en una nota a pie de página de una historia de la compañía Mitsui. Por lo visto, Oguri había sacado el tesoro de monedas de oro de Edo cuando el shogun Yoshinobu todavía estaba en el poder, y lo enterró en las estribaciones del monte Akagi. Poco después le cortaron la cabeza, y se perdió todo rastro del oro. El autor añadía que tres generaciones de buscadores de tesoros habían estado cavando, dejando las laderas bajas del monte Akagi llenas de túneles y trincheras.

Me pareció una historia fascinante, y sin embargo, ésa fue la única referencia al oro que encontré en los muchos libros que consulté, así que al final llegué a la conclusión de que sólo era un rumor. Con todo, la idea del oro y de su desesperada búsqueda había despertado mi curiosidad y mi imaginación.

Cuando estaba terminando este libro, decidí ir al monte Akagi. No abrigaba muchas esperanzas de averiguar algo sobre el oro; sólo quería hacerme una idea del lugar y del paisaje. El monte Akagi está muy apartado —no aparece en ninguna guía turística—, pero al final encontré la dirección de la posada de unas fuentes termales. Cogí el tren bala hasta Takasaki, y luego continué en coche por una larga y sinuosa carretera de montaña.

Una vez allí, decidí preguntarle al propietario de la posada sobre el oro de los Tokugawa, por absurdo que pudiera parecer. El posadero no se mostró ni remotamente sorprendido. «No está aquí —me dijo con toda naturalidad—. Está al otro lado de la montaña.» Me lo enseñó en un mapa. Al día siguiente, me dirigí hacia allí bajo la lluvia. Me perdí, encontré una solitaria tienda y me indicaron el camino, a través de bosques y huertos, hasta una casa ruinoso. Al lado había una ondulada extensión de bosque con mucha maleza, con una excavadora en el medio. Acabé tomando el té con un hombre cuya familia llevaba tres generaciones buscando el oro. Mi ficticia versión no coincide exactamente con su relato de cómo llegó el oro al monte Akagi, pero aun así me emocionó descubrir que el oro de los Tokugawa podía existir —aunque nadie lo haya encontrado todavía—, así que lo incluí en mi novela.

El personaje de Sachi y su historia son ficticios, pero el mundo en que ella vivió no lo es. He hecho todo lo posible por trazar un marco histórico lo más exacto posible (aunque me he tomado algunas licencias). Las batallas, los acontecimientos políticos y hasta el clima (muy frío y lluvioso en el verano de 1868) fueron tal como los describo. Los diferentes shogunes (que en los libros japoneses de historia aparecen sencillamente como «el shogun») existieron, y los detalles de sus historias son en

gran medida ciertos. La princesa Kazu se casó con el shogun Iemochi cuando sólo tenía quince años; viajó por la ruta Nakasendo y pasó por el valle de Kiso hasta llegar a Edo, y vivió en el castillo.

Sabemos muy poco sobre la vida dentro del palacio de las mujeres. Se guardaba en estricto secreto, y las mujeres que vivieron allí tenían prohibido hablar de ello. Cuando lo desmantelaron, unas pocas doncellas registraron sus recuerdos. He utilizado esos relatos para imaginarme cómo debía de ser la vida en el palacio. Las historias de intrigas y asesinatos son todas ciertas, igual que los nombres de las concubinas: la anciana Honju-in y las demás. La princesa Kazu se empeñó en vestir al estilo imperial, estaba enemistada con su suegra, Tensho-in (la Retirada), y cuando desalojaron a las mujeres del palacio, se trasladó a la mansión Shimizu. Antes de que el shogun emprendiera su último viaje a Kioto, la princesa le regaló una concubina. Después de la muerte del shogun, esa concubina se hizo monja y murió de beriberi en 1877, a los treinta y un años.

Okoto, la madre de Sachi, también existió, y la historia de su relación con el apuesto carpintero es en gran medida cierta. Era miembro de la familia Mizuno, y la última concubina —y favorita— del duodécimo shogun, Ieyoshi. No sabemos cómo se llamaba su amante (de hecho no era carpintero, sino agente de un carpintero, una especie de contratista); pero sí sabemos que se parecía mucho al atractivo actor de kabuki Sojiro Sawamura. Las maquinaciones del hermano de la princesa para introducirla en el palacio del shogun y el triste final de la princesa también son ciertos. Introduje un par de cambios: esos sucesos ocurrieron en 1855, después de la muerte del shogun Ieyoshi, y no en 1850; y no hay constancia de que la princesa tuviera una hija.

En la década de 1860, Japón era un país extraordinario. Nadie sabía que su mundo estaba a punto de cambiar, y no gradualmente, como hizo el nuestro en la época victoriana, sino de la noche a la mañana. Todo el mundo daba por hecho que la vida tal como la conocían seguiría siempre igual. Era un mundo en el que el olor tenía un papel muy relevante, y en el que los vehículos de ruedas sólo se utilizaban para transportar mercancías; la gente viajaba a pie o en palanquín. Se utilizaba poco la pólvora, los samuráis combatían con espadas, y las mujeres samuráis se entrenaban en el uso de la alabarda. Me documenté cuanto pude sobre indumentaria, peinado, incienso, cómo vivía la gente y, en la medida de lo posible, sobre cómo pensaban y sentían. También he mantenido el calendario japonés y he utilizado las medidas horarias y de longitud japonesas.

Las mujeres llevaban una vida muy diferente de la nuestra. Las mujeres de clase alta casi nunca salían de sus casas, y debían mantener siempre una actitud decorosa e imperturbable, por espantosas que fueran las calamidades que les sucedieran. Se trataba de una sociedad en la que el concepto del amor y la palabra que lo

denominaba todavía no había sido introducido desde Occidente. Cuando la gente se enamoraba, esa experiencia la cogía desprevenida. Verse invadido por una pasión tan salvaje que uno no podía cumplir con su deber se consideraba un desastre. Las obras de teatro kabuki y las novelas japonesas sobre ese tema nunca terminan en boda, sino en suicidio por amor. Tampoco existía la palabra «beso». El beso era una de las técnicas sexuales esotéricas de las geishas, y las mujeres decentes como Sachi no sabían siquiera que existía. Para mí suponía un desafío escribir una historia de amor ambientada en una sociedad en la que no existía el concepto del amor romántico. ¡Y sin utilizar siquiera la palabra «amor»!

Poco después de convertirse en el Palacio Imperial de Tokio, el castillo de Edo fue demolido. Donde antes estaba el palacio de las mujeres están ahora los Jardines Orientales del Palacio Imperial; la extensión de los jardines da una idea de lo inmenso que debía de ser el palacio. La Puerta de las Damas del Shogun, con su inmenso cuartel —conocida oficialmente como Puerta Hirakawa—, sigue allí, igual que el portal de la mansión Shimizu. En el castillo Himeji, al oeste de Osaka, todavía se conservan las dependencias de las mujeres, aunque son mucho más pequeñas que las del castillo de Edo. El Museo Nacional de Tokio en el monte Ueno está construido en los terrenos del antiguo templo Kanei-ji. En Tokio fui a visitar el templo Zojoji, donde están enterrados el shogun Iemochi y la princesa Kazu. Hay también una estatua de tamaño natural de ella. También volví al Camino de la Montaña Interior (el Nakasendo) y a los pueblos de Tsumago y Magote, en los que me inspiré para describir la aldea de Sachi. En cuanto a Kano, ése era el antiguo nombre de Gifu, donde viví mis dos primeros años en Japón; aunque la traición del daimio de Kano es pura ficción.

La historia siempre la escriben los vencedores, y más aún en el caso de la guerra civil que culminó en 1868 con la llamada Restauración Meiji. Ese episodio de la historia de Japón suele describirse como una revolución «incruenta»; pero como saben los lectores de este libro, no tuvo nada de incruenta. Intenté imaginar cómo debían de sentirse los centenares de japoneses que estaban en el bando perdedor, y sobre todo, qué les pasó a las mujeres del castillo de Edo después de ser desalojadas del palacio de las mujeres.

La historia de ese período —las conspiraciones, las contraconspiraciones y las alianzas secretas— es laberíntica. Las personas que lo vivieron debían de saber muy poco de lo que estaba pasando fuera de su pequeño mundo. Lo he simplificado y he intentado mostrarlo como debió de parecerle a Sachi. He agrupado a los Satsuma, Choshu, Tosa y a los numerosos clanes de aliados y los he llamado «los sureños»; tiene sentido geográficamente y, de manera curiosa, es así como los denominaban el Japan Times Overland Mail y otros observadores occidentales contemporáneos.

En el período en que está ambientado este libro, Japón acababa de empezar a abrirse a Occidente. Los Victorianos que visitaban el país eran muy conscientes de que estaban viendo un mundo extraordinario, un mundo que estaba a punto de desaparecer. Muchos escribieron diarios y libros que leí con gran interés y hasta con envidia. Cito algunos más adelante. Para mí, escribir *La última concubina* ha sido el último capítulo de una larga historia de amor con Japón. A todo el que visita ese país le gustaría haber conocido el antiguo Japón, ese mágico y frágil mundo que ha desaparecido para siempre. Escribir este libro me ha brindado la oportunidad de imaginarme allí y de llevarme conmigo a mis lectores.

## AGRADECIMIENTOS

Este libro no existiría si no fuera por mi agente, Bill Hamilton. Bill insistió en que me embarcara en el proyecto, y ha participado en él desde el principio, ofreciéndome consejos y apoyo. Muchas gracias también a Sara Fisher, Corinne Chabert y todo el personal de A. M. Heath.

He tenido la suerte de poder trabajar con Selina Walker de Transworld. Selina me ayudó a darle forma a la historia y a no perder el rumbo. Estoy en deuda con ella y con todo su equipo, incluidos Deborah Adams y Claire Ward, que siempre que lo he necesitado me han proporcionado su apoyo, su entusiasmo y su paciencia.

Gracias a Kimiko Shiga, que descifró el arcaico japonés, de *Life in the Women's Palace at Edo Castle*, de Takayanagi Kaneyoshi. Gaye Rowley y Thomas Harper participaron en este proyecto desde el principio y compartieron conmigo sus amplios conocimientos sobre Japón y sobre el período Edo, que es la especialidad de Tom. Colin Young —uno de los tres únicos maestros de la escuela Shodai Ryu de manejo de la espada fuera de Japón— me proporcionó mucha información esotérica y me brindó la oportunidad de empuñar una auténtica espada japonesa, una experiencia única. Gracias a todos ellos por leer el manuscrito con espíritu crítico, y también a Dea Birkett, Louise Longdin y Ian Eagles. Gracias también a los profesores y alumnos de la London Naginata Association, donde aprendí a manejar un bastón de entrenamiento y presencié duelos de naginata (alabarda) a nivel de competición. Yoko Chiba y John Maisonneuve (otro espadachín) también me proporcionaron información sobre la alabarda.

Estoy en deuda con todos los historiadores de Japón cuyas obras he consultado para escribir este libro (aunque todos los fallos, errores de interpretación y licencias son míos). Algunos los cito más adelante, pero hay muchos más. Los profesores Donald Keene y Timon Screech compartieron conmigo su experiencia. Los maravillosos libros del profesor Conrad Totman sobre los últimos años del Tokugawa Bakufu, junto con los análisis del profesor M. William Steel de Edo en 1868, me proporcionaron una base objetiva para mi historia. Mantuve una interesante y prolongada correspondencia con el Dr. Takayuki Yokota-Murakami de la Universidad de Osaka sobre el amor y el sexo en el antiguo Japón. La información sobre el polvo de lagarto seco la obtuve de él. Su libro que cito más adelante, pese al desalentador subtítulo, es una lectura fascinante.

Por último quiero darle las gracias a Arthur, mi esposo, sin cuyo apoyo y amor no habría podido escribir este libro. Él me dejó sumergirme en un mundo ficticio, leyó y comentó conmigo todos los borradores, y, como experto en historia militar, se aseguró de que yo ponía bien los rifles y los cañones. Ha compartido el mundo de Sachi conmigo. Paseamos juntos por el Nakasendo y por el castillo de Edo, y fuimos

al castillo Himeji y al templo Zojoji a ver la tumba de la princesa Kazu. A estas alturas ya es un experto en el período Edo de Japón, y hasta sabe reconocer el emblema de los Tokugawa, algo de lo que pocas personas pueden alardear.

Este libro está dedicado a él.

Hay infinidad de libros maravillosos sobre el período Edo. Sólo cito unos cuantos que he encontrado particularmente inspiradores.

Biografías de samuráis del período Edo, novelas y otros libros que describen el período:

Bolitho, Harold, *Bereavement and Consolation: Testimonies from Tokugawa Japan*, Yale University Press, 2003.

Katsu Kokichi, *Musui's Story: The Autobiography of a Tokugawa Samurai*, traducción, con introducción y notas de Teruko Craig, University of Arizona Press, 1988.

McClellan, Edwin, *Woman in the Crested Kimono: The Life of Shibue Ito and Her Family Drawn from Mori Ogai's «Shibue Chusai»*, Yale University Press, 1985.

Meech-Pekarik, Julia, *The World of the Meiji Print: Impressions of a New Civilization*, Weatherhill, 1987.

Miyoshi Masao, *As We Saw Them: The First Japanese Embassy to the United States*, Kodansha International, 1994.

Shiba Ryotaro, *The Last Shogun: The Life of Tokugawa Yoshinobu*, traducido por Juliet Winters Carpenter, Kodansha International, 1998.

Shimazaki Toson, *Before the Dawn*, traducción de William Edwards Naff, University of Hawaii Press, 1987.

Walthall, Anne, *The Weak Body of a Useless Woman: Matsuo Taseko and the Meiji Restoration*, University of Chicago Press, 1998.

Yamakawa Kikue, *Women of the Mito Domain: Recollections of Samurai Family Life*, traducción, con una introducción de Kate Wildman Nakai, Stanford University Press, 2001.

Diarios de viajeros Victorianos:

Alcock, Rutherford, *The Capital of the Tycoon*, vols. I y II, Elibron Classics, 2005 (1.a ed., 1863).

Cortazzi, Hugh, *Mitford's Japan: Memories and Recollections 1866-1906*, Japan

Library, 2002.

Heusken, Henry, *Japan journal: 1855-1861*, traducido y editado por Jeannette C. van der Corput y Robert A. Wilson, Rutgers University Press, 1964.

Notehelfer, F. G., *Japan through American Eyes: The Journal of Francis Hall*, Westview Press, 2001.

Satow, Ernest, *A Diplomat in Japan: The Inner History of the Critical Years in the Evolution of Japan When the Ports were Opened and the Monarchy Restored*, Stone Bridge Press, 2006 (1.a ed., 1921).

Textos académicos claves sobre el período:

Keene, Donald, *Emperor of Japan: Meiji and His World*, Columbia University Press, 2002.

Roberts, John G., *Mitsui: Three Centuries of Japanese Business*, Weatherhill, 1973.

Steele, M. William, «Against the Restoration: Katsu Kaishu's Attempt to Reinstate the Tokugawa Family», en *Monumenta Nipponica*, xxxvi, 3, pp. 300-316.

Steele, M. William, «Edo in 1868: The View from Below», *Monumenta Nipponica*, 45:2, pp. 127-155.

Totman, Conrad, *Politics in the Tokugawa Bakufu, 1600-1843*, Harvard University Press, 1967.

Totman, Conrad, *The Collapse of the Tokugawa Bakufu, 1862-1868*, University Press of Hawaii, 1980.

Yokota-Murakami, Takayuki, *Don Juan East/West: On the Problematics of Comparative Literature*, State University of New York Press, 1998.

El mejor libro sobre el palacio de las mujeres:

Takayanagi Kaneyoshi, *Edojo ooku no seikatsu* [Vida en el palacio de las mujeres del Castillo de Edo], Tokio Yuzankaku Shuppan, 1969.

Y una página web fantástica sobre el Nakasendo, el Camino de la Montaña Interior:

<http://www.hku.hk/history/Nakasendo/>